

La Reliquia de Yahveh

Alfredo del Barrio

Lectulandia

En una excursión por el desierto egipcio, una arqueóloga, Marie Mariette, descubre la lápida de entrada a una tumba aparentemente intacta. Toma unas fotografías y vuelve a tapar su descubrimiento con vistas a una exploración posterior.

Una vez analizadas las fotos llega a la conclusión que el enterramiento pertenece a Sheshonk I, un legendario faraón de los tiempos de Salomón que, según la Biblia, consiguió invadir y saquear la ciudad de Jerusalén en el siglo X antes de Cristo. Y eso no es todo, en la puerta de entrada al complejo subterráneo también aparece nítidamente representada el Arca de la Alianza, el cofre de oro puro donde los israelitas guardaban las Tablas de los Diez Mandamientos y sus más preciados tesoros religiosos.

Ante tamaño hallazgo, se organiza secretamente una expedición relámpago de la que también formarán parte un detective de Scotland Yard experto en jeroglíficos y en las Sagradas Escrituras, John Winters, y un conservador del Museo de El Cairo, Alí Khalil.

Sin embargo, no será tan fácil recuperar el sagrado vestigio: la tumba está llena de enigmáticos acertijos y numerosas trampas mortales, el Arca se revela como algo más que un simple e inofensivo objeto de culto y los servicios secretos de varios países pugnan por hacerse con tan preciada y terrible reliquia.

Lectulandia

Alfredo del Barrio

La reliquia de Yahvéh

ePUB v1.1

Mezki 21.11.11

más libros en lectulandia.com

Título: La reliquia de Yahvéh
Lengua de publicación: Castellano
Edición: 1ª ed., 1ª imp.
Fecha Edición: 03/2007
Publicación: Editorial Abaco, S.L.
ISBN 13: 978-84-935082-7-2

Todas las puertas se hicieron para abrirse al menos una vez.

*Está visto: somos muertos, perdidos, perdidos todos.
Cualquiera que se acerque al Tabernáculo de Yahvéh, morirá.*

¿Acabaremos todos por morir?

(Núm 17, 27-28)

1

—Teerrrrsoobiiii, sooooo, soobiiiiiteerrr —rugió el móvil con una distorsionada melodía tan conocida como difícil de identificar.

—¿John Winters?

—Sí, soy yo.

—Coja el tren de las 16:30 hacia Ashford y diríjase al cementerio de la ciudad. Allí esperará a que contacten con usted.

John estaba un poco harto de las llamaditas inesperadas y de las instrucciones dictadas por personas totalmente desconocidas. Su irritación se multiplicó por dos al recordar que hoy era sábado.

¿Quién sería el idiota de la voz? Estaba convencido, un mismo tipo radiaba todas las comunicaciones dirigidas a los agentes encubiertos de Scotland Yard. Seguro que actuaban de ese modo para que nadie tuviese tiempo de decir: "vaya, lo siento, a esa hora me viene mal, tengo cita con mi agente de bolsa".

Había trabajos bastante raros, el de John también lo era. Aunque no podía quejarse, la mayoría de los días ni siquiera era molestado, lo que le dejaba mucho tiempo libre para leer y, sobre todo, no hacer nada. Lo único fastidioso de su profesión de pseudopolicía es que nunca tenía manera de saber cuándo iban a requerir sus servicios, lo que le mantenía en una constante incertidumbre de lo más irritante.

Eran las diez de la mañana, por lo menos no le habían avisado a las dos de la madrugada. Tenía tiempo de sobra para comer tranquilamente e ir a la estación de ferrocarril a coger ese tren.

Hoy John no había madrugado; aunque, por otra parte, nunca lo hacía si podía evitarlo. La llamada le había encontrado despierto, pero casi recién levantado, a punto de afeitarse.

Después de gastar cinco minutos en cavilaciones inútiles sobre qué tipo de misión le estaría esperando, salió de su ensimismamiento y regresó al mundo exterior, un mundo que le exigía un rasurado a conciencia.

El espejo le devolvía un semblante que ya no era joven, 36 años no son muchos para algunas cosas, pero son demasiados para otras. La imagen proyectada por el cristal le revelaba una tez indolente que le miraba con ojos marrón claro que descollaban en el marco formado por un blanquecino cutis y un corto pelo oscuro, un contraste de pigmentos fruto de los caprichos de la genética. Si bien todo tenía arreglo, los ojos iban perdiendo su brillo ingénito y el cabello principiaba a blanquearse; dentro de poco su rostro alcanzaría una completa uniformidad plomiza para luego pasar a invertir los términos: unos ojos casi oscuros y un pelo completamente cano. Es inevitable pasar por todos los estadios que nos dicta la naturaleza.

Se puso un poco de espuma de afeitar en las patillas y en las sienes, intentaba conseguir que el reflejo del espejo le revelase el huidizo futuro. No le gustaba demasiado lo que veía, a nadie le gusta envejecer.

Puso la televisión mecánicamente, siempre lo hacía a esa hora, servía para acabar de despertarle.

...el atentado se ha saldado con ocho muertos. Nadie, por ahora, ha reivindicado el acto terrorista. David Mayer era miembro del gabinete del primer ministro israelí Isaac Ben Wise desde hacía dos años, ocupaba la cartera de defensa y era considerado como uno de los integrantes más moderados del gobierno. El centro de Tel Aviv está paralizado, la potente bomba ha causado además otros 22 heridos, entre ellos varios niños que entraban en ese momento en una escuela cercana al lugar del atentado...

John apagó el aparato, ya estaba suficientemente despejado. Fue a coger un mapa para estudiar detenidamente dónde quedaba la ciudad de Ashford, aunque no se preocupó de buscar el cementerio, ya preguntaría una vez allí.

Siempre que le encargaban un nuevo caso, más o menos una vez cada dos semanas, pensaba en lo que le había motivado para entrar a formar parte de Scotland Yard, pero nunca se le ocurría nada que lo justificase.

Había pasado ocho años en Oxford y tres en La Sorbona acumulando todos los datos del mundo, empapándose de conocimiento y convirtiéndose en un reputado erudito, en un experto, aunque a John muy poca gente le tenía como tal.

El deambular por tan egregios establecimientos fue tan plácido y suave que más parecía que había estado matando el tiempo allí como podía haber estado trabajando de guardia de seguridad en unos grandes almacenes. Nunca se relacionó mucho con sus compañeros, salvo algún café ocasional y los consabidos intercambios protocolarios de apuntes; menos con los profesores, siempre se sentaba en las últimas filas, a poder ser detrás de algún alumno de anchas espaldas, y nadie le vio jamás levantar la mano para preguntar algo o aclarar alguna duda, sus opiniones y conjeturas eran lo suficientemente heterodoxas como para no atreverse nunca a exponerlas en público.

En sus años de estudiante a veces pasaba tan desapercibido que la gente no sabía si le había visto ayer o anteayer, si solía vestir con cazadora vaquera o de cuero, si aprobaba o suspendía. No es que fuese pesimista, pero lo parecía; no es que fuese mal conversador, pero a nadie le interesaba mucho lo que pudiera decir; no es que fuese sombrero, pero a veces parecía gris aunque se vistiese de rojo.

A pesar de eso, el detective había aprovechado su paso por la universidad. Contra toda apariencia, el bagaje intelectual del melancólico funcionario John Winters era

bastante respetable y brillante, había estudiado con los mejores catedráticos, aunque éstos difícilmente le evocaran como alumno. Después de 11 años se había licenciado en historia antigua y filología clásica, lo que le había convertido en un consumado especialista en lenguas fósiles: latín, griego clásico, hebreo y arameo: cuatro idiomas para no hablarlos con nadie. A esto había que añadir sus avanzados conocimientos de la antigua escritura de los egipcios, los jeroglíficos, una lengua todavía más muerta que las otras. Hubiese sido imposible intentar una simple conversación con el mismísimo Champollion, nadie conocía la pronunciación de tan artísticos ideogramas, ni siquiera su primer traductor.

No, no sabía explicarse cómo la universidad había perdido un competente perito en historia antigua y la policía había ganado un mediocre detective, no fue por vocación, no fue por dinero, no fue por desesperación. Cada vez que le llamaban de la Central reproducía el mismo monólogo interior que siempre acababa de la misma manera: John llegaría puntual al lugar de la cita, al fin y al cabo en el mundo ya hay demasiados expertos en todos los campos del saber.

Después de almorzar y vagabundear un poco por su barrio de Londres, haciendo tiempo mirando escaparates y observando a la gente que hacía el mismo ejercicio que él, John se metió dentro de la estación del ferrocarril que quedaba justo al lado de su casa. Disponía de línea férrea directa a su destino, eso debía saberlo ya el autómatas que le había llamado por teléfono, igual que el detalle de que careciese de coche propio para ir hasta el punto de reunión.

—Por favor, un billete a Ashford, para el tren que sale a las 16:30 —pidió con desgana al taquillero.

Había máquinas expendedoras de billetes dispuestas a lo largo de todo el vestíbulo, pero nunca consiguió fiarse de ellas.

—4 libras por favor —informó el empleado dejando caer el billete, no sin antes recoger las monedas que le daba John; el dinero, siempre cambiando de manos.

Pasaban unos minutos de las tres de la tarde, a John le tocaba esperar durante más de una hora, había llegado demasiado pronto. Compró un periódico, se sentó en un rincón y lo empezó a leer con detenimiento. Había poca gente en la estación, no era hora punta.

Atentado en Tel Aviv, muere el ministro de defensa. 8 muertos y 22 heridos en un ataque terrorista con coche bomba. El primer ministro israelí Isaac Ben Wise anuncia represalias. Crece la tensión en la zona. Movimiento de tropas israelíes en la franja de Gaza.

El diario se hacía eco en sus titulares de la noticia del día, pero a John ya no le afectaban demasiado los acontecimientos contemporáneos, por muy terribles que

fuesen. Cuando alguien se ha pasado unos cuantos años estudiando a fondo la historia de la humanidad todo se relativiza. Examinando la relación de acontecimientos, excesos, desmanes y logros que ha sido capaz de perpetrar la especie humana a lo largo de su corta existencia es inevitable mantener cierta distancia con el presente porque todo se compara con lo pasado.

El tren salió puntual. John estaba bastante acostumbrado a estas citas misteriosas y siempre le hacía mucha gracia lo de "espere a que contacten con usted" porque el contacto era invariablemente el mismo hombre: su superior, el inspector Jeremy Cohen. De hecho, a pocas personas más conocía en su departamento, dedicado a perseguir el contrabando de obras de arte.

Su jefe le eximía de horarios fijos y de aparecer por la oficina, a cambio esperaba de él que de vez en cuando se hiciese pasar por algún excéntrico comprador de objetos artísticos. Comprador o admirador, porque el inspector Cohen tenía la teoría de que la mitad de los objetos que atesoraban los miembros de la Cámara de los Lores en sus casas de campo eran infaliblemente de oscura procedencia; así, otro de sus frecuentes cometidos era el de mezclarse con las clases altas británicas y hacerse pasar por entusiasta de las piezas únicas hasta que los coleccionistas consentían en mostrarle sus tesoros más preciados, aunque algunos los tenían expuestos sin ningún reparo en el mueble más visible del comedor.

Su trabajo llegaba habitualmente hasta reconocer la autenticidad del objeto porque luego su jefe se ocupaba de los detalles que, por lo que él conocía, no terminaban normalmente en escándalos públicos o sonadas sanciones administrativas, dada la categoría de los infractores. Su sospecha más afianzada es que la mayoría de las veces el inspector Cohen tendía a ser bastante benevolente si los objetos en cuestión pasaban a alimentar los estómagos, vientres y buches del Museo Británico, que más parecía, con tanta voracidad, un legendario Litófago, monstruo comedor de piedras, que una respetable galería de antigüedades. De todas formas, las negociaciones y tratos a los que llegaba Jeremy con los imputados eran un total misterio para él. Y había un segundo detalle que le mantenía intrigado, John había descubierto que muchas veces los más altos cargos del gobierno británico estaban perfectamente enterados de las maniobras y componendas del inspector.

No obstante, no siempre se podía ser tan comprensivo, algunas piezas arqueológicas eran activamente reclamadas por los gobiernos de los países de procedencia y, otras veces, tenían tanto valor que había que dar luz pública a su recuperación; aunque, lo más usual, es que los fragmentos de historia que rescataban eran hasta desconocidos para sus legítimos propietarios: lejanas herencias de la época de las colonias, "regalos sospechosos" de los numerosos contactos que mantenían los miembros del cuerpo diplomático u objetos "distráidos" en las numerosas misiones de paz en las que participaba el ejército británico.

John sabía que existía otro agente, un alter ego, que desempeñaba su misma labor, pero más volcado en las antigüedades orientales. Por lo que había podido averiguar, con la todavía relativamente reciente devolución de Hong Kong a las autoridades chinas, su colega tenía mucho más trabajo que él.

El tren arribó a la minúscula estación de Ashford. Bajó al andén y echó un vistazo a su alrededor, no había nada que llamase su atención, sólo era una simple estación de pequeña ciudad, lo suficientemente lejos de la City como para no sentirse parte del hormiguero y lo bastante cerca del ojo del huracán como para entrar en el remolino siempre que se quisiera. La típica zona tranquila que gusta a los poderosos.

John vio un quiosco de periódicos, se acercó al dependiente y le preguntó con aire despreocupado.

—Buenos días, ¿me puede decir cómo llegar al cementerio?

—El cementerio está a 300 metros de aquí, siguiendo la calle que tiene enfrente de la estación, no tiene pérdida, en cuanto vea una tapia sígala a la derecha y dará con la entrada.

Distinguió el muro y lo acompañó, los altos cipreses que se mecían con el viento delataban enseguida la función del terreno que había tras él. Hay cosas que son obvias. Se le vino a la mente la expresión que solía utilizar su abuela como eufemismo de cualquier necrópolis: huerto del señor. La consideró ciertamente macabra viendo lo vigorosos que crecían los árboles en el aciago paraje.

John se preguntaba lo que debía hacer ahora, ¿esperar en la puerta o entrar dentro? Se decidió por la primera opción.

El camposanto era pequeño, desde el enrejado umbral no abarcaba toda su extensión con la mirada, pero podía ver gran parte del mismo. Su jefe no parecía hallarse en el interior. Aparte de los pájaros, solamente había una pareja de ancianos observando una lápida, tan quietos y pesados como ella, y un tipo vestido con un mono azul que paseaba despacio la mirada distraída en los parterres de flores amarillas y rojas. Sería seguramente el jardinero.

Hay gente a la que los cementerios les produce cierta sensación de quietud, desde luego el tiempo parecía tan detenido allí como agua estancada, claro que los pájaros, ajenos a los observadores, rompían impúdicos la composición del cuadro cada vez que se desplazaban en excitada jauría de una rama a otra.

—¡Winters! —dijo alguien a su espalda—. Siento romper tu éxtasis, pero nos están esperando.

John se dio la vuelta, era su jefe, tan agradable como siempre, pensó.

—Buenos días Jeremy, muy bonito el sitio que has elegido esta vez. ¿Tenemos que desenterrar alguna tumba para recuperar algún objeto valioso, quizá?

Parecía que la frase había perturbado un poco la compostura del inspector, pasó la mirada rápidamente de la cara de su subordinado al cementerio varias veces.

—A veces tienes el don de la profecía John. ¿No apuestas nunca en las carreras?

Como solía hacer para no perder la iniciativa en la conversación, el policía no le dio a John ninguna opción para que pudiera responder.

—Te dije —prosiguió Jeremy— que buscaras el cementerio porque era el sitio más fácil de encontrar para servir de punto de encuentro, vamos a una mansión que está aquí cerca, aunque no te confundes mucho en tus suposiciones. Sígueme.

—¿Hay algo enterrado en la casa?

—Ya basta, dentro de poco te enterarás. Y, otra cosa, intenta parecer un poco menos indiferente y apático de lo que habitúas, vamos a reunirnos con gente bastante importante.

—¿Sí? ¿De los que miran alrededor cada vez que hablan? —preguntó John, aunque su sarcasmo no tuvo ninguna respuesta por parte de su jefe, que ya había comenzado a andar a buen ritmo.

Jeremy era un buen ejemplar de homo sapiens, cruce de galés y escocesa, alto de cruz, con la cabeza pequeña y alargada, fuerte y resistente, capaz de moverse con inusitada habilidad y soportar todo tipo de adversidades. Caminaba siempre casi al trote, olfateando el aire, y no le importaba que sus acompañantes tuviesen que dar tres o cuatro pasos rápidos de vez en vez para ponerse a su altura.

John y Jeremy se respetaban y, aunque lo ocultaban a miradas ajenas e incluso propias, habían llegado a cierto estado de camaradería profesional, hasta incluso llegar a tratarse con excesiva familiaridad, algo bastante raro entre policías de diferente escalón jerárquico.

Jeremy volvió la cabeza y se dirigió a John que caminaba dos metros por detrás.

—Hemos llegado —anunció sin pararse.

Una mole de piedra gris erizada con multitud de chimeneas se elevaba tras un muro enrejado y los árboles de un ralo jardín. Parece que el otoño se había quedado a vivir allí más de la cuenta, el suelo estaba lleno de hojas caídas, ya en pleno proceso de descomposición.

—Pasa —dijo Jeremy abriendo la puerta de hierro forjado con una llave propia—, voy a presentarte a algunas personas.

—Claro —respondió John mientras pensaba desencantado en que la puerta tendría que haber chirriado.

El recibidor de la imponente mansión era una espaciosa pieza, con numerosas puertas en las paredes laterales terminando en una pretenciosa escalera doble que conducía a la planta superior.

—Tenemos que ir al piso de arriba —espetó Jeremy, sin hacer ningún amago de intentar enseñar la casa a su subordinado.

Subieron por el tramo izquierdo de la escalera, lo suficientemente rápido como para no tener tiempo de admirar el suntuoso mobiliario y la abigarrada decoración de

las paredes.

El primer piso era más de lo mismo, los tabiques estaban llenos de cuadros de los más diversos tamaños y los muebles soportaban infinidad de contornos y formas de ambiguos e inexplicables artificios.

El guía abrió otra puerta y entraron. Era una habitación espaciosa, aunque con poca luz. Las paredes estaban enteramente cubiertas por altas estanterías, pero no parecían guardar ningún libro, estaban desiertas, abandonadas por sus habituales inquilinos.

Una ovalada y maciza mesa se situaba entre los dos muros de inexplicables tablas y en ella esperaban sentados y sin hablar tres hombres, aparentemente relajados y mirando indiferentes los huecos de la gran librería.

—Ya estoy aquí —anunció Jeremy con una perceptible disminución del acostumbrado tono de arrogancia de su voz—. Les presento a John Winters, el mejor especialista de Scotland Yard en antigüedades egipcias y escritura jeroglífica.

—Buenos días —saludó John un poco azorado, nunca había esperado que su jefe le presentase con tanta pompa.

Jeremy enunció rápidamente el nombre de los allí reunidos y sus cargos: Lord Stanley, encargado de asuntos árabes del Foreign Office; Sir Arthur Willian, consejero del gobierno en materias culturales; y, por último, Patrick Allen, agregado cultural del gobierno de los Estados Unidos.

Los tres individuos pasaban de la mediana edad, aunque el Sir parecía el más entrado en años; no obstante, también parecía el más corpulento y enérgico. En cambio, el americano era algo más joven y enjuto, a uno parecían consumirle los problemas, al otro debían engordarle. El Lord poseía una complexión intermedia entre los otros dos ejemplares extremos, parecía el único, a pesar de su ademán inamovible, capaz de expresar alguna emoción en las delgadas arrugas de su rostro, eso si se lo proponía alguna vez.

Los dos recién llegados imitaron a los presentes y tomaron asiento en dos sillas con reposabrazos alrededor del gran tablero de caoba situado en el centro de la habitación.

John estaba impresionado, un Lord, un Sir y un americano de traje impecable que tenía aspecto de todo menos de agregado cultural. La triada desprendía un intenso influjo de autoridad que se transmitía a través de sus rostros graves, severos, de sus miradas duras y de sus gestos firmes e infalibles. El halo del poder brillaba sobre las cabezas de los tres hombres, que no parecían que fuesen capaces de hablar de otra cosa más que de asuntos sumamente importantes y trascendentes. El interés de John estaba desperezándose y de un momento a otro, intuía, se despertaría por completo.

—¿Quieren tomar un té o un café? —preguntó Lord Stanley señalando una bandeja bastante bien provista de tazas y cafeteras; evidentemente era el anfitrión, por

eso presidía la mesa ligeramente ovoide.

—Yo tomaría un té —se apresuró a contestar John sin ningún indicio de retraimiento, era la hora perfecta.

El Lord sirvió la bebida con desenvoltura y preguntó ceremoniosamente a John si lo tomaba solo o con azúcar, con leche o sin ella, o si quería una pasta o no. Los demás permanecían mudos, aunque ya no miraban las librerías, observaban al, pretendidamente, gran experto en egiptología, estudiándolo, como juzgando si realmente podía serles útil en sus planes o tendrían que buscar a otro sujeto.

Después de la formalidad de servir el té, uno de los miembros del tribunal, Sir Arthur, que estaba situado a la izquierda del Lord, se revolvió en su asiento y tomó la palabra.

—Señor Winters —expuso resuelto—, le hemos traído hasta aquí para hacerle unas preguntas en su calidad de especialista en el antiguo Egipto. En una situación normal hubiésemos acudido a alguien más... idóneo; no se ofenda, quiero decir a alguien más introducido en el mundo académico.

Sir Arthur tomó aire, resopló y prosiguió con sus justificaciones.

—Usted en calidad de empleado del gobierno y miembro de sus fuerzas de seguridad nos inspira más confianza en este momento que cualquier profesor universitario. Además, por lo que tenemos entendido, no tiene nada que envidiar en conocimientos y experiencia a ningún catedrático.

Sir Arthur sacó con premura una hoja de una cartera a la que llevaba rato manoseando el cierre.

—Se ha doctorado en historia antigua y filología clásica en Oxford y se ha especializado en egiptología en la Universidad de París. Ha participado en varias excavaciones arqueológicas en calidad de ayudante e, incluso, dirigió un par de ellas en Egipto, en la zona de Tell el Amarna.

John pensó que no era el momento indicado para decirles que en realidad solamente fue codirector y que, fiel a su forma de ser, en todo momento dejó que sus colegas llevaran la voz cantante durante todo el proceso de investigaciones.

Sir Arthur devolvió el papel a la carpeta.

—¿Cómo es que no continuó en la universidad?— preguntó elevando una poblada y blanca ceja.

—No me gusta enseñar, incluso no me agrada demasiado que me enseñen —respondió John, aunque con el suficiente deje de humildad como para no parecer prepotente.

—Sí, ya sabemos que prefiere pasar desapercibido, esa es una de las razones por la que nos hemos decidido a contactar con usted —dijo Sir Arthur mientras asentía. Al momento añadió con tono de agudeza:

—La discreción es una cualidad que los que se sientan en esta mesa valoran

bastante.

John asintió con la cabeza fruto de un acto reflejo y observó, aturdido, como el resto de participantes en la reunión a duras penas conseguía controlar sus músculos faciales, no podían evitar que sus bocas se tensasen en una leve sonrisa. Estaban todos apretando los labios para controlar la hilaridad. Sólo su jefe parecía una estatua de cera, estaba visto que no se sentía muy a gusto allí y que no dominaba para nada la situación.

Sir Arthur volvió a abrir la cartera para sacar una carpeta negra de cuyo interior liberó una foto que miró por unos instantes entornando los ojos. Contempló seguidamente a John y le dijo:

—Quiero que vea esta fotografía y nos dé su opinión profesional señor Winters.

Le alargó la imagen y John la estudió con detenimiento, sin ninguna prisa. La calidad de la foto no era extraordinaria pero se acertaba a ver con bastante nitidez una gran losa de piedra, rectangular, semejando una puerta de entrada, con tres grandes figuras esculpidas artísticamente en su centro. Los relieves representaban a mujeres con las típicas cabezas animales de los dioses egipcios. Las tres estaban alineadas a lo ancho de la estela y posaban con la acostumbrada disposición de perfil, típica de las manifestaciones artísticas del país del Nilo. La efigie del centro, una mujer con cabeza de gato y vestido muy ceñido, sostenía una larga vara ondulada; era algo mayor que las que le flanqueaban, una mujer con cabeza de leona y fiero aspecto a su derecha y, a su izquierda, otra con cabeza de vaca y un disco solar entre los cuernos. El disco solar todavía parecía brillar. En la parte de arriba de la gran piedra había esculpidos unos jeroglíficos indistinguibles dada la resolución de la imagen, y en la parte inferior había otras figuras más pequeñas que parecían transportar algo sobre unas parihuelas.

John carraspeó, bebió un sorbo de té y se dispuso a emitir su dictamen.

—Bueno, parece una lápida que tapa el acceso a algún nicho o monumento. Por el estilo de la decoración, seguramente será o formará parte de la entrada a alguna tumba de la Época Tardía, más o menos por el año 1000 antes de Cristo. La figura grabada en el centro, la más grande, es Bastet, la diosa de cabeza de gato, divinidad de la hechicería entre los antiguos egipcios.

John miró la fotografía por unos segundos más y continuó con su análisis.

—La vara retorcida que lleva en la mano derecha pudiera remedar una culebra. Según la leyenda, cuando Bastet viajaba en compañía del dios lunar Thot le salvó del ataque de la Serpiente del Caos, desde entonces fue adorada como la deidad protectora contra las sierpes y su veneno.

—Supongo que habría muchas serpientes por esa época— soltó Sir Arthur para romper el monólogo de John.

—Pues sí, debía haberlas, el desierto es un hábitat bastante atrayente para estos

reptiles, el calor es el mejor aliado para los animales de sangre fría; y los gatos de entonces debían contribuir bastante a controlar su proliferación.

Hubo un momento de silencio, como nadie decía nada John interpretó que debía seguir con su exposición.

—Bastet tenía un gran templo en la ciudad de Bubastis o Tell Basta, en el delta del Nilo, más o menos por donde está situada la moderna Al Zaqaziq —tomó aire y prosiguió—. Yo visité sus restos en una ocasión, están bastante cerca de El Cairo. No queda apenas nada del templo, una lástima; según Herodoto, el padre de la historia, las fiestas que se ofrecían en honor a la diosa eran bastante licenciosas, llegando a juntarse más de 700.000 personas.

—¡700.000 personas!— exclamó el americano. Era la primera vez, aparte de las presentaciones, que decía algo. John pensó con acierto que el dato le había impresionado.

—Sí, bastante gente —aseguró el detective—, habida cuenta que Bastet también era la diosa mágica de la euforia y el arrebatamiento las celebraciones debían ser bastante dignas de presenciarse, bueno dignas por decir algo.

—Casi como un carnaval antiguo —volvió a emitir Patrick Allen sin preguntar ni afirmar, parece que el tema le interesaba sobremanera.

—Herodoto decía que durante las fechas en las que se celebraba la fiesta se bebía tanto vino como el que se consumía durante el resto del año en todo el país. Se bebía, se bailaba y se organizaban grandes voceríos entre abigarrados grupos de gente que se insultaban y lanzaban todo tipo de improperios —sostuvo John que estaba disfrutando con la descripción—. Después de efectuados los sacrificios a la diosa, toda la multitud entraba en una especie de trance que les conducía a una especie de llanto colectivo, muchos de los presentes se infringían daños con varas y palos y llegaban a autolesionarse con cuchillos y espadas.

—Supongo que pensaban que después del placer tenía que venir el dolor —intervino de nuevo el americano.

—Egipcios hubo desde que hay hombres —sentenció John volviendo a tomar prestadas las palabras del griego Herodoto.

Sir Arthur no parecía contento con el giro que estaba dando la conversación y decidió intervenir.

—¿Y qué puede contarnos de las otras dos diosas? —preguntó con firmeza, zanjando de paso cualquier referencia adicional a las fiestas egipcias.

—Bueno —dijo John—, yo diría que la figura con cabeza de leona es Sejmet o Sekhmet, diosa de la guerra y de cualquier tipo de enfrentamiento armado. Era hermana de Ra y esposa de Ptah.

Tras un intervalo de varios segundos, en el que trató de aclarar las ideas, John volvió a retomar la explicación.

—La de cabeza de vaca es Hator, hija de Ra y esposa de Horus, era diosa del cielo, del amor y también de la fertilidad. El disco solar simbolizaba su dominio sobre el firmamento y normalmente se ponía bajo su advocación a las mujeres, también era la protectora de los matrimonios. Hator, como portadora de fecundidad también era un icono que se adoraba en Bubastis. Podría decirse que es el equivalente egipcio de la Afrodita griega o la Venus romana. Los hombres inventan siempre los mismos dioses pero con distintos nombres.

John hizo otra pausa para presenciar el efecto de sus palabras, pero no pudo ver ninguno. Por lo visto aquellos caballeros sabían mantener las formas o eran inmunes a las frases lapidarias, una pena porque acostumbraba a emitir bastantes, siempre disfrutaba con el impacto que suscitaban en sus interlocutores, era una de las pocas ocasiones en las que disfrutaba conversando con desconocidos.

John miró detenidamente la fotografía de nuevo. Nadie decía nada. Después de tanto interrogatorio creyó que se había ganado el derecho de formular alguna pregunta.

—Díganme, aunque estas tres deidades están bastante relacionadas entre sí, no se las suele representar juntas, más bien sus cultos son intercambiables. Numerosas veces se utiliza una diosa u otra según el contexto o concepto que se quiere transmitir. Bastet, Hator y Sejmet eran tres modos de representar el mismo principio femenino en sus tres acepciones: magia, fecundidad y furia. Tres características que los egipcios asociaban a la mujer. Esta pieza no me es familiar ¿Se trata de algún nuevo descubrimiento? —interrogó John con cautela.

—Quizá —respondió lacónicamente Sir Arthur—. Permítame mostrarle otra fotografía.

Seguidamente rebuscó de nuevo en su carpeta hasta dar con otra foto del mismo tamaño que la primera. Como hizo anteriormente, la miró unos instantes y se la acercó a John.

Evidentemente, la fotografía era un trozo ampliado de la imagen anterior, se podían ver con más nitidez las filas de jeroglíficos que estaban situados en la parte de arriba de la losa, justo por encima de las cabezas de las tres efigies femeninas.

John empezó a descifrar los ideogramas, aunque no pudo evitar dirigir primero su mirada a los signos inscritos en dos cartuchos, los que indicaban sin duda dos nombres propios. Leyó el primer nombre y su corazón pareció girar 360° dentro de su cavidad torácica.

El sobresalto no pasó desapercibido para sus interlocutores, ahora no pudieron evitar una amplia sonrisa por mucho que apretaron los labios. Todos menos su jefe, que seguía ejerciendo de convidado de piedra.

John miró uno por uno a los sonrientes anfitriones, ninguno dijo nada, pero parecían estar al tanto de la importancia de la inscripción. Sólo esperaban que él se lo

confirmara. Así que se decidió a hacerlo, no sin antes darse 30 segundos para recobrar la adecuada compostura.

—Parece el epitafio de un faraón— John inspiró profundamente y soltó el aire de golpe—, el faraón Sheshonk I, o Shoshenq I, también conocido según los textos de la Biblia, más concretamente por el Antiguo Testamento, como Sosaq o Sisaq. Su reinado tuvo lugar sobre el año 1000 antes de Cristo aproximadamente si no recuerdo mal.

John estudió el nombre inscrito en el segundo cartucho.

—El segundo nombre que puede leerse es Shiskag, el padre del faraón, como puede deducirse por la colocación del signo "hijo" entre los dos nombres. Concretamente el texto reza: Sheshonk, hijo de Shiskag.

Parecía como si el agente encubierto de Scotland Yard estuviese profundamente afectado por el descubrimiento que acababan de poner en sus manos. Había vuelto a estudiar las líneas de jeroglíficos y en su mirada se había esfumado todo el aire de indiferencia e imperturbabilidad que había cultivado durante años. Parecía un colegial que hubiese encontrado su primer cómic erótico.

Sir Arthur interrumpió el atento estudio de John.

—¿Puede decirnos algo de este faraón, señor Winters?

John levantó la vista y volvió a bajarla mientras contestaba.

—Pues la verdad es que no mucho —meditó—. Por lo que puedo recordar nunca se ha encontrado nada, ni restos, ni construcciones, ni papiros que nombren a este faraón, ni siquiera un trozo de cerámica; aparte de la Biblia, claro, y alguna enumeración antigua de faraones como la realizada por Manetón, un sacerdote egipcio muy posterior que vivió en la época helenística, en el siglo III antes de Cristo.

Ahora las palabras salían a borbotones de la garganta de John.

—Este faraón es de origen líbico, reinó en un tiempo bastante confuso de la historia de Egipto, el Tercer Periodo Intermedio, un lapso de unos 350 años que se extiende entre el Periodo Ramesida y la Baja Época, etapas ambas del Imperio Nuevo. Después de Ramsés III, fundador de la XX Dinastía, parece que los divinos gobernantes del País del Bajo y Alto Nilo no estuvieron a la altura de sus predecesores. No se puede ser débil si estás en el poder, por muy dios que seas, siempre hay alguien que no respeta ni lo más sagrado.

John dejó pasar unos segundos para que su ocurrencia calara en el auditorio y volvió a la carga.

—Lo cierto es que a partir del año 1000 antes de Cristo, más o menos, hablo de memoria, los regentes de Egipto eran sumamente tenues. No pudieron evitar las invasiones de los pueblos del mar y de los ejércitos procedentes de Libia. Tal es así que las Dinastías XXI, con capital en Tanis; la XXII, con Bubastis como centro político; la XXIII, con sede también en Tanis; y la XXIV, emplazada en la ciudad de

Sais, se sucedieron en este corto periodo de 350 años y algunas de ellas fueron contemporáneas. Egipto pasó dividido en diversos reinos buena parte de esta época de gran inestabilidad política. Luego vinieron los etíopes, conquistaron, reunificaron el país y fundaron la Dinastía XXV.

No se podía poner en duda que John se sabía la lección de memoria.

—Supongo —dijo Lord Stanley de improviso— que la representación de la diosa gata de Bubastis en esta lápida no es gratuita, ¿no es cierto?

—Desde luego que no —contestó John mirando al Lord—. Sheshonk I es tenido históricamente por el fundador de la Dinastía XXII de Bubastis, una dinastía de orígenes libios. Se sabe que entró en guerra con la Dinastía XXI de Tanis, a la que venció en una o dos batallas.

—Ya, ¿y puede decirnos en qué contexto aparece su nombre en la Biblia? —requirió Lord Stanley que parecía que a estas alturas de conversación había tomado el relevo a Sir Arthur.

John decidió tomarse un respiro, tenía la boca y la garganta completamente seca.

—Perdón, antes de continuar con esta tertulia histórica, ¿podría alguien ofrecerme un vaso de agua o algo parecido? —dijo con timidez, tenía el don de entonar humildemente frases que no lo eran en absoluto.

—Por supuesto —Lord Stanley se apresuró a recoger la petición—. Perdona la descortesía, pero es que con su exposición nos había obnubilado a todos.

El Lord salió al pasillo cerrando la puerta tras de sí. Todos permanecieron como si estuviesen rumiando lo que se había dicho hasta ahora y no tardaron en volver a dirigir las miradas a los estantes huecos. Todos menos el jefe de John, Jeremy, que parecía más interesado en la manicura de sus manos que en la disertación histórica que estaba teniendo lugar alrededor de la ancha mesa. John aprovechó la pausa para volver a estudiar los jeroglíficos inscritos en la lápida.

Después de lo que parecieron cinco minutos Lord Stanley volvió a la sala con bebidas variadas, todas sin alcohol, y algunos bollos y pastas. Todos cogieron alguna cosa. John se sirvió una Coca-Cola para ver si las chispas del líquido le hacían efecto en su cerebro.

—¿No tienen por aquí alguna Biblia? —inquirió John.

Todos dirigieron otra vez la vista a las vacías estanterías, como si acabaran de verlas por primera vez y no supieran ya que no había nada en ellas.

Lord Stanley se levantó otra vez de su butuca y se dirigió a la puerta de la sala.

—Enseguida le traigo una Biblia, tenía que haber previsto que sería necesaria —dijo mientras salía.

Apareció a los pocos segundos con un grueso y negro volumen bajo el brazo, desde luego no podía ser otra cosa que una Biblia. Lord Stanley dejó el libro al alcance de John y volvió a tomar asiento.

El detective cesó de mirar la fotografía de los jeroglíficos y cogió el pesado tomo encuadernado en piel. Por suerte era un ejemplar que tenía un índice onomástico. John tenía buena memoria, pero no tanta como para recordar el capítulo y versículo exacto donde era nombrado el faraón.

Buscó primero Sosaq y encontró un pasaje en el *Primer Libro de los Reyes*, una narración histórica que refiere los múltiples acontecimientos políticos vividos por las tribus judías en una edad en la que todavía no existía un solo texto escrito en la civilizada Europa. También había un segundo párrafo donde se nombraba al rey egipcio con el apelativo de Sisaq, en el *Segundo Libro de Crónicas*, otro tratado histórico como su propio nombre indicaba. El párrafo de *Crónicas* era casi idéntico al de *Reyes*, así que optó por dirigir su atención sólo al primero.

—Bien, he encontrado el lugar donde se nombra a nuestro faraón. Voy a leerlo.

John miró a su alrededor para comprobar que contaba con la atención de todo el mundo y empezó a recitar.

En el año quinto del reinado de Roboam, Sosaq, rey de Egipto, subió contra Jerusalén, y se apoderó de los tesoros del templo de Yahvéh y de los del palacio real. Se apoderó de todo; incluso se llevó todos los escudos de oro que había fabricado Salomón. (1Re 14, 25-26)

John se creyó en la obligación de comentar un poco el pasaje.

—Roboam era el hijo de Salomón, ya saben, el sabio Salomón, el mismo que construyó el Templo de Jerusalén, el que consiguió saber qué madre mentía de las dos que reclamaban un niño sentenciando que le daría la mitad del crío a cada una de las litigantes.

John nunca sabía, cuando hablaba con legos, si se excedía en la profusión de sus explicaciones, todo el mundo ha oído contar la fábula de Salomón.

—Ya, ya conocemos la historia de Salomón, nos la explicaron a todos en el colegio —despachó Lord Stanley.

Después del reproche John se mantuvo a la expectativa, pensó que mejor sería que esperase a que le preguntaran. No tardaron en hacerlo.

—Dígame, señor Winters —continuó Lord Stanley—. ¿Sabe qué tesoros exactamente había en Jerusalén y su Templo por la época en que este faraón invadió la ciudad?

—Pues bastantes —John hizo esfuerzos para rebuscar la información entre sus excitadas conexiones neuronales—. Según las descripciones de la Biblia, creo recordar que, aparte de los escudos que se mencionan en el pasaje que acabo de leer, el Templo poseía un altar lleno de incensarios, recipientes y candelabros de siete brazos; también había dos grandes esculturas de ángeles,... había oro por todas

partes, incluso muchas paredes estaban revestidas con este metal. A Salomón le fueron bien las cosas en su reinado.

—¿Y el Arca? —preguntó Sir Arthur mientras se erguía en su asiento y se echaba hacia delante como para oír antes que nadie lo que pudiera contestar John.

—El Arca de la Alianza, por supuesto —respondió John mientras miraba fijamente a Sir Arthur—. También era de oro, pero según la tradición no fue robada por Sheshonk en su saqueo de los tesoros del Templo.

—¿Está seguro de esa noticia? —volvió a preguntar Sir Arthur.

—Sí, desde luego.

La voz de John deslizaba un tono de duda, por primera vez desde el inicio de la conversación. ¿Sería una pregunta trampa? Fue lo primero que pensó. Creyó conveniente ampliar su respuesta.

—El Arca es mencionada posteriormente en la Biblia, si me dejan ojear un momento... —y alzó una mano como pidiendo un poco de tiempo.

Encontró el pasaje que buscaba haciendo uso de los siempre socorridos índices bíblicos. Estaba ubicado en uno de los dos libros que formaban las *Crónicas* y el texto hablaba de Yosías, rey de Judá que gobernó Jerusalén unos tres siglos más tarde de la visita de Sheshonk.

John miró a todos los presentes fugazmente, vio que seguían atentos y dio lectura al párrafo.

Yosías celebró en Jerusalén la pascua en honor de Yahvéh. Inmolaron el cordero pascual el día catorce del mes primero. Estableció a los sacerdotes en sus funciones, y los animó a que sirvieran en el templo de Yahvéh. Y dijo a los levitas encargados de instruir a todo Israel y que estaban consagrados a Yahvéh: Colocad el Arca santa en el templo que edificó Salomón, hijo de David, rey de Israel, pues ya no tenéis que llevarla sobre los hombros.(2Cró 35, 1-3)

—Este Yosías —explicó John—, es bastante posterior a la visita de nuestro faraón, por lo tanto el Arca tuvo que sobrevivir a los saqueos del siglo X antes de Cristo.

—Ya —lanzó un poco despectivamente el grueso Sir Arthur mientras lanzaba una mirada cómplice a Lord Stanley.

John no se dio por enterado del comentario y prosiguió con sus teorías.

—De hecho —dijo un poco más vehementemente de lo que acostumbra a parecer—, la tradición histórica cree que el Arca desapareció del Templo de Jerusalén con la conquista de la ciudad por Nabucodonosor II, rey de Babilonia, allá por el 597 antes de Cristo.

—El de los jardines colgantes, ¿no es cierto? —interrumpió Lord Stanley arrugando el ceño y marcando las cuatro finas estrías que recorrían su ancha frente.

John estaba cada vez más confundido por la aptitud de sus interlocutores, no adivinaba a dónde querían llegar ni para qué lo necesitaban. Parecían saber todo lo que él pudiera decirles.

—Sí, el mismo —dijo tras unos segundos—. Nabucodonosor saqueó el Templo y envió a todos los israelitas a Babilonia a que sirvieran como esclavos, para reconstruir la demolida Torre de Babel y para que trabajaran como jardineros en los parterres de Babilonia.

Era difícil superar la ironía de John.

—Está bien señor Winters —terció Sir Arthur—, vamos a dejar el tema del Arca por ahora. Díganos, sería capaz de traducir, aunque sea de forma aproximada, la inscripción jeroglífica de la segunda fotografía que le he mostrado.

Sir Arthur hizo una pausa y continuó.

—Verá, es que todos los expertos a los que hemos mostrado la imagen se empeñan en que se la dejemos un par de días para su estudio y, la verdad, tenemos algo de prisa.

John poseía un don con los jeroglíficos, eso nadie se lo podía cuestionar. Era capaz de leerlos como se lee la etiqueta de una botella de vino. Además, las pausas en la ya larga conversación las había aprovechado para empezar a descifrar los misteriosos signos por los que se sentía tan vivamente atraído.

John empezó a leer en el mismo momento en que el consejero del gobierno en materias culturales había acabado de cerrar la boca:

*Aquí mora para la vida eterna
Sheshonk, hijo de Shiskag el libio.
Exterminador de los usurpadores,
Vencedor del dios oriental,
Faraón Rey de todas las arenas,
Dios vivo y hermano de los dioses.
El sello de esta tumba está cerrado
Y cerrado estará para la eternidad.
Por el poder de los cuatro principios,
El que entre en la muerte, muerto será.
El atajo está debajo, aunque
La muerte respirarán todos por igual.*

—Ésta es una traducción bastante aproximada —dijo John mientras asentía con la cabeza, casi como si estuviese indicando con ese gesto que estaba de acuerdo con sus propias palabras.

Ahora todos miraban a John con extrañeza, incluso Jeremy Cohen. A pesar de los años que llevaban trabajando juntos y de la mutua confianza con la que se trataban, estaba estupefacto. Nunca sospechó que John pudiese manejar con tanta solvencia el severo interrogatorio al que estaba siendo sometido. Su subordinado había crecido a sus ojos.

Los demás también parecían sorprendidos y observaban a John como si estuviesen a punto de comprarlo y llevárselo a casa.

John no sabía, ni podía adivinar por los impasibles rostros y penetrantes miradas, si realmente sus anfitriones no conocían la traducción de la inscripción o, simplemente, le habían puesto a prueba de nuevo.

El detective continuaba estudiando la fotografía y ahora apuntaba la traducción que había aventurado en la hoja de una libreta que había sacado subrepticamente del bolsillo de su chaqueta.

Cuando hubo terminado de anotar, John miró a los presentes y, sintiendo que dominaba completamente la situación, preguntó a cualquiera que quisiera contestarle.

—Es un descubrimiento fabuloso, díganme ¿quién ha encontrado la tumba? Insistió ante el silencio general

—¿Dónde está situada? ¿Está cerca de Bubastis?

Sir Arthur accedió a responderle, aunque no le sacó de ninguna duda.

—Dentro de poco se lo diremos, no se preocupe —dijo con semblante bastante serio.

Lord Stanley volvió a arrugar la frente para dirigirse a John.

—Dígame señor Winters —profirió mientras con un dedo ensortijado señalaba la foto de los jeroglíficos—, ¿puede decirnos algo sobre las líneas que acaba de traducir?

—¿Algo? —preguntó John extrañado.

—Sí —aclaró el Lord—, algo que explique cada expresión, si son giros lingüísticos normales, si hay alguna cosa que le llame la atención, o si hay algún punto del que pueda darnos una explicación más amplia. Nosotros no somos expertos en historia egipcia.

John hizo un par de muecas con los labios, los apretó, se tocó la nariz con el superior, se mordió el inferior y se dispuso a empezar otra larga perorata. Para odiar la enseñanza, en esta ocasión estaba impartiendo una clase magistral.

—Sí, bueno, trataré de hacerlo —dijo John al fin—. Veamos, por la estructura del epitafio lo mejor será que vayamos desgranándolo de dos en dos versos.

John dio lectura a las dos primeras frases.

*Aquí mora para la vida eterna
Sheshonk, hijo de Shiskag el libio.*

—El primer párrafo —analizó—, es el que nos da el nombre del faraón que yace en esta tumba. Como ya hemos dicho antes, se trata de Sheshonk I, fundador de la XXII Dinastía del Tercer Periodo Intermedio. Se puede fechar su reinado entre el año 1000 y el 900 antes de Cristo. Sin duda es el faraón mencionado en la Biblia como Sosaq o Sisaq, el que saqueó el Templo de Salomón mientras reinaba en Jerusalén el rey Roboam, hijo de Salomón y nieto del rey David.

John tomó un trago de la Coca-Cola que aún le quedaba en el vaso, estaba empezando a cansarse, no estaba acostumbrado a estas tertulias tan prolongadas. Hizo un esfuerzo por sobreponerse y reanudó su monólogo.

—La segunda frase de este primer párrafo contiene otro nombre propio —dijo mientras señalaba los signos encerrados en el segundo cartucho—. Shiskag. Es un nombre desconocido para mí, la verdad es que esta fase de la historia egipcia contiene muchas lagunas; pero podemos deducir que se trata del padre del faraón y que era de origen libio. Esto concuerda con lo que se sabe de Sheshonk I, que era originario de los desiertos de Libia. Seguramente invadió Egipto derrotando a los gobernantes de la Dinastía XXI de Tanis; aunque sus descendientes, ya muchas decenas de años después, tuvieron que sufrir otra insurrección en la misma ciudad, de la que surgió finalmente otra Dinastía, la XXIII.

John leyó los dos siguientes versos a su auditorio.

*Exterminador de los usurpadores,
Vencedor del dios oriental,*

—El segundo párrafo nos confirma lo que acabo de exponer anteriormente —manifestó John con un tono cada vez más académico—. Los "usurpadores" con toda seguridad serían los faraones de la Dinastía Tanita y no sabemos si también se refiere a los gobernantes de alguna otra región que intentase la independencia o algún reyezuelo que aspirase al trono de Egipto.

Levantó la vista de la fotografía y miró a los maduros contertulios uno por uno, nadie decía nada, así que John añadió algo para reforzar sus tesis.

—Era una época de gran inestabilidad, y cada Faraón tenía que luchar con todo el que osase usurpar el título de Dios Vivo del Alto y Bajo Egipto. Sólo podía existir un Faraón legítimo y los demás tenían que ser, por fuerza, unos impostores. Seguro que todos decían lo mismo unos de otros. La paz era pues una imposibilidad lógica.

John observó de nuevo, antes de continuar, a los cuatro hombres que seguían sentados en la mesa, no parecían muy cansados, incluso el inspector jefe Jeremy Cohen parecía ahora mucho más interesado de lo que se había mostrado anteriormente.

—El enunciado "vencedor del dios oriental" es más enigmático —opinó el detective frunciendo el ceño como si quisiese estrujar así su masa encefálica—. Yo

me inclino a pensar que se refiere al dios de Jerusalén. Lo raro es que se exponga con esas palabras, Roboam, el rey de los judíos, no era ni mucho menos tenido por un dios. Quizá sea una metáfora del saqueo del Templo. A veces las expresiones se vuelven muy crípticas con el paso de los siglos.

De repente, a John le vino un pensamiento a la cabeza y trató de compartirlo con sus oyentes.

—Lo que no me explico —expresó con perplejidad— es que se le perdió a Sheshonk en Palestina con todos los enredos dinásticos que tenía en su propia tierra. En fin, no siempre se puede desenrollar completamente la liada madeja de la historia.

John leyó el siguiente párrafo, éste le pareció más fácil de glosar.

*Faraón Rey de todas las arenas,
Dios vivo y hermano de los dioses.*

—La siguiente fórmula es una cláusula ritual bastante frecuente en los regentes de ese tiempo —dijo rápidamente—. Sheshonk se autocalifica como único Faraón de todo el país, como dios viviente igual en poder y autoridad a los otros dioses nilóticos, sus hermanos.

Sir Arthur fue el primero en coger una pasta de la bandeja que había traído hacía rato Lord Stanley. Paulatinamente, todos los concurrentes, menos John que seguía inmerso en su tarea, fueron alargando la mano hacia la fuente sin hacer ruido y disimulando lo más posible, no se sabe si por no distraer a John o por ocultar tan mundano apetito en medio de tan elevada discusión. Lo cierto es que ya casi no entraba luz por el gran ventanal situado a la espalda de Lord Stanley y todos tenían algo de hambre.

John también notó la falta de iluminación, pidió permiso para encender la recargada lámpara del techo y aprovechó para estirar las piernas y ordenar sus ideas mientras caminaba hacia el interruptor que se encontraba junto a la puerta de la habitación.

Volvió despacio a su sitio, tratando de desanquilosar sus conocimientos y desentumecer sus músculos sin que nadie se apercibiera de ello.

Ninguno pareció darse cuenta de su maniobra, los oyentes estaban muy concentrados intentando buscar la mejor manera de escamotear otra pasta y devorarla de la forma más civilizada posible.

John volvió a sentarse y retornó a la lectura desglosada de la inscripción, aunque ahora pasó a leer cuatro líneas en lugar de dos, su sequedad mental iba en aumento y no lo arreglaba ni siquiera la Coca-Cola.

*El sello de esta tumba está cerrado
Y cerrado estará para la eternidad.
Por el poder de los cuatro principios,
El que entre en la muerte, muerto será.*

—Hemos llegado ante la típica maldición egipcia —explicó sobreponiéndose al cansancio—. Estas fórmulas ceremoniales buscaban alejar a los ladrones de tumbas y merodeadores de tesoros que promete cualquier enterramiento regio. La verdad es que se han descubierto muy pocas tumbas intactas, como ya sabrán todos ustedes. Parece, por la primera foto que me han mostrado, que ésta aún lo está.

—¿Qué significa eso de *los cuatro principios* señor Winters? —preguntó Lord Stanley.

Estaba visto que no iban a dejarle acabar rápidamente, pensó con fatiga el detective.

—Pues, exactamente no lo sé.

Ni lo sabía ni estaba en condiciones a estas alturas de conversación de ponerse a descifrar acertijos.

—Quizá sea una alusión a los cuatro puntos cardinales o a los cuatro palos de la baraja.

Miró de repente a Sir Arthur y le sorprendió en ridículo además engullendo una pasta que se desmigajaba por momentos. Qué pronto se pierde la gravedad cuando ataca el hambre.

—Excusen la broma —dijo John con recato—. A veces no puedo evitar decir inconveniencias.

A pesar de la disculpa creyó obligado justificarse de nuevo.

—No sé qué significa la expresión *los cuatro principios*, los paradigmas religiosos de esta época concreta no se han conservado para la posteridad. Más o menos la mitología y la ideología egipcia ha manejado ideas y preceptos muy parecidos a lo largo de los siglos, pero con tantos milenios de por medio siempre hay variaciones que no siempre nos son inteligibles dada la falta de datos. Estos *principios* pueden referirse a alguna doctrina espiritual vigente en este período específico o pueden hacer referencia a algún credo particular traído de Libia por este faraón.

Parece que todos se dieron por satisfechos con la explicación porque nadie puso reparo alguno.

John dejó pasar un tiempo prudencial y considerando que debía sacar fuerzas para continuar recitó las dos últimas líneas.

*El atajo está debajo, aunque
La muerte respirarán todos por igual.*

—Tampoco tengo idea de lo que puede significar esta especie de conclusión escatológica —indicó confuso—. Tal vez sea otra maldición que advierta que el camino más rápido para encontrar la muerte es traspasar el umbral del mausoleo. Siento no poder ser más explícito.

—Bien señor Winters, no se preocupe —lanzó Lord Stanley en su ayuda.

El aristócrata parecía mucho más comprensivo que Sir Arthur, cuyo canoso pelo ensortijado y su papada impolutamente rasurada le daban aspecto de gobernante de otros tiempos más inquisitivos.

Lord Stanley, aunque no podía vestir más clásico, con traje negro de corte antiguo y corbata marrón abombada, revelaba un espíritu joven y distendido en cada una de sus profundas expresiones faciales, quizá por eso era más comprensivo que el adusto Sir con el cansancio de los demás.

Sir Arthur volvió a meter la mano en su carpeta negra, lo que aprovechó John para coger una de las pocas galletas que todavía sobrevivían en el plato.

—Magnífica exposición señor Winters, le felicito —dijo el Sir, consciente también del desfallecimiento del detective, mientras intentaba esbozar sin éxito una sonrisa de simpatía—. Sabemos que es tarde, pero tengo que mostrarle una última foto. Pertenece a la parte de abajo de la lápida.

John no lo podía creer, aún no daban por finalizada la reunión. Estaba agotado y fastidiado. El gesto que hizo cuando Sir Arthur le tendió la tercera foto le delató, aunque no le importó lo más mínimo.

No obstante, el enfado pasó en cuanto le echó un primer vistazo a la nueva imagen. Su semblante se transfiguró en una clara actitud de sorpresa, también bastante ostensible para los demás contertulios. Ya no controlaba para nada su expresividad.

Lo que John tenía entre sus trémulas manos era una imagen ampliada de la parte inferior de la gran losa de piedra, justo debajo de los tres pares de pies de las diosas de la primera foto. Ahora se distinguía claramente un arcón, acarreado por cuatro soldados egipcios que se ayudaban para ello de dos largas varas. Estas gruesas pértigas pasaban por cuatro argollas situadas, cada una, en las cuatro cortas patas del arca. En la tapa del mueble había dos figuras en extraña postura y las dos parecían disponer de una especie de alas que les nacían de la parte superior de la espalda. Era una imagen casi idéntica a la descripción que da la Biblia de lo que debió ser el Arca de la Alianza, la reliquia más sagrada de judíos y cristianos y uno de los objetos más buscados por arqueólogos y cazadores de tesoros de todos los tiempos.

Harás un Arca de madera de acacia, de dos codos y medio de largo, de codo y medio de ancho, y de codo y medio de alto. La revestirás de oro puro; por dentro y por fuera la revestirás, y le pondrás, por encima, una moldura de oro a todo su alrededor. Fundirás para el Arca cuatro anillas de oro, que pondrás sobre sus cuatro pies; dos anillas en un lado y dos en el otro. Harás también unas barras de madera de acacia, las recubrirás de oro, y las introducirás por las anillas de los lados del Arca para poder llevarla. Las barras estarán siempre en las anillas del Arca, y no se sacarán. Pondrás en el Arca el testimonio que te he de dar. Harás también un propiciatorio de oro puro de dos codos y medio de largo y de codo y medio de ancho. A golpe de martillo modelarás dos querubines de oro en los dos extremos del propiciatorio. Pondrás un querubín en un extremo y otro querubín en el otro, formando cuerpo con el propiciatorio en sus dos extremos. Los querubines tendrán las alas desplegadas en alto, protegiendo con ellas el propiciatorio; y tendrán sus rostros vueltos uno al otro, mirando al propiciatorio. Pondrás éste en la parte superior del Arca, y depositarás en ella el testimonio que te he de dar. Allí me entrevistaré contigo, y desde encima del propiciatorio, entre los dos querubines colocados sobre el Arca del Testimonio, te comunicaré cuanto haya de ordenarte para los hijos de Israel. (Éx 25, 10-22)

—¡No me lo puedo creer! —exclamó John cuando le volvieron las palabras—. ¡Han encontrado el Arca que Yahvéh hizo construir a Moisés para guardar los diez mandamientos! ¡Es increíble!

—No hemos encontrado ningún Arca —le tranquilizó Lord Stanley—, solamente la entrada de esta tumba.

—Pero, ¿quién la está excavando? ¿Dónde está ubicada? —preguntó vehementemente John todavía presa de la euforia.

—No la está explorando nadie...

Lord Stanley hizo una pausa y añadió:

—...aún.

Ahora era Sir Arthur el que intervino en la conversación.

—Esta lápida es evidentemente el sello de entrada de una tumba, y todo apunta a que el faraón enterrado en ella es el Sosaq bíblico, como usted muy bien ha deducido. Y, por lo que parece, hay alguna posibilidad de que la tan preciada Arca yazca con él.

Sir Arthur sacó el papel que hacía un tiempo estaba buscando en su cartera de piel. Parecía un folio normal con un par de líneas impresas.

—El descubrimiento de esta tumba fue hecho hace cuatro o cinco meses por una arqueóloga francesa —Sir Arthur miró el papel que acababa de recuperar—, llamada Marie Mariette. ¿Le suena el nombre señor Winters?

John trató de recordar, era un nombre conocido para él, de eso estaba seguro. La cadena de pensamientos le llevó a Francia, a la época en que se especializaba en egiptología en la Universidad de la Sorbona, en el segundo año, a la clase de arqueología aplicada que impartía una profesora joven.

Sí, claro, cayó de repente. Con ella hizo incluso prácticas de extracción y conservación de yacimientos durante seis o siete meses en la campaña francesa, en unas sepulturas de la etapa romana.

Sí, las imágenes ya se formaban diáfanos en su mente. Era rubia, de pelo largo ligeramente cardado, ojos azules, de complexión atlética y vitalidad inquieta. Poseía un enérgico carácter, tan impulsivo que más parecía una mujer de acción que una sosegada estudiosa del muerto e inmóvil pasado. Era, decididamente, una personalidad demasiado apabullante para los gustos del, por entonces, apocado alumno.

El detective evocó ahora, con una descarga más de memoria, como la profesora Marie estaba orgullosa de ser descendiente de Auguste Mariette, el famoso arqueólogo francés que estaba enterrado bajo el Museo de El Cairo. Antes de mediados del siglo XIX, más que arqueología en Egipto se daba una rapiña sistemática de cualquier descubrimiento antiguo. El doctor Mariette contribuyó a la racionalización de las excavaciones, consiguió preservar el rico pasado del país y logró acabar con las metódicas expoliaciones de sus congéneres europeos.

A pesar de que el Louvre está lleno de piezas descubiertas por él, Mariette era muy consciente de que los tesoros egipcios pertenecían a los egipcios. El arqueólogo participó activamente en la creación, dentro del propio país del Nilo, de lo que luego sería el archiconocido Servicio de Antigüedades Egipcias. Se comenzó así a restringir el comercio y la exportación ilegal de material arqueológico y objetos de arte. Fue el principio del fin del saqueo.

Por eso estaba enterrado en el Museo de El Cairo, los egipcios todavía le veneraban aunque habían pasado la friolera de más de 150 años, y por eso se jactaba Marie Mariette de su apellido, no había ocasión en que no aprovecharse para hablar de los méritos y cualidades de su tatarabuelo. Según ella, realmente se convirtió en egiptóloga por este episodio familiar.

John volvió al presente.

—Sí, la conozco —dijo todavía un poco hipnotizado, como el que acaba de bucear en las aguas del pasado—. Fue profesora mía en un yacimiento romano durante unos cuantos meses, era mi época de estudiante en París.

—¿Tuvo mucho trato con ella? —se anticipó Lord Stanley antes de que Sir Arthur pudiese formular su siguiente pregunta.

—No, no demasiado —contestó John—. La relación normal alumno-profesora. Recuerdo que me puso buena nota. No sé, hace casi 10 años de eso.

—Pues parece que ella sí le recuerda —se apresuró a afirmar Sir Arthur antes que Lord Stanley se le adelantara de nuevo—. De la lista de posibles copartícipes en la exploración de la tumba le ha elegido a usted.

A John se le olvidó respirar. ¡No podía creer que fuese tan afortunado! ¡Él, presente en lo que podía ser el descubrimiento del siglo! Era un premio excesivo para sus méritos, hacía años que había abandonado la vida académica, seguro que debía haber decenas, incluso cientos de personas mejor preparadas y capacitadas que él. Se decidió a expresar sus perplejidades.

—Pero yo no estoy lo suficientemente cualificado —protestó totalmente convencido—, hace años que no investigo y no me he reciclado todo lo que debía. Debe haber personas más indicadas que yo para este cometido.

—Sí, la verdad, es cierto, y no se ofenda —advirtió Lord Stanley—, hay bastantes; pero el caso es que, de los posibles egiptólogos anglosajones de nuestra confianza que propusimos a la señorita Mariette, le ha designado a usted. Ella es la única que conoce el emplazamiento de la tumba. Por lo visto, cuando la descubrió, sacó estas tres fotos y la volvió a tapar para una exploración posterior. Ni ella misma era consciente cuando tomó las fotografías de lo que acababa de rescatar del pasado.

Sir Arthur prosiguió con las aclaraciones:

—No todo el personal cualificado de las universidades británicas y americanas iba en esa lista. Considerando la importancia que puede tener este descubrimiento, el gobierno de Su Majestad prefiere incluir en esta expedición a una persona con ciertas características adicionales, y dada su condición de miembro de las fuerzas de seguridad...

John les miró perplejo, el americano se dio cuenta e intervino tan inesperadamente como minutos llevaba sin pronunciar una sola palabra.

—Verá señor Winters —dijo Patrick Allen—, el Arca es algo más que un descubrimiento arqueológico o histórico, forma parte del universo de creencias de dos religiones con millones de seguidores. Al tener tanta carga mística y sentimental podría ser usada fácilmente como arma política o ideológica por cualquier grupo o estado que la controle.

El americano continuó con una voz firme y convincente, más de lo que se suponía viendo su frágil y pálida figura, parecía que las relaciones internacionales eran su ámbito natural.

—La mezcla de militar y experto egiptólogo no se da muy frecuentemente. Usted es lo que más se parece a esta combinación y es la persona elegida por la egiptóloga francesa de la lista que le presentamos. Pero, si quiere saber la verdad, yo, y creo que mis colegas también —añadió el señor Allen mirando a los que llamaba "sus colegas"—, después de la demostración de erudición que nos ha procurado esta tarde, pienso firmemente que es la persona indicada. Y yo era el que más reparos ponía a su

elección, lo reconozco.

—Estoy de acuerdo con el señor Allen —corroboró Sir Arthur mientras Lord Stanley afirmaba visiblemente con la cabeza—. Dadas las circunstancias se ha tenido que montar una expedición relámpago, pero creo que usted responderá a las expectativas.

John se preguntaba qué circunstancias y expectativas serían esas; sin embargo, no dijo nada.

—El gobierno egipcio está muy interesado en que La Reliquia, a partir de ahora éste será su nombre en clave —dijo el señor Allen como si tal cosa y como si fuese el personaje de una novela de espías—, salga cuanto antes del país.

—Pero...

El descarnado americano no dejó que John le interrumpiera.

—No es que quieran perder el derecho de propiedad de su patrimonio arqueológico; no obstante, vistas las condiciones de extremada volatilidad política y tensión armada en la zona de Oriente Próximo, preferirían que La Reliquia abandone secretamente y cuanto antes Egipto —declaró volviendo a repetir su ridícula clave—, rumbo a Suiza o a cualquier otro país neutral hasta que puede ser exhibida en el Museo de El Cairo en las mejores condiciones y con garantías, sin riesgo alguno para su integridad.

Sonaba a alocución aprendida de memoria.

—La expedición científica estará dirigida por la señorita Mariette —dictó Patrick Allen—. Al ser ella la única que conoce la ubicación del sitio tiene, hasta cierto punto, la sartén por el mango. El gobierno egipcio ha accedido a ello, pero con algunas restricciones.

Parecía que el americano no se había estudiado tan a fondo su parte de discurso, sacó un arrugado papel del bolsillo y siguió hablando.

—El primer requisito —dijo desdoblado el papel— es que un arqueólogo egipcio codirija la excavación. El elegido es conservador del Museo del Cairo y su nombre es Alí Khalil. ¿Le dice algo ese nombre señor Winters?

John tuvo que tragar saliva antes de poder articular las palabras.

—No, no me es familiar —contestó con un imperceptible tono de voz.

—Bien, no importa —siguió Patrick Allen—, por lo que nosotros sabemos es un investigador profesional; por lo demás, la señorita Mariette también le ha aceptado.

Guardó el papel en el bolsillo, por lo visto ya no lo necesitaba.

—Usted será el tercer codirector de la expedición —dijo Allen sin dar ninguna opción de réplica a John—. Su tarea consistirá, aparte de ayudar a desenterrar lo que allí pudiera hallarse, en poner a salvo La Reliquia y ocuparse de su traslado a Suiza, o al país elegido finalmente, todo en el mayor de los secretos. Parece que el Ministerio del Interior egipcio no se fía mucho de su propio personal.

—Pero —objetó John—, un proyecto así, y máxime si la tumba está intacta, puede durar años.

—No tiene años, ni siquiera meses para sacar a la luz lo que pudiera estar oculto bajo esa piedra —espetó el americano firmemente.

No se podía dudar que el señor Allen pronunciaba unas locuciones un tanto autoritarias.

—No se preocupe —dijo para amortiguar la dureza de su anterior frase—, no le estamos pidiendo que entren allí con un buldózer. Sigán los procedimientos arqueológicos habituales, pero céntrense en el objetivo prioritario.

—¿Y los demás objetos que podamos encontrar? —preguntó John.

—Son secundarios —señaló resuelto Allen en su jerga abiertamente militarista—. Cuando hayan acabado con su trabajo un segundo grupo de arqueólogos investigará la tumba ya con toda tranquilidad y se harán cargo del resto de su contenido. Solamente pueden sacar La Reliquia al exterior, ésa ha sido otra de las condiciones del gobierno egipcio.

Lord Stanley se creyó en la obligación de rebajar un poco el estado de inquietud que habían provocado los rígidos criterios de actuación dictados por Patrick Allen.

—No se alarme señor Winters —dijo sosegadamente—. Será una excavación arqueológica en toda regla y la señorita Mariette, Alí Khalil y usted mismo se ocuparán de que ningún descubrimiento científico o histórico se pierda o resulte dañado. Lo único que ocurre es que no queremos que la noticia de este hallazgo se convierta en vox pópuli antes de que podamos controlar la situación.

—Comprendo —asintió John condescendiente.

—Hasta ahora, y a pesar de que la señorita Mariette no fue precisamente un modelo de discreción cuando se percató de lo que realmente había descubierto, podemos asegurar que el círculo de los que están al corriente de la verdad es lo suficientemente reducido como para no temer ninguna filtración, eventualidad o imprevisto. Podrán trabajar tranquilamente, aunque les rogamos que lo hagan a la máxima velocidad posible por lo que pudiera pasar.

—Créame —intervino Sir Arthur para poner fin a la discusión—, nos ha costado mucho que un científico anglosajón formase parte de esta histórica expedición. Confiamos plenamente en que estará a la altura de las circunstancias.

John llevaba un tiempo sin decir nada, aunque tampoco tenía nada que decir, los acontecimientos le superaban. Nadie de los presentes le había preguntado en ningún momento si quería formar parte de esta perentoria excursión al país de las pirámides y, dada su condición de funcionario público, no creía que se lo fuesen a consultar próximamente. El destino es caprichoso, tendría que volver a ejercer de arqueólogo.

Sir Arthur empezó a recoger todas las fotos y documentos esparcidos por la mesa, señal inequívoca de que la megareunión tocaba a su fin.

—Ni que decir tiene —dijo el Sir— que todo lo que ha oído o pueda oír en el futuro sobre este tema está sujeto al más absoluto secreto. Dentro de dos días, el lunes concretamente, partirá hacia El Cairo para reunirse con sus dos colegas, la señorita Mariette y el señor Khalil. El señor Jeremy Cohen le dará los detalles y hará de enlace entre usted y nosotros tres durante el tiempo que dure la misi... , perdón, la expedición —corrigió al vuelo—. Buena suerte, el señor Cohen le acompañará de vuelta a Londres y le pondrá al corriente de los detalles de su viaje.

Sir Arthur se levantó y le tendió la mano, gesto imitado con precisión suiza por Lord Stanley y el señor Allen.

John salió de la sala acompañado de Jeremy. Bajaron las escaleras y salieron a la calle. La oscuridad se había hecho dueña absoluta de la ciudad.

Salir al exterior alivió un poco a John, aunque todavía no era muy consciente de lo que se le venía encima.

Se dirigió a Jeremy con una media sonrisa en los labios.

—Veo que vas prosperando, te han hecho enlace.

Jeremy no pudo evitar reírse por dentro, se sentía ahora más cerca de su subordinado.

—Sí, todo el mundo prospera, hasta yo —contestó—. Ven por aquí, iremos en mi coche, te dejaré en tu casa y hablaremos un rato por el camino.

No estaban lejos de Londres, Ashford estaba a pocos kilómetros de la capital y era lo suficientemente tarde como para no encontrar mucho tráfico.

De pronto John recordó porque era conocida la pequeña Ashford, era la cuna de John Wallis, el matemático descubridor del infinito. Ese sí que era un buen trabajo, investigar el infinito. John se entretuvo en especular si a Wallis le dio tiempo a hacerlo a lo largo de su vida o dejó inconclusa su imponente tarea.

Jeremy interrumpió tan divertido pensamiento. Ya estaban camino de la City.

—Bueno John, yo estoy tan sorprendido como tú, si te sirve de algo. Esto es del todo inusual. Los que estaban sentados en esa mesa eran todos peces gordos, tanto como para acabar con la malla de cualquier red.

Jeremy era de los que miraba al copiloto largamente cuando hablaba, aunque condujese a toda velocidad. John sólo era capaz de atender a la carretera, incluso cuando iba de acompañante.

—Ayer me llamó Johnson —volvió a decir Jeremy— y me contó que nos necesitaban para algo urgente, que dejásemos todos los asuntos pendientes aparcados hasta nueva orden. Aunque, por lo que parece, tú te vas a llevar la parte del león, mi función se limita a darte un par de objetos, dejarte pasado mañana en un avión y esperar tus informes desde Egipto sentado en una cómoda oficina de Scotland Yard. Será una buena vida, por mí no te des mucha prisa desenterrando momias.

John no tenía fuerzas para responder a Jeremy, ni siquiera recordaba quién era ese

Johnson. El esfuerzo intelectual de aquella tarde le había dejado mentalmente exhausto.

Se concentró en las luces de Londres, miles de ellas refulgían mientras le echaban su pulso crepuscular a la noche. Una vez, hace años, se imaginó que cada luminaria era verdaderamente una antorcha llevada por la mano de un hombre y que, físicamente, las teas no estaban quietas sino que sus portadores se desplazaban siguiendo un camino invisible, un plan preestablecido de antemano. El movimiento del coche hacía muy real esta ilusión fantasmagórica.

2

Una fábrica tras los andamios. Eso es lo que miraba relajadamente Marie Mariette arrellanada en su banco favorito. Siempre que tenía un momento venía a sentarse frente al Centro de Arte y Cultura Georges Pompidou y pensaba a qué se parecía la impresionante estructura de tubos conjurados, cables cismáticos, tuberías insurrectas, gaseoductos díscolos, alambres cruzados, gárgolas truncadas, turbinas de aviación, vidrios y planchas de acero del revolucionario edificio.

El pabellón Georges Pompidou había sido diseñado por los arquitectos Richard Rogers, Renzo Piano y Gianfranco Franchini para que desempeñase la función de museo de arte contemporáneo de la ciudad de París. Pensaron que para dejar más espacio libre a las colecciones bien podían dejar por fuera de la fachada todos los elementos que normalmente se ocultan en las entrañas de cualquier construcción: conductos de aire acondicionado, ascensores, escaleras, cañerías de agua fría y caliente, desagües, líneas eléctricas, generadores y calderas. El resultado era uno de los más insignes ejemplos de lo que simulaba ser arte industrial, una especie de esqueleto que parecía un edificio a medio acabar, una pinacoteca sin fachada, un circo sin toldo, un histrión sin máscara, una factoría sin nada que producir.

Esto es lo que se conocía. Lo que la gente ignoraba, sobre todo los turistas extranjeros despistados, es que los llamativos colores de los elementos constructivos o deconstructivos respondían a pautas visuales preestablecidas por los arquitectos. Usaron el azul para los colectores de aire, el verde para la distribución de agua, el amarillo para los elementos de la red eléctrica y el rojo para la estructura de las escaleras. Siempre hay un código que nos permite interpretar la realidad, si no tenemos que inventarlo.

A Marie, después de contemplar tantas fachadas monumentales custodiadas por ruinosas estatuas, de transitar por largas y polvorientas salas columnadas y de estudiar innumerables muros de piedra provistos de arcanas inscripciones jeroglíficas, todo fruto de su trabajo en el departamento de egiptología de la Universidad de París, le producía cierto bienestar mental reemplazar el ordenado y vetusto granito por el anárquico y futurista acero del Centro Pompidou.

A veces se maravillaba por la relativamente poca diferencia temporal que había entre las pirámides y el edificio contemporáneo que contemplaba, solamente 5.000 años. Una minucia, sobre todo si se tenía en cuenta que el hombre actual, el mismo hombre que vemos repetido por cientos cuando escudriñamos cualquier calle o cualquier plaza, llevaba más de 190.000 años hoyando la misma tierra. ¡Qué poca distancia en el tiempo y qué estilos tan opuestos!

Toda la evolución del arte y la arquitectura se presentaba ahora ante sus ojos.

¿Será que, desde el mismo momento que podemos ver y conocer lo que hacían

nuestros ancestros, tenemos la necesidad perentoria de hacer algo distinto, algo que no pueda compararse con lo ya realizado en el pasado, algo que nos diferencie de nuestros congéneres?

Marie sabía que no todas las épocas de la historia habían sido tan abiertas a la innovación y a la variedad como la nuestra. El periodo egipcio o el medieval eran ejemplos perfectos de inmovilismo cultural. De hecho, la fiebre por la novedad y por dar un paso más allá es la excepción en la historia del hombre y no la regla; pero al final, pensaba, el cambio siempre acababa triunfando, el tiempo era su mejor aliado.

Marie había empezado a jugar con la idea de que, en este instante, estaba contemplando un astillero. Un enorme astillero en pleno proceso de construcción de un barco, tal vez un petrolero. Estaba observando en este preciso momento la máscara de proa del enorme buque inconcluso y como los obreros subían y bajaban por las escaleras mientras cambiaban de turno.

Cuando la palabra "turno" se acabó de formar en su mente cayó en la cuenta que la hora de reposo, que se había otorgado a modo de neutralización de una copiosa comida, estaba a punto de expirar y que debía acudir a una cita.

Hoy era domingo, sin embargo hacía tiempo que no había fiestas para ella. La mañana había sido tranquila, pero esta tarde tenía otra nueva reunión con el jefe de relaciones externas de la Universidad de París, Henri Legentil.

Legentil era el burócrata que se ocupaba de conseguir las oportunas subvenciones y ayudas estatales para el mastodonte en el que se había convertido la institución docente parisina desde que empezó su actividad, allá por el lejano siglo XII. Ahora la universidad estaba dividida en 13 unidades autónomas con edificios repartidos por toda la ciudad. Aunque La Sorbona, nombre por el que era más popularmente conocida, tenía forma de hidra, siempre hay un cuerpo del que salen las cabezas.

Uno de los que movían los hilos financieros de ese cuerpo era Henri Legentil, antiguo profesor de economía que había ido embutiéndose cada vez más en las estructuras administrativas de la institución de enseñanza. Marie ya había hablado varias veces con el funcionario. Éste le había hecho asistir a unas cuantas reuniones en las que estaban presentes importantes personalidades del gobierno francés, pero que nada tenían que ver con la ciencia o con la egiptología.

La arqueóloga no estaba acostumbrada a tanto revuelo, pero la culpa la tenía en parte ella, quizá debía haber actuado de otra forma cuando se percató del verdadero significado de la serie de fotografías que realizó en su último viaje a Egipto.

No hay nada más excitante que sacar a luz verdades y conocimientos que llevan enterrados milenios bajo las arenas, por eso le gustaban las excavaciones arqueológicas; sin embargo, esta vez parecía que más bien había destapado la caja de Pandora y habían escapado de nuevo todos los males y lacras de la humanidad.

Marie había encontrado la entrada de la tumba de Sheshonk I por pura casualidad,

ni siquiera ese día estaba trabajando, simplemente había salido a dar una vuelta por el desierto una vez terminada la dura campaña de exhumación y clasificación de restos que estaba llevando a cabo en un templo funerario de los alrededores de Sakkara. Se podía decir, sin faltar a la verdad, que ese día estaba haciendo turismo y no arqueología.

Una vez acabada la dura temporada de excavaciones, Marie decidió quedarse un tiempo en un hotel de Hulwan, ciudad al sur de El Cairo, y dedicar una semana a hacer unas cuantas excursiones por los alrededores. Nunca se cansaba de contemplar desierto.

En una de ellas se dirigió unos 50 kilómetros al sur por el margen occidental del río Nilo, siguiendo la carretera hasta la altura de la aldea de Kafr Jirzah, un pueblo dedicado a la agricultura y a la pesca situado a orillas del Nilo, y torciendo en dirección al lago Birkat Qarun. A veces, si el terreno estaba en condiciones, dejaba los caminos y se aventuraba a conducir el 4x4 hasta algún montículo solitario, se paraba allí y se ponía, plácidamente, a admirar el paisaje.

El contraste entre los intensos verdes de las orillas del gran Nilo y los ocres de las áridas dunas, tostadas insistentemente por el impenitente sol, era un espectáculo que siempre la hechizaba. Era la lucha de la tierra contra el agua, de la muerta arena contra el río que trae la vida.

Eso es lo que hizo ese día, divisó una colina atrayente y se dirigió hacia ella. Dejó el coche en la ladera, se caló un sombrero de ala ancha y escaló la pedregosa elevación. Cuando hubo coronado la cima se sentó tras la sombra de un gran peñasco y miró a su alrededor. Sólo pudo recrear la vista durante 15 minutos; aunque era muy temprano, Ra, el dios sol, empezaba a proclamar con inclemente tenacidad que todavía seguía reinando en Egipto.

La arqueóloga se levantó para descender de su atalaya y volver a refugiarse en su vehículo, fue entonces cuando descubrió la gran losa. Estaba todavía semienterrada, en la planicie, al pie del otero al que había subido.

A Marie le asaltó de pronto la ya familiar embriaguez de lo desconocido. Se paró en seco y se mantuvo en suspenso unos segundos, una piedra labrada en esta zona era patentemente inusual, aunque todo el país era una gigantesca necrópolis, debía haber más momias debajo que personas arriba. Seguramente algún fuerte viento del desierto la había sacado a la luz después de guardar el secreto de su propietario durante una buena porción de eternidad.

Únicamente se distinguía una pequeña porción de la esquina superior derecha de la piedra, pero no cabía duda, había sido tallada por la mano del hombre. El día ya había avanzado lo suficiente como para considerar una locura el ponerse a desenterrar ningún vestigio arqueológico, por muy importante que fuera; además, no había traído material de trabajo, ni siquiera una mísera cámara de fotos, se suponía que estaba de

vacaciones. Lo único que hizo fue observar su hallazgo, tocarlo tímidamente, seguramente para cerciorarse de que era real y no un espejismo fruto de la insolación, y memorizar el paisaje que lo rodeaba. Después volvió al vehículo y consultó el GPS del que estaba provisto el todoterreno alquilado. Apuntó las coordenadas, volvió a comprobarlas una vez más y regresó al hotel de Hulwan mientras trazaba, todavía excitada, un plan de acción.

Al día siguiente volvió al lugar, muy temprano, antes de que amaneciese. Localizó el lugar con ayuda del navegador del coche y, en cuanto empezó a clarear, se puso a rescatar del olvido aquello que había estado perdido durante tanto tiempo.

Ahora sí había traído las herramientas adecuadas. Con un pequeño pico de puntas truncadas empezó a vencer la resistencia de la dura arena amalgamada hasta que ésta se deshizo en pequeños terrones. Después limpió la superficie de la gran masa cuadrangular con una brocha. Ante los vehementes ojos de Marie aparecieron tres diosas egipcias bellamente cinceladas, los inevitables jeroglíficos y algunas figuras de soldados portando algo que entonces juzgó poco importante.

Fue a por su cámara digital, ajustó la resolución al máximo y tiró una foto general y tres más detalladas de la parte superior, central e inferior de la superficie de la losa. Seguidamente sacó otra tarjeta de memoria, la sustituyó por la que tenía el aparato y repitió de nuevo la misma operación.

No tenía tiempo para estudiar las figuras y los signos esculpidos en la roca; no obstante, estaba segura que no podía ser otra cosa que una tumba y, aparentemente, intacta. La mañana estaba ya bastante avanzada, pero la adrenalina apenas le dejaba sentir el abrasante calor.

Marie sabía de sobra que el periodo de excavaciones había terminado por este año, el verano principiaba a reinar y en esas latitudes todo trabajo al aire libre era prácticamente imposible en la estación más tórrida. No quería que nadie se le adelantase ni le quitase el mérito del descubrimiento, así que se dispuso a devolver al Sahara lo que era del Sahara. Cogió una pala del coche y tapó la tumba hasta hacerla desaparecer completamente bajo la arena. Estaba agotada, pero tuvo fuerzas para volver a comprobar la posición exacta con el satélite. Acto seguido condujo hasta el hotel, estaba del todo quemada por el sol.

Cuando regresó a Francia una vez terminadas sus vacaciones no dijo nada a nadie, ni siquiera a sus más estrechos colaboradores. Tardó un día entero en preparar una traducción aceptable de las líneas inscritas en la puerta del enterramiento. Sabía quién era Sheshonk, un faraón menor de la fase de caos que siguió a la caída de la Dinastía XX, en el Imperio Nuevo.

Estaba un poco decepcionada, pero sólo un poco. El descubrimiento no era de primera categoría; pese a ello, una tumba íntegra, aunque fuese del supervisor de las cabras del más ínfimo faraón, era todo un acontecimiento arqueológico.

Casi el 99 % de todas las tumbas que se habían encontrado en Egipto durante los dos últimos siglos habían sido previamente saqueadas, algunas varias veces. A pesar de las precauciones que tomaban los faraones para evitar los pillajes, casi siempre los ladrones terminaban siendo más listos que los mejores arquitectos regios. De nada servían los laberintos, las trampas, las maldiciones, los escondites o los asesinatos de los trabajadores que habían participado en la construcción de los retiros mortuorios, la profesión de ladrón de tumbas era tan vieja como las propias sepulturas y bastante lucrativa. Si el descubrimiento salía a la luz antes que una expedición arqueológica estuviese ya asentada sobre el terreno y dispuesta a emprender y vigilar los trabajos, todo desaparecería en un abrir y cerrar de ojos. Marie había visto como pueblos enteros habían desvalijado yacimientos al más leve indicio de desprotección por parte de los investigadores.

Con todo, para montar una nueva expedición iba a necesitar dos cosas: permisos y fondos, así que obligado era mostrar las fotografías a las personas que podían facilitarle estos trámites. Marie sabía que con las fotos se le abrirían todas las puertas y tampoco estaba preocupada porque le pisaran el hallazgo, sólo ella conocía las coordenadas exactas en el mapa. Aunque, desde luego, nunca imaginó la desmedida expectación que causarían sus fotografías.

Esperó hasta septiembre mientras se empapaba de todo lo relacionado con el faraón Sheshonk y la época histórica en la que le había tocado vivir. Quería ser designada directora del programa de trabajo, no por la fuerza mayor que podía significar el que solamente ella conociese la localización del emplazamiento, sino por sus propios méritos. Por lo demás, hasta septiembre la universidad permanecía tan desierta como el lugar donde había encontrado la tumba.

Iniciado el otoño y siguiendo el cauce habitual, la primera persona que escrutó las fotos fue su jefe de departamento, Leopold Quinet, un distinguido septuagenario y toda una institución en la disciplina.

El profesor Quinet seguía impartiendo clases a pesar de sus muchos años y más achaques. Leo, como todo el mundo le llamaba cariñosamente, en cuanto estudió las imágenes y el informe que le había preparado la arqueóloga, la llamó urgentemente a su despacho. Cuando llegó Marie el anciano estaba mirando el Sena embelesado.

Desde luego, Marie sabía que el faraón Sheshonk era el Sosaq o Sisaq bíblico, también sabía que había guerreado con el reino de Israel, incluso que había entrado en Jerusalén y saqueado la ciudad, lo que desconocía totalmente es que este personaje histórico en concreto podía haber sido el que se llevó de Jerusalén el Arca de la Alianza, el oráculo por el que Yahvéh hablaba a los judíos y donde estaban guardados los objetos más preciados de los tiempos en los que Moisés rescató a los israelitas, esclavos en Egipto, y los condujo a la tierra prometida.

Leo tampoco lo sabía, pero lo imaginó enseguida. Puso a Marie al corriente de la

importancia de su piedra y le hizo ver que los bajorrelieves inferiores, a los que ella no había otorgado ninguna trascendencia, coincidían bastante bien con la imagen de unos soldados llevándose un arcón muy similar al descrito con toda exactitud en el libro sagrado.

No había que lanzar las campanas al vuelo, pero el asunto parecía lo suficientemente importante como para guardar el más absoluto sigilo hasta que Leo hiciese unas cuantas llamadas. Por supuesto, Leo preguntó a Marie sobre el emplazamiento de la tumba, pero ésta, testaruda y obstinada, no lo reveló. Ahora, más que nunca, quería ser ella la que excavase el yacimiento, le había tocado la lotería de los arqueólogos.

A partir de entonces vinieron interminables reuniones con miembros del gobierno francés y de la embajada egipcia. Leo siguió con su suave vida y apareció el señor Legentil. El burócrata quería asegurarse de que la Universidad de París tuviese un destacado papel en todo este asunto, la publicidad es la mejor recaudadora de fondos, pero incluso él se vio superado por los acontecimientos.

La Universidad se demostró irrelevante e insignificante en una cuestión que había llegado a sacudir las más altas esferas políticas, aunque Marie desconocía en qué manera lo había hecho. Legentil había pasado de simple ejecutivo de la Universidad a alto funcionario del Estado, y solamente por hacer de cordón umbilical entre Marie y el gobierno galo.

Le habían insistido en que todo debía estar bajo el más estricto secreto; sin embargo, la arqueóloga no hacía más que ver caras nuevas en los ya fastidiosos encuentros.

Pese a todas las presiones, Marie se había afirmado en sus condiciones. Ella sería la directora del proyecto y ella elegiría a los codirectores de la excavación, aunque había admitido algunos requisitos impuestos por la administración francesa. Uno de ellos fue que tendría que seleccionar forzosamente a los dos codirectores de la delegación científica entre los nombres incluidos en una lista cerrada que se le presentaría oportunamente. Otra exigencia era que uno de ellos debía ser, ineludiblemente, de nacionalidad egipcia. Aceptó.

Cuando le enseñaron el listado, comprobó estupefacta que no conocía a nadie de los supuestos egiptólogos profesionales que iban a acompañarla en tan delicada misión. No podía creerlo, de hecho estuvo a punto de romper la hoja y montar en cólera ante tamaño despropósito. Sin embargo, sus ojos se posaron en un nombre conocido, el de John Winters. Había sido alumno suyo y lo recordaba como un chico tímido con unas excelentes dotes como arqueólogo. Se guardó la lista y les dijo a los presentes que les daría el nombre de los elegidos al día siguiente. Ante el asombro y estupefacción de todos, se levantó y se fue de la reunión antes que nadie pudiese detenerla.

Su siguiente paso fue buscar en Internet cualquier referencia de los supuestos investigadores mencionados en la lista. Fuera de los nombres patentemente egipcios, casi todos los apellidos eran británicos o norteamericanos, ninguno francés, italiano, español o alemán.

Encontró muy pocas entradas de cada uno de ellos. Algún artículo menor en revistas especializadas, alguna excavación arqueológica en zonas bastante alejadas de Egipto y alguna mención esporádica en anuarios de universidades de segunda fila. Por si fuera poco, todas las alusiones tenían fechas bastante antiguas.

Marie ya se imaginaba con qué tipo de compañeros se las iba a tener que arreglar y no le gustaba nada.

Metió en el buscador el nombre de su antiguo alumno: John Winters. Ya se había ocupado de revisar su ficha de estudiante en los ordenadores de la Universidad de

París, había cursado sus primeros estudios en Oxford y era lingüista e historiador, especializado en egiptología y en excavación y conservación de yacimientos en París. Había encontrado también su foto, ahora lo recordaba claramente, un chico de mediana estatura, de pelo negro, con unos ojos muy inteligentes, aunque algo retraído y esquivo, evitaba siempre mirar a la cara de su interlocutor cuando hablaba con alguien.

Aparecieron más de 20 referencias en el monitor. Parece que su pupilo John Winters sí había estado en Egipto y sí tenía experiencia como codirector de excavaciones, aunque tampoco demasiada. Encontró otra entrada que le llamó la atención, enlazaba con una página que hacía referencia a unos juzgados de Londres. Aparecía el nombre de John como testigo en una causa de tráfico de antigüedades, parece que de egiptólogo había pasado a policía. Eso confirmó las sospechas de Marie sobre la verdadera naturaleza de los integrantes del listado que le habían proporcionado. Serían todos espías, militares o miembros de oscuros departamentos adscritos a la seguridad.

Pensó que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer y subrayó el nombre de Winters.

Después le tocó el turno a los egipcios. De la mayoría no había ni mención en Internet, de otros encontraba su nombre en la plantilla de incomprensibles organismos y corporaciones del gobierno egipcio. Todo muy desalentador, pero había un apellido que se acercaba un poco a lo que Marie estaba buscando, un conservador del Museo de El Cairo con experiencia en trabajo de campo, respondía al nombre de Alí Khalil. Él sería el segundo elegido.

Marie evocaba esos frenéticos días previos mientras caminaba despacio en dirección a la Place des Vosges, hasta el edificio donde Henri Legentil tenía su despacho. Estaba en pleno Marais, bastante cerca del Centro Pompidou, por eso había decidido ir andando. El barrio de El Marais era llamado así porque en su origen había

sido una antigua marisma que luego fue desecada para poder construir los señoriales edificios que ahora ostentaba en sus calles.

Desde que se levantó del cómodo banco desde donde contemplaba el imaginario cambio de turno del astillero, la ya cuarentona Marie había ido rememorado todo lo que le había sucedido en los meses anteriores. El invierno empezaba a mostrarse cada vez más audaz en sus acometidas de estos últimos días, pero eso la ponía de buen humor porque quería decir que muy pronto volvería a Egipto ya que empezaba la temporada de excavaciones, quizá en la que sería una de sus últimas oportunidades para desempolvar y resucitar del pasado algo verdaderamente importante, algo que le acercase a la imponente altura desde la que le estaba vigilando su admirado tatarabuelo Auguste.

Ésta era, se suponía, la última reunión que tendría, y ni siquiera se la habían impuesto, no era obligatoria, asistía a ella por inercia. Por inercia y porque las razones que le dio su futuro interlocutor le parecieron lo bastante sugestivas como para aceptar. Quería hablar del Arca, sólo del Arca, le había asegurado por teléfono. Parecía que, por fin, iba a conversar con un verdadero historiador y no con insulsos burócratas a los que sólo les importaba cumplir los objetivos de unos planes concebidos por otros funcionarios todavía más anodinos que ellos. Únicamente por eso había aprobado el encuentro.

Después de un paseo de 20 minutos, Marie llegó a una plaza de simetría perfecta y entró en un edificio que, por su aspecto exterior, nadie podría decir que pertenecía a los servicios centrales de la Universidad de París. El encuentro lo había preparado, como ya era habitual en los últimos meses, el ineludible Legentil. Marie prácticamente no podía dar un paso sin contar antes con él, había sido avisada de que las subvenciones y permisos corrían grave peligro si mostraba excesiva capacidad de iniciativa, por decirlo de algún modo. Su colega, el viejo Leo, había desaparecido del mapa y a ella le habían eximido de impartir sus acostumbradas clases y cursos universitarios.

El traje de Legentil, tremendamente llamativo, salió a recibir a Marie, dentro iba el servil oficinista.

—Buenas tardes señorita Marie.

Marie odiaba cuando se dirigían a ella con el apelativo de "señorita". Implícitamente, el término le recordaba que ya tenía 40 años y que todavía no se había casado, ni siquiera había tenido pareja estable por más de un par de años. Sus continuas idas y venidas acababan con la paciencia de cualquier compañero sentimental con vocación de permanencia. No estaba arrepentida de la forma en que había encarado la vida, aunque cada vez pensaba más frecuentemente en ello, signo de que algo estaba minando sus, hasta ahora, firmes convicciones existenciales.

—Buenas tardes señor Le Gentil.

Marie hacía una ostensible pausa entre el "Le" y el "Gentil" para fastidiarle, aunque el contable nunca se permitía darse por aludido.

Estaban en una especie de recibidor que hacía de puente, foso y empalizada con secretaria de un largo pasillo con despachos a los lados. Legentil siempre procuraba concertar las reuniones del asunto "Mariette", era el nombre con el que había archivado este trabajo específico en su cerebro, por la tarde, cuando ya no quedaba casi nadie en la planta. Hoy además era domingo por lo que el sitio estaba desierto. El funcionario tampoco debería trabajar hoy; además, nunca iba a reclamar a nadie estas horas de trabajo extra. Legentil era de los que sacrifican el presente en el altar de las recompensas futuras.

La joven secretaria se estaba marchando en este mismo momento, con algo de precipitación mal disimulada, por lo visto para ella tampoco había domingos con su despótico jefe. Marie empezó a pensar que Legentil debía ser un verdadero tirano para sus subordinados. A pesar de hacer venir a la administrativa a trabajar en un día festivo, parecía que Legentil le había ordenado que se esfumase en cuanto apareciesen los invitados de su reunión vespertina. Todo lo oscuro se planea en la oscuridad.

—Bien señorita M... —empezó a articular Legentil.

—Llámeme Marie —cortó tajante—, ya llevamos muchas reuniones, podemos olvidarnos un poco de tanto formalismo. ¿No cree Henri?

Enunció la última pregunta con el tono más dulce y familiar que fue capaz de componer su faringe, pero Legentil no atendía nunca ni a inflexiones cortantes ni a matices delicados. Como él no los usaba no podía entender por qué lo hacían los demás. Para Legentil toda modulación de la voz en una conversación de negocios era absolutamente superflua.

—Desde luego, como quiera —dijo neutro.

—¿Ha llegado ya mi contendiente? —preguntó Marie.

—¿Su contendiente? —preguntó Legentil que, aunque había entendido perfectamente la ironía, siempre se proclamaba tan confundido en estos casos de doble sentido que sus interlocutores renunciaban a hacer cualquier juego de palabras mientras él estuviese presente.

—Sí, mi contrincante dialéctico —aclaró pacientemente Marie.

—El señor Carlo María Manfredi todavía no ha llegado.

Legentil miró el reloj, aunque Marie estaba segura de que sabía de sobra la hora que era

—Todavía faltan 10 minutos —dijo tranquilo. —Bueno, esperaremos.

Marie tomó asiento en una silla de la antesala.

—Dígame Henri —interpeló la egiptóloga—. ¿Quién es exactamente la persona con la que voy a reunirme? Por teléfono no me ha dicho gran cosa, solamente que

quería hablar del Arca como objeto histórico.

Legentil tardó en contestar, parecía pensar si era conveniente o no responder a la pregunta. Al final optó por la prudencia, como era norma habitual en su persona.

—No lo sé —dijo, y se calló como esperando la siguiente pregunta u objeción de Marie.

Ésta no se produjo porque el invitado que faltaba acababa de entrar por la puerta.

—Hola, buenas tardes —se presentó con acento levemente italiano mientras se descubría con una mano la prenda que le tapaba la cabeza.

El gorro forraba la ostensible calva de un hombre de unos 50 años, muy alto, casi dos metros que parecían más debido a la extrema delgadez de su persona y al brillo que desprendía su cráneo, reluciente, sin arrugas, perfecto en su redondez. La luz se reflejaba en la superficie de su pelada y preclara azotea para pasar a ser absorbida por los dos agujeros negros emplazados en las cuencas de sus ojos. El contraste apabullaba, pero sólo en un primer momento, hasta que se descubría por los gestos y la actitud el aparente carácter afable y abierto del benévolo gigante.

—Buenos días —saludó el funcionario—. Soy Henri Legentil, he hablado con usted por teléfono.

—Sí, desde luego —dijo el italiano mientras estrechaba su mano y le hacía un enigmático e incomprensible guiño con un ojo.

—Señor Manfredi, le presento a la doctora Mariette.

Legentil había cambiado el tratamiento para referirse a Marie y había hecho bien porque Marie no hubiese aguantado otro "señorita". No delante del recién llegado.

—Encantado de conocerla en persona —dijo el recién llegado mientras apretaba la mano de Marie—. Pueden llamarme Carlo, o Carlo María, como prefieran.

—Bien Carlo, puede llamarme Marie —correspondió la arqueóloga.

Legentil no pidió que le llamasen por su nombre de pila, se limitó a seguir haciendo de mero intermediario.

—Pueden pasar por aquí —dijo señalando el pasillo—, al despacho del fondo, la puerta de la derecha.

Marie ya conocía la habitación, era una sala de reuniones bastante amplia con grandes ventanas que daban a la calle. Las paredes estaban revestidas de muebles de baja calidad que hacían las veces de librerías, contruidos a base de ensamblar delgadas láminas de madera que se combaban con el peso de los gruesos y pesados volúmenes de los servicios editoriales de la Universidad de París, publicaciones tan voluminosas como inútiles, por eso estaban allí, no interesaban a nadie.

—Puede dejarnos solos —dijo Carlo dirigiéndose a Legentil de la forma más natural del mundo—, seguramente le aburriremos con nuestras teorías y especulaciones.

—Desde luego —respondió servicial Legentil mientras se marchaba cerrando la

puerta.

Marie pensó que para no conocerle, como había aseverado antes, Legentil se mostraba bastante complaciente y solícito con su invitado. Ella no sería tan comedida.

—Bueno Carlo —principió Marie una vez acomodados—, últimamente estoy teniendo bastantes reuniones con gente de lo más variada. ¿A qué estamento o grupo de presión representa usted?

—Pues no sabría decirle —contestó—, creo que me represento a mí mismo, aunque pertenezco a la Iglesia Católica. Normalmente trabajo en Roma, en el Vaticano, en los servicios diplomáticos de la Santa Sede. En cuanto me enteré de su descubrimiento llamé a todos los contactos que tenía hasta conseguir una entrevista con usted.

Marie estaba perpleja, lo que faltaba, el Vaticano también lo sabía, vaya un secreto a voces. Carlo pareció darse cuenta de lo que pensaba y se propuso tranquilizarla.

—No se preocupe, nadie en la Santa Sede, salvo un círculo muy reducido conoce la noticia —dijo Carlo mientras movía, cruzaba y descruzaba sus huesudas manos—. Y parece que nadie se ha tomado el mayor interés, no dan demasiado crédito a que el Arca pueda estar en esa tumba egipcia. Por supuesto, estamos de acuerdo con que se explore el yacimiento con la mayor discreción y, si se encuentra algo, se traslade a un país neutral para que pueda ser estudiado con toda tranquilidad y libertad.

Así que Roma estaba al tanto de toda la operación, pensó la arqueóloga. Seguro que habían visto las fotografías. Marie se preguntaba divertida si se habría consultado también a los israelíes, a ellos también les incumbía el hallazgo. Se imaginaba hablando con un rabino en una próxima entrevista.

La investigadora empezaba a recelar, no se creía, para nada, lo de que nadie se había tomado el mayor interés en Roma ante la posibilidad de encontrar el vestigio más importante de su libro sagrado. A pesar de su franca simpatía el señor Carlo María parecía poseer un doble fondo.

—Y, dígame, si en Roma no se muestran interesados ¿qué hace usted aquí? —Marie trató de ser simpática para no parecer ofensiva.

—La verdad es que casi vengo por mi cuenta y riesgo —contestó Carlo sin perder un ápice de su compostura—. No es que en Roma no se interesen por la cuestión, es que dan poco crédito a la misma. Ya sabe, la versión más aceptada y más corroborada históricamente es que el Arca de la Alianza o del Testimonio fue despedazada y despojada de su oro por las tropas de Nabucodonosor en su asalto a Jerusalén en el año 597 antes de Cristo. Incluso se hace referencia exhaustiva en la Biblia a todos los tesoros del Templo de Salomón que fueron trasladados a Babilonia como botín de guerra.

—Ya, pero el Arca no aparece en esa lista —objetó Marie segura de sí misma.

En los últimos días la investigadora se había puesto al día en todo lo que se refería al Arca, ya fuese en la Biblia o en las múltiples leyendas, cuentos y supersticiones que habían recorrido Europa Occidental a lo largo de toda su historia.

—Sí, también es cierto —dijo Carlo—, pero la Biblia también menciona que el Arca aún permanecía en Jerusalén en una época muy posterior al faraón Sisaq, en tiempos del rey Yosías, en el año 640 antes de Nuestro Señor.

—Los sacerdotes pudieron fabricar un segundo Arca y exponerlo en el Templo en sustitución del que se había llevado Sisaq ¿No cree que es razonable? —Marie estaba segura de que ahora le había pillado.

Esta vez Carlo tardó unos segundos en contestar.

—Eso puede ser factible. Aunque a mis colegas es muy difícil apartarles del dogma, yo soy un poco más abierto en la interpretación de las Sagradas Escrituras —aceptó Carlo con palabras muy reposadas, como el que admite una falta—. Supongo que pasar unos años en la universidad te hace ser irremediabilmente más crítico.

—¿Qué estudió? —preguntó Marie curiosa.

—Historia, soy especialista en arqueología bíblica —afirmó Carlo volviendo a mirar a Marie, ya que en el último minuto había mantenido la vista fija en las ventanas—. La verdad es que llevo toda la vida estudiando el Arca, por eso quería a toda costa cambiar impresiones con usted, no todos los días se está enfrente de un descubrimiento de tal magnitud.

—Entonces ¿usted cree que el Arca puede estar enterrada en ese emplazamiento? —se interesó Marie.

—Hay una probabilidad, por tanto puede estar allí, aún en contra de lo que afirman las Escrituras —contestó Carlo con gravedad—, es bien cierto que a partir de la invasión del faraón Sisaq el Arca casi desaparece de la tradición bíblica y es nombrada solamente en un par de ocasiones en un lapso de casi quinientos años.

Carlo se quedó pensativo durante unos segundos, como si reflexionase en lo que acababa de decir.

—Sí, puede estar allí —sentenció—. La verdad es que la envidio.

—Dígame, no quiero ser indiscreta pero, ¿es usted cura? —preguntó Marie tímidamente.

Llevaba un rato intrigada, a pesar de que podía inferirse por la conversación el que Carlo era eclesiástico iba vestido de seglar, con un traje negro de corte moderno, camisa rojo claro y corbata negra con menudas estampaciones amarillas.

—Sí, sí, tenía que habérselo dicho, soy cardenal, consejero del Papa y miembro de la Curia Romana —dijo de un tirón—. Pero a veces juego a ser simplemente una persona normal, sobre todo con los que no me conocen. No me agradan los títulos tan pomposos, no me gustan los hábitos y odio llamar la atención. Siempre me resisto a

presentarme como cardenal y en cuanto tengo ocasión me visto de civil. Tendrá que saber disculparme, he aprovechado que esta reunión no era oficial para dejar el disfraz por un rato.

—La verdad es que tiene nombre de cardenal —opinó Marie con una sonrisa.

—Bueno, usted tiene apellido de egiptóloga —devolvió el eclesiástico.

Ambos rieron.

Habían superado la fase, cuando hablamos con desconocidos, de mutua desconfianza y cautela. A veces no se supera nunca esta invisible frontera; otras, bastan unas cuantas frases acertadas para que los interlocutores se traten como si llevaran toda una vida de amistad. Marie y Carlo se sentían a gusto, aunque Marie optó, por prudencia, seguir manteniendo una cierta reserva.

Alguien llamó a la puerta. Era Legentil que traía agua y un par de vasos.

—Disculpen —dijo—, pero pensé que tendrían sed, les he traído un poco de agua. Si quieren alguna otra cosa no duden en pedírmelo, hay una máquina de café y refrescos en la planta de abajo.

Legentil estaba todavía más solícito de lo que en él era habitual, meditó la arqueóloga; seguro que sabía el alto cargo del religioso, por eso había aceptado dócilmente el no asistir a la reunión, hasta ahora había estado presente en todas las que Marie había celebrado por el asunto de la tumba.

—Sí, muchas gracias —dijo Carlo que, aunque intentaba disimularlo, tenía los dejos de las personas acostumbradas a mandar.

Legentil salió diciendo:

—Cualquier cosa que necesiten... , estoy aquí al lado.

El cardenal llenó los vasos y le pasó uno a Marie, después se bebió el suyo de un trago y lo volvió a llenar.

—¿Y qué opina el Papa del hallazgo? —dijo Marie, sorprendida incluso ella de sus propias palabras.

—La verdad, no sé si realmente se ha enterado bien del alcance de la noticia, no he hablado con él, aunque es un hombre atareado y tiene otras preocupaciones que le urgen más —contestó Carlo para quitarse la pregunta de encima—. Como le he dicho ésta es una visita personal, ni siquiera está al tanto de que yo estoy aquí.

—Sin embargo, la iglesia lleva mucho tiempo procurando recuperar objetos sagrados —observó Marie.

—Sí, eso es muy cierto —confirmó Carlo—. Las catedrales católicas están llenas de reliquias de santos, retales de vestidos, huesos, objetos personales, cuadros y demás huellas de nuestra historia. Dos mil años dan para atesorar muchos recuerdos.

—Pero no todos son verdaderos —aseveró Marie que estaba un poco en plan abogado del diablo—. ¿Sabía que hay tantos trozos de Lignum Crucis, los pedazos de la cruz donde fue clavado Jesús, que podría plantarse un bosque con ellos?

—Sí, y reuniendo los clavos de Cristo que almacenan todas las iglesias montar una fundición.

El cardenal y Marie rieron de buena gana.

—Hubo tiempos en los que era más importante mantener viva la fe de la gente que aspirar a una estricta investigación histórica —aclaró el eclesiástico—. Qué le vamos a hacer, hay que vivir con ello.

El cardenal Manfredi se puso un poco más serio, pero no demasiado.

—He visto las fotos —dijo prudente—, parece que ha dado con la entrada de una tumba sin violar, estará deseando volver y ponerse a trabajar, ¿cuándo se va?

—Mañana lunes —anunció Marie.

—¡Vaya, mañana! —exclamó Carlo—. Espero que esta entrevista no le resulte inoportuna, seguro que tiene millones de cosas que hacer.

—No se preocupe —le tranquilizó—, me apetecía hablar con alguien del Arca. He tenido muchas reuniones estos días, pero ninguna con un historiador, me vendrá bien cambiar impresiones.

—¿Dónde tomó las fotos? —preguntó con cautela el cardenal.

—Hasta ahora no se lo he dicho a nadie —Marie trazó un amplio arco con las manos—, ya sabe cómo es este mundo académico, si lo hubiese divulgado seguramente otro con más contactos que yo hubiese practicado la excavación en mi lugar.

—Ya, ¿y dirigirá usted sola la investigación? —dijo Carlo mientras distraía otra vez la vista en la ventana.

Marie receló, parecía que el cardenal Manfredi no estaba al tanto de todos los detalles del asunto, no sabía que le habían impuesto dos codirectores, ni que partía mañana. Estaba claro que buscaba información; pero, si había conseguido reunirse con ella, además con la aquiescencia de Legentil, ¿cómo es que no estaba al corriente de la operación? Su reserva inicial se acentuó, mejor sería que fuese ella quien intentase sonsacarle algo de interés.

—No parece saber mucho, ¿cómo ha conseguido ver las fotos si no sabe nada del plan de acción? —replicó la egiptóloga.

Carlo se dio perfecta cuenta de la desconfianza de su interlocutora, había insistido demasiado con sus preguntas sobre la expedición. Pensó que sería mejor dejar a la arqueóloga tomar la iniciativa en la conversación. A veces se gana una carrera dejando adelantar al rival.

—Perdóneme, no quería ser tan inquisitivo, era simple curiosidad —dijo sin perder la sonrisa y suspirando—. Lo que pasa es que daría 10 años de mi vida por ir con usted, aunque ya sé que es imposible.

—Si no quiere pasar calor y penurias mejor que se quede aquí, créame —concilió Marie y, acto seguido, trató de tomar el timón del diálogo—. Supongo que para Roma

sería todo un acontecimiento si se confirmase que el Arca se ha encontrado, ¿no es cierto?

—Para Roma, para los judíos, para los ortodoxos, para los anglicanos, para los protestantes..., creo que para cualquiera mínimamente interesado en los orígenes de su religión o su cultura.

—Se lo digo porque tengo entendido que la iglesia católica ya la buscó activamente en otro tiempo —Marie disparaba con bala.

—¿Cómo dice? —dijo Carlo mirando a la doctora con las cejas de sus dos ojos negros apuntando en arco estupefacto hacía su reluciente calva.

—Digo que la iglesia de Roma, cuando promovió y financió la I Cruzada, debía tener en mente recuperar el Arca de los cimientos que quedaban del Templo de Salomón.

El cardenal se quedó en suspenso durante unos segundos y, por primera vez a lo largo del encuentro, perdió la sonrisa momentáneamente.

—¿Se está refiriendo a los templarios? —dijo con el acento extrañado del que no puede creerse lo que está oyendo.

—Por supuesto, la historia del Arca está ligada a ellos —dijo Marie lo más inocentemente que pudo.

—La historia fantástica, querrá decir —repuso Carlo.

—Bueno, a falta de datos reales, hablemos de los ficticios, si no le molesta claro —rogó Marie.

—No, no me molesta, pero... Marie no dejó a Carlo terminar.

—El caso es que en el año 1119, cuando Balduino II gobierna una Jerusalén recién conquistada a los árabes por los cruzados, dos caballeros llamados Hugo de Payns y Godofredo de Saint-Omer, fundan la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo.

—Sí, eso es cierto —dijo Carlo, que dejaba continuar a Marie porque todavía no sabía a dónde quería ir a parar.

—También sabrá que Balduino II les dio permiso para asentarse en el monte del Templo de Salomón, más concretamente en la mezquita de Al-Aqsa, un edificio que se cree ocupaba el lugar exacto donde había estado ubicado el sancta sanctorum o tabernáculo del Templo de Salomón, el lugar donde se guardaba tradicionalmente el Arca de la Alianza a salvo de las miradas ajenas.

—Continúe —manifestó Carlo resignado.

—El caso es que, a partir de entonces, la Orden empieza a ser conocida con la denominación de Caballeros del Templo de Salomón.

—Sí, la Orden del Temple, los caballeros mitad monjes mitad soldados que tenían por misión la escolta de los peregrinos que querían visitar Jerusalén —complementó Carlo de un tirón, tratando de acelerar la conversación para zanjar cuanto antes lo que

para él era un incómodo tema.

—Exacto, al principio la Orden fue constituida nada más que por 9 nobles soldados, alojados en la mezquita blanca de Al-Aqsa, un lugar que hubiese podido dar cabida a un ejército armado y que, sin embargo, fue ocupado por únicamente 9 hombres.

—Sí, sí, la sigo —asintió Carlo con la palabra y con la cabeza, aunque interiormente pensaba que la conversación no estaba saliendo como él había planeado.

—La mezquita está situada justo encima de una roca, la que tradicionalmente se considera que sirvió a Abraham para ofrecer el sacrificio de Isaac, su hijo, a Yahvéh. La misma roca donde los musulmanes creen que Mahoma ascendió al cielo para recibir los mandatos divinos del Islam —detalló Marie que traía la lección muy bien aprendida.

—Sí, ya lo sé —Carlo trató de mostrar impaciencia—. Esa mezquita es considerada como el segundo edificio más importante para los musulmanes, después de La Kaaba en La Meca.

—Bien, debajo de esa roca hay unas profundas cavidades realizadas en la época en que los templarios ocuparon el lugar.

Marie veía como la cara de Carlo había perdido definitivamente la sonrisa, aun así prosiguió adelante.

—Los nueve caballeros de armas que, en teoría, tenían por única tarea la de proteger de los musulmanes a los viajeros que se acercaban a los Santos Lugares, no salieron de la mezquita en los primeros nueve años desde la fundación del Temple, no admitieron a más miembros en su orden y no dejaron que nadie entrase en el edificio.

—No veo a dónde quiere usted llegar —dijo Carlo con resignación.

—Bueno, esta institución de caballería ha sido la única que ha dependido exclusivamente del Papa, estaban eximidos de obedecer incluso a los reyes. Si se pasaron nueve años cambiando la espada y el caballo por un pico y una pala seguramente sería por mandato de Roma, ¿no cree?

—Pues no lo sé, francamente —respondió Carlo.

—Dígame, ¿tiene usted acceso como cardenal a los archivos del Vaticano?

—Sí, lo tengo.

—¿Y tiene idea de qué es lo que esperaban encontrar los templarios en sus excavaciones? —preguntó Marie que había decidido poner a prueba la paciencia del cardenal.

—Pues no, no tengo ni idea, pero seguramente usted me lo va a decir en breve —afirmó Carlo mientras trataba de recuperar su perdida jovialidad.

—Pues buscaban el Arca —la voz de Marie sonó rotunda.

Hubo un momento de tenso silencio. Carlo cogió el vaso que tenía enfrente y

bebió otro trago de agua, muy despacio. Quedaba claro que estaba acostumbrado a lidiar con este tipo de situaciones y que se hallaba lejos de perder los nervios.

Marie volvió a tomar la palabra.

—Esta clase de informaciones deberían ser conocidas por usted, creo que me sería de utilidad saber un poco más a fondo las vicisitudes que ha experimentado la iglesia católica en sus denodados y continuados intentos por recuperar el Arca, eso tal vez me ayudaría en mi próximo cometido —proclamó Marie mientras ponía cara de incomprendida.

Carlo la miró profundamente, Marie había demostrado ser una contrincante inteligente y poderosa. O reconocía su capacidad y actitudes, lo que significaba estar dispuesto a contestar sinceramente a sus preguntas, o podía dar por malograda la entrevista y por perdida esta visita a París; pero en el intercambio tendría que dar información, información sensible a la que no tenía acceso todo el mundo. Sopesó los pros y los contras rápidamente. La conclusión a la que llegó es que para recibir a veces es necesario dar.

—Bien, compartiré lo que sé con usted —se dobló Carlo componiendo un gesto serio—, pero le pido encarecidamente que considere esta conversación como secreta, como si no hubiese tenido lugar. Quiero que, sobretodo, tenga éxito en su misión, no lo dude ni por un momento.

—No lo dudo —respondió Marie aguardando expectante las revelaciones del cardenal, no todos los días se podía hablar con alguien que seguramente conocía todos los secretos del Vaticano y sus archivos, los más grandes y mejor guardados de Europa.

—Los templarios buscaban el Arca por orden directa del Papa, tenía usted razón —confesó Carlo, optando así por no andarse con rodeos con la sagaz interlocutora.

—¿Para qué querían el Arca?

—El Arca es un objeto sagrado, el más santificado objeto que ha existido nunca. Supone la prueba definitiva de que todo lo que cuenta el Antiguo Testamento sucedió realmente —reveló el cardenal cuyos ojos negros atrapaban ahora la luz más que nunca—. Encontrar el Arca de la Alianza de Dios con los hombres hubiese sido un acontecimiento extraordinario para la Iglesia católica en una época en la que había una seria competencia entre musulmanes y cristianos. Hubiese multiplicado la fe de los segundos y debilitado a los primeros.

—Entonces las cruzadas...

—Las cruzadas —interrumpió Carlo— fueron también una cuestión de prestigio y de poder, de lucha ideológica entre las dos grandes corrientes de pensamiento que dominaron la Edad Media.

—¿Y por que la buscaban debajo de esa mezquita? —preguntó Marie.

—Bueno, existía una sólida tradición que aseguraba que los judíos habían

horadado el subsuelo del lugar donde se construyó el Templo —Carlo parecía buscar las palabras lentamente—. En este sistema de cavernas enterraban el alimento de los sacrificios, los restos de comida de los animales sacrificados que habían tenido contacto con el altar, o los pergaminos desechados en los que se habían escrito artículos de la Torá o ley judía. Es también lógico pensar que durante las invasiones de egipcios, asirios y babilonios el Arca y otros objetos sagrados eran escondidos allí.

—Así que hay catacumbas por todo el monte del Templo —dedujo Marie.

—Maimónides, un sabio judío y una de las mentes más lúcidas del siglo XII, aseguraba en sus obras que, cuando Salomón mandó levantar su Templo, pronosticó al mismo tiempo su destrucción. Por eso mandó construir una profunda cavidad donde el Arca de Dios fuese ocultada en caso de necesidad.

—Pero desde estas invasiones primitivas hasta que se puso en marcha la Primera Cruzada pasaron más de 1.500 años. No puede ser que el Arca permaneciese allí durante todo ese tiempo sin ser encontrada por nadie —objetó Marie.

—Sí, era una presunción arriesgada, sin duda —parecía que Carlo había vuelto a relajarse y disfrutar de la charla—. Pero ese suelo, ya sea con los judíos o con los mahometanos, siempre ha sido considerado como sagrado, además las grutas están cegadas por toneladas de tierra y por piedras colosales. Estaba casi sin profanar en la época de los templarios y sigue estándolo, en parte, actualmente.

Marie cambió de postura en la silla, no sabía si el sacerdote le estaba diciendo todo lo que sabía o se guardaba algo para él, pero quizá no tuviera otra oportunidad para estar frente a frente con una fuente de información tan valiosa. Decidió lanzarse a fondo.

—Con todo, hay algo que sigue sin cuadrarme, desde el saqueo de Jerusalén por Nabucodonosor, en el 597 antes de Cristo, hasta los tiempos de la dominación árabe pasaron muchos siglos, es imposible que los propios judíos no recuperasen su propio patrimonio religioso, si es que lo habían enterrado en algún momento.

—Sí, se deslizaron muchos años —Carlo se había puesto a recitar como quien cuenta un cuento a un niño pequeño—, pero fueron tiempos muy difíciles para los que profesaban la ley hebrea. Nabucodonosor desterró a los judíos cuando conquistó la Ciudad Santa, empezó la Diáspora y, posiblemente, la memoria histórica y todo recuerdo de los objetos sagrados que fueron enterrados bajo el Templo se perdieron en la época de la esclavitud en Babilonia, donde los israelitas permanecieron más de 60 años.

Carlo proseguía con sus largas explicaciones con el tono monótono de cualquier profesor, de cualquiera que estuviese harto de repetir lo que sabe para que otros lo aprendan. No había emoción en su canturreo, aunque a Marie todo le sonaba a música deliciosa.

—Después los hebreos volvieron a una Jerusalén controlada por los persas.

Reconstruyeron el Templo de Salomón tímidamente, aunque el Arca siguió oculta, no se sabe si por miedo a que se le arrebatasen o porque habían olvidado dónde la escondieron.

—Ya, y después vino la dominación griega y romana —Marie trató de demostrar que ella también conocía mínimamente la historia del pueblo judío.

—Exacto —Carlo siguió monocorde—. Cuando los israelitas trataron de sacudirse el yugo romano, en el siglo I después de Cristo, se encontraron con una nueva derrota, una Jerusalén conquistada, un Templo nuevamente derruido y una segunda Diáspora que les exilió esta vez por todo el extenso territorio del Imperio Romano.

—Un pueblo con mala suerte, aunque la Diáspora se ha invertido en este último siglo —apuntó Marie.

—Desde luego —aseveró Carlo.

—¿Y no mencionaron ni buscaron el Arca en todo este tiempo?

—Sí, claro, siempre la han tenido presente, igual que tienen en mente, aunque nunca lo mencionen explícitamente, construir por tercera vez el Templo de Jerusalén. Supongo que ahora, con tantos problemas como tienen con sus vecinos árabes, considerarán como algo inoportuno y desacertado la recuperación del monumento.

—No pueden hacerlo, todo el mundo islámico se les echaría encima —determinó Marie.

—Máxime cuando para levantar un tercer santuario tendrían que derruir las dos mezquitas que están situadas en la explanada del Templo —completó Carlo, que parecía saber de lo que hablaba—. Ahora mismo es imposible plantearse siquiera la cuestión.

—Bueno, pero si que podrían haber efectuado excavaciones por su cuenta, ¿no es cierto?

Marie quería agotar el tema por completo, tenía mucho interés en saber si tenía posibilidades reales de dar con el Arca en esa tumba de Egipto de la que solamente ella conocía el emplazamiento.

—Que se sepa, solamente algún aventurero europeo ha conseguido sobornar a los árabes para efectuar alguna somera exploración de las simas que hay bajo la gran roca que corona la cúpula de la mezquita de Al-Aqsa.

—¿Ah sí? —Marie hizo un gesto de sorpresa—. No lo sabía.

—Sí, pero estas tentativas no tuvieron ningún éxito. Además los musulmanes montaron en cólera cuando se enteraron y desde entonces han incrementado la vigilancia para evitar este tipo de investigaciones.

—¿Y los musulmanes? ¿No han intentado buscar el Arca por su cuenta? —inquirió de nuevo la doctora.

—Los islámicos designan a las cavidades que se abren bajo la roca de Al-Aqsa

con la expresión "pozo de las almas". Creen que son pasajes que llevan a las entrañas de la tierra y que, a cierta profundidad, los demonios atraparán a cualquier insensato que se haya atrevido a bajar.

Carlo se puso un poco tétrico, parecía que al pronunciar la palabra "demonios" transformó un tanto sus ademanes para conformarlos a tema tan sobrenatural. La luz que desprendía su calva desaparecía a medida que caía la tarde, el brillo parecía haberse transmitido a sus ojos que refulgían como sólo puede hacerlo el color negro. Aparentó darse cuenta de lo sombrío que se había mostrado, transformó su semblante para hacerlo más afable y continuó hablando en un tono más humano y tranquilo.

—Los seguidores del Islam nunca se han sentido atraídos por los objetos sagrados cristianos. Nosotros tampoco tenemos el mayor interés en sus tradiciones y creencias —Carlo miró hacia abajo—. Quizá si las dos religiones se conociesen mejor se evitarían muchos conflictos y perturbaciones de la paz.

Marie tendía a no fiarse de los que expresaban bondadosas palabras envueltas en mejores intenciones, esta vez tampoco hizo una excepción. Había algo en el cardenal que no acababa de cuadrarle. Aunque, en situaciones tan insólitas como las que estaba viviendo últimamente, el sentido de lo apropiado se desajustaba hasta hacer que lo raro pareciese normal, lo ilógico razonable y lo inadecuado conveniente. No dijo nada.

—De todas formas —dijo Carlo interrumpiendo los pensamientos de Marie—, no creo que el Arca esté enterrada bajo la explanada del Templo. Sé fehacientemente que los 9 caballeros templarios exploraron el lugar detalladamente en los nueve años que estuvieron ocupando la mezquita.

—Sí, pero ¿y luego? —preguntó Marie—. Todos sabemos que la Orden del Temple fue disuelta por el Papa Clemente V violentamente, ejecutando a los más destacados miembros de la congregación en el año 1314, ¿qué hicieron los templarios durante los siglos XII y XIII si habían comprobado ya que el Arca no estaba en Jerusalén?

—Los templarios tenían una misión, encontrar el Arca para el Santo Padre de Roma —empezó a revelar Carlo—. Como el Arca no estaba en Jerusalén se institucionalizó la orden de caballería, se les concedió a sus miembros unos estatutos muy ventajosos y se empezó a reclutar un ejército capaz de buscar el Arca por todo el Oriente.

Marie estaba encantada, jamás pensó que alguna vez podría hablar con alguien que le hiciese semejantes confidencias. Lástima que no pudiera contar a nadie lo que estaba oyendo, porque estaba segura que el cardenal decía la verdad, la rotundidad y seguridad de su voz no era propia de alguien que dudaba o que mentía.

—¿Por todo Oriente? Es increíble —la doctora dejaba notar su asombro—. ¿Pero que les llevó a semejante búsqueda? ¿Qué datos manejaban para rastrear el Arca?

—Pues las únicas fuentes escritas que se tenían en la época, las de la Sagrada Biblia.

Mientras pronunciaba esta última frase Carlo metió su huesuda mano en el bolsillo de su chaqueta, sacó un libro negro con una gran cruz dorada en su portada. No podía ser otra cosa que la obra literaria más antigua del mundo.

—Aquí está escrita la historia de la humanidad. Pasado, presente y futuro —dijo con convicción el cardenal y recuperando su lado más lóbrego empezó a leer:

Se halla escrito en los documentos que el profeta Jeremías mandó a los deportados que tomaran el fuego, como queda señalado; y también, cómo al entregarles la ley, recomendó el profeta a los deportados que no olvidaran los mandamientos del Señor y que no se extraviaran en sus pensamientos al ver ídolos de oro y plata y el ornato de que están rodeados. Y diciendo otras cosas por el estilo, los animaba a no apartar de su corazón la ley. Constaba también en el documento cómo el profeta, después de recibir un oráculo, mandó que le siguieran con el tabernáculo y el Arca cuando salió en dirección al monte adonde había subido Moisés para contemplar la heredad de Dios. Llegado allá, encontró Jeremías una habitación a modo de cueva; allí metió el tabernáculo, el Arca y el altar de los perfumes, y luego tapó la entrada. Algunos de los que lo acompañaban volvieron después con la intención de señalar el camino, pero no pudieron encontrarlo. Cuando lo supo Jeremías, los reprendió y les dijo: Este lugar quedará desconocido hasta que Dios tenga misericordia de su pueblo y lo reúna de nuevo. Entonces el Señor dará a conocer todo esto; y aparecerá la gloria del Señor y la nube, como se manifestaba en tiempo de Moisés y cuando Salomón pidió que el lugar fuera consagrado con magnificencia.

(2Mac 2, 1-8)

Carlo principió a explicar el pasaje antes de que Marie tuviese ocasión de preguntar lo que significaba.

—Jeremías fue un profeta que vivió en tiempos de Yosías, rey de Judá a finales del siglo VII antes de Cristo, el mismo Yosías que usted cree que falsificó el Arca para volver a exhibirla en el Templo —aclaró el cardenal—. El caso es que este Arca, falsa o no, fue escondida por Jeremías en algún lugar incógnito del monte Nebo, en Moab, hoy la actual Jordania, el mismo monte desde el que Moisés vio la tierra prometida de Israel antes de morir. Jeremías ocultó el Arca antes de que Jerusalén fuese arrasada por Nabucodonosor a principios del siglo VI antes de Cristo.

—Estoy impresionada —intervino Marie brevemente para dejar continuar a Carlo.

—Los caballeros templarios, después de explorar la montaña del Templo, dirigieron sus investigaciones a la propia ciudad de Jerusalén y la colina de Sión, donde también fue escondida el Arca en tiempos de David antes de que Salomón empezase la construcción del primer Templo para custodiarla. Al no encontrar nada extendieron su búsqueda principalmente a este monte Nebo que menciona el texto que le acabo de leer —Carlo señaló la Biblia con el dedo, que todavía estaba abierta por la página que había recitado—. Ya le puedo anticipar que esta batida también resultó infructuosa. Posteriormente extendieron la búsqueda a los territorios de la antigua Babilonia, Persia y Egipto, a cualquier lugar donde pudieran encontrarse huellas del Arca.

—Perdone mis continuos reparos, pero el reino cristiano de Jerusalén no se extendió tanto —discrepó Marie—. Esos territorios que ha mencionado no quedaron bajo control de los cruzados en ningún momento.

—Los Caballeros del Temple no eran cruzados —la voz de Carlo tenía una autoridad innegable—. Su objetivo era encontrar el Arca y tenían permiso para llegar a acuerdos, incluso económicos, con los musulmanes siempre que lo considerasen necesario para llevar a cabo su santa misión. Incluso llegaron bastante más allá de la Isla Elefantina, en el sur de Egipto.

—¡La Isla Elefantina! —prorrumpió Marie—. Pero si esa isla está casi en Sudán, a más de 1.000 kilómetros de Jerusalén.

—Exacto —corroboró Carlo—. Cerca de la actual Asuán, e incluso buscaron más lejos.

—¿Pero qué les llevó hasta allí?

—La tradición y la leyenda —ahora Carlo se permitió el lujo de volver a recuperar su antigua sonrisa—. Según algunos relatos Salomón tuvo un hijo con la Reina de Saba, una legendaria cortesana que visitó Jerusalén por aquel tiempo y tuvo relaciones carnales con el sabio monarca; eso a pesar de estar ya casado con una esposa egipcia de sangre real.

Carlo se mostraba ahora más relajado, el narrar algo que no tuviese que ver con la interpretación de las Sagradas Escrituras le tranquilizaba porque no tenía que cuidar tanto sus palabras. Era un mecanismo inconsciente del que ni siquiera él se daba cuenta.

—Ese hijo se llamaba Menelik. Según se cuenta, fue a Jerusalén a conocer a su padre y éste, ya a punto de morir, le entregó el Arca como herencia. Esto en detrimento de Roboam, el heredero legítimo al trono.

—Pero de esto no hay ningún dato histórico —rebatía Marie.

—Desde luego —aceptó Carlo—, pero ya hemos convenido que en aquella época no se guiaban por preceptos estrictamente historiográficos. De hecho, sólo ahora sabemos que el Reino de Saba estaba en Yemen, no en Egipto como antes se creía.

—Y esto no lo sabían los templarios ¿no es cierto? —apoyó Marie.

—No, no lo sabían —ratificó Carlo como disculpa de los caballeros, sus ojos ahora parecían opacos—. Se apoyaron en los datos que se manejaban en la época, solamente conocían que había muchos cristianos en el norte de Etiopía y que decoraban las columnas y paredes de sus iglesias con profusas representaciones del Arca de la Alianza.

—¿Los antepasados de los cristianos coptos que aún hoy residen en Egipto como minoría cultural, quizá? —aventuró Marie, aunque casi lo desconocía todo sobre ese tema.

—Exactamente —confirmó Carlo—. La leyenda decía que Menelik se llevó el Arca y que la guardó en un templo de la isla Elefantina donde estuvo expuesta durante más de 800 años.

—Tampoco los Templarios encontraron nada en esta zona, ¿no es cierto? —preguntó Marie al pozo de sabiduría que parecía ser el cardenal.

—Tampoco —confirmó Carlo y volvió a apesadumbrarse—. A partir de aquí la sucesión de los acontecimientos se manifestaron en contra de la Orden Templaria y su supervivencia.

—¿Se refiere a su condena por herejía?

—Sí, al perder los territorios de Oriente los templarios tuvieron que volver a Europa con el resto de los cruzados. Tenían por entonces mucho poder y lo dedicaron a fundar monasterios y castillos en todos los lugares sagrados y cargados de energía telúrica que pudieron encontrar a lo largo y ancho del viejo continente.

—Sí, lo sé —apoyó Marie—. Tendían a ubicar sus abadías y fortalezas en lugares que mucho tiempo antes habían estado ocupados por templos paganos y cultos primitivos. ¿A qué se debió tal cambio?

—Pues fue un poco por desesperación —la nube oscura volvía a cubrir al sacerdote—. Al fracasar su misión en Oriente se propusieron buscar y recuperar cualquier objeto espiritual que pudiese ser útil a la iglesia católica y al Papa para afianzar la fe de los creyentes. Cualquier cosa, fabulosa o histórica, sagrada o pagana.

—Cayeron en el misticismo —afirmó Marie más que preguntó.

—Ya no eran útiles para la Iglesia, incurrieron en la idolatría y la superstición, se empeñaron en buscar el Santo Grial, en recuperar veracruces, reliquias y túnicas sagradas, entraron en una etapa de franca decadencia y empezaron a ser peligrosos para la ortodoxia y la liturgia establecidas.

Carlo aparentaba tener el espíritu compungido y el corazón contrito, parecía que más que justificar a la Iglesia de aquellos lejanos días estaba haciendo un ejercicio de descargo de su propia conciencia.

—Y también molestaban al poder civil —certificó Marie que conocía de sobra el final de los templarios porque era una materia que siempre le había llamado la

atención.

—Por supuesto —confirmó el cardenal—. Sus riquezas y grandes latifundios eran anhelados por los reyes europeos. Felipe IV de Francia se alió con el Papa Clemente V y acusaron falsamente a la Orden de herejía, culto al diablo y prácticas de sodomía. La Inquisición hizo el resto.

Hubo un momento de pausa tácitamente concertado. El cardenal se sirvió otro vaso de agua, hablar durante tanto rato le secaba el paladar. Mientras bebía aprovechó para aclarar sus ideas y replantearse la estrategia que estaba siguiendo en la entrevista que le había traído a París. Hasta ahora no había conseguido nada y había dado mucho. Tendría que lanzar la red dentro de poco y, como Pedro, esperaba sacarla llena de peces.

Marie, sin embargo, no había tocado su bebida. Creía que durante todos estos días había aprendido todo lo que era posible saber sobre el Arca y que estaba preparada para afrontar la prueba de encontrar tan venerable objeto. Ahora su mente tenía una hendidura, un pequeño orificio por donde se colaba una inquietante sospecha, un temor que la enfrentaba a lo desconocido. El Arca de la Alianza era algo más que un mero recuerdo de otros tiempos. Hay entes cargados de espiritualidad, de magia, cosas que ponen al hombre en contacto con lo divino.

Pero, no, no dejó que la abertura se agrandara. Marie poseía una mentalidad eminentemente científica, enseguida cerró el paso a cualquier delirio religioso que le apartase de su escrupulosa profesionalidad. El Arca, si existía, no podía ser otra cosa que un objeto material, cargado de historia, pero físico y tangible.

La arqueóloga volvió los ojos al sacerdote, que parecía inmerso en una profunda meditación mientras miraba los amplios vanos acristalados de la habitación. Miraba sin ver, porque era ya de noche, más que los reflejos de las farolas que empezaban a echar su pulso cotidiano a las sombras que trataban de envolver París.

Marie rompió el silencio con una frase que en otro contexto no hubiese parecido tan repentina y cargada de violencia.

—¿Qué hay en el Arca para que valga tanto?

Carlo no pareció afectado por la impetuosidad de la pregunta, siguió mirando su reflejo en los oscuros cristales que parecían una prolongación fantasmagórica de sus propios ojos.

—Las Tablas de la Ley con los 10 mandamientos que Yahvéh entregó a Moisés, el recipiente con el maná con el que Dios alimentó durante 40 años a los judíos en su travesía por el desierto y el cayado de Aarón, un bastón de madera seca que llegó a florecer por intercesión de Dios —recitó el cardenal con voz algo cantarina.

—¿Nada más? —preguntó Marie—. Estos objetos ya los conocía, aparecen citados en la Biblia, pero no sabía si podía haber algún otro elemento o artefacto más ignorado.

—Qué se sepa, nada más; sin embargo, también el Arca era un aparato de comunicación entre los hombres y Dios, actuaba como una especie de oráculo, de caja de resonancia de la voz de Dios, "los querubines hablaban a los hombres con la voz de Yahvéh" —parecía que citaba de memoria.

El representante del Vaticano miró a Marie con ojos ásperos. Había decidido que ésta sería su última confesión. Era hora de reclamar la justa compensación.

—Supongo que se habrá dado cuenta de la enorme importancia del objeto que va a buscar.

—Sí, pero no estoy todavía segura de que el Arca vaya a estar esperándome en esa tumba —repuso Marie.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —inquirió el prelado a Marie con los dos carbones encendidos fijos en ella.

—Desde luego —respondió Marie distraída.

—¿Es usted religiosa?

—No, soy atea.

—¿Atea o simplemente agnóstica?

—Atea convencida. No creo que exista un poder superior al de los hombres. Estamos solos en el mundo, para bien o para mal.

Marie miró al sacerdote y se dio cuenta que, a pesar de que estaban casi en penumbra, sus palabras habían deshinchado un poco el pecho de Carlo.

—¿Hay algún problema? —articuló Marie con voz neutra.

—No... —Carlo dudó—, bueno me preocupa un poco que un ateo dirija la excavación de un objeto tan sagrado e importante para la Iglesia. Por eso he venido a verla, para lograr que tome conciencia de que lo que va a buscar no es un mero trozo de cerámica o un vestigio arqueológico habitual.

—Sí, supongo que el Arca tiene una gran carga emocional para demasiada gente —Marie sonrió—, mejor que sea yo quien la encuentre que soy totalmente imparcial.

Carlo también trató de esbozar una sonrisa, pensó que mejor mostrarse condescendiente y agradable en lo que quedaba de conversación.

—¿Sabe que en el mundo hay un porcentaje insignificante de ateos? —dijo Carlo que parecía ahora divertido.

—Sí, ¿en serio? Yo creía que seríamos casi mayoría —opinó la arqueóloga.

—Pues el porcentaje no llega al 5 % de la población mundial —decretó el cardenal.

—¡Tan pocos somos! ¡No puedo creerlo! —Marie no fingía sorpresa, estaba realmente escandalizada por el dato.

—Pues sí, los de su credo están en franca minoría —a Carlo parecía hacerle gracia el asombro de Marie.

—Siento decepcionarle, pero no creo que a estas alturas de mi vida vaya a

convertirme a ninguna religión, incluida la católica. ¿No habrá venido a verme en misión de evangelización, ¿verdad padre?

—No, desde luego que no —contestó Carlo todavía con la sonrisa en la boca—, solamente he concertado esta entrevista para conseguir de usted una sola cosa.

—¿Qué cosa?

—Que me tenga informado de sus progresos —rogó el cardenal.

—Claro padre —Marie había llegado a un grado de confianza en el que veía natural llamar a Carlo con este sobrenombre tan poco utilizado por ella.

—Y que si necesita algún tipo de ayuda —continuó el clérigo—, por muy apurada que sea su situación, no dude en acudir a mí para socorrerla. Tengo medios e influencias que ni siquiera podría imaginar.

El dignatario de la Iglesia Católica tocó la mano de Marie al articular su ofrecimiento, para reafirmar lo dicho con un gesto amable.

Marie sintió un escalofrío, la mano del cardenal estaba helada. Se dominó para no retirar la suya y que no se le notase el espasmo de turbación.

—No se preocupe —emitió despacio una vez repuesta—, le tendré informado de los éxitos o fracasos de la excavación, si necesito ayuda acudiré a usted y... si veo a Dios también se lo haré saber.

A Carlo no le hacían ninguna gracia bromas tan irreverentes, aunque rió fingidamente la ocurrencia de la egiptóloga. Había conseguido el objetivo que se marcó con este encuentro, y de una forma totalmente jovial y natural, no hay nada como la risa compartida para confraternizar con otro ser humano. Qué cándidos e inocentes somos, pensó mientras seguía carcajeándose.

Marie también reía, había algo en el sacerdote que no le gustaba, tal vez sería su aspecto, tan vehemente. Pero Marie era confiada y abierta por naturaleza; además, los científicos tienen la común opinión de que la información hay que compartirla para que la ciencia progrese. La doctora no vio nada malo en hacer también partícipe al cardenal de esta universal transmisión del conocimiento.

Mientras seguían haciendo bromas a costa de una imaginaria contienda entre ateísmo y religiosidad, empezó a llover en el Marais. Al principio débilmente, después con una fuerza tal que parecía que las antiguas marismas iban a recuperar su perdida condición de propietarias del paisaje e iban a sumergir tantos siglos de civilizada humanidad bajo los cenagales de la más primitiva fuerza de la naturaleza. Bastarían unos minutos.

3

Era una fresca mañana en El Cairo. Un día de invierno con algo de viento del norte era una bendición para la ciudad y para sus habitantes, la brisa servía para empujar al desierto la sempiterna nube de contaminación que cubría la urbe y que la convertía todavía en más gris de lo que era.

El cielo gris, los edificios grises, hasta el Nilo parecía gris en El Cairo, ciudad gastada, donde si se soltaba una pluma caía a plomo, sucia y pesada; donde, si nacía algún color, el sol se encargaba de hacerlo desaparecer abrasándolo y consumiéndolo; donde, si se miraba fijamente la superficie del río, se penetraba en un inmenso estanque de aguas mansas y plomizas, casi como si fuese uno de esos cauces sagrados de la India donde acude todo el mundo a esparcir las cenizas de los muertos. Lo único que escapaba del melancólico y omnipresente matiz pardo y polvoriento eran las miríadas de coches que circulaban con lentitud por sus atiborradas calles mostrando sus reflejos metálicos de chillones tonos rojos, verdes y azules.

Alí Khalil se hallaba en la puerta del Museo Egipcio de El Cairo, como casi siempre a esa hora de la mañana. Le gustaba observar a los turistas en su trasiego de entrada y salida, echando fotos, unos a las esfinges y estatuas del exterior, otros a sí mismos para tener una prueba de que un día habían pasado por allí. A veces, en esos ratos en los que pasaba apoyado en la pared de la entrada del museo, los visitantes le solicitaban que les ayudase a tirar una fotografía, sobre todo parejas o a algún grupo que quería tener un recuerdo donde apareciese al completo.

Siempre se lo pedían a él, nunca a sus compañeros, que tenían la costumbre de fumar a la salida de la exposición. Debía ser porque tenía cara de buena persona, o porque poseía rasgos occidentales que ayudaban a confundirlo con un algún nómada trotamundos que se había enamorado de la nación y se había asentado allí, mimetizándose con los naturales del país. La verdad es que su pelo, aunque completamente negro, no era el típico cabello crespo y ensortijado de los egipcios. Era liso, fino y caía lacio hacia el sitio hacia donde acostumbraran a peinarlo, sin protestas y sin ningún atisbo de rebeldía, tan sumiso como Alí deambulaba por la vida. Sus ojos también ayudaban a otorgar a Alí un vago aspecto de otra tierra, eran castaños, bastante claros, o al menos eso parecía al contrastar con la tez oscura de su rostro.

Dos turistas, una pareja entrada en años, empezaron a mirarle mientras cuchicheaban entre ellos. Alí sabía lo que se estaban diciendo, pero esta vez el hombre hizo un inequívoco gesto con la cabeza, había gente que nunca conseguía fiarse de nadie y eso que hoy Alí llevaba su mejor traje.

Otro turista se le acercó, parecía solo, le preguntó por una calle y Alí le indicó la manera más rápida de llegar en perfecto inglés. Khalil nunca había salido de Egipto,

no obstante su familia siempre había hablado el idioma de los antiguos colonizadores y su trato con la multitud de investigadores anglosajones que pasaban por el Museo le había hecho adquirir una buena dicción. Aprender un idioma que no es el tuyo siempre te modifica la manera de ver las cosas, siempre se te introduce algo de la cultura del otro, siempre te quedas entre dos mundos. Quizá por eso los visitantes le confundían con alguien de los suyos y le preguntaban direcciones y le hacían preguntas específicas que solamente él tenía la apariencia de conocer. Alí Khalil era oriente y occidente.

Hacía rato que había entrado a trabajar, a primera hora había visto unos cuantos fragmentos de recipientes de cerámica fechados en el Reino Medio. Estaban decorados con escenas de caza y uno de ellos portaba una inscripción en escritura hierática, la usada por los sacerdotes egipcios y que era una especie de simplificación estilizada de la jeroglífica. "El mensajero Nenet, acechador de flotantes aves" decía el epigrama. Las piezas eran de indudable valor, pese a ello no estaban a la altura de ser exhibidas en la colección permanente del Museo.

Egipto entero era una inmensa tumba protegida por las arenas del desierto, había decenas de equipos, propios, mixtos y extranjeros, trabajando en los múltiples yacimientos del país del Nilo. Absolutamente todos los descubrimientos tenían que ser evaluados por los conservadores del Museo de El Cairo, ellos decidían si la pieza era lo suficientemente importante como para ser expuesta allí mismo, en la joya de toda la red de museos estatales, o si se enviaba a otras colecciones o galerías nacionales. Algunos restos menores eran cedidos a otros museos internacionales como retribución en especie y recompensa a los egiptólogos foráneos que habían contribuido a sacarlos a la luz; otros eran regalados a instituciones para estimular las donaciones de dinero y personal que pudieran utilizarse en las tareas de conservación de lo mucho que ya se había descubierto. Porque ese era el gran peligro de la riqueza cultural egipcia: se habían realizado tantos progresos arqueológicos que la anémica administración se las veía y se las deseaba para mantener en buenas condiciones los monumentos y vestigios que ya estaban exhumados; de hecho, muchas tumbas volvían a taparse para evitar su deterioro.

El conservador Alí Khalil era uno de los arqueólogos que decidía qué o qué cosas valía la pena conservar, regalar o enterrar en los almacenes de cualquier museo regional.

Las piezas que había estudiado esa mañana serían entregadas a la universidad a la que pertenecían los científicos americanos que las habían descubierto. Este pequeño presente les dejaría satisfechos y les estimularía para seguir desenterrando más hallazgos.

Khalil había llegado a ese cómodo puesto de trabajo después de una larga trayectoria estudiantil en la Universidad de El Cairo. Siempre le había gustado la

historia y esa carrera en concreto prometía un gran porvenir en un país repleto de vetas arqueológicas y minas turísticas.

Aunque fuese de mero guía de los millones de visitantes extranjeros que visitaban Egipto todos los años se hubiese podido ganar la vida, y más con su perfecto inglés; pero no se le había dado mal el aprendizaje de la arqueología, tal vez por su facilidad para leer las revistas y publicaciones especializadas extranjeras. Destacó y fue contratado en calidad de codirector nativo en varias expediciones inglesas y americanas, después dirigió alguna propia en las cercanías de Luxor, pasó un tiempo como profesor en la universidad que le había visto nacer profesionalmente y, por último, había acabado bien asentado en su placentero puesto de vigilante custodio en uno de los museos más grandiosos del mundo, viendo y admirando lo que desenterraban otros y decidiendo lo qué era valioso y lo que no, lo que se quedaba y lo que regalaba, con agrado y dedicación, porque Khalil sentía cada pieza del museo como propia, como parte de su patrimonio personal.

Claro que no había llegado hasta esta posición por sus méritos estrictamente intelectuales, en Egipto había que tener contactos en las altas esferas hasta para comprarse un buen traje. Toda clase de favores, concesiones, asistencias, protecciones, amparos, ayudas y recomendaciones circulaban alrededor del Nilo como circulaba el agua de su cauce: lentamente, evaporándose por el calor, subiendo en forma de calima y envolviendo con sus emanaciones a todos los habitantes de la rivera, a todas las transacciones, a todos los intercambios, a todos los procedimientos. Egipto era un país antiguo con maneras antiguas.

Khalil miró su costoso reloj de pulsera y entró en el gran atrio del museo, donde parecía que las estatuas de los faraones permanecían sentadas celebrando un conciliábulo que duraba milenios. Subió las escaleras y enfiló hasta su despacho, hoy tenía reunión con su tío, alto cargo del Ministerio de Cultura egipcio y padrino de sus progresos profesionales. Si había llegado hasta donde estaba se lo debía por entero a su tío y le estaba tremendamente agradecido por ello. También asistirían a la cita otras dos personas de las que todavía desconocía el nombre.

Mientras recorría los pasillos plagados de objetos de otros tiempos, pensaba en la conversación que había tenido con su tío Ayman dos días antes. Le había contado que por un misterioso azar del destino él era la persona designada para efectuar una excavación de urgencia en un lugar todavía sin especificar.

Ayman Khalil no le había contado a su sobrino nada de la lista con arqueólogos egipcios donde figuraba su nombre y que habían tenido que entregar a Marie Mariette. La verdad es que había sido idea del veterano secretario del Departamento de Estado para la Explotación y Conservación de Antigüedades el incluir a su protegido en esa lista, si todo acontecía como debía acontecer sería un buen trampolín para introducirle en el todopoderoso Ministerio de Cultura egipcio, incluso con vistas

a ocupar su cargo cuando se acercase la fecha de su jubilación. Todo salió bien, su sobrino había resultado elegido.

Lo único que conocía Alí Khalil de la perentoria tarea que se traía entre manos su tío es que tomaría parte en una excavación de urgencia en calidad de codirector y que tendría dos colegas, una francesa y un inglés. También sabía que al día siguiente saldrían rumbo al lugar del yacimiento. Le extrañaba tanta prisa, normalmente en Egipto las cosas discurren tan despacio que casi parece que las lánguidas aguas del Nilo dictan la cadencia de todos los movimientos.

Solamente una vez había visto Alí tomar a la administración estatal decisiones tan rápidas y urgentes, fue en el atentado perpetrado por la organización islámica Gamaa Islamiya en 1997 en el complejo monumental de Luxor. Murieron 67 personas, 57 de ellos turistas. Tantas decenas de muertos fueron un duro golpe para la industria turística del país, los ingresos de divisas cayeron estrepitosamente, significaron millones de dólares en pérdidas y aún hoy no se había recuperado el nivel de visitas de años anteriores. Desde entonces la seguridad había aumentado ostensiblemente, el estado egipcio no podía permitirse otra catástrofe de tamaño magnitud. Si bien era cierto que desde esa fecha habían estallado más episodios terroristas, éstos habían sido menores y se tendía a controlar cada vez mejor a los radicales islámicos; de todas maneras, la espada de Damocles del terrorismo pendía colgada de un hilo extremadamente fino sobre la cabeza del gobierno estatal.

Alí abrió la puerta de su despacho, para su sorpresa el director del museo, Mohamed Galeel, le esperaba de pie, mirando por la única ventana de la habitación.

El grueso director se giró en cuanto oyó entrar a su subordinado.

—Buenos días Alí —saludó mientras se desabotonaba la ceñida chaqueta y se dirigía a la butaca más cercana.

—Buenos días señor Galeel —correspondió Alí—, hace una mañana agradable, ¿no le parece?

Sacar a relucir el tema del tiempo para llenar los silencios con temperaturas y pronósticos atmosféricos debía ser tan viejo como la humanidad; pero a Mohamed Galeel no le interesaba lo más mínimo si hacía frío, calor, viento o tempestad, fuera de los límites de su Museo; lo único que le importaba era saber por qué le despojaban de uno de sus subordinados avisando de un día para otro y, lo que es más grave, por qué le ocultaban el tipo y clase de trabajo que tenía que realizar su empleado con tanta celeridad.

Alí no sabía que el director del Museo ignoraba la naturaleza de su misión, y Galeel no sospechaba que el arqueólogo también desconocía cualquier detalle de su próximo trabajo. La conversación entre ambos se prometía estéril, pero no llegó a tener lugar.

En ese momento asomaron por la puerta abierta del despacho tres individuos,

todos de impecable traje negro abotonado y con multitud de complementos a juego que parecían recién adquiridos en alguna tienda del centro de Londres. Uno, el que abría el camino, que parecía saber de memoria, era el tío de Alí, él se ocupó de las presentaciones.

Los distinguidos acompañantes de Ayman Khalil eran Yusuf al-Misri, un alto cargo del gobierno egipcio, tan alto que Mohamed Galeel lo conocía de sobra, aunque nunca había tenido la oportunidad de encontrarse tan cerca de él, y Osama Osman. Este último, por lo fibroso y alto de su persona y, sobre todo, porque miraba a todos los sitios como memorizando los detalles, tenía todas las trazas de ser un guardaespaldas de Yusuf al-Misri, pero los simples satélites no solían vestir atavíos tan caros, ni tampoco se acostumbraba a presentarlos al resto de concurrentes.

Después de unas cortesías y breves saluciones, un resuelto al-Misri tomó el mando de la situación. Estaba en el centro del grupo y todos le miraban, no parecía muy contento con el mobiliario del diminuto despacho de Alí. Se quitó las gafas para limpiárselas con un pañuelo que sacudió luego ampliamente.

—Este sitio es muy pequeño —dijo mientras frotaba las gafas—, ¿no podemos reunirnos en algún lugar más amplio?

—Sí, desde luego, podemos hacerlo en mi despacho —ofreció solícito el director Galeel que no tardó ni una milésima de segundo en reaccionar.

Dicho esto el grupo salió ordenadamente de la pequeña habitación, recorrieron unos metros y entraron en la amplia pieza donde estaba instalado el gabinete de Mohamed Galeel. Era el único lugar, fuera de las salas públicas de exposición, decorado con antigüedades auténticas; profusamente decorado más bien, casi hasta caer en el barroquismo. En las paredes se apoyaban grandes trozos de piedra con grabados murales que abarcaban a casi todo el panteón de los dioses egipcios. Los tamaños de las representaciones habían sido escogidos para que las divinidades, casi todas con cabezas animales, tuviesen las mismas dimensiones aproximadas. Parecía una reunión de jueces en un tribunal extraño.

En las esquinas habían colocado columnas de piedra, todas iguales, que llegaban hasta el techo. Más que un despacho parecía el interior de un templo. Sólo el mobiliario y el gran armario archivador que ocupaba la pared del fondo rompían el hechizo. Todos los presentes miraron a su alrededor antes de tomar asiento en una gran mesa de reuniones provista de una artística tetera de datación más reciente.

Yusuf al-Misri miró un momento de soslayo al director del Museo que se había sentado casi enfrente de él. Sabía que podía pedirle que se marchara sin darle ninguna explicación, pero decidió que sería mejor tratarle con algo más de consideración.

—Señor Galeel —pronunció almibaradamente—, tiene usted un lugar de trabajo realmente impresionante, le felicito.

El alto cargo del gobierno egipcio tenía la costumbre de lanzar extensos discursos

a sus interlocutores sin que éstos se atreviesen a interrumpirle, ni siquiera con palabras que mostrasen asentimiento o acuerdo; más que dialogar dictaba, más que conversar legislaba. Retener la palabra hasta acaparar la conversación era un inequívoco signo de poder.

—Gracias... —empezó a decir Galeel, pero Yusuf continuó impertérrito.

—Como supongo que ya conoce, vamos a necesitar a su empleado, el señor Alí Khalil, para investigar un nuevo yacimiento. Actualmente no puedo proporcionarle más información, yo personalmente tampoco dispongo de muchos datos. Espero que esta circunstancia no le cause mucho trastorno en su dinámica de trabajo.

—Pero ¿dónde está situado? ¿Por qué tanta prisa? ¿Tan importante es el descubrimiento? —Galeel parecía una metralleta.

—Como ya le he dicho —ahora el tono de Yusuf al-Misri era más perentorio—, no puedo decirle nada. No se inquiete, cuando se haya concluido la misión usted tendrá acceso a toda la información disponible y podrá estudiar todas las piezas que se descubran. Por supuesto, el señor Khalil volverá a estar bajo su autoridad cuando termine su cometido.

El representante del gobierno creyó conveniente dar alguna información más, aunque falsa, para que el director del Museo no se alarmase.

—El yacimiento no es importante, si lo fuese hubiésemos escogido a un egiptólogo más ejercitado, lo único que pasa es que está en una zona sensible y no queremos que salte ninguna alarma. Evidentemente, todo este asunto es materia reservada, no lo comente a nadie, en el Ministerio de Cultura seguimos de cerca su estupenda labor como director del Museo de El Cairo, dentro de poco ocupará un cargo de más responsabilidad, yo personalmente me ocuparé de ello. Y ahora, si no le molesta, preferiría hablar con el señor Khalil a solas, gracias por prestarnos su magnífico despacho.

El poderoso delegado del gobierno pidió con un gesto una cartera de cuero que portaba el tío de Alí, éste se la alargó y procedió a sacar un fajo de papeles que ojeó durante unos segundos, justo el tiempo que necesitó el director Galeel para darse cuenta de que su persona no era grata en esa reunión, tragar saliva, levantarse y salir por la puerta con la cabeza gacha y el gesto abatido. La curiosidad, como en todo buen investigador, le podía más que cualquier zanahoria con sabor a cargo burocrático que pudieran ofrecerle. No dijo nada cuando cruzó el umbral.

Yusuf al-Misri miró de nuevo a los presentes y posó su mirada en Alí. Pareció calibrarle.

—Bien, señor Alí, voy a ir al grano —dijo mientras apartaba los legajos—. Ha sido seleccionado como codirector de una excavación de la máxima importancia para el Estado. Le voy a explicar los pormenores para que sepa muy bien el alcance y trascendencia de esta operación. Le digo lo mismo que a su director, todo lo que le

voy a contar es alto secreto y no debe comentarlo ni siquiera con él.

De cada cuatro palabras que salían de la boca del marcial funcionario una era pronunciada como si la estuviese subrayando en el aire.

—Creo que ya sabe —continuó sin esperar que nadie interviniese— que su nombre fue contemplado como posible miembro de este equipo de exploración gracias a su tío, que parece le tiene en alta estima. Teníamos más opciones, pero parece que el destino le ha elegido a usted. Yo estoy seguro que dará la talla, está altamente cualificado para ello.

El tío Ayman, hermano del padre de Alí, como así delataba su apellido, siempre le había ayudado a progresar; sin embargo, esta vez Alí no estaba tan seguro de si lo que estaba pasando iba a ser beneficioso para él. Desde luego, Ayman Khalil, con su rotunda figura, repantigada en un asiento de madera a punto de venirse abajo, parecía feliz de que su sobrino se codeara con tan altas instancias, casi se veía sonreír a su espeso bigote.

El delegado Yusuf había llenado en un momento la alargada mesa de informes y documentos. Cogió un simple papel y se dispuso a leerlo.

—Los otros dos encargados de esta excavación son: Marie Mariette, arqueóloga francesa, y John Winters, egiptólogo inglés. Sus dos colegas llegarán hoy lunes al mediodía al aeropuerto de El Cairo y esta tarde se reunirá con ellos para ponerse de acuerdo en los últimos detalles logísticos antes de partir mañana por la mañana hacia el yacimiento. Nadie debe enterarse siquiera de esta reunión, si su director se pone pesado e intenta sonsacarle algo cuando nos vayamos mándele a paseo, bajo mi responsabilidad. La directora del sondeo será la doctora francesa, al menos hasta nueva orden. Solamente ella conoce la ubicación de la tumba, así que seremos condescendientes con sus deseos si el plan previsto se sigue normalmente.

Alí se permitió interrumpir el monólogo del funcionario, quería estar seguro de saber dónde se estaba metiendo. Empezó con una pregunta inocua.

—Esta Marie Mariette —dijo levantando un poco la mano para que al-Misri se diese por enterado—, ¿es pariente de Auguste Mariette, el egiptólogo enterrado en este museo?

—Sí, es descendiente directa, tataranieta por lo menos —dijo su tío que, sorprendentemente, había tomado la palabra por primera vez, adelantándose a Yusuf.

—¿Y por qué tanta urgencia? ¿La tumba corre peligro de desplome o algo parecido? —volvió a preguntar Alí, pero eran demasiadas preguntas para el representante del gobierno.

—Enseguida se enterará —cortó Yusuf—. Parece ser que la francesa encontró la entrada de una tumba el pasado verano, tomó unas fotos y la volvió a cubrir. Éstas son las imágenes.

De entre los papeles rescató tres fotografías que proporcionó a Alí bruscamente,

sin darle tiempo a que las alcanzase con la mano. En una se contemplaba una gran lápida con tres diosas esculpidas, la más grande parecía Bastet, la diosa gata; en otra habían ampliado la inscripción jeroglífica de la parte superior de la losa; en la última se veía un relieve de unos soldados egipcios acarreado algo. Alí las estudió con detenimiento.

Yusuf, mientras tanto, lanzó una mirada rápida señalando la puerta a Osama Osman, que permanecía rígido en su asiento. Éste se levantó sin hacer ningún ruido, se dirigió a la entrada del despacho de Mohamed Galeel y giró el picaporte con un movimiento rápido. Miró fuera durante unos segundos, no había nadie. Cerró otra vez la puerta y volvió a su sitio. Cuando lo hubo hecho Yusuf al-Misri reanudó su alocución.

—Parece ser que es una sepultura intacta de un faraón del Tercer Periodo Intermedio, Sheshonk I. Hasta aquí nada extraordinario, pero este personaje es mencionado en la Biblia, el libro sagrado de cristianos y judíos, como el monarca que conquistó Jerusalén en el siglo X antes de cristo. Por la época y los indicios del grabado de la parte inferior de la piedra, puede ser que entre el tesoro de este faraón se encuentren algunos objetos insólitos, entre ellos el que en occidente se conoce como Arca de la Alianza, ya sabe, la caja donde se guardaron las leyes entregadas a Moisés por el mismísimo dios de los hebreos.

—¡Increíble! —se le escapó a Alí.

Aunque despojado de la carga místico-religiosa que suponía un objeto tal para cualquier occidental, Alí conocía la leyenda del Arca y sabía que cualquier arqueólogo que la encontrase pasaría a los anales de la profesión y al panteón mundial de personalidades con una rapidez que dejaría pequeña a la de la luz.

Alí miró a su tío, las puntas del bigote casi le tapaban los satisfechos ojos. Él nunca había tenido hijos y volcaba en su sobrino toda la magnanimidad y desprendimiento del que era capaz.

El dignatario, ajeno a este inteligente intercambio de miradas entre tío y sobrino, prosiguió.

—El caso es que tenemos un problema —Yusuf se permitió sonreír, más para sí mismo que para cualquiera de los presentes—. Si este dato se conociera se nos echarían encima todos los fanáticos religiosos que hollan la faz de la tierra en este preciso instante; e incluyo a judíos sionistas, sectas cristianas fundamentalistas y, por supuesto, nuestros primos hermanos: los radicales islámicos.

Esto último lo dijo con sorna. A Yusuf al-Misri le habían encargado la difícil papeleta de rescatar el Arca porque era uno de los miembros más enérgicos de los servicios secretos egipcios y porque, actualmente, estaba adscrito al Ministerio de Cultura.

Todos los departamentos del gobierno egipcio estaban infiltrados y fiscalizados

por miembros de la inteligencia estatal, casi todos altos mandos militares como Yusuf, que se ocupaban de que las determinaciones de la administración civil fuesen conocidas y sopesadas por alguien con suficiente visión estratégica antes de que se llevasen a la práctica. Era una especie de segundo mecanismo de seguridad en lo que a toma de decisiones se trataba, no llegaba a ser un gobierno en la sombra, pero sí uno alejado de las fuentes de luz mediática. Y con el auge del islamismo más extremado habían ganado fuerza las tesis más proclives a establecer este tipo de permeabilidades pseudosecretas dentro del sistema. Casi todos los altos cargos civiles de los ministerios conocían esta circunstancia y aceptaban el status quo tácitamente.

Si de algo entendía Yusuf era de geopolítica, cuando se enteró por el embajador francés del asunto del Arca casi le da una sobrecarga neuronal. La combinación de complicaciones, peligros, e inconveniencias producidas por la posesión de un objeto tan sensible eran incalculables.

Por una parte estaban los siete millones de cristianos coptos que residían en Egipto y con los que el gobierno no había tenido más que encontronazos desde la década de los 80, época en que se llegó a desterrar a la cabeza visible de esta confesión, el Patriarca de Alejandría, a un monasterio en medio del desierto. Las relaciones se habían normalizado un poco desde entonces y se intentaba respetar la forma de vida de estos cristianos dentro del estado musulmán, pero no dejaba de ser una minoría lo bastante grande como para poner en peligro la estabilidad del país.

Si los coptos se enteraban del hallazgo exigirían el Arca para custodiarla en alguna de sus iglesias, recibirían riadas de visitas extranjeras y tendrían la oportunidad de afianzar múltiples contactos internacionales. Eso último era lo peor de todo, los pondría en el mapa cuando todos los esfuerzos del gobierno egipcio habían ido encaminados a silenciarlos y marginarlos de la vida pública.

No obstante, éste era el menos problemático de los escenarios que se le ocurrían a Yusuf, casi era insignificante comparado con las otras dos perspectivas.

Las personas que consiguen perpetrar el difícil ejercicio de ponerse en el lugar del otro, de sentir lo que siente el diferente, de pensar de la misma manera, de manejar las mismas variables que utilizaría el contrincante, los que son capaces de adivinar las resoluciones del enemigo incluso antes de que las madure por sí mismo, eran impagables para cualquier departamento de inteligencia. El coronel Yusuf era uno de esos individuos.

No se podía decir que Yusuf fuese muy religioso, pero entendía perfectamente el poder que la religión tenía entre las capas más pobres y desfavorecidas de la sociedad. Las tesis de los extremistas islámicos eran una opción muy atractiva para que, aquellos que no tenían nada que hacer en esta vida, asegurasen por lo menos su salvación en la otra. A nadie le gusta perder el tiempo. Además, había que tener en cuenta el fuerte y violento choque de culturas que se estaba produciendo en este

momento entre el mundo occidental y el musulmán. Universos diferentes, con valores radicalmente opuestos, que pugnaban por, transformar uno y conservar otro, la forma de pensar, de juzgar y de ser de los egipcios. La convivencia entre las dos culturas era difícil siempre.

Los intransigentes chiítas y los simpatizantes del ahora ilegal partido proislamista Hermanos Musulmanes eran la amenaza más cercana para el Arca. Estos grupos no reconocían más poder que el de los imanes o líderes religiosos, no admitían ningún tipo de autoridad civil, solamente la teocrática, con lo cual el estado, su gobierno y sus leyes parlamentarias les dejaban totalmente indiferentes.

Si alguno de estos imanes era además considerado como descendiente de Alí, el yerno y primo del profeta Mahoma que casó con su hija Fátima, sus decretos eran considerados como sagrados e incuestionables.

Todos estos grupos querían imponer la *sharia* o ley islámica y, por supuesto, estaban en perpetua guerra con todo lo que oliese a occidental o hebreo, contra todo lo que significase una merma de su poder y contra cualquier intento de secularizar la sociedad. Su objetivo no declarado era mantener al pueblo en una Edad Media perpetua.

Si el Arca llegaba a ser exhibida en cualquier museo egipcio, inmediatamente se convertiría en objetivo terrorista de primer orden. A estos radicales no les importaba llevarse por delante la vida de sus compatriotas o destrozar las obras de arte que se encontrasen alrededor, considerarían un acto de esta clase como una victoria del dios del Islam sobre el dios occidental o el dios judío. Éstos eran los parámetros que manejaban y la lógica que seguirían. Yusuf era terriblemente consciente de ello y no podía permitirse otro atentado contra intereses turísticos egipcios, la economía del país era totalmente dependiente de esta industria.

La última posibilidad todavía era más aterradora. Israel también tenía sus radicales político-religiosos, los sionistas, más terribles si cabe ya que estaban lo suficientemente cerca de los mecanismos de poder del estado hebreo como para imponer sus tesis en cualquier momento a los miembros más moderados de su gobierno.

Yusuf sabía que los judíos siempre han sido un pueblo muy sufrido, estuvieron dispersos por el mundo durante siglos sin hacer nada por reunirse, sin inmiscuirse en ningún tipo de poder político, esperando pacientemente la ayuda de su dios, que los volvería a conducir a su tierra prometida, Jerusalén. No obstante, esta ideología totalmente pasiva cambió a raíz del holocausto del que fueron objeto en la Alemania nazi, el sionismo tomó fuerza y se presentó como una ideología activa y nacionalista que, básicamente, propugnaba que los hebreos tenían que hacerse su propia suerte.

A partir de aquí vino el establecimiento del estado judío de Israel, los problemas con los palestinos, las guerras con los países vecinos, de las que Egipto no se había

librado, y la constante tensión política en la zona que podía derivar en otro conflicto armado en cualquier momento. Cuando Yusuf pensaba en las bombas atómicas que tenía almacenadas el estado israelí se le ponían rígidos los blancos alambres de sus pobladas cejas.

El coronel, veterano de la Guerra de los 6 Días, aquella en la que los israelitas conquistaron la península del Sinaí en una operación relámpago, sabía del potencial bélico hebreo y del magnífico entrenamiento de sus soldados. El militar también participó seis años después, ya como oficial, en la Guerra del Yom Kipur, otro fracaso egipcio; aunque los éxitos militares iniciales y las cesiones israelíes en la posterior negociación auspiciada por la ONU sirvieron para que la propaganda egipcia la convirtiese en un triunfo psicológico. Fue recibido en El Cairo como un héroe, aunque Yusuf nunca se falsificó a sí mismo el verdadero resultado de la contienda.

Actualmente Egipto convivía placidamente con sus vecinos judíos, habían recuperado casi todos los territorios ocupados en 1967 y habían salido relativamente mejor parados que Jordania o Siria. A pesar de todo la calma era tensa y el huracán se podía desencadenar en cualquier momento y por cualquier razón.

También estaba seguro, si los sionistas acertaban a saber que el Arca estaba en manos egipcias usarían todo su poder para recuperarla, y no precisamente el diplomático. Yusuf sabía que no se detendrían ante nada. Un tercer Templo reconstruido, con el Arca en su trono sagrado, era una tentación demasiado fuerte para unos radicales judíos que también estaban imbuidos de un misticismo absolutista y excluyente de la peor especie. Sí, un tercer Templo significaría un auge del imperialismo israelí que los llevaría a todos vertiginosamente al callejón sin salida de la guerra total en Oriente Próximo.

En resumidas cuentas, el Arca sería un objetivo terrorista prioritario, la tenga quien la tenga; y su destrucción, ya sea en Egipto o en Israel, conllevaría un peligro cierto de guerra para la castigada zona. Había pues que sacarla de esa tumba en secreto y trasladarla a marchas forzadas a una región "menos caliente".

El táctico Yusuf dejó de pensar en silencio y volvió la vista a la mesa llena de papeles. Sus interlocutores, aparentemente tranquilos, aguardaban a que reanudase su exposición. Allí continuaba ojeando las fotos con visible interés, Ayman y Osama simplemente esperaban. Yusuf no sabía cuánto tiempo había estado meditando.

—El plan que nos hemos marcado para evitar injerencias poco deseables, ya sean nacionales o extranjeras, es muy simple —prosiguió el coronel—. El objetivo es explorar esa tumba lo más rápidamente posible, comprobar si tiene algún artefacto parecido a un Arca en su interior y, si la respuesta es afirmativa, trasladar este objeto a un avión que saldrá con destino a Ginebra, ciudad que como ustedes saben está situada en la neutral Suiza; allí se guardará o se expondrá hasta que este vestigio arqueológico pueda regresar a Egipto sin miedo a posibles atentados, robos y demás

imponderables.

Yusuf miró a los presentes y vio que Alí le miraba fijamente, señal de que quería decirle algo.

—¿Alguna pregunta señor Khalil? —dijo amistosamente.

—Sí, sí, desde luego, tengo muchas preguntas —dijo el confuso conservador.

—Bueno, empiece cuando quiera, usted será la pieza clave de esta operación, debe tener las ideas diáfananamente claras.

—Me ha quedado claro —empezó a decir Alí— que debo recuperar un objeto de una tumba y meterlo en un avión rumbo a centroeuropa, pero el resto de antigüedades que habrá en esa tumba ¿qué hago con ellas? Debe haber cientos si la sepultura está intacta, como parece por estas fotografías.

—Usted y los otros dos arqueólogos fijarán su objetivo sólo en el Arca —ordenó Yusuf—. Toda otra pieza que se encuentre quedará in situ para que otra expedición posterior, ya más tranquilamente, opere siguiendo los procedimientos arqueológicos habituales. Quizá, si todo sale como está previsto, sea usted el que la supervise en calidad de director plenipotenciario de la investigación.

El viejo ardid de prometer premios si un trabajo se efectuaba correctamente era uno de los más utilizados por Yusuf. Por su larga experiencia había comprobado que, cuando se tiene poco que perder, el amenazar con castigos no servía de mucho. El astuto coronel prefería tentar la ambición de cada individuo y sus esperanzas de prosperar. Esta artimaña funcionaba con pobres y ricos por igual.

—Y, cuando dijo que debíamos darnos prisa, ¿a qué se refería? —preguntó de nuevo Alí.

—Pues a eso mismo, deben encontrar el Arca lo más rápidamente posible y sacarla de allí. Esta operación es hasta ahora un secreto, pero puede dejar de serlo en cualquier momento. Me han asegurado que las personas que tienen cierto conocimiento del asunto están bajo control, pero nunca se sabe. No quiero que entren en la tumba con una excavadora, eso llamaría mucho la atención, pero deben actuar resueltamente y sin demasiados miramientos.

Alí nunca supo si lo de la excavadora lo dijo Yusuf en serio o en broma.

El coronel continuó con sus interminables recomendaciones.

—Simulen ser una expedición científica más, otra de las muchas que escudriñan el desierto en busca de tesoros. Para más seguridad, únicamente ustedes, los miembros de la expedición, conocerán el lugar exacto de la prospección, no me fío ni de mis propios hombres, los israelíes tienen informadores hasta en los servicios municipales de basura de El Cairo.

Yusuf ríe su propia gracia y Ayman Khalil le hizo los coros, el diamantino Osama se limitó únicamente a sonreír.

—Solamente la doctora Mariette conoce las coordenadas del enterramiento, ésa

será la mejor manera de mantenerlo a salvo de miradas y oídos indiscretos. En la reunión que tendrá esta tarde con ella y con el arqueólogo inglés acordarán los materiales y pertrechos que puedan necesitar, el teniente Osama se encargará de conseguirlos y de proporcionarles los vehículos de transporte que necesiten. Todo tiene que estar listo para el martes, o sea mañana. Saldrán ustedes tres hacia el lugar y permanecerán allí hasta completar su labor.

El coronel sacó de nuevo el pañuelo con el que se había limpiado las gafas y se secó el sudor de la cara. Ante la sorpresa de Alí era Osama el que ahora hablaba.

—Señor —dijo repiqueteando con el dedo índice de la mano derecha encima de la mesa—, creo que se le olvida...

—¡Ah sí! Gracias Osman —Yusuf guardó el pañuelo—. El teniente Osman estará con ustedes en la reunión de esta tarde en calidad de responsable de suministros y jefe del personal nativo que, inevitablemente, tendrán que contratar para hacer los trabajos de desescombro más pesados. Él se ocupará de estar en contacto conmigo y de tenerme informado de todos sus progresos, será el cuarto integrante de la sociedad.

Yusuf miró a Alí y creyó conveniente seguir con las aclaraciones. Su frase de cabecera era: si quieres que las cosas salgan como tú quieres, ocúpate de que los demás sepan cómo quieres las cosas.

—El señor Osman es un hombre de mi total confianza, él se encargará, también, de la seguridad de la excavación y su perímetro. Acate sus órdenes y haga caso de sus recomendaciones en todo momento; aunque, claro, científicamente, usted y sus camaradas egiptólogos llevarán la voz cantante.

—De acuerdo —dijo Alí con voz neutra, no creía que estuviese en disposición de discutir nada.

—Otra cosa... —dudó Yusuf que no sabía cómo enunciar la siguiente frase—, digamos que... los otros miembros del equipo todavía no saben que el señor Osman va a formar parte del grupo, deberán decírselo en la reunión que mantendrán esta tarde. Puede que pongan alguna pega, sobre todo la francesa, pero ustedes sabrán convencerles de que necesitan a alguien que compre provisiones y vele por la seguridad del campamento. No me importa que les confiesen que el señor Osman es teniente del ejército, de todas formas se le nota a tres kilómetros, así que mejor descubrirlo desde el principio para no levantar recelos. ¿De acuerdo?

—Sí, sí, por mí no hay ningún problema —contestó Alí.

—Muy bien, pues buena suerte a los dos —dijo Yusuf sin dar opción a más preguntas o aclaraciones y levantándose para salir.

Mientras, Ayman Khalil había empezado a recoger todos los papeles de la mesa que había desparramado Yusuf al-Misri, incluidas la copia de las tres fotos de la entrada a la tumba.

El eficaz Yusuf se acercó a Alí y le estrechó otra vez la mano para despedirse.

—No se preocupe, seguro que todo saldrá bien, su tío y yo estaremos pendientes de que esto sea así. Suerte —le dijo de nuevo y salió por la puerta sin esperar a nadie.

Ayman Khalil terminó de meter todos los papeles en la cartera de cuero y se acercó a su sobrino.

—Bien, ¿qué te parece el trabajito que te he buscado? —preguntó con un guiño a su sobrino—. Ya te dije ayer que era algo importante. Ésta es tu oportunidad de encontrar algo grande. Y no te tomes en serio todas las cosas que ha dicho el coronel, piensa demasiado y cree que todo el mundo practica el mismo deporte que él. Nos veremos a la vuelta.

Alí apretó con fuerza la mano de su tío, sabía que estaba bien conectado con los resortes de poder, pero nunca presintió hasta qué punto.

El último en abandonar la habitación fue Osama, quien aprovechó para dirigirse a Alí cuando se quedaron solos.

—La cita de esta tarde es en el Hotel Ramsés, a las siete, pregunte por mí en recepción y le llevarán hasta el lugar de la reunión, aquí tiene el número de mi móvil por si surgiera algún imprevisto. Encantado de conocerlo —dijo para terminar a modo de despedida.

Alí se quedó un minuto más en el despacho. Volvió la mirada a las paredes cubiertas de piedra, abstraído. Ahora que era consciente que tenía que adentrarse de nuevo en una tumba los relieves se tornaron distintos, los viejos dioses aparentaban tener un aire más amenazante que cuando había entrado en la habitación. Todavía no sabía si estaba contento ante esta oportunidad que le brindaba el destino o se sentía triste por dejar su confortable puesto de conservador del Museo de El Cairo para embarcarse en una aventura que le parecía bastante confusa e incierta. Malos presagios le secuestraban los pensamientos.

Miró el reloj, hora de comer, pero no tenía mucha hambre. Necesitaba poner en orden algunas cosas antes de emprender un viaje hacia no sabía dónde: llamar a su casero para decirle que iba a faltar unos días, avisar a algún amigo y... por lo visto a su jefe, el señor Mohamed Galeel, no tendría que prevenirle.

Alí le venía venir por el pasillo a través de la puerta abierta, caminaba todo lo raudo que le permitía su voluminosa figura. Era evidente que le pediría mil explicaciones, tendría que contarle alguna historia lo suficientemente verosímil como para dejarle manso y tranquilo. No le preocupaba excesivamente, ya lo había hecho en alguna ocasión. Le diría que la excavación estaba en pleno centro de la finca particular de un alto miembro del gobierno que no quería ningún tipo de publicidad.

Eso tendría que bastar, Galeel siempre era muy respetuoso con todos los asuntos que flotan por las altas esferas.

El gran Hotel Ramsés Hilton era uno de los más importantes de Egipto, un auténtico rascacielos erguido a orillas del Nilo, un coloso de 36 pisos y más de 800

habitaciones con soberbias vistas al río y a todo El Cairo, incluso a las pirámides. Por supuesto, su fachada exterior era de un terroso color gris, para armonizar con el resto del polvoriento paisaje urbano.

Los edificios más altos y ostentosos solían construirse en las riveras del Nilo, siempre había sido así. El río, durante 5.000 años, había visto a innumerables generaciones de hombres afanándose por alinear piedra sobre piedra, aspirando a levantar los más sobresalientes monumentos a su paso. Los turistas que realizaban los típicos cruceros fluviales por el inmenso curso plagado de tumbas, templos, monolitos y restos de viejas capitales siempre descubrían algún sitio donde posar la vista.

Un cauce de agua de tal magnitud, rodeado de inmensas llanuras desérticas, era un poderoso imán que atraía y absorbía todas las miradas. Todo el mundo quería vivir junto al río, y los habitantes de El Cairo no eran una excepción, hacían que la ciudad se estirase como una enorme excrecencia alargada que succionaba su aliento vital del líquido elemento. Sin embargo, las parcelas mejor situadas solían reservarse para levantar establecimientos turísticos igual de prominentes que el Hotel Ramsés, lo suficientemente altos como para poder observar la cercana llanura de Gizeh y sus famosas pirámides simplemente con asomarse a una ventana.

Marie Mariette, John Winters, Alí Khalil y Osama Osman estaban cómodamente sentados en un amplio reservado de uno de los restaurantes del hotel, el situado en el piso más elevado de la torre, el de la planta 36. La *Ventana del Mundo* era el nombre por el que se conocía ese comedor. Desde tan orgullosa atalaya se contemplaba todo el centro de El Cairo; el blanco edificio de la Opera, que era tan reciente que todavía no había tenido tiempo de impregnarse del color apropiado; los dominantes hoteles ribereños, con el gran río lamiendo sus cimientos; los esbeltos minaretes sostenidos por las corpulentas mezquitas; la ciudadela medieval y, sobre todo, las lejanas pirámides, iluminadas por entero con grandes focos de luz fosfórica que las convertían en más inexplicables todavía.

Los cuatro miembros de la expedición disfrutaban de la correcta pero anodina cena del menú internacional del restaurante, todos pensaban en otras cosas y no podían concentrarse en la comida. Habían concluido la reunión de trabajo de esa tarde hacía media hora y habían decidido subir a cenar para conocerse un poco mejor, todo apuntaba a que pasarían mucho tiempo juntos a partir de ahora.

Marie había puesto muchas pegas a la incorporación *in extremis* de Osama Osman, pero al final había aceptado el envite del gobierno egipcio. Sabía que iban a necesitar personal de apoyo, aunque ella en un principio había pensado contratarlo personalmente en algún pueblo cercano. Los nativos siempre estaban más que dispuestos a trabajar en cualquier excavación, ganaban en un mes más dinero del que podían reunir en un año dedicándose a sus ocupaciones habituales: cuidar cabras o

plantar judías.

La arqueóloga francesa había aprobado que Osama se encargase de toda la logística. Sabía, desde que vio al egipcio con su inconfundible porte castrense, su típico bigote gubernamental y su temperamento marmóreo, que no podía ser otra cosa que un policía o un militar. Agradecía la sinceridad del teniente cuando le había contado que, efectivamente, era un miembro del ejército, que su presencia era necesaria para velar por la seguridad del campamento y que únicamente actuaría de contacto de urgencia con las autoridades egipcias sólo cuando algo saliese rematadamente mal. Osama le había dado plenas garantías a Marie, seguiría sus órdenes con estricta disciplina. La francesa hizo el difícil ejercicio de intentar creérselo todo.

El otro miembro egipcio, Alí Khalil, parecía ser realmente quien decía ser, un conservador del Museo de El Cairo. Marie había puesto a prueba sus conocimientos con un par de mal disimuladas preguntas sobre las tres diosas que aparecían en las fotos de la losa que tapaba la tumba.

Alí parecía un tipo tranquilo, a juicio de la arqueóloga, y su ex-pupilo John Winters tampoco se mostraba excesivamente activo en los prolegómenos de la expedición, había dejado hacer a Marie y que ella fuese quien discutiese los detalles del equipamiento con Osama. John se había conservado tal y como lo recordaba Marie, un chico tímido, que siempre iba a remover la tierra donde no había nadie más haciéndolo.

John y Marie habían estado hablando un rato antes de la primera reunión, se habían encontrado casualmente en el vestíbulo del hotel y habían intercambiado impresiones sobre la tumba y el Arca. John le contó, sin ningún reparo, que había acabado trabajando para Scotland Yard, dedicado a investigar el robo y contrabando de antigüedades. Marie confirmó sus sospechas de por qué estaba su antiguo alumno en la lista que le proporcionaron. Tendría que andar con cuidado, pero eso ya lo sabía.

La charla, por otra parte, había transcurrido muy agradablemente. John poseía algo que había hecho que Marie se fijase en él en su época de estudiante y algún residuo de ese interés todavía sobrevivía en algún rincón de su mente. La mejor prueba era que, aunque habían pasado casi 10 años, había logrado reconocer el apellido de John de entre una lista de varias decenas de nombres; y, ese algo, su antiguo discípulo todavía no lo había perdido.

John Winters había demostrado grandes conocimientos de egiptología y parecía que había estudiado la Biblia detenidamente. Marie sabía, desde los tiempos en los que le impartió clases, que John era un auténtico superdotado que intentaba mal disimular sus abundantes aptitudes no relacionándose con nadie; aunque, aparentemente, los años le habían hecho un poco más maduro y abierto, por lo menos eso le parecía a la francesa.

Osama había adquirido todo lo necesario para la expedición. Marie no sabía, ni había querido preguntar, quién había aportado el dinero. Ignoraba si había sido el gobierno egipcio, el inglés, el francés, si habían dividido los gastos a partes iguales o no, no le interesaba. Solamente intuía que no iban a tener problemas crematísticos: un camión y dos todoterreno completamente nuevos, tiendas de campaña, una línea telefónica vía satélite, herramientas de cavado y perforación para 12 hombres, sillas, toldos, cocina portátil, provisiones... El teniente debía haber pasado muchas temporadas en el desierto, no se le había escapado absolutamente nada. Y, había asegurado el militar, si algo faltaba él se encargaría de traerlo una vez instalados. Marie agradecía el que alguien se ocupase de esos detalles, así podría concentrarse en lo que realmente le interesaba: la tumba y su contenido.

El teniente Osman tenía mucha experiencia en este tipo de acampadas al aire libre. Su vida entera era una continua maniobra, sólo había que echar un vistazo a su curtida piel, mucho más gruesa de lo normal como delataba la profundidad de sus arrugas. Llevaba casi toda la vida en el ejército, después de los tres años del ineludible servicio militar obligatorio son pocos los que todavía tienen deseos de continuar en la milicia, pero a él esa vida le gustaba. El saber que todo estaba estrictamente regulado por las exhaustivas leyes castrenses le producía, de joven, una gran economía mental. No tenía que pensar en nada más que en seguir las órdenes y los reglamentos establecidos, por eso se reenganchó. Claro que esa estática existencial sólo fue posible experimentarla antes de recibir su bautismo de fuego, en la I Guerra del Golfo.

El entonces cabo Osama Osman formó parte de los 38.500 soldados con los que el régimen egipcio contribuyó a la coalición antiiraquí comandada por los Estados Unidos que se proponía liberar Kuwait. Y fue uno de los pocos hombres del ejército egipcio que realmente entró en combate. El grueso de las tropas, igual que todas las fuerzas que aportaron los aliados árabes, fueron reservadas para posibles complicaciones que pudieran surgir en el avance norteamericano o para proteger zonas sensibles ante un eventual contraataque iraquí que al final no se produjo.

A pesar de estas intenciones, un pequeño destacamento de la guarnición egipcia, que estaba desplegada en la frontera de Arabia Saudí con Iraq y Jordania, tuvo que intervenir una noche a toda prisa para interceptar una lanzadera de misiles Scud que se proponía atacar Israel antes incluso que los americanos se diesen cuenta siquiera de los planes iraquíes de extender el conflicto por todo Oriente Próximo.

Osama estaba en ese comando. No sabían entonces que se enfrentaban a una lanzadera de misiles bien escoltada por tropas de elite de la Guardia Republicana iraquí; solamente les habían notificado que un satélite estadounidense había captado a un grupo de soldados enemigos marchando a toda prisa a través del desierto en dirección a la frontera jordana.

Por tanto, su misión era interceptar a un posible grupo de fugitivos que habían escapado del cerco norteamericano e intentaban desertar dirigiéndose hacia Jordania, país que se había mantenido neutral. Sus superiores se fiaron de la información y decidieron enviar allí a una pequeña compañía comandada por un teniente sin ninguna experiencia en combate.

Cuando llegaron al lugar se encontraron inmersos en un infernal tiroteo con armas automáticas. No tenían sitio donde escapar, los iraquíes habían inutilizado sus tres jeep, había varios compañeros heridos y a duras penas resistían detrás de las dunas.

El oficial no reaccionaba, la situación le estaba superando. Osama decidió por el pusilánime individuo y esto le ayudó a sobrevivir. Desde entonces anteponía su propio criterio a todas las normas escritas o por escribir. En la batalla no hay sitio ni para los formulismos ni para los protocolos, si no eres capaz de pensar sobre la marcha estás muerto.

Ante la pasividad del teniente, ordenó a tres de los hombres que tenía más cerca rodear por la derecha la gran duna en la que estaban cobijados y distraer a los iraquíes disparando todos los cargadores que tuvieran a mano. Mientras, Osama cogió otros dos hombres y rodeó la duna por la izquierda. Los enemigos, ocupados en proteger su flanco izquierdo descuidaron el derecho. El cabo Osman y sus dos compañeros consiguieron reptar hacia un agujero natural en la arena que estaba muy cerca de las posiciones contrarias, tan cerca que podían lanzar las granadas que portaban casi detrás del convoy iraquí. Las explosiones hicieron cundir el pánico entre los combatientes de la Guardia Republicana, se creían rodeados por unas tropas a las que no habían visto llegar. Después de otra andanada de granadas se rindieron.

La experiencia le abrió los ojos a Osama y, desde entonces, trataba de no depender de nadie, ni siquiera de los integrantes de su unidad. Esto le había dado fama de implacable lobo solitario entre sus compañeros de armas.

Posteriormente, cuando sus superiores se enteraron de los verdaderos propósitos de los iraquíes, lanzar una descarga de misiles a Israel, muchos lamentaron el haber colaborado en frustrar un ataque que en el fondo todos apoyaban moralmente. Era una ambivalencia que la mayoría de los soldados rasos no conseguía entender. Osama, ya sin las columnas mentales que soportaban todo el edificio de normas incuestionables y explicaciones oficiales que habían taponado su sentido común, comprendió, de golpe, como si algo brotase en su interior, que no todo es lo que parece. Que hay cosas que nunca se escriben ni se cuentan, por ejemplo los principios de la política exterior egipcia. Supo por qué Egipto postergaba cada vez más a los árabes en favor de las alianzas con occidente y el propio Israel. Era simplemente una estrategia, como la que él había seguido en las dunas.

Los mandos egipcios habían comprobado varias veces, y en su propia piel, que no podrían luchar nunca en igualdad de condiciones contra la superioridad

armamentística de los hebreos. Era como intentar derribar helicópteros a pedradas. El armamento que les habían proporcionado los soviéticos en las décadas de los setenta y ochenta no tenía nada que hacer con los suministros que facilitaban los norteamericanos a Israel.

En cambio, ahora, en el siglo XXI, a base de ganarse la confianza de los occidentales con gestos amistosos y favores políticos, el ejército egipcio era uno de los más modernos y mejor pertrechados de todo Oriente Próximo. El que Egipto participase de aliado en contra de Iraq durante la Guerra del Golfo era un paso más en el juego. Si no puedes defenderte de tu enemigo, hazle creer que eres su amigo hasta que te enseñe todo lo que sabe.

Un Osama más maduro era capaz de interpretar ahora por qué cuando era un adolescente acataba tan rígidamente las órdenes sin cuestionarlas. Interiormente, como todos los egipcios, desaprobaba cualquier gesto con Israel y Occidente, no entendía las pautas de actuación de sus gobernantes. Ante este conflicto el joven Osama siempre se resolvía a seguir las normas al pie de la letra, sin preocuparse de reconciliarlas con lo que realmente sentía. Pero ahora, que imaginaba comprenderlo todo, estaba incluso más unido a los objetivos finales de las clases políticas de su país: primero crece y después decide lo que quieres hacer. Egipto era un país que necesitaba desarrollarse y para ello necesitaba la ayuda de los occidentales.

Después de la captura de la lanzadera de misiles los estadounidenses se tomaron más en serio la vigilancia de aquella zona. Los egipcios quedaron relegados únicamente a patrullar la frontera Saudí y Osama no volvió a entrar en acción; pero su hazaña no quedó ignota para sus superiores, sobre todo para el, por aquel tiempo, comandante Yusuf al-Misri. Desde entonces lo había tenido bajo su protección y le había encargado cometidos bastante delicados.

Yusuf no imponía a Osama ninguna pauta o guión a seguir, simplemente le contaba explícitamente lo que quería y dejaba total libertad a su valido para que actuase según creyese conveniente. Yusuf había sido hombre de acción y sabía, igual que sabía ahora Osama, que si hay movimiento no hay que buscar punto fijo alguno al que agarrarse.

El teniente Osama se encontraba ahora envuelto en un cometido bastante novedoso para él, prestar seguridad a tres científicos y sacar un objeto fuera del país, el Arca de la Alianza, que bien podría usarse para chantajear a los israelíes. Tenía que entregar algo tan valioso a unos gobiernos extranjeros que, con toda seguridad, donarían el Arca al estado hebreo más tarde o más temprano; pero Osama, como todo buen jugador de ajedrez, ya era capaz de adivinar los próximos movimientos de las fichas, no se quedaba solamente en la superficie de lo que veía o le contaban, como hubiese hecho el Osama de antes de su iluminación.

Nadie le había dicho nada, pero Osama estaba seguro que la participación de un

egiptólogo inglés en la expedición debía ser un regalo del gobierno egipcio a sus aliados anglosajones. Otro guiño amistoso que se correspondería con un crédito a bajo interés para comprar aviones de combate o carros blindados, de otra forma todo habría quedado en un secreto compartido tan solo por franceses y egipcios.

Su coronel había asegurado a Osman que si todo salía bien su ascenso a capitán podía considerarse como seguro. Osama se fiaba de Yusuf, pensaban utilizando las mismas fórmulas, sintiendo las mismas vibraciones, como dos relojes recién sincronizados.

—Dígame doctora Mariette —dijo Osama de improviso—. ¿Está muy lejos el lugar al que nos dirigiremos mañana?

Todos miraban el espléndido panorama de las pirámides que se ofrecía a través de los amplios ventanales, sustitutos de cualquier atisbo de tabique que hubiera podido dificultar la visión; pero, ahora que alguien había roto por fin un silencio que ya duraba varios minutos, acomodaron sus cuerpos para mirar al teniente.

Marie también se giró. Observó el fino bigote de Osama que le mimetizaba perfectamente y ayudaba a confundirlo con cualquier campesino de provincias. Su pelo de rizos diminutos cortado a cepillo, sus gruesas manos poco cuidadas y sus dientes algo estropeados acentuaban más el efecto. Solamente su buen traje y la total apariencia de sentirse cómodo con él disimulaban la minúscula medida que diferenciaba a Osama de sus paisanos más humildes.

—Pues no muy lejos, mañana se lo diré —respondió Marie con una sonrisa que sustituía a la merecida disculpa que tendría que haber formulado por su negativa a contestar una pregunta directa.

—Es por hacerme una idea de la hora a la que llegaremos —explicó Osama—. Tardaremos unas cuatro horas en montar el campamento y si lo hacemos muy tarde no tendremos luz suficiente para poder instalarnos completamente.

—No se preocupe Osama —le tranquilizó Marie llamándole por primera vez por su nombre de pila—. Está bastante cerca, si salimos a media mañana llegaremos con tiempo de sobra.

John había cambiado la vista nocturna del Nilo por la de su antigua profesora. Estaba un poco más envejecida, sus pequeñas arrugas en torno a los ojos y las comisuras de los labios se habían acentuado un poco más, pero todavía mantenía la energía con la que siempre la había recordado. Seguía conservando sus grandes ojos azules y el pelo muy rubio, color yema de huevo, aunque ahora se lo había cortado hasta dejarlo en una media melena lisa que le llegaba hasta los hombros, seguramente por motivos de comodidad habida cuenta del trabajo que se avecinaba.

Hacía ya casi diez años de aquella excavación en el mediodía francés en la que le había dado clases prácticas de extracción y conservación de yacimientos.

Por esa época John era bastante más remiso que ahora a intimar con el resto de la

raza humana. Siempre se iba a rebuscar con la brocha y el martillo donde no hubiera nadie para mortificarle con las típicas conversaciones intrascendentes. Los otros alumnos no se daban por enterados, pero la profesora Marie siempre iba a escarbar a la zona donde él se instalaba. John recordaba que aquello no le molestaba, incluso esperaba el momento en el que la doctora se pusiese a trabajar delante de él para espiar sus musculosas piernas y su cuerpo en tensión.

Uno de los instantes más excitantes de su vida lo había provocado precisamente ella. Cierta vez Marie había dado con un ánfora en muy buen estado de conservación y había solicitado la ayuda de John que, como siempre, estaba bastante cerca, para liberar la vasija de la tierra circundante. Se situó a su lado, justo delante de ella y empezó a restregar la pieza con la gastada escobilla que poseía. En cuanto pasó un tiempo prudencial levantó la vista y se encontró con la amplia abertura de un escote que apenas tapaba el pecho de Marie. No había nada que impidiese la deliciosa contemplación de los senos de su maestra oscilando acompasados a los movimientos de cepillado que realizaba la arqueóloga. Ese espectáculo, que sólo duró unos minutos, le acompañó durante mucho tiempo.

Marie era muy desinhibida y John pasaba el día más atento a sus movimientos que a los trozos de cerámica romana que pudiera encontrar. Por supuesto, nunca se atrevió a decirle nada fuera de lo estrictamente académico y Marie tampoco intentó nunca conversar con John de temas personales.

Cuando regresó a Londres creyó que nunca más volvería a ver a su antigua profesora. Y aquí estaba, en un hotel de El Cairo con ella y delante de la más extraña aventura que hubiera podido imaginar. El subconsciente le traicionó y posó la mirada durante más tiempo del debido en el busto de Marie, llevaba una camiseta amplia que no dejaba vislumbrar nada. John, sin que nadie se diera cuenta, suspiró.

Ahora fue Marie la que rompió el silencio.

—Supongo que dormiremos en el campamento, ¿estoy en lo cierto Osama?

—Sí, desde... luego —el teniente tenía dificultades para responder, la pregunta le había pillado masticando un trozo de cordero—. Mejor no llamar la atención. Nosotros dormiremos en las tiendas, o en la caja del camión si alguien lo prefiere.

—Esperemos que no tengamos que estar mucho tiempo —dijo John acordándose de sus ya lejanas excavaciones en Egipto, eran tremendamente duras y eso que descansaba todas las noches en hoteles cercanos.

—Bueno, en teoría tenemos que trabajar rápido, ¿no es así? —intervino Alí, pero no oyó la respuesta, sus pensamientos habían volado a otro lugar.

El miembro más joven y prometedor de la familia Khalil había cogido un respeto casi religioso a las tumbas de los funcionarios y faraones egipcios. Por eso tenía puesta la esperanza en las recomendaciones de rapidez de Yusuf al-Misri, prefería que esta experiencia, esta vuelta a sus tiempos de arqueólogo en activo, fuese lo más

fugaz posible.

La inquietud le empezó a atenazar en el mismo momento en que su tío le dijo por teléfono que había sido elegido para encabezar una misión arqueológica importante y secreta; le aumentó cuando el irrefutable Yusuf le refirió que era una tumba intacta; y se tranquilizó algo cuando supo que la directora de la función iba a ser una francesa y que, además, había otro expedicionario inglés. Alí sabía, por su práctica como codirector, que se tendía a ignorar las opiniones de los profesionales nativos, muchas veces impuestos a las misiones extranjeras como requisito indispensable para realizar cualquier cata en suelo egipcio.

El poder actuar de mera comparsa en la terna le sosegaba, los otros dos podían estar seguros de que Alí no sería una molestia. Al revés, les dejaría hacer.

La aprensión de Alí Khalil hacía cualquier enterramiento venía de lejos, de cuando empezó en el oficio de escudriñar los agujeros que habían efectuado otros para descansar eternamente. Siempre, las historias de maldiciones faraónicas habían corrido como la pólvora seca entre las clases trabajadoras más humildes de las cuadrillas de excavación, pero era un pecado imperdonable que lo hiciesen entre los técnicos y los expertos, y él se avergonzaba un poco por ello.

El arqueólogo no podía evitar, después de concluir una expoliación, expiar su culpa haciendo alguna penitencia infantil que secretamente se imponía. Sabía que lo que hacía no era racional, pero lo hacía.

En la última aventura que emprendió, y que por otra parte dirigía él mismo, sufrió un accidente. Un techo mal apuntalado se derrumbó sepultando a un trabajador y a un investigador, compañero suyo de la Universidad de El Cairo. Alí se salvó por poco, el desprendimiento había tenido lugar a apenas 10 metros de su espalda, mientras exploraba un pasadizo en la zona de Luxor que al final se demostró que no conducía a ninguna parte.

Lo peor para la incipiente claustrofobia de Alí es que estuvo más de cinco horas encerrado entre cuatro estrechas, asfixiantes y angustiosas paredes, hasta que pudieron retirar los escombros y sacarle de allí

Nadie tuvo la culpa del accidente, incluso se rumoreaba que el propio fallecido había sido en parte el causante del desplome al tocar un pilar que no debía manipularse.

Inmediatamente después de la desagradable experiencia, Alí pidió una plaza de profesor en la Universidad de El Cairo y, con la ayuda de su tío Ayman, se la concedieron. Posteriormente pasó al Museo en el que llevaba algunos años, y ya se había olvidado por completo de sus tiempos de trabajo de campo, había confiado en que nunca volverían.

Ahora se encontraba otra vez ante su temor más profundo, un temor que no podía eludir y que no podía confesar a nadie, de hacerlo sería el hazmerreír de la profesión.

Tenía que afrontarlo; además, tampoco era para tanto, Alí sabía que podía colaborar perfectamente en las labores de excavación, no tenía miedo ni a los muertos, ni a las momias, únicamente que prefería permanecer al aire libre. No era tan raro, pero el mundo nunca es perfecto, se decía para tranquilizarse. Esta oportunidad era un buen empujón para su carrera y no la desaprovecharía.

La ronca voz de Osama rompió la cadena de pensamientos de Alí.

—Supongo que todos ustedes —lo decía sobre todo dirigiéndose a los dos extranjeros— habrán estado anteriormente en Egipto.

—Sí —contestaron John y Marie al unísono mientras giraban la cabeza para mirarse divertidos.

—Muchas veces —añadió Marie.

—Yo en varias ocasiones —dijo John a continuación.

—Sabrán entonces la gran variación térmica que se produce entre el día y la noche en el desierto —informó de todas maneras Osama—. Por el día estaremos a unos 35 o 40 grados, pero cuando caiga la noche podemos incluso alcanzar los 0° centígrados.

—Sí, somos conscientes —declaró Marie—, pero usted ya habrá comprado mantas o algo así, ¿no?

—Sí, sí, desde luego —confirmó el militar—, no se preocupen, no pasaremos frío, los sacos de dormir son de primera, especialmente diseñados para ambientes alpinos.

—Sacos alpinos que valen para el desierto, curioso —dijo Alí como si hablase consigo mismo.

—Los extremos se tocan —sentenció John.

Todos rieron la ocurrencia, más por educación que por auténtica hilaridad.

Acabaron la cena y quedaron para salir a las 10 de la mañana, se encontrarían en la puerta del hotel. Osama haría que dos de sus hombres aparcasen los coches, ya completamente cargados de material, en el parking del hotel. Después de desayunar se pondrían en camino, necesitaban dos conductores para los 4x4, el teniente se encargaría de traer y guiar el camión.

Marie se ofreció como chofer, además ella encabezaría el convoy, era la única que sabía hacia dónde debían dirigirse. Todos los coches contaban con GPS y ella tenía memorizadas las coordenadas geográficas de la tumba. Alí Khalil se ofreció a conducir el último todoterreno.

Así pues, todo estaba cerrado, mañana sería otro día, un día de comienzos, de cambios, de sucesos, de claridades y negruras. Lo desconocido aguarda, y allí vamos nosotros de cabeza, sin mirar siquiera hacia los lados, es la condición de los humanos. La curiosidad es lo que mueve a nuestra especie, su prurito nunca nos dejará descansar.

Se despidieron ya. Solamente John se quedó un rato más en el restaurante del hotel Ramsés, contemplando en la lejanía los famosos monumentos de la explanada de Gizeh. Trato de recorrer mentalmente la larga serie cronológica que iba desde la época de su alzamiento, hacía casi cinco milenios, hasta la actualidad. Pero no pudo. Llevaban allí eones, mirando, majestuosamente inmóviles, a todas las civilizaciones que habían nacido y muerto bajo sus inexpresivas piedras. Las pirámides eran el pulso que le había echado el hombre al tiempo, la esfinge lo sabía.

4

El sol, fuente de vida en otras latitudes, era un océano de muerte en el duro clima desértico. Las ráfagas de viento despertaban el polvo de las arenosas olas y lo mezclaban con furia con el que levantaba la pequeña columna de tres vehículos que avanzaba por una pedregosa carretera que se alejaba cada vez más del Nilo. El dios Ra, el regidor del universo con cabeza radiante, el dios del fuego diurno, la más excelsa deidad del panteón de los antiguos egipcios, estaba siendo cumplidamente derrotado por los aparatos de aire acondicionado con los que contaban los dos 4x4 y el camión de gran tonelaje que marchaba detrás.

Eran ya las 12:30 de la mañana, hacía tiempo que habían atravesado el poblado de Kafr Jirzah y ahora era el turno de orientarse con el GPS. El camino natural que Marie había seguido el verano pasado parecía haber desaparecido en el lapso de estos pocos meses, o la arena se lo había tragado o no estaba siguiendo la misma ruta.

La francesa se paró de nuevo a comprobar los instrumentos, ya era la cuarta vez que lo hacía en media hora. Los grados de latitud y longitud que le marcaba el localizador no se correspondían con lo que recordaba del paraje. John, que estaba haciendo el trayecto con ella en calidad de copiloto, trataba también de orientarse con un gran mapa desplegado que ocupaba todo el rango de su visión. Ninguno de los dos sintió a Osama acercarse al coche.

—¿Qué ocurre doctora? —dijo mientras sujetaba con una mano la flexible ala de un gorro color caqui.

Marie dejó de mirar la brújula del GPS y abrió la ventanilla. El desierto le golpeó en la cara con una bofetada de calor.

—No recuerdo este paisaje, aunque los instrumentos me indican que debemos estar solamente a un par de kilómetros de la posición correcta.

Osama subió a la parte de atrás del vehículo dando un fuerte golpe a la puerta.

—El desierto nunca se deja ver dos veces con el mismo aspecto —reveló el militar como si hablara de un antiguo conocido—. ¿Qué dirección hay que seguir ahora?

—Según los datos tenemos que salvar este cerro —dijo Marie—. Espero que su polimórfico amigo no se haya tragado mi tumba.

Osama sonrió, no sabía por qué pero tenía la intuición de que ésta sería la misión más relajada que le habían encomendado en los últimos años, casi unas vacaciones.

—Bien —dijo alegre—, entonces lo rodearemos por la izquierda, el terreno parece más firme.

Osama salió del coche de los dos europeos, cruzó unas palabras con Alí que venía detrás conduciendo el otro todoterreno y saltó a la cabina de su camión. Marie, mientras tanto, había reanudado la marcha.

Después de otra media hora sorteando obstáculos llegaron al lugar exacto. Para estar tan cerca de El Cairo no parecía, ni por asomo, que al solar se le hubiese pegado algo de civilización, era un yermo estéril que no frecuentaban ni los pastores de cabras. El Nilo también estaba sorprendentemente próximo, pero las macizas elevaciones rocosas que le limitaban por esa orilla no dejaban que en esa ribera del río quedase mucho espacio para las típicas plantaciones de estación que tan bien crecían en un suelo alimentado por el puntual limo que traían las crecidas.

Ahora sabía Marie por qué se había despistado, habían rodeado la montaña por la izquierda cuando en su anterior viaje seguramente ella lo había hecho por la derecha. Ya en el sitio exacto y observando el paisaje su perplejidad no tuvo ocasión de desaparecer. El día que tomó las coordenadas el GPS le dictó la posición exacta del jeep, pero del todoterreno al pie de la losa de piedra, ahora caía en la cuenta, había por lo menos 15 metros. No sabía exactamente dónde estaba la entrada.

La arqueóloga parecía un tiovivo de tanto mirar alrededor. El viento, cirujano plástico globalmente notorio, había aplicado su escalpelo con denuedo en aquella zona. Marie trató de recordar todas las circunstancias de su anterior viaje. Miró el coche y la ladera de la pequeña montaña que ese día había escalado para admirar el valle del Nilo. Decidió que lo mejor era volver a subir hasta su parte más alta y después bajar. Les dijo a los demás que esperasen.

El sol pegaba de plano y las ráfagas de aire ardiente, si bien ahora se habían calmado un poco, no ayudaban a mitigar la sensación de sofoco. En cuanto tocó la cima sus ojos se posaron en algo conocido, era el gran peñón en el que se sentó aquel día de verano.

La cúspide del promontorio sufría incesantemente el constante barrido de las ráfagas de viento y la arena tenía menos puntos donde acumularse, por eso la orografía no había cambiado tanto allí. Empezó a descender tomando como referencias la roca y el todoterreno, aparcado en el sitio justo donde lo dejó aquel día. Trataba de recordar la distancia que había recorrido cuando se le apareció la entrada semienterrada. Llegó hasta la ladera y se dirigió con decisión a una especie de yema en el terreno, la miró un minuto y se giró sobre sus talones para llamar a los otros.

—Traed las palas, creo que es aquí —gritó.

Los tres componentes masculinos de la expedición se arremangaron y empezaron a remover la endurecida arena. No hacía la mejor temperatura para perpetrar cualquier género de trabajo físico, pero era preferible tener una indicación de la entrada de la tumba para después montar convenientemente el campamento alrededor de ese punto.

Marie estaba rendida, la ascensión había agotado sus fuerzas, se sentó en el interior de un coche para dedicarse a observar a sus tres compañeros. De vez en cuando alguno de ellos se volvía, como para preguntar si éste era realmente el lugar

adecuado.

A las tres horas de dura labor, por fin dieron con una roca inequívocamente tallada por la mano del hombre. La entrada había vuelto a emerger de su sueño arenoso.

Eran casi las cinco de la tarde y aún no habían ingerido ningún alimento sólido. Marie se había recuperado ya de su ascensión a la pequeña colina y en este momento les tocaba a los tres hombres mostrar visibles signos de agotamiento. Allí parecía el más derrotado de todos, regresaba arrastrando la pala con la clara intención de resguardarse en algún vehículo. Se introdujo en el que estaba ocupado por Marie, que estaba empezando a preguntarse si no debería haber ayudado a los tres cansados caballeros de la Orden del Pico Cavador. El remordimiento no le atormentó demasiado tiempo, también ella había tomado hoy una buena ración de sol.

El siguiente en refugiarse fue Osama. John aún había sacado fuerzas para despejar un poco más la boca de la tumba, alientos extraídos no de su corpulencia sino prestados por la excitación del descubrimiento. Estaba frente a la misma losa de piedra que había visto en las fotografías de la reunión de Ashford, hacía apenas cuatro días. Todo estaba allí, las tres diosas, los jeroglíficos de la parte de arriba, el grupo de guerreros egipcios transportando una extraña caja con dos figuras aladas sobre la tapa. Casi no podía creerlo.

La lápida estaba inclinada, perfectamente amoldada al ángulo de desnivel de la pendiente de la montaña. Grandes piedras cuadradas rodeaban a la puerta constituyendo el macizo marco donde estaba encajada. John tocó la superficie del Arca con los dedos, se notaba que el artista que la había esculpido había tenido dificultades en plasmar la difícil postura de los ángeles, pero no cabía duda de la intención de su cincel, eran los dos querubines mencionados en el Antiguo Testamento.

John se encaminó al coche donde estaban arrellanados los otros tres miembros de la expedición y, mientras lo hacía, sus piernas le dieron cumplida información de la magnitud de su agotamiento.

—Has seguido limpiando la puerta John —Marie entonó la frase de manera tal que no se sabía si era una afirmación o una pregunta lo que salía de su garganta.

—Sí, quería asegurarme —dijo un exhausto policía que intentaba recuperar su casi olvidada condición de egiptólogo—. Es la entrada, no hay duda.

—Bien —Osama tomó la palabra—, ahora que sabemos la ubicación exacta sugiero que aparcemos los coches y levantemos el campamento formando un semicírculo alrededor de ese punto, así protegeremos el lugar de posibles miradas indiscretas. Aunque, la verdad, no creo que mucha gente se aventure por estos parajes.

—Yo estoy fuera de combate —la cara de John confirmaba su afirmación.

—Estamos todos igual —corroboró Osama—, el sol agota, succiona todas las fuerzas. Sugiero que descansemos una hora y aprovechemos para comer algo. En el camión tengo unos bocadillos, voy a por ellos.

Comieron unos emparedados de una especie de ensalada vegetal con trozos de pollo, también había tiras de ternera con lechuga y una especie de tortilla rellena de algo indefinido. No dejaron nada.

Osama salió del 4x4 y, en cuanto los demás le imitaron, empezó a dirigir las maniobras de montaje y alzamiento del recinto como si de un campamento militar se tratase. De hecho, todo el equipo que había cargado en la trasera del camión pertenecía al ejército egipcio, aunque no había ningún tipo de emblema o distintivo que pudiera identificar la marcial procedencia del material.

El teniente estaba en su salsa, se notaba que había acometido la misma tarea incontables veces. Los demás secundaban sus órdenes como si fueran impartidas a bisoños reclutas.

No dejaron ningún espacio abierto en el cercado perímetro del campamento. Habían situado los automóviles, las tiendas y los grandes palios que servirían para protegerlos del inclemente sol, cerrando completamente el contorno, formando un anfiteatro perfecto con la ladera de la montaña, convirtiéndola en un obstáculo natural que contribuía a aislar completamente la parte interior del asentamiento y la entrada del yacimiento.

Los tres vehículos apuntaban sus faros hacia el exterior del enclave, simétricamente dispuestos con el camión como bisectriz perfecta del ángulo de la semicircunferencia.

El único acceso al reducto era por una especie de puerta de cremallera, disimulada en uno de los anchos toldos que circundaban una instalación que aparentaba más una fortaleza que una simple excavación arqueológica. Todo indicaba que Osama se había tomado muy en serio su papel de encargado de la seguridad, no podrían penetrar ni los lagartos.

Las siete tiendas de campaña, fuertemente aseguradas con anclajes y cuerdas para que pudieran resistir fuertes rachas de viento, servirían como alojamientos particulares y como almacenes para guardar las herramientas, provisiones alimenticias, combustible y demás utensilios.

La amplia caja del camión, ahora desembarazada de todos los bártulos que había transportado, haría las veces de puesto de mando. De las paredes interiores del compartimento de carga, Osama había desempotrado dos largas mesas metálicas, archivadores verticales y estantes, como si de una caravana turística se tratase. Había completado el amueblado de la pieza con sillas de madera e informado a todo el resto de la expedición que el camión disponía de teléfono vía satélite y conexión para cuatro ordenadores portátiles. Dos ya estaban instalados, así como dos impresoras. Se

podía hablar, enviar faxes, conectarse a Internet y recibir correo electrónico; aunque, les había advertido, las circunstancias de la misión requerían de una total discreción.

Completaba el impresionante despliegue un pequeño generador eléctrico autónomo y una gigantesca tienda cocina. Había espacio e infraestructuras para una compañía de 30 soldados, pero ellos solamente eran cuatro.

Terminaron de montar, clavar, asentar, cubrir, colocar y electrificar el fortín casi a las 10 de la noche. El motor del generador les había proporcionado la luz necesaria para terminar todo el trabajo. Estaban todos extenuados y empezaba a hacer un frío siberiano en el desolado paraje desértico.

Se resguardaron en la tienda que hacía las veces de cocina, comedor para ocho personas y cuarto de la calefacción si usaban el generoso fuego del fogón como método y modo de calentarse. No tenían ni ganas ni fuerzas para consumir algo más elaborado, con lo que se tuvieron que conformar con elegir alguna lata del amplio surtido de comida de campaña que había recolectado el teniente de alguna estoica despensa castrense. Solamente Marie se aventuró a estrenar la cocina calentando un puchero de agua para hacer té.

El descanso, la comida y la oportunidad de beber algo caliente les reconfortó.

—Ahora les daré un saco de dormir —dijo Osama rasgando el silencio de la rendida tropa—. Elijan la tienda que más les guste, no creo que pasen frío esta noche con los sacos, pero si alguien quiere alguna manta que me despierte. No me importa.

John aprovechó la ruptura de hostilidades lingüísticas por parte del teniente para intervenir.

—¿No cree que hemos montado un campamento exageradamente grande para 4 personas? Parece que hemos venido a fundar la ciudad de "Tumbópolis del Nilo" y que mañana nos dispondremos a invadir toda la provincia.

Las 24 horas de cuarentena dialéctica que aguardaba John para soltar sus sarcasmos a desconocidos parecía que habían expirado ya. Antes tardaba mucho más tiempo en coger confianza, pero a medida que nos vamos haciendo más viejos perdemos la mayoría de nuestros miedos.

—Sí, yo también lo he pensado —confesó el teniente no sin dibujar una sonrisa—. Siempre me paso de vueltas en estos asuntos logísticos. Quería llenar el camión y parece que he metido demasiadas cosas.

—No había participado nunca en una expedición tan bien pertrechada —reconoció Alí a su vez mientras calentaba sus manos apretando fuertemente la taza de té.

—Por lo menos hemos conseguido aislar el lugar —siguió justificándose el teniente Osman—, quería evitar que alguien se colase por algún resquicio y se pusiese a fotografiar impunemente la lápida de la entrada. Ya saben la clase de intrepidez y determinación que puede llegar a exhibir cualquier indeseable

blandiendo la banal coartada de ser o parecer un turista despistado.

—A mí me parecen exageradas tantas precauciones —intervino Marie—, pero suya es la responsabilidad de la seguridad, así que no tengo nada que objetar.

En el descargo de Marie no había nada de gratuito. A un nivel más profundo había querido decir que si al teniente se le daba plena libertad para organizar sus asuntos, a ella, en calidad de directora científica, no se le podría exigir que sometiese sus directrices a un consenso previo de actuación. Un argumento sólido que se guardaría para utilizarlo más adelante si surgía la necesidad.

—Otra eventualidad que tenemos que contemplar, aunque no sé que opinarán ustedes, es que tendremos que contratar a algunos trabajadores indígenas para ayudarnos a efectuar la prospección —afirmó Osama, que solía defenderse con uñas y dientes de cualquier posible crítica.

—Por ahora con un par de ellos bastará —dijo Marie—. No sabemos si, cuando traspasemos la puerta, nos vamos a encontrar con un simple aposento de diez metros cuadrados.

—Bueno, entonces serán cuatro —manifestó Osama—. Yo necesito a dos vigilantes para que monten guardia por la noche.

—¿No será peligroso? —preguntó Alí dirigiéndose casi exclusivamente a Osama.

Los dos miembros egipcios de la expedición eran plenamente conscientes de los peligros y alcances político-religiosos que entrañaba el recuperar un objeto tan imponente como el Arca. Las advertencias y admoniciones del coronel Yusuf habían penetrado en sus lógicas y en sus esquemas de reflexión. Los europeos, aun conociendo perfectamente la delicada situación de Oriente Próximo, no eran capaces de pensar más que en las implicaciones científicas del descubrimiento. Eran mentalidades diferentes.

—Peligroso es, pero hay que actuar normalmente —contestó Osama después de pensarlo un rato—, despertaríamos más sospechas entre los aldeanos si no contratásemos a nadie. Mañana miércoles cogeré un coche e iré al pueblo más cercano a negociar con sus habitantes.

—¿Dormirán aquí? —preguntó John.

—No, es mejor que lo hagan en sus casas —opinó el teniente, que parecía tenerlo todo pensado—. Los dos trabajadores vendrán por la mañana y se irán por la tarde, los guardias estarán solamente por la noche, yo vigilaré por el día. En caso que más adelante necesiten más trabajadores ya veremos cómo los organizamos.

—Vaya, la ciudad puede crecer —proclamó John, aunque todos estaban tan cansados que ninguno se dio por enterado de la broma.

—Por supuesto, lo mejor es que no comenten nada del "objeto" ni de las particularidades de la tumba con los trabajadores —aconsejó Osama abriendo los brazos con las palmas hacía arriba en ademán de indiferencia—. Sólo es una

excavación más.

—Bueno, tampoco lo iban a entender —insistía John con sus ironías.

—Lo mejor es que nos vayamos a dormir, mañana será un día duro —dijo Marie levantándose.

Todos apuraron su té y la siguieron. Osama abrió el portón de un coche y cogió un paquete de los muchos que todavía estaban sin desembalar en la parte trasera de los todoterreno. Repartió un saco de dormir a cada uno y dudó, no sabía si quedarse de guardia esa noche o irse a dormir con los demás. La decisión fue salomónica, se quedaría despierto un par de horas más, hasta asegurarse de que todo permanecía tranquilo, después se metería en la tienda. Como había dicho la profesora Mariette, mañana podía ser también una jornada bastante complicada.

5

Despertaron en cuanto el sol hacía insoportable la estancia en las tiendas por más tiempo. Eran las 6 de la mañana. Osama, al final, había dormido únicamente 4 horas, pero estaba acostumbrado.

Se reunieron de nuevo en la tienda comedor, ahora era John el que había preparado unas tazas de café. Entre la comida preparada de Osama había briks de zumo, de leche y algunas pastas, lo suficiente para improvisar un desayuno.

No hablaron mucho. El teniente les notificó que salía a contratar a los trabajadores, estaría de vuelta antes de la comida, se dirigió a un jeep y vació de paquetes y cachivaches el portaequipajes. Guardó todo en una de las tiendas vacías y arrancó el coche. Cuando partió se podía advertir un hueco considerable en la muralla de toldos del campamento. Los arqueólogos, al mirar el ostensible orificio, sintieron una especie de desasosiego, ahora el desierto podía observarlos.

Fueron los tres juntos a estudiar la inclinada entrada de la tumba. Durante la noche se había vuelto a llenar de arena, aunque tardaron poco tiempo en limpiarla de nuevo.

John recitó de nuevo la traducción de los jeroglíficos a Alí, el egipcio solamente había tenido ocasión de observar las fotografías de Marie durante unos minutos, en la reunión que había mantenido con su tío y con Yusuf al-Misri, y no tenía, ni mucho menos, el don de Winters para la traducción instantánea.

*Sheshonk, hijo de Shiskag el libio.
Exterminador de los usurpadores,
Vencedor del dios oriental,
Faraón Rey de todas las arenas,
Dios vivo y hermano de los dioses.
El sello de esta tumba está cerrado
Y cerrado estará para la eternidad.
Por el poder de los cuatro principios,
El que entre en la muerte, muerto será.
El atajo está debajo, aunque
La muerte respirarán todos por igual.*

Todos los estudiosos coincidían en la dificultad de transcripción del lenguaje sagrado de los egipcios, fue uno de los idiomas más difíciles de interpretar y sólo se consiguió desentrañar por pura casualidad. Sucedió a principios del siglo XIX, a raíz de encontrar los soldados de Napoleón una estela votiva, la piedra Rosetta, que tenía inscrito un edicto celebrando la coronación de Ptolomeo V Epífanes, un faraón del

periodo helenístico, concretamente del año 197 antes de Cristo.

El mismo texto en tres idiomas: griego, escritura jeroglífica y demótico, éste último una simplificación de los jeroglíficos que era usada por las clases más populares, le dio la clave a Champollion, el genio francés, para descifrarlos. Particularmente, fueron los cartuchos que rodeaban los nombres propios del faraón y de su esposa Cleopatra los que proporcionaron la solución del enigma. Transcribiendo los signos de los dos nombres, y comparándolos con la inscripción griega, se llegó a la conclusión de que tan difícil escritura era una mezcla de ideogramas y fonogramas.

Los ideogramas representaban el objeto concreto que había sido dibujado, si la figura grabada era un sol el carácter escrito significaba "sol" o "día", hasta aquí no había confusión posible, eso si conseguimos distinguir a qué objeto particular hacía referencia cada uno de los 700 jeroglíficos más usados por los escribas. El problema venía en que unas veces el mismo signo también representaba su fonema, su pronunciación, más concretamente la consonante o consonantes de su pronunciación.

Es como si nosotros dibujásemos una casa y utilizásemos el mismo dibujo de la vivienda para significar "casa" y, además, todas aquellas palabras que se pronunciasen con el sonido "cs", por ejemplo "casi" o "caso". De esta manera conseguían los egipcios expresar ideas abstractas, ideas que no se correspondían con nada que se pudiera encontrar en la naturaleza, con nada susceptible de ser dibujado.

Y aquí no acababan las dificultades, los egipcios solían usar una mezcla de ideogramas y fonogramas para formar frases con sentido, si esculpían una casa y unas piernas en acción de andar la traducción era "salir de casa", porque la palabra egipcia para "piernas" se pronunciaba con las mismas consonantes que el término "salir". El difícil idioma de los antiguos egipcios llevaba muerto mucho tiempo, ya incluso los romanos desconocían el valor lingüístico de los jeroglíficos; pensaban que, simplemente, los dibujos eran alegorías de carácter simbólico que se usaban para decorar las tumbas.

Cualquier escritura jeroglífica presentaba problemas a los estudiosos; pero, al mismo tiempo, la lengua sagrada de los habitantes del Nilo se perpetraba sin espacios entre palabras y sin ningún signo de puntuación, por eso los expertos se habían limitado a transcribir literalmente el significado de los signos usando una prosa plana, sin rastro de emotividad y, en muchos casos, ininteligible e incoherente para cualquiera que intentase leerla como se lee cualquier libro.

John Winters era de los que pensaba que los egipcios no podían haberse tomado tantas molestias para ornamentar sus tumbas con frases y expresiones tan anodinas. El no conocer la pronunciación vocálica de los signos limitaba bastante su traslación poética, pero John lo intentaba en cada traducción. Él creía firmemente en el valor lírico de las inscripciones, aunque nunca se esforzó en defender sus teorías en foros

públicos o frente a otros egiptólogos más entumecidos y con menos imaginación.

Marie también se sorprendió de la habilidad del inglés, sobre todo por el marcado tono poético que le había dado a la traducción de los jeroglíficos de la entrada. La suya era mucho más prosaica y pedestre, la de John sonaba elevada, como correspondía a un rey. Empezó a mirar al inglés con otros ojos, ya no le veía como un simple policía con conocimientos de egiptología, sino como un egiptólogo que había preferido ejercer el extraño oficio de detective. ¿Y había tanta diferencia entre las dos profesiones?

Los tres investigadores intercambiaron impresiones sobre el significado de los últimos versos.

—¿A qué se puede referir la expresión "los cuatro principios"? —interrogó Marie. —No tengo ni la más remota idea —asumió John—. Traduzco a la primera cualquier texto jeroglífico, pero la mitología y religión egipcia parece que las tengo algo olvidadas.

—A mí no me resulta nada familiar este enunciado —intervino Alí—, quizá sea alguna fórmula religiosa particular del Tercer Periodo Intermedio. Esa época fue bastante oscura y siempre surgen cambios en los credos y cánones litúrgicos cuando acaecen tiempos de crisis. Ésta, en concreto, pudo ser empleada en las ceremonias que se realizaban en Bubastis, la ciudad de la diosa gata Bastet.

—Lo de "el atajo está debajo" tampoco me resulta conocido —volvió a inquirir Marie.

—Yo creo que este párrafo es una de las típicas maldiciones que los egipcios ponían a la entrada de cualquier tumba para asustar a los posibles profanadores —propuso John, bromeando, como explicación más natural—. Como la que encontró Howard Carter en la tumba de Tutankamón. Esperemos que ésta no sea tan efectiva como aquella, los miembros de esa misión arqueológica murieron en extrañas circunstancias al poco tiempo.

—Sí, además Lord Carnarvon falleció sólo a los dos meses de abierta la tumba —remató Marie divertida.

La francesa descubría atónita la desconocida jovialidad de su ex-alumno, había hablado con ella más en los últimos dos días que en los siete meses que pasaron juntos en Francia rescatando vasijas.

—¿Cómo rezaba la maldición de Tutankamón?

—Creo que era algo parecido a esto —dijo John y empezó a recitar con voz tétrica.

*Sobre los intrusos de una tumba sellada
Caerá el castigo más horrible.
La muerte tocará con sus veloces alas
Al que moleste al faraón muerto.*

A Marie le estaba empezando a gustar el humor negro de John, por eso decidió seguirle el juego. En cambio, Alí no parecía mantener la misma opinión. Se quedó quieto, como paralizado, no le hacían la más mínima gracia ese tipo de bromas. No es que fuese supersticioso, pero creía firmemente que lo mejor era no tentar a la suerte y no jugar con los muertos.

—Vamos, no sean niños —dijo el egipcio visiblemente indignado—, esa maldición se demostró que fue una invención de los periodistas.

—Ya, ya. Pues ésta es bien real —mostró John señalando la lápida con el dedo extendido y los ojos bien abiertos, con pose teatral y acabando de turbar el ánimo del aprensivo Alí.

No sacaron nada más en claro de la inscripción, tampoco les preocupaba demasiado estando como estaban, a punto de romper el sello de la tumba, de violar su silencio.

Entre los tres decidieron que lo mejor era taladrar el marco de piedra hasta conseguir una abertura lo suficientemente grande como para introducir una larga palanca capaz de mover la piedra, no querían destrozar la formidable estela.

Al cabo de un par de horas lo lograron, metieron una alargada palanqueta por la oquedad, hicieron fuerza entre todos y la piedra crujió, emitiendo seguramente su primer quejido en tres milenios. Movieron la rocosa plancha hasta dejar una rendija suficientemente ancha como para meter la cabeza, claro que, antes de hacerlo, aseguraron la inestable mole pétreo para que la maldición del faraón Sheshonk no se cumpliera, aplastando a alguien, antes siquiera de atravesar el umbral.

Marie se atribuyó la potestad de mirar primero. Echó un ansioso vistazo por la abertura en cuanto pudo hacerlo.

—¿Ves algo? —le preguntó John muy en su papel.

—Lo veo... todo negro —pronunció solemne Marie.

Esta vez hasta Alí ríó las payasadas de los dos europeos, que emulaban la conocida conversación entre Carter y Carnarvon cuando abrieron la tumba de Tutankamón. "Veo cosas maravillosas" había respondido Carter, pero en la tumba de Sheshonk parece que éste no era el feliz caso.

El sol viajaba por todo lo alto del cielo, pero los tres exploradores se habían resguardado de su despiadado castigo usando uno de los numerosos toldos de fuerte lona que había cargado Osama en el camión para proteger la entrada a la tumba. Donde estaban reinaba la sombra. Marie pidió una linterna y volvió a meter

cuidadosamente la cabeza y la mano que sostenía la recién adquirida luz.

—¿Qué ves? ¿Qué ves? —siguió teatral John.

—Veo mucha mierda —respondió Marie.

Marie se incorporó, los dos hombres esperaban la explicación de una frase tan poco grandilocuente.

—Parece que antes de sellar la tumba los obreros tapiaron la entrada con arena y piedras desmenuzadas, el agua de las riadas que ha discurrido por las laderas del monte se ha debido filtrar —esclareció Marie un poco compungida—. Ya me pasó en una excavación anterior, la tierra se ha debido convertir en una amalgama casi tan dura como el cemento, habrá que picarla.

Justo en ese momento apareció el 4x4 de Osama. Le seguían otros dos coches tan destartalados que era imposible adivinar la marca y el modelo de los mismos.

Osama cerró de nuevo el muro de lonas, aparcando el todoterreno en el hueco que había ocupado antes de que lo movieran esa mañana, cruzó unas palabras con los siete individuos que habían bajado de los dos ruinosos vehículos y se dirigió hacia el lugar donde estaban sentados los arqueólogos.

—¿Algún progreso? —dijo a modo de saludo.

—Pues no muchos —declaró Marie—, hemos conseguido mover la losa, pero parece que tendremos que sacar unos cuantos metros cúbicos de escombros antes de seguir adelante.

—Entonces traigo buenas noticias, al final he tenido que contratar a siete personas.

Marie le miró con cara de perplejidad.

—No he podido hacer otra cosa —se justificó Osama—, los siete son de la misma familia y se empeñaban en trabajar todos por el mismo dinero que les ofrecía a los cuatro que vinieran. Si solamente quieren usar dos obreros emplearé a los cuatro restantes como vigilantes, dos por el día y dos por la noche. El séptimo, el más joven, asegura que es cocinero, pensé que era una buena idea tener a alguien que preparase la comida y la cena. Yo puedo arreglarme con la latas de comida militar, pero no sé si podrán hacerlo ustedes.

—Parece que los cuatros obreros serán necesarios desde el principio, hay que desescombrar esta cámara —indicó Marie.

A la francesa le complacía que el teniente Osman se dirigiera a ella antes que a su compatriota, o a John, cuando había que tomar alguna decisión. Sabía que a un árabe le costaba acostumbrarse a ser mandado por una mujer. Esperaba que los *fellah*, el nombre egipcio que se daba a los obreros y a los campesinos nativos, abrigasen una mente tan abierta como la que parecía poseer Osama.

—Entonces se lo diré inmediatamente —aprobó Osama solícito—. Dos de ellos se irán ahora y volverán esta noche para efectuar el turno de vigilancia. En cuanto al

cocinero, le diré que prepare algo con lo que encuentre en las latas, mañana jueves traerá comida fresca.

—¿Han participado en alguna excavación arqueológica? —preguntó John al teniente casi cuando se había dado ya media vuelta para irse.

—¡Ah, sí! Olvidé mencionarlo. Cuatro de ellos han estado en varias excavaciones, aseguran que saben lo que tienen que hacer. Los que no tienen experiencia los usaré como centinelas.

Osama volvió a dar media vuelta, pero otra vez se paró y regresó a decir algo a los investigadores.

—Otra cosa, por lo que les he dado a entender, creen que soy una especie de policía o agente del gobierno. Les he dejado advertir mi pistola, para que tengan muy claro que no voy a tolerar ningún robo. ¿De acuerdo? No hablan mucho inglés, pero si les preguntan corroboren este detalle.

—De acuerdo —dijo Marie que siempre se adelantaba en toda contestación que implicase poder de decisión.

El teniente volvió a hablar con los lugareños, dos cogieron un coche y volvieron por donde habían venido.

Los nuevos miembros de la expedición eran todos miembros del clan Zarif, una familia de pastores del pueblo más cercano. Los cinco individuos que se habían quedado y que ahora contemplaban los arqueólogos eran dos hermanos de unos 50 años, Ahmed y Amir, y sus tres sobrinos, Ramzy, Husayn y Gamal, de 30, 25 y 18 años aproximadamente. El más pequeño era el que haría las veces de cocinero.

Entre todos los hombres retiraron completamente y cuidadosamente la pesada piedra que hasta entonces había guardado la entrada de la tumba. La dejaron a un lado, donde no estorbaba, y vuelta a la ladera, para evitar miradas indiscretas. Después, antes de que nadie les dijera nada, los cuatro trabajadores cogieron unos picos y unos capachos cercanos y se pusieron a retirar las escorias y detritus que cubrían la primera cámara del sepulcro.

Marie los vigilaba, sabía que le habían exigido actuar rápido, pero no permitiría que cualquier hallazgo pudiera ser destruido por precipitación suya o por la inexperiencia de los operarios. Si los demás tenían prisa, ella procuraría no tener ninguna o solamente la imprescindible.

Al caer la tarde la familia Zarif ya había sacado un buen montón de cascotes. Ahora se podían ver un par de irregulares peldaños cortados a pico en la propia roca caliza de la montaña y, al fondo de la pieza de entrada, se adivinaba otra puerta.

En una situación normal se hubiese procedido al cribado sistemático de toda la tierra que se retiraba de la tumba, nunca se sabe lo que se podía encontrar, pero Marie consideró que en este caso no era necesaria tanta escrupulosidad. Dejaría de todas formas el montón localizado para que futuros arqueólogos lo examinasen más

detalladamente.

A la hora de irse, los Zarif ayudantes se habían cruzado con los Zarif vigilantes, estos últimos eran a todas luces los hermanos mayores de Ahmed y Amir, los obreros que frisaban los cincuenta años de edad, y los padres de los tres más jóvenes. Los dos individuos que velarían por la seguridad del campamento respondían a los nombres de Ismail y Omar, y parecían contar con alrededor de 55 años. Todos los familiares cruzaron unas palabras antes de separarse.

Los siete Zarif parecían recortados por el mismo troquel. Las gastadas túnicas, que algún día debían haber sido blancas, les llegaban hasta los ajados pies calzados con sandalias de cuero. En la cabeza llevaban un gorro, para protegerse del sol, un poco más lucido que las vestiduras. Los mayores llevaban bigote tupido, los jóvenes no, y el más pequeño, Gamal, el cocinero, era el único que llevaba el pelo un poco más largo; también el suyo era más liso que el del resto de sus parientes, rizado hasta llegar al ensortijamiento.

Marie se encontró con el teniente Osman cuando ambos se dirigían a cenar a la tienda cocina.

—¿Qué tal se han portado los trabajadores? —preguntó Osama para empezar una conversación.

—Bastante bien —respondió Marie con sorna—. Yo creo que los dos sobrinos no han cavado una zanja en la vida pero los dos tíos sí. Se nota que han trabajado en otros yacimientos y dirigen con mano férrea el quehacer de los dos más jóvenes.

—Me alegro, de todas formas vigílelos.

—Es curioso que aceptasen trabajar los siete por el mismo dinero que pagaríamos a cinco.

—No es tan raro —aseguró.

Osama cruzó los brazos y asentó las piernas en el suelo como el que se dispone a dar una larga explicación sin moverse del sitio.

—Verá profesora, ustedes los occidentales tienden a creer que todo el mundo piensa con sus mismos parámetros mentales, pero eso no siempre ocurre. Y la lógica de la familia Zarif es perfectamente inteligente.

—Explíquese —animó ingenua Marie.

—Lo que nosotros les hemos propuesto es que trabajen cinco personas por, digamos 1.000 libras egipcias o 1.000 dólares, como prefiera. ¿No es cierto?

—Sí, eso es —Marie mostraba interés por el discurso de Osama.

—Pues bien esos 1.000 dólares se usarán íntegramente para los gastos del clan Zarif, ya que todos viven debajo del mismo techo y los ingresos de la extensa unidad familiar son colectivos, no personales.

—Comprendo.

—La lógica que siguen es que la familia entera va a ganar 1.000 dólares, los que

les vamos a proporcionar nosotros, y prefieren repartir el trabajo entre siete que entre cinco. El dinero que van a ganar es el mismo, pero la cantidad de trabajo a la que van a tocar se reducirá considerablemente si los dos miembros restantes, que se iban a quedar de todas formas en casa sin hacer nada, colaboran.

—Pero al final pierden dinero —rebató Marie—. Siguiendo esa lógica han perdido la oportunidad de que nosotros contratemos a otros dos miembros más del grupo familiar si el trabajo nos sobrepasa, como así realmente ha ocurrido.

—No, no han perdido nada —rió Osama—. Mañana o pasado mañana el jefe del clan me agarrará por banda y me declarará que el trabajo que están realizando es el de siete personas, no el de cinco, y que, por lo tanto, deberemos pagarles más, eso téngalo por seguro.

—Bueno, entonces llegamos al mismo punto por trayectos distintos.

—Sí, pero si no entendemos que hay varios caminos para llegar a un mismo lugar, corremos el riesgo de no ver más allá del sendero que transitamos...

—...y de no comprender a los que siguen recorridos diferentes —Marie completó la frase.

—Exacto —saldó Osama.

—Nos estamos poniendo muy filosóficos —dijo la francesa restando seriedad a la conversación.

Marie atenuó un poco el sublimado tono del diálogo, no le interesaba ponerse a discutir sobre los valores de occidente y oriente en mitad de Egipto, rodeada de naturales del país y únicamente con un inglés impío como aliado; aunque, reconoció por dentro, a Osama no le faltaba razón en sus argumentos.

—Sí, es cierto, pasemos a cenar —concedió Osama mientras abría el toldo de la tienda para que entrase Marie.

Después de cenar Osama indicó a Ismail y Omar lo que esperaba de ellos. Los dos vigilantes podían servirse café o té de la cocina siempre que quisieran, patrullar juntos o por separado, sentarse en un sitio o en otro, todo menos dormirse. Les volvió a advertir que no toleraría robos dentro de la tumba o dentro del campamento y que ellos eran los responsables del resto de sus familiares.

El que parecía el más viejo del linaje, Ismail, por lo menos era el que más canas tenía en su rostro mal afeitado, le aseguró a Osama que no habría problemas. Y el teniente, en correspondencia, creyó que era mejor adelantarse a las posibles reclamaciones pecuniarias del líder del clan. Le dijo que habían calculado mal la cantidad de trabajo y que a partir de ahora cobrarían como siete, no como cinco. El patriarca se alegró de oírlo.

6

Empezaba un caluroso jueves y los expedicionarios se levantaron casi a la misma hora que el día anterior, en el desierto no hacía falta el despertador, el sol marcaba el ritmo a todos los que se habían adentrado en sus dominios.

Todavía no habían llegado los trabajadores, seguramente ellos se estaban también desmereando en este momento en su aldea.

Marie tenía la esperanza de poder despejar la primera habitación de la tumba a lo largo de esa mañana y esperaba que los demás habitáculos o pasillos de la misma estuviesen libres de escombros, si no era así el trabajo se les acrecentaría de tal manera que se tirarían meses sacando grava y devolviéndola al desierto.

En tantos milenios era rara la sepultura que no hubiese sufrido varios corrimientos de tierra e incluso terremotos. Estos movimientos naturales habían propiciado los frecuentes desprendimientos que solían encontrarse en las antiguas tumbas egipcias. Generalmente, no había mayor problema porque la estructura de piedra de los mausoleos era tan firme que el conjunto resistía, pero el trabajo de los excavadores se multiplicaba. En la mayoría de las ocasiones solamente dos hombres podían trabajar a la vez en los estrechos pasadizos y, en estas circunstancias, despejar una simple tumba llegaba a costar varios años de esfuerzos.

Los obreros sacaban ahora las últimas paladas de cascajos de la pequeña habitación que mediaba entre las dos entradas. Ya casi habían limpiado completamente la segunda puerta y, a medida que terminaban, aumentaba su visible agitación, daban grandes voces en árabe y sonreían satisfechos mirando a los arqueólogos. Sobre todo Ramzy y Husayn, los dos peones más jóvenes, parecía que era la primera vez que contribuían a descubrir algo tan imponente.

Cuando los *fellah* desocuparon el hueco recién desembarazado de residuos entraron los arqueólogos. Los tres se quedaron mudos durante unos minutos. El siguiente pórtico de entrada estaba formado por un sólido monolito de granito de color rojizo, seguramente por las trazas de feldespatos de potasio que debía contener la piedra. El vivo color carne de la roca no podía tener grabada otra cosa que una vigorosa imagen gigante de Sheshonk I, fundador de la XXII Dinastía, todo un faraón de Egipto presentándose en toda su majestad.

El ostentoso relieve tenía una disposición de perfil, como no podía ser de otra manera, de frente solamente representaban los egipcios a sus enemigos y esto casi nunca lo hacían. Sheshonk exhibía en su cabeza las coronas blanca y roja del Alto y Bajo Egipto, la primera con forma de mitra, la segunda rodeando a la primera y figurando con una suerte de protuberancia elevada en su parte posterior. Llevar ambas juntas era considerado como un símbolo de la reunificación del país desde el remoto 3200 antes de Cristo. Justo en la frente también se podía distinguir el emblema de una

cobra y un buitre, símbolos del poder terrenal del soberano. La delgada barba postiza apuntaba alto, dando la sensación de que el faraón tenía la cabeza más erguida de lo normal. En la mano derecha, Sheshonk portaba tres cetros, un bastón con empuñadura curva, otro que parecía un látigo de varias colas y un tercero, algo más largo, que terminaba en una retorcida cabeza del dios Set; en la mano izquierda agarraba con fuerza el símbolo *anj* de la renovación de la vida, una cruz cuya parte superior estaba formada por un óvalo. El conjunto era duro, hierático, casi místico en su suspendida posición.

—Y el hombre creo a Dios, a su imagen y semejanza —pronunció el irreverente John.

El cartucho que encerraba el nombre de la efigie reproducida en la piedra no dejaba lugar a dudas, era la firma de Sheshonk. Junto a ella había nuevos jeroglíficos.

—¿Puedes traducir esto John? —pidió Marie a su compañero señalando con el dedo los indeterminados signos.

John se acercó a la piedra y enseguida empezó a leer:

*Sheshonk, faraón del Alto y Bajo Egipto, hijo de Ra.
El de las tres diosas, protector del mundo, amado de Osiris.
Dios felino, rico en recursos, protegido por Bastet.
Fuente incansable, voluntad de vida, amado de Hator.
Dios en la tierra, terrible en la guerra, preferido de Sejmet.*

Marie volvió a quedarse impresionada con la facilidad que mostraba John para leer los jeroglíficos, ella habría tardado un par de horas en descifrar las cinco frases, Alí hubiese tardado un día entero.

—Parece que son los títulos del faraón —dedujo la doctora.

—Sí, siempre son así de rimbombantes —acompañó Alí.

—No es usual que en esta época tan tardía aún se sigan empleando las dos coronas del Alto y Bajo Egipto —planteó John, que ya empezaba a desempolvar alguna pequeña traza de conocimientos técnicos, retazos de sus años de egiptólogo.

—Quizá Sheshonk quería exhibirse con los viejos emblemas de poder de los antiguos faraones —anticipó Marie a modo de explicación—. Competir con otras dos protodinastías por la legitimidad monárquica debe ser un trabajo bastante duro.

—Sí, supongo que tuvo que resucitar todos los iconos reales que estaban disponibles, por eso porta los tres cetros en una sola mano —consideró John haciendo ademán de agarrar algo en el aire.

—A mí me llama la atención la calidad del material —valoró Alí con algún recelo—, normalmente no se usa una piedra tan noble para una puerta de entrada. El granito rojo suele reservarse para zonas más trascendentales, como por ejemplo el sarcófago.

—Sí, la pieza es magnífica, pero tenemos que abrirla —afirmó Marie rompiendo

la magia del momento.

—La esencia de toda puerta es ser traspasada —John empezaba otra vez con sus juegos de palabras.

—Pues ésta en concreto se ha resistido, pero al final cumplirá su destino, igual que su hermana —sancionó la francesa refiriéndose a la lápida más exterior que habían franqueado el día anterior.

Marie cogió el taladro. Era un percutor eléctrico de roca, miniaturizado y autónomo, ya que funcionaba con baterías recargables. Estaba expresamente diseñado para producir las menores vibraciones posibles y, aunque su utilidad era limitada, podía perforar un agujero lo suficientemente amplio como para permitirles usar posteriormente una barra de acero para mover la piedra, como habían hecho con la primera puerta. Salvo raras excepciones, y este caso no lo era, los sillares que formaban los marcos de los pórticos de acceso no solían ser motivo de decoración por parte de los artesanos egipcios, con lo que no había peligro de dañar nada valioso.

En cuanto se pudo hacer palanca, Marie llamó a todos los obreros. La gran losa, de 1,75 metros de altura y 1,20 de ancho pesaba lo suficiente como para machacar a cualquier persona, pero Marie estaba más preocupada por impedir que se rompiera o dañara la soberbia obra de arte.

Entre las 9 personas que estaban en el campamento, incluidos Osama y Gamal, el cocinero, al que habían avisado también, movieron el bloque, no sin dificultad, y lo dejaron apoyado en la pared de la pequeña cámara que acababan de desescombrar.

El penetrante y desagradable olor a catacumba, multiplicado por los siglos, emanaba casi sólido de la recién profanada abertura. Todos los presentes se taparon la nariz; todos menos Marie, ella aspiró el hedor parsimoniosamente, como si estuviese analizando el tufo en un laboratorio propio instalado en alguna parte de su nariz.

—Huele a cerrado —opinó cuando la mezcla hubo pasado por todos los filtros de su aparato olfativo.

Los trabajadores egipcios empezaron a reír cautelosamente y a hablar en voz baja bromeando entre ellos, aunque eran muchos como para pasar desapercibidos. Osama y Alí también sonreían. Marie les miraba.

—¿Qué les hace tanta gracia? —preguntó suspicaz.

—Oh, nada, dicen que ya no huele, que la doctora lo ha absorbido todo —contestó Osama con una forzada mueca que le tensaba el estrecho bigote.

—Muy gracioso —protestó Marie mientras observaba con el rabillo del ojo a John, que también intentaba disimular su hilaridad.

Pero la tensión seguía allí y pronto los volvió a atenazar a todos. Tenían ante ellos una tumba intacta y el abigarrado grupo miraba con inquietud a través del agujero negro que había surgido en el lugar donde antes estaba situada la efigie pétreo del faraón. Nunca sabes lo que puedes encontrar al abrir una puerta que lleva tantos

milenios cerrada.

Escasamente se acertaba a ver más de un metro de un pasillo de profundidad indefinida. El túnel era algo más bajo y estrecho que la lápida que lo había tapado y se advertía en el acto que estaba decorado. Marie pidió una linterna y se adentró en la oscuridad.

Caminó un par de pasos y pulsó el interruptor del pequeño foco, los colores saltaron de las paredes como si fuesen a atacarla. Marie se quedó boquiabierta. No sabía por qué pero empezó a pensar en su abuelo Auguste mientras contemplaba estupefacta la decoración del corredor, un pasadizo que debía medir por lo menos cinco metros de largo.

En las paredes estaba dibujada una escena que ocupa todo el largo y alto de los muros, un simulacro de ofrenda al faraón, que se dejaba querer por sus súbditos sentado mayestáticamente en un escueto trono negro. Una muchedumbre de vasallos, todos pintados vivamente, aunque en un tamaño mucho menor que el de su soberano, recorrían ordenadamente cada porción de las dos paredes enfrentadas. Formaban seis largas colas, separadas en hileras horizontales por unas gruesas líneas negras. Las filas de siervos de la pared de la izquierda nacían en una especie de oasis que era alimentado por un gran río, seguramente una alegoría del fértil Egipto, morían en el hueco de la puerta que acababan de abrir los arqueólogos y volvían a renacer en la pared de la derecha, las mismas seis ristra de ciudadanos felices que se encaminaban hasta el trono del faraón a mostrarle sus respetos. El humano dios rey sedente finalizaba el cuadro.

Si se hacía un rápido recorrido visual de las dos paredes que formaban el pasillo, empezando en el oasis y terminando en Sheshonk, la sensación de que los vasallos estaban en movimiento, de que realmente estaban caminando, laboriosos y vivaces, para donar una parte de su trabajo a su señor, era sobrecogedora. El conjunto formaba un verdadero diorama, cada siervo constituía el fotograma único de una película. Todos eran distintos, pero mantenían una actitud de locomoción que continuaba la que mostraba la figura que le precedía, así sucesivamente hasta dar la impresión de que, físicamente, eran únicamente seis personas animadas, una por fila, las que recorrían andando el trayecto que les llevaba de su tierra a su señor, postrándose al final y dejando su presente a los pies de un Sheshonk claramente satisfecho con la devoción que le demostraban sus ciudadanos.

Lo único que rompía un poco la alucinación es que el artista había personalizado la cara de cada tributario y los había representado llevando entre los brazos una ofrenda diferente. No había dos iguales, patos, quesos, toda clase de cereales, espadas, frutas, vestidos, vasijas de diversos tamaños y formas, papiros... , cada campesino o artesano llevaba la mejor muestra de su trabajo. El fresco era excepcional y estaba bien conservado, únicamente las partes más cercanas a la puerta

y al suelo estaban algo más deterioradas.

Marie miró hacia atrás y vio que sus otros dos colegas ya habían entrado, no habían podido esperar a su indicación. La doctora llevaba mucho tiempo admirando las pinturas y no había reparado en que sus compañeros aguardaban con una impaciencia que les había hecho perder completamente la timidez. John y Alí, espalda con espalda, parecían sobrecogidos, cada uno iluminaba una pared con un haz de luz e iban girando sobre sí mismos sin perder el contacto que los mantenía pegados, observando despacio la maravilla que les rodeaba. Nadie decía nada, los tres estaban sumidos en un estado de absoluta y pura contemplación.

Sólo el agarrotamiento de las articulaciones, hizo que se empezasen a plantear el seguir adelante. Los científicos no eran muy altos, el que más medía era Alí y sólo rozaba los 1,75 metros, pero el pasillo era bastante más bajo, los tres se mantenían en cuclillas para no tocar el techo, adornado simulando un alargado firmamento, con el sol, la luna, los cinco planetas conocidos por los antiguos y algunas constelaciones con la estrella Sirio visiblemente representada.

Marie continuó, casi gateando, hasta recorrer íntegramente el pasadizo, Alí y John la seguían en silencio. La francesa penetró en la siguiente sección de la cripta, una estancia ostensiblemente más espaciosa donde pudo erguirse sin dificultad.

La luz de la linterna de Marie apenas lograba alumbrar el sombrío vacío de la sala; lo único que podía alcanzar a ver eran cuatro columnas, muy gruesas, dispuestas simétricamente en el centro de la superficie de la pieza. Los cuadrados pilares estaban pintados con la imagen repetida del faraón con el torso desnudo, ya sin las coronas y los cetos, recibiendo los consejos y amonestaciones de cuatro dioses diferentes, uno por cada columna.

Alí y John se unieron a Marie, que estaba ya en el medio de la habitación. Tácitamente, sin pronunciar una palabra, unieron el poder de sus reflectores apuntándolos todos al mismo punto.

La luz derrotó a la oscuridad. De repente, contemplaran estupefactos la enorme riqueza que se mostraba ante sus atónitos ojos, los esplendores de otros tiempos. Agitaron las linternas nerviosamente queriendo abarcar todo el espacio, mientras más veían más querían ver.

—¡Madre mía! —acertó a decir John—. ¡Esto es grandioso!

—¡Pura maravilla! —corroboró Alí. Marie seguía atenazada por la emoción.

Ahora la terna de ávidas miradas seguía casi exclusivamente el destello de la lámpara de Alí, mucho más potente. Los dos europeos se limitaban a apoyarla con toda la fuerza de sus bombillas.

Lo que veían era una sala hipóstila de planta cuadrada y cuatro pilastras que sujetaban el techo. La gran cámara debía medir unos diez metros de largo por cada lado y seguro que había más de tres metros y medio de alto en una estancia que,

además, estaba profusamente decorada.

El suelo estaba repleto de los más variados objetos, vasijas y utensilios, descolocados y desparramados, como si hubiesen sido incapaces de aguantar la prueba de la inmovilidad después de tanto tiempo. Alcanzaban a divisar taburetes, mesas, vasos, cuencos y cántaros que, seguramente, habían contenido las comidas y bebidas favoritas del muerto; vislumbraban estatuillas, que simulaban sirvientes, fabricadas en todo tipo de materiales, desde barro cocido a blanco alabastro; y también podían presenciar, a lo largo del lado derecho, un conjunto de más de treinta guerreros de madera pintada, clavados en una plancha de tablas que todavía les obligaba a formar perfectamente alineados, como marchando a combatir.

Todo el desbarajuste de menaje, mobiliario y herramientas había formado indudablemente parte del ajuar utilizado por Sheshonk en su vida cotidiana. Su familia lo había debido introducir en su última morada para que el faraón pudiese valerse de los variados enseres también en su existencia de ultratumba. Las estatuas de lacayos, camareros y criados le servirían en la otra vida, los guerreros le guardarían de sus enemigos.

En cada esquina de la enorme sala había encajada una gran estatua entronizada. Las esculturas eran de grandes dimensiones y poco les faltaba para dar en la techumbre, todas estaban talladas en piedra negra y presentaban el mismo cuerpo entumecido y rígido; los brazos, en cambio, parecían más relajados apoyados en las piernas. Las ciclópeas figuras conservaban el mismo cuerpo pero ostentaban distintos rostros, representaban a tres dioses diferentes y al propio faraón, tal y como aparecía en las columnas, humilde ante el tránsito que le aguardaba, sin cetros, sin coronas, preparado para su viaje al más allá. Una cabeza de halcón, otra de toro, y una última de chacal presentaban, al que supiera ver, a Horus, dios celeste protector de la realeza; a Apis, encarnación sagrada símbolo de resurrección; y a Anubis, custodio de los muertos y dios del embalsamamiento.

Por fin Marie salió de su embelesamiento.

—Las pertenencias de Sheshonk —balbuceó.

—Esto está lleno de *Shabtis* —dijo Alí señalando las numerosas y variadas figurillas de sirvientes.

—Bueno, los primeros faraones enterraban a sus asistentes vivos, directamente —elucidó John siempre fijándose en los detalles más morbosos—. Por lo que parece Sheshonk ya era un poco más civilizado y se conformaba con personificarlos en estatuas, y debía tener bastantes.

Marie se había vuelto a la pared derecha para examinar la maqueta del ejército, impresionantes tallas de medio metro todavía bellamente coloreadas; aunque algunas de ellas revelaban extensos desconchones en la capa de pintura. Los soldados tenían el torso desnudo y todos lucían el característico tocado egipcio de cabello liso,

peinado hacia abajo y flequillo cortado rectilíneamente. Portaban lanzas como armas y no tenían más defensa que un gran escudo cuadrado, ni armaduras ni cascos, incluso iban con los pies descalzos.

—Los soldados tienen caras distintas, están todos individualizados —se fijó la francesa.

—Quizá eran los miembros de la guardia personal del faraón —aventuró Alí.

—A todos nos gusta jugar con soldaditos de plomo —declaró John, aunque nadie hacía mucho caso de sus comentarios jocosos, fruto del puro nerviosismo, Marie y Alí estaban más pendientes de lo que tenían alrededor.

—Vamos a acercarnos a las paredes —sugirió la doctora a sus dos camaradas, tenía prisa por absorber por entero la colosal sobredosis de hallazgos.

Los tres fueron directos a la pared que tenían enfrente, ahora la podían admirar perfectamente con la luz sumada de las linternas. El tabique estaba totalmente cubierto por un lienzo pintado al fresco. Los antiguos artífices, en vez de ejecutar la decoración en relieve directamente sobre la quebradiza piedra caliza, habían recubierto la pared con una capa de yeso y sobre ella habían esculpido la escena; posteriormente, una vez seco el yeso, la habían pintado con vivos colores. Con esta técnica estaban adornadas todas las paredes de la gran sala hipóstila, a diferencia del pasillo que habían traspasado hacía un momento, que solamente había sido dibujado sin cincelar ningún tipo de grabado en la escayola.

El mural que estudiaban ahora los tres admirados egiptólogos todavía conservaba todo su lustre, aunque los vivos tonos de pintura se habían desvaído un poco con el paso de los siglos. Veían al faraón de pie, en el centro del cuadro, vestido con una túnica blanca casi transparente que dejaba traslucir sus brazos, elevados en acción de plegaria, por debajo de la tela. El regente estaba mirando a la derecha, adorando a una divinidad entronizada en un sitial con baldaquino. La deidad, plácidamente sentada en su solio, lucía una mitra blanca, larga barba ceremonial y presentaba el cuerpo totalmente vendado. Sin duda, era Osiris, el dios del corazón detenido.

Osiris, en los tiempos primigenios, había sido asesinado por Set, su hermano, personificación del mal y del desorden para los antiguos habitantes del Nilo. Set había despedazado a su hermano y había desperdigado sus restos por todo el mundo. Horus, el dios halcón hijo de Osiris, había matado a Set en venganza por el asesinato de su padre e Isis, hermana y esposa de Osiris, había emprendido una incansable búsqueda por todo el universo para encontrar todos los fragmentos de su marido, para recomponerlo, embalsamarlo y así resucitarlo a una nueva vida. Éste era el origen del mito de resurrección egipcio, aunque no resucitaba cualquiera.

Detrás de Osiris, se podía ver a la diosa Maat, protectora de las leyes, garante de la verdad y de la justicia. Tenía una pluma en la mano, la misma pluma que usaba Osiris como medida para calcular el peso del alma o corazón de cada difunto.

En la parte izquierda estaban ya comprobando el alma de Sheshonk en una gran balanza de platillos. Se encargaba de hacerlo Anubis, el dios con testuz de chacal que había ayudado a Isis a momificar a su esposo-hermano Osiris. Thot, el de puntiaguda cabeza de ibis, medidor del tiempo y señor de la magia, actuaba de testigo y de escriba, en una tablilla apuntaba todos los pecados que el muerto había cometido en esta vida.

Si el corazón no pasaba la prueba, el fallecido estaba condenado a vagar por el reino del no-ser eternamente; en cambio, si el alma se demostraba pura y carecía de pecados que la lastrasen, su dueño se convertiría en un espíritu santificado inmortal, resucitando a una nueva existencia, con libertad de movimiento para ir o hacer lo que quisiera en el Cielo, en la Tierra o en el Mundo Inferior. Asimismo, se ganaba el justo derecho de disfrutar con todos los objetos y enseres que se había llevado consigo para ser utilizados en la otra vida.

Alrededor de la escena, relleno de todos los huecos libres que no ocupaban los personajes, estaban grabados y pintados en varios tintes y colores bellos y armoniosos jeroglíficos.

Marie se dispuso a decir algo, ahora le tocaba a ella romper el recogimiento.

—Bueno, estamos ante la típica composición del juicio del alma de Sheshonk. Está muy bien conservada para haber pasado 3.000 años bajo tierra.

—Las tumbas egipcias son neveras donde el tiempo se congela —manifestó John lapidario.

—Estás muy inspirado John —exclamó Marie volviéndose hacia el inglés—. Te recordaba bastante más callado.

—El tiempo ha despegado mis labios sellados —pronunció John con tono solemne.

Marie le iluminó la cara con la linterna.

—No imaginaba que te gustaran tanto las sentencias.

—Yo tampoco lo sabía. Debe ser el ambiente —se excusó.

—Los jeroglíficos formarán parte del *Libro de los Muertos* —pronunció un tembloroso Alí cambiando totalmente de tema e interrumpiendo el absurdo y extemporáneo duelo dialéctico de los dos europeos.

Al egipcio cada vez le agradaba menos la actitud poco respetuosa de sus socios y colegas.

—Sí, sin duda —resolvió Marie volviéndose otra vez a mirar el panel—. John, luego coge la cámara y fotografía todas las inscripciones. ¿Crees que podrás traducirlas esta noche?

—Sí, lo intentaré.

El *Libro de los Muertos* era una recopilación de los textos funerarios y fórmulas sagradas que los antiguos egipcios habían grabado o pintado en las paredes de sus

monumentos mortuorios a lo largo de toda la historia de su civilización. Casi se podía decir que era la única literatura egipcia que se había conservado y abrazaba un intervalo de más 3.000 años de enterramientos repitiendo invariablemente los mismos procedimientos y temas.

Estas oraciones guiaban y protegían el alma del difunto, el *Ka*, durante su peregrinaje por el mundo inferior, por la región de los muertos. En el peligroso viaje los demonios de los caídos intentaban obstaculizar la navegación del espíritu del muerto por este mar incierto e infernal, impidiendo así su llegada al lugar donde debía concurrir al juicio de Osiris.

La colección de invocaciones de *El Libro de los Muertos* era muy variada y referían desde simples preocupaciones materiales por la comida y bebida que se va a encontrar en la otra vida, hasta auténticas elucubraciones metafísicas sobre la felicidad que aguarda en el Más Allá a los que habían logrado llevar una vida piadosa.

A John siempre le había fastidiado considerablemente que algunos librereros y bibliotecarios ignorantes tendiesen a catalogar y ubicar *El Libro de los Muertos* en la sección de esoterismo. La gran cantidad de sortilegios mágicos, hechizos y nigromancias que contenía la recopilación eran, sin duda, los causantes del error de signatura; sin embargo, el libro era realmente un texto histórico y religioso de primer orden que nos permitía penetrar en las ancestrales creencias místicas de los antiguos habitantes del Nilo, en su esperanza de resurrección y en su anhelo de permanecer por toda la eternidad en los Campos Celestiales, que así llamaban a su paraíso.

John casi había empezado a leer las primeras frases de unos textos que conocía casi de memoria cuando la linterna guía de Alí dirigió sus rayos hacia otro punto.

En medio de esa pared había una puerta que indicaba, a ciencia cierta, que la tumba no acababa en el suntuoso aposento que ahora contemplaban deslumbrados. Esta puerta era mucho más pequeña que las dos anteriores y parecía labrada en una piedra de menor calidad. No la examinaron detenidamente, las otras paredes les llamaban imperiosamente la atención. Dirigieron ahora los focos a la pared de la izquierda, donde estaban amontonados casi todos los artefactos que Sheshonk esperaba usar en su morada eterna y donde también yacían la mayoría de las estatuas *Shabti* de sus servidores, diseminadas por el suelo como si fuesen unas simples pertenencias más del soberano.

Habían vislumbrado antes en esa pared una especie de huecos con urnas, pero ahora distinguían perfectamente el contenido de los nichos. No eran vasijas, eran momias, momias de gatos. A lo largo de toda la pared izquierda y a media altura había alineadas unas quince hornacinas con atroces gatos momificados en su interior. La tétrica visión impresionaba, muchos de los vendajes de lino no habían resistido el paso del tiempo y dejaban ver parte del negro cuerpo de los terribles felinos, sin

vísceras, con los colmillos afilados, cubiertos de mil ungüentos y sustancias químicas que habían conseguido, unas veces mejor otras peor, que la materia orgánica atravesase incorrupta el gran lapso de tiempo.

Los fosforescentes cristales de vidrio con los que los embalsamadores habían sustituido los ojos de los animales parecían otorgarles el sobrecogedor efecto de que aún estaban vigilando atentos los movimientos de los intrusos.

Alí retrocedió un paso, había examinado muchas momias en su trabajo, pero no era lo mismo observarlas en una mesa de laboratorio que advertirlas en toda su pavorosa realidad, en la oscuridad tenebrosa de una tumba recién violada. Los otros dos arqueólogos se volvieron a mirarle extrañados, tuvo que volver a acercarse y seguir alumbrando.

—Vaya, parece que el animal totémico de Sheshonk tiene su rincón en la tumba, será por los ratones —insinuó John, que trataba de disimular su desasosiego con inconvenientes muestras de cinismo.

—Más bien por las serpientes —dijo Marie mirando hacia arriba y observando los frescos con los que estaba decorado este lado izquierdo de la sala.

La diosa Bastet, con cabeza de gata, en compañía de Thot, con cara de pájaro ibis, el ave zancuda de largo y curvado pico, estaban haciendo frente a un ejército de serpientes. Se podía ver una especialmente gigantesca que dirigía a las demás, con las escamas erizadas hacía arriba, lo que daba a su piel un aspecto blindado. El colosal ofidio poseía una mirada espantosamente inteligente y una suelta lengua bífida con la que casi llegaba a alcanzar a una diosa Bastet que valientemente le hacía frente. Las otras serpientes, más pequeñas pero igual de amenazantes con sus mandíbulas abiertas supurando veneno, se mantenían también en actitud de atacar a las dos divinidades.

Sheshonk también figuraba en el panel, a la izquierda, justo detrás de Bastet y Thot. Un poco más pequeño y tímido de lo habitual, daba la impresión que las dos deidades le protegían de la acometida.

Debajo de la franja central de gatos momificados la pared estaba decorada con otra escena, aunque la fila de muebles y enseres amontonados no dejaba contemplarla en su plenitud. Aparecían otra vez los dos dioses, ahora con Thot en primer plano, dando algo a una columna de lo que simulaba ser un grupo de guerreros, derrotados o enfermos por lo exánime y encorvados que figuraban. Quizá habían resultado envenenados por las picaduras de las sierpes.

Todos los huecos, como en la pared precedente, estaban repletos de jeroglíficos del *Libro de los Muertos*.

—Es la batalla contra la Serpiente del Caos —expresó Marie a modo de comentario.

—Parece que Sheshonk tenía predilección por los gatos —murmuró John—,

seguro que todos éstos eran suyos.

—Bueno, Egipto siempre ha sufrido la abundancia de animales venenosos —intervino Alí, ya un poco más tranquilo—, sobre todo el Egipto pretérito. Escorpiones del desierto, sapos del Nilo, escolopendras y, cómo no, serpientes; sobre todo víboras áspid y víboras cornudas. Eran la pesadilla de los antiguos. Muchos solían tener varios felinos en casa para librarles de semejante azote. Por eso los gatos y los ibis, las aves zancudas que se alimentan de culebras, eran tenidos por sagrados, porque hacían un notable e indiscutible beneficio al hombre.

—La iconografía egipcia representaba a cada dios con la cabeza del animal que más se asemejaba a su idiosincrasia y sus características intrínsecas —completó Marie—. Así, a los dioses que curaban los envenenamientos y protegían de las alimañas no podían ponerles otro rostro que el de un ibis y un gato.

—Pues todo indica que Sheshonk, tenía miedo a ser mordido —participó John—. Normalmente los animales sagrados se entierran en cementerios específicos.

—Sí, eso es cierto —dijo Alí—, hay necrópolis de babuinos, de halcones, de cocodrilos, incluso de toros, como usted bien sabe doctora Mariette.

Alí decía esto porque era cosa notoria que el antepasado de Marie, su idolatrado Auguste, había realizado su más famoso hallazgo al encontrar el Serapeum, la necrópolis donde se enterraban los bueyes sagrados que personifican al dios Apis. La impresionante sucesión de catacumbas donde se guardaban las momias de más de 50 toros, inhumados con casi igual fasto que los propios faraones, supuso la recuperación de tantas joyas y objetos valiosos que colocó a Auguste Mariette en la cúspide del pedestal arqueológico.

John lanzó una hipótesis.

—El que Sheshonk hubiese enterrado a sus gatos con él es señal inequívoca que quería que sus mascotas le acompañasen en la otra vida.

—Sí, eso es indudable —confirmó Marie—. Quizá tenía miedo de los envenenamientos.

—Como bien decía en la enumeración de títulos de la segunda puerta, quería ser protegido por Bastet —terció Alí.

—Quería ser protegido o ya lo había sido a lo largo de su vida —agregó John.

Marie intentó entrever mejor la escena pintada en la mitad inferior, pero cuando lo hizo tropezó con un *Shabti*, uno de los pocos que se había mantenido vertical y que ahora rodó después de tres milenios perseverando en la misma postura.

No se rompió. Marie se precipitó a recogerlo con cuidado y lo volvió a colocar en su sitio, si se hubiese llegado a resquebrajar no se lo podría haber perdonado.

En la escena de abajo no se encontraba el faraón, ni al lado de los dioses ni en la larga fila de combatientes abatidos.

Seguidamente, los tres se trasladaron otra vez hacia la izquierda, hacia la pared

que presentaba el acceso por el que habían penetrado.

Como en el primer muro, nuevamente el soberano aparecía como figura central. Vestía atuendo informal y aparentaba relajación. Una bella mujer le ofrecía un racimo de uvas que había cogido a su vez de una bandeja plagada de frutas. Sheshonk alargaba la mano para recibir el obsequio que le hacía la que, a todas luces, era su cónyuge dada la esplendidez de los collares y brazaletes que portaba. Ambos estaban sentados, pero no ya en tronos, sino en sillas normales y corrientes sin respaldo, con toda la naturalidad que permite la rigidez del arte egipcio. Unos esclavos escanciaban vino o cerveza en unos vasos emplazados en una alargada y bien surtida mesa, plena de manjares, la misma de donde la reina consorte había alcanzado el manojito de uvas que ofrecía al satisfecho monarca.

La pintura permitía apreciar los rasgos fisonómicos de Sheshonk mucho mejor que las hieráticas y sublimadas efigies anteriores. O era otro artista el que había creado esta composición o, en esta ocasión, se había permitido más libertad para ejecutar su tarea. El faraón sonreía a su mujer como si estuviese perdidamente enamorado y, en el ademán de recoger el delicioso regalo, su mano parecía que buscaba tocar con disimulo de amante la de su noble esposa.

En el lado izquierdo del fresco había músicos tocando sistros y diversos instrumentos, a la derecha de los soberanos se encontraba la diosa Hator. A diferencia del retrato que aparecía en la losa de entrada a la tumba, esta vez Hator estaba delineada con cabeza de mujer, aunque le sobresalían dos largos cuernos de vaca de la humana testuz; entre ambos sostenía el ineludible disco solar, símbolo de su imperio sobre el cosmos. El conjunto desprendía alegría, serenidad y Hator parecía vigilar atenta la felicidad del regio matrimonio.

—Hator aquí interpreta su papel de diosa del amor, de la euforia y el placer, mientras que Bastet desempeña más su rol de hechicera y sanadora —pensó en voz alta John.

—La ideología de cada período se puede rastrear en los atributos e importancia que se le otorga a cada dios —dijo Alí académico.

—Una escena familiar conmovedora —exteriorizó abruptamente Marie, que inconscientemente envidiaba una estabilidad afectiva que ella todavía no había conseguido alcanzar en sus 40 años de vida.

Pasaron al último muro.

Los tres investigadores tampoco consiguieron acercarse demasiado a la pared de la derecha, los soldados de madera pintada ocupaban toda la base del último lienzo e impedían avanzar a los arqueólogos como habían hecho seguramente con sus enemigos de otros tiempos. Aunque pudieron aproximarse lo bastante como para darse cuenta enseguida que el último fresco tenía como motivo central lo que declaraban sus sólidos y leñosos guardianes: la guerra.

El faraón, encaramado en un carro militar provisto con afiladas guadañas en los ejes de las ruedas, dominaba toda la parte derecha del relieve. Llevaba una lanza en la mano diestra y en la siniestra las riendas de un tiro de cuatro caballos negros encabritados. A su alrededor, arqueros y lanceros con escudo parecían servir de escolta regia. Sheshonk parecía supervisar y comandar el enfrentamiento multitudinario contra unas tropas enemigas.

Detrás del aguerrido monarca, la diosa Sejmet, la última que aparecía en la triada de la lápida que descubrió Marie. La patrona de la guerra con cabeza de leona vigilaba expectante los acontecimientos que se desarrollaban en el campo de lid e infundía valor al ejército agitando un cetro a modo de fusta.

El lado izquierdo del fresco, plagado de pequeñas siluetas y motivos que contrastaban con la imponente talla del faraón y la diosa Sejmet, historiaba un acontecimiento bélico en tres secciones diferenciadas.

En la parte de arriba tenía lugar un sangriento choque entre fuerzas de a pie indudablemente egipcias, por su parecido en la indumentaria con las tallas de madera, y otras vestidas con largas túnicas y dotadas de barbados rostros. El enfrentamiento favorecía claramente a las huestes del faraón, una punzante lluvia de flechas, procedente de una columna de arqueros egipcios en retaguardia, inundaba unas líneas enemigas que estaban empezando a desbandarse.

En la parte central del tríptico vertical podía distinguirse una indefinida ciudad emplazada en una colina y totalmente amurallada. El bastión estaba presidido por un gran edificio, bastante elevado sobre el resto, pero con tan poco detalle que no se podía discernir si era un palacio o una fortaleza. Las tropas egipcias estaban entrando a saco por una de las puertas de la urbe, ya sin resistencia alguna por parte de los defensores. Había una evidente desproporción entre la altura de los muros y los soldados que recordaba un poco la iconografía de las miniaturas medievales. El artista, como tan frecuentemente ocurría en la antigüedad, no trataba de reflejar fehacientemente la realidad, solamente intentaba explicar el acontecimiento a cualquiera que contemplase la composición.

La zona inferior mostraba a las mismos regimientos egipcios, pero ahora saliendo en larga procesión de la ciudadela. Evidentemente la habían saqueado y llevaban a muchos de sus abatidos habitantes presos como esclavos. También acarreaban diversos objetos, que por el áureo matiz que había empleado el artista en plasmarlos debían ser indudablemente de oro. Un altar con cuernos en las esquinas, un número enorme de grandes escudos labrados, lámparas, cuchillos, vasos, calderos, aspersorios, incensarios, braseros, multitud de candelabros provistos de múltiples brazos, todos dorados, desfilaban en fila india por la pintura; además, dos carromatos transportaban unas gigantescas figuras con alas desplegadas, tan altas como tres hombres; por último, guiaba la comitiva un grupo de infantes egipcios que portaban

un arcón idéntico al grabado en la losa que cerraba la boca de la tumba de Sheshonk.

—¡Joder, si es Jerusalén! —John no solía incurrir en expresiones malsonantes, pero hay veces en que es inevitable.

—¡El Arca! ¡Se están llevando el Arca! —exclamó casi al mismo tiempo Marie.

—Así que, por lo visto, Sheshonk sí alcanzó a llevarse el Arca al fin y al cabo —dijo Alí mucho más calmado que sus dos camaradas.

—¡Dios mío! —Marie seguía excitada—. ¡Así que en esta tumba puede estar el Arca de la Alianza!

—Pues es lo más probable, todos los faraones se hacían enterrar rodeados de sus objetos más preciados —sugirió el egipcio sosegadamente.

Alí disfrutaba, ahora era él el que se mantenía frío y calmado, en contraste con los dos europeos que agitaban los brazos y resoplaban como dos colegiales a punto de realizar un examen.

John y Marie no hacían otra cosa que mirarse a la cara, poner gestos y lanzar interjecciones de dudoso gusto. Ambos habían llegado al convencimiento de que el Arca podía estar depositada allí mismo, en esa tumba que ahora exploraban, quizá a unos pocos metros. El grabado de la primera puerta mostraba un Arca parecida a la descrita por la Biblia, pero no dejaba de ser una mera conjetura que el sagrado objeto pudiera encontrarse en las entrañas de esta catacumba. Ahora estaban prácticamente seguros de que sí, de que el Arca estaba allí. No pudieron evitar lanzar una mirada rápida a los muebles apilados en la pared de enfrente, por si habían pasado algo por alto y alguno de ellos pudiera ser el Arca; pero no, los cofres y baúles de madera que veían no daban la talla para aparentar ser tan preciado vestigio arqueológico.

Tardaron todavía un momento en tranquilizarse y fue Alí el que consiguió volver a enunciar una frase razonablemente construida.

—Perdonen mi analfabetismo en arqueología bíblica pero... —dijo cauto— ¿Qué figuras son esas tan grandes?

—Son dos ángeles —contestó John, ya más templado—. Dos querubines de más de cuatro metros que mandó esculpir Salomón para colocar debajo de sus alas el Arca del Testimonio.

—¿Estaban hechos de oro? —siguió preguntando el árabe.

—No, creo que solamente chapados. En el Templo de Salomón predominaban las duras maderas de ciprés y, sobre todo, de cedro importado del Líbano. Todo el interior del mismo estaba recubierto con estos materiales; aunque todos los demás objetos que se ven en esta comitiva si estaban fabricados en oro puro, sobre todo los que estaban en contacto con el Arca en el sancta sanctorum o tabernáculo.

—Pues fue una suerte que Sheshonk no prendiese fuego a la ciudad, el templo hubiese ardido como una tea —intervino Marie.

—Sí, le dejó el trabajo sucio a Nabucodonosor —declaró John—, el templo

aguantó en pie unos 500 años más; y, por lo que dictan estos relieves, Sheshonk no se llevó del Templo algunos objetos suntuosos que sin embargo no despreció el monarca babilónico. Supongo que sería por su tamaño.

—¿Qué objetos? —Alí estaba francamente interesado, no conocía casi ninguno de estos detalles.

—Pues el Mar de Bronce, un colosal recipiente en forma de pila bautismal decorado con motivos vegetales, leones y más serafines. Tenía una longitud de cinco metros de borde a borde, dos metros y medio de altura y un palmo de grosor. Si no recuerdo mal, se apoyaba sobre diez o doce macizos toros, también de bronce.

—Debía pesar bastante —dijo Alí intentando hacerse una idea de semejante mole.

—Tanto que supongo que Sheshonk lo despreció como botín de guerra —dedujo John.

—Desde luego no podría haberlo trasladado en esas simples carretas —convino Alí.

—También le hubiese resultado un tanto peliagudo llevarse las Columnas de Salomón que igualmente ornamentaban el santuario de Jerusalén —volvió a retomar John—. Tenían una altura, entre capitel y columna propiamente dicha, de unos 10 metros. Todo de bronce compacto. Debían pesar varias toneladas, sin embargo Nabucodonosor sí se las llevó antes de destruir el Templo.

—Pues debía tener buena intendencia —presumió el conservador del Museo de El Cairo.

—No tanta, primero troceó el Mar de Bronce y las Columnas, luego se las llevó cómodamente —explicó John.

—Vaya, era más práctico que Sheshonk.

—O tenía menos prisa —John siempre buscaba una explicación alternativa a la que emitían sus interlocutores.

—Se sabe la Biblia de memoria —notó Alí.

—¡Qué va! —exclamó John modesto—. Ni mucho menos, la leí entera de joven por curiosidad, y con esta historia del Arca la he releído un poco en estos tres días, sobre todo las páginas donde aparece descrita el Arca y el Templo de Salomón, nada más.

—Sí, ya sé que ustedes los europeos no suelen leer demasiado su libro sagrado.

—Es cierto —confesó John—. La Biblia es uno de los libros más editados, pero eso no significa que sea de los más leídos. Será por su extensión por lo que necesitamos de intermediarios que nos resuman su contenido. Los musulmanes con El Corán actúan de otra manera, primero lo estudian y después escuchan a los que lo comentan y lo interpretan.

—¿Es usted religioso John? —preguntó Alí con cautela.

—No, no soy religioso, simplemente curioso.

A Marie, mientras escuchaba en segundo plano la conversación entre John y Alí, le había dado tiempo a pensar un plan de actuación y pasó a exponerlo sin ningún miramiento.

—Siento romper la magia de su charla, pero llevamos mucho tiempo aquí metidos —Marie miró su reloj a la luz de su linterna—. Casi dos horas. Los demás estarán preguntándose si nos habrá alcanzado la maldición de Sheshonk. Tenemos que salir ya.

Los Zarif y Osama, respetuosos, habían esperado durante cuarenta minutos alguna indicación por parte de los arqueólogos para entrar, pero como ésta no se había producido se habían ido a la tienda cocina a comer y descansar tranquilamente.

Marie los encontró a todos allí e intentó exponerles el descubrimiento de la forma más natural del mundo y utilizando las palabras más neutras de su vocabulario, y esto cuando aún sentía una excitación que parecía que su alma iba a traspasar los límites de su cuerpo, menos mal que no creía demasiado en las entidades intangibles.

—Enhorabuena a todos —empezó nada más abrir la gruesa tela de la tienda—. La tumba está intacta, hemos inspeccionado un gran salón con columnas decorado con frescos esculpidos y pintados.

Los que sabían más inglés traducían al árabe lo que decía Marie, a todos los trabajadores se les instaló una sonrisa en la cara.

Ahora pasaremos todos a verla —continuó Marie—. Aunque, por desgracia no podremos rescatar, ni siquiera tocar, ninguno de los objetos que se encuentran en la tumba. Tendremos que taparlos para que posteriormente los estudiemos nosotros mismos u otra expedición. Explíqueles lo que les estoy contando Osama.

Marie no se fiaba de la traducción que de sus palabras pudiesen hacer los Zarif, por eso le pedía indirectamente a Osama que se lo dejase meridianamente claro. Habría dado media vida por ser ella la que se encargase del análisis completo de los restos y estaba decidida a formular esta exigencia a cualquier burócrata francés, egipcio o inglés que se le cruzase en el camino, esto en cuanto hubiese recuperado el Arca, claro está.

Los árabes no se turbaron demasiado cuando escrutaron el contenido de la tumba, no había objetos ni de oro ni de plata. Osama era el único que comprendía un poco el valor histórico y científico de lo que veía, aunque tampoco mostró excesivo entusiasmo, estaba acostumbrado a ocultar sus sentimientos. Descubrir las propias pasiones es revelar información sobre tus deseos y esperanzas y esto puede volverse en contra de tus fines, eso era lo que se decía para justificar su falta de emociones.

Cuando todos habían vuelto a asomar a la superficie Marie insistió en sus instrucciones.

—Bien, ahora trataremos de tapiar el ala izquierda y derecha del salón con las lonas y mástiles sobrantes que ha traído Osama. Lo justo para dejar un pasillo en el

centro que nos permita llegar hasta la pequeña puerta de enfrente y continuar con la exploración. Antes de tapar todo, John sacará unas fotografías digitales de los jeroglíficos de las cuatro paredes para que podamos traducirlos con la ayuda de un ordenador. Mañana trataremos de abrir la siguiente puerta.

—Mañana, es viernes doctora —interrumpió Osama—. Es el día festivo musulmán, los trabajadores no vendrán.

Las palabras del teniente no parecían admitir ninguna réplica. Marie pensó unos segundos y volvió a la carga.

—Bien, no pasa nada, el sábado nos volveremos a ver. Manos a la obra.

Cuando por fin concluyeron de cubrir las paredes y objetos, los tres egiptólogos estaban derrengados. Con el ajetreo del día se les había olvidado hasta comer y ya estaba anocheciendo. Por suerte Gamal les había preparado algo de cena antes de irse.

El manjar consistía en unas bolas hechas a base de garbanzos fritos y especias, *falafel* les había dicho el joven cocinero que se llamaba el plato antes de irse, aunque innecesariamente, todos conocían de sobra el intenso sabor de una de las más famosas especialidades culinarias egipcias. De segundo podían aprovechar las sobras de la comida, un arroz con cordero al que sólo tenían que calentar un poco en el fuego. El menú no era precisamente deslumbrante, pero era indudablemente más apetitoso que la comida de campaña de Osama.

No tardaron en irse a la cama, eso a pesar que los acontecimientos del fructífero día daban para muchas horas de comentarios, observaciones, elucidaciones y demás glosas del extraordinario hallazgo.

Antes de acostarse, Osama instaló una alarma de movimiento en el pasillo de entrada a la tumba y tapó el acceso con un tablón de madera, el militar no quería ninguna sorpresa. El sensor del dispositivo estaba disimulado entre los paños de lona que acababan de colocar para proteger los numerosos objetos que llenaban la sala hipóstila. La alarma se activaba y desactivaba con un mando a distancia y, como el teniente poseía dos, le entregó subrepticamente uno de ellos a Marie, sin decir nada a nadie más. La profesora estaba encantada con la deferencia del teniente y con la eficacia que mostraba en el desempeño de su trabajo.

John se metió en el saco de dormir pensando en los jeroglíficos que acababa de fotografiar con su cámara digital. Había ajustado la resolución al máximo y ya había transferido las imágenes al disco duro de uno de los ordenadores portátiles del camión. Le hubiese gustado empezar a traducir los textos del *Libro de los Muertos*, pero la jornada había sido excesivamente dura dada su falta de costumbre; mejor esperar al día siguiente, estaría más lúcido. Por lo menos eso esperaba, no obstante algo le decía que precisamente él no iba a tener ni la fiesta de los mahometanos de mañana, ni la de los hebreos del sábado, ni la de los cristianos del domingo.

A Allí también le costaba conciliar el sueño, en la bóveda de su cerebro resonaba

el eco de las palabras de Yusuf al-Misri. El poderoso gerifalte le había prometido ser el director plenipotenciario de la excavación una vez exhumada el Arca. Era más de lo que hubiese podido desear, incluso era capaz de olvidarse por un rato de su invencible miedo a los espacios cerrados y su supersticiosa aprensión frente las maldiciones faraónicas. Este yacimiento era igual o más imponente que el de

Tutankamón y lo mejor, sin duda, estaba todavía por descubrir. Se haría famoso, incluso podría escribir un libro con los pormenores de la empresa. No, jamás hubiese esperado encontrarse con una situación tan favorable.

Los guardias ya habían empezado su ronda. Osama les había ordenado explícitamente que vigilasen especialmente la tumba de cualquier intromisión, aunque no les había contado nada de la alarma, un as que se guardaba en la manga. Si no quieres que te traicionen no otorgues tu confianza a nadie, ni siquiera a tus teóricos aliados, otra máxima de las numerosas que atesoraba el oficial.

En las dunas ya era noche oscura, no había ni luna, y el viento empezaba a entonar una melodía llena de desolación y melancolía.

Todos durmieron apaciblemente y volvieron a coincidir en la tienda cocina para desayunar. Los cuatro integrantes de la expedición fueron entrando a intervalos de 5 minutos casi exactos. Hoy no venía Gamal así que prepararon café para todos y se atrevieron con alguna lata de Osama, el membrillo, la leche condensada y la mermelada resultaban más apetecibles que la otra opción, almorzar la pasta de garbanzos que había sobrado del día anterior.

Los ánimos estaban mucho más apaciguados, aunque los tres investigadores, sobre todo los dos europeos, no veían el momento de adentrarse de nuevo en la postrer morada de Sheshonk. Marie expresó este deseo casi con sus primeras palabras de ese día.

—Aunque hoy carezcamos de trabajadores, yo creo que entre todos podemos abrir sin problemas la siguiente puerta, es mucho más pequeña que las anteriores. — Sí, desde luego —aprobó John—, debemos continuar.

—Quizá el Arca esté aguardándonos justo detrás de esa puerta ¿No creen? —preguntó Alí sin esperar contestación, ya que su deseo más se lo declaraba a sí mismo que a los demás.

Osama no decía nada porque nada tenía que decir, dejaba elaborar a los científicos su plan de trabajo con total libertad. El era musulmán pero estaba visto que hoy no habría fiesta para él, estaba acostumbrado y no protestaría. Lo que le molestaba es que los occidentales diesen por sentado ese punto. Como para ellos no tenía ninguna importancia si obviaban una fiesta religiosa o no, daban por universal el que los demás debían pensar de la misma manera. Y lo que más escocía a Osama es que realmente, al final y aunque no quisieras, acababas razonando y actuando igual que lo hacían ellos. El colonialismo cultural tenía apéndices tan sutiles como los de una frágil medusa, pero en el fondo eran más férreos que los tentáculos de un pulpo. Lo único honesto de los europeos es que tampoco protestarían si Osama les propusiese realizar cualquier actividad en domingo.

John rompió las cavilaciones del teniente al lanzarle una pregunta directa.

—Dígame Osama, ¿cree que podría llamar por el teléfono del camión a mis jefes en Londres? Les prometí contactar con ellos a diario y no lo he hecho desde que salí del Reino Unido, hace tres días.

—¿No será peligroso? ¿Podrían localizarnos? —intervino Marie celosa de proteger la intimidad del que todavía consideraba su hallazgo.

—Yo no he recibido ninguna instrucción al respecto —afirmó Osama—. Desde luego pueden localizarnos, pero sólo en el caso de que nos estén buscando. Yo les puedo asegurar que el gobierno Egipcio no lo está haciendo, pero no puedo responder por sus dos países. En teoría no deberían tener ningún interés, ya están

suficientemente representados por ustedes dos, pero siempre existe un riesgo de intromisiones no controladas por parte de terceras potencias. En todo caso no den ninguna pista sobre su paradero por si la información cae en malas manos y traten de contactar siempre vía correo electrónico.

—Yo no tengo ninguna dirección de correo, solamente un número de teléfono —dijo John—. Tendré que hacer por lo menos una llamada.

—Bien, bien, no tiene por qué haber problema si no es muy explícito —corroboró Osama—. Es más fácil "escuchar" una conversación que localizarla. Si quiere un consejo, trate de pedir una dirección de contacto para la próxima vez, aunque el correo electrónico también puede ser interceptado y leído si no está encriptado.

—¡Pues qué bien! —prorrumpió Marie—. ¡Tendremos que enviar una postal!

—Eso no es ninguna tontería —reconoció divertido Osama—. El correo ordinario es, hoy por hoy, mucho más seguro que el electrónico.

John terminó de desayunar y se introdujo en la caja del camión, buscó el teléfono con la mirada y se dirigió al panel empotrado donde asomaba un auricular con diseño, más que clásico, anticuado. Detrás del mismo estaban pegados con papel adhesivo los dígitos telefónicos que correspondían al número del aparato. A John le llamó la atención lo breve de la cifra, no debía haber muchos teléfonos en el país, o sería que los teléfonos por satélite usaban una numeración distinta a la de los convencionales.

Marcó el número que Jeremy Cohen le había facilitado antes de que se separaran en Londres. Habían pasado únicamente unos días, pero para John habían transcurrido tan intensos que se le asemejaban meses.

—Aquí Jeremy.

—Hola Jeremy, soy John.

—¿John? ¿Qué John?

Momento de perplejidad, aunque un golpe de risa lo desbarató en un instante.

—Perdona John, es una broma —dijo Jeremy todavía intentando contener la carcajada—. Llevo tres días pegado al teléfono esperando tus noticias y los jefes me llaman cada dos por tres para preguntarme por ti. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien, disculpa la tardanza pero no he podido llamar antes.

—¿Dónde estás?

—Llamando desde un pueblo perdido en medio del desierto.

—Comprendo. ¿Qué tienes que contarme?

—Transmite que todo va bien, estamos dentro, aunque todavía no hemos encontrado nada. ¿OK?

—OK John, ¿algo más?

—No, nada más. Lo único es que necesitaría un mail de contacto, desde aquí es endiabladamente difícil hablar por teléfono.

—Bien, apunta éste.

John no tenía un bolígrafo a mano así que lo memorizó, no era difícil. —Bueno, pues hasta otra entonces John, de todas formas yo seguiré al teléfono por si me necesitas.

—Bien, gracias Jeremy. Ya nos veremos y no trabajes mucho.

—Yo estoy en el paraíso, tómate tu tiempo en volver.

—Cuídate.

Ahora que no lo sufría como superior, incluso se podía decir que John echaba de menos la socarronería de Jeremy, aunque siempre había defendido la opinión de que los vocablos "amigo" y "jefe" eran claramente incompatibles.

Cuando John salió del camión, entró Marie. La francesa sí tenía la dirección de correo electrónico de Legentil, así que optó por esta modalidad de comunicación, además no tenía ni el más mínimo aliciente en escuchar la voz de semejante petimetre.

Se metió en Internet desde uno de los ordenadores portátiles y fue directa a la página de su correo externo, introdujo su mail y contraseña y entró en el servicio de mensajería. Comprobó el correo nuevo que le habían remitido, nada importante. Pulsó el botón "redactar correo". El mail que le envió a Legentil decía lo siguiente:

Estoy en el punto. Abierto el agujero y explorada una parte. Ni rastro del regalo por ahora, seguimos trabajando en ello. Corto y cierro.

El mensaje no podía ser más telegráfico y Marie había evitado el uso de palabras sensibles. Osama tenía razón, ella también había escuchado o leído en alguna parte cómo algunos servicios de inteligencia escudriñaban sistemáticamente todas las comunicaciones electrónicas mundiales. Determinados gobiernos usaban robots de búsqueda que rastreaban el uso de palabras predeterminadas, como "terrorismo", "bomba", "presidente" y similares. No intentó encriptar el mensaje porque no tenía ni la más remota idea de cómo realizarlo, si no lo hubiese hecho también.

Cuando salió del camión encontró a John y Alí sentados a la sombra en dos de las sillas plegables que, por supuesto, había incluido el teniente en su completa colección de bagajes imprescindibles para el campamento.

—Bueno, vamos a ver si progresamos algo hoy —les dijo a ambos—. ¿Dónde está Osama? Puede que lo necesitemos para mover esa piedra.

—Estoy aquí —el egipcio salió de detrás de una tienda—. Cuando quieran.

Se dirigieron a la siguiente puerta, la que habían descubierto en la sala de las cuatro columnas. Ésta estaba ya totalmente revestida por gruesas telas militares que no dejaban entrever ni los frescos ni el ajuar funerario de Sheshonk. Entre todos llevaban los instrumentos habituales: el taladro de roca autónomo, un par de palancas y un gran foco, mucho más potente que las linternas que habían esgrimido el día

anterior.

Antes de entrar en los dominios de la tumba, el teniente Osman desconectó imperceptiblemente con su mando a distancia la alarma que había instalado la noche anterior. Los otros componentes del grupo ni se dieron cuenta, John y Alí ni siquiera sabían que se había colocado semejante artilugio.

No tuvieron casi ningún problema en calar la piedra, Osama manejó hábilmente el taladro, pero fue más duro mover el pesado bloque de granito. Los cuatro tuvieron que emplearse a fondo y eso que era mucho más pequeño que los anteriores, apenas medía 1 metro de alto, pero era bastante grueso. Depositaron la maciza puerta en el suelo sin ningún miramiento, apenas estaba decorada con unas incisiones simétricas y sin pintar, como si los artífices de la tumba no hubiesen querido que la losa restase protagonismo al impresionante fresco donde estaba inscrita y donde Sheshonk prestaba su alma a Osiris para que éste comprobase su levedad, la total ausencia de pesadumbres que lastrasen su corazón y que hubieran podido impedir que entrase en el paraíso celestial.

Otra vez frente a lo desconocido, ante los arqueólogos se descubría un corredor, pero tan inclinado hacia arriba que los antiguos ejecutantes de la tumba habían dispuesto una escalera, bastante tosca e irregular, para salvar la acentuada pendiente. El foco no tenía la suficiente potencia como para que pudiesen distinguir el final del tramo de escalinata ascendente.

El techo del pasadizo estaba construido con el método de cubierta a dos aguas, con forma de tejado, para repartir las cargas hacia los lados de la amplia galería. Pero no era esto lo que más llamaba la atención, lo sorprendente es que toda esa techumbre se encontraba completamente revestida de jeroglíficos. No se veía ningún tipo de imagen, sólo una serie interminable de pictogramas perfectamente organizados en líneas horizontales a lo largo de los dos vertientes triangulares.

El yeso de las paredes laterales, en cambio, carecía de cualquier tipo de inscripción, solamente estaba revestido con colores planos formando fluidas tramas y mallas abstractas demasiado simples como para despertar interés.

Marie fue la primera en traspasar el angosto acceso y John el primero en hablar.

—¡Vaya, más tarea para el traductor! —exclamó pensando en los jeroglíficos pendientes del día anterior y que no había siquiera empezado a descifrar.

Fueron subiendo con cuidado el largo tramo de escaleras mirando unas veces abajo, para no tropezar con los poco ortodoxos escalones, y otras veces hacia arriba, pasmándose por la gran cantidad de texto que había transcrito en el techo.

Nada más distinguir la extremada longitud del pasillo a Osama le asaltó una preocupación: había dejado solo el campamento y, lo que es peor, no iba a poder controlar la entrada de la tumba. Si seguían avanzando sería imposible impedir que alguien se introdujese en la misma y robase alguna pieza de la sala hipóstila sin que

siquiera llegasen a enterarse.

—Esperen un momento, enseguida vuelvo —pidió el militar mientras volvía sobre sus pasos alumbrándose con una pequeña linterna que había sacado del bolsillo de su camisa de algodón azul marino.

Los tres arqueólogos se detuvieron más o menos por la mitad del túnel y empezaron a considerar más seriamente la enorme colección de caracteres que ocupaban la interminable bóveda.

—Esto parece un libro con forma de pasillo —volvió a insistir el inglés—. No recuerdo un texto tan largo en ningún monumento funerario.

—¿Son más fragmentos del *Libro de los Muertos*? —preguntó Alí, un poco inquieto por tener que adentrarse en el interminable pasadizo, aunque éste estaba mejor construido y parecía más sólido que el que le mantuvo hace años sepultado casi a punto de asfixiarse.

Siguiendo el requerimiento de Alí, John trató de descifrar alguna línea para averiguar de qué trataba el dilatado escrito.

—No me lo parece —contestó—. Yo creo que esto es una especie de historia del faraón Sheshonk.

—¿Una historia? ¿De su vida? —dijo Marie extrañada.

—Pues sí, sé que es bastante inusual pero eso creo —reiteró John un poco perplejo.

—Pues tendrás que fotografiar éstos también John —la voz de Marie no era de mando sino de ruego.

—Sí, desde luego, estoy francamente intrigado. ¿No tenemos mejor una videocámara?

—Sí, yo he traído una —contestó Alí que cada vez daba más muestras de estar visiblemente inquieto.

—¡Estupendo! —expresó John—. Filmando los jeroglíficos y después pasando los fotogramas a cámara superlenta me apañaré mejor que con las fotografías convencionales.

Osama regresó, había ido a activar de nuevo la alarma de movimiento del pasillo de entrada a la tumba. Si alguien se colaba a sus espaldas la señal acústica del aparato le delataría.

—Ya estoy aquí —anunció—. Pueden continuar cuando quieran.

Siguieron ascendiendo.

Llegaron al extremo del corredor y el suelo, después de tanta subida, volvió a nivelarse. Ahora se abría ante ellos un cubil realmente extraño. El habitáculo no tenía puerta, pero un insólito marco estriado alrededor de la abertura de entrada sugería que en algún momento la había tenido o, por lo menos, el arquitecto había proyectado instalarla.

—Por lo que hemos subido debemos estar casi en la cima de la colina —dijo John un poco cansado y con principio de tortícolis de tanto mirar hacia arriba.

Antes de traspasar la elaborada moldura sin puerta se fijaron en el tímpano: el espacio que mediaba entre el techo a dos aguas y el dintel de la oquedad estaba ocupado casi por completo por un gran relieve del dios Ra. El patrón del ardiente sol de Egipto presentaba una posición sedente y portaba un gran disco solar sobre la cabeza, en él se enrollaba una serpiente cobra de la que solamente se distinguía su cabeza y su cola.

—Ra, dios del sol —dijo Alí para distraer su agobiada mente.

Nadie pareció hacerle caso, estaban todos más intrigados por lo que tenían enfrente.

Entraron los cuatro dentro de la estrecha habitación. Era excesivamente angosta, no medía más de metro y medio de ancha, tres metros de larga y dos metros de alta. Miraron a su alrededor tropezando los unos con los otros en el reducido espacio, aunque tampoco había mucho en lo que fijarse, estaba completamente desnuda, sin decorar, ni siquiera se habían molestado en pintarla, sólo piedra devastada, y un gran pedrusco, también sin pulimentar, que taponaba la continuación del camino. Apenas cabían los cuatro allí.

—Esta cámara es muy rara —declaró Marie arrastrando las palabras.

—Parece ensamblada por piezas, como un juego de construcción —observó John. La febril mirada de Alí se fijó en el techo.

—¡Eh, miren! —dijo un poco excesivamente alto—. Hay una especie de agujeros ahí arriba.

Dirigieron la linterna a la losa de una sola pieza que techaba la habitación. Estaba totalmente perforada por intermitentes redondeles bastante regulares. Parecía un queso de Gruyere.

—Vaya, ¿por qué realizarían esas perforaciones? —se preguntó la doctora—. No recuerdo haber visto nada igual. —Yo tampoco —refrendó John.

Mientras todos miraban el insólito fenómeno, Marie, que había entrado la primera, tocó algo con la mano que sobresalía de la gran piedra que taponaba la salida del ceñido habitáculo.

—Podéis alumbrar aquí —dijo.

—¿Qué es? —preguntó John.

—Parece una especie de palanca —dijo la arqueóloga.

—¿Será parte del mecanismo para abrir la siguiente puerta? —aventuró confiadamente el inglés.

—No lo sé —admitió Marie—. Está pegada a esta lápida que obstruye el paso.

—Acciónelo —propuso Alí cada vez más nervioso por estar encerrado entre cuatro paredes, si no fuese porque Osama le cerraba el paso ya habría vuelto hacia

atrás.

—No deberíamos...

La frase de Osama aconsejando prudencia no llegó a salir completa de su boca. Marie, con la impaciencia que da la curiosidad, sólo esperó la sugerencia de Alí para desplazar el resorte. La gran mole pétreo a la que estaba unido se movió, pero se movió inesperadamente hacía abajo, cayendo por su propio peso. No tardó ni un segundo en aterrizar con un gran estruendo. Los cuatro se quedaron paralizados. En el siguiente segundo un estridente sonido les hizo estremecer, era el roce de la piedra sobre la piedra. Vieron, impotentes, como dos láminas de granito ascendieron rápidamente del suelo sellando la estancia por delante y por detrás. A la vez, el agujereado techo se había desplazado más de dos metros hacia arriba, empujado por las nuevas losas que habían surgido del piso. Por sus vanos entraban ahora multitud de rayos de luz.

—¡Pero qué ha pasado!

—¡Dios mío!

—¡Es una trampa!

—¡Por Alá!

—¡Estamos encerrados!

—¡Ese sol!

—¡Esta luz quema!

—¡Me estoy abrasando!

El sol irrumpía por las cilíndricas hendiduras del techo con una fuerza inusitada. Era indudablemente luz de día. Como había supuesto John anteriormente estaban muy cerca de la cima de la montaña, terriblemente cerca; pero, aunque fuese pleno mediodía, la potencia del sol del desierto no podía ser nunca tanta como para hacer sentir a los arqueólogos el ardiente fuego, el flamígero calor, que estaban sufriendo.

Marie se abrazó a John y éste trató de protegerla instintivamente contra los ígneos rayos de luz que se filtraban de la roca. Aun con lo apurado de la situación, o quizá precisamente por eso, John no pudo evitar oler el perfumado pelo rubio de Marie, tampoco hizo nada cuando el mojado cuello de la doctora se pegó a sus labios. Algún resorte se desplazó entonces en su cerebro con una violencia sólo comparable a la del desplome de la piedra que los había encerrado allí. Lo único que pudo hacer era tranquilizar a la confusa y sobresaltada Marie con tímidas palabras de aliento mientras la abrazaba fuerte, tratando de darle sombra con todo su cuerpo.

Alí estaba totalmente paralizado, la situación le superaba. Se había pegado totalmente a una pared lateral y allí esperaba a que sus nervios pudiesen reaccionar nuevamente. Un fino rayo, más potente incluso que los otros, estaba empezando a quemar su camisa de algodón. Osama se dio cuenta y empezó a apagar la llama dándole golpes en el hombro con sus manos.

—¡No se queden quietos o nos achicharraremos!

Cogió a Alí y lo trasladó a la pared de enfrente.

—¡Apártese de ese haz! ¡Es más fuerte que los otros!

El teniente recordó, de pronto, que todavía tenía en la mano el percutor de roca que había utilizado para abrir la losa que daba paso al corredor por el que habían subido. Era su única oportunidad.

—¡Escuchen! —exclamó firme—. ¡Voy a usar el taladro para abrir un boquete! ¡Resistan y no paren de moverse para que los rayos no les quemem!

Osama encendió el aparato y lo acercó a la plancha de roca que taponaba ahora el hueco por el que habían accedido a la fatídica cámara. Ahora sabían para qué servía el elaborado marco. La acanalada moldura protegía los filos de la pétreo tapadera de cualquier intento de empujarla, tanto desde dentro como desde fuera.

Mantener la calma en situaciones límite es muy importante, te deja pensar. Osama, mientras se movía en una especie de baile lento y bamboleante para evitar que los rayos castigasen siempre la misma zona de su organismo, había encontrado un punto flaco al artificio. Por la parte de arriba no había estría que reforzase la puerta. Atacaría por allí.

Los tres arqueólogos estaban a punto de desfallecer, sudaban copiosamente y las quemaduras solares mortificaban su poco curtida piel. La imprevista sauna los encogía poco a poco.

Osama tardó unos diez minutos en taladrar cinco pequeños puntos clave que tendrían que minar forzosamente la resistencia del obstáculo. Luego pidió a los otros dos hombres que le ayudasen con las dos palancas que habían traído y que todavía conservaban. Alí, ante la posibilidad de escapar de esa pesadilla, incluso salió momentáneamente de su marasmo. Marie también intentó acudir, pero empezó a sentirse mareada, la insolación y la deshidratación, originadas por la alta temperatura que imperaba ya en la cámara, estaban venciendo su resistencia.

La piedra empezó a quebrarse por arriba en grandes trozos debido a la fuerza de empuje de los hierros. Cuando consiguieron abrir un boquete lo suficientemente ancho como para pasar, tiraron las palancas al suelo y cesaron un poco de apretar los dientes. Osama fue el primero en saltar y franquear el vano, desde el exterior ayudó a un Alí desencajado, espasmódico y muy alterado a salir de allí. Marie, fue la siguiente. John ayudó a su compañera desde dentro y Osama desde fuera. Casi estaba inerte, tuvieron que alzarla y no pudieron impedir que se rajase el pantalón produciéndose un corte en el muslo con la afilada piedra.

Cuando John escapó de la trampa, descansaron un momento en el sombrío pasillo, por una vez se sintieron agradecidos por la frialdad y oscuridad de la tumba. Sólo se oían jadeos en los dominios de Sheshonk, un lugar que, de pronto, se había revelado mucho más peligroso de lo que hubieran podido imaginar.

En cuanto recobraron las fuerzas y el aliento se pusieron en pie, todos emprendieron el camino de bajada que les dirigía a la salida, no hizo falta siquiera que alguien lo propusiera, el consenso era tan total que no había necesidad ni de expresarlo.

Alí empezó a descender la escalera tan deprisa como podían llevarlo sus temblorosas piernas. John, que auxiliaba a Marie sosteniéndola, iba detrás. Cerraba la marcha el teniente, mucho más tranquilo que los otros, con la satisfacción interior de haber sido el protagonista en la apurada evasión.

Ya habían llegado a la gran sala columnada, la luz del exterior se filtraba por el pasillo, todo el afán del grupo era salir de allí lo más apresuradamente posible.

De pronto sonó:

—¡UUUUUUAAAAAAAA! ¡UUUUUUAAAAAAAA! ¡UUUUUUAAAAAAAA!

Una ululante sirena y una intermitente luz roja prolongaron la pesadilla de los alucinados y maltrechos expedicionarios.

—¡No puede ser!

—¡Sheshonk nos ha pillado!

—¿Qué suena?

—¡Yo no he sido, no he hecho nada!

—¿Una alarma?

—¡Pero, qué sistemas de seguridad tenían antes!

Por supuesto, las exclamaciones eran mayormente de Alí, las más excusables, y de John, las más disparatadas. Marie y Osama, aunque también sobresaltados en un primer momento, cayeron enseguida en la cuenta que lo que producía el molesto sonido no era otra cosa que la alarma de movimiento instalada por el teniente.

Ambos empezaron a reír tan locamente que no podían, aunque quisieran, pronunciar palabra.

John y Alí les miraban incrédulos y contemplaban atónitos la absurda luz roja que salía de detrás de los telones que cubrían la sala hipóstila.

—Esa alarma no es de Sheshonk, ¿verdad? —aventuró John fingiendo ingenuidad.

Marie y Osama ya estaban, a estas alturas, desternillados y tirados por el polvoriento suelo. Marie porque sus piernas no eran capaces de sostenerla, Osama simplemente se había dejado caer por no apoyarse en las endeble lonas que forraban el salón.

Cuando se tranquilizaron pudieron explicar, aunque entrecortadamente, la historia completa de la alarma y por qué Osama la había activado mientras estaban explorando el pasadizo.

Marie no pudo evitar a lo largo de todo el día emitir una leve sonrisa cada vez que miraba a John a la cara.

Pero la anécdota no pudo hacerles olvidar completamente el pequeño trauma de la trampa del enterramiento. Sabían que los faraones egipcios, además de etéreas maldiciones escritas en las paredes, solían recurrir a maquinaciones físicas un poco más enérgicas para impedir el saqueo sistemático de los ladrones de tumbas. Habían pecado de exceso de confianza.

En cuanto se tranquilizaron los ánimos y se asimiló todo lo que había pasado, Osama y John decidieron investigar. El egipcio subió la cima de la colina y el inglés se volvió a introducir en la sepultura para, entre otras cosas, recoger el material que habían desperdigado por el suelo en su huída.

Marie fue a cambiarse de pantalones. No había traído mucha ropa y esta prenda estaba perdida de sangre, con un gran desgarrón en la parte de atrás de la pernera. Tendría que lavarlos, pero no los tiraría, algo le decía que iba a pasar bastante tiempo antes de poder ir de nuevo de compras.

No podía verse muy bien la herida de la pierna, y mucho menos curarla, la tenía en una disposición un tanto incómoda, justo detrás del muslo. Le estaba empezando a escocer.

Se puso unos pantalones cortos y esperó a que John saliese de su exploración solitaria de la tumba, escrutaba la entrada por una rendija de su tienda.

En la trampa había perdido un poco los nervios, pero no tanto como para que el impulso de abrazarse tan fuerte a su antiguo alumno fuese un gesto totalmente involuntario y no buscado. No le dio mucha importancia porque en situaciones límite todos reaccionamos de forma irreflexiva y espontánea; no obstante empezó a pensar, casi sin quererlo, en que solamente se llevaban cuatro años.

En cuanto le divisó por el intersticio le llamó:

—¡John!

El inglés se dirigió hacia la tienda de Marie.

—¿Sí?

—Hazme un favor John, ve a por un botiquín y ayúdame a curarme este corte de la pierna.

—Desde luego.

—Yo no llego y está empezando a dolerme.

El inglés enseguida regresó con un pequeño maletín.

—Ya lo tengo.

—Gracias.

—A ver, tumbate boca arriba y déjame ver la herida.

John la ayudó a recostarse, Marie se dejaba hacer. El tajo era largo pero poco profundo.

El aprendiz de médico palpó la pierna de Marie, la lavó cuidadosamente con un algodón empapado en el agua de una cantimplora, vertió agua oxigenada en otro

algodón para desinfectar la incisión, sopló delicadamente para que la quemazón no picara demasiado, roció con antiséptico yodado todo el largo y ancho de la herida, colocó una larga tirita y terminó vendando la pierna firmemente pero sin apretar demasiado.

La peligrosa operación había durado varios minutos. A Marie le pareció que demasiados, que John se había recreado con su dolorida pierna; pero, no sabía por qué, no le importaba lo más mínimo. Es más, estaba en un estado de felicidad como nunca había recordado estar. Una sensación de grata tranquilidad, de plenitud, estaba empezando a apoderarse de la totalidad de su ser, nunca se había sentido tan llena de confianza, tan decididamente optimista. Los cuidados de su compañero le habían hecho sentirse mimada, defendida de las inclemencias del mundo exterior, de sus accidentes y sucesos, se sentía como una niña pequeña.

John, por su parte, también sabía que estaba efectuando esa cura como si de una intervención a corazón abierto se tratase, pero Marie parecía tan dócil y relajada que quería pensar que estaba casi dormida, y eso que le tenía que doler la herida. Muy a su pesar, tuvo que terminar.

—Bueno, ya está. ¿Te duele?

—Casi nada.

—¿Puedes andar?

—Sí, creo que sí.

Marie se incorporó hasta quedarse sentada.

—John.

—Sí.

—Gracias por curarme la herida.

—No hay de qué.

—Y... gracias por protegerme allí arriba.

—No..., no tiene importancia.

El inglés no podía contemplarse, pero estaba seguro de haberse puesto colorado, sintió un calor en las mejillas que no podía indicar otra cosa que un repentino rubor. Las melifluas palabras de Marie habían parado por un momento el rutinario bombeo de su corazón. Ni siquiera él sabía por qué actuaba de manera tan adolescente y por qué se notaba tan turbado.

Un ruido procedente del exterior les interrumpió. Era Osama que descendía la montaña casi resbalando, arrastrando todos los cantos y guijarros que se topaban con sus botas militares. Les vio por la abertura de la tienda, que John había dejado completamente abierta para que entrase la luz suficiente para efectuar la cura.

—¡Eh! ¡Vengan aquí! ¡Miren lo que he encontrado!

Osama entró en la tienda comedor. Dentro se encontraba Alí bebiendo té para acabar de serenarse. El momento que había pasado el egipcio encerrado en la

pequeña cámara había reavivado sus peores terrores, ni siquiera el divertido incidente de la alarma había contribuido a subirle el decaído ánimo.

Alí se había puesto a guisar un potaje de garbanzos con verduras, procedente de las socorridas latas de Osama, con el objetivo de distraer su mente de otros pensamientos más angustiosos. Ya era mediodía y los sustos no le habían quitado el hambre.

El teniente, sin saludar a su compatriota, empezó a sacar una especie de cristales de los amplios y numerosos departamentos de su pantalón gris especialmente diseñado para cazadores, hasta compartimentos para cartuchos de escopeta poseía la prenda.

Marie y John entraron en la tienda justo cuando el teniente había acabado de vaciar sus bolsillos. Sobre la mesa había quince grandes cristales ovalados, la mayoría tan gastados que habían perdido gran parte de su transparencia.

—¿Qué es esto? —preguntó Marie.

—Son lentes.

Todos miraron a Alí cuando pronunció el rápido diagnóstico.

—¿Lentes? —se extrañó John—. Claro, ahora me lo explico.

—¿Dónde ha encontrado esto? —se interesó Marie dirigiéndose a Osama.

—Cada cristal estaba introducido en cada uno de los agujeros de la piedra que casi nos fríe esta mañana.

—Entiendo.

La francesa también acababa de verlo claro, por eso sentían tan ardiente el sol. En cada abertura de la piedra los hábiles artífices egipcios habían instalado una lupa que ampliaba los rayos del astro rey hasta convertirlos en letales luminarias.

—Yo comprendo el mecanismo —expuso John serio—, pero no acierto a entender como ese complejo dispositivo ha podido funcionar después de 3.000 años de ser proyectado y levantado.

Osama no era ni mucho menos un perito en la materia, pero arriesgo una explicación ante el obstinado silencio de los demás.

—Bueno, el principio técnico de la trampa era complicado pero supongo que estaba al alcance de la tecnología de aquellos días. Al accionar la palanca, liberamos una piedra de gran peso. La propia inercia de la mole hizo que, mediante algún mecanismo oculto bajo la cámara, las dos puertas de piedra subiesen por sus raíles encerrándonos y, al mismo tiempo, empujasen el techo hasta sacarlo a la luz, justo en la cumbre de la colina. El sol y las lentes hicieron el resto.

—Fui una ingenua al tirar de la palanca —se disculpó Marie.

—Todos fuimos un poco inocentes —trató de consolarla Osama—. Nadie se esperaba semejante pericia técnica.

—A partir de ahora tendremos que andar con mil ojos —aconsejó John—. Pero

sigo pasmándome del tiempo que esa trampa ha resistido sin descomponerse.

—La colina siempre está barrida por el viento —siguió conjeturando Osama—. La arena nunca tiene ocasión de acumularse allí, como sucede frecuentemente en las laderas de la montaña y en las zonas bajas, por eso la capa de terreno que se haya podido sedimentar en estos años era demasiado exigua como para impedir el buen funcionamiento del ingenio.

Alí habló de repente, interrumpiendo la serie de supuestos y teorías del teniente con una afirmación solemne e incuestionable.

—La trampa ha fallado, la prueba es que estamos vivos.

Todos se quedaron pasmados ante la seguridad del egipcio. Alí continuó con el mismo tono severo.

—¿Ven lo gastadas que están las lentes? Han perdido casi completamente sus propiedades magnificadoras, son casi opacas. Quien diseño la trampa sabía bien lo que hacía, si no hubiesen pasado tres milenios esos cristales nos hubiesen carbonizado como chinches en un fogón.

Alí se permitió sonreír, era la primera vez que lo hacía en todo el día.

—Siéntense a la mesa —dijo más tranquilamente—. Es tarde, vamos a comer y después les contaré la historia de estos cristales. Es bastante interesante.

Quitaron las lentes de la mesa y las envolvieron en una toalla que andaba tirada por allí. La comida se prometía apetitosa porque los cuatro estómagos protestaban por el hambre, casi se les podía oír cantando una canción, aunque no precisamente melodiosa. Completaron el potaje con algo de queso, fruta y yogur que había traído Gamal el día anterior.

En cuanto terminaron de alimentarse y de recoger la mesa, Alí fue otra vez a por los cristales, los puso encima del mueble y empezó a examinarlos uno por uno ante la atenta mirada del resto de componentes de la expedición.

—Verán —empezó a decir—, la historia de la tecnología de la antigüedad es una asignatura pendiente de arqueólogos e historiadores. A día de hoy sabemos muy poco de los métodos y técnicas que las civilizaciones antiguas usaban para levantar muchos de sus grandes monumentos.

—¿Se refiere a las pirámides? —preguntó Marie.

—Sí, me refiero a las pirámides, y a otras obras, como el Coloso de Rodas, una estatua de bronce de la época griega que medía 30 metros de altura; o los zigurat de Babilonia, auténticos rascacielos de la antigüedad, por poner dos meros ejemplos.

—¿Y estos cristales tienen algo que ver? —dijo John.

—Pues sí, tienen que ver con la tecnología óptica —respondió Alí muy seguro de sí mismo—. Estos cristales son lentes magnificadoras, servían para aumentar de tamaño las cosas pequeñas y así poder verlas, para ampliar las distancias lejanas si se usaban dos de ellos conjuntamente, y para encender fuego con la ayuda del sol.

—¿Igual que una lupa?

—Exactamente igual que lo haría una lupa.

Alí, para probar su afirmación, cogió uno de los cristales, el que parecía más traslúcido y mejor conservado, lo acercó a la caja que había contenido las latas de garbanzos que habían consumido hacía un momento y mostró como la lente era capaz de aumentar el pequeño texto que describía los ingredientes hasta hacerlo perfectamente legible a una distancia de dos metros. Luego prosiguió.

—Con estas lentes conseguían fabricar instrumentos ópticos para medir distancias y calcular magnitudes, igual que los topógrafos hacen con los teodolitos de hoy en día.

—¿Está diciendo que con esto consiguieron orientar las pirámides a los puntos cardinales? —preguntó John mientras tocaba uno de los cristales.

—No sólo las orientaron con una precisión que a nosotros nos costaría igualar con nuestros aparatos actuales, también lograron construirlas con los lados totalmente cuadrados y sobre un suelo perfectamente nivelado.

—Pero, ¿cómo es posible que no conozcamos nada de esta tecnología? —Marie era la que interrogaba a Alí esta vez—. ¿Cómo se explica que no se utilizase en épocas posteriores o se usase por otras culturas?

—El poder de los antiguos no residía en la fuerza, sino en el conocimiento. Y el conocimiento era el secreto mejor guardado.

Alí sonreía al ver la perpleja cara de los europeos. Casi se estaba olvidando de la penosa experiencia que había vivido esa mañana. Continuó hablando con deleite.

—Los sacerdotes egipcios eran una casta que dominaba toda la ciencia astronómica, geográfica y arquitectónica de la época, además de la religiosa, por supuesto. El faraón, por muy divino que fuera, no podía obviar a tan poderoso estamento. Incluso fueron capaces de deponer monarcas contrarios a sus intereses de clase cuando así lo consideraban conveniente, como hicieron con el antecesor de Tutankamón, el faraón Amenofis IV.

—Así que los científicos estábamos mejor considerados en la antigüedad que ahora mismo —propuso John divertido.

—Bueno, en épocas pretéritas no se les denominaba así, más bien se les conocía con el nombre de magos. Todos los sacerdotes de alto rango eran consumados hechiceros, alquimistas, adivinos, astrólogos, curanderos y profetas.

—Ya, hoy les llamaríamos químicos, astrónomos, médicos.

—Exacto —Alí interrumpió la enumeración de Marie—. Eran los que tenían la llave del saber, y utilizaban la información para perpetrar prodigios que mantenían al pueblo atemorizado, reverente y sumiso. Por ejemplo, muchos de los oficiantes que tenían por misión encender el fuego sagrado para ofrendar los sacrificios a los dioses lo hacían con cristales esféricos rellenos de agua, ante el pasmo y el recogimiento

general de la plebe que realmente creía que las llamas eran obra del dios que se estaba adorando en ese preciso momento.

—Y, después de los egipcios, estos conocimientos se perdieron, ¿verdad? —declaró Marie.

—En absoluto —Alí disfrutaba, no todos los días podía impartir clases magistrales a tan dignos contertulios—. Si se sabe leer a los autores clásicos las referencias a las lentes son constantes, pueden encontrarse en Plinio, Estrabón, Plutarco o en el filósofo griego Demócrito, que describe la Luna como un lugar con cráteres y montañas parecidas a las de la Tierra mucho antes de que Galileo inventase el telescopio. Teofrasto, un autor del siglo IV antes de Cristo, incluso llegó a describir este tipo de lentes.

—Yo leí en algún sitio que Julio César podía ver los movimientos de las tropas enemigas a bastante distancia —intervino John—. Incluso sabía lo que pasaba al otro lado del Canal de la Mancha antes de invadir Inglaterra.

—Yo sigo insistiendo —dijo Marie visiblemente enfadada—. Estos conocimientos se perdieron. Durante la Edad Media no hay mención alguna de lentes o catalejos.

—Que se perdieran en la oscurantista tradición europea de esos siglos no significa que otras culturas no los siguieran utilizando —opinó tímidamente Osama, que por una vez se había atrevido a intervenir en la docta conversación de los tres arqueólogos.

—Pero sí es cierto en parte lo que dice Marie —convino Alí—, toda referencia escrita a la ciencia óptica desaparece completamente de la tradición después del colapso de Roma.

—¿Cómo domina tan profundamente este tema? —preguntó extrañada Marie—. Es un campo casi desconocido para mí.

—Pues por mi trabajo de conservador en el Museo de El Cairo —reveló Alí—. Hasta hace muy pocos años todas las piedras pulimentadas de cuarzo que atesorábamos, como las que aquí observamos, eran consideradas por los especialistas como simples motivos de ornamentación.

—Sí —convino Marie—. Yo he visto muchos de estos cristales formando parte de varias estatuas, concretamente simulando los ojos del personaje encarnado en la escultura.

—Exacto —prosiguió Alí—, pero se ha demostrado recientemente que estos adornos, además, actuaban como lentes magnificadoras. Incluso hay sospechas que algunos dignatarios de alto rango podrían haber usado un simulacro de las modernas gafas para corregir su miopía o para poder ver de cerca.

—Pero, ¿cómo se ha podido pasar por alto un punto tan evidente? —objetó esta vez John.

—Pues porque no era tan evidente —dijo Alí—. El cuarzo o cristal de roca que se lograba recuperar de los yacimientos se mostraba tan gastado y oscurecido que ya había perdido gran parte de su poder de aumento; además, como el conocimiento era secreto y la transmisión del mismo se realizaba por vía oral, no se han conservado documentos escritos sobre este tema y sobre muchos otros que también tenían que ver con la tecnología de aquellos días.

—Así que estos cristales son un vestigio arqueológico...

—...de primer orden.

John empezó la frase y Alí la terminó. El egipcio había empezado a envolver delicadamente los cristales, con cuidado de no rayarlos más de lo que estaban.

—Parece que el constructor de la tumba no se chupaba el dedo precisamente —dijo John mientras contemplaba el tacto que ponía Alí en la operación.

—Pues debía ser uno de los últimos representantes de la época gloriosa de los faraones —opinó el conservador.

—¿Por qué? —interpeló Osama, que participaba de nuevo en la conversación para dejar constancia de su interés por el tema.

—Porque en el Tercer Periodo Intermedio, la época que le toco vivir a Sheshonk, el estado de anarquía, tanto económica como política, debía hacer muy difícil la transmisión del saber entre los sacerdotes. De facto, las dinastías reales posteriores no fueron ni la sombra de lo que habían sido sus predecesoras.

—Y una civilización se extinguió —emitió nostálgicamente John.

—Bueno estuvo dando coletazos hasta el periodo de Alejandro Magno, pero ya sin levantar grandes monumentos y muy debilitada políticamente. Después, el misterio cubrió las ruinas.

—Por lo que han contado —dijo Osama—, creo que tendremos que ir con cuidado, aunque esto ya lo sabemos desde esta mañana, ¿no es cierto?

Nadie contestó, aunque todos tenían la advertencia muy presente. Hoy habían salvado la vida por muy poco. John y Marie juzgaron, casi al unísono pero cada uno por su cuenta, que no deberían dar detalles a sus contactos de la experiencia que habían vivido ese día. Total, no lo iban a entender.

Después de un rato de meditación personal, Marie se dispuso a organizar el resto de la jornada. No iba a dejar que el incidente hiciese mella en el grupo y cundiera el desánimo, aunque tampoco creía conveniente volver a introducirse en la tumba, por lo menos hasta la siguiente jornada.

—Bien, propongo que pospongamos los trabajos de exploración hasta mañana por la mañana. Así dispondremos de los trabajadores para limpiar los destrozos de la puerta por la que hemos escapado y podremos abrirnos paso por la que ahora no nos deja avanzar. Ya sin las lentes esa cámara no es peligrosa, incluso nos vendrá bien disponer de algo de luz natural en la profundidad de la tumba.

—Bien, estoy de acuerdo —apoyó Alí, deseoso de descansar un poco para olvidarse de tanta agitación.

—Yo aprovecharé lo que queda de tarde para intentar descifrar los jeroglíficos de los frescos de las cuatro paredes de la sala hipóstila —propuso John—. Tengo ya las fotos volcadas en uno de los ordenadores del camión.

—Bien, me parece una excelente idea —aceptó Marie—. Quizá puedan proporcionarnos información importante acerca de nuestro querido amigo Sheshonk.

Osama no decía nada. Marie le preguntó.

—¿Y usted teniente? ¿Está de acuerdo?

—Sí, por supuesto —consintió Osama, que empezó a pensar que, al final, iba a disfrutar de por lo menos medio día festivo.

El teniente dedicó la tarde a auscultar una emisora que había conseguido sintonizar desde la radio de un todoterreno, en estas latitudes era lo único que se podía escuchar con un mínimo de interferencias. Era una cadena árabe de noticias y en este momento emitían un coloquio de sobremesa entre varios comentaristas políticos. Se permitió el lujo de encender el motor y poner un rato el aire acondicionado, los vehículos tenían el depósito casi lleno así que no importaba gastar un poco de gasolina para combatir el despiadado calor del mediodía.

Uno de los tertulianos hablaba de las repercusiones políticas del atentado del sábado en Tel Aviv. El primer ministro israelí, Isaac Ben Wise, había nombrado a un conservador del ala dura para sustituir al moderado David Mayer, asesinado en ese acto terrorista.

A veces daba la sensación que en Oriente Próximo se iban esparciendo lentamente, por calles y campos, ingentes cantidades de pólvora. Todos los días, a todas horas, sin que nadie se preocupase de recogerlos o limpiarlos, se depositaban por las esquinas y los caminos grandes montones de polvo negro. Polvo negro que se mezclaba con el aire al ser agitado por el viento, hasta que todos los residentes en la zona lo respiraban y lo aceptaban como natural, como propio, como parte del ecosistema, lo quisieran o no. El ambiente estaba terriblemente saturado de corpúsculos de odio que emponzoñaban cualquier intento de solución de los numerosos conflictos de la zona. Todos los habitantes vivían resignados en medio de la espiral, esperando tocar fondo o temiendo que la chispa de un simple rayo incendiase de golpe todo el salitre acumulado, haciendo volar los problemas por los aires.

Osama confiaba en que Egipto, dada su política de moderada imparcialidad de los últimos años, se salvase de la inminente quema del enorme castillo de fuegos artificiales que estaban levantando árabes e israelitas. Cualquier paso en falso, cualquier realineamiento político por parte de los dirigentes políticos, cualquier hecho aislado, intencionado o casual, podría suponer un peligroso giro de la situación. El

cielo de Egipto podría nublarse en un momento con las ominosas partículas de hostilidad que revoloteaban alegremente por otras latitudes.

Los oradores radiofónicos repasaban la vida y obra del nuevo ministro de defensa israelí, David Leví, un antiguo general que entre sus mayores méritos militares contaba la invasión de la Península del Sinaí en la Guerra de los Seis Días. Por lo visto, el nuevo jefe del ejército hebreo había puesto hacía años muchas trabas a la posterior devolución del Sinaí al gobierno egipcio, su dueño legítimo, incluso se había mostrado partidario de un escenario geopolítico en el que Israel controlaba totalmente el Canal de Suez.

Otro camión de pólvora descargaba en la castigada zona, pensaba un Osama que, como todo el mundo en la región, únicamente esperaba lo inevitable.

Y había otro pensamiento que rondaba la mente del teniente Osman. Se preguntaba si la obligada sustitución del titular del todopoderoso ministerio de defensa israelí supondría algún cambio con respecto a lo que se había decidido hacer con el Arca de la Alianza.

Nadie se lo había confirmado, pero el teniente no dudaba ni por un segundo que si los gobiernos occidentales sabían de la existencia del Arca, el servicio secreto israelí también estaría enterado. Suponía que el traslado del codiciado objeto a Suiza respondía a un consenso internacional a tres bandas entre Egipto, occidente e Israel.

Aunque los acuerdos podían romperse muy fácilmente en un clima tan turbulento. Yusuf al-Misri, su antiguo comandante, su admirado instructor y protector, le había ordenado proteger el yacimiento y sacar el Arca del país, pero también le había dicho que estuviese pendiente de recibir contraórdenes si en algún momento se desencadenaban acontecimientos inesperados.

Por eso había un teléfono vía satélite en el costoso y preciado camión que hacía las veces de centro de mando. Yusuf solamente llamaría al teniente en caso de cambio de planes, simplemente dejaría un mensaje inocuo en el contestador. Cuando Osama lo escuchara, él tendría que llamar a su superior para recibir nuevas instrucciones.

El militar, disimuladamente, acechaba tres o cuatro veces al día el avisador de mensajes del teléfono, si alguien había dejado algún recado una luz roja parpadearía en la consola.

Resolvió dedicar dos o tres horas a dormir un poco, esa noche no esperaba a los vigilantes, por tanto tendría que montar guardia durante un tiempo hasta comprobar que todo permanecía tranquilo.

La tarde pasaba de prisa.

Alí y Marie, por su parte, habían decidido dedicarla simplemente a descansar y relajar los nervios. También se habían resguardado del sol, Marie en la cabina del camión, Alí en el interior del otro 4x4. El aire acondicionado era un lujo al que ninguno estaba dispuesto a renunciar, así que casi todos los motores de los vehículos

estaban encendidos.

Alí se distraía leyendo una Biblia que le había prestado John. El inglés le había marcado los pasajes donde se hablaba de Sheshonk y del Arca. Tenía lectura para rato a juzgar por las numerosas anotaciones que llenaban el libro.

La francesa trataba simplemente de serenarse, de extinguir todo deseo, de limpiar su mente mirando fijamente las ahora calmadas arenas del desierto. Intentaba que su pensamiento imitase el vacío del paisaje, aunque a duras penas conseguía sacudirse los últimos acontecimientos de su cabeza.

El mar de arena, contemplado desde el microclima artificial creado por el aire acondicionado, aparecía como una gigantesca ilusión.

El tiempo fue pasando y todos volvieron a juntarse a la hora de cenar.

John fue el último en aparecer por la tienda-cocina-comedor. Cuando caía el crepúsculo era el lugar más acogedor y cómodo de todo el campamento, el calor ya se había evaporado como por arte de magia y el frío que lo reemplazaba era eficientemente mitigado por la gran cocina portátil que hacía las veces de estufa.

Marie y John cruzaron las miradas en cuanto el inglés apartó el velo de la entrada, como si buscasen una confirmación física de que "el otro" estaba allí, de que era real y podían disfrutar de su mutua presencia durante las próximas horas. Ambos habían llegado a un estado emocional donde no existía la vuelta atrás, no se podía regresar al punto de partida, solamente había posibilidad de recorrer el camino más rápida o más lentamente, pero el final sería invariablemente el mismo, el inevitable encuentro.

El cordón invisible que unía las dos miradas fue cortado por una pregunta de Alí.

—¿Ha habido suerte con los textos?

—¿Eh?... —John tardó unos segundos en saber lo que le preguntaba el egipcio —. Sí, sí, ya los he traducido.

—¿Son partes del *Libro de los Muertos*?

—Sí, eso parecen por lo menos.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Alí.

—Oh, nada —tranquilizó John—. Que no los había visto nunca en ninguna recopilación.

—¿Son inéditos? —preguntó esta vez Marie que había despertado también de su pequeño trance.

—Eso creo —contestó John evitando mirar directamente a la cara de la arqueóloga para prevenir nuevos azoramientos.

Desde que en el siglo XIX se hiciera una primera edición del *Libro de los Muertos*, se habían descubierto muchísimos más fragmentos en paredes, papiros, sarcófagos e, incluso, amuletos y estatuillas. El volumen, publicado también con los sugerentes nombres de *Textos de las Pirámides* o *Textos de los Sepulcros*, había enriquecido su contenido y abultado su grosor incorporando las nuevas aportaciones,

aunque no siempre eran auténticamente originales, generalmente se trataba de meras variaciones sobre los textos ya conocidos.

—Entonces, habrá recitación —pronosticó Alí—. Pero después de la cena, aunque me temo que nos toca abastecernos nuevamente con las latas de Osama.

—Tampoco están tan mal —alegó el aludido.

Alí rebuscó entre las cajas y decidió hacer un revuelto con habas cocidas, arroz y pollo, juntando el contenido de hasta tres envases distintos en una suerte de cocina militar creativa. El plato era inverosímil, ininteligible, pero se dejaba comer y evocaba más a una especialidad culinaria de algún exótico país oriental que al contenido de una lata de comida preparada.

—Nunca se me hubiese ocurrido amasar semejante mezcla —dijo Osama cuando había acabado con su ración.

—Sí, aunque la verdad es que estaba bueno —reconoció John.

—Tienes buena mano para la cocina Alí —concedió también Marie.

—La comida es pura química, el truco consiste en conocer los sabores que combinan y los que no, lo demás es remover el puchero.

Todos se habían quedado satisfechos y se prepararon para el concierto oral que iba a impartir John. Dejaron el fuego encendido para combatir la paulatina bajada de temperaturas del desierto y cerraron la tienda completamente. Se había levantado algo de viento y los fuertes tejidos de los pabellones se estremecían de vez en cuando con las rachas intermitentes, preñadas de arena, que escupía el desierto.

John esperó a que todos se sirvieran un té y se acomodaran en sus asientos para empezar a leer unas notas que sacó de uno de los bolsillos de su pantalón de gruesa lona.

—Bueno, voy a empezar a leer los jeroglíficos expuestos en los murales de la primera pared, la que examinamos en primer lugar y que refería la presentación de Sheshonk ante Osiris, Thot y Anubis para que estos dioses pesasen su alma en la balanza.

El teniente Osman desconocía casi completamente los detalles de la antigua mitología egipcia, pero intentaría no preguntar nada, no quería interferir en las discusiones técnicas. Aunque escucharía encantado la disertación; total, él teóricamente estaba montando guardia en el campamento, le vendría bien pasar la noche en compañía.

John ya había ordenado sus papeles y se disponía a empezar a leer mientras los demás le aguardaban con un silencio atento, solamente quebrado por el soplo ocasional del aire golpeando las lonas.

¡Oh poderoso Osiris!

Sentado en la barca de Ra recorro la negra noche

*Para penetrar en la región de la duración ilimitada,
Para resucitar con la nueva luz del horizonte.
Te presento un corazón exento de cualquier reproche.*

¡Oh poderoso Osiris!

*"El alma que quiere vivir" es el nombre de mi barca.
"El terror de los demonios" es el nombre de mis remos.
"Ruta de Orión" es el nombre de mi timón.
"Hálito de vida" es el nombre de mis velas.
"Vigor después de muerto" es el nombre de mi puerto.*

¡Oh poderoso Osiris!

*Que las corrientes de las pasiones no dificulten mi navegación,
Que despeje la niebla que me aprieta y me rodea.
He recorrido las sendas del Más Allá,
He rechazado a los cocodrilos de los muertos,
Los que comen carne de cadáveres,
Los que se sacian de excrementos.
Conozco todas las palabras de poder,
Conozco todas las ocultas cosas.
A todos los espíritus malignos he derrotado,
A todos he llamado con sus nombres verdaderos.
Mis buenos actos me descubren lo venidero,
Mis pecados no me mantendrán aprisionado,
En un mar de fuego oscuro sin futuro,
En un tiempo que no sabe decir fin.*

¡Oh poderoso Osiris!

*La Puerta Secreta, el Camino Invisible, se muestra ante mí.
Mi barca ha arribado al Portal de la Vida Eterna.
He escapado del Mundo Inferior a un Plano Superior,
He salido de las Tinieblas y no quiero volver a ellas.
Permíteme pasar y que el juicio disponga su inicio,
La Pesada de las Palabras me concederá la dicha plena.
Todos los días de mi vida yo respeté las leyes del Dios-Sol,
Mis decretos estuvieron en armonía con los mandatos de Maat.
Llego ante ti puro, con el corazón ligero de maldades,
Concédeme entrar y recorrer con mi barca el Nilo Celeste.*

*¡Oh poderoso Osiris!
Déjame contemplar la Plena Luz del Día.
Déjame hollar los senderos de los Abismos de los Cielos.
Déjame explorar el firmamento junto a los espíritus.
Comer lo que ellos comen,
Vivir lo que ellos viven,
Saber lo que ellos saben.
Ofréceme refugio en el tiempo sin límites.
Asígname un sitio donde nunca se llore.
Déjame resucitar como tú lo hiciste una vez.
Déjame volver a nacer a la Plena Luz del Día.*

John cogió aliento. Todos le miraban expectantes, como si les debiera una explicación por los versos que acababa de declamar, pero no se le ocurría qué tipo de comentario sería más conveniente. Alí le sacó del apuro.

—No me suenan estos fragmentos, aunque son claramente una variación bastante insólita del viaje que hace el alma antes de llegar a Osiris y su presentación posterior a esta misma deidad.

Osama se había prometido no intervenir pero no pudo cumplir su juramento. Estaba francamente intrigado con lo del tránsito del alma y, además, cualquier cosa que le diese información sobre la tumba podía ser útil para incrementar la seguridad.

Cuando deseamos una cosa nunca faltan argumentos para engañarnos a nosotros mismos, somos nuestro más crédulo público.

—¿Qué viaje es ese? —preguntó el militar tímidamente.

Marie fue la que le contestó.

—Cuando el difunto era amortajado y encerrado en su tumba, su alma resucitaba y debía emprender un peligroso itinerario en un barco celeste, recorrer un mar oscuro que simbolizaba la noche, el tiempo en que Ra, el sol, está oculto.

—Ese mar estaba plagado de demonios —siguió Alí—, que intentaban apoderarse del alma del muerto y encadenarla en esa especie de infierno oceánico.

Marie, algo molesta por la interrupción del conservador, prosiguió con sus explicaciones. Era un tema que siempre le gustaba exponer a los neófitos.

—Solamente conociendo las palabras de poder, las palabras de potencia, se conseguía mantener a raya a las ánimas, que generalmente eran espíritus caídos que no habían conseguido superar la prueba de la balanza.

—De la prueba de la balanza sí había oído hablar —reconoció Osama.

—Sí —se volvió a adelantar Alí—, cuando se llega a la puerta de la sala del juicio, que también hay que abrir con una fórmula secreta, se pasa a un salón donde Osiris y otros 42 jueces asisten al examen del corazón del difunto. Si está libre de

pecado, o sea, si el órgano pesa menos que la pluma de Maat, entrará en el paraíso.

La francesa aprovecho que Alí tomaba aire para recuperar la palabra que el egipcio le había sustraído por segunda vez.

—Y, si no pasa la prueba, un monstruo devorará el corazón del finado, pasando su alma a agitarse con las olas del fatídico piélago, el mismo que hacía un momento había tenido que atravesar.

—Simbólicamente —ahora era John el que hablaba—, el viaje del fallecido era el mismo que efectúa el sol cada día. Cada crepúsculo, el astro rey se introduce en un mundo de tinieblas, de donde tiene que resurgir o resucitar cada amanecer. Los antiguos egipcios creían que todas las almas tenían que remedar el mismo viaje si querían renovarse y recuperar la luz que habían perdido con la muerte.

—¿Y qué tipo de paraíso tenían los egipcios? —preguntó Osama un poco consternado por si estaba haciendo perder demasiado tiempo a los arqueólogos, aunque éstos parecían encantados de responderle cualquier duda.

—Pues el muerto se traslada a un nuevo plano existencial de libertad absoluta —Marie había vuelto a ser la más rápida en responder—. Se convierte en un ser con los mismos poderes que los dioses, es libre de realizar cualquier acto y de visitar los tres mundos: el Cielo, la Tierra y el Mundo Inferior, ya libre de asaltos por parte de los entes desgraciados que penan y deambulan por allí.

—No es muy diferente de lo que musulmanes o cristianos entendemos por paraíso e infierno —dedujo Osama.

—Pues no —dijo John—, parece que todos los paraísos son iguales, felicidad plena y ausencia de dolor. Lo contrario es el averno.

Alí y Marie no añadieron nada más. Osama tampoco tenía más preguntas que hacer, en ese mismo instante pensaba si su alma pasaría con éxito la prueba de Osiris.

John se sirvió más té y procuró dar un largo trago a la reconfortante bebida. Desechó el folio que acababa de leer y cogió otra hoja, se disponía a recitar la segunda inscripción de la sala de columnas, la que cubría la pared donde estaban enclaustradas las quince momias de gatos y donde aparecían Thot y Bastet luchando con la serpiente gigante y sus deletéreas acólitas.

Afuera el aire golpeaba cada vez más frecuentemente las paredes de la tienda, aunque sin demasiada fuerza.

—Bien —anunció John—, voy a leer los jeroglíficos de la pared de los felinos.

*¡Oh Bastet, calma las penas de mi alma!
Aparta de mí las cosas que aborrezco,
Extingue a los entes de nombres innombrables,
Usa tu ciencia oculta contra todo lo abominable,
Devuelve a los seres mágicos a su Mundo Inferior,*

*Obstruye el manantial de tan mefítico vapor.
El valor de tu ánimo destruye lo que detesto,
Tú magia es poderosa en todo el universo.
Quiebra la columna dorsal de impuras vértebras
De los hijos de seres coronados de serpientes.
Arranca las escamas, duras como el sílex,
De los que viven arrastrando el funesto vientre.*

*¡Oh Bastet, salva del horror a mi alma!
Huye serpiente de tiempos antiguos,
Mal inclemente de alivios exiguos.
Retírate bestia de lengua ponzoñosa,
Ansia de angustia, fatiga desdeñosa.
Escapa demonio de cola de escorpión,
Torpe quelonio forrado de repulsión.
Retrocede reptil de cabeza triangular,
Vuelve a tu cubil, desastre crepuscular.*

*¡Oh Bastet, calma los dolores de mi alma!
Escóndeme de mis enemigos.
Amargor sobre amargor
Expelían sus pócimas.
Nubes sobre nubes Salían de sus brebajes.
Muerte sobre muerte
Causaban sus venenos.
Conviértelos a todos
En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.*

*¡Oh Thot, escucha mi voz!
Despójame de este veneno,
Sálvame de esta agonía,
De esta noche sin noche,
De este día sin día.
Sé que por ti yo no muero,
Ojo de todos los Mundos,
Por eso no desespero.*

*¡Oh Thot, atiende mi voz!
Que ningún mal me derrote,*

*Thot en tu casa de la luna,
Amo del tiempo que transcurre.
Thot me cura, Bastet me cuida,
Con ellos evitaré la dura caída.
Thot da vida a mis ejércitos,
Sabe el secreto de la inmortalidad.
Thot escriba de todo lo divino,
Eres el que penetra en las palabras.
Thot conocedor de los ritmos del Orbe,
Eres el que acaba con todo lo dañino.*

*¡Oh Thot, siente mi voz!
Mide tu poder con el mío, gracias a ti yo vivo.
Conviérteme en estable e inmutable,
Que los gusanos no invadan mi cuerpo,
Que la Nada me sea siempre ajena.
Dime el camino de la Mansión Escondida,
Sálvame del derrumbamiento de los Astros,
Déjame partir del ayer para alcanzar el hoy,
Te lo pido por los dos cuernos de tu luna,
Déjame existir como la persona que soy.*

A John jamás le había atraído leer en público y siempre había odiado las exposiciones obligatorias, invariablemente ante todos los alumnos, de las monografías y trabajos de su etapa universitaria. Sin embargo, ahora parecía muy metido en su papel de rapsoda. Había algo de él en los versos, porque las palabras, aunque eran de Sheshonk, siempre llevan briznas del que las transcribe. Tampoco había podido quitarse de la cabeza, mientras estaba traduciendo, que Marie también estaría presente en la disertación, quizá por eso se había sentido tan inspirado.

La francesa parecía seguir con ganas de comentar y glosar cada línea que leía John, por eso fue la primera en decir algo.

—Ahora me explico para qué quería Sheshonk tantos gatos, debía tener un miedo atroz a las mordeduras de serpiente por lo que se deduce de estos himnos.

—Quizá tuvo algún mal encuentro con alguna víbora a lo largo de su vida —comentó Alí.

—No —dijo Marie concluyente.

—¿No? —preguntó el recién censurado Alí.

—No, no lo creo —empezó a explicar Marie—, es decir, no sé si fue atacado por serpientes o tortugas. Lo que quiero señalar es que reinando Sheshonk en Bubastis,

capital de la Dinastía XXII, y siendo Bastet diosa tutelar de la ciudad, los sacerdotes oficiantes de su culto debían estar muy bien considerados dentro de las jerarquías de las clases altas. Es posible que por eso se le dedicara este fresco a la diosa felina.

—Es otra teoría —convino Alí.

—Las instituciones eclesiásticas de esa ciudad solicitarían una presencia testimonial en la tumba de su señor y la mejor manera de personificarlos sería presentando a Bastet salvaguardando al faraón del ataque de una miríada de demonios serpientes —amplió Marie, aunque ni ella misma estaba muy convencida de la hipótesis que acababa de exponer.

—¿Y el mural de abajo? —discrepó Alí—. Se ve claramente como Thot, el dios lunar de la medicina, está curando a una larga fila de lo que parecen los soldados o mercenarios del ejército de Sheshonk. No puede ser casualidad, además los textos hablan claramente de una amenaza que tiene que ver con alguna clase de veneno.

—No pudo ocurrir que los adversarios del faraón dispusieran y utilizaran alguna clase de poción o toxina contra sus tropas —dijo de pronto Osama.

Todos dirigieron la vista al teniente. El militar egipcio se quedó quieto, creyó que debía una disculpa dada la persistencia de las miradas de sus compañeros y, sobre todo, su silencio. Aunque el silencio de John era distinto, él parecía reconcentrado, parecía querer cazar alguna idea que había alumbrado su inteligencia en una fracción de segundo anterior, justo con la afirmación de Osama, pero el pensamiento se había vuelto a apagar y ocultar rápidamente en las profundidades de su mente.

—Perdón, no quería inmiscuirme en sus deliberaciones —se disculpó el teniente.

—¡No, no, qué va! —salió Alí a su rescate—. Es una explicación magnífica, la verdad es que concuerda estupendamente con el sentido literal del pasaje y con las imágenes de la pared, incluso el texto da a entender que el propio faraón resultó envenenado en algún momento de su vida.

—Yo siempre he mantenido que la mejor explicación normalmente es la más sencilla —matizó una escéptica Marie—, estas fórmulas ceremoniales abundan a lo largo y ancho del *Libro de los Muertos* y no tienen por qué cimentarse en hechos que hubieran ocurrido en la realidad.

—Eso es cierto —apoyó Alí—, recuerdo que en otras tumbas se han encontrado encantamientos contra los enemigos, contra los demonios...

—Y contra las serpientes —finalizó Marie—. La verdad es que estos fragmentos no emplean argumentos demasiado revolucionarios, aunque no recuerdo haber leído estos versos en concreto en ningún otro sitio.

—Bueno, la verdad es que yo no recuerdo ningún tipo de rima, siempre había examinado estos textos en prosa pura y dura —desaprobó Alí, aunque más que una protesta parecía una muestra de asombro ante la pericia de John a la hora de traducir.

—Yo también opino que le das un toque demasiado poético al contenido de las

inscripciones —observó Marie dirigiéndose al inglés—, aunque no te lo reprocho, quedan mucho mejor así, resultan más evocadores.

—No lo hago por capricho o arbitrariamente —se rebeló John saliendo de su ensimismamiento—. Todas las repeticiones de palabras, de frases que empiezan por los mismos términos, el uso de imágenes impactantes y expresiones fuertes son procedimientos comunes usados por los poetas de todos los tiempos. La abundancia de reiteraciones simplemente es un recurso nemotécnico que usaban los recitadores, que solían ser incluso los propios sacerdotes, para memorizar más fácilmente los versos. El que no sepamos actualmente cómo se pronunciaba exactamente cada una de las sílabas no significa que las estrofas careciesen de rima o ritmo.

—Quizá tengas razón —reconoció Marie.

—Yo estoy seguro que algunos textos del *Libro de los Muertos* se transmitieron de forma exclusivamente oral durante mucho tiempo, igual que se hizo con la Odisea y la Iliada antes que Homero las trasladase a papel —defendió enfáticamente el inglés.

—Puede que John tenga razón —convino también Alí.

—Entonces son mucho más antiguos de lo que suponemos —dedujo Marie.

—Solamente algunos, otros fueron encontrados o empezaron a utilizarse en épocas más tardías —matizó John.

—Sí, incluso hay constancia documental de cómo en el Antiguo Egipto algunos fragmentos de las sagradas escrituras fueron descubiertos debajo de alguna piedra, en medio del desierto, o cincelados en estatuas que de repente aparecían en los lugares más insospechados —contó Alí.

—Seguro que eran los mismos poetas quienes encontraban, casualmente, sus obras y las hacían pasar por confidencias de los propios dioses —dedujo Marie.

—Pues en el caso de Sheshonk —proclamó John revelador—, soy de la firme opinión que hospedaba a un elevado y original poeta en su corte, y lo debía tener comprometido en exclusiva, creo que estos pasajes del *Libro de los Muertos* no van a poder ser comparados con los encontrados en ningún otro lugar.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Marie.

—Porque el del siguiente tabique, más que un texto ceremonial parece una poesía amorosa. No recuerdo haber leído nunca nada semejante —declaró John.

—¿Una poesía de amor? Vaya, yo tampoco he tenido noticia de algo parecido —coincidió la profesora.

—Bueno, viene al caso —manifestó Alí—. Si no recuerdo mal ese panel presentaba casi en exclusiva a Sheshonk y a su esposa haciéndose carantoñas.

John ya había seleccionado la hoja de papel donde había transcrito los pictogramas esculpidos y pintados en la siguiente sección de muro. Se dispuso a leer.

Isis salvó a su hermano Osiris,

*Recorrió el mundo indefinido
Para reunir las partes de su amor,
Para resucitar a su querido,
Para traerle de vuelta al calor.*

*Yo esperé a mi hermana Nefiris,
Recorrí un mundo de dolor
Hasta recobrar el amor perdido,
Para unirme con lo más querido
Y sentir nacer un nuevo albor.*

*La hice esposa real coronada,
Diademas del Sur y del Norte
Adornan su cabeza aureolada.
Juntos pasamos la vida y la agonía,
En la vida oyendo música divina,
En la muerte escrutando la armonía.*

*Hator, déjame vivir en los ojos de mi hermana,
Desposados desharemos el Nudo del Destino.
Viviremos inmortales una vida ya no humana,
Separarnos de la tierra, común es nuestro sino.*

*Hator, descúbrenos el secreto del universo,
Si es redondo, largo, concreto o vacío inmenso,
Si la luz lo cubre por completo o es mero verso.
Muéstranos el íntimo centro de lo más extenso.*

*Calor de mi vida,
Latidos de mi corazón,
Palabras de mi boca,
Energía de mis miembros.
Si yo vivo, ella vive.
Si ella vive, yo vivo.
Si respira, respiro.
Si muere, yo muero.
Ideas de mi pensamiento,
Sangre de mis entrañas,
Luz de mi alma,*

Madre de mi horizonte.

*Pasaremos por todas las metamorfosis
Hasta convertirnos en seres perfectos.
Rodeados de nuestros mágicos sirvientes,
Caminando entre mil gritos de alegría.
Cintura luminosa, boca poderosa,
Déjame probar tus hojas de palmera.
Ante tu ser mi ser se expande,
Toma impulso, se parte y arde.*

*Somos espíritus de divina perfección
Que van al encuentro de la celeste Hator.
Nuestro amor estalló igual que el Huevo Cósmico
Y la inercia no ha dejado nunca de expandirnos.
Somos seres de luz y a la luz retornaremos.
La felicidad, misterio es hasta para los mismos dioses.*

*Néctar de la providencia llevas en las manos,
Que mi memoria sea doblemente inmensa
Para recordar todos tus minutos tan cercanos.
Soy tu rehén y nada quiero alegar en mi defensa,
Que de mis labios nunca se aparte tu nombre,
Por Ra, tú eres mi mujer y yo soy tu hombre.*

Solamente en esta tercera tanda John se atrevió a mirar al pequeño auditorio mientras leía cada frase. El suceso no era producto de un aumento de confianza o de una mayor soltura, fruto del continuado ejercicio de recitación que llevaba perpetrando desde hacía ya un par de horas, era estricta curiosidad. Porque no buscaba cualquier mirada, no, perseguía exclusivamente captar la expresión de Marie, quería ver si las enfáticas estrofas y retóricos poemas que iba desgranando poco a poco perturbaban el semblante de su antigua profesora.

Marie advirtió el cambio de proceder de John, se dio cuenta que el orador miraba únicamente en su dirección, y también sintió que el inglés lo hacía a propósito; e intencionadamente, también ella, se ofreció a participar en la danza de miradas. Se ruborizó, no porque a sus años fuese sencillo subirle los colores, sino porque era lo que John esperaba y ella quería que John, ante todo, encontrase lo que estaba acechando.

Los egipcios, convidados de piedra, no se percataron del sutil juego. De todas las

miles de cosas que pasan a nuestro alrededor solamente unas pocas llaman nuestra atención.

Terminó la lectura, terminó el duelo. John bebió un poco más de té, el esfuerzo realizado para traducir tan elaboradamente las inscripciones de la tumba en tan poco tiempo le estaba empezando a exigir una deuda de descanso que, parecía, todavía no estaba dispuesto a saldar. Se restregó levemente los ojos con las manos. Mientras, Alí se había dirigido a la cocina y había puesto agua a hervir con la clara intención de preparar otra tetera.

—No es por nada —dijo el egipcio vuelto de espaldas—, pero creo que no hay mucha continuidad argumental entre una parte y la siguiente.

—Sí, es totalmente cierto —dijo John—. Pero hay que pensar que estos fragmentos no son parte de un texto continuado. Recordad que se encontraban desperdigados por todo el largo y ancho de la pared, sin formar una unidad, son más bien estrofas descabaladas, aunque todas hablen del mismo tema. En cuanto a la irregularidad en las medidas y en las rimas, me temo que es culpa exclusiva del poco arte del intérprete, es decir, yo mismo.

—No querían dejar ningún espacio sin cubrir en la composición pictórica de las paredes —interpretó Marie—. El pintor dibujaba las figuras centrales en cada paño y luego era trabajo del escriba rellenar el fondo con unas líneas relativas al argumento o materia del lienzo.

—Sí, esto es correcto —dijo John—, pero volviendo a lo que adelanté antes de leer, sigo insistiendo en que estos retazos de poesía amorosa son claramente inéditos dentro de la tradición de inscripciones funerarias egipcias, aunque el artista use expresiones parecidas, incluso calcadas, a las del resto de textos del canon establecido.

—A mí me parece que figuran tanta originalidad por la pericia del traductor, a pesar de su confesa modestia; es más, creo que el único poeta inédito que ha puesto los pies en esa tumba eres tú mismo, John.

Los tres rieron la ocurrencia de Marie.

—Bueno, reconozco que a lo mejor me he pasado un poco con la lírica pero, aparte de malos versos fruto de un aprendiz de rimador, hay otros rasgos claramente originales.

—¿Qué rasgos? —preguntó Marie.

—Pues el utilizar un nombre propio, un nombre de persona que nada tiene que ver con el panteón de dioses establecido ni con la mitología egipcia —dijo John con autoridad académica.

—¿Qué nombre? —solicitó Alí que, la verdad, no había estado muy atento en la lectura precedente.

—El de Nefiris.

—¡Ah, es cierto! —expresó el conservador del Museo de El Cairo, todavía tratando de recordar en qué parte de la poesía aparecía el apelativo.

—No me suena de nada ese nombre ¿Quién era? —inquirió Marie interesada.

—Pues según la transcripción era la hermana y esposa del faraón —dijo John.

—¡Ah, sí, ya recuerdo! —exclamó Alí de nuevo, dando la impresión de hacer excesivos esfuerzos para evocar algo que había sido leído hacía apenas cinco minutos.

—¿La hermana y la esposa al mismo tiempo? —preguntó un estupefacto Osama.

—Me temo que sí, igual que Isis y Osiris —aseguró una Marie algo divertida al advertir la perturbación del escandalizado Osama.

—Pero eso no podía ser posible —insistió el militar.

—Sí, era posible —aseguró la francesa—, y además muy normal. El incesto entre parientes consanguíneos ha estado tolerado, consentido y, a veces, promovido entre las familias reales de muchos imperios a lo largo de la historia.

—¿Dónde? —siguió apremiando Osama.

—Pues, aparte de en el Antiguo Egipto, en el Perú de los incas o en el Hawái tradicional —contestó Marie.

—¿Pero, por qué lo hacían? —el teniente todavía se resistía a creer en la existencia de lo que, a sus ojos, era una auténtica aberración.

—Hay varias explicaciones —empezó a aclarar Marie—. Una de ellas es que los reyes o faraones, sobre todo los considerados dioses vivientes, estaban imbuidos de divinidad, de fuerza congénita, por ser hijos a su vez de un dios, es decir, de un padre divino. Este padre sobrehumano trasfiere parte de su potencia a sus descendientes; pues bien, se consideraba que el casamiento entre dos descendientes directos de un dios, es decir, entre dos hermanos, producía a su vez herederos con doble poder, con doble divinidad.

—Si un faraón hubiese aceptado casarse con una plebeya, sus descendientes serían considerados solamente como medio dioses —agregó John—. Por eso se consideraba conveniente el casamiento entre los hermanos de un faraón, para que la divinidad, por decirlo de alguna manera, no se diluyera.

—Hay otra explicación menos etérea —Marie dominaba el tema—, que dice que los casamientos entre hermanos reducían la posibilidad de que otros miembros de la familia real no casados con hermanas y, por lo tanto, con menos divinidad que ofrecer al pueblo, reivindicasen derechos de sucesión.

—Y otra razón más, y no menos importante —John tomó el relevo de Marie—, si había una herencia para repartir después de la muerte de un monarca, el matrimonio entre hermanos aseguraba doble patrimonio. Esto era importante cuando el legado lo conformaba un país y no se quería dividir el territorio entre varios herederos.

—Era una costumbre curiosa —concedió Osama.

—Bueno, —reforzó John—, el fenómeno no es exclusivo de las familias reales pretéritas, hoy en día todavía se sigue practicando en algunas tribus indígenas una especie de incesto atenuado. Consiste en escoger como esposa preferente de cualquier varón a la prima carnal del mismo.

—Pero eso también lo hacen o lo hacían algunas tribus árabes —admitió un Osama algo encogido.

—Sí, es la misma forma de conservar el patrimonio familiar —asintió John.

—Pero está permitido por la ley —trató de justificar el militar.

—Bueno, por la ley islámica sí —matizó Marie—, pero hay otros países y religiones donde ese tipo de matrimonios entre primos hermanos serían considerados también como incesto, y por lo tanto prohibidos.

—La cultura impone sus leyes y no son las mismas en cada lugar —observó John.

Osama se quedó pensativo. Le costaba admitir que el matrimonio entre hermanos de los antiguos egipcios pudiera ser algo mínimamente lógico y racional. Hay fronteras culturales que son difíciles de atravesar, son tan profundas como barrancos, tan insondables como fosas abisales.

Alí propuso abrir otro frente de discusión.

—Las inscripciones también dicen que Sheshonk esperó un doloroso lapso para emparejarse con su hermana... —Alí dudó—, o esposa, la tal Nefiris. ¿Dónde estaba ella?

—No lo sé —reconoció John—, tal vez podamos encontrar la respuesta en la larga serie de jeroglíficos pintados en el pasillo que conduce a la trampa de Sheshonk. Los signos allí plasmados parecían contener un relato, una especie de vida historiada del faraón.

—Pues eso también se sale de lo corriente —aseguró Marie—. Qué yo sepa no hay registros del reinado de los monarcas en sus templos funerarios.

—Ya, sólo se han podido recoger datos aislados, pero éste no parece el caso —dijo un satisfecho John.

—Creo que esta tumba es excepcional —proclamó Alí mientras sus dos colegas asentían con la cabeza.

El viento seguía impartiendo su larga letanía, las rachas se mostraban cada vez más insistentes en su continuo golpeteo contra las paredes de la tienda. Hacía ya mucho tiempo que había anochecido y los cuatro integrantes de la misión continuaban consumiendo grandes cantidades de té para combatir un frío que ya se hacía notar a pesar del calor que irradiaban los fogones de gas de la cocina.

—Bueno, creo que voy a leer la cuarta y última serie para que podamos irnos a dormir, ya es bastante tarde.

John rebuscó entre sus apuntes la hoja que era la única que todavía no había recitado.

—Os recuerdo que estas inscripciones estaban grabadas en el yeso de la cuarta pared, donde aparecía el faraón, la diosa Sejmet y las escenas del ejército faraónico saqueando lo que parecía ser la ciudad de Jerusalén.

—Tal vez estos fragmentos nos den alguna pista sobre el paradero del Arca —confió Marie.

—Yo no voy a adelantar acontecimientos —dijo John—, voy a empezar a leer.

*Desnudo estoy bajo los soles del mundo,
Buscando una sombra que no es la mía,
Voy recorriendo la tierra toda entera,
Persiguiendo un lloro que oigo en la lejanía.
Arde mi cabeza como quema mi alma,
El anhelo de venganza es mi inflexible guía.
El horizonte se aleja cada vez que lo miro,
Pero el deseo de justicia vence mi melancolía.*

*Sejmet fiera, Sejmet sombría, Sejmet bravía.
Diosa de cabeza de leona, paso majestuoso,
Que mi ejército sea inmune a la hechicería.
Sejmet, diosa poderosa, belleza furiosa,
Que mis hombres queden libres de brujería.
Yo, difunto, triunfo sobre los magos enemigos,
Custodiando el impío poder de la herejía judía,
Imponiendo atroz término a su pérfida idolatría.*

*Soy el Mañana, soy el Ayer, soy el Día.
Soy Sheshonk, Señor de los Terrores,
Soy el que siempre mira hacia delante,
El que contempla millones de años,
El Ojo divino del dios halcón Horus,
El que reside dentro del Sol Cósmico,
La cabeza que ciñe las dos coronas.*

*El cielo fue creado para mí,
Poderosas son las palabras,
Si son emitidas por mi boca.
Por nadie soy conocido,
Por todos grandemente temido.
Recorro el tiempo inalterado,*

*Vivo aquí igual que en el pasado,
Cubierto por el fuego,
Sostenido por el agua,
Escoltado por la tierra,
Vengado por el aire.
Rompe mi serena quietud
Y la maldición te alcanzará
Devorándote con prontitud.*

*Llega la noche de las perpetuas tempestades.
Yo soy aquel que en otra época creo a los dioses,
Yo avivo por el día el fuego que destruye la tierra,
Yo soy el que mencionan todas las Escrituras.
Señor de los Años Infinitos es uno de mis títulos,
Príncipe de la Eterna Duración es mi regia condición.
Vencedor del dios oriental, dueño de su poder,
Sólo quiero y debo tener aquello que puedo esconder.*

—Pues esto es todo —dijo John mientras dejaba la última hoja sobre la mesa.

Hubo un momento de intenso silencio, de profunda introspección, aunque la pertinaz ventisca se empeñaba en romper la meditación con sus cada vez más insistentes y furiosos ramalazos.

—Has hecho un gran esfuerzo —apreció Marie al cabo de uno o dos minutos.

—Gracias, pero esta última tanda podía haberla redactado mejor si hubiese dispuesto de más tiempo y hubiese estado menos cansado —confesó el inglés.

—Vuelve a aparecer un nombre propio —dijo Alí que quería comentar lo que acababa de oír—, en este caso el del mismo faraón Sheshonk.

—Sí —reconoció John—, no se puede decir que el soberano peque de modestia en estas inscripciones.

—Bueno, era un dios viviente —manifestó Marie—, tenía derecho a darse un poco de autobombo póstumo.

—Parece que vuelve a lanzarnos una maldición.

Alí aludía a la parte que más le inquietaba de toda la recitación, pero los demás no se dieron por enterados, tomaron el comentario del egipcio como una simple broma, tan oída y repetida que ya no hacía ninguna gracia.

John se creyó en el deber de establecer una especie de resumen analítico de los cuatro textos que había leído en una noche que ya se alargaba demasiado.

—Bien, con Sejmet ya han sido nombradas y homenajeadas las tres diosas que figuran en la lápida que sellaba la entrada a la tumba. Aparte de la primera pared,

donde aparecen fragmentos del juicio de Osiris muy similares a lo ya visto y descifrado en otros mausoleos, hay un lienzo dedicado a Bastet, diosa de la magia; a Hator, diosa del amor y la fecundidad; y Sejmet, protectora de la guerra y el combate. El faraón dedica tres paredes a sus advocaciones favoritas y deja una cuarta para convencer a Osiris de que su alma está libre de pecados y puede traspasar tranquilamente los umbrales del cielo.

—Y hay referencia clara al Arca —remató Marie.

—Desde luego —admitió John—, en este último panel se menciona a los hebreos. Esa ciudad sitiada y conquistada tiene que ser con seguridad la Jerusalén del año 1000 antes de Cristo.

—Sheshonk menciona dos veces "el poder" del dios de los judíos —razonó Marie—, y las dos veces dice que lo custodia, que es su dueño.

—Con toda seguridad ese "poder" tiene que ser el Arca —interrumpió John—. Los sacerdotes israelitas creían que el Arca era una manifestación material y terrenal de la gran energía y fuerza de Yahvéh.

—¿Y el lugar donde Sheshonk conserva y vigila el Arca...? —preguntó Marie afectando ingenuidad porque ya sabía la respuesta.

—Tiene que ser esta tumba —dijo John con algo parecido al entusiasmo—. Aquí se guardarían todos los tesoros y objetos importantes que el faraón había poseído a lo largo de su vida.

—No hay duda que si el Arca está en algún sitio tiene que ser aquí, en este emplazamiento —certificó Alí para mostrar que también estaba de acuerdo con la conclusión de sus dos colegas.

—Estamos ante el descubrimiento del siglo señores —aseguró la doctora con mirada maquiavélica.

—Creo que no debemos echar las campanas al vuelo —tranquilizó John—, todavía podemos encontrarnos muchas cosas ahí abajo y no todas serán agradables.

—¿Y qué hay de esos magos que aparecen por todas partes? Estas últimas inscripciones los identifican claramente con los judíos —preguntó un Alí más preocupado y obsesionado, desde el incidente de la trampa de las lentes, por la maldición del faraón que por convertirse en un arqueólogo famoso.

John le miró durante unos segundos, luego perdió la mirada en el vacío, estaba intentando recordar. De pronto encontró el pensamiento que había acudido fugazmente a su cerebro cuando Osama expuso su anterior intuición de que era posible que las tropas de Sheshonk hubiesen sido atacadas por pociones o toxinas. La idea había escapado tan rápido como consentía su cansancio acumulado y cuando intentó volver a ella ya no pudo encontrarla en ningún pliegue de su razón. Ahora el comentario de Alí la había recuperado de nuevo y entrañaba más profundidad de lo que parecía.

—¡Es cierto, es cierto! —exclamó excitado— ¡Sabía que algo se me había escapado!

—¿El qué? —preguntó la francesa intrigada.

—Hay una borrosa teoría que asevera que los sacerdotes judíos eran en realidad también magos —John trataba de encontrar las palabras adecuadas—. Magos que aprendieron su secreto oficio aquí en Egipto, antes del Éxodo de Moisés. El presentimiento expuesto antes por Osama podría ser correcto.

—¿El tiempo de Moisés? ¿Magos? —dijo Marie con extrañeza.

—Del protohistórico Moisés a la época de Sheshonk no transcurrió demasiado tiempo, unos 250 años según la cronología más probable —dijo John intentando vencer por el momento el reparo temporal a medias expuesto por Marie.

—No te sigo John —a la arqueóloga no le entusiasmaban demasiado las fantasías especulativas no probadas científicamente.

—Bueno, verás, hay referencias de que Moisés y su hermano Aarón, primer sumo sacerdote judío y considerado el fundador de la institución sacerdotal hebrea, tenían conocimientos avanzados de la magia y hechicerías que, a su vez, ejecutaban también los sacerdotes egipcios al servicio de los faraones de ese tiempo, más concretamente del poderoso Ramsés II.

A Allí, ante tan notables y arriesgadas conjeturas, solamente se le pudo asomar a la memoria el Hotel Ramsés Hilton, en el que tan agradablemente habían cenado hacía apenas cuatro días y que ya parecían cuatro meses. Los acontecimientos aceleran el paso del tiempo tan deprisa que vivir una vida intensa es lo más cercano a viajar a la velocidad de la luz. Einstein tenía razón, el tiempo es relativo al observador. Allí alejó el pensamiento de su mente por considerarlo poco apropiado, dadas las circunstancias.

John había sacado fuerzas de flaqueza, estaba dispuesto a defender su conjetura con largos argumentos que a todas luces atrasarían todavía más el momento de irse a dormir y que también amenazaban con acabar con la paciencia de Marie.

—Pero, ¿de dónde sacas esas suposiciones tan descabelladas? —objetó Marie visiblemente irritada.

—Ya sé que no son teorías científicas, pero hay una fuente histórica de fiar —se defendió John.

—¿Cuál? —Marie se mostraba algo agresiva, aunque no tenía intención de contrariar a John.

—La Biblia —dijo contundente John—, si le damos crédito en algunas cosas, también deberíamos dársela en otras.

—Bien, continúa John—accedió Marie con aire de derrota.

—Sheshonk llama a los judíos "magos enemigos", forzosamente tenía que referirse a los sacerdotes, custodios del Arca y de la tradición religiosa, sapiencial y

hermética judía.

—Sí, los judíos son famosos por la Cábala —Alí trataba de seguir la conversación y aportar algún dato adicional, aunque la ocurrencia no había sido muy pertinente.

—¿Puedes darme la Biblia que te presté Alí?

Alí no esperaba la interpelación directa de John y tardó en comprender la pregunta, cuando lo hizo sacó del bolsillo de su chaqueta el libro negro que le había prestado horas antes el inglés.

John cogió el ejemplar del libro sagrado que había traído a la excursión y empezó a rebuscar por las páginas iniciales del macizo tomo.

—Como decía —prosiguió—, en la Biblia se menciona a Aarón haciendo multitud de prodigios y milagros, inspirado, claro, por los poderes de Yahvéh. Por supuesto, tenemos que hacer el esfuerzo de extraer cualquier interpretación religiosa o mística del texto que voy a leer. Si conseguimos realizar ese simple ejercicio no podremos hablar de otra cosa que de magia pura y dura.

John encontró el párrafo que buscaba.

—Es un pasaje del Éxodo —aclaró—. Moisés y Aarón tratan de convencer al faraón de Egipto para que les deje salir a ellos y a su pueblo en busca de la tierra prometida. Como no lo consiguen piden ayuda a Dios que les insta a ejecutar una larga serie de prodigios ante el escasamente asombrado e impertérrito monarca.

Dijo Yahvéh a Moisés y a Aarón: Si el Faraón os habla, diciéndoos: Obrad algún prodigio a favor vuestro, dirás a Aarón: Toma tu cayado, arrójalo ante el Faraón y que se transforme en serpiente. Moisés y Aarón se presentaron ante el Faraón, e hicieron tal y como lo había ordenado Yahvéh. Aarón arrojó su cayado ante el Faraón y sus servidores y el cayado se convirtió en serpiente. Entonces el Faraón convocó también a los sabios y encantadores, y también ellos, los magos de Egipto, hicieron otro tanto con sus artes mágicas. Cada uno de ellos arrojó su vara, que se transformó en serpiente; pero la vara de Aarón devoró las de los otros. Se endureció el corazón del Faraón y no los escuchó, tal y como lo había predicho Yahvéh.

(Éxodo 7, 8-13)

—A partir de aquí empiezan a describirse los diez intentos que hicieron Moisés y Aarón por convencer al soberano egipcio de que no liberar a los hebreos de su esclavitud en el país del Nilo era una pésima idea.

—¿Te refieres a las diez plagas bíblicas que azotaron Egipto? —aventuró una más pacífica y conciliadora Marie.

—Exacto —confirmó John—. No voy a leer todo el pasaje porque sería demasiado largo y es muy tarde ya para semejante exégesis, así que voy a resumirlo.

El caso es que Moisés, Aarón y su cayado, que os recuerdo es uno de los objetos sagrados que se cree se guardaban tradicionalmente en el Arca, convirtieron las aguas del Nilo en sangre, cubrieron de ranas el país, de mosquitos, de tábanos, hicieron morir de peste a todo el ganado de Egipto, revistieron de úlceras purulentas a personas y animales, provocaron un granizo catastrófico, una plaga de langosta y extendieron las tinieblas por todo el país. Sólo la décima plaga, la que mató a los hijos primogénitos de todas las familias egipcias hizo posible que el faraón cambiase de parecer y otorgase por fin permiso a los hebreos para partir. Los magos oriundos de la región solamente pudieron imitar unos pocos de tales portentos, por lo que hay que suponer que Moisés y su hermano eran consumados hechiceros, con permiso y sacando fuera de este hipotético escenario, como he dicho antes, toda supuesta intervención divina.

—No comprendo a dónde quieres ir a parar John —Marie parecía cada vez más agotada.

—Tal vez me estoy extendiendo demasiado sobre este punto, pero mi propuesta es que es posible que los sacerdotes hebreos, la clase más poderosa de la estricta organización social judía y la que cobraba diezmos a las otras tribus por cuidar de su espiritualidad, eran en realidad los garantes de todos los conocimientos técnicos o científicos de ese tiempo.

—Sigue —dijo una Marie ya sin fuerzas para discutir.

—Como en todas las culturas antiguas, los sacerdotes-magos hebreos del tiempo del sabio Salomón, que también era sacerdote a su vez, podrían conocer multitud de conjuros y pociones químicas que bien pudieron sembrar el terror en las filas del ejército egipcio y en el propio Sheshonk.

—Pero, sí los sacerdotes egipcios también conocían ese tipo de sortilegios, la sorpresa debió ser más bien escasa —dijo un interesado Osama que hacía mucho tiempo que no había pronunciado ni media palabra.

—Sheshonk era un faraón novato —alegó John—, provenía del extranjero, su padre era con toda seguridad oriundo del desierto líbico, y vivió en una época de caos y anarquía total en el país. En el Tercer Periodo Intermedio las tradiciones sacerdotales y el conocimiento científico, o si lo preferís pseudocientífico o mágico, debían atravesar un periodo de profunda crisis. Se debieron perder multitud de saberes, máxime si la transmisión de los mismos era estrictamente oral. Además, los conjuros judíos parece que eran bastante más eficaces que los egipcios ya en tiempos de Moisés. Durante su estancia en Palestina debieron, todavía más, potenciar estos saberes herméticos a tenor de los acontecimientos narrados en la Biblia, y toda esta magia aparece indefectiblemente asociada al Arca en toda la tradición posterior a Moisés.

—Resumiendo —Marie no aguantaba más y quería acabar cuanto antes—, que

pudo ser que los hebreos fuesen los promotores de esos envenenamientos que tanto espantaban al faraón y a sus tropas.

—Pues, algo parecido es lo que dan a entender las inscripciones de los muros —convino John—. Por eso Sheshonk se encomienda fervientemente a Bastet, la diosa gata, protectora contra todo tipo de ponzoñas provenientes de serpientes, alimañas y, tal vez, nigromantes rivales.

—La teoría puede tener su lógica —añadió Alí—, como ya saben, cada dios egipcio tenía asociada una clase sacerdotal. Los sacerdotes de Bastet eran célebres en la antigüedad por sus antídotos, incluso hay inscripciones sin fechar que hablan de sus dotes de curación contra las flechas envenenadas que usaban algunos pueblos africanos.

—Seguramente eran la mejor protección contra la magia del dios de Israel —afianzó John.

—Yo sigo siendo escéptica con respecto a esta teoría —dijo Marie poniéndose de pie—, son meras suposiciones. No podemos basarnos en las metáforas de unos textos religiosos para establecer esas hipótesis tan arriesgadas.

—Las metáforas eran la única forma de exposición y explicación de los hechos en la antigüedad, no lo olvidemos —la boca se le llenaba de palabras a John—. Tenemos que tener en cuenta que la mentalidad de la época no es la contemporánea, hace 3.000 años no se distinguía la religión de la magia, eran dos caras de la misma moneda, los dos lados de un único espejo. La religión como algo abstracto, como separado de los fenómenos naturales y la vida cotidiana es una elaboración muy posterior que empezó a tomarse en serio en Occidente primero con Jesús y después con Mahoma. En la remota fecha a la que nos referimos había, además, una gran competencia entre religiones y los representantes de estas creencias en la tierra eran los sacerdotes. El dios con más poder traspasaba esta energía a sus clérigos y estas facultades divinas tenían que ser vistas y notadas por la gente corriente. Un dios con prestigio tenía una casta sacerdotal acreditada; e, inversamente, unos taumaturgos con visibles capacidades sobrenaturales hacían a su dios más poderoso frente al resto de panteones de la competencia.

—El conocimiento es poder —emitió Alí.

—Exacto, y en las civilizaciones antiguas mucho más que en la actual si cabe —siguió declarando John incansable—. Aunque, claro, en los textos nunca se explican las técnicas, eran secretas y celosamente guardadas, sólo se describen las consecuencias del uso de esta sabiduría y conocimientos. Por eso, tendemos a creer que los prodigios que se narran en la Biblia son metáforas y narraciones sin ningún viso de verdad; escritas o imaginadas con ánimo de propagar doctrinas abstractas, cuando en realidad esta abstracción no podía ser formulada ni comprendida por los habitantes de la época de ninguna de las maneras. Las entendemos o queremos

entenderlas ahora como metáforas porque tenemos un bagaje cultural que nos ha hecho olvidar y despreciar la realidad concreta de la magia; un bagaje cultural que nos ha hecho adoptar una mentalidad religiosa sutil, plena de comparaciones etéreas y elevadas, muy alejadas del prosaico mundo real.

—¿De verdad te crees todo lo que estás contando? —dijo Marie, muy reticente a abandonar su academicismo.

—Bueno, no todo —admitió John—, pero hay que contemplar todas las perspectivas, incluso las más extraordinarias. Existe una posibilidad de que las narraciones de la Biblia y las de estos frescos de Sheshonk puedan ser fiel reflejo de hechos históricos, tenemos que tenerlo en cuenta.

—Que los sacerdotes de esos lejanos tiempos tenían acceso a pericias técnicas que hoy nos son difíciles de aceptar es indudable —convino Alí—. No hay que olvidar que los clérigos de Sheshonk nos han demostrado que dominaban el difícil pulido de lentes de aumento y el arte de colocar trampas.

—Sí eso es cierto —admitió Marie—, y eso que la institución sacerdotal en el Tercer Periodo Intermedio debía estar ya en franca decadencia.

—Quizá no tanto —emitió un misterioso John—, al final los egipcios vencieron a los todopoderosos sacerdotes hebreos y consiguieron saquear su capital.

—¡Pues qué bien, estamos envueltos en una guerra de hechiceros! —soltó Alí pensando en los peligros que todavía podían aguardar en la tumba del faraón. Nadie contestó a la interjección.

—Otra cosa más, si me permiten —dijo Osama intentado alargar un poco más el debate.

El teniente estaba encantado de realizar una guardia tan poco ortodoxa, la larga conversación de los arqueólogos había penetrado poco a poco en lo más profundo de la noche. No pasaría mucho antes que se decidiese a ir a dormir, casi nadie se aventura a deambular por el desierto tan tarde y pronto podría descuidar la vigilancia.

—En el último texto se hace una mención a las Escrituras —dijo el teniente—. ¿Esto es una casualidad? El faraón no pudo saber que posteriormente se le mencionaría en la Biblia.

John se puso colorado, después de su intento por abrir nuevas vías de investigación, su pequeña broma de las Escrituras le iba a restar mucha credibilidad a sus interpretaciones.

—Bueno, tengo que reconocer que es una pequeña licencia poética —dijo bajando la mirada—. El pictograma referente a "Escrituras" también se puede traducir por "Escritos" y seguramente este último significado sea el más correcto. No pude resistirme a traducirlo de la manera que lo hice, es una pequeña ironía que me he permitido... para mostrar que la casualidad a veces también puede vaticinar.

—¡Ya, licencias poéticas! —profirió Marie, que seguía de pie deseando concluir.

La francesa aprovechó la ocasión, como ya suponía John, para torpedear una vez más su labor de transcripción. Con todo, la sonrisa y la franca intimidad con que lo hizo desarmó cualquier intento del inglés por defenderse.

—Será mejor que nos vayamos a acostar —opinó Alí levantándose de la mesa—, es muy tarde.

—Bien —aprobó Osama—, aunque yo seguiré de guardia un poco más.

La siesta de tres horas que se había echado el militar aquella tarde le mantendría despierto y alerta todavía por un tiempo, aunque no demasiado.

Los tres arqueólogos se dirigieron cada uno a su tienda y se embutieron en el grueso saco de dormir. El viento arreciaba y se había convertido ya por entonces en casi una ventisca que chocaba discontinuamente con las murallas de tela del campamento. Los pliegues de las tiendas de campaña hacían un ruido endiablado, aunque no impidieron que Alí cayese rendido a los cinco minutos de situarse en posición horizontal.

Marie y John no fueron tan rápidos, cada uno pensaba en el otro, deseando que la cremallera de la tienda se abriese y el ser esperado penetrase dentro con cualquier excusa. Ninguno de los dos, sin embargo, se atrevía a hacer lo que anhelaba, era demasiado pronto y se conformaban con pensar cómo sería. Mientras, el aire flagelaba las lonas con denuedo, ya sin ningún signo de timidez. Los granos del desierto se impulsaban con su ayuda buscando enterrar todo rastro del campamento que había invadido sus dominios. Había que tener cuidado, mientras el tiempo pasa las arenas avanzan, siempre lo hacen.

8

¿Quién había encendido la luz? Eso pensaba la conciencia de John, todavía a medio despertar, luchando por aflorar a la superficie, por escapar del denso fluido del sueño.

La luz era el sol, que todo lo agota. El sol, que empezaba a imponer su ley en su reserva natural más querida, el baldío Sahara. No había quien continuase durmiendo con este calor. A pesar de lo poco que había descansado, John se desembarazó del saco y salió al exterior.

Se había levantado más tarde que los otros días, los trabajadores acababan de llegar y todos estaban tomando una taza del té preparado por Gamal. Debían estar ya a unos 35°; pero, por lo visto, había sido el primero en despertar. Alí, Marie y Osama seguían dentro de sus tiendas.

La arena producida por la tormenta de la pasada noche había dejado rastros de su desenfreno, se había amontonado por todos los rincones entrando, sin ser invitada, en algunas tiendas mal cerradas. Incluso los toldos del campamento habían cambiado su color verde oliva, ahora exhibían un tono terroso que ayudaba, todavía más, a mimetizar el recinto con el resto de su polvoriento entorno.

Saludó a los trabajadores y aceptó agradecido la taza de té que le ofrecía el pequeño de los Zarif, aunque hubiese preferido un café bien cargado. Gamal hoy no llevaba túnica, el joven cocinero vestía a la occidental, llevando la contraria a la uniformidad del resto de sus parientes. Sus pantalones vaqueros, su camiseta azul celeste con la estampación de un surfista cabalgando sobre una ola gigante y su calzado deportivo eran la antítesis de las raídas túnicas grisáceas y las sandalias de arruinado cuero de los otros miembros de su clan.

Al rato apareció Marie, seguida también de Osama y Alí. La francesa estaba radiante, su pelo rubio era como un faro que atraía los errantes ojos del inglés. El intenso color del cabello contrastaba fuertemente con el intenso moreno que ya lucía la piel de la arqueóloga.

John se obligó a dirigir la vista hacia otro lado y aparentar indiferencia cuando Marie le dio los buenos días. No era partidario de emprender un romance tan repentino en sitio tan inhóspito, con alguien que casi no conocía y en mitad del importante trabajo que tenía que desarrollar. Todas las excusas se las dictaba su timidez, que todavía dominaba una buena parte de su personalidad.

Las quemaduras del día anterior, producidas en la trampa de las lentes, molestaban a todos. Ahora que había pasado un día entero las llagas habían empezado a picar, a escocer, a quejarse por el roce de las camisas y camisetas. El cuello era el sitio que más había sufrido por el sol amplificado y los tres hombres adolecían de una rigidez cervical que no pasó desapercibida para los miembros de la cuadrilla de trabajo. Marie era la única que no parecía afectada por el curioso mal. La

protección que le había ofrecido John, mientras Osama taladraba la lámina de piedra que les impedía escapar, había resultado muy efectiva y ya estaba totalmente recuperada de la insolación producida por el intenso calor. Aunque, como medida de prevención, hoy parecía dispuesta a calarse una gorra que le quedaba algo grande.

La francesa calmó la curiosidad de los *fellah* contándoles que ayer sus compañeros masculinos habían tenido que realizar unas tareas sin especificar a pleno sol y que, los inconscientes, se habían quemado un poco la piel, nada grave. También les pasó a referir los progresos en la excavación que habían efectuado en la pasada jornada, cómo habían explorado el largo pasillo ascendente y cómo habían abierto una oquedad en la parte superior de una puerta para entrar en una pequeña cámara con orificios en el techo.

No mencionó ni la trampa, ni las lentes, ni por qué los egipcios iban a encontrar una habitación que disfrutaba de la plena luz del día en medio de las entrañas de una, supuestamente, velada y tenebrosa tumba egipcia. Una lámpara en el reino de la oscuridad.

Los nativos no se extrañaron por nada ni preguntaron cosa alguna. Parecía no importarles lo más mínimo que les diesen o no una relación pormenorizada de todos los detalles de la excavación o por lo menos eso aparentaban.

Su labor de esa mañana consistiría en despejar completamente el primer acceso, el que habían roto por arriba los investigadores para escapar de la trampa y abrir una segunda puerta. Ambas estaban embutidas en unas acanaladuras talladas en el marco, por lo que habría que taladrarlas por entero. Marie les dijo que no se preocupasen por los destrozos en las piedras, que no tenían ningún valor al no poseer ningún tipo de grabado o pintura. Ella misma y Alí supervisarían los trabajos.

No cabía duda, la francesa tenía dotes de mando. Ahmed y Amir traducían las últimas palabras de Marie a sus dos sobrinos, Ramzy y Husayn. Mientras tanto, la arqueóloga se había acercado al rincón donde John acababa su taza de té, también había instrucciones para él.

—John —dijo para llamar su atención.

Marie puso una mano en el hombro del inglés, como mero gesto de amistad y confianza, pero el detective tenía el hombro requemado por el sol y apartó el cuerpo bruscamente, casi como si la mano de Marie le hubiese producido un doloroso calambrazo.

—Vaya, lo siento —dijo riendo—, luego si quieres te ayudo a ponerte un poco de crema. Favor por favor.

John se azoró, sabía que se había pasado de vueltas jugando a los médicos el día anterior, pero no esperaba que la francesa se lo echase en cara delante de todo el mundo. Intentó odiarla por eso, otra razón para tapar el camino a sus sentimientos, otra excusa para que su timidez venciera la batalla que se estaba fraguando en su

interior.

Por supuesto, Marie no le estaba reprochando nada, incluso decía en serio lo de ayudarle a untarse alguna pomada antiquemaduras y, evidentemente, los demás eran totalmente ajenos a cualquier clase de conjetura, suposición o sospecha concerniente a la incipiente mutua atracción que gravitaba sobre los dos europeos.

—John —volvió a repetir Marie—. Tú dedica la mañana a grabar los jeroglíficos del corredor ascendente con la videocámara de Alí.

La directora se volvió al egipcio.

—Tienes esa cámara, ¿no es cierto Alí?

—Sí, por supuesto, la tengo en la tienda. Ahora se la daré a John.

—Bien, pues manos a la obra —dijo Marie dando una palmada como si estuviese en un colegio y ella fuese la profesora, sería una deformación profesional de su trabajo como docente en la Universidad de París.

Osama parecía, a priori, que no tenía que realizar ninguna ocupación urgente esa mañana. Pero no tendría esa suerte. El viento de la noche pasada había destensado las cuerdas y anclajes de las tiendas de campaña y la mayor parte de los toldos. Tendría que repasar la instalación completamente, si se levantaba otro vendaval como el de ayer el campamento entero podría ser trasladado a otro sitio sin ningún aviso previo.

Dentro de la tumba, John había aprendido a manejar la cámara de vídeo digital de Alí en dos minutos, era relativamente moderna y muy sencilla. Ahora trataba de captar cada línea de jeroglífico del techo, pero eso le obligaba a permanecer en una posición bastante molesta para su enrojecido cuello. Con todo, era un dolor que podía aguantar. A pesar de poseer un cabello moreno, casi negro, su piel era blanca, mucho más blanca que la epidermis de Alí y la curtida piel de Osama. Ellos habían sufrido menos en sus carnes los diez minutos de exposición en la tostadora de Sheshonk.

Mientras el inglés grababa, Marie y Alí fiscalizaban el trabajo de los Zarif. Ahmed, con la ayuda de su hermano Amir, estaba reduciendo a pedazos la última puerta, la que los enfrentaría de nuevo a lo incierto, a la terra incógnita. Los dos sobrinos, mientras tanto, recogían los trozos de piedra deshecha y los sacaban al exterior usando unos cestos o capachos que cargaban sobre la cabeza o sobre alguno de sus hombros.

Ninguno de los obreros se había extrañado al comprobar que el sol, ya indefenso, entraba por los múltiples agujeros de la angosta habitación en la que estaban trabajando. Por supuesto, habían deducido por sí solos que debían estar en la cima de la montaña, pero no veían nada anormal en excavar una catacumba con luz natural, tampoco parecían requerir o demandar ningún tipo de declaración que les explicase el chocante fenómeno.

Alí, por su parte, agradecía como nadie las diáfanas filtraciones de la bóveda, podían trabajar sin usar las linternas y la claridad le hacía olvidar casi completamente

que estaba en el interior de una tumba, a casi 50 metros de la salida más cercana.

La francesa vigilaba preocupada todos los pasos de los Zarif, si habían encontrado una trampa todo hacía suponer que podían hallar más.

La segunda lámina de piedra estaba casi desmantelada. Se podía advertir a continuación un gran hueco cuadrado, el agujero por donde había caído a plomo el gran bloque que había liberado Marie al accionar la palanca de la trampa.

Estudiar el mecanismo que casi les había hecho perder la vida se prometía interesante para cualquier arqueólogo, pero tendrían que ser otros los que desentrañasen las habilidades de los arquitectos e ingenieros del faraón. Ellos tenían prisa.

Marie pidió a los cuatro trabajadores que buscasen en el campamento unas tablas o planchas de madera o hierro para tapar el orificio y evitar que alguien se cayese dentro. Los Zarif no discutieron las órdenes pero, ahora sí, se extrañaron que sus jefes dejaran sin sondear lo que parecía un pasadizo, sin preocuparse de explorarlo o de tantear siquiera su profundidad. Experimentaban una rara sensación, como si pensaran que los arqueólogos ya habían estado allí antes y conociesen de sobra dónde desembocaba la recién descubierta cavidad.

Ahora, Marie y Alí, tenían ante ellos otro largo pasillo, otro lugar que no había pisado nadie en 3.000 años. La agitación volvió a hacerse dueña de la situación, volvió a zarandear sus corazones, volvió a nublar su entendimiento.

No se atrevían a dar un paso. Marie se había plantado en medio de las tablas que ahora cubrían el suelo y meditaba sobre lo que sería más acertado para emprender el reconocimiento de este nuevo segmento de catacumba. Ante ella empezaba un tramo de corredor descendente con la irregular mezcla de rampa y escalones ya vista anteriormente. No se veía el final del mismo y era aparentemente de igual forma y factura que el que les había conducido hasta la cumbre del montículo desde la sala columnada: poseía el mismo tejado a dos aguas, las mismas dimensiones y el mismo nivel de inclinación. Debían ser casi simétricos, un pasadizo de subida hasta la cima de la colina y otro de bajada que te devolvía otra vez a las entrañas de la tierra, eso si habías conseguido sobrevivir a la trampa presidida por la efigie de Ra, el dios sol.

Marie reflexionaba antes de adentrarse en lo desconocido, estaba segura de una sola cosa, quería a John a su lado. Algo en lo más recóndito le decía que no debía fiarse de Alí, quizá sería porque había entrevisto durante la prueba de Ra la máscara de enloquecido que había dominado las facciones del egipcio. Sin embargo, pronto desecho esa ilación de pensamientos por infantil y ridícula, aunque no la conclusión.

—Bueno Alí —dijo—, parece que otra vez toca adentrarse en el corazón de la montaña.

—Ya veo —indicó lacónico el egipcio.

—¿Hueles lo que yo? —preguntó la arqueóloga.

—Sí, lo huelo —confirmó Alí.

—Mal asunto.

—Sí, bastante feo.

—Creo que no voy a introducir a los trabajadores en este pasadizo, el camino parece despejado de obstáculos, así que mándales al exterior a descansar. —De acuerdo.

Alí se volvió y dijo algo en árabe a Ahmed, que estaba justo detrás de él. Éste transmitió al resto de su familia que tenían un par de horas libres y que fuesen saliendo de allí.

—Voy a buscar a John —declaró Marie dejando a Alí solo frente a la embocadura del corredor.

El inglés ya casi había acabado de filmar los pictogramas del techo. La francesa se le acercó por detrás.

—John, ¿qué tal vas?

Para no perder la continuidad de la imagen, el interpelado contestó sin volverse y sin dejar de grabar.

—Bien, me queda muy poco para terminar de recoger todos los jeroglíficos, aunque para traducirlos tardaré bastante más. Esto parece una Biblia.

—John, hemos abierto la segunda lápida —anunció Marie con frialdad.

—Estupendo. ¿Qué os habéis encontrado?

—Una escalinata de bajada, casi un reflejo de este pasillo —contestó Marie.

—Todo lo que sube, baja.

—Ya —expresó resignada Marie—. He mandado a los trabajadores fuera, no quiero exponerlos, puede que nos encontremos con más sorpresas allí abajo.

—Bien, mientras menos gente tenga ocasión de tirar de la primera palanca que encuentre, mejor —profirió John malicioso.

—Eres muy gracioso —respondió la francesa con fastidio.

—¿Hay más jeroglíficos? —preguntó interesado John.

—No, no creo —declaró Marie insegura—. Lo que parece que hay son pinturas.

—¿Pinturas?

—Sí, pero no se pueden distinguir demasiado bien. Están muy deterioradas.

—¿Deterioradas? —John expresaba incredulidad— ¿Por qué? ¿Hay algún derrumbamiento?

—No, hay humedad —dijo compungida Marie—. Mucha humedad.

John apagó el potente haz de luz de la videocámara y se dio la vuelta para mirar a Marie.

—¿Humedad? No puede ser, estamos en medio del desierto —la cara de John exteriorizaba su perplejidad de igual manera que sus palabras.

—Será alguna infiltración de aguas subterráneas —esbozó Marie a modo de

primera explicación.

—Vaya, mala suerte.

—Ven cuando puedas, Alí y yo te esperaremos para efectuar un primer sondeo.

—Voy en un minuto —dijo mientras volvía a encender otra vez el aparato y dirigir el objetivo hacia el techo.

La aparición de la humedad en un yacimiento arqueológico era una pésima noticia siempre. El agua era un agente de erosión tremendamente potente, el buen estado de conservación de los frescos que habían tenido la suerte de disfrutar hasta ahora sería imposible de encontrar en esa nueva sección del monumento mortuario.

Inmediatamente después de los diez minutos que tardó John en acabar su filmación, los tres arqueólogos estaban dispuestos a empezar la nueva exploración. John comprobó con sus propios nervios olfativos el gran olor a salitre que desprendía la entrada del pasadizo.

Las pinturas del techo y las paredes estaban en su mayor parte desprendidas de los muros de piedra, colgando muchos fragmentos, en el suelo multitud de porciones de la capa original de yeso pintado que seguramente había cubierto por entero la profunda y declinante galería.

La persistente humedad había tenido como efecto que gruesas capas de nitrato de potasio emergiesen de la piedra caliza, un tipo de roca que suele presentar un gran porcentaje de sales en su composición mineral. El continuado contacto con el agua y el aire había provocado que dichas sales presentes en la roca cristalizasen. Al cristalizar habían aumentado su tamaño formando costras y habían empujado grandes fragmentos de la capa de yeso pintado hasta desgajarlos de la piedra y lograr que éstos cayesen al suelo por su propio peso.

El mismo proceso que ahora contemplaban abatidos los tres investigadores había sucedido en muchos otros yacimientos y era el pan de cada día de los arqueólogos de otras latitudes más lluviosas, aunque en Egipto tampoco era infrecuente. A pesar del clima extremadamente seco podía llover torrencialmente durante unos cuantos días al año, suficientes para acabar con las pinturas de un buen número de tumbas si las riadas y torrenteras conseguían filtrar su mojada carga en el interior de los enterramientos.

Eso en cuanto a los elementos climáticos imposibles de controlar, pero otro peligro más sutil amenazaba el buen estado de preservación de los murales pintados de los innumerables templos egipcios: los turistas, más concretamente el hálito de los millones de visitantes que volaban al país del Nilo a contemplar los esplendores de épocas pasadas. El aliento de tantas bocas y el sudor de tantos cuerpos transformaban el seco ambiente, ideal para la conservación de los restos, en una atmósfera con un alto grado de humedad que contribuía a generar los mismos cristales salinos y la misma devastación que ahora contemplaban los apenados egiptólogos.

Los expertos ya habían avisado al gobierno egipcio de los resultados de las aglomeraciones humanas si no se instalaban los adecuados aparatos de ventilación y dispositivos medidores de la calidad del aire. La atmósfera seca que había contribuido a mantener inalterables los restos durante milenios se trocaba, fruto de tantas visitas descontroladas, en un ambiente cargado de letal humedad y esto tenía consecuencias devastadoras.

Muchas tumbas habían tenido que cerrar, al poco tiempo de ser abiertas al público, para su restauración inmediata ante el peligro que corrían las pinturas. Pero el gobierno egipcio no tenía medios para impedir el libre deambular de tantos viajeros ávidos de contemplación artística. Era tanta la riqueza que no había manera de protegerla íntegramente.

Ante Marie, John y Alí se presentaba un terrible dilema. Generalmente, en una situación normalizada y en una excavación estándar, el procedimiento a seguir sería recoger con cuidado todos los fragmentos esparcidos por el suelo, clasificándolos y precisando el lugar de recuperación de los mismos. En una segunda fase había que volver a pegar los trozos que colgaban de las paredes y que estaban a punto de desprenderse. Seguidamente, había que fijar todas las porciones de decoración, tenían que ser cepilladas, sopladas y limpiadas metódicamente con varios productos químicos hasta conseguir disolver por entero la sal acumulada. El último paso era reconstruir en un ordenador, con toda la información disponible, el conjunto completo de las escenas que habían mostrado originariamente los frescos.

Era como un gran rompecabezas y todo se hacía muy despacio, centímetro a centímetro, para no extraviar ningún elemento de las valiosas decoraciones. Sí, los tres arqueólogos tenían una disyuntiva bastante embarazosa a la que tenían que dar cumplida respuesta antes de continuar adelante.

—Bueno —Marie empezó el debate— ¿Qué hacemos?

—No creo que tengamos mucho margen de actuación —insinuó Alí.

—Es una irresponsabilidad deambular por este pasillo sin haber recogido todos estos fragmentos desperdigados y marcado antes su posición —denunció Marie bastante efusivamente.

—Pero eso nos llevaría días, meses, no nos lo van a permitir de ninguna de las maneras —insistió el conservador del Museo de El Cairo.

Marie trató de pensar. El egipcio tenía razón, ahora que Osama conocía la localización de la tumba, nada impedía al gobierno egipcio sustituirles por otros arqueólogos menos escrupulosos que ellos. A la francesa no le gustaba nada, pero tendrían que olvidarse de rescatar esos fragmentos de yeso pintado; además, los tres habían recibido órdenes explícitas, no deberían sacar del yacimiento nada más que el Arca, si es que ésta reposaba allí, claro. Pero la investigadora no se resignaba.

—¿Qué podemos hacer? —Marie volvió a pedir ayuda.

—Bueno —opinó John—, creo que Alí tiene razón, no nos dejarán sacar estos restos.

—¿Y qué sugieres? ¿Qué pasemos por encima y los acabemos de machacar? —dijo Marie señalando a la multitud de fragmentos que alfombraban el suelo del pasadizo.

—Eso sería poco profesional —dijo Alí.

—Sería de bárbaros —convino Marie.

—Pues hay que decidirse —John metía más presión a la olla— ¿Llamamos a nuestros contactos y les decimos que vamos a necesitar un par de meses para restaurar unas pinturas que nos hemos encontrado esparcidas por el suelo?

—Está bien, está bien —accedió Marie—. Tendremos que optar por la solución menos mala, la que no suponga ninguna pérdida de tiempo.

—Apartar a un lado los fragmentos —adivinó John.

—Exacto —confirmó Marie—. Hay que ir a por una pala y, conforme vamos recorriendo el pasillo, retiraremos a los lados las porciones de pintura. Puede que una expedición posterior hasta pueda restaurar el mural.

—¿Y los fragmentos a punto de desprenderse? —preguntó Alí.

—Si penden de un hilo, lo mejor es ahorrar el trabajo al padre tiempo y depositarlos en el suelo, pero solamente si corren el riesgo de caerse con el mero sonido de nuestras pisadas o el eco de nuestra voz. Si parece que aguantan ni los tocaremos.

Era la mejor decisión posible, pensaba Marie, aunque imaginaba las feroces críticas que tendrían que hacerles cumplidamente y obligatoriamente los arqueólogos que se ocupasen posteriormente de la sepultura. Seguro que los tacharían de irresponsables, de usar métodos propios del siglo XIX, y con razón.

John fue a por una pala al campamento. Aprovechó para dejar la videocámara dentro del camión, informar a Osama de lo que habían encontrado y para decir a los trabajadores que no tendrían faenas que acometer por lo menos hasta después de la comida, a no ser que el teniente les quisiera emplear para realizar algún quehacer en el exterior. A continuación volvió a adentrarse en el interior de la tumba.

Cuando llegó a la altura de Alí y Marie los encontró sentados, inmóviles y sin hablar entre ellos, parecían desanimados.

—Bien, ya estoy aquí —profirió en voz alta para que advirtiesen su presencia.

—Estupendo —dijo Marie irguiéndose del suelo.

—¿Quién irá primero? —preguntó el egipcio.

—Yo lo haré —dijo Marie segura de sí misma cogiendo la pala que traía John.

—Bien, pues yo me encargaré de desprender de la pared los trozos más inestables y depositarlos en el suelo —manifestó John.

—Yo haré de coche escoba, arrimaré todavía más los fragmentos a la base de la

pared si esto es posible —concluyó Alí.

Los tres empezaron la tarea, caminando sumamente despacio, tratando de adivinar, por las porciones de pintura todavía sin desprender de los estropeados tabiques de piedra caliza, el contenido y motivo de los frescos. No parecían extremadamente originales y esto les consolaba un tanto. Eran, más que nada, escenas de la vida cotidiana del faraón, cazando, pescando, disfrutando de la plácida vida de la corte, contemplando despreocupadamente cómo trabajaban el campo sus criados o cómo cuidaban de su ganado.

Eran actividades típicas, plasmadas por los artistas egipcios en muchos otros enterramientos diferentes y en distintas épocas. Simbolizaban la vida que había llevado el faraón durante su regencia y la que debería seguir disfrutando en el Más Allá después de muerto. En los reinos de ultratumba el monarca, o mejor sus sirvientes *Shabtis*, también estaban obligados a plantar semillas y arar la tierra durante toda la eternidad para cubrir las necesidades alimenticias de un alma con apetitos todavía mundanos.

La escena mejor conservada que habían podido contemplar los tres arqueólogos mostraba a Sheshonk erguido sobre la cubierta de una barca fabricada con tallos de papiro. Enarbolaba un arco cargado con varias flechas y trataba de cazar algún pato de la numerosa bandada que, espantada por sus criados, salía de unos juncos cercanos a su posición. Los colores eran tremendamente vivos, tanto que parecían irreales.

Casi no había rastros de jeroglíficos en las pinturas, los fondos estaban enteramente teñidos de blanco y celeste. Sólo se dejaba ver algún cartucho solitario con el nombre del monarca y alguna línea que describía la escena y le deseaba felicidad imperecedera al protagonista de casi todos los cuadros.

Habían recorrido un gran trecho y, a medida que avanzaban, los estragos producidos por la humedad se hacían cada vez más patentes y las piedras mal talladas que remedaban los peldaños de la escalinata cada vez más resbaladizas.

Marie seguía perpetrando con afán la fastidiosa tarea de apartar hacia los laterales del túnel los cada vez más desmenuzados pedazos de yeso desprendido. Avanzaba despacio, tratando de lavarse la conciencia a base de cumplir meticulosamente con la resolución de mutuo acuerdo que habían tomado los tres integrantes de la expedición. Demasiado despacio para John y Alí, que veían como ya poco se podía recuperar, el yeso que encontraban en estos tramos finales del pasillo no contenían restos de pintura apreciables y en las paredes apenas quedaban trazas del estucado recubrimiento que seguramente habían exhibido en algún lejano día.

La sensación de sofocante humedad crecía a cada paso que daban por la inacabable rampa. En los últimos metros lo único que encontraron fueron muros desnudos que exudaban el agua que habían absorbido con anterioridad y, en el suelo, una amalgama de polvo mojado que ni siquiera valía la pena apartar. Los restos eran

a estas alturas irrecuperables. Marie se dio cuenta por fin y dejó de acarrear paladas de residuos que no valían para nada.

Ahora podían descender más deprisa, aunque procuraban avanzar pisando con cuidado, apoyándose en las paredes para evitar caídas o incluso rodar por la inclinada pendiente. La luz natural que había iluminado en los primeros tramos del pasadizo era allí completamente inexistente, por lo que tuvieron que echar mano de la artificial para seguir progresando.

Llevaban bajando más de dos horas, tenían las ropas empapadas y las gotas de sudor que resbalaban por su cara apenas les dejaban abrir los ojos si no repetían el continuo ejercicio de secarlos restregándose con la manga de la camisa o con algún pañuelo. El calor y la humedad eran una mala combinación.

Por fin llegaron a una especie de rellano con el suelo totalmente plano. Una negrura más intensa anunciaba espacios algo más amplios. Enfocaron las linternas hacia el fondo del corredor pero no consiguieron derrotar totalmente a una oscuridad que parecía pegada a los rincones. Las sombras habían dominado el lugar durante tanto tiempo que ahora les costaba marcharse.

—Este tramo de bajada es bastante más largo que el que llevaba a la cima de la colina —aseveró Marie tratando de escudriñar el final del túnel.

—Yo creo que no —le contradijo John—. Lo que ocurre es que al tardar más tiempo en recorrer la misma distancia nos parece que éste corredor es más largo que el otro. Yo pienso que deben ser perfectamente simétricos, aunque éste ha corrido peor suerte que su hermano gemelo en cuanto a su conservación se refiere.

Marie no dijo nada, no tenía ganas de discutir. Allí también callaba, pero él para disimular su creciente ansiedad.

—No parece que las filtraciones de agua procedan del techo —observó John.

—Es cierto, pero entonces ¿de dónde vienen? —dijo Marie mientras seguía avanzando con cautela por el ahora nivelado piso.

El techado del corredor horizontal que habían empezado a transitar, al contrario que el pasaje inclinado que habían acabado de recorrer, no tenía la cubierta a dos aguas, era completamente recto y bastante más elevado, debía tener casi tres metros de altura. Si había estado decorado originariamente era imposible saberlo, incluso las caras de la pulimentada piedra parecían desgastadas por tan brutal exposición a los continuos vahos.

De pronto los tres haces de luz enfocaron claramente un tabique que les cortaba el paso, justo enfrente.

Avanzaron. Marie trató de adelantarse a los demás para tocarlo pero, de repente, perdió pie.

—¡Socorro! —gritó con voz desesperada.

Había soltado la linterna tratando de agarrarse a algún invisible asidero, agitó los

brazos rápidamente pero sin encontrar nada a lo que aferrarse. Se veía perdida, sin equilibrio, a punto de caer en el negro abismo que se abría a sus pies.

Súbitamente algo le sujetó del cinturón del pantalón y le propinó un brusco tirón que le hizo caer hacia atrás, sobre su espalda.

Todos quedaron sobrecogidos por el silencio repentino que envuelve los primeros segundos después del advenimiento de lo inesperado.

Sin embargo, algo lo rompió.

¡Chooff!

Era la linterna, había seguido cayendo por la profunda sima hasta producir el chapoteo que acababan de escuchar los tres desconcertados arqueólogos.

Alí no podía más, la taquicardia y un temblor incontrolable le asaltaron sin que nada pudiera hacer por evitarlo. Estaba detrás de los europeos, a escasos tres metros. Ni siquiera había visto lo que había pasado con Marie, pero los nervios no le dejaban reaccionar y preguntar qué había sucedido.

La voz de John le sirvió de gancho para rescatarse a sí mismo, poco a poco, de su involuntario estado de suspensión de juicio y voluntad.

—¿Estás bien?

Marie también estaba aturdida. John tuvo que repetir la pregunta.

—¿Estás bien? —repitió en tono más perentorio.

—Sí, sí —contestó por fin la francesa desde las profundidades de su mente.

John ayudó a levantarse a su compañera, aunque no del todo, ambos permanecieron de rodillas para evitar más tropezones accidentales.

Marie volvía a recuperar el dominio de sus sentidos. Su antiguo alumno le había salvado otra vez.

—Gracias John —se limitó a decir.

—No hay de qué, me pillaba de paso.

Marie no intentó comprender la absurda broma que había improvisado el inglés para quitar importancia al ineludible hecho de que nuevamente le había ayudado en una situación hartamente apurada.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Marie.

—Que casi te caes a un pozo —respondió John tranquilamente, como la cosa más natural del mundo.

—¿Un pozo? ¿Cómo que un pozo? —expresó Marie incrédula.

John se afianzó todavía más en el escurridizo firme cambiando de postura y tumbándose boca abajo. Empezó a reptar hasta el gran hueco que se abría en el suelo.

Era una cavidad de la misma anchura que el pasillo que habían recorrido, casi cuadrada, más o menos de dos metros por dos metros. La boca de la sima se abría al vacío abruptamente, sin ningún tipo de aviso. John empezó a escudriñar el perfecto agujero cuadrangular en busca de alguna pista que delatase su función, si es que tenía

alguna aparte de hacer caer a los intrusos.

La potencia de su luz no conseguía llegar hasta donde empezaba el agua, porque era indudable que al fondo, muy al fondo, a juzgar por el tiempo que había tardado la linterna de Marie al caer, había algo líquido, capaz de provocar el inconfundible sonido de salpicaduras que habían escuchado hacía un momento.

Lo único que podía ver John eran las piedras, perfectamente talladas, que indicaban que el brusco giro de 90° que había tomado el corredor era obra del artífice de la tumba y no fruto de ningún cataclismo o derrumbamiento fortuito.

Las paredes del pozo estaban cubiertas de una fina y vercosa capa vegetal. Hongos, musgo o líquenes, John no tenía demasiados conocimientos de botánica, no parecían ocultar con su presencia ningún tipo de escalinata tallada en las paredes, ningún tipo de perforación que permitiese bajar a las profundidades si no era con ayuda de algún adminículo de escalador.

—¿Qué ves? —dijo Marie que ya se había recuperado y se había arrastrado también ella hasta poder mirar por el borde de la siniestra brecha.

—Esto es un pozo en toda regla —opinó John mientras sentía como la francesa se agarraba fuertemente a su brazo izquierdo para asomar también ella la cabeza por el filo del precipicio.

—Y al final hay agua —declaró Marie, aunque era algo que ya sabían todos, incluso Alí, inmerso todavía en su propia confusión.

El egipcio se recuperaba poco a poco de su congoja. El sofoco y la sensación de opresión que había sentido en la cavidad torácica le habían remitido un tanto, podía incluso respirar, aunque todavía con una agitación impropia que se trasmitía a su palpitante voz.

—¿Es otra trampa de Sheshonk? —dijo jadeante, como el que acaba de realizar un gran esfuerzo físico.

John volvió la cabeza para contestar al egipcio, el haz de su linterna evidenciaba que Alí no se había movido del sitio desde que Marie había sufrido el conato de caída.

—No lo sé, pero desde luego la fosa es claramente intencionada. Tendremos que volver atrás, por aquí no podemos bajar hasta que consigamos algún equipo de escalada.

John empezó a retroceder manteniendo el cuerpo a tierra, Marie le imitó sin dejar de soltar su brazo. Cuando estuvieron a dos o tres metros de distancia del agujero se pusieron de rodillas, llegaron a la altura de Alí y empezaron a ascender por el mismo pasillo que, al final, les había conducido a sufrir otra desagradable experiencia.

Ahora ni se fijaban en los restos de pinturas.

Ya en el exterior se encontraron con Osama inmediatamente después de salir por la puerta. Les estaba esperando. John se encargó de poner al encargado de la

seguridad y la logística al corriente de todas las novedades que habían visto y vivido en el último tramo que acababan de explorar. No mencionó el percance de Marie, ni que él, providencialmente, la había salvado de caer en el pozo. Solamente indicó que el enlosado de esa zona estaba muy resbaladizo.

—Vamos a necesitar material teniente —John se dirigía ahora a Osama por su grado militar.

—Lo imagino —dijo—. ¿Qué quieren que traiga?

—Necesitamos cuerdas, ganchos, fijaciones, ya sabe, material de alpinista.

—Pero, ¿y el agua? —interrumpió Marie—. ¿Cómo vamos a explorar la tumba si está inundada?

—Eso es cierto, pero ya lo tengo previsto —aseguró John.

—¿Entonces...? —Osama mostró un gesto de preocupación.

—Vamos a necesitar también un equipo de buceo —estableció firmemente el inglés al cabo de pocos segundos.

—Pero yo no sé bucear —anticipó Marie algo afligida.

—Yo sí —sorprendió a todos el ahora animoso detective de Scotland Yard.

—¿Tú? —exclamó Marie.

—Sí, no soy un experto pero di unos cursillos cuando estaba en la academia de policía. No creo que tenga que habérmelas con monstruos marinos, así que yo puedo hacerlo.

—Bien, bien, de acuerdo —accedió la francesa.

—Entonces. —continuó Osama— ¿Qué es exactamente lo que tengo que comprar?

John se permitió deliberar por unos segundos, había despojado a la directora Marie de la iniciativa en la toma de decisiones. La doctora era totalmente consciente de su postergación, del cambio en la cadena de mando, pero no podía hacer otra cosa, nunca había efectuado la exploración de un yacimiento sumergido y lo desconocía absolutamente todo sobre el submarinismo.

—¿De cuánto presupuesto disponemos? —lanzó John a bocajarro a un desprevenido Osama.

—Ilimitado —dijo éste al cabo de pensárselo un rato.

—Bien entonces echaremos la casa por la ventana, todo sea por la rapidez.

—¿No querrá un submarino, verdad? —ahora era Osama el que se había adelantado a John en proferir una broma que podía haber sido perfectamente articulada por el inglés.

Todos rieron, incluso Alí. El aire del exterior, aunque caluroso, le había devuelto la prestancia y presencia que había perdido dentro de la oscuridad de las cárcavas de Sheshonk.

—No, no creo que haga falta tanto —dijo John todavía sonriendo.

El inglés empezó a enumerar los aparatos y suministros que creía poder necesitar: un equipo de buceo completo, con un cilindro de aire comprimido y material para el relleno del mismo; traje de neopreno de su talla aproximada, con gafas, aletas y un cinturón con pesas para compensar el exceso de flotabilidad; una linterna submarina, la más potente que encontrase, mejor si pudiera ser de esas que se acoplan a la escafandra y dejan las manos libres al submarinista; también un martillo neumático y un taladro submarino, por si tenía que traspasar alguna puerta cerrada; y, por último, una pequeña grúa, de esas que se utilizan en las mudanzas.

A Osama le quedó todo muy claro excepto la última demanda pedida por John.

—¿Una grúa?

—Sí, sí, no sé cómo las llaman en Egipto —trató de ser más concreto—. De la boca del pozo hasta que empieza el agua debe haber por lo menos ocho o diez metros, no estoy seguro. Me será muy difícil deslizarme por una cuerda si llevo el equipo de buceo, y mucho menos escalar.

—Ya comprendo —Osama asentía—. Quiere un elevador que le deposite y le saque del agua.

—Exacto, una grúa que pueda fijarse al suelo y que no sea muy grande, que pueda entrar por los pasillos de la tumba. En Londres las suelen usar los transportistas para subir muebles a los pisos viejos que no disponen de ascensor y tienen la escalera muy estrecha.

—Ya, ya sé exactamente lo que quiere, y sí, también las usan los que se dedican a hacer los portes en El Cairo —aseguró Osama—. No tengo ni idea de dónde pueden adquirirse, pero les preguntaré a ellos; siempre suelen ponerse en la misma plaza para que, los que quieran alquilar sus servicios, les localicen fácilmente.

El teniente apuntaba todo en una libreta que había recuperado de otro de los numerosos bolsillos de su grisáceo y sempiterno pantalón paramilitar.

—¿Algo más? —preguntó mientras todavía escribía.

—A mí no se me ocurre nada más ¿Y a ti? —John se dirigía a la por un momento olvidada Marie.

La francesa intentaba recuperar su perdida capacidad de decisión, y se le había ocurrido un procedimiento alternativo para sacar el líquido que inundaba la tumba.

—¿Y si bombeamos el agua?

—Podría ser otra solución —aseguró John después de reflexionar un poco.

—Yo creo que no —contradijo Alí que no había participado hasta ahora en la discusión.

—¿Por qué? —preguntó la francesa extrañada.

—Porque no sabemos cuánta agua puede haber allí; porque necesitaríamos una larga red de mangueras para conseguir llegar hasta el pozo desde el exterior, con lo que la bomba de agua perdería gran parte de su fuerza; y porque tendríamos que

arrojar el agua extraída en otro lugar cerca del campamento, con el riesgo que conlleva que el agua se infiltre en otras galerías todavía sin descubrir de la tumba.

Estas eran las objeciones que exteriorizaba el conservador para oponerse a la idea del bombeo, pero la verdad era mucho más simple: Allí quería que, dado que John era el único que sabía bucear, llevase a partir de ahora el grueso de la exploración; no quería, para nada, tener que introducirse otra vez en las catacumbas de Sheshonk, por muy secas que quedasen. Su miedo empezaba a dominar a su razón.

—Tal vez se pueda bombear desde la cima de la montaña, si el tubo de la bomba cabe por uno de los orificios de la trampa de Sheshonk, donde estaban colocadas las lentes de aumento, necesitaremos menos longitud de mangueras y podemos expulsar el agua al otro lado de la montaña. Si hay poca agua puede ser una buena idea para drenar los pasadizos.

John había desbaratado en un momento todas las impugnaciones del egipcio.

—¿Podría conseguir una bomba para elevar el agua? —preguntó Marie al teniente.

—No lo sé, eso será más difícil, miraré a ver —contestó Osama.

Los cuatro dejaron la cómoda sombra que procuraban los toldos instalados en la entrada del yacimiento y se pusieron a caminar, sin proponérselo, hacia la tienda comedor, como atraídos por el olor de la comida que estaba preparando Gamal.

—Si no les importa, saldré después de comer —anunció Osama—. Me llevaré el camión y un par de hombres para que me ayuden, no sé si podré comprarlo todo esta tarde.

Nadie objetó nada.

Los dos europeos se retrasaron un poco, Marie había llamado la atención de John tocándole la mano levemente. El inglés entendió el mensaje y remoloneó antes de entrar a comer. Marie hizo lo mismo y consiguieron quedarse solos. Se trasladaron hacia otra lona cercana para cobijarse, el sol del mediodía no daba tregua. Allí podrían hablar sin que nadie les escuchase.

—¿Qué le ha pasado a Alí ahí dentro? —murmuró Marie al oído de John, ambos eran casi de la misma altura.

—No lo sé, se ha quedado como paralizado.

—Yo también me he asustado John —confesó—, pero he conseguido reaccionar. Alí ni siquiera se ha querido asomar a ver el pozo.

—Creo que tiene miedo a la oscuridad, o que tiene claustrofobia, o siente inseguridad en las situaciones límite, no estoy seguro. Siempre se queda el último y nunca se le ve relajado cuando estamos explorando. Ya se quedó también inmóvil durante el incidente de la trampa.

—Habría que tener cuidado John, un ataque de pánico en algún lugar poco consistente podría trocarse en catástrofe.

—Bueno, no podemos hacer mucho, él mismo debe estar obligándose a vencer su angustia y continuar adelante. En eso resulta valiente.

—Por cierto —Marie se alejó un poco de John y subió algo el tono de voz—, te tengo que dar las gracias por salvarme de nuevo.

—Venga, no hace ninguna falta; además, de lo único que te he salvado es de un posible chapuzón en el agua —proclamó el inglés con firmeza, lo de los agradecimientos, loas y enhorabuenas siempre eran cuestiones bastante incómodas para él y su retraimiento congénito.

Permanecer tan cerca de la francesa intranquilizaba a John y, ahora que se había separado medio metro de él, recobró un tanto su maltrecha compostura. No pudo evitar, mientras se habían intercambiado las confidencias sobre Alí, el volver a tratar de oler su cuello, igual que había hecho durante el apurado instante de la trampa de Sheshonk. A pesar de que la francesa había sudado tan copiosamente como él en las agobiantes angosturas de la tumba desprendía un aroma natural que le hipnotizaba, que le turbaba a más no poder.

—¿Crees que el Arca estará intacta? —preguntó Marie cambiando de tema e imprimiendo una inflexión de desaliento en sus palabras.

—No creo, la estructura del Arca estaba fabricada en madera de acacia. Si esta aguada tiene solamente dos o tres años de antigüedad estará totalmente podrida y descompuesta, y eso es una nimiedad comparado con los tres mil años que puede haber pasado sumergida.

—Pero el revestimiento era de oro puro —rebató Marie.

—Sí, las planchas de oro con las que estaba recubierta estarán muy sucias pero se podrán recuperar, igual que la tapa, las anillas por las que pasaban las barras, y el recubrimiento de las propias pértigas, porque éstas tampoco eran de oro macizo, tenían el corazón de madera.

—Así que se podrá restaurar —expresó Marie con alivio.

—El Arca sí, lo que no podrá recomponerse será la momia de nuestro amigo Sheshonk, me temo.

Marie rescató su pena.

—Si esa tumba está realmente inundada se habrán perdido multitud de objetos preciosos.

—Creo que todos los indicios nos llevan a esa triste conclusión —dictaminó el inglés—. Tendríamos que avisar a nuestros contactos del contratiempo que acabamos de encontrar, que no esperen un rescate fácil y rápido.

—Tienes razón —convino Marie—, pero antes vamos a comer algo. Lo que está cocinando Gamal huele bastante bien.

Se dirigieron al comedor. Osama y Alí no les habían esperado, el militar quería irse cuanto antes a realizar sus compras, así que ya habían empezado a deglutir.

El guiso de Gamal consistía en grandes trozos de carne picada que el cocinero había asado usando un pequeño fuego que había improvisado en un rincón del campamento. Todavía se veía salir el humo de los rescoldos de la fogata. El plato se llamaba *kofta* y, como era costumbre, se hallaba aderezado con fuertes especias no apropiadas para paladares sensibles. Como acompañamiento de la carne había dátiles, el típico pan plano egipcio y, a modo de postre, unos dulces que semejaban ser granadas energéticas que hacían implosión en el estómago liberando multitud de calorías. Era justo lo que necesitaban para reponer las maltrechas fuerzas.

Durante la comida, Marie y John informaron a Osama y Alí que habían acordado avisar a sus respectivos enlaces de la inundación de la tumba.

El teniente no se quedó a tomar un vaso de té con sus compañeros. Salió de la tienda comedor y se dirigió al grupo de trabajadores que esperaban indolentes a que les encargasen alguna tarea para efectuar esa tarde. Llevaban casi todo el día parados, trasladándose de una sombra a otra. Al final, los hechos habían demostrado que habían contratado a más gente de la que debían, pero qué importaba si el dinero no era suyo.

Osama les dijo que necesita a dos hombres para que le acompañasen a realizar unas compras en El Cairo, los otros dos podían irse a casa, habían terminado por hoy. Los dos voluntarios elegidos eran los más jóvenes, voluntarios en cierta manera, porque los dos tíos ni siquiera les preguntaron su opinión a los dos sobrinos. Había cosas que no hacía falta ni discutir.

El militar y sus dos jóvenes ayudantes subieron a la cabina del camión y salieron arrojando polvo, dejando un rotundo hueco en la muralla de lonas del campamento.

Antes, John le había pedido un ordenador portátil con la batería cargada a Osama, quería dedicar la tarde a traducir los textos del pasillo de subida, aunque dudaba que pudiese terminar en una tarde. Había mucho signo para tan poco tiempo.

El inglés, con el ordenador bajo el brazo, veía alejarse el camión y su polvorienta estela. De repente cayó en que ni Marie ni él habían mandado los prometidos mensajes a sus superiores. Sin el camión era imposible toda comunicación con el mundo exterior, tendrían que esperar al regreso del transmisor con ruedas.

La tarde pasaba pronto, John estaba metido en la trasera de un coche intentando desentrañar los viejos pictogramas, intentado revivir escenas del pasado; Marie y Alí compartían el otro todoterreno, ella en los asientos delanteros, él en los traseros, oyendo música árabe de un CD que había traído consigo el conservador del Museo de El Cairo.

Marie quería charlar y Alí era el único disponible para hacerlo. El egipcio no tenía excesivas ganas de entablar una conversación pero, incapaz de negar algo a alguien, prefería estar a disgusto para que los demás se sintieran a gusto. Además, en la situación en la que se encontraba, metido en un coche con otra persona, tenía difícil

escapatoria sin riesgo de mostrarse descortés.

—¿Dónde estudiaste egiptología Alí? —pregunto Marie sabedora que los temas de común interés son los mejores para romper el hielo.

—En la Universidad de El Cairo. También fui profesor allí durante un par de años —contestó Alí guardando una demasiado prolongada pausa entre las dos frases.

—¿Ah, sí? Yo soy profesora en la Universidad de París. ¿Qué asignatura impartías?

—Historia del Período Predinástico.

—¡Vaya! ¡La etapa Arcaica! —exclamó Marie sorprendida—. Desde luego te gusta lo realmente antiguo, las primeras dinastías, hace más de 5.000 años.

—Sí, toda historia tiene un principio —dijo axiomático.

—Bueno, la verdadera historia empezó con los sumerios, no con los egipcios, pero sí, es realmente otro comienzo —dijo Marie después de meditarlo un poco.

—Bueno, siempre he pensado que antes de las pirámides tuvo que haber algo —se justificó el egiptólogo.

—Pero no pasó mucho tiempo desde la primera dinastía de reyes egipcios, en el 3100 antes de Cristo, hasta el levantamiento de las pirámides en el 2600, apenas 500 años.

—En 500 años ocurren muchas cosas —declaró Alí, un poco extrañado del torpe argumento de Marie.

—Ya, ya lo sé, lo que quiero decir es que la época de las Pirámides también es lo suficientemente remota... —Marie se estaba liando.

—No comprendo lo que quieres decir —la perplejidad de Alí también iba en aumento.

—Perdona, no me expreso correctamente, lo que me asombra es que fijases como objeto de estudio un período con menos vestigios arqueológicos y mucha menos espectacularidad que la siguiente etapa, el Imperio Antiguo, con pirámides, esfinges, tumbas, templos y visibles restos monumentales esparcidos por todo Egipto, el sueño de todo arqueólogo

—Ya te entiendo, te extraña que prefiera una etapa más oscura al aparato y esplendor de la edad de oro egipcia. Sí, la verdad es que hay pocos historiadores especializados en esa época, pero a mí me interesa más comprender los orígenes de la civilización egipcia que su posterior desarrollo —explicó Alí mientras miraba fijamente a su colega.

—Todos nacemos, crecemos y morimos, las culturas también —enunció Marie con una franca sonrisa.

—Las civilizaciones —confirmó Alí devolviendo el risueño gesto—, son como los árboles, como los seres humanos, quien entiende su principio comprende también toda su historia y adivina asimismo su final. Empezar a estudiar la historia de Egipto

en las Pirámides es como abrir el libro por la mitad.

—¿Qué piensas del Arca? —preguntó Marie inesperadamente.

Alí dudaba, echó una ojeada por la ventana del todoterreno y divisó una menuda nube solitaria en actitud de cruzar el dilatado y desmedido cielo del desierto. Seguramente no sabía dónde se encontraba, ni dónde habían ido a parar sus compañeras. Súbitamente contestó la pregunta que le había lanzado la francesa sin dejar de seguir el blanco algodón con la mirada.

—El Arca es vuestro principio, el primer objeto místico de la civilización occidental. El encontrarla tiene que ser muy importante para vosotros.

—Sí, para ciertas personas puede ser bastante valiosa, supongo que lo considerarían una prueba de la existencia real del dios del Antiguo Testamento.

Cuando enunció esta última frase a Marie se le vino a la memoria la entrevista que había tenido, justo un día antes de partir, con el inquietante cardenal Carlo María Manfredi.

—Y también puede ser vuestro final —añadió Alí con expresión gutural al cabo de otro momento de silencio.

—¿A qué te refieres? —interpeló Marie un poco azorada.

—A que si encontráis indicios de que la historia no es como os la han contado, que lo recogido en la Biblia no expresa toda la verdad o que el Arca esconde alguna sorpresa que contradiga vuestra forma de entender el mundo, la cultura cristiana occidental podría entrar en una crisis irreversible.

—Bueno, no me preocupa demasiado —bufó Marie aliviada—. Hace mucho tiempo que occidente dejó de ser meramente cristiano. Si eso que describes hubiese ocurrido en la Edad Media no te digo que no se desmoronasen bastantes dogmas establecidos e indiscutibles; pero, hoy por hoy, no creo que pase gran cosa. Ahora mismo la mentalidad científica es bastante más poderosa que la religiosa como herramienta para entender el mundo para la inmensa mayoría de la gente.

—Quizá tengas razón, no he ido nunca a Europa, ni a Estados Unidos, y conocer una civilización por la televisión o por sus turistas creo que es poco riguroso. De todas formas —proclamó el egipcio volviendo a recuperar la voz recóndita y enigmática—, nunca se sabe lo que puedes encontrar al revelar un secreto que lleva 3.000 años enterrado.

La primera vez que Marie había visto a Alí llevaba la cara completamente rasurada, un metódico peinado que le hacía caer todo su liso pelo hacia el lado izquierdo de la cara y un traje impecable. Desde que había empezado la excavación, hacía ya cinco días, el arqueólogo no se había afeitado y, Marie juraría, que tampoco peinado con algo más que con los dedos. Parecía cada vez más desanimado o, quizá, preocupado. La rala barba negra con brotes blancos que le empezaba a cubrir el rostro y la túnica que se había puesto esa tarde para sustituir la camisa caqui y el pantalón

blanco que, probablemente, se había manchado por la mañana, le daban aspecto de visionario, sobre todo cuando pronunciaba palabras tan cargadas de gravedad, palabras que parecían proferidas desde la profundidad de un abismo insondable. Parecía un profeta vaticinando o un estrambótico maniático articulando delirios herméticos.

Marie decidió que lo mejor sería cambiar de tema. De lo que no se sabe nada, mejor no decir nada. Entrar en especulaciones sobre lo que podían o no encontrar era absurdo, máxime cuando la tumba parecía sufrir una inundación que seguramente habría acabado con el 90 % de sus tesoros artísticos.

—¿Dónde has estado excavando anteriormente?

Allí volvió a la tierra y dejó a la nube despistada continuar con su soledad y su insólito peregrinaje.

—Estuve en la zona de Luxor —dijo con algo más de ánimo reincorporándose en el asiento del coche—, en el Valle de los Reyes al principio, pero casi enseguida pasé a Abidos. Allí hice mi doctorado, y luego continué estudiando varios yacimientos durante cuatro o cinco años, hasta que me ofrecieron la plaza de profesor en la Universidad.

Marie no quería examinar al egipcio, pero tentada estuvo de preguntarle de qué trataba su tesis doctoral.

—¿Descubriste algo interesante? —formuló en cambio.

—No mucho, la verdad, un par de esculturas de barro cocido y, bueno, mucha cerámica.

—Sí, eso fue lo único que logré desenterrar yo, trozos de cerámica —confesó la arqueóloga.

—Bueno, es normal —consideró el egipcio—, todo el mundo ha roto un plato alguna vez.

Ambos rieron con ganas.

Allí especuló por un momento, viendo lo abierta y comunicativa que se mostraba Marie, si no sería mejor contarle a la directora de la expedición el accidente que había sufrido cuando era joven y los problemas que arrastraba desde entonces cuando entraba en un espacio cerrado. En el par de percances que habían sufrido en la tumba de Sheshonk los demás ya habrían tenido que advertir su invencible aprensión.

Pero su orgullo fue más fuerte, no dijo nada. Intentaría aguantar. Quizá el yacimiento no diese más de sí, lo más lógico si estaba tan anegado como parecía.

—¿Y Osama? —Marie aprovecho el instante de camaradería para ver si podía enterarse de algún detalle que desconociese.

—¿Osama? —a Alí se le cortó la sonrisa.

—Sí, el teniente Osman, ¿os conocíais ya?

El egipcio se mostró cauteloso, no porque sintiera recelo de las preguntas de

Marie, sino porque no sabía qué le habían contado a la francesa o qué se suponía podía contar él y qué no.

—No, no le había visto en mi vida —contestó.

Decidió escabullirse del escabroso tema no defendiéndose, sino pasando al ataque.

—Tú sí conocías a John, ¿no es cierto? —preguntó malicioso.

—Bueno, sí —admitió Marie—, pero muy poco, fue alumno mío durante unos meses hace años.

—Alumno aventajado supongo, tiene un verdadero don para la traducción de jeroglíficos.

—Te puedo asegurar que estoy tan sorprendida como tú, no le recuerdo como estudiante destacado, es más, casi ni le recuerdo.

Marie decidió insistir con el egipcio, no le estaba sonsacando mucha información.

—¿Por qué te eligieron para la expedición? —curioseó Marie.

—Pues, francamente, no lo sé.

Alí no estaba dispuesto a contar el mecenazgo de su tío Ayman ni cómo funcionaban las cosas en Egipto. La conversación se tornaba incómoda, pero una polvareda lejana vino a rescatarle. No podía ser otra cosa que el camión de Osama que regresaba de hacer las extrañas compras que le había encargado el grupo de arqueólogos. Alí abrió la puerta para salir del 4x4, pero antes dirigió una última reflexión a Marie.

—No sé por qué estoy aquí, creo que hay mucha gente más capacitada que yo que debería haber venido en mi lugar, quizá haya sido el destino.

—Habría sido el destino, como tú dices —suscribió Marie recordando que había sido ella la que le eligió de entre todos los arqueólogos egipcios que aparecían en la lista que le habían mostrado.

—A veces las cosas suceden porque suceden. No temas no soy un agente secreto, no tengo ninguna cualidad, ya deberías haberte dado cuenta.

Alí dijo esto y salió a recibir a su compatriota, ya estaba atardeciendo, era el único momento del día donde se podía disfrutar del paisaje sin maldecir el esquizofrénico clima. Marie no tardó en imitarle.

Osama cubrió el hueco que había dejado cuando se llevó el camión. Venía solo.

—He dejado a los dos sobrinos en la aldea, me pillaba de paso —dijo antes que nadie le preguntara.

—¿Y los materiales? —preguntó Marie—. ¿Ha habido suerte?

—Bueno, a medias —declaró el teniente—. He traído todo menos la bomba de agua, tienen que encargarla, tardará por lo menos una semana.

Alí se alegró secretamente, casi daba por asegurada el fin de su participación activa en el yacimiento. A partir de ahora era el turno del inglés y su traje de buceo.

Entre los tres descargaron la caja del camión para desembarazarla de bultos, todavía había tiendas vacías que servirían para almacenar los nuevos equipos.

John, mientras tanto, seguía trabajando obstinado y frenético en la traducción de los nuevos textos de la tumba, ni siquiera salió del coche que ocupaba cuando vio llegar al teniente.

El centro de mando portátil volvió a ser montado y Marie se dispuso a enviar la crónica de la inundación de la tumba. Como había hecho anteriormente, se decidió por enviar un simple correo electrónico a Legentil:

Explorado otro segmento del agujero, ninguna novedad. Para la próxima sección nos hemos encontrado un problema. Hay galerías inundadas. Vamos a examinarlas con equipos de buceo. Esto nos llevará tiempo. Saludos hasta la próxima comunicación.

Mientras Marie salía del camión se encontró con John.

—Hola John —dijo alegremente—. ¿Has terminado ya con el nuevo volumen de poesías?

—No te rías de mí —John simuló estar enfadado.

—Perdona, no he podido evitarlo.

—Esta vez no hay versos, es pura y cristalina prosa —anunció el inglés con una agitación que no podía esconder.

—¿No son más pasajes del *Libro de los Muertos*?

—Pues no, es una historia, la historia de nuestro querido Sheshonk —dijo John triunfante.

—¿Su historia? —el acento de Marie traicionaba su incredulidad.

—¡La historia de su vida, una biografía casi novelada!

John estaba entusiasmado y se le notaba, incluso cogió a Marie por los codos cuando le daba la noticia de lo que creía era todo un acontecimiento.

No era frecuente encontrar textos históricos en los monumentos egipcios, y mucho menos biografías. Aunque el género literario no era desconocido en la antigüedad, de cierto era una de las formas de expresión escrita más antiguas. Algunos poderosos de Asiria, Babilonia y, cómo no, del propio Egipto faraónico, se habían decidido a legar a la posteridad una descripción completa de su vida ordenando grabar sus hazañas en papiros o tabletas de arcilla. La realidad puede ser más sorprendente y más evocadora que la mejor fantasía.

—¡Es increíble! ¡Esta tumba es una mina! —exclamo Marie haciendo un juego de palabras involuntario.

—Lo malo es que no está completa —manifestó John deshinchando un poco los pulmones.

—¡Vaya! —se irritó la francesa— ¿Y por qué no está completa? ¿Hay fragmentos en mal estado?

—¡No, qué va! Más bien parece que sólo es una primera parte —coligió John—, estoy seguro que en algún otro lugar de los corredores encontraremos la continuación de la misma.

—Pues debe estar pasada por agua —espetó Marie recuperando su escepticismo, John parecía excesivamente optimista.

—Bueno, hay que confiar —dijo misterioso el inglés, como si supiese algo que Marie desconocía.

—¿Vas a enviar el mensaje a tus amigos policías de Londres?

Marie entonó la palabra policía con un deje extraño. John no sabía si le estaba reprochando su condición de arqueólogo infiltrado o si lo que buscaba era tomarle el pelo, por la cara de niña mala que ponía la doctora más bien parecía lo segundo que lo primero.

—Es cierto, tengo que enviar algo, se me había olvidado completamente —admitió John.

—Yo creía que a los investigadores de Scotland Yard no se les escapaba nada.

Decididamente la traviesa Marie sólo quería jugar. John quería lanzar alguno de sus afilados comentarios para cortar de raíz el exceso de confianza que se tomaba la francesa, quería seguir coqueteando con ella, quería escaparse de allí, quería abrazarla y besarla. Quería realizar tantas cosas contradictorias que al final no hizo nada.

—Yo he mandado un mensaje diciendo que la tumba está inundada y que necesitaremos más tiempo —refirió Marie—. Haz tú lo mismo, usa el correo electrónico y no des ninguna pista ni uses palabras que se puedan rastrear.

Eso es justamente lo que hizo John.

Se volvieron a ver a la hora de cenar. Todos estaban sentados comiendo una sopa de verduras, acompañada de carne de cordero bañada en una desconocida salsa negra y, para terminar, la acostumbrada fruta.

Gamal ya se había ido y habían llegado los dos patriarcas del clan, Ismail y Omar, para efectuar sus labores de vigilancia nocturna después de disfrutar del festivo día de descanso.

Lo primero que hicieron, después de saludar a los expedicionarios, fue recoger los restos de leña que le habían sobrado a Gamal de la comida del mediodía y montar una fogata en medio del campamento. En cuanto ardió la pira, arrimaron dos sillas plegables y se enfrascaron en una vehemente discusión en árabe. Por la rapidez con que fluían sus palabras y la velocidad con que se movían sus gesticulantes brazos, seguramente tendrían para toda la noche.

John ya había anunciado a todos que esa sobremesa también la dedicarían a

tertulia literaria. Marie y Alí estaban expectantes, incluso Osama que, aunque no tenía que montar ninguna guardia hoy sábado, ya estaban para eso los Zarif, se quedaría a oír la lectura de los nuevos párrafos rescatados del olvido.

Para los antiguos habitantes de las orillas del Nilo, cada vez que alguien leía un texto escrito en voz alta, los acontecimientos narrados no podían menos que revivir con toda su fuerza y virtud de presencia. Las palabras tenían antaño un poder inmanente, de existencia física, que ahora solamente les damos a las imágenes que expectoran los televisores o las pantallas de los cines. Después del acostumbrado té, John empezó a leer y Sheshonk volvió a nacer.

Todos los mortales tienen un padre. Yo Sheshonk, dios, tuve por padre a un dios. Escribo su historia y la mía sobre estas paredes de inmovible piedra. Una vez muerto volveré a esta tumba en mis viajes por los Tres Mundos, leeré lo que queda aquí consignado y recordaré lo que he sido en vida. Cada vez que pronuncie estas palabras me reencarnaré, cada vez que declare mi nombre resucitaré, cada vez que repase mi colmada existencia mi alma se hará corpórea.

Shiskag fue mi padre, poderoso guerrero, jefe de las tribus benditas de los oasis de Siwah, donde el oráculo de Amón-Ra, el Oculto, el padre de los dioses, el hacedor del género humano, el creador de todo lo que hay, el señor de todo lo que será, tiene su vaticinadora morada.

Verdes eran los dominios de mi padre y grande su poder, hormigueros parecían sus ejércitos. Su ser se derramó e inundó con su fuerza los desiertos de Libia. Llegó a la costa y venció a los pueblos del mar, marchó donde muere el sol y sometió a los que llevan su casa a lomos de animales; pero su aluvión se estrelló contra los diques de Egipto, su furia se evaporó en los Desiertos del Sol, igual que le pasó a su padre, igual que le pasó al padre de su padre.

Pero todas las mañanas pueden traer un nuevo día, el faraón maldito murió y ningún dios le proporcionó herederos. Su corazón no pasó la prueba de Osiris, sus pecados pesaban demasiado. Anubis arrojó su alma al Devorador Ammit, de cabeza de cocodrilo, de cuerpo de león, de patas de hipopótamo. El trono quedó libre.

Mitari mi madre, esposa de Shiskag, gran sacerdotisa de Amón, la que todo lo ve desde el oráculo de Siwah, proclamó una profecía dictada por Ra:

Que la sangre real Libia llovería del cielo, recorrería el desierto y se mezclaría con las aguas del Nilo hasta desaparecer. Toda menos una gota que caería en una roca y de la roca brotaría una palmera que cubriría todo el

país con sus verdes hojas, era la voluntad incontestable de Ra.

Shiskag, mi padre, interpretó el oráculo a su favor, difundiendo que el nuevo Señor del Gran Egipto sólo podía ser él, el único monarca de Libia, el único de estirpe regia.

Shiskag, mi padre, se dirigió al Templo del Río, al Bosque de Piedra, al santuario donde nunca se llega a contemplar el techo, al centro de la tierra, para ser proclamado como nuevo faraón. La ceremonia fue grandiosa, hasta los pájaros dejaron de volar para no turbar la sagrada celebración.

Pero su reinado fue tan efímero como las lluvias en el riguroso desierto.

Al poco tiempo, fue traicionado, fue asesinado, sus miembros despedazados y su familia exterminada. Sus propios jefes de tribu, los amigos en los que había confiado, fueron comprados por los sacerdotes del antiguo faraón, por los farsantes, ungidos de maldad, que intentaban mantener el anterior linaje, la ralea maldecida por los dioses. Querían implantar en el trono a un oscuro mortal, pretendían que era un hijo perdido del último faraón infecundo. Ni su nombre merece ser pronunciado, así no será recordado.

La gota que cayó en la roca, la que no se tragó el Nilo era la que llevaba en su vientre mi madre Mitari, esposa de Shiskag. Ella y mi hermana Nefiris, de apenas un año de edad, fueron las únicas que escaparon de la matanza. La inminencia de la segunda maternidad de la primera y la corta edad de la segunda les impidió realizar el fatídico viaje al corazón del ingrato Egipto, les preservó de seguir el infausto destino de mi padre. Mi madre, escondida en la cavidad de una roca dio a luz un dios, hijo de un dios.

Shiskag, mi padre, fue desmembrado como Osiris, sus trozos desperdigados por los cuatro puntos de los cielos, pero Isis los volvió a juntar para la inmortalidad, igual que hizo con su hermano esposo.

Shiskag, mi padre, fue resucitado para la vida eterna por Isis y mora en los Campos de Luz, viendo sus granjas prosperar perpetuamente. Sus enemigos penan sus impiedades profiriendo agudos gritos que pueden oírse en el interior de todas las cavernas de la tierra. El tiempo es el juez más justo.

Yo, Sheshonk, hijo de Shiskag, crecí escondido, separado de la dulce compañía de mi madre Mitari y mi hermana Nefiris, hasta que los partidarios de mi padre me instaron a contemplar una luz nueva y me ofrecieron luchar por instaurar una nueva realidad. Mis ojos recogieron esa luz y la derrocharon por los territorios que un día habían pertenecido a Shiskag, mi padre.

Los años habían pasado y los enemigos de mi padre habían sucumbido. Pero sus hijos, los herederos de su iniquidad, seguían gobernando un Egipto que no les pertenecía, un Egipto que yo, Sheshonk, hijo de un dios, reclamé como

legítimo dueño.

Un sueño me pronosticó mi destino.

Dormía profundamente una noche de verano, de repente vi a Shiskag, mi padre, tal como lo muestran las pinturas, en toda su gloria y majestad. Estaba levantando con sus manos, afanoso, una pira de mirra, incienso y canela, las sustancias con las que honramos a los dioses. Cuando la hubo concluido se metió en su centro, la hoguera ardió espontáneamente y él se consumió por entero, en completo silencio. De los rescoldos salió durante cierto tiempo un humo casi negro que formaba extrañas figuras. Cuando éste dejó de brotar una agitación sacudió las cenizas, de ellas nació un gusano blanco con la cabeza amarilla. El gusano creció poco a poco y se convirtió en un ave de brillantes colores anaranjados. De repente, el pájaro desplegó sus encendidas alas y echó a volar, subió tan alto que sus plumas cubrían de fresca sombra toda la enormidad del horizonte. Tan arriba subió que se fundió con el sol y éste, por un minuto, tomó el tono anaranjado de las plumas del pájaro.

Yo, Sheshonk, hijo del dios, era el ave que surgía de las cenizas de mi padre Shiskag. Yo, Sheshonk, era el ave que arrojaba con sus alas protectoras toda la nación del Nilo. Yo, Sheshonk, era el que se fusionaba con Ra.

Mi recobrada hermana Nefiris, clarividente en Amón, oráculo viviente de Siwah, profetisa de Bastet, gran hierofante de Hator, interpretó el sueño y me explicó la misión que escondía la visión. Yo, Sheshonk, debía vengar la muerte de Shiskag, mi divino padre, y reclamar el sitial que me pertenecía por derecho propio, por mandato celeste.

Mis leales súbditos me otorgaron su confianza, mis artesanos me prestaron sus manos, mis sacerdotes me proporcionaron sus conocimientos, mis soldados me entregaron su fuerza, los dioses me concedieron sus poderes. Labré los campos con las espadas de mis ejércitos, arrasé las malas hierbas con las ruedas de mis carros de guerra, aventé el humo de los incendios con la estela de mis flechas, limpié los rojos templos con la sangre derramada, purifiqué el aire con mi vigoroso aliento.

Un nuevo amanecer me saludó como legítimo dueño del Alto y Bajo Egipto. Yo, Sheshonk, hijo de un dios, era faraón ceñido con la doble corona.

Hice de Bubastis la capital de mi reino, la misma ciudad cuya casta sacerdotal me había apoyado con su lealtad. Mi hermana Nefiris, hermana del dios, hija del dios, se convirtió en Suma Sacerdotisa de los cultos anuales de la Gran Diosa Bastet. Mi hermana Nefiris, hermana del dios, hija del dios, aprendió todos los misterios de las estrellas, del cielo y de la profunda tierra. Su arte no era superado por nadie, ni mujer, ni varón. Nadie estaba tan cerca de los dioses, nadie podía igualar su poder, nadie entendía lo que ella sabía,

nadie disfrutaba de tanta fuerza, nadie podía competir con una belleza tan excelsa.

Pero el júbilo no fue ilimitado. De las ciénagas de la desembocadura del Nilo surgieron nuevos traidores, forjados con el barro arrastrado por las desdichas, con el barro que quiere expulsar el río y no quiere recoger el mar. De las tierras interiores, allí donde nace la columna vertebral de Egipto, allí donde el río ruge y se derrumba en terrible cascada, también surgieron feroces y numerosos enemigos, hediondos, de alma tan negra como la noche más confusa.

Era casi imposible imponer el poder único de las dos coronas del Alto y Bajo Egipto.

El artero adversario tenía más fuerzas que Sheshonk, como ranas que se reproducen en el lodazal era el número de sus huestes, como gusanos que brotan de los cadáveres de los perros, así prosperaban sus turbas.

El reino estaba rodeado de agitación y mi pueblo vivía cultivando la intranquilidad, apacentando ganados que nunca engordaban, construyendo edificios de piedra que temblaban como cañas.

Los cultos se disgregaron, los sacerdotes se dividieron en sectas, cada uno apoyó con su dios a impostores y mentirosos que osaban proclamarse faraones, los dioses les confundan y les castiguen por su insolencia.

Los pájaros volaban hacía atrás; el ganado sagrado tenía las entrañas opacas, podridas y descolocadas; los cocodrilos comían hierba, las vacas carne putrefacta; los peces caminaban sobre la tierra; los insectos hablaban con palabras humanas; las aguas del Nilo se detenían y se estancaban; el sol salía por el Oeste y se ponía por el

Este, oscureciéndose en pleno día; la Serpiente del Caos recorría de nuevo la tierra toda entera, parecía que los días llegaban a su término.

Mi hermana Nefiris, hija de un dios, sacerdotisa de Bastet, derrotó a la Serpiente del Caos y el orden volvió a posarse en las arenas de la nación, el mundo volvió a ser como lo conocían nuestros padres.

Mi hermana Nefiris, hija del dios, mandó a su devoto seguidor, Yeroboam, servidor del rey del dios Oriental, el prudente Salomón, a que se entrevistase con su Señor.

Yeroboam, embajador de Salomón en Egipto volvió a su tierra, a la ciudad de Jerusalén, a pedir ayuda al rey de Israel para Sheshonk, faraón de Egipto.

Yeroboam, amigo de Egipto, visitó a su soberano y regresó con la respuesta. El rey de Israel aceptaba enviar oro que sirviese para comprar mercenarios y armas, que sirviese para establecer la paz, pero quería sellar la alianza con un matrimonio, quería desposarse con la hija del faraón.

Yo, Sheshonk, hijo del dios, no tenía entonces hijas para complacer el deseo de Salomón; pero mi hermana Nefiris, hija del dios, princesa de Egipto, se ofreció para sellar la alianza. Ella quería servir a su pueblo, quería ver asentada la paz en el alma de sus súbditos, quería que su hermano reinase tranquilo y quería aprender los secretos del poderoso dios de Israel a través de su Sumo Sacerdote Salomón.

Nefiris, hija de un dios, princesa de Egipto, partió con Yeroboam hacia el país de Israel con gran tristeza de mi corazón. Mi otra mitad se había ido, mi hermana querida no estaba a mi lado, algo se había partido dentro de mi ser. El oro llegó a mis arcas y con él armé un ejército tan grande que mi poder se extendió como plaga de langostas. Mis enemigos se escondieron bajo la superficie barrida por el viento como débiles lombrices, como cobardes conejos. Los cultos contrarios a la religión establecida fueron suprimidos y sus sacerdotes exterminados, las fronteras se convirtieron en barreras infranqueables, mi palabra era ley incontestable.

El faraón vuelve a dominar la tierra, el orden torna a instaurarse, las hojas de una palmera nacida en una roca dan próspera sombra a todo el país.

Tú que lo lees lo sabes y, sabiéndolo, vuelve a suceder: yo, Sheshonk, vuelvo a reinar en Egipto.

John dejó de leer, pero sus graves palabras todavía resonaban en el ambiente. Hoy no había ni pizca de viento, si se prestaba la debida atención podían oírse los sonidos producidos a tres kilómetros a la redonda del campamento. Sensación de soledad, rota por lo único que rompía el silencio, el murmullo monocorde de la ininteligible discusión que aún mantenían Ismail y Omar, los dos vigilantes, incansables en su fogata; incluso, casi se percibía el sonido de sus gesticulantes manos cortando el aire.

Pero los cuatro integrantes del grupo de rescate de objetos olvidados sólo podían pensar en el texto que acababan de escuchar, trataban de entenderlo.

—La tumba ha hablado una vez más... —dijo alguien por fin.

—...Ancianas palabras de verdad —continuó otra voz emulando el estilo anticuado del pasado que borboteaba en la traducción de John como pompas de una marmita que cociese pócimas de secretas y arcanas recetas.

Otra vez el silencio.

John, que había tenido más tiempo para pensar y asimilar las nuevas revelaciones, fue el que por fin dijo algo que no fuesen veladas sentencias.

—Creo que estamos conociendo, de primerísima mano, una página de la historia de Egipto —dijo añadiendo después—. Y de Israel también.

—Es increíble —acertó a decir Marie—, más que biografía parece autobiografía lo escrito en el techo de ese pasillo, y eso no es tan frecuente en la antigüedad.

—Estamos solamente ante un esbozo de autobiografía —consideró John—. Está narrada en primera persona, es cierto, pero por lo breve no sé ni siquiera si puede ser distinguida con ese atributo.

—Bueno, discusiones estilísticas aparte —atajó Marie—, ¿qué nos está contando nuestro amigo?

—Creo que la narración nos da una pista de cómo se desarrollaron esos confusos años del Tercer Periodo Intermedio.

Era John el que había hablado y ante la aquiescente expectación de los demás prosiguió con sus teorías.

—Parece ser que Shiskag, el dios padre de Sheshonk, como ha quedado bastante claro en la lectura...

Alí, Marie y Osama sonrieron ante la burla de John que hacía referencia a las incontables veces que se repetía en el texto la referencia divino-familiar.

—...aprovechó un período de inestabilidad, es este caso la muerte sin herederos de un ignoto faraón, para proclamarse él mismo monarca con la sencilla excusa de estar predestinado a ello a consecuencia de un oráculo de Amón-Ra.

—Ese es el mismo oráculo que consultó Alejandro Magno durante su periplo por Egipto, ¿verdad? —interrumpió Alí.

—El mismo, en la época de Alejandro fue el centro de profecías más reconocido fuera del mundo griego —reconoció el inglés.

—¿Qué le profetizaron a Alejandro? —espetó de súbito Osama que, aunque menos versado en historia que sus compañeros, conocía de sobra el nombre del caudillo macedónico por haber estudiado sus tácticas y estrategias de batalla en la academia de oficiales del ejército egipcio.

—Que realmente era hijo de Amón-Ra, identificado con Júpiter por los griegos, y por consiguiente dios viviente —contestó John haciendo gala de su cultura clásica.

—Igual que Shiskag, padre de Sheshonk —quiso seguir Marie con la broma genealógica.

—Exactamente igual —sonrió John—. Los oráculos eran muy respetados en la antigüedad y todos los pueblos tenían algún centro teúrgico donde hablaban directamente con su dios.

—¿Los hebreos también? —indagó Alí curioso.

—Estupenda pregunta y bastante pertinente —convino el inglés mirando asombrado al egipcio—, los hebreos hablaban con Yahvéh directamente a través del Arca de la Alianza, pero esto lo hacían los Sumos Sacerdotes nada más.

—Nos hemos desviado John —Marie volvió a centrar el tema—, continúa con tus hipótesis.

—Bueno —John intentó retomar su primera idea—, el caso es que Shiskag aprovechó el favorable vaticinio de Amón-Ra para proclamarse heredero legítimo del

trono de Egipto, y parece ser que lo consiguió., por unos días al menos. Los faraones de las Dinastías XX y XXI tuvieron muchos problemas para mantener a raya a las tribus de Libia, se produjeron bastantes escaramuzas bélicas antes del año 1000 antes de Cristo entre ambas potencias, y algunas están bien documentadas, por ejemplo, en los monumentos del faraón Ramsés III, de la XX Dinastía.

—Sí, eso es cierto —corroboró Alí—, y parece que el relato constata que todos los antepasados de Shiskag se dedicaron a hostigar a sus vecinos nilóticos.

—Siempre se ha tenido a Sheshonk como fundador de la Dinastía XXII líbica, parece que hay que otorgarle realmente el título a su fugaz padre —dijo Marie.

—Estas inscripciones, por lo tanto, ratifican lo que ya sabíamos por otras fuentes —concluyó John.

El inglés se masajaba las sienes con los índices de ambas manos, como queriendo que su sangre fluyera más deprisa al interior de su cerebro y le regase bancos de datos a los que tenía que acceder obligatoriamente para continuar con su exposición.

—El caso es que, después de la traicionera muerte de su progenitor —dijo mientras limitaba su estimulación mental a un más discreto masaje con un solo dedo—, Sheshonk se apoyó en ese mismo oráculo para interpretar que él era realmente el designado por el dios para gobernar Egipto.

—Parece que le mantuvieron escondido y separado de su familia hasta que pudo reclamar sus derechos —aventuró Alí.

—Y que tuvo un sueño que le confirmo esa legitimidad real —añadió Marie.

John cogió el papel donde había garabateado la apresurada traducción y repasó la escena del sueño del faraón.

—Es una teoría un poco sui géneris —empezó a decir—, pero creo que el papel que desempeñan las estadísticas en la política contemporánea lo ejercían antes los sueños, los prodigios y los oráculos; por supuesto, debidamente interpretados por las clases sacerdotales. Toda esta narración es una justificación por parte de Sheshonk en su empeño de fundar una nueva dinastía, digamos, constitucional, por decirlo de alguna manera, lícita ante los ojos de una población a la que había que explicar mínimamente, y de forma que lo entendiese, el brusco cambio de régimen.

John hizo una pausa y, como nadie dijo nada, continuó dilatando sus conjeturas.

—El sueño no es muy original, parece una elaboración *ad hoc*, o a propósito, del mito del ave fénix.

—¿El ave fénix? —pronunció Marie, pero más que como pregunta lo que trataba era de recordar los detalles de una fábula que estaba segura de haber estudiado en algún otro lugar.

John se adelantó a los denodados esfuerzos de la francesa por reconstruir las particularidades del legendario pájaro.

—Se creía que el ave fénix provenía de Arabia y que cada 500 años ardía fruto de una combustión espontánea autoinducida. Era su forma de reproducirse, porque de las cenizas nacía un polluelo de la misma especie que vivía otros 500 años.

—Ya recuerdo —articuló Marie interrumpiendo a John—. El ave fénix en la mitología egipcia representaba al sol, que muere por la noche y renace por el día, era otra forma de simbolizar a Ra.

—Exacto —asintió John de acuerdo con la francesa—. Era una metáfora de inmortalidad y de resurrección. De inmortalidad y de resurrección de la dinastía XXII encarnada en Sheshonk. Lo de cubrir todo Egipto con la sombra de las plumas y la fusión posterior con el sol, con Ra, es otra forma de explicar, a quien lo quiera entender, que el vástago de Shiskag estaba predestinado a ser dios Ra, o lo que es lo mismo, a ser faraón de Egipto.

—Sí, la verdad es que el sueño parece fabricado con conocimiento de causa —concedió Alí.

—Lo sorprendente es que fuese la, por lo visto, ya reencontrada hermana quien le vaticinase el verdadero significado del sueño —indicó Marie.

—Sí —sancionó John—, su colección de títulos es impresionante, debía ser un personaje importante en ese remedo de corte líbica. Desde luego, su ministerio como Suma Sacerdotisa del oráculo de Amón-Ra, le da todo el derecho a profetizar y a interpretar revelaciones oníricas. Y sus poderes debía haberlos heredado de su madre, por lo que consigna el texto.

—¿Si Nefiris era una sacerdotisa tan poderosa, podría haber ejercido también como gran hechicera? —preguntó Alí recordando retazos y conclusiones de conversaciones anteriores.

John enmudeció, no quería que le acusasen otra vez de mostrarse poco científico. Al final fue Marie la que se atrevió a lanzar una respuesta a la incómoda cuestión.

—Bueno, siendo como era iniciada en los cultos de Bastet y de Hator y, principalmente, siendo también la encargada de emitir el oráculo de Amón-Ra, estoy dispuesta a conceder que algo de magia había en el ambiente. Lo de los oráculos es un asunto bastante tenebroso.

—¿Por qué? —encajó Osama que, ahora que tenía más confianza con los investigadores, no estaba dispuesto a llevarse archivada la intriga que le habían producido las turbadoras palabras de la francesa.

Marie calló, no quería que otra vez se despistaran del sendero principal y se pusieran a recorrer tortuosos caminos que lo único que hacían era alejarlos de la ruta marcada por las inscripciones. Pero esta vez ella había tenido la culpa. John por su parte, siempre con un pie en lo sobrenatural, aprovechó la oportunidad de contestar al teniente y extenderse sobre un tema que era de su entero agrado, aunque se prometió que trataría de ser lo más científico posible.

—Porque los oráculos emitían sus auspicios de forma harto extravagante —lanzó el inglés misterioso—. Las videntes, ya que habitualmente eran todas mujeres, cuando emitían sus predicciones, lo hacían en estados de realidad alterada.

—¿Estados de realidad alterada? —prorrumpieron casi al unísono los atentos oyentes, unos con palabras, otros atizando con la mirada.

—Bueno, estaban como hipnotizadas o narcotizadas —matizó John—, por decirlo de otra manera. Solían exhibir estados de delirio producidos intencionadamente por sustancias artificiales o naturales.

John hizo una leve parada para concentrarse y continuó con su exposición.

—Había muchos oráculos en la antigüedad, aunque los más famosos fueron los griegos de Delfos, Olimpia y Dódona, el romano de Cumas y éste egipcio de Amón-Ra. Generalmente, las sacerdotisas eran objeto de complicadas ceremonias rituales hasta conseguir que cayesen en éxtasis mántico o adivinatorio.

—¿Eso quiere decir que las drogaban? —preguntó Osama maravillado de tradiciones tan inauditas.

—No exactamente, había muchas maneras de emitir los vaticinios —aclaró John—. La sibila de Cumas tenía escritas toda clase de fórmulas mágicas y proféticas en los libros sibilinos, cuando se le presentaba un problema escogía un pasaje al azar, casi siempre tremendamente enigmático, y lo balbuceaba en estado de gran exaltación, con aparato teatral añadido: humos, olores, corrientes de aire y otros efectos especiales. La de Dódona, por ejemplo, se escondía en los huecos de las encinas del bosque sagrado donde estaba ubicado su santuario y profería sus lamentos como si los propios árboles fuesen los que emitiesen los auspicios. En este templo griego también se practicaban las artes mánticas escuchando los sonidos que ocasionaba el viento en una fila de calderos expuestos en el exterior del recinto.

John comprendía que estaba excediéndose con sus explicaciones sólo con mirar la cara arisca de Marie, pero no podía evitar contestar exhaustivamente a Osama, el tema de los oráculos siempre le había apasionado. Allí también parecía seguir concienzudamente las explicaciones del inglés.

—La de Delfos —siguió contando John— se inspiraba, nunca mejor dicho, haciendo uso de las aguas sulfurosas de una fuente geotérmica subterránea. Los vahos tóxicos del azufre que desprendían estos manantiales termales se filtraban por las grietas del suelo y bastaban, por sí solos, para provocar el trance profético a la pitonisa, que se situaba adecuadamente en medio de los volcánicos efluvios. Se creía, y con algo de razón, que los vapores eran el aliento o pneuma espiritual de la madre tierra.

—¿Y en Amón-Ra? —volvió a preguntar el teniente.

—El espectáculo de Amón-Ra era más visual —contestó John—. En los oasis de Siwah se creaba una ilusión óptica en la laguna llamada *Agua del Sol*, cuyo fluido, se

decía, se mantenía frío cuando más calor hacía durante el día en el desierto y hervía en mitad de la noche, cuando las temperaturas glaciales dominaban el ambiente. Ante una consulta, las sacerdotisas del oráculo suspendían un gran disco translúcido sobre una barca dorada que dejaban en el centro del estanque. Este disco debía ser una gema o esmeralda de gran tamaño y era rodeado con diversos cristales y vasos de plata. A la hora señalada, Ra, o sea el sol, incidía con sus rayos en la piedra preciosa y ésta desperdigaba la luz reflejando multitud de colores en los otros cristales, en la plata y en el agua. El diamante debía actuar como una especie de prisma que descomponía el color blanco del sol en todos los colores del arco iris. La Suma Sacerdotisa, arrebatada por Amón, pronunciaba entonces el oráculo inspirada por el dios, y lo hacía cantando.

Marie empezó a entrever por qué John había dejado la investigación científica para meterse a detective, su exuberante fantasía debía sentirse muy encajonada entre los asfixiantes muros de los procedimientos académicos convencionales.

—Bueno, ya sabemos algo más de la hermana de Sheshonk —interrumpió la francesa—. Nefiris sabía cantar y era una agorera de primera clase, pero no veo la relevancia por ningún sitio. A nosotros nos interesa únicamente la tumba y, vuelvo a insistir, nos estamos metiendo en unos berenjenales que no van a aportarnos nada útil.

John sabía que Marie se iba a enfadar pero, aun así, no estaba dispuesto a callar lo que pensaba.

—Bueno, hay un detalle de la inscripción que nos da otra pista sobre la personalidad de Nefiris.

Marie temblaba, Allí preguntaba.

—¿Qué detalle?

—Que, según las propias palabras de Sheshonk, Nefiris quería aprender los secretos del poderoso dios de Israel a través de su Sumo Sacerdote Salomón.

Todo el mundo esperó la ineluctable conclusión de John, el inglés no podía luchar contra sus intuiciones.

—Creo que estos secretos no pueden ser otros que las artes mágicas —concluyó mirando suplicante a Marie, como pidiéndole paciencia.

La francesa estalló, aunque no sabía por qué no podía mostrarse tan irritada con el inglés como realmente pretendía. Cosas de la mutua simpatía.

—¡Ya está bien John! —censuró—. Esas teorías tuyas sobre la magia son muy sugerentes, pero terriblemente arriesgadas. Vamos a ceñirnos a los hechos, a los datos históricos.

John sabía que, en el fondo, Marie tenía toda la razón del mundo en sus reproches, no era nada serio dar valor a presunciones que estaban lejos de ser probadas.

—Estoy de acuerdo —se mostró conciliador—. Me he pasado de inferencias,

olvidémonos de la magia y sigamos con la historia.

—Además te has adelantado —dijo la profesora como si John fuese todavía su alumno—, hemos dejado a Sheshonk en disposición de conquistar su trono.

—Es totalmente cierto —consintió John, aunque no sabía en qué momento le habían elegido primer ponente de las ya acostumbradas reuniones nocturnas de trabajo. Se sintió obligado por el silencio de los demás a continuar hablando él.

—Sheshonk parece que logró organizar un cuerpo de ejército de procedencia líbica e invadió y conquistó una parte de Egipto, siendo seguidamente proclamado o autoproclamado faraón, además recuperando el abandonado símbolo real de las dos coronas del Bajo y Alto Egipto.

—Curioso —advirtió Alí—, un faraón que no debía dominar realmente ni la cuarta parte de Egipto se proclama como emperador de toda la extensión del Nilo, equiparándose a los ilustres soberanos de la época dorada.

—Sería precisamente por eso —dijo Marie—, un faraón novato y en competencia con otros poderes tendría que acaparar para sí todos los símbolos divinos que estuviesen a su alcance. Los deseos siempre van más lejos que lo que dicta la áspera realidad.

—En todo caso —continuó John desglosando el texto—, su reinado no fue tranquilo. Aquí dice que en el norte y en el sur, en el Delta del Nilo y en la primera catarata tenía problemas con potencias rivales. El mismo reconoce que lo de las dos coronas era más una utopía que una realidad, aunque no dejase de lucirlas por todas partes como, por ejemplo, en esta tumba.

—Sí, la verdad es que la época debía ser bastante confusa —admitió Marie—, como muestra la colección de prodigios que recoge el faraón en las siguientes líneas.

—Hasta que Nefiris venció a la Serpiente del Caos —espetó Alí.

Mal que le pese a Marie, la indescifrable Nefiris volvía a hacer acto de presencia en la narración y se convertía en la protagonista absoluta de los últimos párrafos del relato. Marie lo comprobó por sí misma ojeando rápidamente las notas que había escrito John.

—Bien John —dijo la francesa mientras devolvía al inglés los papeles que le había quitado anteriormente, los de la traducción y los de actor principal—, creo que tú explicarás mejor que yo esta parte, eres el que mejor domina la historia bíblica y además aparece tu hechicera favorita.

—Prometo tratar de ser fiel a la Madre Historia, esposa del Padre Tiempo —juró solemne, aunque claramente bromeando.

John cogió los legajos que le tendía Marie. Cada vez le gustaba más la sonrisa de la francesa, tendría que hacer más a menudo de bufón para disfrutarla por más tiempo.

—Ante las dificultades presentadas —dijo sin solución de continuidad—,

Sheshonk optó por pedir ayuda al soberano del estado más cercano, aunque tenía que estar lo suficientemente alejado como para no interferir en la difícil política interior de Egipto. Un reino suficientemente próspero y razonablemente limítrofe era la, por entonces, floreciente nación de Israel.

John paró su exposición, parecía hacer esfuerzos por recordar algún dato.

—¿Qué fecha adjudican los estudiosos al reinado de Sheshonk I? —dijo dándose por vencido y pidiendo ayuda a sus dos compañeros.

—Se estima que reinó del 951 al 913 antes de Cristo, aunque la fecha es una mera conjetura —expuso Alí.

—Está bien —volvió a retomar John—, por los datos que tenemos debemos suponer que ambos, Sheshonk y Salomón eran casi contemporáneos, el rey hebreo un poco más viejo que el egipcio. Salomón reinó desde el año 961 al 922 antes de Jesucristo. Cuando Sheshonk acudió a pedir ayuda a Salomón, éste ya debía gobernar en Jerusalén desde hacía por lo menos diez años. Probablemente estaría terminando la construcción del Templo que llevaría su nombre y, seguramente, ya le había dado tiempo a hacer de su país uno de los más ricos de la zona merced a unas buenas y acertadas alianzas comerciales.

—Así que el sabio Salomón nadaba en oro —Marie afirmaba más que preguntaba.

—Efectivamente —confirmó John—, según la Biblia el peso del oro que le llegaba anualmente era de 666 talentos, unas 22 toneladas de reluciente metal.

John sabía que semejante caudal era difícil de imaginar para una persona corriente y eso que los Textos Sagrados especificaban que en ese monto no se contaban las contribuciones que recibía el rey de los comerciantes viajeros, ni el impuesto sobre las transacciones mercantiles, ni el tributo que le mandaban los reyes de Arabia, ni siquiera el dinero recaudado por los gobernadores civiles del país.

El oro debía llenar todos los rincones de su Templo, incluso los miembros de su guardia personal portaban excesivos escudos de oro macizo, los mismos que habían contemplado en los frescos de la tumba de Sheshonk siendo saqueados por los soldados egipcios. Según la Biblia, Salomón había hecho fabricar 200 escudos grandes, cada uno con 8 kilos de oro, y 300 más pequeños, utilizando 4 kilos de oro en la fundición de cada unidad producida. Si todos esos áureos objetos descansaban en esta tumba tendrían ante ellos el mayor tesoro que nadie hubiese descubierto jamás.

John solamente de pensarlo tiritaba, incluso el interés de Osama y de Alí pareció despertar de su somnolencia. No había nada como la mención del oro para estimular la atención.

A pesar de los vértigos y mareos, el inglés reanudó su exposición.

—Salomón era, además de perspicaz, un efectivo administrador, no por nada

llevaba el singular título de sabio entre los sabios. También era considerado como un consumado poeta, autor de las canciones del Cantar de los Cantares, y de muchos de los proverbios y salmos que aparecen recogidos en la Biblia. Asimismo, ha sido distinguido por multitud de antiguos textos musulmanes y hebreos como un hombre capaz de dialogar con los espíritus y de controlar el mundo invisible.

Antes que Marie pudiera revolve por la clara referencia de John a la práctica del ocultismo por parte de Salomón, éste dirigió una ojeada suplicante a Alí. El egipcio entendió al vuelo la mirada de inteligencia del inglés.

—Eso es cierto —corroboró rápidamente el conservador del Museo de El Cairo—, la tradición islámica siempre ha tenido a Salomón como un personaje versado en los más profundos misterios de la naturaleza.

Marie callaba, pero no se la veía precisamente contenta. Como maniobra de distracción John cogió la Biblia que tenía en el bolsillo, buscó un pasaje concreto que ya tenía marcado previamente y se dispuso a leer.

Dios concedió a Salomón sabiduría y discreción inmensas y un corazón tan dilatado como las arenas que hay a orillas del mar. La sabiduría de Salomón aventajaba a la de todos los hijos de oriente y a toda la sabiduría de Egipto. Era el hombre más sabio de todos los hombres.

(1 Re 5, 9-11)

Marie contraatacó, trataba de encauzar otra vez la conversación para que no abandonase los marcados cauces de la historia.

—¿Dice la Biblia si vuestro erudito se desposó con alguna princesa egipcia?

—Pues sí —John no pudo ser más sucinto y esto provocó una normal reacción de impaciencia.

—¿Sí? ¿De veras? —exclamó Marie estupefacta— ¿Se casó con una egipcia?

—¿Con Nefiris? ¿Se casó con Nefiris? —preguntó Alí no mucho menos apasionadamente que la francesa porque tampoco hizo nada por disimular su excitación.

A ambos les sorprendió mucho la coincidencia. Los dos investigadores no esperaban esa confirmación bíblica, las piezas parecían encajar aunque no estaban muy seguros de la imagen final que obtendrían.

La arqueología, las más de las veces, era como recomponer un rompecabezas sin modelo, como completar un crucigrama sin definiciones previas, de ahí venía buena parte de su aura magnética que actuaba como poderoso factor atractivo para las mentes más inquietas, intuitivas y penetrantes.

John trató de ser más explícito.

—No se menciona ningún nombre concreto, os leo el pasaje para que juzguéis por

vosotros mismos.

Salomón emparentó con el Faraón, rey de Egipto, tomando por esposa a la hija del Faraón. Y la trajo a la ciudad de David hasta que él terminara de construir su palacio, el templo de Yahvéh y las murallas alrededor de Jerusalén.

(1 Re 3, 1)

Marie se dio cuenta inmediatamente de la patente incoherencia. Allí ni siquiera lo advirtió.

—Pero..., según esta cita, con quién casó Salomón no fue con la hermana del Faraón, sino con una supuesta hija del mismo —mostró decepcionada.

La doctora Mariette tenía razón, ambas crónicas, la de la Biblia y la expuesta en las paredes del enterramiento de Sheshonk eran claramente incongruentes, aunque no necesariamente contradictorias si se reinterpretaban más laxamente.

John trató de desmontar las objeciones de Marie, tenía una intuición y ésta le decía que había más verdad en el testamento del faraón que en esos pasajes sacrosantos de la mismísima Biblia.

—Nefiris también era hija de Shiskag y, por lo tanto, hija de faraón e hija del dios, como bien nos recuerdan los pictogramas una y otra vez —objetó John—. Además, el texto de la Biblia no es muy explícito, tal vez sea algún error de la fuente de información o de la transcripción posterior. Quizá, se me ocurre, Nefiris fuera presentada con el rango de hija del faraón en vez de como simple hermana, probablemente para ganar notoriedad ante los ojos de Salomón. Aunque, verdaderamente, no lo sé.

Allí estaba casi convencido de las teorías de John, sonaban razonables, aunque Marie, como buen perro policía, no estaba dispuesta a dejar de morder el resbaladizo hueso de la duda tan pronto.

—¿Aparecen más referencias en la Biblia sobre la esposa de Salomón? —preguntó, inquisidora, la francesa.

—Nefiris es nombrada por ese apelativo de "hija del faraón" en varios sitios más de la Biblia, pero siempre de pasada y nunca se menciona su verdadero nombre, ni el de su supuesto padre.

John tenía la incómoda sensación de que estaba ante un tribunal. Las siguientes palabras de Marie le confirmaron esa molesta impresión. Parecía que su antigua profesora le había leído el pensamiento; tal vez también poseía poderes extrasensoriales, igual que Nefiris.

—Bien, pues si no hay ninguna prueba en contra, tendremos que dar crédito a las palabras del encausado —determinó Marie ostentosamente—. Por ahora daremos por

válida la suposición de John, Nefiris fue a Israel a casarse con Salomón para conseguir ayuda monetaria con vistas a que su hermano Sheshonk pudiera hacer frente a sus numerosos adversarios y poder así mantenerse más tiempo en su vacilante trono. ¿Estás de acuerdo Alí?

—Sí, del todo. Parece que estamos ante personajes históricos de primer orden.

—Frecuentemente —comentó John—, los fundadores de las nuevas líneas dinásticas acostumbran a ser dignatarios bastante excepcionales, suelen ganarse un puesto en la historia haciendo gala exclusivamente de sus propios méritos. Luego, los herederos, ya se encargan ellos solos de dilapidar vertiginosamente todo el buen nombre y cuantiosa fortuna que suelen acopiar los fundadores de cada estirpe regia.

—¿Y el otro nombre propio que aparece? —requirió Marie— ¿Cómo se llama?

—Yeroboam —respondió John.

—¿Alguien le conoce? —preguntó la francesa segura de que nadie diría que sí porque a ella ni siquiera le sonaba.

—Pues me temo que sí es conocido —confesó John soltando el aire, como resignado.

Marie le miró divertida.

—No me digas más —sonrió—, también aparece en la Biblia. ¿A que estoy en lo cierto?

—En efecto —replicó el interpelado.

—Pues tendrás que contarnos su historia, porque a mí ese nombre no me dice nada —decretó la francesa.

—Todo el mundo tiene una historia, aunque no esté escrita —divagó el inglés—, por suerte la vida de Yeroboam, o Jeroboam, sí que lo está y profusamente.

—Somos todo oídos —invitó Marie y, seguidamente, se repantigó en su asiento, como esperando otra larga parrafada por parte de John.

—Yeroboam fue un alto funcionario del rey Salomón —empezó a relatar el inglés—, aunque debió iniciar su carrera como humilde obrero. La Biblia dice que se ganó la confianza del monarca cuando éste le vio trabajar rellenando el terraplén de Jerusalén, seguramente era una obra de nivelado de la cima donde se asentaba la ciudad con vistas a su posterior ampliación.

—Un hombre hecho a sí mismo —aprovechó a decir Alí mientras John consultaba de nuevo su ya gastada Biblia.

—Ciertamente —continuó el inglés—, porque según reza más abajo acabó siendo rey de Israel.

—¿Le proclamaron rey? ¿Quién le proclamó rey? ¿Sheshonk le proclamó rey cuando invadió Jerusalén? —tableteó la francesa.

A Marie la avalancha de nuevos datos le superaba. Ahora echaba en falta no haber estudiado más en profundidad la historia del reino de Israel. Durante la preparación

de la expedición había dedicado casi toda su capacidad mental a informarse sobre el Tercer Periodo Intermedio egipcio y a ponerse al corriente sobre la historia del Arca, pero no de la historia real y aceptada, como hubiese hecho todo buen historiador, sino de la esotérica y oculta.

Estaba avergonzada, reprendía a John cada vez que hacía alusión a los aspectos mágicos del Arca sabiendo que ella había malgastado su tiempo en París escudriñando absurdas teorías místicas.

Recordó las insensatas especulaciones que había aventurado ante el legado del Vaticano, Carlo María Manfredi, sobre los templarios y su enigmático interés por el Arca. Esas estupideces habían demostrado ser una vía estéril de información y tendría que haberlo sabido antes de fijar su atención en ellas. Seguro que el cardenal se había reído con gusto de ella, de lo poco científica que se había mostrado.

Ahora John le llevaba la delantera en cuanto al establecimiento de hipótesis de investigación. Pero Marie no estaba dispuesta a renunciar como directora y primera responsable de la excavación, sí a rectificar. A partir de ahora haría un poco más de caso a las teorías de John, el inglés había demostrado sobradamente que dominaba la historia del Israel de esos lejanos años y sabía dónde encontrar cualquier dato entre las numerosas y farragosas páginas de la Biblia, un libro que se había confirmado como esencial para sondear los enigmas del extraordinario hipogeo de Sheshonk.

Ahora el profesor era el alumno. Marie lo aceptó interiormente, pero no sería tan humilde como para confesar su derrota a ojos de los demás.

John seguía pasando páginas de las Sagradas Escrituras y buscando datos que ayudasen a dilucidar el papel de Yeroboam en la historia.

—Resumiendo bastante —dijo dejando el grueso tomo a un lado—, Yeroboam prosperó en la corte de Salomón, y hay que suponer que, en algún momento, si nos fiamos de las inscripciones que hemos encontrado, fue embajador o emisario del sabio rey en Egipto, teniendo así la oportunidad de presentar el plan de Sheshonk y Nefiris a su señor, aunque esta noticia soy incapaz de confirmarla por ninguna otra fuente. Posteriormente, acompañaría a Nefiris a Jerusalén en calidad de novia real y se quedaría allí hasta la fecha en que su estrella cayó en desgracia ante su monarca.

—¿Por qué cayó en desgracia? —interrogó un Alí que siempre acostumbraba a formular la pregunta más pertinente.

John tuvo un atisbo de volver a coger la Biblia y ponerse a rebuscar de nuevo, pero no lo hizo. Habló de memoria.

—Este punto está bastante oscuro —advirtió John—. La Biblia no explica por qué, pero Salomón, en algún momento posterior, quiso matar a Yeroboam y éste tuvo que salir corriendo de Jerusalén.

John, esta vez sí, tuvo que coger el Libro y disponerse a leer.

Intentó Salomón dar muerte a Yeroboam; pero éste emprendió la huida a Egipto, junto a Sosaq, rey de Egipto; y permaneció en Egipto hasta la muerte de Salomón.

(1 Re 11, 40)

—Yeroboam y Sheshonk no vuelven a ser mencionados hasta la muerte del rey —prosiguió—. Parece ser que Yahvéh se enfadó bastante con Salomón en los últimos años de su reinado. Salomón pecó de excesiva concupiscencia, se dio a los placeres de la carne manteniendo a decenas de concubinas reales con las que sostenía el consabido ayuntamiento lúbrico; pero, sobre todo, Salomón olvidó los preceptos religiosos de Yahvéh: en su eterna búsqueda de sabiduría se atrevió a adorar a otros dioses.

A John le falló la retentiva, no recordaba los nombres de las olvidadas omnipotencias a las que Salomón volvió la vista en sus últimos años, así que agarró de nuevo su socorrida Biblia.

—...Astarté, diosa de Sidón; Kemós, dios de Moab; y Milkom, dios venerado también en el país de Moab.

—Arcanos poderes —pronunció Alí.

—Sí —reconoció John—, y sus cultos eran verdaderos semilleros de nigromancias. El dios Milkom, Molkon o Moloc, identificable con el Baal o Belcebú cananeo, exigía en su adoración la realización de sacrificios humanos. Aunque, bueno, esto no viene mucho al caso.

Esta vez Marie, aunque le seguían molestando grandemente las desviaciones que introducía John en sus explicaciones, no tenía intención de exteriorizar ninguna reconvención; sin embargo, su actitud hostil en otras conversaciones anteriores tuvo como resultado el que fuese el propio John quien se autocensurara.

—Lo que viene al caso —dijo el inglés cambiando de tema— es que Yahvéh escarmentó a Salomón, aunque indirectamente. En atención a su padre David, un rey que sí siguió los preceptos dictados por Yahvéh, Salomón conservó el trono hasta su muerte, pero Dios castigó a su hijo Roboam con el desmembramiento del reino de Israel en dos estados diferentes.

—¿Dos estados?

Inesperadamente era Osama el que había demandado la última aclaración, estaba tan metido en la conversación, tan fascinado, que a duras penas podía reprimir ya sus ganas de preguntar.

—Sí, dos naciones plenamente independientes —esclareció John—. Roboam, el hijo legítimo y heredero de Salomón, gobernó Judá, en el sur, con únicamente dos tribus de Israel como apoyo y conservando la capital, Jerusalén.

—¿Y en el norte? —siguió preguntando Osama que, como buen árabe, estaba

tremendamente interesado en todo lo que significase algún castigo al reino de Israel.

—Pues en el norte, se fundó un país nuevo que siguió conservando el viejo nombre de Israel y que albergó a las otras diez tribus restantes. En este estado quedó como rey.

John se paró y se permitió una pequeña frivolidad.

—¿A qué no lo adivináis? —dijo con retintín, como si estuviese contando un cuento a unos niños pequeños.

Sorprendentemente, la audiencia le siguió el juego.

—¡Yeroboam! —prorrumpieron la francesa y los dos egipcios casi simultáneamente.

—Premio —confirmó John—. En la Biblia se explica el suceso con una metáfora, con una profecía.

John prefirió leerla a tener que explicarla.

En cierta ocasión en que Yeroboam salía de Jerusalén, encontró en el camino al profeta Ajiyyá de Siló, quien iba cubierto con un manto nuevo. Los dos estaban solos en el campo. Entonces Ajiyyá tomó el manto nuevo que llevaba puesto y lo rasgó en doce pedazos, al tiempo que decía a Yeroboam: Toma para ti diez pedazos, pues así habla Yahvéh, Dios de Israel: voy a dividir el reino de manos de Salomón y te voy a dar diez tribus. Sólo una tribu quedará para él, en atención a mi siervo David, y a Jerusalén, la ciudad que elegí entre todas las tribus de Israel.

(1 Re 11, 29-32)

—Esto es más o menos lo que he explicado antes, pero la Biblia lo narra en forma de alegoría, para que lo entienda todo el mundo.

—¿Y la tribu que falta? —preguntó Osama.

—Es la de Judá, la que al final dio nombre al país. A Roboam le fueron fieles parte de los sacerdotes de la teocracia de su padre Salomón, por eso conservó Jerusalén; la tribu de Judá y la tribu de Benjamín, fueron los únicos que Yahvéh reservó como exclusivos feudatarios del hijo del díscolo sabio Salomón.

Marie empezó a golpear rítmicamente con sus dedos la mesa metálica en la que estaban todos sentados. El gesto mostraba su impaciencia.

—Bueno John —dijo—, ¿cuál es tu teoría para explicar este supercúmulo estelar de coincidencias palaciegas? Yo tengo mi propia tesis, pero me gustaría oír la tuya.

Que será más completa, pensó Marie íntimamente, aunque nada conseguía hacerla parecer menos segura de sí misma.

—Creo que realmente Sheshonk devolvió el favor a Yeroboam y le puso en el trono. Pero fue después de la muerte de Salomón, la invasión del Sisaq o el Sosaq

bíblico está documentada en fechas que coinciden con los primeros años del reinado de Roboam. La Biblia dice que esta sedición de las diez tribus fue por una cuestión de impuestos, lo típico. Sin embargo, yo tengo la intuición que todo fue orquestado por Yeroboam desde Egipto, con la ayuda de Sheshonk y, tal vez, de Nefiris.

John efectuó una pausa para recapacitar y luego añadió:

—Sé que quedan muchos hilos sueltos, pero estoy seguro que tiene que haber una segunda parte de la historia grabada en las paredes de esa tumba y tal vez nos explique todo lo que nos oculta la Biblia.

—¿No estaría escrita en los frescos que hemos explorado esta mañana, los del pasillo deteriorado por la humedad, verdad? —temió Alí.

—No lo creo, esas pinturas no contenían muchos jeroglíficos —dijo John confiado.

—Os recuerdo a los dos que lo más seguro es que la tumba esté completamente inundada —declaró la directora de la excavación concluyente.

A John se le había olvidado por entero el resultado de la aciaga exploración que habían efectuado esa misma mañana. Sus esperanzas por desentrañar el final de tan fascinante historia se deshicieron tan rápido que pareció que nunca las había llegado a acariciar. Marie tenía razón, seguramente a partir de ahora la tumba les daría muchas menos alegrías.

—Bueno, creo que ya está bien por hoy —dictó la francesa levantando la sesión—. Ya es muy tarde y mañana tendremos que bucear en los enigmas de la tumba.

Marie se ríe con gusto de su propia travesura verbal, los demás se limitaron meramente a acompañarla con una leve y cortés sonrisa mientras salían al exterior.

Los Zarif persistían, trascendentes, en su interminable conferencia. Debían discutir sobre asuntos de familia. Ni siquiera les prestaron atención.

Todos se dirigieron a dormir. Ya era noche cerrada, aunque esta vez no había ni una brizna del molesto viento del día anterior, seguramente habría ido a agitar otras arenas.

Sin tener en cuenta el penetrante frío, hacía una magnífica noche para contemplar las miríadas de estrellas que se alzaban sobre sus cabezas. John y Marie, a las puertas de sus respectivas tiendas, se pararon un momento a contemplar el espectáculo del infinito. John no recordaba haber visto nunca tantas luminarias juntas, Marie nunca las había sentido tan cercanas, parecían brillar con doble o triple intensidad.

Al cabo de un rato, ambos, al unísono, dejaron de mirar el firmamento y se dirigieron la mirada. A pesar de la oscuridad que les envolvía, una oscuridad que aparentaba ser prolongación de la que circundaba a los astros que habían admirado fascinados, fueron capaces de distinguir una pequeña luz. La luz que brotaba de los translúcidos ojos azules de Marie, la que nacía de la rutilante mirada gris perla de John. La luz del agua y de la tierra frente a frente, sin atreverse a decir nada.

Un momento demasiado intenso para la timidez de John, alzó una mano torpemente a modo de buenas noches y se introdujo en su cubil de lona; luego estuvo dos horas pensando, antes de poder conciliar el sueño, si debería haberse acercado a Marie, si debería haber tratado de hablar con ella, si debería haber tratado de besarla. Pensamientos sobre el pasado que no cambian nada, pero que disponen el presente y anuncian el futuro.

Nuevo día, nueva algarabía. El sol transmitía su energía y sacudía la pereza hasta de las indolentes piedras. Los Zarif habían llegado hoy considerablemente más temprano y pronto se vio por qué. Se habían reunido en el exterior del recinto con los dos guardias y patriarcas del clan que, después de una noche entera de choques y encuentros dialécticos, parecían haber llegado por fin a alguna conclusión que ahora transmitían al resto de los atentos miembros del linaje familiar.

Osama los encontró después a todos desayunando té con pastas, tranquilamente, en el interior de la tienda comedor. En cuanto entró el teniente apuraron rápidamente el contenido de sus vasos y dejaron el sitio libre para el resto de la expedición, que ya empezaba a asomar por la puerta buscando algún recipiente con algo caliente en su interior.

La actividad en el campamento parecía hoy especialmente frenética, los trabajadores se habían puesto a desempaquetar todos los utensilios que había comprado Osama el día anterior. Las piezas de la grúa portátil, el traje de submarinista y sus múltiples adminículos, las cuerdas y poleas, los ganchos y fijaciones, todo estaba expuesto en el suelo como si de un zoco árabe se tratara.

Una vez revisado el material se trazó el plan de acción. Los cuatro cabezas de la expedición estaban de acuerdo, se trasladaría la grúa desmontada hasta su emplazamiento, al pie del pozo, y allí se instalaría fijando sus pies mediante tornillos sujetos al suelo. Habría que taladrar las baldosas, pero los arqueólogos no pusieron ningún impedimento. Un arnés de escalador sujeto al gancho de la grúa serviría para bajar o izar a John.

El inglés dudaba entre ponerse el traje antes de entrar en la tumba o vestirse justo al lado de la sima, al final optó por una solución equilibrada. La verdad está en el justo medio, como decía Aristóteles. Se introdujo en el ceñido traje de neopreno y pidió a los obreros que llevaran los tubos de aire comprimido y el resto de los accesorios al interior de la tumba, allí terminaría de ajustarse el equipo.

Osama había comprado al final dos cilindros de aire. John le especificó que con uno le sería suficiente, pero sabía que con los mercaderes egipcios uno nunca sabe lo que va a traer a casa cuando va de compras, así que no protestó. Con un tubo tenía para una hora de exploración, sería más que suficiente así que dejó el segundo como simple repuesto.

Lo que más temía John era que el agua estuviese estancada, lo que haría que tuviese que progresar casi al tacto por lo turbio y sucio que podía llegar a encontrarse el insalubre líquido. No obstante, cuando se asomó al pozo con Marie el día anterior no le pareció notar el particular y desagradable olor del agua en estado de putrefacción. El detective estaba casi seguro que las filtraciones procedían de la capa

freática del terreno o de algún río subterráneo estacional.

Una vez instalados todos los equipos decidieron despedir de nuevo a los trabajadores, había demasiada gente en la antesala del pozo. Osama quería quedarse para supervisar una operación que entrañaba cierto riesgo, así que fue Alí quien acompañó a los Zarif al exterior optando por quedarse con ellos y desentenderse de las operaciones submarinas porque, dado su desconocimiento de las mismas, no iba a aportar nada, únicamente estorbaría. Toda excusa que le alejase de la siniestra tumba era justa y válida para el egipcio.

Habían iluminado convenientemente la plataforma inmediatamente anterior a la abertura del sumidero con una pequeña batería, que daba energía a cinco o seis bombillas estratégicamente situadas. Ahora se percibían diáfananamente las dimensiones de la estancia, una pieza de igual tamaño que el pasillo que llevaba hasta ella, pero con el techo bastante más alto, cubierto por losas planas, sin formar el clásico tejado triangular. En la zona del pozo el techo incluso era todavía más elevado, hasta los cinco metros, una falsa bóveda quasi circular, aunque absolutamente irregular, remataba la cuadrada boca de la fosa y... había algo más, Marie fue la primera en darse cuenta.

—Aquí hay una cosa —dijo mientras enfocaba la luz de su linterna hacía el remedo de cúpula.

Osama que estaba muy cerca, ajustando la grúa, también lo vio, era una especie de bajorrelieve que sobresalía del muro, pero se encontraba en el lado de la pared que tenían justo encima, el que no podían llegar a observar a simple vista sin realizar excesivas contorsiones. No acertaban a distinguir lo que era.

—¿Qué es? —preguntó John mientras se calzaba las aletas.

—No lo sé, parece un relieve esculpido en la pared —contestó Marie—, pero no alcanzo a verlo bien desde este ángulo.

John, con el traje completo y llevando a la espalda el pesado cilindro de aire, se acercaba a la grúa dando torpes pasos.

—Bien, a ver si yo lo distingo cuando me sitúe debajo del brazo de la grúa.

Osama había modificado los amarres y estructura metálica de un arnés de escalada hasta convertirlo en una resistente silla de la que John pudiera desembarazarse cómodamente cuando estuviese dentro del agua.

El inglés se sentó en el armazón, plenamente dispuesto para ensayar su incierta zambullida pero, antes de bajar, accionó el potente foco de la linterna que montaba su escafandra.

—Es un relieve, sí —admitió—. De un dios egipcio.

—¿De quién? —preguntó impaciente Marie.

No era fácil de decir, la piedra esculpida mostraba a una divinidad manifiestamente masculina, barriguda, aunque con unos senos grandes y un poco

descolgados. Estaba en actitud de marcha y portaba en las manos las plantas heráldicas del Alto y Bajo Egipto, el loto en la izquierda y el papiro en la derecha. Un moho verde, seguramente el mismo líquen que colonizaba las paredes del pozo, le daba un marcado matiz fresco y vegetal.

El tono verdusco, símbolo de fertilidad, le dio la última pista a John para determinar a qué deidad representaba la figura.

—Es Hapi, el dios hermafrodita que simboliza al río Nilo —anunció el inglés.

Aunque Hapi había carecido tradicionalmente de templos y de centros específicos de culto, había sido ampliamente venerado por los naturales del país, sobre todo por parte de los agricultores. Era un dios que personificaba la anual inundación de los campos aledaños al río Nilo, por eso se le representa llevando entre los dedos la vegetación más típica de las riberas del gran curso fluvial.

—El dios del agua en la boca de un pozo —proclamó Marie algo despectivamente—, muy apropiado.

—Sí, es bastante extraño —declaró John.

Marie pensó su respuesta.

—Tiene que ser una casualidad —dijo ingenua—, ¿cómo iban a saber los constructores que sus galerías resultarían anegadas al cabo de los siglos?

John no sabía por qué, pero la respuesta de Marie no le tranquilizaba nada. Estaba a punto de pedir que le subieran y planificar la exploración con más cuidado, tal vez un robot con cámara submarina hubiese sido mucho más apropiado, pero ya era un poco tarde para cambiar de métodos. Se limitaría a ir con cuidado.

—Está bien, voy a bajar —dijo resuelto el inglés mientras se ajustaba la escafandra—. ¡Osama, si doy tres tirones bruscos a la cuerda acciona la grúa para subir el arnés!

John cerró el puño y dejó ver el pulgar señalando hacia abajo. Empezó un lento descenso.

Mientras Osama se ocupaba de los controles del elevador, Marie vigilaba la operación tumbada en la boca del agujero. Veía la luz del casco del arqueólogo rebotar contra las verdes paredes que no perdían su forma cuadrangular ni parecían variar de tamaño.

Durante el descenso, John apreció diferentes líneas horizontales que revelaban que el agua no había permanecido siempre al mismo nivel, sino que éste había variado a lo largo de los años, o de los siglos.

También se fijó en otra cosa que tenía que ver con la edificación de los muros. Las paredes del pozo estaban aparejadas con las mismas piedras de granito labradas, perfectamente cuadradas y pulimentadas, que se habían usado en el resto de la tumba de Sheshonk: los bloques encajaban tan perfectamente entre ellos que no necesitaban ningún tipo de argamasa o mortero para mantenerse unidos, la fuerza de la gravedad

bastaba para engarzar sólidamente los grandes sillares. Pero ahora, dentro del agujero, John veía como los arquitectos de la tumba había usado un material de interposición entre piedra y piedra. No sabía qué podía ser, aunque parecía una especie de betún.

Las dudas, que habían empezado a asaltar su mente en cuanto vio la efigie del dios Hapi, redoblaban sus esfuerzos por saltar el muro que separaba su inconsciente de su razón. Al final las incertidumbres se hicieron certezas: certeza de que este pozo era una disposición constructiva realizada con clara vocación de intencionalidad, el material que se había utilizado para ensamblar las hiladas de piedra era, con toda seguridad, alguna arcilla asfáltica que debía servir para impermeabilizar el perímetro del aljibe; certeza de que la cisterna había sido anegada adrede y que su desconocida función era permanecer así, inundada; certeza de que esto no podía ser más que un obstáculo que los ladinos ingenieros egipcios habían interpuesto contra los posibles saqueadores de tumbas o sus equivalentes modernos, llámense investigadores, arqueólogos o egiptólogos; certeza de que si el dios Ra, el dios del sol y del fuego, había presidido la habitación de las lentes que casi acaban con ellos, el dios Hapi, el dios Nilo, estaba aquí simbolizando el agua que rellenaba este depósito subterráneo; certeza de que se estaba metiendo en otra trampa. El ajustado traje de neopreno empezó a asfixiar a John.

El inglés intentó controlarse, ya casi estaba abajo, no iba a pedir a sus compañeros que le izasen, no hasta comprobar a ciencia cierta que sus sospechas eran totalmente correctas.

Se oyó un leve sonido de chapoteo. Marie, que todavía acechaba el descenso de John desde la boca del pozo, intentó hablar con su compañero.

—¿Has llegado ya, John? —gritó, aunque innecesariamente porque el sonido de su voz rebotando en los tabiques llegaba tan amplificado que casi acabó de descontrolar los tensos nervios del buzo.

—Sí, sí, dejad de largar cuerda —respondió John desde siete metros más abajo, su voz llegaba también convertida en reverberante eco hasta Marie y Osama.

El líquido parecía estar bastante limpio, a pesar de que en su superficie flotaban muchos pedazos de indeterminadas inmundicias.

—Parece que esta agua no está estancada —dijo desde el fondo—. Voy a sumergirme.

—Bien, ten cuidado —profirió Marie atronándole otra vez.

John comprobó la válvula que regulaba la presión de la mezcla y empezó a darse la vuelta con cuidado, apoyándose en el arnés de montañero. Quería quedarse boca abajo y así poder impulsarse al fondo de la sima con la fuerza de sus aletas.

Con un movimiento brusco se soltó y se sumergió.

Al principio no veía nada, el polvo que permanecía en la superficie del agua se

había removido tanto que había enturbiado el aljibe. Únicamente acertaba a percibir las miles de partículas que revoloteaban alocadas ante sus gafas de submarinista.

Trataba de progresar hacia abajo sin tocar las paredes, por si había resortes ocultos, aunque se le hacía muy difícil en tan estrecha galería, y eso que llevaba el cinturón de su traje lleno de lastre para hacerle más fácil el descenso.

A medida que bajaba, el líquido se aclaraba y el inglés pudo comprobar fehacientemente como una gran multitud de galerías desembocaban en la cavidad. Contó hasta diez túneles, todos igual de grandes y cuadrados, todos igualmente inundados, que nacían o morían en cada una de las cuatro paredes que formaban el conducto vertical que estaba recorriendo. No se introdujo en ninguno, el único objetivo que se había marcado en esta exploración preliminar era llegar al fondo de la sima para así hacerse una idea aproximada de su profundidad.

Después de unos tres minutos tocó fondo, aunque no mucho porque la base de la fosa estaba llena de barro y sedimentos y no quería volver a ensuciar el agua.

Se dio la vuelta como pudo y movió las piernas rápidamente para regresar hasta arriba.

—Esto está lleno de pasadizos anegados —dijo a sus colegas en cuanto se quitó el respirador de la boca.

—Tendrás que explorarlos todos —contestó Marie.

—Sí, ya lo sé, empezaré por los que quedan más arriba —dijo John— Tú, entre tanto, ve afuera a por una piedra que pese bastante, átale una cuerda de unos 20 o 25 metros y títala aquí dentro, luego ata el otro extremo al brazo de la grúa y ténsala. Quiero que me sirva de guía y de agarradero, es difícil nadar en espacios tan estrechos.

—Enterada —contestó la francesa—, voy a hacerlo ahora mismo, te dejo con Osama.

—Antes de tirar la piedra al agua asegúrate que yo no esté por aquí abajo, no sea que me resuelvas de golpe todos los problemas de mi vida.

—Ya lo suponía, no soy idiota —contestó Marie haciéndose la indignada.

—Ah, y prepara también la otra botella de aire, aquí hay muchos pasillos por explorar —demandó el inglés antes de volver a sumergirse en el incierto estanque.

Durante toda la mañana estuvo John recorriendo los túneles, intentando comprender cuál había sido la intención última de su diseño, su finalidad. Había examinado íntegramente todos menos uno, uno muchísimo más largo que los demás que decidió dejar para la tarde, para cuando acabase de comer.

Pidió a Osama que le subiese, ya había hecho varias inmersiones alternando las dos bombonas de oxígeno y rellenando Marie la quedaba vacía. Al final había sido una buena idea el haber traído dos botellas.

Por mucho que era preguntado por todos, John no soltaba prenda sobre la

naturaleza de las cavidades. A pesar de su estupefacción y desconcierto, era de la opinión que el ser humano nunca podía pensar en algo ilógico porque entonces tendríamos que razonar ilógicamente, cosa que era imposible incluso para los egipcios del año 1000 antes de Cristo.

Todos respetaron su silencio mientras comían el guiso preparado por Gamal. A pesar de lo cara que estaba la carne en Egipto, el joven intentaba homenajear ordinariamente a sus comensales con platos dignos de días de fiesta. Hoy asó un cordero.

Después del opíparo refrigerio Marie decidió suspender, unilateralmente, la tregua que todos habían concedido implícitamente a John.

—Bien —articuló melosa la francesa—, nos vas a decir ya lo que has encontrado ahí abajo, estamos todos en ascuas.

John miraba concentrado su taza de café, veía subir las volutas de balsámico humo, deshacerse y volver a surgir despacio del negro líquido.

—No he encontrado nada interesante —respondió John demasiado parcamente para las expectativas de los demás.

—Algo habrás visto —insistió Marie.

—Solamente una decena de túneles cegados, construidos con las mismas piedras con las que está hecha la tumba. No hay ninguna puerta, irregularidad, ni sentido aparente en el diseño de los caóticos pasadizos, aunque todavía me falta uno por recorrer —advirtió el inglés.

—¿Solamente uno? —preguntó Alí con interés, ya que veía próximo el fin de los trabajos de excavación y la ansiada vuelta a su pequeño pero tranquilo y apacible despacho.

—Sí, uno, aunque bastante largo, esta tarde me sumergiré con las dos botellas a la vez, a ver si consigo llegar hasta el final —planeó John sin pedir su beneplácito al resto de componentes del grupo.

—No parece muy esperanzado —indicó Marie contagiándose un poco de la tristeza que aparentaba John—. ¿Crees que también estará obstruido, tapado igual que los otros?

—Al contrario —dijo el inglés—, creo que la tumba continuará después de ese túnel y estará tan seca e incólume como todo lo que hemos visto antes de dar con estos aciagos pozos.

—Entonces por qué te muestras tan melancólico —Marie quería que John compartiera con ella lo que realmente pensaba.

—Tengo un mal presentimiento, sólo eso —reconoció John.

La doctora se intranquilizó bastante con las palabras de su compañero, no quiso preguntar nada más. En cambio, los dos egipcios no se dieron por enterados de las funestas corazonadas del inglés y substituyeron a Marie en el interrogatorio. Sobre

todo Alí, que al permanecer toda la mañana de ese domingo en el exterior de la tumba se había enterado de muy pocos detalles.

—Me ha dicho Marie que hay un relieve del dios Hapi a la entrada del pozo —empezó el egipcio—, muy parecido en su hechura al que encontramos de Ra, justo antes de entrar en la habitación de las lentes.

John pensaba que Alí había llegado a las mismas conclusiones que horas antes habían asaltado su mente y habían minado su buena disposición de ánimo. Era la hora de emerger de las profundidades de sus propias cavernas, porque en cada uno también hay vastas simas donde uno puede perderse y, si se permanece mucho tiempo, le es imposible regresar.

—Efectivamente —reconoció tratando de sobreponerse a su desánimo.

—¿Crees que hay alguna relación entre ellos? —volvió a inquirir Alí.

—Sí, creo que son una especie de avisos —contestó el inglés ya con mucho mejor tono y dejando de mirar los jirones de humo que se escapaban de su taza de café.

—¿De avisos? —preguntó Osama extrañado.

—El dios Ra nos avisaba de la trampa del fuego, el dios Hapi, dios de las inundaciones periódicas del Nilo, nos advierte del peligro oculto en el agua —respondió John mirando directamente a los ojos del militar, lo que daba más trascendencia a sus palabras.

Osama se dejó caer sobre el respaldo de su silla, como fulminado por un rayo, no volvió a decir nada.

Marie, en cambio, llevó su intranquilidad, multiplicada por las desasosegantes palabras de John, por otros derroteros, por los caminos de la incontinencia verbal. Un torrente de palabras salió de su boca. John solamente le entendió lo siguiente:

—¿Qué clase de peligro? ¿Cómo que es otra trampa? No se te ocurra volver a bajar.

John decidió tranquilizar a Marie, parecía al borde de un ataque de nervios.

—No creo que sea ninguna trampa, al menos no para nosotros que tenemos un equipo de submarinismo, más bien es un obstáculo insalvable para cualquiera que hubiese intentado explorar la tumba buceándola a pulmón.

—¿Qué quieres decir? —Alí no acababa de comprender la teoría de John.

—Que los constructores inundaron esos túneles adrede para que ningún ladrón de tumbas pudiese acceder a la parte más recóndita del enterramiento.

Todos guardaron un minuto de silencio, tratando de asimilar las revelaciones del inglés.

—Así que estamos ante otra de las invenciones del retorcido Sheshonk —acertó a decir Alí al cabo de ese lapso.

—Más retorcido que nunca, porque creo que esos túneles reproducen un laberinto —sonrió John, aunque algo sardónicamente.

—¿Un laberinto? —preguntó alarmada Marie.

—Un laberinto sumergido —volvió a confirmar John—. Desde luego, cualquier ladrón de la antigüedad hubiese acabado ahogado en los oscuros pasadizos si no hubiese renunciado a tiempo a sus turbias intenciones.

—Y entonces, ¿qué hacemos ahora? —titubeó Marie—. Tendremos que drenar los pasadizos si queremos continuar, pero no podemos hacerlo sin tener la bomba de agua.

—Y tardará una semana en llegar —mencionó Osama recordando que el día anterior había recorrido tres tiendas especializadas y en todas le habían dado el mismo plazo de tiempo para la consecución de la bomba.

—Bueno, creo que debería ir a explorar, aunque sea someramente, el último túnel —anunció John—. Tenemos que estar seguros de lo que verdaderamente hay allí abajo antes de tomar cualquier decisión apresurada.

Los cuatro estuvieron de acuerdo, aunque Marie todavía recelaba, no quería que John se expusiera demasiado, sin embargo no encontraba ninguna excusa capaz de frenar al inglés en su firme resolución de efectuar otra inmersión.

Marie y Osama, igual que por la mañana, acompañaron al buzo mientras Alí se quedaba vigilando el campamento y a los complacidos obreros, que cada día trabajaban menos. Desde el incidente de la alarma, Osama no había vuelto a activar el dispositivo electrónico excepto por las noches, y alguien tenía que velar para que nadie distrajese algún valioso objeto de la tumba.

El miedoso Alí prefería mil veces el aburrido cometido de vigilante desde el exterior de la tumba que el más emocionante de los descubrimientos que pudiera realizarse en el interior del mausoleo, y las nuevas revelaciones de John no contribuían precisamente a cambiar su receloso sentir.

El egipcio vio como sus tres compañeros se introducían de nuevo en las entrañas de los dominios del artero Sheshonk.

John caminaba el primero y pronto llegó a la plataforma que se abría al laberinto, ahora todos llamaban así a los sumergidos corredores.

Mientras se ponía el traje de submarinista e intentaba acoplarse las dos botellas de oxígeno a la espalda, se acordó de otro laberinto que debía quedar muy cerca de éste de Sheshonk. Se decidió a compartir sus pensamientos, más que nada para distraer la imaginación de especulaciones más lóbregas, porque su negra intuición sobre el largo corredor que le quedaba por explorar no acababa de desaparecer de su cabeza.

—¿Sabéis que cerca de la antigua laguna de Meris había otro laberinto? —preguntó melancólicamente a los desprevenidos Marie y Osama. Siguió hablando taciturno, sin esperar respuesta.

—Era un inmenso espacio compuesto por doce palacios techados, enfrentados e idénticos, rodeados todos por una alta muralla que no permitía ningún tipo de

escapatoria. Los antiguos decían que el laberinto egipcio, distinto del griego de Creta, tenía 3.000 habitaciones idénticas en la superficie y otras 3.000 en sus subterráneos sótanos. Todas profusamente decoradas con monótonos relieves y estatuas.

—¿Éste laberinto también tenía minotauro? —preguntó Marie con voz estremecida.

—No, éste tenía un tesoro, el ajuar de 12 faraones egipcios enterrados dentro de sus muros. Estos reyes habían sido los constructores del laberinto ya que cada uno había duplicado el palacio de su antecesor.

—¿Por qué hicieron tal cosa? —preguntó Osama mientras manipulaba la grúa para ponerla a punto.

—Cada uno quería emular lo que hacía el otro, pero no superarle. —Pues no acabo de comprenderlo —protestó el egipcio.

—Querían probar una teoría —precisó el inglés mientras se dirigía hacia el pozo.

—¿Qué teoría? —demandó Osama mientras ayudaba a John a ajustarse el arnés.

—Que la complejidad es la mera repetición de las cosas sencillas.

Marie no sabía si John estaba de broma o realmente hablaba en serio. Estaba realmente preocupada.

—Espero que ahí abajo no encuentres 3.000 túneles que recorrer —dijo para romper la macilenta atmósfera.

—No lo creo, aun así algo me dice que no va a resultar tan sencillo como recorrer el pasillo y aparecer en una nueva zona seca —declaró el inglés un tanto risueño para no alarmar demasiado a sus compañeros.

—Pues entonces déjalo John, esperaremos a la bomba de agua y ya está. No quiero que te arriesgues —opinó Marie mientras alargaba los dedos intentando tocar al inglés.

John se dio cuenta del gesto y estrechó durante cinco segundos la mano que le tendía Marie.

—No te preocupes —dijo—, si veo que el pasillo se bifurca en otros o es demasiado largo daré media vuelta.

La cuerda empezó a descender y John se sumergió. El agua parecía encontrarse más fría de lo había estado esa misma mañana; claro que, con el grueso traje de caucho sintético que llevaba puesto apenas notó la variación de temperatura.

Cuando llegó abajo, se giró para ponerse cabeza abajo y se agarró a la tensa cuerda que le servía de indicador y de ayuda para adentrarse en los oscuros fluidos de la tumba de Sheshonk.

El mal presagio respecto al pozo que perseguía a John desde por la mañana tenía un fondo lógico, aunque el inglés no era muy consciente de qué era lo que le atormentaba tanto. Lo que no sabemos explicar con fundadas razones lo expresamos con oscuras palabras, con presentimientos e intuiciones, por eso se había mostrado

excesivamente sombrío hacía un momento.

Lo que chocaba a John era lo limpia que parecía el agua, algo impropio si la cavidad había sido rellenada premeditadamente hacía 3.000 años y posteriormente olvidada. Es más, si esto hubiese sucedido así, casi con total seguridad el líquido se habría evaporado por sí solo pasado un tiempo.

Sí, había algo realmente misterioso en todo aquello y si algo caracteriza al ser humano es que tiene que encontrar un sentido hasta a lo ininteligible.

John, a pesar de sus temores, estaba dispuesto a llegar hasta el final.

Llegó al punto de la cuerda donde había anudado un pañuelo esa misma mañana, indicaba la ubicación del único túnel que todavía quedaba por explorar.

Era, de aspecto, igual a los otros diez, pero sus hermanos no pasaban de alargarse durante veinte o treinta metros, eso sí, con ángulos caprichosos y recorridos extraños. Unos iban hacia abajo, otros se dirigían hacia arriba, otros zigzagueaban doblándose en varios recodos que no llevaban a ningún sitio. Éste otro era casi totalmente recto y continuaba claramente la línea de la tumba de Sheshonk, es decir, la prolongaba, igual que otros cuatro túneles que resultaban tapiados a los pocos metros, y a diferencia de la otra mitad de agujeros anegados, que volvían atrás introduciéndose de nuevo debajo de la rocosa montaña en el que estaba construido el núcleo del enterramiento.

John pensaba que deberían haber trazado un mapa de la tumba, para elucidar si los profusos pasadizos, vistos sobre plano, daban alguna pista sobre su verdadera función. Se prometió a sí mismo que sería lo primero que hiciese en cuanto tuviese un momento libre.

El submarinista se adentró en el cuadrado boquete de piedras firmemente selladas y empezó a mover las piernas a toda velocidad haciendo que sus grandes aletas le impulsaran vertiginosamente a través de la alargada galería.

Así continuó durante más de treinta minutos, sin descanso, vigilando únicamente su nivel de oxígeno. Empezó a aburrirse. El pasadizo no parecía tener fin, la luz del foco que llevaba su escafandra parecía iluminar siempre las mismas piedras. Si no fuese porque las líneas que separaban cada losa de su vecina indicaban claramente que progresaba hacia delante la sensación hubiese sido todavía más descorazonadora. Si las paredes hubiesen estado completamente lisas nada podía hacer saber al submarinista la velocidad a la que avanzaba.

Para mantener la mente ocupada, John trató de calcular los metros que recorría por minuto, simplemente contaba el número de baldosas y lo multiplicaba por el tiempo que tardaba en recorrerlas. Probó con tandas de 10, de 20, de 30 piedras, con intervalos de 10, 20 y 30 segundos. Ninguna operación le dio los mismos resultados pero, incluso los cálculos más bajos, le daban una longitud del pasillo que ya había recorrido realmente inusitada.

Las cuentas menos optimistas le daban distancias de dos kilómetros, las estimaciones que usaban como multiplicador una mayor velocidad y como multiplicando una mayor distancia arrojaban unos tres kilómetros de galería ya inspeccionada. Era impresionante, John no recordaba haber visto nunca un túnel tan extremadamente dilatado, aunque recordó que los egipcios eran maestros en la construcción de canales capaces de conducir el agua del Nilo hacia lugares realmente alejados del río, aumentando así las tierras de regadío. Claro que, normalmente los fabricaban sobre la superficie, no subterráneos y partiendo de una tumba.

Este último pensamiento removi6 algo en su cerebro, pero otras necesidades más perentorias distrajeron su atención.

Ya casi había gastado una bombona de oxígeno y todo seguía igual. En cuanto se agotara totalmente la primera botella, cada una tenía aire para una hora aproximadamente, tendría que plantearse muy seriamente el dar la vuelta o no dispondría de suficiente oxígeno para regresar.

Continuó durante tres o cuatro minutos más. El primer tubo estaba dando sus últimos estertores. Tendría que cambiar de cilindro y disponerse a regresar, y ni siquiera había visto el final del interminable pasillo que, encima, no tenía ni una sola bifurcación. Era descorazonador tener que retornar sin tener ninguna novedad que contar a sus colegas, pero no había otra opción.

Dio media vuelta y empezó otra vez a aletear. Esta vez en dirección a la salida del pozo, donde le esperaban Marie y Osama.

No pasaron ni cinco minutos cuando John se dio cuenta de que algo marchaba rematadamente mal: la velocidad a la que pasaban las hileras de piedras parecía ostensiblemente menor de lo que había observado en la ida, y él no había bajado el ritmo de buceo. No podía ser por el agotamiento físico, no estaba ni mucho menos cansado porque había mantenido una cadencia de aleteo bastante cómoda. Hizo una sencilla prueba, se quedó quieto.

Durante cinco segundos no pasó nada, pero la inercia cesó y reparó alarmado como su cuerpo empezó a trasladarse hacia atrás, cada vez con más fuerza.

El pánico entró en su cuerpo con una sacudida, todos sus tejidos se estremecieron, como si le hubiesen succionado instantáneamente toda la sangre de sus paralizados miembros.

¡Había una corriente de agua en el pasadizo y le arrastraba hacia el lugar opuesto a la salida!

No se había dado cuenta mientras progresaba por el túnel, quién podía pensar que se encontraría una corriente en lo que debían ser aguas muertas y bien muertas. Y había apurado demasiado el oxígeno, ¡no tendría suficiente para regresar!

Empezó a mover las piernas rápidamente, haciendo un esfuerzo mayor para vencer la corriente, pero empezó a jadear de cansancio, lo que tenía el efecto

secundario de respirar más aprisa y consumir más aire. Nunca llegaría si seguía nadando de esa forma.

A John le entró un desaliento inmenso, la depresión infinita de los que saben que su fin está próximo. No sabía por qué, pero empezó a pensar en Marie, en la absurda idea de que su muerte pondría triste a su compañera, en la alocada convicción de que únicamente ella le echaría de menos con el tiempo.

Se paró totalmente, ahora sí estaba cansado, casi exánime. Se había dado por vencido.

Estaba a punto de cerrar los ojos cuando vio algo venir hacia él, algo que se movía velozmente recorriendo la galería.

Se asustó mucho, casi excesivamente, pero el estremecimiento le devolvió las fuerzas que antes le había absorbido la desesperanza.

Ahora veía claramente a su inesperado adversario.

¡Era un pez!

¡Una perca!

John no podía creerlo, que hacía un pez viviendo en la tumba de Sheshonk, siempre había oído narrar historias de espíritus que guardaban las tumbas de los faraones. Incluso los soberanos más antiguos hacían sacrificar a varios vasallos suyos para que sus almas deambulasen eternamente por sus dominios subterráneos asustando a los visitantes no deseados, pero, ¿una perca?

El pequeño ser acuático no hizo demasiado caso de John, pasó de largo sin siquiera mirarlo.

La anécdota no hacía menos desesperada la situación del inglés, aunque la singular aparición sirvió para que saliese de su peligroso desfallecimiento. Los ojos le brillaban ahora, debajo de la escafandra, con la clara luz de la determinación.

Calculó el tiempo que le quedaba al oxígeno antes de agotarse y, con decisión, se puso a bucear ayudándose de piernas y brazos. Pero, sorprendentemente, enfiló en dirección contraria a donde estaban esperándole Marie y Osama. Se puso a nadar rápidamente, ayudado ahora por la corriente, con todas sus recuperadas fuerzas y otras más que ni siquiera sabía que tenía, hacia las oscuras entrañas de la tumba.

Mientras tanto, Marie vivía otro tipo de rabiosa impaciencia, la impaciencia impotente que te da el no saber nada y el nada poder hacer por saber más.

Ya casi habían pasado las dos horas de autonomía que tenían las bombonas de John y éste no había regresado todavía.

De vez en cuando, Marie cruzaba la mirada con Osama, quería que el egipcio la tranquilizase diciéndole algo, cualquier cosa. Pero el militar también parecía haberse quedado sin palabras.

Ambos no hacían otra cosa que comprobar su reloj y mirar a la boca del pozo.

Nada.

Ni rastro de John.

A las dos horas y media Marie estaba que se subía por las resbaladizas paredes.

Empezó a lanzarse reproches, nunca debía haber permitido dejar arriesgarse a un miembro de la expedición si había alguna duda sobre su seguridad. Bien lo había intuido el propio John. Era su responsabilidad, como directora, el mantener al equipo indemne de cualquier daño. Había fallado y lo lamentaba con una intensidad tal que más bien parecía ella quien había sufrido los daños. No paraba de morderse los nudillos, con saña.

Osama callaba, la muerte no era algo nuevo para él, ya había perdido algún que otro compañero de armas, casi siempre por accidentes fortuitos o por imprudencias temerarias. Sentía lo de John, pero no dejaba de ser una persona a la que apenas conocía.

Por eso no comprendía la reacción de Marie, se comportaba como si hubiese perdido algo más importante que un padre, que un hermano, más importante que ella misma.

El teniente tuvo que arrastrarla, literalmente, fuera de la tumba. Al cabo de más de cuatro horas de espera Osama había perdido toda esperanza de que el inglés siguiese con vida. Mejor que Marie se tomase una tila en la tienda comedor para tratar de calmar sus nervios, lo necesitaba imperiosamente.

Cuando dieron la luctuosa noticia a Alí, éste pareció sentirlo de veras, hizo un gesto como de resignación ante la fatalidad, como si pensase que algo así tenía que ocurrir tarde o temprano. Enseguida se puso a consolar a Marie, la arqueóloga ya no podía controlar por más tiempo sus emociones, lloraba copiosamente, como nunca había llorado por nadie, con empeño, con ansia, casi con verdadero apetito, incontenible.

Los trabajadores, que todavía seguían por allí a pesar que era casi de noche, no reaccionaron ostensiblemente, ni siquiera cruzaron una mirada entre ellos, solamente fueron capaces de envolverse en un terco y respetuoso silencio. Poco más o menos que esperaban que alguien les dijese cómo debían comportarse y poder seguir así unas pautas de conducta; pero nadie lo hizo, estaban confundidos.

Osama tendría que llamar a su superior, al coronel Yusuf al-Misri, e informarle de la terrible pérdida. Era una novedad lo suficientemente importante como para permitirse la licencia de molestar al mandatario. Además, el coronel debía autorizar algún tipo de expedición de rescate formada por otros submarinistas para recuperar el cuerpo. Sabía que esto sería un gran contratiempo para Yusuf, éste estaba obsesionado por evitar la publicidad a toda costa.

Después de pensárselo durante bastante rato, el teniente Osama se encaminó resueltamente hacia el teléfono vía satélite instalado en la caja del camión.

Abrió el portón decidido, aunque la sorpresa le detuvo inmediatamente. La luz

roja del teléfono parpadeaba. Alguien había dejado un mensaje. Pensó, rápido, cuándo había sido la última vez que había comprobado la ausencia de avisos. Lo había hecho esta mañana, justo antes de dirigirse a la cocina para comer.

Así pues, el coronel Yusuf, el único que sabía este número, había intentado ponerse el contacto con él esa misma tarde. Estaba intrigado por lo que pudiera contener el mensaje, su superior le había advertido que a no ser que el asunto fuese realmente importante, imperiosamente trascendental, según sus propias palabras, permanecerían en recíproco silencio.

Descolgó el auricular y marcó el código que permitía escuchar los mensajes grabados en el buzón de voz.

No podía creerlo.

Verdaderamente asombroso.

¡Era John!

¡Era el mismísimo inglés pidiendo ayuda, pidiendo que le fuesen a buscar! Tuvo que teclear en el dial, esta vez con dedos palpitantes, para escuchar de nuevo el milagroso e inesperado mensaje.

Lo primero que se le vino a la mente al alucinado Osama, era si el endiablado británico habría encontrado acaso una cabina de teléfono en las catacumbas de Sheshonk.

En situaciones límite tendemos a mezclar lo posible con lo imposible, la realidad con la ficción, lo vivido con lo soñado; así hasta imaginar las situaciones más absurdas.

No había ninguna duda, era él, a menos que Osama estuviese perdiendo la razón, cosa que ahora mismo ni siquiera él se atrevería a negar. John les pedía que fuesen a recogerlo a un pueblo llamado Al Burghuthi al Qubli, les esperaba en un café llamado Suleimán.

Al Burghuthi era un pequeño villorrio situado en las riberas del río Nilo. No estaba muy lejos de allí, apenas a diez kilómetros. Osama lo recordaba, había reparado en el desvío donde ponía el nombre de la remota aldea cuando conducía ayer por la tarde, en la carretera que iba a El Cairo.

Mejor que olvidase la idea de llamar a Yusuf hasta aclarar el asunto, si lo hiciese ahora le tomaría por loco.

Saltó del camión y se encaminó a la tienda comedor. Desde fuera podían oírse todavía los sollozos y plañidos de la desconsolada francesa.

Osama se paró en la puerta. No estaba seguro de cómo exponer el incidente, difícil es explicar lo que ni siquiera concebimos, pero no por eso dejamos de hacerlo. Intentaría hacerse entender por la vía más directa.

—John ha llamado por teléfono —anunció nada más traspasar el umbral.

Marie se quedó petrificada, no sabía si volver a echarse a llorar, si abroncar al

teniente por su falta de respeto para con los muertos, o si reírse históricamente.

—¿Desde dónde ha llamado? ¿Desde el cielo o desde el infierno? —proyectó Marie completamente fuera de sí por la irreverencia de Osama.

El teniente ni se inmutó, únicamente se limitó a seguir informando.

—No, desde más cerca —declaró tranquilo—, ha dejado un mensaje en el contestador del camión. Por lo visto está en una aldea a 10 kilómetros de aquí. Nos pide que vayamos a buscarle.

—Pero ¿cómo...? —Marie no entendía nada.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó un también perplejo Alí.

—Escuchad —se justificó el militar—, yo estoy tan extrañado como vosotros, pero os estoy refiriendo el mensaje que hay en el buzón de voz, si queréis escucharlo por vosotros mismos ahí tenéis el camión para poder hacerlo.

Marie y Alí se dirigieron hacia el vehículo, querían oír el prodigio, la voz de John proveniente de ultratumba. Osama les marcó el código y accedieron al mensaje.

Había que ir a buscar al resucitado. Lo harían Marie, la más ansiosa por ver a John de nuevo, y Osama, que conocía la ubicación de la aldea. Alí quedó encargado de explicar la buena noticia, pese a parecer inaudita, a los trabajadores, que por la agitación de sus jefes ya barruntaban alguna novedad, y esperaban pacientemente en el campamento a que llegasen sus familiares, los Zarif vigilantes.

Arrancaron un todoterreno y trataron de orientarse, era casi de noche, sin ningún rastro de la esquiva luna, y tampoco había caminos que seguir en medio del desierto. Se tendrían que guiar por el GPS, aunque había otra opción más sencilla, seguir el coche de los trabajadores en su camino de vuelta hacia su casa, les llevarían hasta la carretera mucho más rápido de lo que podrían hacerlo ellos con su cara tecnología de posicionamiento global.

Después de recorridos unos cientos de metros, Osama volvió al recinto de la excavación y se bajó del coche para pedir a los trabajadores que les guiasen hasta la carretera. No pusieron ninguna objeción.

Mientras perseguían las luces rojas del coche de los *fellah* se cruzaron con el jeep destartado de Ismail y Omar Zarif, ambos se dirigían hacia las instalaciones del campamento a cumplir con sus rutinarias obligaciones de guardia y centinela.

Osama y Marie no pudieron evitar que los obreros parasen su coche para intercambiar impresiones con sus mayores. Casi cinco minutos de tranquila conversación que crisparon a Marie. El militar tuvo que contener a la francesa que quería tocar la bocina para meter prisa a los sosegados egipcios.

Por fin se decidieron a continuar, les dejaron en un cruce y no tardaron mucho en llegar al pueblo donde se suponía estaba John. Marie no acababa de creérselo. Preguntaron por el café Suleimán, no había pérdida, era el único establecimiento de bebidas del poblado, y estaba situado en su única plaza. Enseguida se plantaron allí.

Bajaron del coche y entraron en el bar.

No cabía duda. John estaba en aquel lugar. Era, de entre los numerosos parroquianos que consumían té a esa hora de la noche, el único vestido de submarinista.

—Pero, ¿qué haces aquí? —espetó Marie como si regañase a un niño que hubiese cometido una travesura.

—¿Estás bien? —preguntó en cambio Osama, como el que no se extraña de nada. —Sí, sí, estoy perfectamente —contestó el inglés un poco fastidiado.

Él, siempre obsesionado por pasar desapercibido, volvía a ser el centro de atención de los clientes del café Suleimán, justo cuando parecía que se habían acostumbrado a su insólita presencia. John había aguantado multitud de preguntas y miradas jocosas desde que entró en el bar y, a juzgar por los numerosos vecinos que se habían asomado a la puerta para verle, debía ser a estas alturas la comidilla de todo el pueblo, de la comarca entera.

—Vámonos —dijo levantándose—, tengo unas ganas locas por quitarme el traje de neopreno, debo tenerlo tan pegado a la piel que tendré que usar unas tenazas para desprenderlo de mi castigado cuerpo.

John iba descalzo, había optado por quitarse las aletas cuando se percató de que la gente se desternillaba observando sus contoneos de palmípedo.

—Por cierto Osama —dijo el inglés ya más aliviado por el inminente rescate que le libraría de seguir haciendo el ridículo—, hazme el favor de pagar al camarero mis consumiciones, también me ha dejado unas monedas para llamaros por teléfono. Ha sido muy amable, dale una buena propina, yo es que me he dejado la cartera en casa.

Absolutamente todos los asiduos del café Suleimán saludaron a John cuando se iba, él les devolvió, cortés, el saludo.

—Parece que has hecho amigos por aquí —bromeó Marie, ya mucho más tranquila al ver a John sano y salvo, nunca había pasado más rápidamente de la tristeza a la alegría.

—No me hables —replicó John simulando irritación—, seguro que tienen tema de conversación para años enteros. Creo que me llamaban el hombre-pato.

Marie y Osama no podían menos que sonreír, cada vez que se imaginaban el divertido cuadro y cada vez que miraban al cariacontecido inglés.

El buzo bufón se negó a dar cualquier tipo de explicación de sus peripecias hasta llegar al campamento, en parte por castigar la desconsideración de sus compañeros, que emitían incontrollables, rápidas y nerviosas risitas más a menudo de lo que exigía el protocolo; y, realmente, porque estaba terriblemente incómodo con su inapropiada indumentaria actual.

Llegaron a la instalación casi a medianoche, esta vez sí tuvieron que hacer uso del GPS, lo que ralentizó bastante la marcha hasta que vieron las inconfundibles luces del

yacimiento.

John poco más o menos que ni saludó a Alí, tenía prisa por cambiarse de ropa. Osama y Marie se fueron directamente a cenar, los intervalos de tiempo que dedicaban a la insoslayable diligencia de alimentarse eran decididamente irregulares; pero, en situaciones límite, los acontecimientos dictan los procedimientos.

El inglés tardó más de la cuenta en ponerse unos pantalones y una simple camisa de manga larga, cuando entró en la tienda comedor sus rescatadores ya habían terminado con el guiso de arroz con verduras que había preparado Gamal. Le habían dejado un poco en el gran perol que se descubría sobre los fogones. John se sirvió todo el resto en un plato, estaba hambriento.

Empezó a comer con ganas, pero por las punzantes miradas que le dirigían Alí, Marie y Osama, no creía que pudiera demorar por más tiempo la explicación que les debía.

—Sé que todos esperáis que os cuente cómo he acabado en esa aldea —dijo mientras acababa de masticar.

—Estamos deseando —soltó Marie hablando por todos.

—Veréis, es increíble —farfulló con la boca llena de comida—, pero ese corredor debe de tener cuatro o cinco kilómetros de largo.

—¿Cinco kilómetros? —preguntó Alí extrañado.

—¿Da a alguna cueva natural y por allí saliste a la superficie? —esa era la única explicación que se le había ocurrido a Marie para explicar el estrambótico suceso.

—¡Qué va, qué va! —negó John—. Es el mismo corredor, el mismo pasillo de piedra pasmosamente extendido e intencionadamente construido por los prodigiosos ingenieros y arquitectos de la tumba de Sheshonk.

John se quedaba sin adjetivos con los que describir el largo pasaje.

—¿Y hasta dónde llega? —preguntó Osama, aunque ya se hacía una idea.

—¡Hasta el mismísimo Nilo! —confirmó John cogiendo otra cucharada de su plato.

—¿Quieres decir que buceaste hasta el río Nilo? —dijo Marie, que sabía que la gran corriente de agua estaba cerca pero no imaginó que tanto.

John asintió con la cabeza, trataba de tragar lo que tenía metido en la boca.

—No era mi intención bucear tanto tiempo —dijo en cuanto pudo—, cuando llevaba gastado un cilindro de aire me dispuse a dar la vuelta para regresar, estaba en medio de un pasadizo que no tenía visos de acabar. Pero, sin darme cuenta, me había internado en una corriente de agua que, aunque no muy fuerte, me impedía volver hacía el punto de partida a la misma velocidad a la que había recorrido ese tramo de túnel.

—Has apurado demasiado —señaló Osama.

—Efectivamente —admitió el inglés—. Me invadió un instante de pavor y allí

hubiese hecho honor a la maldición de Sheshonk si no hubiese visto a uno de sus guardianes.

—¿Guardianes? ¿Qué guardianes? —preguntó Marie intrigada.

—Un pez —descubrió John.

—¿Un pez? —volvió a inquirir una Marie que no estaba totalmente satisfecha con la escueta revelación.

—Una perca para ser más exactos —puntualizó John—. Es un pez que vive en las profundidades de los ríos, solía pescarlas con mi abuelo en Inglaterra, y en el Nilo son abundantísimas. Eso me dio la idea de adentrarme en la tumba hasta encontrar una salida, la corriente me favorecía.

—Y, por lo visto, la encontraste —dedujo Alí.

—Sí, como sospechaba la galería iba a parar al Nilo —declaró el inglés—, por eso el agua del pozo estaba razonablemente limpia y sin corromper, tenía por fuerza que haber una filtración que renovase constantemente el líquido, pero quién hubiese imaginado que el encargado de hacerlo era el mismísimo río sagrado de los egipcios. Es una obra...

—Faraónica —Marie quiso adivinar el final de la frase de su compañero.

—Portentosa, iba a decir —contradijo el inglés— Pero sí, es cierto, hay que reconocer que estamos ante un verdadero faraón.

—Es curioso, pero casi todas las pirámides están provistas de un corredor que conecta el templo alto, el situado justo al lado de cada pirámide, con un templo bajo, emplazado invariablemente lamiendo las aguas del Nilo. Muchos de estos dromos o paseos tienen longitudes de varios kilómetros y están abundantemente decorados con esfinges y columnas; claro que, aunque había alguno techado, estaban todos contruidos en la superficie, no bajo tierra. Quizá Sheshonk quería emular estas construcciones a su manera, en vez de conectar la tumba con el agua pensó mejor en llevar el agua hasta la tumba.

Alí había sido el autor de una exposición que John agradecía por lo extensa, le había dado tiempo a engullir dos o tres cucharadas del arroz que, aunque frío, le sabía a gloria.

—Eso tiene sentido —fortaleció Marie—. La función del templo bajo, el situado a la orilla del Nilo, era la de servir como lugar de purificación y embalsamado del cadáver del faraón fenecido, un trabajo realizado por los sacerdotes. Después, el cortejo fúnebre recorría toda la calzada que conectaba este templo bajo con el templo alto y, una vez allí, depositaban el cuerpo del monarca dentro del sarcófago.

—Simbólicamente —volvió a intervenir Alí—, el templo bajo, o más bien el agua del Nilo a la que estaba indefectiblemente fusionado, venía a representar la puerta de entrada del alma del faraón al mundo de los dioses.

John casi había acabado su plato, ayudado por las tesis, antítesis y síntesis

academicistas de sus dos colegas.

—Pues yo no me encontré ningún templo —dijo mientras se limpiaba los labios con una servilleta de papel—, pero me di de bruces con una reja que taponaba la salida del corredor.

Como nadie decía nada, el inglés continuó.

—Tuve que romperla a golpes de botella y, a pesar que los barrotes estaban totalmente podridos, me costó bastante alcanzar la superficie del río, y esto ya con el oxígeno casi totalmente agotado.

—Así que el corredor conduce hasta el cauce del Nilo —conjeturó Osama.

—Ciertamente, aflora en el único sitio donde ha podido mantenerse libre de sedimentos durante 3.000 años —John estaba deseando contarlo—. El pasaje asoma a mitad de profundidad del fondo, en una pared rocosa y en un recodo del río donde la velocidad del agua impide casi totalmente la deposición de cualquier tipo de residuo. Si no fuese porque casi acaba con mi vida sería capaz hasta de brindar por el bueno de Sheshonk y su maestría.

John levantó un vaso de agua para hacer el amago de brindis.

—Luego nadarías hasta la orilla, ¿no? —el militar quería enterarse de todos los detalles.

—Mas bien fui arrastrado por la corriente un buen rato —dijo John—, me rescató un pescador que se llevó un susto de muerte y que, a pesar de todo, me dejó en ese pueblo. Desde ese café donde me encontrasteis llamé por teléfono, como nadie lo cogía dejé un mensaje.

—Pero, cómo sabías el número de teléfono del camión —insistía Osama.

—Pues lo aprendí de memoria cuando llamé a mi contacto en Londres —aseguró el inglés—. Estaba apuntado en el dorso del auricular, además era fácil de recordar, tiene solamente cuatro cifras: 2244.

—Sí, es cierto, estos teléfonos vía satélite son muy escasos y llevan una numeración especial —reconoció Osama.

John estaba muy cansado, el esfuerzo y las emociones de ese domingo habían sido demasiado urgentes para lo que él acostumbraba a vivir, pero todavía esperaba la formulación de una última pregunta, la gran pregunta, la pregunta que las contiene a todas.

—¿Y el Arca? —fue Marie la primera que se percató del detalle.

—Es verdad, ¿dónde está el Arca? —reprodujo Alí, que no acertaba a entender cómo no lo había pensado antes.

—Si ese corredor acaba en el Nilo y todos los demás están cegados nos quedamos sin más tumba que explorar —coligió Marie.

—Yo no lo creo —cortó John terminantemente—. Creo que esto es otro truco de Sheshonk. Mañana trataré de hacer un somero plano de la tumba, es algo que ya

tendríamos que haber realizado y puede que nos dé pistas de por dónde seguir escrutando. Estoy seguro que la continuación de los túneles está oculta, nadie se molesta en hacer una tumba tal para no dejar su sarcófago bien a cubierto.

Marie se quedó con ganas de refutar las afirmaciones de John, pero éste se levantó y comunicó a todos que se iba a descansar, que estaba molido y que le disculpasen.

La determinación del inglés fue imitada por todos, excepto por Osama que al no ver, ni oír, a los centinelas se resolvió a dar una vuelta por el campamento para ver dónde se habían refugiado esta vez.

A Marie no se le escapaba, y lo pensaba mientras hacía esfuerzos por conciliar el sueño embutida en su grueso saco de dormir, que su reacción de hoy ante la supuesta muerte de John Winters había sido ciertamente desproporcionada. Puede que sus compañeros egipcios no sospechasen todavía nada, porque a casi todas las mujeres se les permite una expresión de la emotividad mucho más generosa que a los hombres, pero ella no se podía engañar a sí misma. Ella nunca había llorado por nadie, por lo menos no con la intensidad y sinceridad con que lo había hecho esa tarde.

Los sentimientos aprovechan cualquier resquicio del pensamiento para imponer sus propios intereses y puntos de vista. Son como niños pequeños que no entienden y nada quieren saber ni de las razones ni de las prudencias de los adultos. A Marie se le estaban rebelando, estaban tomando el barco sin encontrar a nadie que les saliese al paso e impidiese su amotinamiento. Casi podía percibirse a su desconcertado raciocinio escapando en franca retirada, cediéndoles su gorra de capitán y renunciando a manejar a partir de ahora el timón de su alma.

La noche es amiga de los que tienen problemas. Por lo menos el sueño se ocupa muchas veces de despejar los enigmas insolubles que no hemos sido capaces de desenredar durante el claro día. John no era consciente pero, mientras su cuerpo había descansado placidamente, su cabeza había seguido elucubrando sobre los entresijos de la tumba de Sheshonk. Muchas veces hay que alejarse de la ecuación si queremos despejar sus incógnitas, y dormir ayuda a tomar la conveniente distancia.

El inglés se había levantado como nuevo después de su desagradable e inquietante experiencia del día anterior, y eso que no había reposado muchas horas. Empezaba la semana, porque hoy era lunes, levantándose el primero y obteniendo el placer de ver cómo se despierta el desierto.

El dios Ra salía por detrás de la suave pendiente de la montaña donde estaba emplazada la excavación. El gris oscuro del crepúsculo matutino, de ese instante donde hay luz pero no hay sol, se transformaría rápidamente en el rutinario color amarillo terroso.

John quería verlo. Salió fuera de los límites del campamento por la puerta de tela aparejada en una de las lonas. Estaba justo dando la espalda al potente astro que dicta todas nuestras horas, podía ver como el borde de sombra, el límite entre los últimos residuos de las tinieblas y los refulgentes rayos expelidos por la nueva potencia surgida del horizonte, se retiraba a invariable velocidad recorriendo las dunas del desierto, dejando sitio al nuevo Señor de las Arenas.

La noche admitía su completa derrota, aunque volvería con fuerzas renovadas a recuperar lo que había sido suyo por derecho. Cuando empieza una guerra entre dos contendientes tan igualados hay que contar con que la batalla puede trocarse en eterna.

John estaba francamente despejado, incluso tenía el hambre del que lleva mucho tiempo levantado y todavía no ha desayunado. Decidió no esperar al cocinero egipcio y prepararse el mismo algo de comer, así que volvió a entrar en el recinto entoldado.

Se cruzó entonces con los dos vigilantes, parecían adormilados, seguro que habían dedicado su nocturna jornada de trabajo a algo más fructuoso que vigilar el desolado y yermo paraje, pero a John no le importaba demasiado el mayor o menor celo que podían poner en su cometido. Intercambiaron un breve y cortés saludo y los tres siguieron su camino, que no era largo.

Aún no había nadie en la tienda cocina. Era todavía muy temprano y la fuerza de los rayos del sol no era tanta como para convertir todavía las tiendas en pequeñas e insufribles saunas portátiles.

El inglés se preparó un par de huevos fritos y unas salchichas de pollo. Hacía una semana justa, desde que pisó El Cairo, que no desayunaba como tenía acostumbrado,

no comprendía cómo los demás podían mantenerse con un exiguo vaso de té y un par de pastas durante toda la mañana. Si hubiese sido otro le habría encargado a Gamal que le preparase todos los días un almuerzo especial, pero John era de los que trataban de no llamar la atención, y para eso lo mejor era hacer lo que los demás hacían, aunque no estuviese de acuerdo, muchas veces, con los dictámenes y costumbres ajenas.

El matinal festín tenía el efecto de potenciar la actividad neuronal que ya se había avivado en su cerebro con el reparador sueño del que había disfrutado esa noche. Necesitaba hacer algo, pero indefectiblemente tenía que esperar a los demás para abordar una nueva jornada de exploración, así que decidió empezar a trazar el plano de lo que llevaban descubierto hasta ahora.

No tardó mucho, usó un folio doblado de los varios que siempre llevaba en el bolsillo y un lápiz de los que nunca se acordaba de coger, menos mal que descubrió uno tirado en el suelo, al otro lado de la mesa.

Trazó líneas con pulso firme, lo hacía de memoria, recordando cada segmento de tumba que habían investigado. Lo más difícil era reproducir el laberinto de túneles anegados por el agua, aunque no se complicó, a pesar que las cavernas no eran exactamente como las había delineado, el boceto serviría para hacerse una idea bastante aproximada de la estructura de la tumba.

Hay cosas que sabemos desde siempre, pero no podemos interiorizarlas hasta que alguien nos las hace notar, hasta que no las vemos puestas en práctica, hasta que no las leemos escritas en algún sitio. Ahora que veía el mapa que acababa de esbozar, John comprendía por dónde continuaba obligatoriamente la sepultura.

Era lógico, tan lógico que sospechaba haberlo sabido ya el día anterior, que creía haberlo vislumbrado en lo que había soñado hoy, que lo había vuelto a intuir mientras veía amanecer, pero no pudo explicarlo con palabras hasta que no lo vio representado en el mapa.

Estaba satisfecho, y mientras se regodeaba consigo mismo empezó a entrar gente buscando algo que llevarse al estómago. El primero fue Osama, que aparentaba no haber dormido tan bien como el inglés; después entró Alí, con su inalterable expresión de confianza en los demás y desconfianza en sí mismo y, a los pocos segundos, Marie, que buscaba con la vista a John allí donde quiera que estuviera para sonreírle, no forzosamente sino como un inevitable acto reflejo. Los trabajadores se retrasaban hoy.

Nadie les esperó, cada uno de los tres recién llegados se preparó una taza de té o café como buenamente pudo y buscó algún bollo que les mantuviese vivos hasta la hora de comer. John les miraba sin decir nada, esperando imperturbable a que acabasen de desayunar. Marie también le vigilaba a él, aunque no de forma tan silenciosa.

—Estás muy callado John —dijo la francesa—. ¿Has dormido bien?

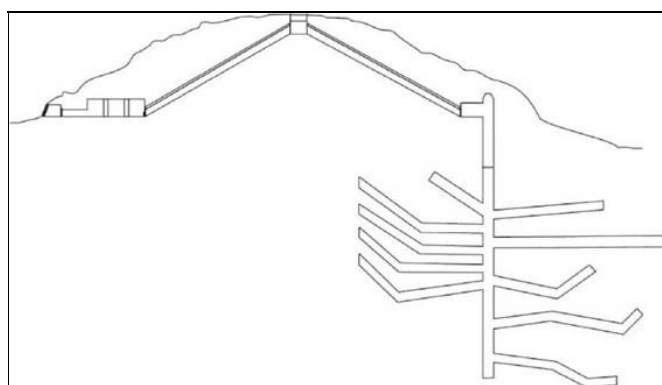
—Sí, muy bien, gracias —contestó—. ¿Y tú?

—Sí, estupendamente —mintió Marie que había tardado mucho en conciliar el sueño por culpa de las sacudidas que hacían peligrar el equilibrio emocional del que siempre había hecho gala antes de reencontrarse con su antiguo alumno.

Ya todos esperaban a qué Marie trazase el plan de acción para el día de hoy en calidad de máxima responsable de la excavación, pero la doctora no conseguía concentrarse en su trabajo desde hacía un par de días. John salió en su ayuda, aunque sin ser consciente de ello.

—Hoy me he levantado temprano y he dedicado media hora a esbozar un rápido dibujo de lo que llevamos recorrido hasta ahora en la tumba de Sheshonk —anunció reposadamente mientras pasaba su plano a Marie.

Ésta lo estudio con detalle porque desconocía completamente la compleja red de canales por los que había buceado John el día anterior.



—Vaya, sí que hay un laberinto ahí dentro —dijo la sorprendida directora después de un rato.

Pasó el plano a Alí, que también dejó notar un ostensible gesto de desconcierto.

—¡Esto es increíble! —exclamó el egipcio—. Tendremos que esperar a la bomba de agua y extraer todo el líquido que invade las galerías, tardaremos semanas.

—No, eso es imposible —resolvió John—, no hay que olvidar que esas galerías comunican con el Nilo, tendríamos que tapiar antes el conducto que surte de agua a todo el complejo. Si no lo hacemos, no acabaríamos nunca, obraríamos como Sísifo que dedicaba sus días a subir una roca hasta la cima de una montaña para que luego acabara rodando por la ladera opuesta.

John no sabía por qué había sacado a colación el mito griego, aunque como ejemplo de trabajo que no se acaba nunca venía un poco al caso.

—Entonces ¿qué hacemos?, estamos en un callejón sin salida —determinó Marie.

—Hay que pensar como lo haría Sheshonk —John no quería desvelar su teoría hasta que sus compañeros no la dedujesen por ellos mismos.

—¿A qué te refieres? —preguntó un aturdido Osama al que Alí acababa de pasar

el bosquejo de plano de John.

—Estas oquedades son claramente una trampa, pero debe haber un conducto que continúe la tumba —presupuso el detective razonando como si fuese el protagonista de una novela policíaca decimonónica.

—Ya, el problema es saber cuál —dijo impaciente Marie que quería que el inglés fuese más concreto.

—Lo lógico es que, sea la que sea, se encuentre seca si alguien la horadase, digamos, para continuar con una inofensiva exploración —explicó el inglés como si no fuese él mismo el que se dispusiese a realizar la nueva incursión.

—Bien, esto nos deja, según tu plano, a dos galerías en el lado izquierdo y una en el derecho —observó Marie que había recuperado el croquis de la tumba de manos de Osama.

—Exacto —aprobo John—, las demás están situadas a demasiada profundidad, si alguna de ellas continuase en un corredor libre de agua no haríamos más que inundar el nuevo pasadizo si osáramos practicar el más pequeño de los orificios.

—Eso suponiendo que Sheshonk no quisiera precisamente eso —intervino Alí—, que el que se adentrase en la tumba sin su permiso encontrase todos sus tesoros pasados por agua antes de llevarse la más mínima sortija.

—Pues hay que confiar en que no sea así —animó John—. En todo caso, si practicamos una cata en los pasillos que no corren peligro de anegarse, por estar su altura bastante próxima al nivel del pozo, no arriesgaremos nada y podemos ganar mucho.

—Así que tú propones hacer un agujero en los tres pasillos más altos —resumió Marie.

—Más bien en los dos de la izquierda —corrigió el inglés—. Si os dais cuenta mirando el plano, aunque no puedo asegurarlo a ciencia cierta, ayer me dio la impresión que casi todos los túneles del costado izquierdo menos el primero, eran casi idénticos e iban a morir a la misma distancia del pozo principal.

—¿Y? —preguntó Marie que no sabía a dónde quería ir a parar su compañero.

—Pues me parece que el arquitecto que proyectó la tumba se aseguró de que hubiese un punto o línea imaginaria donde los pasajes inundados del lado izquierdo concluyesen inexorablemente.

—¿Por qué? —en esta ocasión era Alí quien preguntaba.

—Tal vez porque no quería que los peligrosos corredores llenos de líquido interfiriesen con el resto de una hipotética edificación, con la construcción de las posteriores cámaras de la tumba.

—Así que descartamos de un plumazo todos los pasadizos del lado derecho —aventuró Marie.

—Yo diría que sí —dijo el inglés—. Los pasillos de la derecha son más

anárquicos y ayer me dio la impresión de que están trazados un poco al tuntún, como para despistar.

—¿Y el pasillo más alto de ese lado? —se extrañó Alí—. Está muy cerca del nivel del pozo.

—Sí, pero sigue quedando un poco por debajo del mismo —interpretó John—, además es demasiado recto y se aleja del lecho rocoso de la montaña, que es el sitio ideal para cimentar un sólido mausoleo. No, no creo que continúe, yo le descartaría en principio, aunque siempre podemos volver a fijarnos en él si no tenemos éxito con los otros.

—Bueno, resumiendo, entonces los candidatos a llevarse el gran premio se reducen a dos —formuló Marie que, aunque no llevaba la iniciativa y se limitaba a escoltar los razonamientos de John, trataba de que no se notase demasiado.

—Sí, los dos pasillos superiores del flanco izquierdo —indicó John calmado.

—¿Y el ganador es...? —preguntó la francesa con ademán de frívola presentadora de televisión.

—No lo sé —admitió John, que tampoco las tenía todas consigo—, me sumergiré y exploraré con más cuidado que ayer para ver si encuentro algún signo o señal que nos dé la respuesta antes de ejecutar nada irreparable.

—Bien, pues manos a la obra —invitó Marie levantando la sesión.

Justo cuando salían de la tienda vieron llegar a los trabajadores, aunque no estaban todos, faltaban dos.

Osama ni siquiera pensó en pedirles explicaciones, seguro que hoy tampoco tendrían mucho que hacer a juzgar por el plan de acción que acababan de establecer. Los obreros se limitarían a deambular por el campamento contando los granos de arena que se introducían dentro de sus sandalias de cuero. Y, en cuanto a su tardanza, tampoco se iba a quejar porque sabía lo que le iban a responder, que ellos habían llegado tarde, pero que los celosos celadores habían vigilado más horas de las que tenían estipuladas, con lo que todos quedaban en paz.

Sí, mejor que no dijera nada, únicamente les miró de forma más adusta de lo que acostumbraba. A modo de explicación, y para relajar el ceño del teniente, los Zarif le contaron que alguien de su familia se había puesto de parto y que las mujeres necesitaban un par de hombres para ayudar en las labores del nacimiento.

Vanas excusas. El teniente Osman se limitó a ordenarles que tensasen todos los cordajes de las tiendas. Alí, como el día anterior, se quedó encargado de supervisar el fútil e innecesario trabajo de los *fellah*. Osama, por su parte, tendría que ayudar a los dos europeos y disponerse a manejar otra vez los mandos de la grúa. Como sabía que tarde o temprano serían necesarios, cargó de paso con el martillo neumático y el taladro submarino que también había adquirido a instancias del inglés.

Cuando compró este material a un proveedor de El Cairo especializado en la

venta de equipos para la realización de trabajos bajo el agua, le había asegurado que era la mejor maquinaria para efectuar cualquier tipo de operación debajo del cauce del Nilo, aunque sospechaba que los artilugios, al ser de segunda mano, debían estar un poco anticuados y bastante gastados.

John ya se había constreñido el cuerpo con el circunscrito traje de submarinista cuando llegó el teniente a la base de piedra donde estaba ubicado el siniestro pozo. El inglés decidió cargar a su espalda una única botella de oxígeno, no esperaba estar demasiado tiempo en el agua esta vez.

—Estoy listo —dijo a sus dos compañeros mientras se dirigía a sujetarse del arnés que colgaba del gancho del toco elevador de muebles.

Osama bajó a John hasta el agua y éste decidió explorar inicialmente, de los dos únicos orificios que le interesaban ahora mismo, el túnel más largo, el que estaba debajo del primero. El otro túnel, el más corto de todos y el más cercano a la superficie, lo dejaría para el final.

El agua parecía estar algo sucia y revuelta, mucho más que en sus inmersiones del día anterior.

No tardó ni un minuto en llegar a la boca del corredor elegido, empezó a recorrerlo despacio, girándose continuamente para abarcar con la mirada las cuatro paredes de la cueva artificial. Buscaba cualquier anomalía, cualquier saliente, alguna piedra mal dispuesta, algún desgaste en la superficie no explicable por la erosión. Escudriñaba cualquier cosa, porque lo importante cuando no sabes lo que buscas es valorar muy bien todo lo que encuentras.

A pesar de todo, el inglés no apreciaba nada raro en su exhaustivo sondeo, el pasadizo no podía ser más uniforme y regular. Decidió, pues, encaminar sus aleteos al otro pasillo, al que se situaba por encima. Si este segundo túnel se mostraba tan poco revelador como su hermano tendrían que echar a suertes cuál de los dos perforar primero, con lo poco que le gustaba a John hacer las cosas a ciegas.

Buceó hasta el pasaje más pequeño, parecía hecho de las mismas grandes piedras que el resto de galerías inundadas. Era desalentador no encontrar nada que lo diferenciase del resto.

Se puso a examinar cuidadosamente la piedra que cegaba el pasadizo. Como en todos los otros casos, era un enorme bloque de una sola pieza de granito, debía pesar toneladas. Lo tocó. No sintió nada. De pronto, vio algo.

¡Distinguió el signo, la señal que indicaba que éste era el camino para continuar desvelando los secretos de Sheshonk, para rescatar el Arca de su sueño milenario!

El buzo estaba eufórico, como mostraba la gran cantidad de burbujas que escupía su respirador fruto de una respiración más que agitada, espasmódica.

John se dirigió a la superficie, a compartir el develamiento, a anunciar la caída de la cortina que mantenía oculta la secreta ventana, a informar de lo que había

descubierto a sus dos compañeros que esperaban pacientes en el hocico de la tenebrosa sima.

—¡Subidme! —gritó el submarinista olvidándose del gran poder de reverberación que presentaban los muros de la oquedad y que hacía del todo innecesario elevar el tono de voz.

Osama accionó el botón que recogía la cuerda y vigiló el correcto enrollado de la misma. Después ayudó al inglés a hacer pie en la resbaladiza losa de la plataforma donde estaba instalado el puesto avanzado de investigaciones subacuáticas.

—¡Ya sé cuál es el túnel! —reveló sin poder ocultar su gran regocijo.

—¿Cuál? —emitieron al unísono Marie y Osama.

—¡Es el primero! ¡El más corto! —dijo mientras se quitaba el pesado cilindro de aire de su castigado dorso.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunto Marie indiferente.

—¡Han puesto la piedra al revés! —gritó John mientras las paredes se hacían eco de su entusiasmo.

Marie no entendía nada, Osama ni siquiera intentaba entenderlo. John trató de ser más explícito.

—La piedra que ciega el primer corredor, tiene una pequeña marca de cantería esculpida a cincel. Esto significa que la han colocado desde el otro lado, no desde la parte inundada. Ese pasillo tiene, por fuerza, que continuar hacia el interior de la tumba.

Marie ya sabía lo que quería decir John. Los antiguos canteros egipcios, los que extraían y pulían las piedras de los yacimientos del sur del país solían hacer determinadas marcas para controlar el ritmo de producción y el número de bloques que salían de su fábrica. Estas huellas o signos característicos no se podían ver casi nunca porque, cuando se montaban los muros, los albañiles se encargaban de que quedasen a cubierto, tapados por los otros mazacotes de sillería. Esta realización de marcas de cantería era una práctica habitual, propia del gremio, que incluso perduró hasta la Edad Media europea.

Tardaron unos cinco minutos en explicárselo a Osama, aunque lo comprendió muy bien, porque hizo una pregunta para la que los demudados egiptólogos no tenían respuesta.

—Pero, sí esa piedra la pusieron desde dentro de la tumba, para taponar el pasadizo., quien la colocó se tuvo que quedar en el interior de la sepultura, sin poder salir.

La vacilación y la confusión se hicieron dueñas de las lenguas y mentes de los dos científicos.

—Pues, la verdad, no tengo ni idea de cómo salieron de allí —admitió John—, y digo salieron porque tuvo que ser una cuadrilla de trabajadores, la piedra pesa

demasiado para una sola persona.

—Entonces, estamos como al principio —declaró Marie algo desanimada.

John meditó un rato, al igual que parecían hacerlo sus dos compañeros de fatigas.

—Creo que ese es el túnel —aseguró convencido al cabo de un tiempo—. Es el único donde hay una palpable anomalía, todos los demás parecen hermanos gemelos homocigóticos en sus hechuras.

—¿Estás seguro? —preguntó una Marie que se mostraba bastante indecisa.

—Creo que ese es el túnel que hay que perforar —repitió—. Donde se encuentra una excepción hay una nueva regla por enunciar.

—De acuerdo entonces —dio vía libre la directora de la expedición.

Osama explicó al inglés el funcionamiento del taladro submarino. Era de manejo sencillo, como uno de superficie, lo único que lo diferenciaba es que tenía todas sus partes eléctricas impermeabilizadas. Aunque poseía una única pega, era un poco menos eficaz que sus congéneres terrestres.

Al decirle eso Osama, que era menos eficiente, John optó por llevarse el martillo neumático. Este aparato, más voluminoso y potente, tenía un motor de aire comprimido capaz de vérselas con el más duro material. También tenía un inconveniente, porque no hay nada perfecto en este mundo, destrozaría completamente la piedra, que por su parte trasera podía estar grabada con algún tipo de inscripción. John decidió arriesgarse sin decirle nada a Marie, no fuese que aflorase la vena escrupulosa de su compañera y no admitiese tal contingencia.

Se sumergió con su nuevo adminículo y pronto llegó a la roca que quería perforar. Fijó el aparato en el centro de la piedra con ayuda de un mecanismo de ventosa del que estaba provisto y lo encendió. El detective Winters no tardó ni diez minutos en comprobar que sus pesquisas le habían llevado por el buen camino, al otro lado se adivinaba un corredor completamente seco.

En cuanto el martillo neumático hizo un agujero lo suficientemente grande como para que un submarinista curioso pasase, desapareció de la historia. John lo dejó sujeto a un muro lateral y se dispuso a escalar el nuevo pasadizo.

Escalar en toda regla, porque el ángulo de inclinación continuaba la pronunciada cuesta arriba que ya mantenía el túnel submarino. Se desprendió de la botella y respiró otra vez el enrarecido aliento del sepulcro, el nauseabundo olor que ya había inhalado una vez, cuando abrieron el primer acceso de la tumba. Lo malo era que, en esta ocasión, no había aire del exterior que paliase y renovase el corrompido gas que llegaba hasta las membranas de su nariz. No obstante era mínimamente respirable, por eso continuó adelante.

Dejó la botella y las aletas apoyadas en los pedazos de granito de la piedra que acababa de destrozar y que todavía se mantenían firmes, pegados al muro. El bloque no mostraba ningún tipo de decoración en su reverso, al igual que el túnel con forma

de embudo que se abría y mostraba ante sus ojos.

Ya, desembarazado de pesos innecesarios, empezó a trepar, a gatear usando las paredes para apoyar manos y pies. El conducto se iba estrechando paulatinamente hasta hacerse más angosto que cualquier otra abertura de la tumba que hubiesen inspeccionado ya, lo más parecido que habían visto hasta entonces era la reducida cámara donde Sheshonk había montado su delirante trampa de fuego.

Con esfuerzo llegó al lugar donde el pasadizo se transmutaba otra vez en horizontal, en pasillo. Se puso de pie.

El plano corredor mantenía la misma disposición opresiva. Parecía ingeniado y realizado para que un solo individuo transitase por él.

De altura era igual de prominente que los otros pasadizos que ya habían recorrido, quizá algo más estimó John, pero la gran proximidad e irregularidad de las paredes laterales daban la extravagante sensación de estar en otro sitio totalmente distinto, quizá en una gruta natural o en la madriguera de una peligrosa alimaña.

No había ni rastro de frescos o cualquier tipo de adorno suntuario, exclusivamente piedra desnuda dispuesta en hiladas de aparejo a soga, sin ningún tipo de argamasa bituminosa entre sillares.

Esta ausencia del betún impermeabilizante, seguramente parecido al que se usaba desde tiempos del Antiguo Testamento para calafatear los barcos, hizo confirmar a John sus sospechas del día anterior: toda la tumba, incluida su trampa de agua, estaba planteada precisamente así desde un principio. La inundación no había sido fortuita, sino claramente pretendida, intentada y alcanzada. Este corredor por el que transitaba el inglés había sido proyectado para que se mantuviera seco, por eso las juntas de las piedras no habían sido untadas con la impenetrable substancia asfáltica que cubría la obra del pozo.

Era de todo punto increíble. Y no es que el arqueólogo dudase de la pericia de los antiguos, en absoluto, lo que le parecía inconcebible es que la construcción se hubiese mantenido inalterada durante más de tres milenios. Cuanto más lo pensaba, más dudaba de la naturaleza matemática del tiempo, no debía pasar igual para todos.

A John no le gustaba nada andar descalzo por el lóbrego y asfixiante recinto, el suelo estaba alfombrado por capas y capas de antiquísimos posos y sedimentos que no le merecían ningún respeto histórico. Aborrecible polvo de los siglos.

Era bastante desagradable caminar por semejantes estratos de sarro, por eso se apoyaba con ambos brazos en los muros, para que su cuerpo hiciese menos presión en las plantas de sus asqueados y arqueados pies.

La luz halógena que llevaba atenazada en la cabeza no conseguía alumbrar el fondo de un corredor donde se sentía que las paredes se derrumbaban a medida que se transitaba. Aparentaban estrecharse cada vez más, casi parecían tocarse, pero

John sabía que era una ilusión óptica producida por lo ceñido de la inquietante

travesía.

Llevaba incómodamente recorridos muchos metros en lo que parecía un mero corredor de servicio. Los sillares, aunque perfectamente dispuestos en hiladas horizontales, parecían mucho más toscos y menos pulimentados que los de otras estancias ya visitadas. Todo hacía indicar que los artesanos egipcios no se habían esmerado mucho en la construcción de este tramo de sepultura.

John sabía de casos en los que la muerte prematura del monarca, antes de que su regio refugio para la eternidad estuviese concluido, había motivado que sus herederos no se molestasen en acabar la obra o no se preocupasen demasiado por revestirla con materiales de la calidad adecuada.

Los años empleados en la edificación de una tumba decente eran considerables, sobre todo teniendo a las pirámides como ignominiosos modelos, como inalcanzables ejemplos de lo que verdaderamente tiene que ser la sepultura de un dios. Los faraones trataban de acercarse lo más posible a las proezas arquitectónicas de sus antepasados; pero, por supuesto, no todos podían permitirse el lujo de hacerse una tumba con forma de poliedro para que sus huesos descansasen rodeados de toneladas de granito y mármoles. Eso requería mucho oro y, aunque en Egipto se vivía para la muerte, no todo el mundo podía costearse un enterramiento lo suficientemente ostentoso como para no sonrojar a las vigilantes pirámides.

Además de por fallecimiento anticipado, la grandiosidad de algunos proyectos de mausoleo terminaban inacabados por falta de fondos, y eran bastantes los faraones que, muerto el padre, continuaban la tumba del progenitor para inhumarse ellos mismos en ella, olvidándose de su ancestro o cediéndole una habitación marginal en el complejo. Otros monarcas, más prácticos y menos respetuosos, se limitaban a desahuciar a la momia inquilina de algún pretérito y dinásticamente ajeno panteón para ocupar, sin ningún escrúpulo, su puesto, incluso su ataúd.

Aunque la falta de medios no impedía la falta de ganas de pasar a la posteridad. Hasta la Dinastía XIII, mil años después de la pirámide de Keops, se siguieron levantando en Egipto puntiagudos mausoleos. Claro que los últimos eran bastante menos prominentes en altura y esplendor, las pequeñas pirámides posteriores se construían con bloques expoliados de otras construcciones, o se usaba solamente piedra en su cara externa rellenándose con humildes cascotes todo su interior, eso cuando no se levantaban directamente en ladrillo. Aun así, muchas de ellas, no conseguían terminarse. No, no era nada fácil convertirse en el feliz propietario de una tumba decente.

John esperaba que a Sheshonk no se le hubiese acabado el presupuesto, aunque no lo creía dada la magnitud del tesoro que había debido capturar en la saqueada Jerusalén. Desde luego, con todo el oro de Salomón habría tenido suficientes medios económicos para construirse su propio establecimiento mortuorio y, dado su dilatado

reinado, el tiempo suficiente para acabarlo. Sus descendientes de la Dinastía XXII no tuvieron tanta suerte a juzgar por lo que se había descubierto hasta ahora de ellos.

A pesar de todo, el escabroso, tosco y sucio callejón por el que andaba John desmentía las supuestas larguezas del dios-rey Sheshonk I.

No obstante, todo tiene fin y termina por acabarse alguna vez. La tendencia se había invertido, ahora parecía que el pasillo se ampliaba paulatinamente, sin ninguna estridencia pero claramente. John lo sabía por el ángulo que formaban sus brazos con su cuerpo, ya que sus manos seguían tanteando las paredes conforme transitaba.

Hubo un momento en el que ya no era viable tocar ambos muros a un tiempo y otro en el que le fue imposible seguir avanzando por el monumento. Una pétrea mampara le cerraba el paso, y ésta sí que estaba decorada, pródigamente decorada.

Aunque no fue lo único que llamó la atención del inglés en este tramo final del pasadizo, una escalera de peldaños de piedra que empezaba en el suelo y moría en el techo, sin finalidad o utilidad aparente, ocupaba más de la mitad del corredor, justo un par de metros antes de llegar a la lápida que lo sellaba.

John miró la escalera un instante, tratando de adivinar su función, pero al no encontrarle ninguna dirigió sus ávidos ojos a la que prometía ser una fuente más inmediata de satisfacciones. Alborozos científicos y artísticos parecían manar a borbotones de la losa que hacía las veces de supuesta puerta a otra nueva estancia de la siempre inesperada sepultura de Sheshonk.

La lujosa y bruñida piedra caliza que cerraba el camino contrastaba exquisitamente con la grosera fábrica del paraje que conducía a ella. Inserta, había esculpida una majestuosa imagen del faraón, con torso de frente y cabeza y pies de perfil, con las dos coronas del Alto y Bajo Nilo en su cabeza, una mano pegada al cuerpo, como sujetándose la blanca túnica a un costado, y la otra extendida, con un círculo o globo muy grande, tanto como un balón de playa, sostenido levemente en su palma vuelta hacia arriba.

El cartucho no dejaba lugar a dudas sobre la figura que representaba el bajorrelieve, pero había más jeroglíficos, bastante similares, en su talla y contenido, a la primera inscripción que había visto John de la tumba, aquella que le habían mostrado en Londres y que le había traído hasta aquí, todavía no sabía si felizmente para su gloria como arqueólogo, o para su infortunio, desdicha, incluso muerte en acto de servicio. Sólo el tiempo sabe ciertas cosas y mejor que únicamente las sepa él.

El inglés trató de descifrar los nuevos pictogramas a la luz de su celada luminosa.

*Tú, el que miras y lees absorto,
Te acerques por el camino largo
O vengas por el camino corto,
Turbas a Sheshonk en su letargo.*

*¡Deja mi reino!, a eso te exhorto,
No quieras que sea tu fin amargo.
Vuelve raudo al incierto desierto
O por los principios serás muerto.*

John dio un respingo cuando leyó la primera línea, parecía que el propio Sheshonk se dirigía a él. Tanto había pensado en el faraón en los últimos días que casi creía conocerle, pero no hasta el punto de tener que oírle en persona, aunque sea en su imaginación. Si la inscripción hubiese rezado: *John, tú que miras y lees absorto*, tampoco le hubiese extrañado lo más mínimo, hasta ese punto estaba inmerso en la atmósfera creada por el antiguo monarca egipcio con sus trucos de prestidigitador y sus frases rimbombantes.

Claro que lo que seguía tampoco contribuyó precisamente a tranquilizar su alma. Otra amenaza al que se atreviese a violar su tumba. John se sentía como si estuviese haciendo algo malo. Le vino a la mente la primera y única vez que le quitó dinero a su padre, lo necesitaba para irse al cine con unos amigos y ya había terminado de dilapidar su asignación mensual. Se sintió tan mal durante la proyección que ni siquiera pudo gozar de la película. Aunque su padre nunca echó de menos la calderilla a John le parecía estar viéndole ahora mismo, vestido de egipcio, con mirada adusta, sosteniendo una gran bola que simbolizaba la pureza del sol, o una gran moneda robada, en una de sus manos.

El inglés biqueó, ver el rostro de su padre en la efigie de Sheshonk era claro indicio de agotamiento físico y mental. Tenía que salir de allí, no aguantaba más tiempo entre tinieblas.

A pesar de todo, todavía le quedaba un resquicio de lucidez, tanta como para comprender que las escaleras que se encontraban a su espalda no habían sido construidas por accidente o por fallo en los planos. En esta tumba no había error posible. Seguro que conducían a algún sitio y lo del *camino largo* y el *camino corto* de la inscripción le hacían sospechar al detective a dónde enfilaban sus olvidados peldaños.

Examinó la piedra del techo, donde iba a morir la escalera. Dio un par de golpes con su puño cerrado, seguidamente repitió la misma operación con varias losetas contiguas. Sonaban diferente. Haciendo fuerza con sus piernas y brazos, con su espalda arqueada como único punto de apoyo, empujó la piedra que quedaba justo encima. Ésta cedió a la primera, no era muy gruesa. Un hueco vertical se descubrió encima de su cabeza.

Miró enseguida a través de la negrura, pero lo único que consiguió fue cubrirse del polvo y la arena que desprendía el orificio. Se apartó un momento, tosiendo. Sus pulmones estaban al límite de su capacidad de resistencia.

Cuando las partículas calmaron un poco su escandalizado baile volvió a introducir su tronco en el hueco. Los peldaños continuaban otro metro y medio a través de la cavidad recién abierta, hasta morir en un segundo techo. Repitió la misma operación. Tocó la piedra con sus manos, después con sus nudillos. Ésta no sonaba a hueco, aunque John tenía una certeza, que detrás de la misma había otra cámara, y tenía una necesidad perentoria, salir lo más pronto posible de allí.

Se puso en cuclillas entre el antepenúltimo escalón y la losa. Allí era donde su cuerpo podría efectuar la mayor fuerza del que era capaz. Empujó la piedra con su espalda y sus costillas. Era muy pesada, sin embargo se movía.

Tuvo que concentrarse para realizar un segundo intento. Esta vez el techo cedió y el polvo volvió a obstruir sus fosas nasales y su garganta, que jadeaba por el esfuerzo.

Había logrado desplazar la maciza mole hasta obtener una nimia rendija. Cuando recobró algo de energía trató de apartar un poco más la piedra, aunque con poco éxito, estaba exhausto y casi no podía respirar.

Se sentó en la escalinata tratando de poner en orden sus ideas. El bloque era demasiado pesado para un hombre solo; pero, por otra parte, no quería volver a recorrer, si podía evitarlo, el lúgubre pasillo por el que había llegado hasta allí. El traje de buzo le estaba robando la vitalidad. Se levantó decidido, haría un último intento y, si no conseguía nada, emprendería el camino de regreso. No había más opciones.

Sacó un brazo por la grieta tratando de hacer palanca con el hombro. Nada, la masa no se movía. Ya iba a darse por vencido.

De improviso, vio asomar otro par de manos que trataban también de deslizar la piedra. John se sobresaltó, pero no se asustó. Tenía fundadas esperanzas de que esa escalera no podía llevar a otro sitio que no fuese al exterior.

—¿Quién eres? —preguntó desde dentro.

—Soy Gamal.

Lo primero que pensó John fue que había ido a parar a la tienda cocina del campamento, pero nada más lejos de la realidad. El cocinero, después de preparar y tener lista la comida de hoy había ido a curiosear a la entrada de la tumba a ver si veía algún rastro de sus comensales. No preguntó a John que quién era él porque había reconocido la voz del inglés, a pesar de que su inflexión sonaba terriblemente cansada.

—Ve a buscar ayuda Gamal —dijo en un suspiro.

Los dos obreros egipcios de la escuálida cuadrilla que se había presentado a trabajar ese lunes no tardaron mucho en aparecer. En un par de minutos movieron la losa con ayuda de Gamal y de un alucinado Alí que también se había acercado al ver el agitado corrillo de gente.

John salió y miró a su alrededor. Estaba en la antecámara de la tumba, la que

habían tenido que despejar porque estaba llena de tierra, la que quedaba a continuación de la primera puerta de entrada a la sepultura, la que estaba inmediatamente después de la primera inscripción de Sheshonk, aquella donde les avisaba que *el atajo está debajo*.

El detective de Scotland Yard tuvo que reírse por fuerza. Decididamente, y a pesar de su profesión, lo de las pistas nunca había sido su fuerte, aunque el sospechoso se las dejase por escrito, bien grandes, grabadas a cincel en un bloque de piedra.

Los *fellah* no se impresionaron demasiado por ver a un submarinista surgir de la tierra, los occidentales hacían cosas tan inauditas para ellos que habían perdido el sentido del asombro. Sin embargo, la cara de Alí era muy distinta, expresaba de todo menos indiferencia.

—Pero, ¿de dónde sales? —espetó mientras daba ligeros golpes en la espalda de John para tratar de calmarle una risa que se había convertido en una grave tos seca acompañada de expectoración de corpúsculos de polvo.

El inglés le explicó todos los detalles de su peripecia a Alí. Éste se alegró exteriormente por el logro científico obtenido por la expedición, de la que él también formaba parte; y se turbó interiormente por la contrariedad que suponía este éxito: tener que seguir explorando lo que había detrás de la última puerta que había descubierto su compañero. El resultado de la suma de contentos y enojos fue una casi total apatía del egipcio ante los sucesos que le refería su desastrado compañero.

El agotado submarinista quería quitarse su empalagoso traje, pero tenía su atuendo donde se suponía que debía haber emergido y donde se suponía que aún debían estar esperándole Marie y Osama. Ya llevaba dos o tres horas de teórica inmersión, por lo que, estimaba, seguro que estaban otra vez considerablemente preocupados por él.

Evidentemente, los dos habrían supuesto que el explorador había dado con un sitio provisto de aire respirable; pero, aun así, John se creyó con el deber de avisarles personalmente de que había salido ya a la superficie. Además, de esta forma, podría recuperar su ropa y calzado y, de paso, explicarles la buena nueva con la esperanza que mostrasen más entusiasmo que Alí, que cada día, a juicio de John, estaba incrementando más y más su introversión.

A pesar que seguía descalzo se adentró en los entresijos de la tumba de Sheshonk para ir al encuentro de sus dos camaradas. Estos tramos no estaban más limpios y no eran menos desagradables de transitar sin zapatillas que los que acababa de recorrer, pero, al menos, este polvo era polvo conocido.

Al ir descalzo no le oyeron llegar. Osama seguía al pie de la grúa, como si apenas se hubiese movido en todo ese tiempo, Marie estaba tumbada escudriñando el pozo, aunque era imposible que pudiera ver dónde empezaba el agua.

—No hace falta que mires más, ya estoy aquí —dijo John de improviso.

Osama giró rápidamente la cabeza y, del susto, se aferró todavía más a los hierros del elevador. Marie se volvió aún tumbada y se llevó una mano al corazón en un claro acto reflejo. Quiso ponerse de pie para acercarse a ver a John, pero lo hizo tan rápido que se resbaló, a punto estuvo de caerse por el agujero de nuevo, aunque solamente se dio un blando golpe en su parte más postrera.

—Pero ¿de dónde diablos sales? —rugió Marie casi repitiendo la primera interjección que le había lanzado Alí unos minutos antes.

John estaba tentado de soltar alguna frase irónica, la situación era perfecta, aunque viendo los espasmos de nerviosismo de Marie y su cercanía a la boca del pozo optó por algo más suave y directo, tan suave y directo como podía ser la pura verdad.

—He encontrado una bifurcación de la tumba que lleva al exterior —dijo tratando de calmar a la doctora y de ayudarla a levantarse.

—Así que la sepultura continúa —masculló Marie que había aprovechado el socorro de John para aferrarse fuertemente a él mientras retrocedían por la plataforma donde se encontraba el hoyo.

—Sí, era el primer túnel anegado, el más corto, el que escondía la prolongación —explicó John—. En cuanto lo taladré salí a otro pasillo, considerablemente más estrecho, que se prolongaba durante unos 60 o 70 metros, lo seguí hasta que me cerró el paso otra puerta.

—¿Otra puerta? —se interesó Marie, aunque una parte suya estaba totalmente ausente de la conversación.

—Sí, otro bloque de piedra con inscripción jeroglífica incluida, debía ser costumbre en la época —refirió el inglés que aún tenía a la doctora agarrada a sus brazos y ya no tenía más espacio para retroceder.

—Y ¿qué decía la inscripción?

Esta vez había sido Osama el que había preguntado. Había dejado la grúa y se había acercado a los dos europeos. Marie, al sentir al egipcio detrás de ella, se desprendió de John ágilmente.

—Es otra maldición de Sheshonk para los violadores de su sepulcro —declaró el flemático inglés como quien, de tan frecuentes, no le da importancia a las amenazas—. Nada nuevo, aunque se vuelve a mencionar a *los principios*. No acierto a saber qué pueden ser esos principios.

Marie no hizo caso, o no se enteró, del último comentario de John. Lo que le interesaba más inmediatamente era saber por dónde había escapado su compañero.

—Pero cómo has podido salir por otro sitio —dijo—. ¿No te encontraste con una puerta cerrada?

John no pudo por menos que volver a sonreír al volver a explicar la burla de

Sheshonk.

—Os acordáis de la expresión *el atajo está debajo*, pues era literalmente cierta, encontré unas escaleras al lado de esa puerta y, tras desprender un par de losetas del techo aparecí justo en la entrada de la tumba, casi debajo de donde estaban esculpidas originariamente esas palabras.

—¡Vaya con el faraón! —dijo Marie empalmando un enfado con otro—. Así que nos ha estado tomando el pelo durante todo este tiempo. Nos podíamos haber ahorrado las dos trampas, la del fuego y la del agua.

—No hemos sido lo suficientemente listos —propuso Osama, fastidiado por una parte, como los demás, por los trabajos sufridos; pero, por otra, orgulloso de que tan inteligente personaje fuese un compatriota suyo, no por más remoto menos paisano.

—Yo no me sorprendí demasiado —siguió explicando John—, porque cuando iba recorriendo el largo pasadizo ya sabía que debía estar atravesando por debajo todo el ancho de esta colina. Además, el propio Sheshonk dice en esa última puerta que había dos caminos para llegar hasta allí: uno corto y otro largo.

—Por lo visto nosotros hemos seguido el largo —resolvió Marie.

—Bueno, de nada sirve lamentarse ahora —dijo John animado—. Voy a desprenderme de esta piel de rana y vamos a comer, estoy hambriento.

Los tres estuvieron de acuerdo.

La comida de Gamal consistía hoy en una interminable variedad de aperitivos, muchos confeccionados sobre una base de *tahina*, una especie de pasta hecha con sésamo, aceite, limón y ajo. Había purés sólidos, cremosos, licuados y espumosos; carnes secas, ahumadas o maceradas; verduras mezcladas con hortalizas y hortalizas mezcladas con frutas hasta conseguir bodegones de sabrosos colores. Un verdadero festín de comida fría que se agradecía en ambientes tan tórridos.

Gamal había debido traer la mayor parte de los platos ya preparados desde su casa porque le hubiese sido imposible poseer el suficiente tiempo como para elaborarlos in situ y gozar, por otra parte, del desahogo necesario para deambular providencialmente por la puerta del enterramiento hasta ver unas manos que salían del suelo tratando de mover infructuosamente una pesada baldosa de piedra.

Quizá, en la realización y culminación del pantagruélico menú, le habían ayudado sus hermanas o sus tías y él se había limitado a transportar la comida hasta el campamento; o, tal vez, fuesen los restos de alguna fiesta o celebración familiar. En todo caso, los arqueólogos dieron buena cuenta de los variados bocados, toda una sinfonía de olores y melodía de sabores que colmaron de satisfacción armónica a sus regalados paladares.

Terminaron bebiendo un vaso de fresco yogurt ligeramente salado que se prestaba a empezar una conversación sobre las bondades de la mesa egipcia; sin embargo, los tres egiptólogos y el encargado de la seguridad del reducto tenían otras inquietudes.

—Bien, esta tarde moveremos esa puerta y veremos qué encontramos detrás — proyectó Marie mientras revolvía inútilmente con una cucharilla el blanco líquido fermentado para tratar, sin éxito, de endulzarle el sabor.

—Ahora la tumba se ha trocado en más pequeña —infirió Alí, dado que el hallazgo de John, al encontrar una segunda entrada, les ahorra recorrer los largos pasillos hasta ahora penetrados para continuar explorando el yacimiento.

—Pues sí, la verdad es que lo del atajo es todo un detalle por parte de Sheshonk —aseguró John—, tontos fuimos nosotros por no hacer caso de su consejo desde un primer momento. A partir de ahora tendríamos que estudiar con más cuidado sus advertencias.

—Será como empezar otra vez, como empezar de cero —estableció un Alí esperanzado por recuperar su menoscabado honor profesional.

El conservador del Museo de El Cairo pensaba que en estos nuevos tramos de tumba, tan cercanos a la superficie y al aire libre, podría controlar su claustrofobia mejor de lo que lo había logrado hasta ahora. Incluso se atrevió a tomar la iniciativa en el debate y proponer un plan de actuación.

—Creo que deberíamos tapiar el obstáculo del agua para que otras partes de la tumba no sufran más desperfectos por la presencia de la humedad —dijo el egipcio con firmeza.

Los europeos lo pensaron un rato. Técnicamente era siempre tenida como desacertada cualquier intervención agresiva en los yacimientos arqueológicos, salvo en un caso: la preservación de los propios restos.

—Está bien —consintió Marie en su calidad de directora—. Creo que es lo mejor, hemos abierto muchas puertas e invitado a que la humedad penetre en estancias de la tumba donde nunca antes había estado presente, así que lo mejor es cerrarle de nuevo el paso, como propone Alí.

—¿Cómo sugieres que lo hagamos? —se dirigió John a un visiblemente recuperado Alí después del abatimiento y decaimiento que había padecido en días anteriores.

—Sé que sonará un poco severo, pero pienso que lo mejor es levantar un muro de ladrillos justo a la entrada del pozo, así evitaremos que los frescos del pasillo descendente se deterioren más de lo que están.

—Bien, moción aceptada —aprobó la directora que un segundo antes había buscado con la mirada la aquiescencia de su colega inglés.

—Sería también conveniente cerrar el pasadizo que yo recorrí cuando abrí la continuación de la tumba con el martillo neumático, ahora está franco para el paso de la humedad —propuso John a su vez.

—También lo haremos —decretó Marie—. ¿En qué punto sugieres que lo tapiemos?

—Pues donde empieza el corredor horizontal, porque tiene un tramo inclinado donde a los obreros les sería difícil trabajar —decidió el inglés.

—Eso haremos entonces, otros estudiosos posteriores podrán examinar a conciencia la trampa del agua simplemente con retirar los tabiques —se curó en salud Marie pensando en posibles críticas académicas.

Osama intervino ahora.

—Yo me encargaré de la realización de esos dos cerramientos —dijo con total confianza y seguridad.

Uno de los Zarif, Ahmed, uno de los dos que casualmente había venido hoy, le había contado al teniente que normalmente se dedicaba a realizar trabajos de albañilería y construcción. Osama le pediría que esa misma tarde fuese a comprar el material necesario para la construcción de los dos pequeños tabiques, que lo trajese al campamento y que levantase ambos paneles con ayuda de Ramzy, el otro Zarif que se había presentado a trabajar.

Los tres arqueólogos no emitieron ninguna objeción a la propuesta de Osama, aunque le pidieron que dijese antes a los dos trabajadores que sus servicios serían necesarios para mover la siguiente puerta que obstruía el acceso al complejo funerario de Sheshonk.

En cuanto terminaron de comer, entraron en la tumba y se dirigieron hacia abajo, hasta la losa que les cerraba el camino.

No tuvieron ningún problema en apartar la mole, salvo los lógicos motivados por el gran esfuerzo que tuvieron que realizar.

Osama ya se había llevado a los Zarif al exterior para explicarles lo de los tabiques, esa tarde habría trabajo para ellos. Mientras, Alí, John y Marie, se preparaban para adentrarse de nuevo en lo desconocido.

La ya familiar excitación que les acompañaba en el proceso de excavación volvió a cosquillar todos sus sentidos. Estaban ante un hueco completamente opaco, por el que se escapaban rancios vapores condenados a 3.000 años de aislamiento y fermentación. Cada vez que abrían una puerta era como si descorcharan una agitada botella de champán, el concentrado aire quería recuperar rápidamente su perdida libertad y los espectadores, sólo con aspirar los efluvios, corrían el peligro de marearse, de emborracharse con el sublimado éter.

Después de esperar un tiempo prudencial para que el aire de la tumba se calmase y renovase, encendieron sus linternas.

Ante ellos se abría una escalera descendente con los peldaños mucho mejor cimentados o conservados que los que habían padecido en los corredores que llevaban y partían de la trampa del sol.

—Parece que tenemos que bajar —dijo Marie rompiendo la tregua.

—Estamos muy cerca de la superficie, yo no esperaba otra cosa —profirió John

mientras veía como Marie se disponía a atravesar, la primera, el quicio de la abertura.

—Tened cuidado dónde pisáis —aconsejó la doctora mientras irrumpía en la oscuridad agitando resuelta y febrilmente su linterna, como si estuviese retando a las tinieblas a un combate de esgrima.

Marie dio tres pasos y se paró para mirar alrededor. La altura del techo, unos dos metros y medio, era poco más grande que la de otros pasadizos y su anchura era sobradamente holgada como para que tres personas lo enfrentasen a la vez.

Los artesanos egipcios habían realizado los escalones superponiendo bloques de granito, de ahí que los peldaños, bastante altos y alejados entre sí, resultasen terriblemente incómodos de bajar por el esfuerzo que debían ejercer las piernas.

Las paredes y la cubierta pintada llamaron la atención de Marie, pero no conseguía adivinar qué motivos referían unos frescos donde predominaban claramente los colores rojo, negro y amarillo.

Descendió, o saltó, varios escalones hasta recorrer unos ocho o diez metros y hasta distinguir otro segundo tramo de escaleras, también descendentes, pero que encauzaban su rumbo en sentido contrario, dirigiéndose otra vez al corazón de la montaña. No se adelantó más, quería saber lo que representaban las pinturas que ahora tenía delante de ella.

Al ver a Set duplicado a ambos lados del pasillo, el terrible dios del mal y el desorden, supo, de pronto, qué eran los numerosos y heterodoxos pedazos amarillos que estaban dibujados a uno y otro lado de la escalera. Eran trozos del cuerpo de Osiris: piernas, brazos, orejas, nariz, vísceras..., todos despedazados y desperdigados por el rojo fondo ocre que no se sabía si tenía más que ver con la sangre de tamaña carnicería o con la tierra en la que habían caído las porciones del desdichado dios.

En el techo había plasmado un firmamento, con estrellas blancas sobre universo negro, pero no igual al que habían apreciado en el primer pasillo de entrada a la tumba, el de la procesión de súbditos de Sheshonk ofreciendo presentes a su señor. Este cosmos estaba completamente desordenado, como si el pecado de Set hubiese traído aparejado el desconcierto sideral. En la cubierta de este primer tramo de escaleras, la luna parecía estar en plena órbita de colisión con el sol y los planetas tropezaban con las estrellas obligando a éstas a formar arremolinadas aglomeraciones en algunos lugares mientras, en otros, había grandes zonas de absoluta negrura.

—Set haciendo de las suyas —propuso Marie a modo de primera explicación de los murales y volviéndose a mirar atrás para comprobar la acogida de sus palabras.

Para su sorpresa no fue a John a quién vio, sino a Alí. El egipcio, lleno de una inesperada intrepidez, se había adelantado al inglés para penetrar en segundo lugar por los nuevos corredores.

—Sí, un tema un poco macabro, aunque apropiado para el santuario de un muerto —observó el conservador.

Donde acababa la escalinata esperaba la doble efigie del dios Set; llevaba, la del lado derecho, cabeza humana y un cuchillo en la mano; su copia espejada de la izquierda mostraba, esta vez, cabeza de perro con hocico puntiagudo y orejas enhiestas. Ambas terribles imágenes cerraban el primer tramo de escaleras. Marie se introdujo en el segundo, el que les llevaba otra vez al interior de la rocosa colina donde, como John había supuesto, parecía estar escavada la totalidad de la tumba.

Era un pasaje descendente casi idéntico al primero, aunque algo más empinado y corto.

También estaba adornado con motivos pintados que completaban el tema narrado en el primer pasillo. En esta oportunidad, en el lado derecho, podían ver a una misteriosa Isis ante todos los trozos que había recogido de su hermano. La hija de la Tierra y el Cielo parecía estar contándolos, seguramente para ver si se había dejado alguna porción olvidada en algún solitario rincón del planeta. Órganos troceados, entrañas escindidas y apéndices amputados estaban aglomerados en una sangrante pila, resultando una escena todavía más desagradable y lúgubre que la que habían presenciado en la primera escalera.

Por suerte el lado izquierdo del corredor era algo menos tétrico, aunque no menos fúnebre. El cuerpo muerto de Osiris, ya recompuesto, descansaba momificado en un sarcófago abierto. Anubis, el dios de cabeza de chacal, inventor del embalsamamiento, custodio de los muertos y patrono de todas las tumbas, estaba inclinado sobre el rígido cadáver de Osiris, dando los últimos remates al vendaje de su tocado mortuorio.

El techo mostraba ya un cosmos en perfecto orden y armonía, con sus astros y mundos perfectamente situados, cubriendo regularmente toda la extensión de la plana e inclinada techumbre.

Los temas de estos frescos no llamaron mucho la atención de los investigadores, eran bastante comunes en otros enterramientos egipcios. Pasaron por ellos como quien transita por una calle demasiado conocida como para fijarse en sus escaparates.

Bajaron totalmente los dos tramos de escalera sin decir nada. Ante los tres investigadores se abría un nuevo corredor horizontal, enfilado, ya sin disimulos, a lo más íntimo del montículo que Sheshonk había elegido como túmulo de su sepulcro.

La parte superior se había transformado otra vez en tejado a dos aguas, artificio constructivo que apuntalaba mejor las cargas de los cientos de toneladas de tierra y piedra que había por encima del túnel.

No veían el final del alargado pasadizo, pero lo que sí advertían es que la cubierta en forma de escuadra estaba plagada de jeroglíficos, igual que los que habían visto en el pasillo ascendente de la primera trampa, idénticos a los que los que contaban la historia incompleta del faraón Sheshonk.

John se mostró tan exultante que, en su afán por verlos mejor, empujó a un Alí

que rebotó a su vez en una firme Marie.

—¡Vaya, yo tenía razón! —prorrumpió el inglés sin preocuparse de pedir disculpas al egipcio—. ¡Aquí está la segunda parte de los anales del faraón!

—Eso parece —dijo Marie mucho más tranquila que su compañero.

—Habrá que traducirlos enseguida —reclamó John.

—Sí —tranquilizó Marie—, pero primero veamos hacia dónde nos lleva esta galería.

Este trecho de la tumba era algo más alto y amplio que las primeras travesías exploradas antes de que se tropezaran con los pozos de agua.

Aparte de los artísticos e informativamente valiosos pictogramas del techo, había pintados en los laterales del pasaje lo que parecía una gran sucesión de barcos de los más diversos tamaños y tonelajes. Se veían desde pequeñas e individuales barquichuelas de pesca hasta grandes barcos impulsados por extensos velámenes cuadrados y por multitud de afanosos remeros. Esto a ambos lados del pasillo. Parecía una auténtica procesión de la que los arqueólogos formaban parte porque el suelo, al igual que la parte baja de las paredes, estaba teñido de un azul marino que, sin duda, simulaba el mar, o más probablemente el río, un Nilo de donde brincaban peces que parecían caer gustosos dentro de las cubiertas de las embarcaciones.

Había naves con una, dos e incluso tres cabinas para albergue de la tripulación o la carga, aunque todas sostenían una única pieza de vela rectangular, que nunca repetía los colores que la que portaba la anterior embarcación. Era un verdadero y alegre homenaje que una civilización eminentemente fluvial se daba a sí misma.

A pesar de la vistosidad de los frescos John estaba más interesado en descifrar, mientras continuaba avanzando en pos de Marie y de Alí, alguna palabra de los numerosos signos que llenaban el techo. Quizá así podría adivinar algún detalle de la continuación de una biografía que le tenía enormemente intrigado. Pero las palabras sueltas nunca forman una historia, no conseguía sacar nada en claro.

Después de navegar durante unos 30 metros, la flota de barcas tocaba puerto en dos simulacros de templos con muelle que no estaban representados de perfil, sino totalmente de frente. Así, la sensación que tenían los arqueólogos de estar caminando sobre las aguas del Nilo se acrecentaba al llegar a los dos santuarios encarados, cada uno situado en una pared o, lo que es lo mismo, en cada orilla del río.

La linterna de Marie ya enfocaba el final del tramo de corredor que estaban atravesando. Era otro portón de piedra, parecía desde lejos, lo próximo que encontrarían.

Los últimos cinco metros de galería cambiaron bruscamente el color del agua por un tono gris oscuro que llenaba todo el espacio que había desde el suelo hasta el techo y, curiosamente, se veían ahora pintados lo que parecía un conjunto de animales subterráneos: topos, ratones, anilladas lombrices rojas, gusanos blancos, serpientes de

diversos tipos, repulsivas arañas, escarabajos y otros indeterminados insectos y reptiles.

El contraste era tremendamente violento y desapacible. Era como pasar de la alegría del aire libre, simbolizada por la festiva comitiva acuática, a las ominosas profundidades de la pesada tierra con sus turbadores moradores. Como pasar de la vida a la muerte.

Llegaron a la siguiente puerta que, cómo no, obstruía completamente el paso a los ajenos visitantes.

—Fin del trayecto —consideró Marie al ver que ellos solos no podrían mover la pesada y empotrada pieza.

Otro dios egipcio, con su típico perfil hierático, estaba esculpido en la losa que les cerraba el camino. La efigie era muy parecida en sus proporciones y talla a las que ya habían visto anteriormente de Ra y Hapi.

—¡Mucho cuidado! ¡Esto es otra trampa! —espetó Alí un poco demasiado alarmadamente.

El egipcio empezó a transpirar todavía más de lo que proponía el ya de por sí caldeado microclima de la tumba. Sentía el calor del miedo. Todo el sólido coraje que había acopiado anteriormente para mostrarse a la altura de sus colegas en la indagación de esta nueva sección de tumba se licuaba en una humedad que se evaporaba rápidamente. Los tres estados de la materia se hacían visibles en Alí. Se separó de sus compañeros dando dos pasos hacía atrás.

Marie no dijo nada y John pronto sustituyó al egipcio en la primera línea, había divisado que también había unas filas de jeroglíficos junto al relieve del dios. Se sacó una cuartilla del bolsillo y empezó a anotar una rápida traducción de los mismos a la pobre luz de su linterna.

Enseguida se dio cuenta que la disposición de los signos no era la acostumbrada. Estaban esculpidos en la piedra formando hileras horizontales bastante disímiles entre sí; y el espacio libre, el no ocupado por el grabado del dios, no explicaba tan extravagante distribución de los jeroglíficos. La primera hilera era la más corta, sólo un signo, la última la más larga, la que contenía más pictogramas. Trató de reproducir la misma estructura en su papel.

La francesa examinaba en cambio la figura del dios, tallada en lo que parecía ser mármol jaspeado de color verdoso. El bajorrelieve parecía estar mucho mejor trabajado que los dos anteriores del dios Sol y el dios Nilo.

La imagen representaba a alguien de sexo indefinido, sentado en cuclillas, portando una aparatosa corona formada por dos largos cuernos retorcidos que nacían de su testuz, pero no hacía arriba sino horizontalmente; y, sobre ellos, dos gráciles plumas de avestruz. En la mano, que apenas sobresalía de su cuerpo cubierto de vendas, llevaba un cetro en forma de látigo.

—Es Tatenen, dios de la Tierra —declaró Marie con respeto casi religioso.

Tatenen era una deidad ctónica, subterránea, que simbolizaba para los antiguos egipcios toda la fuerza, energía y vigor físico de lo material. No hay nada más tangible que la tierra. El significado literal de su nombre era *Tierra Emergida* y solía llevar asociado el título de *Padre de Todos los Dioses*. Era la personificación del *Interior del Mundo*, porque no hay nada antes que la tierra que nos ve nacer a todos y nada posterior a ella, cuando nos cubre una vez muertos.

Aunque Marie sabía que, más prosaicamente, se relacionaba su culto con los terrenos que emergen periódicamente cuando la crecida del Nilo disminuye.

Estas tierras, atestadas de nutritivo fango, servían para que los agricultores obtuviesen pingües cosechas. Ésta era la verdadera fuente de riquezas de la nación.

Por extensión, también era una divinidad asociada a la naturaleza, porque todo brota del interior de la tierra; al renacimiento y la resurrección, atendiendo a los ciclos vegetales de vida y muerte; y, por último, de los minerales y de los animales subterráneos, los mismos que estaban pintados en el último tramo del pasillo que acababan de transitar.

—¡Tatenen! ¡Esta trampa tiene que ver con la tierra! —exclamó Alí un poco pasado de decibelios.

El egipcio no hacía más que mirar al techo repleto de pictogramas, creía, con visible recelo, que de un momento a otro se podía venir abajo la construcción sepultándoles a los tres. No podía evitar su angustia, tenía muy presentes los terribles momentos en los que, de joven, había pasado enterrado vivo más de cinco horas, faltándole el aire, temiéndose lo peor. Los recuerdos se le agolpaban a la cabeza haciéndole sentir rematadamente mal, con ganas de escapar corriendo de allí.

Los europeos intentaron serenarle.

—Tranquilo Alí, no vamos a tocar nada —le dijo John sin apenas volver la vista, inmerso todavía en el desciframiento de los extraños jeroglíficos. Marie fue más práctica y más diplomática.

—Alí, hazme un favor, sal fuera y ve a buscar a Osama y a los trabajadores, necesitaremos su ayuda si queremos mover este pedrusco.

El conservador del Museo de El Cairo no puso ninguna pega, al revés, desapareció de allí precipitadamente, sin dejar de lanzar miradas rápidas hacia la parte superior del corredor.

—¿Tú qué crees John? —preguntó Marie cuando los pasos de Alí dejaron de oírse en la lejanía.

—Que es una trampa, por supuesto.

—Ya —coincidió una Marie que empezaba a sentirse algo abatida y encogida.

John no paraba de escribir en el folio y cotejar su traducción con los pintados jeroglíficos que estaban esculpidos al lado derecho de la efigie de Tatenen. De vez en

cuando tachaba algo y volvía a garabatear. Marie le miraba sin decir nada.

—¿Has acabado? —preguntó la francesa después de observar que el policía arqueológico llevaba un rato sin corregir nada.

—Creo que sí —confirmó.

—¿Qué nos cuenta Sheshonk esta vez? —dijo Marie con acento algo siniestro, como el que espera una mala noticia.

Por toda respuesta John leyó lo que acababa de anotar en su papel:

*La
Forma
Perfecta,
De tres puntos
Debe estar compuesta.
En la colina primordial estás.
Si sabes esto, busca la senda correcta.*

—Muy bien John —aplaudió sarcástica Marie—. Pero, ¿qué quiere decir?

—Yo que sé —dijo el inglés—, soy un mero traductor no un psicoanalista de faraones trastornados.

—*La colina primordial* debe ser esta montaña, eso seguro —infirió Marie.

—Sí, puede ser, pero también era otro sobrenombre por el que era conocido Tatenen —añadió John que seguía mirando la insólita colocación de las líneas de jeroglíficos.

—Tendremos que abrir esta puerta si queremos salir de dudas —decidió Marie.

—Y deberíamos completar el mapa de la tumba con estos nuevos tramos de galerías, quizá nos dé alguna pista de lo que quiere decir la inscripción —señaló John sentándose en el suelo.

Marie le imitó.

—Por cierto, ¿qué tal estás de tu herida de la pierna? —preguntó el inglés acordándose de repente del corte que se había producido Marie hacía apenas dos días y que él mismo le había curado.

—Bien, me molesta un poco, pero bien —contestó tímida la francesa.

John se apoyó en los brazos y estiró las piernas a lo largo del piso, que estaba un poco polvoriento pero casi limpio comparado con otras zonas de la tumba.

—¿Quieres verla? —añadió Marie al cabo de unos segundos con un sugerente hilo de voz y amenazando con un gesto de ambas manos con desabrocharse allí mismo el holgado y cómodo pantalón de algodón que llevaba puesto.

John sintió un escalofrío que le estalló en la columna vertebral, se transmitió por sus cuatro tensas extremidades y acabó sacudiendo violentamente las paredes de la

tumba como si de un terremoto se tratase. O al menos eso le pareció a él.

Marie también había sentido el latigazo de John. Estaba claro que sus insinuaciones le turbaban a más no poder, cosa que cautivó a la francesa, aunque ni ella misma sabía todavía qué es lo que quería de su antiguo alumno. No obstante, siempre iba un paso por delante del inglés, que no sabía ni lo que quería en el futuro ni lo que había querido en el pasado.

John no tuvo ocasión de contestar a la pregunta de Marie, se oían ruidos en el pasadizo y se veían las luces de dos linternas.

Eran el teniente Osman y Alí, que sorprendentemente se había repuesto de sus desazones y había encontrado fuerzas para regresar de nuevo a la tumba.

—¿Otra puerta? —dijo Osama a modo de saludo.

—Otra puerta —respondió John un poco atontado por la todavía reciente acometida de Marie.

El inglés no sabía si los dos egipcios le habían salvado o le habían fastidiado, aunque en lo más profundo de su ser, allí donde no llegan ni las razones ni las disculpas, hubiese preferido ver otra vez la herida de su antigua profesora.

Osama, totalmente ajeno a los escarceos de los dos europeos, se fijó en el nuevo dios esculpido en la roca.

—¿Quién es nuestro amigo? —solicitó mientras dejaba las palancas que había traído en el suelo, sin ningún cuidado.

—Es Tatenen, Señor de la Tierra —le aclaró Marie.

—Así que... —empezó a decir el militar.

—...es otra trampa —terminó un Alí visiblemente más calmado o resignado a encontrarse con lo peor. La toma de aire del exterior, del que se había llenado los pulmones, le hacían mantener los nervios moderadamente templados, aunque no por ello había dejado de disparar rápidas miradas de soslayo al techo del corredor.

—¿Y los trabajadores? —preguntó la directora de la excavación.

—Los he dejado levantando los tabiques que cerrarán la tumba —dijo Osama como disculpándose.

—Vaya —se quejó Marie.

—Puedo ir a buscarlos en un momento —añadió enseguida el teniente.

—Bueno, no importa, lo haremos nosotros —dijo la francesa después de pensárselo mejor—. No sería justo que expusiéramos a los obreros a un peligro que debemos correr exclusivamente nosotros.

Alí hubiese querido discutir más en profundidad la última afirmación de su teórica jefa, sobre todo en otro sitio, pero no tuvo ocasión de decir palabra, le pasaron una de las palanquetas con las que debían mover el bloque de piedra y Osama se aprestó a manejarla con él.

Empezaron a actuar. Una y otra vez. Buscando el mejor punto de apoyo.

Por fin, la mole se agitó. Se quedaron quietos, expectantes, pero no pasó nada.

Cogieron otra vez las barras de acero y, entre todos, corrieron la piedra hasta dejarla cerca de la pared, donde no estorbara el paso.

Después, jadeando, fueron a recuperar las linternas para mirar dentro de la abertura que debería haberse abierto en la pared. Era raro porque, en esta ocasión, no habían percibido el ya consabido olor a cerrado.

La más rápida en enfocar el rayo de luz al pretendido hueco fue Marie; pero, ante su sorpresa, comprobó que no había ningún hueco.

—¡No puede ser! —soltó desolada.

Ya todos se habían acercado y acababan de darse cuenta de los motivos del lamento de Marie. Todo el alto y ancho del espacio que había ocupado la puerta del dios Tatenen ocultaba el elemento que estaba bajo su advocación: simple y pura tierra.

—¡Esto está lleno de escorias! —maldijo Marie dando un enérgico golpe a la arena con la linterna.

El polvo les saltó a los ojos a todos. Los apelmazados terrones, libres de su prisión, empezaron a desmenuzarse y caer tímidamente en el pasillo donde estaban situados.

Sintieron una gran frustración.

No sabían qué hacer ahora, sólo miraban el aluvión de partículas derrumbarse en alegre cascada, como quien observa un reloj de arena.

Poco a poco la fuente se secó, los sedimentos cesaron de chorrear y de ensuciar la pavimentación de la galería.

—Vamos, no hay que desmoralizarse —dijo por fin John—, esto es otra prueba de Sheshonk, de eso podemos estar totalmente seguros.

—¿No será que la tumba está incompleta? —especuló un Alí que deseaba terminar cuanto antes con una excavación que estaba dejando su autoestima por los suelos, igual que la arena desparramada que tenía en este momento a sus pies.

—No lo creo —aseguró convincentemente John—. El dios Tatenen nos indica claramente que la próxima prueba que debemos pasar es la de la tierra.

—¿Próxima prueba? —dijo Marie expresando una incredulidad algo fingida.

—¡Vamos! —contestó John—. No nos engañemos a nosotros mismos, éste es ya el tercer obstáculo que Sheshonk nos pone en nuestro camino y sabemos por propia experiencia que todas estas trampas están perfectamente pensadas y construidas.

—Supongo que tienes razón —admitió Marie derrotada.

—Seguro que lo único que tenemos que hacer es excavar hasta encontrar la continuación de la tumba —insistió el inglés—, igual que hicimos con el laberinto de agua.

—Está bien, eso haremos —dijo Marie dando media vuelta y dejando de dirigir la

vista a la granulosa superficie de grava y polvo.

Los dos egipcios y la europea estaban a punto de irse. John, sin embargo, no se movió de su sitio, seguía mirando el boquete rebosante de tierra.

—Además. —dijo quedamente, como para sí mismo—, creo que esta no será la última prueba.

—¿Qué? —aulló Marie.

—Mejor salgamos al exterior —propuso John sonriendo maquiavélicamente—, os lo contaré mientras cenamos.

Pero todavía no era excesivamente tarde y Gamal no había terminado de cocinar el pollo con arroz que estaba preparando. Dentro de la oscuridad de la tumba se perdía la noción del tiempo. Tampoco los obreros habían terminado de levantar los tabiques de ladrillo que sellarían los túneles repletos de agua, aún continuaban dentro de la tumba.

El sol no se había ocultado del todo, pero sus rayos habían perdido casi toda su potencia. Decidieron hablar fuera, a la sombra de un toldo.

Osama tendría que estar ahora mismo fiscalizando la tarea de los *fellah*, pero decidió que le interesaba más lo que pudieran decir los arqueólogos, estaba incluso arrepintiéndose de no haber seguido otra carrera profesional que no fuese la militar. Claro que, cuando la escogió, pensaba de otra manera, eran tiempos en los que agradecía la economía mental que procuraban las instituciones totales, las que te lo daban todo hecho. Desde que había aprendido a pensar por sí mismo los retos intelectuales dentro de su oficio se le quedaban muy pequeños, y suerte tenía de tener a un superior como Yusuf al-Misri que le confiaba tareas interesantes y de responsabilidad, como podía ser esta expedición arqueológica.

Cogieron cuatro sillas plegables y las dispusieron a modo de cóncave, en círculo, alrededor de una garrafa de agua provista de grifo que habían recogido de la cocina.

—Bien John —dijo Marie bromeando—, somos todo tuyos, haznos partícipes de tus calenturientas elucubraciones.

—Es una mera suposición —empezó a decir el inglés—, pero creo que Sheshonk ha dispuesto cuatro pruebas u obstáculos dentro de las fauces de su tumba. Llevamos superadas dos, la del fuego y la del agua, y acabamos de encontrarnos una tercera, la de la tierra.

—¿Y por qué sabes que falta otra? —preguntó Marie suspicaz.

—Sheshonk mismo nos lo advierte en la primera inscripción que encontramos, la de la primera puerta, la misma que nos revelaba lo del atajo y que no supimos interpretar.

Marie, Alí y Osama trataban de hacer memoria para recordar la fórmula exacta del aviso del faraón, pero eran incapaces de rememorar las palabras exactas. John les ayudó sacando una hoja con la copia de la traducción que había improvisado en un

Londres ya casi olvidado. Les pasó el folio a todos y les indicó la frase que le hacía sospechar:

*Por el poder de los cuatro principios,
El que entre en la muerte, muerto será.*

—Creo que la amenaza implícita en esta frase queda ahora meridianamente clara —les informó John—. Los *principios* son las trampas y tiene que haber exactamente cuatro, como nos avisa el faraón.

—Pero...

Marie quería hacer, sin duda, alguna objeción, pero John no estaba dispuesto a que le interrumpieran ahora, no hasta decir todo lo que tenía que decir.

—En la leyenda que encontramos en la puerta de ayer —continuó el inglés— hay otra referencia a los *principios*.

John sacó otro papel de los numerosos bolsillos de su pantalón y les indicó a sus colegas el siguiente párrafo:

*Vuelve raudo al incierto desierto
O por los principios serás muerto.*

—Otro ultimátum que lanza Sheshonk contra los que se atrevan a perturbar la paz de su sepultura —advirtió el inglés.

—Así que, al final, había algo de cierto en lo de la maldición que persigue a todos los profanadores de tumbas —suspiró Alí recordando cómo los europeos se habían mofado de sus aprensiones referentes a los anatemas faraónicos.

—Bueno, sí —reconoció el inglés—, sólo que aquí las imprecaciones psicológicas se han trocado en verdaderas amenazas físicas y mecánicas.

—Eso que has dicho antes del fuego, el agua y la tierra. —titubeó Marie.

—Vamos Marie, esa es la parte más clara —declaró John vehementemente para acabar con las resistencias de la francesa—. Los propios dioses Ra, Hapi y Tatenen nos aclaran la naturaleza de cada prueba o trampa, además recordad este pasaje del *Libro de los Muertos* que estaba pintado en la Sala Hipóstila de la tumba de Sheshonk. No puede ser más revelador.

John sacó un tercer papel y subrayó el siguiente texto antes de tenderlo a los presentes:

*Recorro el tiempo inalterado,
Vivo aquí igual que en el pasado,
Cubierto por el fuego,*

*Sostenido por el agua,
Escoltado por la tierra,
Vengado por el aire.
Rompe mi serena quietud
Y la maldición te alcanzará
Devorándote con prontitud.*

—Este párrafo es de... —medio enunció, medio preguntó Alí.

—De la cuarta pared, donde aparece reflejado el saqueo de Jerusalén —le aclaró John.

—Así que la supuesta cuarta trampa es el aire —anticipó Osama que, siempre apegado a lo práctico, expresaba lo más concreto e inmediato.

—Exacto, debe ser el aire —convino John.

—El aire... —repitió Marie que, aunque siempre quisquillosa, no podía hacer otra cosa que aceptar las lógicas deducciones de su compañero.

—Es curioso —sonrió John—, pero esto del fuego, agua, tierra y aire es algo más complejo de lo que parece y bastante más místico.

—Explícate —espetó Marie, otra vez resignada a aguantar las digresiones de John.

—Veréis —comenzó el británico—, los antiguos creían que todos los cuerpos de la naturaleza estaban compuestos por cuatro elementos principales: fuego, agua, tierra y aire. Estos principios conformaban todo lo que hay en el universo mediante las diferentes proporciones de los mismos que conservaba cada sustancia; es decir, que el hombre, por ejemplo, tenía algo de agua, la sangre y líquidos corporales; de tierra, en las partes más densas de su cuerpo, como los huesos; de aire, que entraba en los pulmones al ser respirado; y de fuego, en forma de aliento vital y calor en los miembros del organismo.

—¿Y eso qué tiene que ver con la tumba? —criticó una escéptica Marie que pensaba que el inglés volvía a desvariar.

John optó por obviar el comentario de la francesa.

—Los químicos de la antigüedad —continuó— pensaban que al variar la proporción de estos principios en cualquier materia daría como fruto la transmutación de la sustancia en otra completamente diferente.

—Cuando te refieres a los químicos de la antigüedad quieres decir los alquimistas, ¿no? —preguntó Marie.

—Sí, si quieres llamarlos así —consintió John.

—Y qué tiene esto que ver con la excavación —atacó de nuevo una Marie inmune a los regateos dialécticos.

—Algo tendrá que ver si están ahí —expelió el inglés un poco perdiendo la

paciencia.

Marie no quería que John se enfadase, así que decidió callarse, al menos por un rato. Se sirvió un vaso de agua de la garrafa que hacía de centro geográfico de la reunión.

—El caso es que para los antiguos —prosiguió John ante la silenciosa aquiescencia de Marie— todos los cuerpos estaban formados por la mezcla de estos átomos o corpúsculos indivisibles y, para alcanzar la correcta interpretación de todos los fenómenos naturales, solamente había que conocer la correcta proporción de estos elementos.

—La alquimia empezó en el Antiguo Egipto, de eso no hay ninguna duda —salió Alí en apoyo de John, que le caía mejor como persona que la insidiosa y autoritaria francesa.

—Yo creo —dijo el inglés sin hacer tampoco mucho caso del comentario de refuerzo del egipcio— que la prístina creencia en que toda la materia tiende necesariamente a la perfección, a su mutación en los elementos puros de los que está compuesta, el fuego, el agua, la tierra y el aire, estaba en la mente de los arquitectos que proyectaron la tumba de Sheshonk; o lo que es lo mismo, que estas personas, o persona, estaban también iniciadas en las artes mágicas, dado que en esta época ambas disciplinas, la química y la magia, eran claramente inseparables.

—Ya aparecieron los hechiceros —murmuró Marie con desaprobación.

—Ya sé que suena demasiado místico... —se disculpó el inglés.

—John, no puedes propugnar hipótesis que crean más incógnitas que las que resuelven —sentenció la profesora.

—Tienes razón —reconoció algo compungido el inglés—. Pero sólo quería poner de manifiesto que lo de las cuatro trampas está conscientemente pensado y planeado; y que, seguramente, todavía nos queda una por experimentar.

—Bueno, puede que la prueba del aire ya la tengamos superada —declaró Marie divertida.

—¿A qué te refieres? —inquirió Alí.

—A que cada vez que abrimos una lápida nos atacan los fatídicos vapores de Sheshonk —emitió Marie sin poder sofocar la risa y refiriéndose al mal olor que desprendía la tumba cada vez que apartaban una puerta sellada.

Todos rieron la ocurrencia, hasta John.

—Lo raro —dijo un receloso Osama cuando el regocijo cesó— es que nos den tantas pistas.

—Sí, eso es cierto —coincidió Marie—, si quisieran que cayésemos en las trampas no deberían adelantarnos su existencia.

—Tal vez el creador de la tumba, o el propio Sheshonk, quería que su obra maestra fuese descubierta alguna vez —opinó John.

—Por alguien que lo mereciese —siguió Alí.

—Capaz de comprender los acertijos —dedujo Osama.

—El ego humano es más poderoso que cualquier clase de creencia —concluyó Marie.

De pronto vieron como los dos obreros salían de la tumba, justo cuando el sol se ocultaba completamente por el horizonte.

Osama se levantó de su asiento y se dirigió directamente hacia los trabajadores, quería interesarse por la marcha de la faena. Después de un rato de charla con los *fellah*, regresó a la reunión.

—Ya han terminado de cerrar la trampa del agua —dijo al volver a sentarse.

—Mañana vendrán todos, ¿no es así? —preguntó Marie.

—Sí, ya les he adelantado que mañana tendrán que cavar —respondió el teniente.

—Necesitaremos material para apuntalar las paredes del agujero —observó John.

—Sí, sí, soy consciente de ello —admitió Osama—. Los propios trabajadores se encargarán mañana de comprarlo y traerlo al campamento: vigas, soportes, capazos, sacos, travesaños de madera..., les he dicho que no reparen en gastos y Ahmed parece un operario muy capaz.

Dicho esto, levantaron la sesión y pasaron al cenador portátil.

No tardaron mucho tiempo en devorar la comida de Gamal y esa noche no habría ninguna reunión de trabajo aprovechando la sobremesa.

Mañana sería martes y haría, justo entonces, una semana que habían montado, inaugurado el campamento y empezado con esa insólita excavación. La fatiga acumulada de tantos días de incomodidades, esfuerzos y excitaciones empezaba a pesar como una mochila llena de aerolitos en las espaldas de los expedicionarios.

John emergió de la tienda cocina con claras intenciones de meterse en su pabellón para descansar, pero su atención fue requerida por Marie, que justo había saltado detrás de él.

—¡John! —le llamó.

—Sí, dime —dijo dándose media vuelta.

—Deberíamos mandar otro mensaje a nuestros compinches del mundo exterior, ¿no crees? —preguntó la francesa mientras se sacudía el polvo de un pelo tan rubio que incluso conseguía brillar con la mortecina luz de la luna en cuarto menguante.

—Sí —dijo el inglés débilmente, mirando a Marie como si no la hubiese visto nunca tan bella.

—¿Vienes conmigo? Podemos mandar el mismo mensaje los dos, así no nos complicaremos —manifestó espontánea la francesa.

Entraron en la caja del camión y encendieron los dos ordenadores.

—¿Qué vas a poner? —preguntó John a su compañera, que ya había empezado a escribir su correo electrónico.

—Voy a decirles que hemos solucionado el problema que teníamos de la tumba inundada, pero que hemos encontrado un tramo con el techo desplomado, que tendremos que desescombrar, lo que nos llevará un par de días.

—¿Por qué ponernos plazo? —objetó el inglés que no podía apartar la mirada de Marie.

—Tienes razón, mejor no ser tan concreta, pondré que nos llevará más tiempo únicamente.

—Está bien, yo pondré lo mismo entonces —declaró John.

—Sí mejor —sancionó Marie—, seguro que tu país y el mío se intercambian la información.

Terminaron de enviar los mensajes y apagaron los equipos informáticos. Hubo entonces un instante de vacilación compartida, por una parte nada tenían que seguir haciendo allí, pero no querían irse ahora que estaban solos. Ninguno de los dos encontraba una excusa para explicar la situación y prolongar por mucho más tiempo el momento.

John seguía mirando a Marie con expresión aturdida y ésta hacía como que no se daba cuenta, como que observaba, remolona, algún recóndito detalle de la cabina del vehículo.

De pronto el inglés, imbuido de una súbita energía del todo ajena a él, se levantó y se situó detrás de la francesa, muy cerca de ella, terriblemente cerca, pero aún sin tocarla.

Marie temblaba en su disimulo. Algo iba a pasar.

De pronto, los dos Zarif vigilantes aparecieron silenciosos por una esquina del camión y se quedaron parados, mirando fijamente a los dos europeos.

John se sobresaltó, como el sonámbulo que despierta en un sitio bastante alejado de su cama. Se despidió de Marie apresuradamente y más apresuradamente todavía se recogió en su tienda de campaña y en su saco de dormir.

La francesa, algo decepcionada, también dejó su sitio libre a los Zarif que, evidentemente, habían descubierto que la caja del camión era un acogedor lugar para pasar una tranquila noche de vigilancia.

La noche pasó rápida, como cuando se tiene un cansancio infinito, y el día empezó pesado, con el insidioso sol castigando inclemente a sus esclavos, los mortales, ya desde los primeros momentos de su reinado.

Alí apenas había dormido durante la noche. Sabía que la jornada de hoy se presumía de excavación en toda regla y no sabía si podría soportar estar en primera línea de desescombro. Eso le había desvelado un tanto, aunque ya tenía decidido lo que iba a hacer: tratar de mantenerse lejos de los nuevos túneles con cualquier excusa que se le presentase.

Sus miedos, que creía irracionales e infundados, producto únicamente de la traumática experiencia sufrida hace años, se veían confirmados por negras e incuestionables certezas. Cada vez controlaba menos sus emociones.

La tienda cocina volvía a llenarse con los indolentes exploradores de secretos ajenos. Hoy había cierta pereza en el ambiente, ocasionada, tal vez, por haber tenido que trabajar ininterrumpidamente durante una semana entera. El cuerpo se rebelaba y reclamaba ese día de fiesta que le debían.

Primero Osama, después Marie y detrás John, se encontraron desayunando con Alí en el interior de la instalación culinaria. La francesa aprovechó, fiel a su vocación organizadora, para dictar el plan de trabajo de hoy.

—El día se promete intenso —empezó diciendo para justificar la retahíla de tareas que pronto saldrían de su boca.

John, Alí y Osama, en apática postura y con soñolienta expresión en su cara no parecían los más indicados para sufrir el urgente día que aseguraba Marie, aunque el café todavía no había tenido tiempo de obrar su efecto vivificador.

—Empezaremos a perforar un túnel horizontal por esa trampa de tierra a ver si damos con alguna cámara secreta o alguna galería de piedra. Eso claramente lo harán los trabajadores. Yo misma y algún voluntario nos encargaremos de dirigir los trabajos.

A John le apetecía pasar con Marie una jornada en tan estrechos y acogedores tránsitos subterráneos, a punto estuvo de ofrecerse voluntario, pero sabía que él tenía que encargarse de otras tareas más perentorias y así lo expuso al comité.

—Yo debería filmar esos nuevos jeroglíficos que hemos encontrado y traducirlos enseguida, todo lo que pueda decirnos Sheshonk sobre sí mismo y sus megalómanas visiones creo que puede ser vital para el buen éxito de nuestro negocio.

—Muy bien —consintió Marie—, tú John te encargarás de traducir el texto del pasillo.

Marie esperaba todavía su voluntario y lo lógico hubiese sido que, al autoexcluirse John, Alí cumpliera con sus obligaciones de codirector de la

excavación. Pero el egipcio no decía nada, evitaba con todas sus fuerzas el mirar a los ojos de Marie e intentaba ocupar ambas manos y toda su atención en seguir removiendo el mareado azúcar de su vaso de café.

La francesa se imaginaba por qué, había visto muchas veces esa maniobra en sus alumnos, sobre todo cuando se disponía a preguntar alguna lección. Sabía que a Alí le pasaba algo en los sitios cerrados y no quería atosigar al egipcio, así que le libró de su apurada situación.

—Creo que lo mejor es que Osama se ocupe también de dirigir los trabajos conmigo —arguyó Marie con autoridad—, él conoce mejor a los *fellah* y le harán más caso que a mí, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, de acuerdo —accedió Osama un poco desconcertado, no esperaba una participación tan activa en la excavación.

—Tú Alí, te quedarás fuera y vigilarás que la tierra que saquemos no contenga ningún resto de interés.

Marie había salvado la comprometida situación brillantemente y Alí se lo agradecía infinito. No obstante, algo de desazón le quedó por dentro al egipcio, sospechaba que la francesa se había mostrado tan solícita con él por sus claras muestras de debilidad en anteriores afanes. Se sentía avergonzado. Pero, ¿qué importaba?, dentro de unos pocos días volvería a su rutinario y cómodo trabajo de funcionario y no volvería a ver nunca más a los dos europeos. Lo primordial hasta entonces era intentar mantener la calma y para eso necesitaba imperiosamente esquivar todo tipo de actividad que se desarrollase en el subsuelo.

Pronto llegaron los trabajadores y esta vez la cuadrilla se mostraba completa.

Los *fellah* se pusieron a descargar sus atiborrados vehículos con toda clase de traviesas, tubos, trozos de vigas y piezas diversas, de metal y de madera. Seguro que habían dejado sin existencias al chatarrero de su pueblo.

Marie no estaba muy conforme con la poca calidad de los aparejos que harían de soporte y encofrado de los túneles, pero no creyó conveniente diferir los trabajos porque el utillaje no satisficiera sus expectativas.

La francesa, con Osama como traductor, explicó a los obreros lo que quería que hiciesen: un túnel en línea recta lo suficientemente grande como para que el Arca, si conseguían desenterrarla al fin, pasase convenientemente por la oquedad. Por supuesto, este detalle del Arca no lo mencionó a los tensos *fellah*, que veían, desazonados, como hoy sí que deberían arrimar el hombro.

Todos se pusieron manos a la obra. Primero llevaron los tablones y barras que servirían para trabar el armazón de los túneles al pasillo del acuático desfile, aunque Marie vigiló para que los obreros descargaran los atavíos sin tocar sus pintadas paredes, sería un crimen dañarlas.

Al final, después de un corto periodo de prueba y error, la organización de la

partida fue la siguiente: Ahmed, el más versado en el oficio de la albañilería y, decididamente, el más experto obrero de toda la brigada, manejaría la taladradora y sería el que abriría el agujero; Amir, su hermano, sería el encargado de apartar la tierra desgranada y sacarla fuera usando capachos hechos con juncos; detrás vigilarían Marie y Osama, que además se ocuparían de montar los puntales y soportes que aseguraban la estabilidad de la mina; los trabajadores más jóvenes, Ramzy y Husayn, se encargarían, uno de transportar los capazos sacados por Amir y trasladarlos con una carretilla por el largo pasillo, y el otro de subirlos por los dos tramos de escalera; ya en el exterior, Alí, que también colaboraba en la ardua tarea, se dedicaba, como último eslabón de la cadena, a acarrear las espuelas hasta la escombrera situada muy cerca de la puerta y allí vaciarlas.

Cada vez que descargaba el cesto, Alí miraba atento por si encontraba algún objeto de interés, algún trozo de cerámica, alguna cuenta de collar, pero la tierra que hasta entonces habían evacuado estaba limpia, no parecía contener nada de mínimo valor arqueológico.

La organización resultaba perfecta y avanzaban en la excavación a pasos agigantados. La arena no estaba excesivamente compactada, al revés, era sorprendentemente blanda y poco consistente si se tenía en cuenta la enorme mole de roca que debía soportar por estar justamente debajo del macizo montículo donde se encontraba ubicada la tumba. Parecía como si la presión de las toneladas de material que tenía por encima no la hubiesen afectado lo más mínimo a lo largo de los siglos. Otra cosa que llamaba la atención es que era bastante negra, más parecían partículas de aluvión o tierra sedimentaria, muy semejante al limo que se depositaba en las orillas del Nilo, que sílice del desierto. No era lo que se esperaba en un tipo de suelo como aquel.

John, por su parte, dedicó las primeras horas de la mañana a grabar con la videocámara de Alí las filas de jeroglíficos que seguidamente se dedicaría a traducir. Solamente fue molestado de vez en cuando por la carretilla de Ramzy, que para trasladar su arenosa carga pedía paso a veces de forma un tanto brusca.

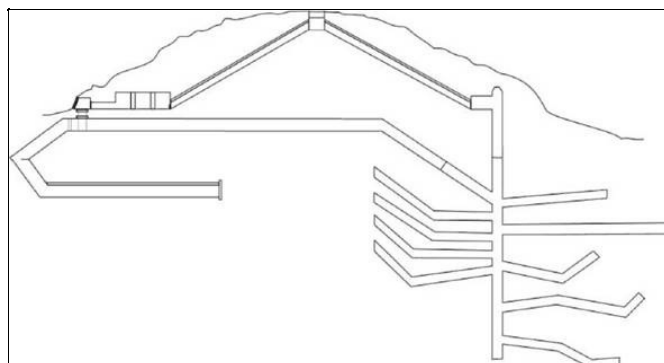
Cuando tuvo todo filmado salió al exterior para no molestar más a los dinámicos obreros en su áspero quehacer. El inglés se introdujo en la cabina del centro de mando con ruedas, tendría que usar algún ordenador del camión para volcar en su disco duro las legiones de signos que había grabado.

No tardó mucho en hacerlo y en empezar a traducir; pero, inexplicablemente, no conseguía concentrarse en la tarea, y eso que los nuevos textos se prometían apasionantes. Había algo que reclamaba despóticamente su atención, algo que debería haber hecho ya y que no había tenido ocasión de realizar por falta de tiempo. Tardó en recordar qué era.

Por fin descubrió lo que le inquietaba, sacó el primer dibujo que había

confeccionado de la tumba de Sheshonk y lo estudió por un momento. Había algo en los trazos del plano que le intranquilizaba, aunque todavía no sabía qué podía ser.

Se dispuso a completar la proyección con los nuevos trechos de corredores y escaleras que habían recién descubierto el día anterior.



—¡Maldita sea! —emitió para sí mismo ya que no había nadie alrededor.

En cuanto terminó el dibujo salió corriendo a detener los trabajos de excavación.

Marie se resistió en un principio a parar la buena marcha de las labores de zapa y mina, ya casi llevaban 15 o 20 metros excavados. Simplemente se limitó a dar un descanso a los obreros y salió de mala gana con John a la superficie, quería que le diese más detalles sobre esa imperativa necesidad de suspender las obras.

El inglés la llevó, casi corriendo, hasta la caja del camión. Una vez allí le enseñó, resuelto, el mapa que acababa de bosquejar hacía unos escasos instantes.

—Éste es el plano con todo lo que hemos descubierto hasta ahora —dijo algo nervioso.

Marie, más tranquila, pero aún bastante fastidiada, lo examinó detenidamente por unos segundos, pero no reparaba en ningún detalle que le llamase la atención.

—¿Y bien? ¿Qué se supone que tengo que ver? —preguntó de forma altanera.

—¿No te das cuenta? —preguntó apremiante el inglés.

—No veo nada —reconoció Marie.

—¡Si seguís excavando en línea recta perforaréis las galerías del entramado de Hapi, las que estaban llenas de agua, inundando por completo la tumba, caeréis en la trampa escondida dentro del artificio de la tierra! —exclamó John de un tirón.

Marie observó el dibujo con otros ojos, esta vez más brillantes y perspicaces.

—¡Vaya! ¡Es cierto! —exclamó—. Si continuamos cavando horizontalmente nos daremos de bruces con el laberinto del agua.

Miró satisfecha a John. Les había librado de un completo desastre en el que incluso podían haber llegado a perder la vida.

—Gracias John, desde luego lo tuyo es hacer de detective —emitió Marie cantarina.

—De nada, de nada —dijo John intentando sacudirse el moscón del agradecimiento.

Pero Marie insistía.

—Voy a tener que invitarte a cenar cuando acabemos con esta excavación, me siento como una princesa que no para de ser rescatada por el apuesto príncipe — declaró Marie traviesa, como quien no quiere la cosa, a sabiendas que la declaración no podía ser más cursi, ridícula y engolada, con más delito si cabe porque la afectada frase no era espontánea, sino que se la había preparado mentalmente para soltársela al inglés en cuanto se le presentase una ocasión propicia.

John se quedó sin saber si lo que le decía Marie era una mera fórmula de cortesía francesa o si realmente hablaba en serio en lo de la invitación a cenar. No dijo nada porque nada podía decir, su lengua estaba paralizada por una timidez de plomo.

Marie se disponía a lanzar una nueva ráfaga de insinuante provocación a las ya tambaleantes defensas de John, pero la aparición por la puerta del camión de los algo indecisos Alí y Osama impidió la continuidad del ataque frontal.

La directora les expuso a los egipcios el descubrimiento que acababa de realizar John. La tierra era otro engaño preparado por el faraón para escarmentar a los incautos saqueadores que se hubiesen atrevido a horadar su trampa. Siguiesen el ángulo de inclinación que siguiesen, al final tropezarían con una piedra y, al retirarla creyendo haber localizado una nueva cámara, lo que de verdad encontrarían sería una inesperada muerte por ahogamiento.

Como siempre, Osama planteó la gran pregunta.

—¿Y ahora qué hacemos?

El coro se mantuvo mudo.

—Tendremos que pensar —dijo por fin John.

—Pues pensemos, para eso nos pagan —sancionó Marie.

—El problema que se nos plantea ahora es adivinar la verdadera naturaleza de la trampa de la tierra —resumió John—. Su terrible función acabamos de adivinarla.

—Yo creo —avanzó Marie— que los egipcios realmente vaciaron todo el centro de la rocosa montaña donde se asienta esta sepultura y, antes de sellarla definitivamente, rellenaron todo ese hueco central con arena de otro lugar.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó John.

—Porque la tierra que estamos extrayendo debe proceder de las orillas del Nilo, es oscura y se parece bastante al manto fertilizante que deja el río después de retirarse a su cauce normal una vez concluidas las crecidas —Marie trataba de ser convincente por eso abundaba en datos—. Además, la tierra está muy poco apelmazada, sin comprimir, parece que no sufre ni ha sufrido nunca las presiones del peso de la montaña que tiene encima. Francamente, yo creo que estamos ante un inmenso sarcófago relleno del humus fertilizante del Nilo.

John trató de dibujar el estuche propuesto por Marie en su plano. Encajaba bien con lo que ya tenían y así se lo hizo saber a la francesa.

—Bien, ya sabemos la función de la trampa y también su naturaleza, su morfología, ahora resta conocer su solución, la senda que deberemos tomar para franquearla —resumió el inglés.

John se quedó quieto, al pronunciar la palabra *senda* algún chasquido había resonado en su cerebro, algún escondido resorte se había movido dentro de los intrincados mecanismos de su inteligencia. ¿Dónde había visto esa palabra recientemente? ¿Dónde?

Pensó un poco, pero no lograba recordarlo.

Súbitamente se puso a rebuscar en los múltiples bolsillos de su pantalón.

Sacó todos los papeles y notas en los que había ido garabateando las numerosas traducciones de los jeroglíficos de Sheshonk. Por fin encontró lo que buscaba.

La palabra *senda* estaba justamente escrita en la piedra que tapaba la trampa de la tierra.

La

Forma

Perfecta,

De tres puntos

Debe estar compuesta.

En la colina primordial estás.

Si sabes esto, busca la senda correcta.

No podía ser casualidad, tenía que ser algo intencionado, pensó asombrado. Agitando el folio donde estaba plasmado ese mismo texto que acababa de releer, trató de hacer al resto del grupo cómplice de sus sospechas.

—¡Aquí está la solución! —exclamó arrebatado.

Todos le miraron extrañados, todavía no acertaban a comprender lo que quería decir John.

—¡Es una pirámide! —dijo dando una sonora palmada, seguramente para despertar a los durmientes.

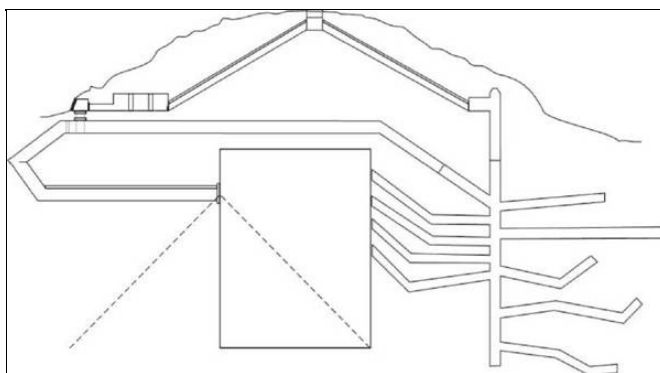
Pero, por el común arqueamiento de las cejas y el inexpresivo intercambio de miradas, el inglés dedujo que la perplejidad todavía anidaba firme en los corazones de sus compañeros. Trató de ser un poco más explícito.

—¡La forma perfecta para los egipcios es la pirámide!

John arrancó el ya manoseado trozo de papel en el que había dibujado el plano de manos de Alí, que lo miraba sin comprender nada, y trazó con mano firme dos nuevas líneas discontinuas en el mapa de la tumba de Sheshonk: semejaban una pirámide en dos dimensiones

—¡Y nosotros estamos en el vértice superior! ¡Justamente en *la cima de la colina!*

El inglés pasó de nuevo el mapa al egipcio, que notó como Marie y Osama se arrimaron a él para observarlo por encima de sus hombros.



—¡Ya lo comprendo! —chilló Marie después de ver el nuevo dibujo de John.

Por la cara que ponían Alí y Osama, ellos también acababan de verlo claro. Una imagen vale más que mil explicaciones, en arqueología también funcionaba esa manida máxima.

—Nosotros estamos situados en el vértice superior, en la cúspide de la colina, justo en el punto donde hemos hallado esta inscripción, y conociendo este vértice del triángulo podemos deducir los otros dos —descifró John, ya un poco más calmado.

—Hay que excavar entonces en diagonal, siguiendo la hipotenusa del triángulo rectángulo, así esquivaremos la trampa escondida en la tierra —dedujo Marie.

—Eso concuerda bastante bien con el restante plano de la tumba, sólo así conseguiremos dejar por debajo todas las galerías llenas de agua del laberinto de Hapi —concluyó Alí.

Osama no decía nada, pero parecía visiblemente impresionado de las capacidades especulativas de los tres egiptólogos.

Los cuatro integrantes de la expedición estaban visiblemente impregnados de autocomplacencia, por una vez se habían adelantado a los movimientos de Sheshonk; aunque, por otra parte, había sido el propio faraón quien les había facilitado las armas con las que había sido derrotado.

Marie y Osama explicaron, como pudieron, el nuevo cambio de planes a los trabajadores locales, por supuesto sin especificar ningún detalle que tuviese que ver con maldiciones o trampas. Los *fellah* no protestaron mucho, aunque emitieron algunos gruñidos ocasionales ágilmente esquivados y diplomáticamente ignorados por los dos capataces. A nadie le gustaba trabajar de balde.

Osama pensó que los nuevos materiales que desescombrasen podían ser vertidos en el túnel que ya habían abierto y que ahora se demostraba inservible. Así avanzarían más deprisa.

La solución no se mostró muy acertada en cuanto al ahorro de tiempo porque en la cabeza de la excavación podían trabajar máximo dos personas debido a la estrechez; pero sirvió, por lo menos, para dar un poco de estabilidad a la mina, para

que no se produjese ningún derrumbe en una cavidad que ya no controlaban y que no servía para nada.

Claro que la dificultad de perforar un túnel de semejante inclinación era todo un desafío para los trabajadores y, también, para los encargados de los trabajadores.

Al final, y siguiendo las indicaciones de Osama, decidieron cavar formando escalones de un metro de longitud. Con ello conseguían una base firme para asentar el andamiaje que sujetaba el techo de la galería y evitaban los resbalones que sin duda se hubiesen producido por lo excesivo de la pendiente.

La solución era mucho más inestable y precaria que la que habían conseguido alcanzar en la anterior perforación horizontal, pero parecía aguantar; aunque, por si acaso, ahora procuraban deambular por el estrecho corredor con bastante más cuidado y precaución.

Mientras, John, una vez desembarazado de otras preocupaciones, consiguió concentrarse lo suficiente como para empezar la traducción de las nuevas memorias de un faraón que se tornaba más grande y egregio a cada momento que pasaba.

Así transcurrió la mañana del martes, una mañana en la que ni los obreros terminaron su complicado túnel declinante, ni en la que John pudo concluir la traducción de los extensos textos.

Tuvieron que parar para comer.

Los obreros estaban reventados, era difícil bregar en condiciones tan penosas, pero seguían sin emitir una sola queja.

Marie y Osama decidieron, como especie de premio de consolación o de agradecimiento por su denuedo, que fuesen los trabajadores los que dispusieran del primer turno para comer.

Osama también estaba algo cansado, lo de dedicarse a apuntalar una galería con tanta caída era una tarea bastante embarazosa para él, que no tenía ningún conocimiento en la materia. Desde luego, la apariencia del encofrado que estaba realizando junto con Marie para estabilizar el agujero era bastante frágil e inconsistente. El teniente empezó a pensar si la verdadera trampa de Sheshonk no sería realmente el insinuarles que cavasen con tan inestable grado de inclinación para sepultarles vivos. Admiraba a los arqueólogos y las cábalas tan perspicaces que llegaban a conjeturar, pero no por eso había dejado de pensar por sí mismo y elaborar sus propias conclusiones: no estaba nada convencido de la solución que habían tomado.

Los egipcios iban saliendo de la tienda comedor pausadamente, buscando algún sitio a la sombra para recostarse hasta que los llamasen de nuevo para cavar.

Marie fue a buscar a John, tan inmerso en su proceso de traducción que ni siquiera se le veía por el campamento. Marie dedujo que estaría dentro del compartimento del camión.

Subió las escaleras y entró. Allí estaba el inglés, tecleando a toda velocidad en un ordenador portátil mientras, en el otro equipo, iban deslizándose, mansamente, las imágenes de vídeo repletas de jeroglíficos que había grabado en el pasillo que precedía a la trampa de la tierra.

—¿Qué tal vas John? —dijo para hacerse notar.

—Bien, pero todavía me queda bastante para terminar —indicó sin dejar de escribir.

—¿Es la segunda parte de la historia del faraón? —preguntó la francesa mientras se acercaba para mirar.

—Pues sí, efectivamente, una jugosa segunda parte —confirmó John.

Terminó la frase que estaba escribiendo y apagó la pantalla de su ordenador antes de que Marie pudiese enterarse del más mínimo detalle del contenido de la traducción; después pausó la visualización de las ristas de pictogramas y se levantó de su asiento algo bruscamente. Marie, que estaba justo detrás de él, no hizo ningún amago por apartarse cuando se quedaron a apenas unos centímetros frente a frente.

Ni Marie ni, sorprendentemente, el retraído John parecían mostrarse azorados de tan cercana proximidad.

—¿Qué tal vosotros? —se interesó el inglés.

—¿Nosotros? —devolvió Marie mientras se separaba un poco de John para poder gesticular—. Pues no muy bien, hemos avanzado bastante en la excavación y no ha ocurrido ningún percance, pero el andamiaje que estamos montando Osama y yo para sustentar el túnel es tan endeble que como alguna lombriz despistada pulule por allí y le dé por tocar alguna tabla moriremos todos aplastados. John rió de buena gana.

—No será para tanto —dijo para animar a Marie.

—Sí, sí lo es, te lo garantizo. Y lo malo es que somos incapaces de hacerlo mejor.

—Quizá tendríamos que haber usado un magnetómetro desde el principio para ir más seguros —propuso el inglés.

Marie lo rumió por unos segundos.

La francesa, como John, también estaba al tanto de los ultimísimos y revolucionarios métodos de investigación y prospección arqueológica, fruto, cómo no, de los avances tecnológicos que inundaban todos los campos de la ciencia.

Se podían utilizar los más variopintos dispositivos geofísicos para buscar "tumbas olvidadas": aparatos de detección por radar, medidores de la refracción sísmica, sondas de resistividad eléctrica, sensores de rayos infrarrojos y más pruebas de pomposa denominación y sofisticada puesta en práctica. A tanto llegaba el grado de tecnificación que incluso se habían llegado a usar las cámaras y equipos de recogida de datos de los satélites para alguna que otra investigación.

Los variados y caros ingenios median cualquier alteración física del terreno, lo que daba pistas a los investigadores de las coordenadas del próximo sitio en el que

debían hincar sus picos.

Estas técnicas ultramodernas se habían mostrado muy útiles en yacimientos con mucha variación de densidad entre el terreno circundante y los materiales que habitualmente forman parte de los restos que se querían encontrar. Por ejemplo, en terrenos blandos, si había alguna cámara de piedra enterrada, ésta era localizada con cierta facilidad y fiabilidad.

En Egipto se habían obtenido resultados muy satisfactorios, sobre todo en el Delta del Nilo, cuyo suelo de légamo sedimentario contrastaba considerablemente con cualquier estructura de piedra que pudiera ocultarse en su interior.

Los magnetómetros de protones, en concreto, funcionan detectando las mínimas variaciones locales en el campo magnético de la tierra, pero sólo eran eficaces en zonas muy concretas. Servían, más que nada, para localizar huecos ocultos en excavaciones ya iniciadas y localizadas, o en zonas específicas con fuertes indicios de probable actividad humana. Esto era así porque su radio de acción no era muy grande. Aunque tampoco eran la panacea, sus lecturas podían ser erróneas e indicar bolsas de aire, aguas subterráneas o capas de detritus sin ningún valor.

El magnetómetro había sido usado con éxito en el Valle de los Reyes, sobre todo por científicos norteamericanos, mucho más prácticos y con más medios financieros que sus colegas europeos.

Quizá por eso los investigadores del Viejo Continente tildaban a sus colegas estadounidenses de ser "poco románticos" en el desempeño de su trabajo.

A Marie tampoco le gustaban los artilugios que economizaban la capacidad de raciocinio del hombre, para ella excavar un yacimiento no era una labor meramente mecánica, como el que separa el polvo de la paja usando un rastrillo. El desvelamiento del pasado para la doctora era una gradual indagación en todo lo que el arqueólogo tiene a su alrededor, hasta lograr vencer las reticencias del tiempo por revelar sus secretos, hasta someter dignamente a la tierra y que ésta consintiera de buena gana en mostrar lo que esconde. Era una experiencia inmersiva total, como son todas las búsquedas. Marie creía firmemente que usar tantos aparatos automáticos e irreflexivos era como jugar al escondite haciendo trampas.

—Es muy difícil conseguir uno de esos artilugios —emitió por fin la francesa—. No tenemos tiempo y puede que ese chisme nos fuerce a cometer un error que hasta ahora no hemos cometido.

—Bien, estoy contigo —suscribió John.

—Seguiremos como hasta ahora, a no ser que lleguemos a algún punto muerto —añadió la francesa mientras ambos salían de la caja del camión.

Por si acaso, Marie se dejó una puerta abierta para futuras e inesperadas vicisitudes. Tampoco estaba tan en contra de la técnica, sabía que no se puede vivir en el pasado, ni siquiera pueden los que se dedican a escudriñarlo.

El almuerzo fue casi monacal, discurrió en un completo silencio por parte de los cuatro integrantes de la expedición, todos parecían pensar en sus propios problemas: John en su traducción, Alí en su incapacidad para trabajar bajo tierra, Marie y Osama en el frágil armazón que estaban levantando en el agujero, sin ver la manera de poder hacerlo mejor.

Gamal había preparado unas costillas asadas, aunque no sirvieron para saciar totalmente el hambre de Osama y de Marie. El joven egipcio tuvo que recurrir a los postres hipercalóricos que guardaba para la noche, auténticas bombas energéticas, de un dulce más denso que melaza concentrada, tan empalagoso que casi amargaba. Dos pastelitos bastaban para quedar saciado y con la conciencia pringosa por haber comido unos suplementos energéticos que nunca podrían llegarse a quemar.

Después de un reposado té, también sin mucha conversación, volvieron cada uno a su tarea, John a enclaustrarse en el camión, Marie y Osama al interior de la tumba, a apuntalar el difícil agujero que estaba taladrando Ahmed, y Alí a ayudar al resto de los obreros a retirar la arena, aunque siempre lo más cerca posible de la superficie.

No les pasó nada digno de referir, salvo a Alí, aunque más por lo esperpéntico que por lo importante. Éste, mientras estaba fuera descargando uno de los cestos de mimbre que le había pasado Husayn, su eslabón vecino en la cadena, vislumbró entre el montón de escombros lo que le pareció un *escarabeo*, una de las figurillas con forma de escarabajo pelotero que los egipcios portaban como amuleto y que se encontraban por decenas en todas sus tumbas.

Los antiguos sacerdotes del país del Nilo creían que la especie de este insecto carecía de hembras, que todos los ejemplares eran machos que se reproducían fecundando la bola de estiércol que transportaban de un lugar a otro y que a los egipcios se les antojaba que era una representación del sol en su perpetuo ciclo cósmico. Lo de crear vida de la nada, de la materia muerta, fue algo que siempre atrajo a los hacedores de mitos y forjadores de deidades.

El caso es que Alí, viendo el oscuro y brillante coleóptero, creyó que sería de negro azabache y se agachó para cogerlo. Mayúscula fue su sorpresa al comprobar que el supuesto talismán tenía vida propia. El escarabajo movió sus patas y Alí movió las suyas, las superiores para lanzar el insecto lo más lejos que pudo, las inferiores para desplazarse a veinte metros del lugar en un suspiro.

El conservador del Museo de El Cairo miró a su alrededor azorado, menos mal que nadie advirtió la poco digna maniobra que había realizado. Casi no se reconocía.

A las ocho de la tarde ya habían penetrado unos 30 metros en el depósito de tierra, los apoyos parecían aguantar y todavía no habían visto ningún muro o pared que les indicase la anhelada continuación de la tumba.

Mientras más descendían más dura estaba la tierra y más difícil era retirar los cestos cargados de escoria, por suerte estaban haciendo el túnel lo suficientemente

alto como para no tener que encorvarse mucho cuando transitaban por él. A Marie y Osama no les quedó más remedio que convertirse en espontáneos porteadores y echar una mano con los capazos, porque Ahmed ya no iba tan deprisa como para mantenerles ocupados todo el tiempo fijando los numerosos tubos y maderas que apuntalaban el techo y que, por cierto, se estaban acabando.

El mayor problema, sin embargo, era la angustiada sensación de estar cada vez más lejos de la superficie, del aire libre. Más que una tumba les parecía estar en un hormiguero, y ellos eran ahora las atareadas hormigas ampliando su nido. Pero éste era un inconveniente imposible de solucionar.

A las siete de la tarde Marie decidió que la jornada había tocado a su fin, estaban casi exhaustos. Salir a la ya débil luz del sol fue todo un alivio.

Los trabajadores no tardaron mucho en irse, preferían recobrar las fuerzas en su aldea que quedarse por más tiempo en el campamento. Gamal, después de informar a Osama que la cena estaba hecha y que podían comerla cuando quisieran, se fue también con sus familiares.

El teniente, Marie y Alí relajaron sus doloridos músculos a la sombra de un toldo, todavía era temprano para cenar; además, después de un esfuerzo físico continuado nunca se suele tener mucha hambre, lo que experimentaban mayormente era una sed rabiosa.

A John no se le veía por ningún sitio, pero era fácil imaginar dónde estaba.

—Estoy rendida —confesó Marie mientras trataba de masajearse las piernas por debajo de su sucio pantalón color avellana.

—Yo mañana tendré agujetas —declaró Alí que, aunque su quehacer había sido menos intenso que el de Osama y Marie, no estaba acostumbrado a sufrir esta clase de trajines.

Osama prefirió no declarar su cansancio para parecer más entero que sus dos compañeros, aunque su rostro algo inflamado e incendiado no cesaba de delatarle.

—Lo que más me fastidia es que seguro que esta noche tendremos sesión literaria —declaró Marie lanzando un golpe de testuz que señalaba al camión donde seguro John estaba ultimando su traducción.

Fue decirlo y el inglés salió del gran vehículo con una cara de satisfacción que distinguían perfectamente desde donde estaban tumbados. Él también les vio y se dirigió hacia ellos.

—¿Qué tal? —preguntó cuando llegó a su altura.

—He tenido días mejores —respondió Marie con desgana.

—Así que ya sabéis cómo se sentían los esclavos de Sheshonk —ironizó el inglés mientras daba un trago a una de las botella de agua de medio litro que había recogido del suelo.

—¿Y tú? ¿Qué tal se vive como escriba del faraón? —devolvió Marie mientras le

lanzó una patada a la espinilla que hizo que el agua le mojase toda la camisa.

—Bueno, siempre es mejor ser funcionario que obrero, siempre ha sido así en todas las épocas —contestó John mientras se ahuecaba la ropa para secarla.

—Sí, siempre ha habido clases —dijo simulando repugnancia la francesa.

—No te pongas así —rió John—, mañana os ayudaré, ya he terminado la traducción de los jeroglíficos.

—¿Son interesantes? —consultó Alí.

—Sí, decididamente muy interesantes —aseguró el inglés mientras lanzaba una mirada cómplice a Marie que ésta no pudo descifrar.

—Así que esta noche toca reunión de trabajo —entendió Osama fastidiado, por fin había evidenciado una indirecta muestra de su disimulado agotamiento.

—La mejor hora para narrar cuentos de brujos y hechiceras es la hora del crepúsculo —señaló John mientras volvía a mirar a Marie con una candidez que escondía el artificio de sus palabras.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigada la francesa —. ¿Nos vas a contar un cuento de miedo para que no podamos luego conciliar el sueño? Te advierto que hoy yo dormiría sobre la rama de un árbol.

—Pero aquí no hay árboles —objetó John cambiando de tema porque no quería desvelar más de lo que ya había desvelado.

—No hay árboles, pero sí enramadas y espesas frondas —manifestó Marie refiriéndose a la oscuridad de las palabras de John.

Así, discutiendo, se levantaron y fueron a la tienda cocina. Osama y Alí les siguieron, ambos mirándose y diciéndose sin palabras que algo había de extraño en el comportamiento de los europeos, en su descarada familiaridad.

—¿Marie y John no están casados, verdad? —dijo quedamente el militar al conservador del Museo de El Cairo.

—Creo que no, pero como sigan por ese camino pronto lo estarán —afirmó Alí.

Ambos rieron quedamente antes de entrar en la tienda para cenar.

La colación pasó sin pena ni gloria. No tardaron mucho en hacer desaparecer las viandas de Gamal. A pesar del apetito que gastaban no faltaron comestibles, el cocinero se había asegurado que no le aconteciera otra vez lo que le había pasado esa misma mañana. Había preparado platos de comida para un regimiento de lanceros, caballos incluidos.

Casi todos optaron por cambiar el relajante té de sobremesa por un café cuando vieron la cantidad de folios que John dejó sobre la mesa.

El inglés no esperó mucho tiempo antes de ponerse a leerlos sin pedir permiso a nadie.

Yo, Sheshonk, el dios que respira, nacido del Sol, vencedor de la oscuridad,

portador de las dos coronas y los tres cetros, columna-djed del Nilo, símbolo de vida, paz de los fuertes.

Yo, Sheshonk, que todo lo veo, que todo lo escucho, que todo lo sé o lo sabré, publico en duradera piedra la historia pasada, presente y venidera. Mi rostro se quita el velo, porque así lo quiero y puedo.

Años de silencio tuve, años de fragor y guerra, rayos de luz y relámpagos de tinieblas, brisas de sosiego y huracanes de confusión en las innúmeras revoluciones de los cielos. Todo lo dejo escrito para recordarlo en mi otra vida, porque nada quiero perder, porque todo quiero guardar en la memoria.

Plenos fueron los días de paz en mi reino una vez arrancadas las cizañas que impedían crecer la fresca hierba. Días llenos de dicha para mis subditos, alegres para mis ganados, gozosos para mis campos regados. No había lazo, no había red que estorbase la expansión de mi poder, no había sombra que no fuese derrotada por el sol, excepto la que anidaba en el corazón del faraón. Sheshonk, hijo del dios, echaba de menos a su hermana Nefiris, hija del dios. Lejos estaba Nefiris, en la corte del dios Oriental, soberana en un reino extranjero. Mensajeros nos conectaban, traían y llevaban noticias, porque los dioses deben saber de los otros dioses.

Nefiris también sentía tristeza por estar apartada de su país, de la nación del río que todo lo engendra, por estar alejada de su hermano, que todo lo entiende.

Nefiris, ternura de Hator, tuvo un hijo de Salomón su esposo. Le puso por nombre Roboam y su destino sería suceder en el trono a su padre.

Nefiris, fuerte en Bastet, aprendió los secretos de los sacerdotes hebreos, sus poderes y sus armas, amparada por su posición, ayudada por su saber, protegida por Yeroboam, nuestro fiel siervo, que nunca se separó de ella.

En la hermética Jerusalén, casa del dios Oriental, continuó con su instrucción en las técnicas de los augurios, aprendió los secretos nombres y los ocultos lugares, penetró en el lenguaje de los sueños, vaticinó usando los urim y thummin sagrados, observó el dilatado baile de los astros, contó el número de estrellas, leyó las crónicas de los orígenes de cada mundo, estudió los misterios de los números, comprobó las arcanas e íntimas proporciones de las figuras, se instruyó en la ciencia de Imhotep, practicó el noble oficio de la edificación de templos y llegó a ser competente en el arte de la mezcla de los principios perfectos para obtener sustancias nunca vistas antes en la naturaleza.

Escudriñar en todo lo que hay y deducir todo lo que tiene posibilidad de ser fue su gran pasión. Nefiris, la de lejana visión. Porque todo lo real puede ser pensado, y todo lo pensado puede llegar a ser real. Pero sin romper el

mundo, sin despertar a los demonios, sin intentar hacer esclavos a los propios dioses.

Así pasamos los años inclementes, alejados de nosotros mismos, recordando el tiempo que vivimos juntos. La soledad existe aunque estemos rodeados de muchedumbres, igual que la sed se siente en medio del más inmenso mar.

Pero los años no son tan despiadados como para no consumirse por entero. Algo cambió, porque todo cambia y nada permanece en la frágil existencia de los desdichados humanos y los inestables dioses.

A Jerusalén llegó una reina de una lejana ciudad, de un lejano país, de un lejano mundo, que cautivó a Salomón con sus ignominiosas hechicerías.

Acompañada de demonios, muertos en la vida, vivos en la muerte, se apoderó de la ciudad, regaló al rey caravanas de oro y joyas, perfumes y lujosas telas. Pero con intención de llevarse más de lo que trajo, porque sabía que dar un poco al que tiene mucho es perder hoy para recibir todos los días.

Aduló la sabiduría de Salomón preguntando enigmas que ya sabía, pidiendo consejos de los que no hacía caso, así hasta que se ganó el corazón del monarca para su causa. Elogió también a los sacerdotes de Israel y a su vengativo dios, exaltó a las doce tribus, una por una hasta la saciedad, festejó hasta el polvo y las piedras del país, porque no hay nada que traicione más a los inteligentes que la vanidad y que engañe más a los fatuos que la amistad de los poderosos.

El rey se volvió loco de amor, inflamado por la belleza y ostentoso aparato de la extranjera reina y, también, por las pócimas que le suministraba la terrible maga.

Nefiris, hija del dios, furia de Sejmet, no soportó verse desplazada del sitio del trono, no soportó ver como su esposo caía en las confusas añagazas de la magia más oscura. Salomón, fascinado por el terrible y sinuoso conocimiento de las puertas falsas, atraído por los atajos que procuran los caminos erróneos, seducido por procedimientos ajenos a cualquier ley mortal o principio divino, atrapado por un deseo que ahoga toda razón, otorgó su plena confianza a la maligna bruja, ciego por querer ver más allá, porque no hay sabio al que no le venza su propia sabiduría.

Nefiris, rápida en ardides, feraz en astucias, espíritu de Thot, urdió una emboscada contra la fatídica embaucadora. Yeroboam, fiel consejero, con un grupo de hombres de su confianza atacó a la bruja, pero no consiguió matarla, los esclavos sin alma que la custodiaban no sentían los golpes de las espadas, sus heridas no sangraban.

Salomón, ciego mortal, se enteró, se enfadó y repudió a su esposa mandándola al exilio. Nefiris, flor del pensamiento, tuvo que huir de

Jerusalén junto con Yeroboam.

Yo, Sheshonk, dichoso en Amón, recuperé así a mi hermana, que volvió a Egipto huyendo de Salomón y dejando allí a su hijo Roboam, heredero del trono hebreo.

Felices días fueron los de mi casamiento con Nefiris, hermana recobrada, delicia anhelada durante tanto tiempo. Egipto recuperó toda su sangre real y de ella nació un rey de doble estirpe divina y doble poder, nuestro hijo Osorkón, príncipe incontestable que sellará esta tumba y que reinará llevando la corona blanca y la corona roja, las Dos Poderosas, en la misma frente.

Hator se apoderó de nuestras vidas, una fiesta era Egipto para nuestros ojos. El trigo crecía más firme y producía tres veces más grano, las vacas ofrecían más leche a sus terneros, las ovejas prodigaban lana ya teñida por la púrpura, los pájaros cantaban, incansables, la dichosa canción de la felicidad.

Pasaron los años y llegaron nuevas desde las tierras del dios Oriental, allí donde Nefiris había dejado a su hijo para gobernar. Salomón había muerto dejando el poder de los hombres a Roboam y el de los dioses a Menelik, el hijo que había tenido con la infame reina hechicera y que había vuelto de su ignoto país para hacerse cargo de su parte de la herencia.

El pueblo judío, descontento con Salomón y sus numerosos impuestos, a punto de sublevarse estaba al verse libre del yugo del autoritario monarca y al no tener, su hijo Roboam, todavía consolidado el trono.

Nefiris, hija de un dios, esposa de un dios, madre de un dios, quería subir a defender los intereses de su otro hijo extranjero, pero sabía del gran poder que controlaban los sacerdotes del dios Oriental, el que escondían en un Arca dentro del Templo de Salomón. Nefiris quería rasgar el velo del Templo, ver lo que había dentro, porque nunca se permitió el paso a las mujeres dentro del tabernáculo, aunque fuese la mismísima reina y esposa del Sumo Pontífice Salomón. Eso le quedó pendiente y eso la decidió a intervenir.

Yo, Sheshonk, hijo del dios, a pesar de los obstáculos, adopté los criterios de Nefiris, mi hermana-esposa, y emprendí la guerra para defender los intereses de Egipto y de mi sobrino Roboam.

Reuní un ejército como nunca antes se había visto sobre la tierra: innumerables carros de guerra de afiladas ruedas, enjambres de jinetes, miríadas de hombres desgarrando la tierra. Treinta generales encabezaban treinta estandartes con los colores blanco y rojo del Nilo. Egipcios y libios, tanitas y gente de Kush, todos seguían a su señor. Era la viva fuerza de un dios que se derrama sobre sus espantados enemigos.

Yo, Sheshonk, dios viviente, aconsejado por Nefiris, mi amante esposa divina, y Yeroboam, leal sirviente, no busqué la confrontación directa con las tropas de los sacerdotes del dios Oriental. Subí hasta los desiertos de Judá y me apoderé de todas las ciudades fortificadas de la frontera del sur. Mantuve tres ejércitos rodeando Jerusalén pero sin dejarse ver: uno bajo mi mando, otro bajo el mando de Nefiris y otro que seguía a Yeroboam en su viaje al norte del país.

Yeroboam, con muchos amigos todavía en Israel, intentó convencer a las tribus del norte para que apoyasen la sublevación y cerrasen el paso a Menelik al poder sacerdotal. Muchas tribus consistieron con el plan de Yeroboam y no intervinieron aportando tropas a los sacerdotes. Jerusalén estaba aislada.

Los regimientos de Sheshonk campaban a sus anchas por el país, sin encontrar oposición que no fuese derrotada; pero la capital, la altiva Jerusalén, estaba cerrada. Nefiris intentó convencer a su hijo para que les dejase entrar en la ciudad por las buenas, sin derramamiento de sangre. No tuvo éxito.

Roboam no reconocía a su madre como madre, la había olvidado completamente. Las castas sacerdotales, ungidas por el mal, habían ocultado y falseado su ascendencia egipcia. Cuando Nefiris abandonó Israel, exiliada por Salomón, su hijo era muy pequeño, no recordaba nada. Roboam no quiso abrir los portones de la muralla.

Nefiris, sabedora de que el Arca era un arma muy poderosa, no consintió que las tropas egipcias asediaran Jerusalén, sabía del peligro y sabía que podían salir huyendo al ver el poder del Arca del dios Oriental en acción. Los tres ejércitos, en continuo movimiento, siguieron siendo invisibles para los habitantes y las tropas de la ciudad.

Otro camino se le ocurrió a Nefiris, mente omnipotente, para rendir la capital. Ofreció a Menelik una entrevista, a espaldas de su hijo Roboam, oculta a los clérigos hebreos.

Nefiris, palabra verdadera, persuasión certera, le hizo sentir el torbellino de hombres que traían los ejércitos de las arenas y le introdujo ponzoñosas insidias sobre la traición de la que sería objeto por parte de la clase sacerdotal hebrea y del propio Roboam.

Menelik, inexperto joven que todavía no había conquistado la confianza del clero y que recelaba de Roboam, claudicó, abrió las puertas de Jerusalén en el momento convenido.

Sorpresa fue para todos la traición de Menelik, desconcierto perfecto que se aprovechó para someter la ciudad sin encontrar ninguna resistencia por

parte de la población.

Yo, Sheshonk, voluntad de poder, ayudado por el silencio de la noche aniquilé a la guardia y a los sirvientes del palacio de Roboam, rodeé el Templo de soldados y controlé todas las murallas y bastiones defensivos. Los habitantes se acostaron hebreos, se levantaron egipcios.

Roboam, el hijo díscolo, se resistió a aceptar el estado de las cosas, no quiso admitir su sangre egipcia y por ello fue castigado. Se le mantuvo en el trono, pero solamente se le concedió su soberanía en la ciudad y en una parte pequeña del territorio, lo demás fue entregado a Yeroboam como pago por sus servicios. Yeroboam fue proclamado rey, el rey amigo del faraón y de su hermana-esposa.

A Menelik se le despojó de toda distinción y fue expulsado del país junto con sus seguidores. El que traiciona no puede quejarse de ser traicionado.

Nefiris, dignidad Mut, entró en el Templo, se apoderó de sus secretos. Mandó cargar en carros todos los tesoros que encontró para trasladarlos al país del Nilo como botín de reparación y acertó los días de todos aquellos sacerdotes que conocían los misterios del Arca. Incalculables eran las piezas de oro, interminable la caravana que salió de las murallas de Jerusalén. La gloria de Sheshonk sería recordada hasta agotarse la memoria de los humanos.

El regreso fue radiante, la procesión de los tesoros fue vista por todos los pobladores de las orillas del Nilo. Todos alababan a su faraón, todos se postraban ante su divinidad triunfante, vencedor del dios Oriental.

Nefiris, sacerdotisa de Bastet, inagotable fuente, discurso de verdad, desentrañó la magia del Arca, porque lo único capaz de despertar nuestra curiosidad es lo inexplicable. Descubrió el secreto de los sacerdotes del dios Oriental, conoció la fórmula de su poder, lo que les hacía invulnerables en la furiosa guerra.

Una rebelión en el sur de Egipto se produjo entonces. Las ingratas gentes de Kush, de oscuro corazón, de sombrías intenciones, de pérfida alma, se alzaron en armas, desafiando a su Señor Sheshonk, regente de su destino, dueño de su tiempo en la tierra.

Nefiris, mujer del amanecer, propuso a su hermano-esposo el ser ella la que se hiciese cargo de la situación. Sheshonk nada le podía negar a la hija de un dios, por eso accedió a poner un irresistible ejército bajo su mando.

Nefiris, potencia de Sejmet, se llevó el Arca a los confines del país, allí donde brota el Nilo, dispuesta a someter a los enemigos usando el aprendido poder del dios Oriental.

Nefiris, conductora de hombres, llegó hasta las ciudades rebeldes de Meroe y Napata siguiendo el cauce del río hasta su escondido nacimiento. A sus

afueras, acampó, esperando el ataque que pronto debía producirse.

A los dos días se le presentaron las tropas que había de derrotar, altos infantes con escudos rojos y la cara teñida de enojo. El día se prometía glorioso para unos, desastroso para otros.

Nefiris ordenó que los cuatro soldados más veloces llevaran auestas el Arca hasta las filas enemigas, que allí la desplegasen y que salieran corriendo procurando moverse a lo largo de las formaciones contrarias.

La nube mortal del dios Oriental envolvió a los adversarios en furioso pánico y los derrotó completamente.

Pero el hálito de Shu cambió de repente y la mancha rodeó también a las tropas del faraón sin que nadie pudiera evitarlo. Grande fue la mortandad, inconmensurable el dolor de Nefiris al ver a tantos soldados exánimes, la flor de Egipto había sido marchitada.

La guerra cambia todos los corazones. A pesar de pacificar la región y castigar a los agitadores, Nefiris, tristeza desolada, volvió a Bubastis sin gran parte de sus tropas, sombría y decidida a enterrar la causa de la maldición, lo que no debía haber sido nunca despertado. El poder incontrolable no es poder, es confusión, es muerte, es dolor. La Serpiente del Caos tenía que ser destruida, tenía que ser olvidada, sólo así la paz volvería a la nación del sol.

Menelik, desterrado de Jerusalén, hijo bastardo, expulsado de su propia patria, extranjero en todos los sitios, llegó a Egipto tiempo después y pidió clemencia a Sheshonk, pidió un lugar donde establecerse él y su séquito. Sheshonk, prudencia compasiva, le dirigió a Kush y le permitió vivir allí mientras el sol calentase las arenas de sus días.

Nefiris, arquitecta del faraón, maestra constructora, dedicó sus últimos años a proyectar esta tumba, matriz de Nut. Tumba que debe mantenerse inviolada durante todo el lapso en el que se prolonguen los inútiles afanes de los hombres sobre la tierra.

Aquí, entre estos silenciosos muros sepulcrales, Sheshonk y Nefiris viven eternamente juntos, unidos en la Otra Vida con vínculos indestructibles, en alianza incommovible de perenne dicha compartida.

Aquí oculto permanece también lo innominable. Es nuestro último deseo que la Serpiente del Caos no vuelva a recorrer jamás la Tierra.

Yo, Sheshonk, dios vivo de Egipto, hijo de Shiskag el dios, he hablado, que lo grabado en estas piedras sea ley incontestada, que lo manifestado en estos muros reviva mi memoria olvidada cuando los recorra mi espíritu durante sus viajes por los Tres Mundos.

A lo oscuro vuelve la oscuridad, porque ocultas deben permanecer las palabras que sólo una vez son escritas y nunca podrán ser dichas.

John acabó lanzando un hondo suspiro. Los tres oyentes hicieron un esfuerzo por abandonar el pasado y regresar al presente. Aunque costaba, todos pensaban, anonadados, en lo que acababan de oír. El letargo y el sopor se les habían pasado por completo o, por lo menos, ya no lo sentían tanto, otras emergencias o estímulos exteriores habían ocupado los receptores de sus sentidos expulsando a otras sensaciones orgánicas más perentorias, como pueden ser el sueño y el cansancio.

Esta vez el prudente y apocado Osama fue el primero que traicionó a sus pensamientos sacándolos a la luz:

—¡El Arca es un arma! —exclamó entre temeroso y admirado.

—Eso parece —respondió John bastante más calmado que el oficial egipcio.

El inglés empezó a repartir unas cuartillas entre sus tres compañeros de expedición.

—Esta vez sí he tenido tiempo de imprimir el texto —aclaró mientras procedía a la distribución de la última parte del testamento pétreo de Sheshonk.

—Pero, ¿qué clase de arma? —volvió a inquirir un Osama testarudo y excitado.

—Mejor analicemos el relato desde el principio, hay cosas muy interesantes que podemos pasar de largo si no reparamos en ellas —le calmó John.

El teniente se conformó con la velada reconvención y volvió a su aptitud de oyente pasivo, aunque seguía pareciendo visiblemente intranquilo, demasiado para como acostumbraba a manejarse en las ya frecuentes y rutinarias reuniones de trabajo con los tres arqueólogos.

Alí cogió la cafetera y sirvió el negro líquido en todos los vasos menos en el de John, que aún permanecía casi sin tocar.

Marie temía los punzantes comentarios del europeo. Estaba ya meridianamente claro que la magia, auténtica o simulada, ocupaba un papel central en esta historia. Ya no podía atreverse a negar los hechos. Había sido un error creer que los antiguos eran tan razonables y tan poco esotéricos como ella. Mejor será, pensó, dejar a John que llevase el peso de la conversación.

El inglés, como si estuviese de acuerdo con las reflexiones de la francesa, empezó el análisis formal de un documento recuperado de un extravío milenario.

—El primer dato histórico de primera magnitud y desconocido hasta la fecha es la revelación de que Roboam es hijo en realidad de Nefiris, y sobrino, por lo tanto, de Sheshonk.

—¿En la Biblia no se revela esta genealogía? —preguntó Alí mientras escribía notas con un bolígrafo sobre su propia copia impresa del texto.

—En absoluto; es más, la contradice. En el Antiguo Testamento se especifica...

John extrajo el manoseado Libro Sagrado de la caja de Pandora de sus bolsillos.

—...que su madre era amonita y se llamaba Naamá —leyó el inglés cuando logró encontrar la página indicada.

—¿Quiénes eran los amonitas? —interpeló Marie que se obligó a participar por lo menos en la conversación.

—Eran un antiguo pueblo semítico que habitó entre el desierto sirio y el río Jordán —contestó John—. De hecho, la actual capital de Jordania, Ammán fue un primitivo asentamiento amonita, como pone de manifiesto el gentilicio. Este pueblo sostuvo continuas guerras con los israelitas hasta que el rey David, padre de Salomón, los sometió completamente y los subyugó a una severa esclavitud y absoluta dependencia de Israel.

—Así que la historia se repite —pensó en voz alta Osama aludiendo a los actuales enfrentamientos entre el Reino de Jordania y el Estado de Israel.

—Cada generación repite la anterior, somos seres humanos distintos de los que vivieron antes que nosotros, pero el sol y la luna son los mismos astros que recorren una idéntica Tierra —improvisó John a modo de aparatosa confirmación de la sospecha del egipcio.

—¿Eso quiere decir que, según el Antiguo Testamento, el descendiente de Salomón era hijo de una esclava? —observó una Marie a la que no le cuadraba mucho el dato histórico proporcionado por la Biblia.

—Eso es lo curioso —declaró John también extrañado—. De entre las 700 esposas y 300 concubinas que mantenía el rey Salomón para su exclusivo solaz y disfrute, es raro que el sucesor elegido fuese hijo de una simple amonita, más si tenemos en cuenta que a Roboam tampoco le destaca la Biblia precisamente por su fuerte personalidad, más bien era bastante apocado y poco inteligente.

—Luego la afirmación de Sheshonk de que era realmente hijo de Nefiris y que los sacerdotes hebreos falsificaron su ascendencia cuando la reina huyó de Jerusalén... —empezó a hilar Marie.

—...puede ser razonablemente cierta —terminó John.

—Al final todo se sabe —solemnizó con poca gracia Alí.

—Lo lógico es que, entre tanto descendiente —continuó el inglés sin hacer caso del banal comentario del egipcio—, el heredero tenga sangre real por ambas partes, tanto del padre como de la madre. Roboam, como hijo de Nefiris, princesa de Egipto, y Menelik, como hijo de la reina de Saba, debían tener todas las papeletas para suceder a Salomón después de su muerte.

Marie estaba segura de haber oído de otros labios el familiar nombre de Menelik, y debía haber sido hacía bastante poco. Se sirvió otro vaso de negro café para intentar despejar su mente de las caliginosas brumas del olvido.

John continuó con sus conjeturas.

—Es sorprendente también la mención que hace Sheshonk sobre el peregrinaje que hace posteriormente Menelik al sur de Egipto.

—¿Por los *Falashas*? —declaró atinadamente Alí.

—Exactamente —ratificó John con una sonrisa de reconocimiento.

—¿Quiénes son los *Falashas*? —preguntó con premura Marie creyendo que, si seguía atentamente la conversación entre sus dos compañeros, recordaría la última vez que había escuchado el nombre de Menelik.

Esta vez fue el conservador del Museo de El Cairo, adelantándose a John, quien resolvió las dudas de la francesa.

—Es un antiguo y pequeño pueblo de religión judía que está asentado en el norte de Etiopía, lo que antiguamente era el sur del Egipto faraónico o la región de Kush —dijo con una sonrisa de condescendencia—. Nadie sabe su procedencia, aunque se supone que es muy antigua. Aunque muchos de ellos se convirtieron al cristianismo, igual que hicieron sus primos coptos, después de las persuasivas predicaciones de los apóstoles posteriores a la muerte de Jesucristo, un reducido grupo permaneció siempre fiel al judaísmo y a la estricta ley de Moisés. Casi todos los judíos etíopes que quedaban han emigrado al Estado de Israel en los últimos veinte años huyendo de la miseria africana.

—Si no recuerdo mal —le interrumpió John—, los *Falashas* siempre han mantenido que sus orígenes estaban en el mismísimo rey Salomón y su hijo Menelik.

—Sí —coincidió Alí—, ese es el origen mítico que se dan a sí mismos, hasta ahora nadie sabía el por qué de tan descabellada suposición.

—Vaya, pues parece que supieron guardar el recuerdo de su procedencia inalterado durante bastantes decenas de siglos —se admiró el inglés.

Súbitamente Marie recordó dónde había escuchado el nombre de Menelik. ¡Había sido durante su conversación con el Cardenal Carlo María Manfredi! ¡Y hablando de los templarios!

Sí, ahora lo recordaba nítidamente, el Cardenal le había contado como los Caballeros del Temple habían recorrido esas ignotas tierras africanas en su sempiterna búsqueda del Arca de la Alianza. Parece que sus pesquisas no eran tan insensatas ni iban tan desencaminadas después de todo.

Marie prefirió guardarse el dato. No estaba dispuesta a introducir a los místicos Templarios en un debate que bastante complejo y sobrenatural se mostraba ya.

—Bueno, dejando aparte a Menelik y sus tribulaciones —prosiguió John—, Sheshonk decidió intervenir en la política interior israelí para defender los intereses de su sobrino Roboam, aunque éste desconociese por completo su doble ascendencia real.

John cogió el libro y dio lectura a otro de los pasajes que traía previamente marcados:

Por eso, en el año quinto del rey Roboam subió Sisaq, rey de Egipto, contra Jerusalén —por haber prevaricado contra Yahvéh—, con mil doscientos

carros y sesenta mil jinetes, y con un ejército innumerable que vino con él de Egipto: libios, sukíes y etíopes. Se apoderó de las ciudades fortificadas de Judá y llegó hasta Jerusalén.

(2Cró 12, 2-4)

Osama, vio la oportunidad de regresar al asunto que le interesaba y no la dejó escapar.

—Parece que Sheshonk, Nefiris y Yeroboam temían un enfrentamiento directo con los hebreos, ¿no es así? —solicitó el militar disimulando su creciente fascinación.

—Pues eso parece —convino el inglés—, según las propias palabras de Sheshonk, Nefiris quería evitar a toda costa un enfrentamiento directo porque el Arca debía ser un arma irresistible, capaz de poner en fuga un ejército incluso bastante superior al que por entonces poseían los egipcios.

—¿Por qué tanta precaución? ¿Qué es lo que temían del Arca? ¿Qué clase de arma podía ser? ¿De defensa o de ataque? —Osama no acababa de formular una pregunta cuando otra era empujada a salir de las cavernas de su garganta.

—No tengo ni idea del tipo de amenaza que suponía el Arca para un ejército entrenado como el del faraón —reconoció John—, aunque estas nuevas inscripciones dan alguna pista más a lo que ya se sabía sobre ella.

—¿Qué es lo que se sabía sobre el Arca? —preguntó de nuevo un Osama que se estaba poniendo bastante inquisitivo.

—Se sabe sólo lo que establece la Biblia —dijo el inglés algo críptico para prolongar el suspense.

Pero John sabía que pronto el militar sería complacido en sus vehementes requerimientos de información, porque era una pregunta de la que tenía ya preparada la respuesta de antemano, muy bien preparada.

La sugerencia de Sheshonk de que el Arca fue un instrumento para vencer a los enemigos no era ninguna novedad para cualquier conocedor de la Biblia. Los ejércitos de Israel siempre llevaban el Arca de la Alianza a las batallas, con el claro objetivo de que el parcial Yahvéh les ayudase a derrotar a los contrincantes con su excelso poder. Aunque nunca se supo si meramente era un amuleto o talismán que daba suerte y fuerza moral a los hebreos o, verdaderamente, había algo más.

Al mismo tiempo, había otro detalle que siempre llamó la atención de los estudiosos: no podía cargar con el Arca cualquier persona, ni siquiera el sagrado objeto podía ser tocado por alguien ajeno a la clase sacerdotal levita, si esto ocurría el sujeto en cuestión caía fulminado inmediatamente.

Con todo lo que había desentrañado de la biografía de Sheshonk, a John ya no le cabía ninguna duda en las sospechas que llevaba madurando durante todos estos días: el Arca era un arma de gran poder, y de un poder material, no meramente religioso o

espiritual.

El inglés se había quedado igual de perplejo que Osama con las nuevas revelaciones de Sheshonk en las que se refería, sin lugar a dudas, que el Arca era un artilugio que se usaba como ingenio de guerra y, como buen investigador, había recopilado, después de terminar con la traducción y antes de salir del camión para cenar, todos los pasajes que había podido encontrar en la Biblia que mencionaban algo de este complicado asunto.

Maquinalmente, John sacó otra hoja de uno de sus bolsillos. El folio mostraba un buen número de párrafos cuidadosamente anotados.

El inglés creyó que era el momento indicado para satisfacer la declarada curiosidad de Osama y, también, la de Alí y Marie que, aunque no la revelaban, de igual forma sentían el mismo cosquilleo.

John pasó a leer, sin ningún tipo de aviso o advertencia a sus compañeros, varios párrafos del Antiguo Testamento.

Cuando el Arca se ponía en marcha, decía Moisés: Levántate, Yahvéh; que tus enemigos se dispersen, y huyan de tu presencia los que te odian.

(Núm 10, 35)

Llegaron los filisteos y se desplegaron por el valle de Refaím. Entonces David consultó a Yahvéh diciendo: ¿He de subir contra los filisteos? ¿Me los vas a entregar en mis manos? Yahvéh respondió a David: Sube, porque ciertamente te los voy a entregar en tus manos. Fue, pues, David a Baal-Perasim y allí los derrotó. Exclamó entonces David: Yahvéh ha abierto una brecha en mis enemigos delante de mí como brecha que abren las aguas.

(2Sam 5, 18-20)

No subáis, porque Yahvéh no está ya en medio de vosotros; no os expongáis a los ataques de vuestros enemigos. Porque los amalequitas y los cananeos están ahí, ante vosotros, y caeréis a espada, porque os habéis apartado de Yahvéh, y Yahvéh no estará ya más con vosotros.

Ellos, sin embargo, se obstinaron en subir a la cumbre de la montaña; pero ni el Arca de la Alianza de Yahvéh ni Moisés se movieron de en medio del campamento. Los amalequitas y los cananeos que habitaban en aquella montaña, bajaron, los derrotaron y les hicieron huir a la desbandada hasta Jormá.

(Núm 14, 42-45)

John calló. El silencio era total; fuera, en el desierto, tampoco se oía el más leve

sonido que rompiese la dramática pausa que imprimió el británico antes de volver a retomar la palabra.

—Bueno, no he podido revisar toda la Biblia, no he tenido tiempo material, pero creo que con estos pasajes que he encontrado queda puesto de manifiesto que el Arca servía para que las fuerzas enemigas se dispersaran —interpretó el detective—. Parece que actuaba abriendo una brecha en sus filas y que, cuando el Arca no era llevada al campo de lid, los israelíes eran indefectiblemente derrotados. Además, por esa época se conocía al dios de los hebreos con el revelador apelativo de *Yahvéh Sebaot*, que significa *Señor de los Ejércitos*.

—Las huestes de otros tiempos, si algo les provocaba pavor —empezó a decir Osama haciendo gala de sus conocimientos castrenses—, huían en desbandada tirando las armas y dejando a sus jefes abandonados a su suerte; eso aunque el adversario fuese inferior en número o fuesen venciendo claramente en la contienda. Ahora los soldados estamos curados de espanto, pero en la antigüedad la sorpresa era un factor ciertamente desequilibrante, sobre todo en tropas poco entrenadas y procedentes de entornos campesinos.

—Estoy de acuerdo con esa tesis —admitió John—, supongamos por un momento que el Arca podía muy bien producir un gran terror, sobre todo en soldados que fuesen cogidos desprevenidos, hasta hacerles abandonar su puesto en la formación. ¿No?

—Exacto —declaró el teniente—, mantener las filas alineadas era vital si se quería ganar cualquier batalla antigua, el desorden era sinónimo de derrota.

John miró a Alí y Marie que, aunque no decían nada, parecían seguir atentamente el desarrollo de la discusión entre el detective y el militar.

—Entonces nos queda saber cómo se infundía ese terror, ese pánico, porque no creo que ver a dos o cuatro hombres con un arcón a cuestas fuese suficiente para ahuyentar a los supuestamente bregados combatientes —manifestó el inglés.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Marie con algo de sorna porque estaba totalmente segura que John ya tenía preparada alguna hipótesis de antemano.

—Meras suposiciones —reconoció—. Os voy a leer otro par de fragmentos y huelga decir ya de dónde los he sacado.

John cogió de nuevo entre las manos el mismo trozo de papel que había usado antes y donde había apuntado apresuradamente numerosos versículos de la Biblia.

El día que se erigió el tabernáculo, la nube cubrió el tabernáculo, la tienda del testimonio, y desde la tarde hasta la mañana estuvo sobre el tabernáculo como un fuego. Y así era diariamente: la nube lo cubría [de día], y de noche parecía como de fuego. Cada vez que la nube se alzaba de encima del tabernáculo, los hijos de Israel poníanse en marcha; y en el lugar donde se

paraba la nube, allí acampaban los hijos de Israel.

(Núm 9, 15-17)

Han sabido que tú, Yahvéh, estás en medio de este pueblo, al que te manifiestas cara a cara; que tú eres Yahvéh, cuya nube se posa encima de ellos, que tú vas delante de ellos, de día en columna de nube y de noche en columna de fuego.

(Núm 14, 14)

John dejó caer el arrugado papel de sus manos. De nuevo el silencio se hizo patente.

—Esta nube —dijo rompiéndolo la pausa— que salía del Arca y acompañaba a los hebreos como muestra fehaciente de que su dios estaba con ellos, bien podría haber causado un efecto de alarma y espanto entre gentes no acostumbradas a presenciar semejante fenómeno sobrenatural.

—Es una explicación bastante plausible —admitió Marie.

—¿Crees que los sacerdotes eran capaces de provocar esa nube? —preguntó Alí.
—Sí, creo que eran capaces de eso y de mucho más —contestó el inglés lanzando un suspiro.

—¿A qué te refieres? —interpeló de nuevo el egipcio.

—Bueno... —John titubeó por un momento—, aparte de que la Biblia cuenta cómo con el Arca a cuestas se podían cruzar caudalosos ríos a pie enjuto y cómo se podían derrumbar murallas de ciudades fortificadas...

—¡Podían derrumbar murallas! —exclamó Osama interrumpiendo el hilo de pensamientos de John.

—Sí —reconoció John si bien no quería tocar ese espinoso tema—, pero no sé cómo lo lograban, parece que se ponían a dar vueltas con el Arca alrededor de los muros y éstos se desplomaban por su propio peso al cabo de pocos días y al clamor de las trompetas.

—Pues sí que era poderosa el Arca —supuso Osama que nunca había oído referir semejantes hazañas.

—Eso parece, pero lo que yo quiero hacer notar —dijo el inglés volviendo a retomar su argumento original—, es que aparte del pánico que pudiese provocar una inesperada y densa nube de humo, podría haber algo más, algo notoriamente más peligroso para los soldados enemigos, algo que de verdad les hiciese necesaria la huida si no querían morir.

Marie perdió la paciencia, el café le había reconfortado bastante y casi había olvidado el cansancio del ajetreado día, pero no sabía cuándo iba a ser definitivamente doblegada por el sueño. Aunque seguía atentamente las ilaciones de

John, se notaba que estaba un poco espesa, sin ánimo para ejercer el derecho de réplica brioso y contundente que acostumbraba. Quería, en suma, que John abreviase, aunque reconocía que el inglés no tenía toda la culpa, que era Osama quien le entretenía con sus continuas interrupciones.

Marie olvidó los primeros propósitos de calma y autocontención que se había autoimpuesto al principio de la conversación.

—¡Venga John, suéltalo ya! —soltó en forma de exabrupto.

El inglés no hizo mucho caso de la inconveniencia, como hacemos con las salidas de tono de los amigos con los que tenemos gran confianza, pero Alí miró alarmado por un segundo a la francesa, no le gustaban nada esas familiaridades, aunque fuese entre conocidos colegas.

—Está bien, está bien, ya voy —dijo como disculpándose con Marie por su tardanza.

Hizo una pausa para dar adecuado empaque a sus palabras.

—Opino que en el Arca, o en esa nube producida por ella, había algo tóxico o venenoso que podía causar alguna grave enfermedad, o directamente la muerte, a quien entrase en contacto con ella sin estar autorizado o debidamente inmunizado.

Osama se quedó petrificado, no podía creerlo: ¡El Arca era un arma química o bacteriológica! ¡Era un ingenio que lanzaban los judíos contra los enemigos para acabar con ellos! Porque desde luego, él, musulmán aunque poco practicante, no podía pensar que realmente era el propio Dios quien se tomaba personalmente la molestia de ayudar a los israelitas a resolver sus perennes problemas con sus vecinos.

La voz monocorde de John interrumpió la rápida cadena de pensamientos del militar. El inglés había empezado a recitar más fragmentos de las Sagradas Escrituras de judíos, ortodoxos, católicos, protestantes y anglicanos, entre otros.

Al llegar a la era de Nakón, tendió Uzzá la mano hacia el Arca de Dios para sostenerla, porque los bueyes casi la volcaban. Entonces la ira de Yahvéh se encendió contra Uzzá y Dios lo mató por aquella falta. Allí mismo murió junto al Arca de Dios.

(2Sam 6, 6-7)

Pero los hijos de Yekonyá no se alegraron con las gentes de Bet-Sémes cuando vieron el Arca de Yahvéh, por lo que hirió Yahvéh a setenta hombres de entre ellos. El pueblo hizo duelo, por haber herido Yahvéh al pueblo con tan gran castigo.

(1Sam 6, 19)

—Estos fragmentos —comentó el inglés—, aunque sé que alguno me puede

criticar que los saco de contexto, muestran que sólo con tocar el Arca, o con mirarla, se podía alcanzar la muerte de manera fulminante. Normalmente sólo los levitas, y no todos, podían transportar y manipular el santificado objeto, así que había algo que la protegía de impuros contactos.

—Realmente John —expresó Marie aparentando neutralidad—, no me parece que tengas unas pruebas muy sólidas, aunque la teoría que has montado para explicar las aseveraciones que hace Sheshonk en esos jeroglíficos reconozco que está bastante bien construida, a mí no se me ocurre otra mejor.

—A mí tampoco —reconoció Alí.

—Si no soy más convincente es porque tal vez haya escogido mal los pasajes, como ya he dicho no me ha dado mucho tiempo a recorrer las Escrituras exhaustivamente; pero, creedme, lo que puedo recordar de la época en la que leí la Biblia es que el Arca es un artefacto de poder tal que si no fuese porque es divino sería descaradamente diabólico.

Osama no decía nada, pero sus ojos enardecidos y la fija mirada que hincaba en John denotaban que a él sí le habían convencido los argumentos del inglés. Se le veía claramente turbado, como cuando le cuentan a un niño un cuento de excesivo terror.

John, que por su posición en la mesa no podía reparar en el semblante del militar si no giraba la cara, siguió escudriñando en su memoria.

—Recuerdo también que los filisteos, un pueblo asentado en Cisjordania, lo que es hoy la franja de Gaza, y enemigo acérrimo de los israelíes desde tiempos remotos, en una ocasión lograron arrebatarse el Arca a los hebreos.

—¿Y qué paso?

—Pasó que tuvieron que devolverla al cabo de poco tiempo, a todo el que entraba en contacto con el Arca le brotaban inmediatamente extraños tumores por todo el cuerpo hasta que moría irremisiblemente. Los filisteos devolvieron el receptáculo de Yahvéh espantados. Si queréis puedo buscar el pasaje exacto...

—No, no te molestes John, no hace falta —se apresuró a rogar Marie.

—¿No estarás sugiriendo que el Arca era radiactiva? —propuso Alí mucho más embutido en la conversación que su compañera francesa y sin ningún miedo a exteriorizar especulaciones que llegasen hasta las últimas consecuencias.

—No, eso sería imposible, a no ser que dentro hubiese algún meteorito.

John pensó un poco mejor lo que acababa de decir.

—Y ni aun así —corrigió—, los efectos de la radiación no se sentirían tan rápidamente como se nos cuenta en la Biblia.

Osama había empezado a sudar y eso que la noche era tan fría como todas las que ya habían pasado en el desierto. Se sacó un pañuelo para limpiarse disimuladamente las gotas que ya se deslizaban por su frente.

—Entonces... —requirió impaciente Marie para que John lo soltara de una vez,

fuese lo que fuese lo que estaba pensando.

—Bueno —certificó el agente de Scotland Yard—, creo que la declaración de Sheshonk nos proporciona las señales suficientes como para seguir otra conjetura cronológica y sociológicamente más acorde con aquellos lejanos días.

Todos recogieron de la mesa los papeles con la ya olvidada traducción de las palabras del faraón que les había pasado amablemente el inglés. Empezaron a rebuscar algún párrafo que les adelantase alguna suposición.

Si bien a Marie no le hizo falta hacerlo, sólo con mirar la sonrisa que John dibujaba en su cara mientras la miraba fijamente, satisfecho, aunque con evidentes esfuerzos por intentar conducirse de manera más circunspecta, supo cuál sería su próxima parada.

—¡La magia! —gritó Marie dándose una palmada en el muslo y sin poder evitar un espléndido mohín, entre divertido y enfadado, dirigido al inglés.

—Como ya he dicho en alguna ocasión —declaró John—, en los tiempos primigenios magia y religión iban inextricablemente unidas, pero hay una cosa que nos sirve para distinguir a ambas.

—¿Las túnicas de los oficiantes? —preguntó Marie un tanto desconsideradamente.

—Ambas eran ramas de la misma disciplina, la que buscaba manipular la naturaleza para que ésta se plegase a las ambiciones y pretensiones del hombre —dijo John haciendo oídos sordos a la burla de Marie—; pero, si la magia usaba conjuros y fórmulas directas y concretas para obligar a los dioses a cumplir con los deseos del mago, la religión solamente esperaba convencer a la divinidad mediante las plegarias y rezos de sus sacerdotes.

—No veo muy bien la diferencia que pregonas —farfulló Marie.

La francesa no podía evitar perder la calma en cuanto el tema de la magia aparecía en escena, y eso a pesar de que se había propuesto ser más comprensiva habida cuenta de las manifiestas afirmaciones de Sheshonk que, por mucho que las racionalizase su compañero, para ella eran fruto de la más pura superstición e ignorancia.

Como siempre, John no se sintió ofendido por las perennes interrupciones de Marie e intentó contestarla con la paciencia infinita de los tímidos.

—Los magos pensaban que podían dominar a Dios, los sacerdotes solamente aspiraban a persuadirlo —resumió el detective.

—Ya lo entiendo, los hechiceros creían poder variar el curso de los acontecimientos, controlar la naturaleza, someterla, haciendo uso exclusivamente de sus propios saberes y poderes mágicos —propuso Alí saliendo en ayuda del inglés antes que Marie lanzase su siguiente invectiva.

—Sí, algo así —avaló John—. Con la magia el hombre dependía de sus propias

fuerzas, de su propia inteligencia para hacer frente a las dificultades y peligros que le amenazan a cada paso que daba; con la religión estas dificultades estaban en manos de seres superiores, divinos y sobrehumanos, contra los que nada podía hacer el ínfimo poder del hombre, que se tenía que conformar únicamente con suplicar a estos entes para que no le hicieran ningún daño ni le causasen ningún problema. Pero, ya he dicho que estas dos facetas estaban antes muy mezcladas, los sacerdotes eran magos y los magos sacerdotes, igual que les rezaban también trataban de engañar y encadenar a los dioses. Sólo posteriormente se separaron ambas ramas.

—¿Cómo se separaron? —martilleó Marie intentando pillar a John en alguna contradicción.

—Bueno —dijo el inglés—, las religiones mayoritarias de todo el mundo son totalmente dóciles y sumisas con respecto a la voluntad de Dios, actualmente están exentas de toda magia, de todo intento de cambiar el orden natural establecido por la divinidad, todo está bien porque así lo quiere Dios.

—Así que la magia ha desaparecido completamente y al final ha ganado la religión —supuso Alí.

—¡No, qué va! —exclamó John alzando las manos sobre su cabeza—. La magia se ha transformado, pero sigue entre nosotros, ahora se la conoce con otro nombre.

John se calló esperando la pregunta.

—¿Qué nombre? —dijo alguien.

—La ciencia —contestó.

Los ojos de Marie empezaron a lanzar chispas que no llegaban a tocar a John porque éste las esquivaba hábilmente mirando hacia otro lado. Lástima que no pudo sortear también sus diatribas.

—¡Pero de qué estás hablando ahora John! ¡Nos estamos yendo del tema! ¡A qué vienen ahora esas absurdas teorías!

—No te enfades —intentó tranquilizarla el inglés—, tan solo trataba de haceros ver que los sueños de la magia, en cuanto a intentar manipular el orden material y conseguir cosas que estaban reservadas a los dioses, son ahora certeras realidades en la ciencia moderna.

—¡Venga ya, estás desvariando! —zanjó Marie.

Alí no comprendía por qué la francesa se mostraba tan abiertamente hostil con John, aunque había algo raro en esa hostilidad, algo que la desmontaba, que no daba miedo, como una pistola sin balas, o un cohete con la pólvora mojada.

Hacía ya un rato que el conservador del Museo de El Cairo intentaba intercambiar alguna mirada con su compatriota, pero el teniente no podía quitarse de la cabeza la afirmación de que el Arca era un arma poderosa. Esperaba que los científicos le diesen más datos, pero no se atrevía a intervenir en unas especulaciones filosóficas en las que no terminaba de penetrar.

John cogió aire, él tampoco entendía los súbitos cambios de humor de Marie, tan pronto le iluminaba con su pelo rubio, sus ojos celestes y su pacífico rostro anaranjado, como le acosaba con sus demasiado insistentes objeciones. John se preguntaba si no sería que Marie, en el fondo, le odiaba por alguna cosa que él había hecho o dicho sin darse cuenta.

Y así era un poco, aunque no por lo que había hecho sino por lo que no hacía.

John, paciente como siempre, trató de recuperar el texto de Sheshonk y defender sus hipótesis ciñéndose más al tema como requería la rígida y severa directora de la expedición.

—Bueno, según el testimonio de nuestro faraón, Nefiris, además de sacerdotisa de varios cultos místicos y de dominar todas las artes mánticas y vaticinadoras de su tiempo: los augurios con los *urim* y los *thummin*, los sueños y la astrología; era, igualmente, toda una científica. Según Sheshonk, también estaba versada en otras artes más corrientes para nosotros, empíricos habitantes del presente, pero no menos pasmosas y ocultas en aquellos lejanos días del pasado: la astronomía, la historia, las matemáticas, la geometría, la medicina, la arquitectura y la química. Creo que hay que reconocer que Nefiris era una mujer de lo más completa.

Todos buscaron el párrafo que acababa de glosar el inglés y no tardaron en encontrarlo.

—¿Qué son los *urim* y los *thummin*? —se interesó extrañado Alí ya que era la primera ocasión en la que había oído mencionar esos extraños términos.

—Eran una especie de objetos que portaban los sacerdotes hebreos para usarlos como procedimiento de adivinación, otro más de los muchos que había por la época y que parece que interesó considerablemente a Nefiris si es mencionado en las paredes de esta tumba —explicó John abundantemente—. No hay muchos detalles en la Biblia sobre la naturaleza de esta técnica de predicción, pero parece ser que los *urim* y *thummin* eran unas piedras de colores que llevaban insertas en su pecho los clérigos judíos del más alto rango. Seguramente eran como mínimo tres, significando "sí", "no" y "no hay respuesta" o alguna otra cosa parecida. Lo más probable es que el sacerdote hiciese algún tipo de operación con ellas para contestar a las cuestiones que se le fuesen presentando o para emitir augurios sobre los más diversos temas.

Marie, esta vez, no dijo nada porque no tenía ni idea sobre ese asunto y estaba empezando a avergonzarse de sus salidas de tono anteriores, así que John continuó con su exégesis.

—En el texto de Sheshonk hay un par de referencias a la magia negra, ésta última bastante más intrusiva, manipuladora e inclinada a la utilización de métodos *contra natura*. La magia blanca creía que hombres y divinidades estaban sujetos a unas mismas reglas de juego que ambos debían respetar, pero los hechiceros más insolentes y audaces amenazaban incluso a los propios dioses con su destrucción si se

atrevían a desobedecerles.

—Vaya, pues sí que iban con poder por la vida —se asombró Alí.

—Pues en Egipto —aseguró John— abundaban este tipo de nigromantes, de ahí el numeroso panteón existente. Los colegios sacerdotales no dudaban en esgrimir sus facultades para enfrentarse a otros dioses rivales y dejar bien claro que el mago que tenía más poder era el que llevaba la razón.

—Vaya dioses más peleles —dijo Marie desdeñosa.

John la miró, curiosamente la francesa se sonrojó y apartó la mirada rápidamente, como arrepentida de lo que había dicho o del despectivo tono con el que se estaba dirigiendo a su compañero. Tan inquieta estaba que al recoger su café se le vertió un poco en la mesa. Tal vez los nervios venían del abuso de la excitante bebida pensó el inglés, que había visto como la francesa llevaba ya tres vasos consumidos.

—Antes los dioses no eran tan poderosos —dijo John sin perder su imperturbabilidad de ánimo—. De hecho eran la viva imagen de los hombres, con sus virtudes y sus defectos.

—Ahora comprendo porque en la antigüedad un hombre, más si era faraón, podía ser tenido por una auténtica divinidad —opinó Alí mientras se rascaba con ganas la cabeza.

—Sí, antes las esferas de lo divino y de lo humano estaban bastante más cercanas de lo que lo están ahora —reconoció John.

La conversación era muy reveladora e interesante y Marie empezaba a estar arrepentida de mostrar esos continuos arrebatos de niña malcriada que podían ser interpretados como meros celos profesionales por parte del resto de los oyentes. Ahora, rendida, se prometió que no volvería a interrumpir a John dijese lo que dijese.

—Una de las alusiones a la magia negra se refiere concretamente y curiosamente a la misteriosa reina de Saba —puso de manifiesto John mirando de reojo a la francesa—, una soberana y un país del que todo son conjeturas.

—Es extraño —dijo Alí con una mano en la barbilla—, en la tradición musulmana también se considera a la mítica reina de Saba como una consumada hechicera de la peor especie. Se la conoce con el nombre de Bilqis y las leyendas árabes también coinciden en que estuvo rondando al sabio rey Salomón, buscando sin duda casarse con él; pero los espíritus guardianes del monarca, para impedir que le sedujera con sus negras artes, le aseguraron que la pretendida reina escondía un secreto bajo su larga falda: que tenía las piernas cubiertas de pelo y que sus pies eran realmente pezuñas de asno. Por lo visto, ella misma se traicionó y reveló su velluda y equina condición al subirse las enaguas cuando confundió el reluciente suelo de la sala del trono de Salomón con un brillante estanque lleno de agua.

El tema de la reina de Saba era también apasionante, pero John prefirió no introducir más leña mágica al fuego no fuese que lo usaran para quemarle por hereje

bajo la férula del tribunal inquisitorio presidido por Marie.

—Bueno —continuó el inglés—, el caso es que Nefiris, menospreciando la feliz vida matrimonial que llevaba con su esposo en un Egipto pacificado, parece que ardía en deseos de volver a Jerusalén, no tanto para ayudar a su olvidado hijo Roboam como para llevarse los secretos del Arca, que siempre le estuvieron vedados por su condición de mujer en la machista institución sacerdotal hebrea.

—Sí, los instintos maternales no debían pesar mucho sobre ella, ya que al final Yeroboam se quedó con la parte del león del reino israelita —asumió Alí.

—Algo así dan a entender las inscripciones —admitió John—. Sea como fuere, a Nefiris le salió bien la jugada y conquistó Jerusalén con la ayuda de su marido, el faraón Sheshonk, que en esta segunda parte de su vida parece perder bastante protagonismo a manos de su hermana y esposa.

—Debía ser una mujer de armas tomar —determinó Alí.

El detective arqueólogo pasó la página de su traducción impresa, gesto que fue imitado por los otros tres contertulios.

—El siguiente paso de la reina fue acabar con todos los que conocían el secreto del Arca y llevársela consigo a Egipto, junto con el resto de los tesoros de Salomón. No me extraña que la tradición del Arca de la Alianza casi desapareciera totalmente de la Biblia a partir de esa fecha.

John emitió el último pensamiento más para sí mismo que para el resto de los oyentes.

Nadie dijo nada, así que siguió comentando la transcripción de los jeroglíficos, él también empezaba a sentirse bastante cansado ya, no quería ni mirar el reloj.

—Según estos escritos, Nefiris logró descubrir los secretos mágicos del Arca de la Alianza gracias a sus numerosos conocimientos y los utilizó, infructuosamente por cierto, con un ejército rebelde que se sublevó en el sur del país, una región que no debía estar muy apaciguada.

Éste era el momento que pacientemente había esperado Osama para intervenir, para sonsacar alguna información más a los arqueólogos, para aclarar los verdaderos poderes del Arca.

Si era cierta la hipótesis de John, sí el Arca ocultaba la fórmula, mágica o no, de alguna arma química o biológica, al egipcio se le acababa de complicar una misión que en un principio parecía ser una mera rutina. Trató de actuar con tacto.

—Nefiris era ciertamente poderosa, ¿pero tanto como para hacerse cargo del mando de un ejército entero? —comentó el teniente.

—Desde luego —sancionó John—, con el currículum que tiene Nefiris, debió ser una notable eminencia en su tiempo; además, según estos jeroglíficos, ha sido la constructora de esta tumba, incluidas todas sus trampas, no hay que olvidarlo.

—Y, esas tropas rebeldes, ¿quiénes eran? —preguntó Osama despacio, tratando

de llevar, poco a poco, a los investigadores al cenagoso terreno que quería pisar.

—Sin duda debían ser fuerzas protocusitas, nubios y etíopes —contestó de nuevo Alí—, quizá el germen de lo que luego fue la Dinastía XXV de Kush en el siglo VIII antes de Cristo. Por el año 1000 a. de C. debían estar todavía despertando a la civilización.

—Es curioso que Sheshonk y Nefiris condujesen a Menelik a esa provincia —comentó Marie en voz baja.

—A pesar de derrotarles no debían tenerlas todas consigo —opinó Alí que había escuchado la consideración de la doctora—, seguramente creyeron que si Menelik fracasaba en el intento de apaciguarlos se lo quitarían de encima de una vez por todas y que si, por el contrario, lograba asentarse en ese territorio contribuiría al proceso de colonización de su población, parece que fue más bien lo segundo que lo primero.

A Osama no le interesaba que los egiptólogos se enfrascaran de nuevo en sus eternas discusiones históricas sobre personajes que a él no le decían nada. Después de estudiar un momento la parte final de la traducción impresa que les había procurado John, contraatacó con otra pregunta.

—No comprendo muy bien la orden que dio Nefiris sobre el Arca cuando estaba en plena batalla con esos cusitas, ¿a qué se puede referir eso de desplegar el Arca que pone aquí?

Todos a una, volvieron a revisar los papeles. Esta vez fue John el que trató de despejar las incertidumbres del teniente. Antes de eso, intentó visualizar la escena descrita en las paredes de la tumba: cuatro veloces soldados con el Arca a cuestas, corriendo entre las filas enemigas y sembrando la más absoluta confusión allí por donde pasaban, tanta como para hacer retroceder a un ejército entero de rudos combatientes. Era difícil de imaginar, pero avanzó una respuesta acorde con lo que ya había propuesto antes.

—Creo —dijo el inglés algo titubeante—, que con lo de desplegar el Arca el texto se refiere a armarla, a manipularla para que algún humo envenenado saliese de ella. Luego los cuatro infantes, posiblemente con máscaras o inmunizados al veneno, se ocupaban de que las tropas enemigas respirasen esas nefastas bocanadas de gas.

John dejó de hablar.

Era increíble que unos hechos tan antiguos se hubiesen producido de una manera tan prodigiosa. Todos trataban de pensar, pero a nadie se le ocurría una alternativa a las hipótesis del inglés que, al mismo tiempo, casase con lo narrado por Sheshonk.

Ante el silencio, más silencio. Hasta que alguien se atrevió a romperlo.

—¿Y ese Shu que menciona el texto? —preguntó de improviso Osama—. ¿Quién es?

—¡Ah! Es cierto, teníamos que haber supuesto que tú no tienes por qué saber quién es Shu —respondió precipitadamente John—. Es el dios egipcio del aire, del

viento, el cuarto principio, la cuarta trampa que seguro nos espera ahí abajo.

Alí, a pesar que el cansancio le daba poco margen para sentir otras emociones, se intranquilizó y se conmovió visiblemente en cuanto John mencionó la palabra "trampa".

El inglés, ajeno a las congojas del conservador, continuó tratando de explicar a Osama la parte que no entendía del relato.

—Lo que quiere decir Sheshonk aquí es que Shu, el viento, cambió de repente y la nube de Yahvéh cubrió al ejército de Nefiris haciendo una buena escabechina entre los soldados egipcios. La victoria de Nefiris fue ciertamente pírrica.

—Entonces, ¿es probable que también nosotros nos encontremos con Shu en la tumba de Sheshonk? —dijo Osama con algo de temblor en la voz.

—Seguramente, pero antes tendremos que ocuparnos de Tatenen y terminar de penetrar en su trampa de tierra —respondió el europeo.

Marie y Alí, al igual que John, también sabían lo de Shu y también habían imaginado que esta deidad estaría relacionada con el cuarto principio y la, hipotética, cuarta trampa.

Shu, en el panteón egipcio, personificó tradicionalmente al viento y a las nubes, a la atmósfera que se encuentra entre el cielo y la tierra, a la respiración y al último aliento del difunto. Se le consideraba responsable de todos los fenómenos meteorológicos y era el dios sustentador de la bóveda celeste. Solía representársele como un hombre que lleva en la cabeza una pluma de avestruz o como un hombre con cabeza de león en su manifestación animal. Era un dios bastante hostil para con los seres humanos, como refrendaba la fiera bestia con la que se le acostumbraba a relacionar.

—Creo que no estaría de más conseguir unas máscaras antigás —propuso Osama muy en su papel de jefe de logística del campamento.

—Pues sí, creo que es una estupenda idea —opinó Marie—, más vale que estemos prevenidos.

—Mañana iré a por ellas a El Cairo —afirmó el oficial que era incapaz de sacudirse la mirada severa y el semblante rígido, cariacontecido, que había exhibido durante toda la noche.

John se levantó y abrió la puerta de la tienda para tirar el café, ya frío, que casi no había probado. Todos aprovecharon ágilmente la pausa parlamentaria inducida por el movimiento del inglés para dar por finalizada la reunión. Era muy tarde y todos estaban física y mentalmente agotados.

—Parece que has traído la lección muy bien aprendida —dijo Marie, mordaz, poniendo una mano en el hombro de John para palmearle la espalda mientras salían ambos de la tienda cocina.

—Hago lo que puedo y no creas que es fácil imaginar tantos disparates. La

verdad, no se me ocurren explicaciones mejores y tú no me ayudas mucho — contestó el inglés defendiéndose.

John pensó, algo molesto, que los papeles que se habían autoadjudicado la francesa y él mismo al comienzo de la expedición, él de sarcástico incrédulo y Marie de seria y cabal cabeza pensante del yacimiento se habían invertido casi por completo en los últimos días. Ahora la escéptica irreverente era su compañera y él más parecía un viejo profesor, fastidiado por la insensatez de sus alumnos, que el descreído detective que solía huir de cualquier responsabilidad que pudieran encomendarle como del fuego del infierno.

John no acertaba a saber cómo se había producido tan increíble fenómeno de intercambio de personalidad.

Marie, por su parte, era totalmente consciente de que descargaba con demasiada aspereza sus críticas sobre John, y no precisamente porque las teorías del inglés le pareciesen descabelladas o poco acertadas, sino porque quería que algo se moviese en él, que perdiese los nervios, que discutiese, que se sintiera provocado, que la insultase; cualquier cosa menos sufrir la aparente indiferencia y ataraxia que le mostraba.

—¿Por qué te metes tanto conmigo? —preguntó atolondradamente el inglés antes de dirigirse a dormir y ya cuando Marie se encaminaba cabizbaja hacia su tienda.

Marie se quedó parada y tardó en darse la vuelta para contestar, quizá porque no sabía qué decir.

—No te enfades John —acertó a decir Marie a su compañero—. Solamente son bromas, respeto enormemente tu trabajo y tus esfuerzos, eres uno de los mejores traductores de jeroglíficos que he conocido y, además..., te quiero mucho.

Marie, sin esperar respuesta, se giró rápidamente sobre sus talones desplazando una gran cantidad de arena con sus zapatillas de deporte y se dirigió rápidamente a refugiarse en su saco de dormir.

Las últimas palabras que había pronunciado no venían mucho a cuento en ese contexto, pero las dijo porque estaba deseando decirlas.

John también se sobresaltó al oír una afirmación tan intensa y potente introducida en lo que parecía una simple disculpa protocolaria. La última frase de Marie se le había metido muy dentro, tanto que ya nunca podría sacarla.

Ambos se fueron a dormir, confusos.

Fuera no se oía nada y se veía menos, algunas de las bombillas instaladas en el campamento ya se habían fundido o estallado por los bruscos cambios de temperatura. Nadie se había ocupado de sustituirlas, lo que dejaba el lugar en una inquietante penumbra. Parecía que la negra boca del desierto iba a tragarse todo el recinto de un momento a otro. Tampoco se divisaba a los vigilantes, seguramente instalados cómodamente en algún coche o en el camión, ya ni Osama se preocupaba

por ellos, parecía tener en mente cosas más urgentes.

En su cubil, el teniente Osman temblaba, temía y pensaba, todo a la vez. Si lo que los arqueólogos habían dicho en la reunión era cierto, y Osama, que les otorgaba un gran crédito, no lo dudaba ni por un momento, el Arca había pasado, en un segundo, de ser un inofensivo vestigio arqueológico a ser un artilugio verdaderamente peligroso, más si caía en manos indebidas.

Mala suerte, no le quedaba otro remedio que llamar a su superior, el coronel Yusuf al-Misri, y contarle las últimas noticias procedentes de un parte de guerra de hacía 3.000 años. Mañana lo haría, hoy ya era muy tarde.

Si el Arca encerraba en sus entrañas el secreto de una fórmula química para acabar con un ejército entero en pocos minutos, el asunto se transformaría en un expediente de seguridad nacional. Osama ya lo estaba viendo, los paranoicos generales y funcionarios del Ministerio de Defensa Egipto temiéndose lo peor y queriendo averiguar si la toxina podría ser aprovechada para enriquecer sus propios arsenales nacionales.

Las armas químicas y bacteriológicas estaban prohibidas terminantemente por la Convención de Ginebra y por una decena de tratados más, que seguramente había refrendado su país con pluma de oro, pero eso no importaba mientras no se enterase la opinión pública. En todos los sitios funcionaba igual, prohibida la producción y acumulación de armas biológicas, pero no la investigación de las mismas, añagaza que servía para que todos los compromisos internacionales de no proliferación se convirtiesen en inútil papel mojado.

Y no quería ni pensar en lo que pasaría si se enteraba Israel, una nación que había tenido el impudor de fabricar armamento atómico a espaldas de sus propios ciudadanos. Seguro que darían medio presupuesto de defensa por enterarse del arma que les había procurado su dios Yahvéh en sus difíciles primeros tiempos de aventuras por el desierto.

¡Lo que faltaba, que los árabes tuviesen que pelear contra armas divinas además de contra las mundanas que ya le procuraba abundantemente Estados Unidos!

Osama Osman acababa de entrar en el ojo del huracán; estaba en el filo del cráter de un volcán a punto de erupción; nadaba en un mar sacudido por la agitación de un terrible maremoto; se veía sentado en medio de una ciudad, mirando como los rascacielos se derrumbaban alrededor suyo, estremecidos por un terrible seísmo.

Hoy no podría dormir.

12

Todos los días sale el sol. Hoy no era una excepción, pero parecía que los cuatro miembros de la expedición no tenían mucha intención de saludar a Ra, al menos no por el momento. Sus tiendas permanecían con la cremallera cerrada, aunque el efecto de los rayos de la cercana estrella sobre las desprotegidas lonas era parecido al que podía sentir un pollo dentro de un horno microondas.

Fueron los trabajadores los que despertaron a los investigadores, y lo hicieron con el estruendo que armaron al descargar el nuevo material comprado para apuntalar el difícil agujero oblicuo que les habían mandado excavar.

Osama, que había sido incapaz de conciliar el sueño hasta muy avanzada la madrugada fue el primero en asomar su sudorosa cabeza por la puerta de la tienda, al cabo de diez minutos fue imitado por los otros tres expedicionarios.

El desayuno fue más fuerte de lo acostumbrado, cosa que John agradeció. Leche, café, té moruno, pastas, bollos de azúcar, de chocolate, panecillos, mermelada, mantequilla, había de todo, aunque el único que se atrevió a meter la mano en todos los platos fue el británico.

Los *fellah* y sus jefes desayunaban todos juntos a la puerta de la tienda comedor, en el interior no cabía tanta gente, así que el que quería algo iba dentro y lo cogía para comérselo fuera. Hacía una ligera brisa que mitigaba la leve mordedura del sol mañanero.

Osama comunicó a todos que esa mañana cogería un todoterreno y se acercaría a El Cairo a comprar material. No dijo de qué tipo, pero Marie, Alí y John ya sabían que no podía ser otra cosa que las máscaras de gas. Prefirieron no decir nada para no alarmar a los trabajadores, bastantes cosas insólitas estaban viendo ya en esa excavación.

Marie terminó de desayunar y empezó a ejercer de directora de la pista de circo. Todo seguiría como el día anterior, los mismos hombres harían las mismas cosas, con la salvedad de John, que sustituiría a Osama en su función de apuntalar el pasadizo.

Cada cual se dirigió a su puesto, unos más rápido y otros más despacio, según la prisa que les dictaba sus ganas de trabajar.

John no fue consciente de lo peligroso que era el inclinado corredor hasta que no colocó el primer travesaño apuntalando un nuevo tramo de techo: la obra amenazaba ruina inminente al menor roce con los frágiles andamios.

El inglés intentó aminorar la inconsistencia de la estructura poniendo dobles columnas de barras y maderos para sujetar un cielo que amenazaba con desplomarse sobre sus cabezas en cualquier momento.

Marie, aparentemente impertérrita, seguía concienzudamente con su linterna los trabajos de los dos egipcios que ampliaban el pasadizo, sin entender nada de las

frases que se cruzaban entre ellos amparados por el ruido del taladro, aunque seguro que no estaban nada contentos con la absurda idea de realizar un agujero de tamaña inclinación.

Lo primero que hizo Osama cuando consiguió llegar a una zona con cobertura fue usar su móvil para llamar a Yusuf, su coronel. Estaba entrando en los suburbios de El Cairo. Paró el coche en el arcén y tecleó el número dígito por dígito, no lo tenía memorizado en la agenda del teléfono por seguridad.

—Sí —contestó una voz tres segundos después de descolgar.

—Soy Osman —dijo Osama escuetamente.

Yusuf, al otro lado del teléfono se tomó otros cinco segundos para amueblar su cabeza a la inesperada llamada, se había olvidado completamente del asunto del Arca durante estos últimos días.

—Osman... —pronunció el coronel como intentando recordar un nombre que hacía diez años que no escuchaba.

Osama le dio más tiempo.

—Sí —dijo paciente.

—Sí, sí, Osman, ¿ha pasado algo? —Yusuf al-Misri ya había recuperado la conciencia y, con ella, la plena lucidez.

—Sí, algo ha pasado —Osama no quería dar ningún dato por teléfono.

—¿Quiere hablar conmigo? —preguntó Yusuf ya con un tono que recuperaba la firmeza a cada nueva frase que emitía.

—Sí, me gustaría.

—¿Dónde está?

—Estoy entrando en El Cairo.

—Dígame un sitio.

Esto no lo esperaba Osama, no había pensado en ningún lugar de reunión, creía que el propio Yusuf al-Misri le daría uno. Tardó unos segundos en contestar.

—El hotel Ramsés —contestó.

El establecimiento fue primer sitio que se le vino a la cabeza, sería porque todavía tenía fresca en la memoria la reunión que había mantenido en aquel lugar con los tres arqueólogos.

—Muy bien, nos veremos allí, en el vestíbulo, a las 11,30 de la mañana, hasta entonces —espetó Yusuf.

A Osama no le dio tiempo a despedirse, el coronel ya había colgado.

Era todavía temprano, tendría tiempo para conseguir las máscaras antigás y llenar con gasoil los numerosos bidones que llevaba en la parte de atrás del 4x4, el combustible empezaba a escasear en el campamento.

Darí­a una vuelta por El Cairo, eso le despejaría antes de ponerse a hablar con el águila de al-Misri. La ciudad parecía tan sucia y ruidosa como siempre, pero Osama

no quería otra.

Al cabo de dos horas de poner estacas y retirar arena, Marie y John estaban agotados, pero había que seguir y siguieron, sin decir nada, vaciando la mente, haciendo que los músculos trabajasen aislados, mecánicamente, sin recibir ninguna orden del cerebro. Era lo mejor porque los robots nunca podían cansarse: el que nada siente, nada padece.

Así hasta que alguien tocó piedra. Fue Ahmed, con la taladradora. Él fue el primer sorprendido, no lo esperaba. También había optado por desconectar sus sentidos, por eso se sobresalto; además, no tenía la menor noticia de las teorías de los arqueólogos y el plano que habían trazado del yacimiento, para el maestro albañil solamente estaban cavando a ciegas en una tumba claramente inacabada. Empezó a dar unas ininteligibles voces en árabe que no parecía ni poder entender su propio hermano, que estaba justo a su lado cargando arena en la cesta de mimbre.

Marie y John descendieron por el pasillo, desde su posición no podían ver nada.

El momento más delicado que se podía vivir en la galería era cuando dos personas pretendían cruzarse. El corredor era alto pero no muy ancho, dos sujetos intercambiando su posición acercaban su cuerpo peligrosamente a los tubos que sustentaban las planchas del techo. Por eso, cuatro pares de ojos queriendo escrutar la piedra donde había resbalado la taladradora de Ahmed era una pretensión algo delicada y comprometida.

Marie se dio cuenta y John también. La francesa ordenó a todos que fuesen saliendo ordenadamente y sin adelantamientos temerarios.

Una vez fuera, los dos europeos se introdujeron de nuevo en el túnel. Los obreros se quedaron, siguiendo las indicaciones de la francesa, en el exterior, en el coloreado pasillo de la procesión fluvial, esperando nuevas consignas.

Marie iba la primera, seguida de cerca por John, pronto estuvieron en el otro extremo del corredor, en el sitio más profundo de la tumba al que habían conseguido llegar. Ahora podían examinar la piedra tranquilamente a la luz de sus linternas.

Pero, más que piedra, era roca desnuda lo que tenían ante ellos, no se veía una sola junta. Seguramente la dura cara vertical era parte del gran peñasco que debía formar el corazón del promontorio donde estaba escavada la sepultura. No obstante, el escollo no era tan natural como aparentaba, estaba trabajado, cincelado, aunque de forma muy basta. Los obreros que habían cortado la roca no se habían preocupado mucho en conseguir una superficie lisa y homogénea, todavía se distinguían las profundas cicatrices producidas por los golpes del escoplo.

—Tu mapa estaba en lo cierto —dijo Marie dando la razón al trozo de papel antes que a su autor.

—Bueno, según el plano, estamos ante la fachada que separa este montón de

tierra de los túneles de agua y lo suficientemente debajo de los mismos como para no correr ningún peligro —afirmó John mientras hizo un intento de recuperar el dibujo de alguno de sus bolsillos, aunque pronto desistió de su intención, el ominoso agujero no era lugar como para ponerse a examinar ningún papel.

—Y parece que esta cámara la han esculpido vaciando el interior pétreo de la montaña —aseguró Marie tocando la rugosa y firme pared—, un trabajo descomunal para luego tener que llenar otra vez la cavidad de tierra.

—Bueno, consiguieron su objetivo, volver locos a los posibles expoliadores de los tesoros de su faraón.

—Pero, por aquí debería haber alguna puerta ¿no es así? —preguntó la francesa a su compañero.

—Debería haberla, pero tal vez no hemos excavado la galería con el ángulo de inclinación adecuado, al no tener instrumentos de medida es difícil calcular la pendiente de la rampa.

—Entonces tendremos que cavar siguiendo la roca, hasta encontrar algo.

—Ya, ¿pero en qué dirección lo hacemos? —demandó John.

—No lo sé —reconoció Marie mientras cogía puñados de arena con las manos, prensándolos y volviéndolos a soltar, tratando de pensar.

De repente se le iluminaron los ojos, como dos fanales azules. John lo pudo ver, la oscuridad casi retrocedió.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo radiante—. Sal fuera.

Una vez en el pasillo que daba entrada a la trampa de tierra, Marie pidió a los obreros que le trajesen del campamento un foco de los más potentes, un cordel y que le pidiesen a Alí un cartabón o algún otro tipo de regla.

Los trabajadores, deseando fumarse un cigarro y plenamente conscientes que Marie no les dejaba hacerlo dentro de la tumba, se fueron casi corriendo a cumplir con el recado.

—¿Qué vas a hacer? —se interesó John.

—Bueno, es un poco chapucero —admitió la doctora—, pero si tú te metes dentro del agujero con el cordel y yo me quedo aquí sujetando el otro extremo, podemos medir aproximadamente su grado de inclinación, eso si Alí logra encontrar alguna regla para medir ángulos.

Los trabajadores llegaron con el pedido justo pasados diez minutos después de haber salido. Traían la cuerda, la linterna y una escuadra. Suficiente, según Marie, para comprobar la pendiente del túnel.

John se metió dentro del orificio, llegó al muro de piedra y sujetó uno de los cabos.

Marie, desde la boca del túnel y escudriñando dentro con la potente linterna, se dio cuenta que el cordel tocaba en la parte izquierda de la cavidad y que, según la

escuadra, habían excavado en un ángulo ligeramente elevado. Luego, en la pared, tendrían que profundizar hacia la derecha y hacia abajo si querían seguir la hipótesis piramidal de John hasta las últimas consecuencias.

Esta vez fue el inglés quien se encargó de manejar el taladro siguiendo la dirección que le había indicado la directora de la expedición. Marie y los *fellah* se encargaban, pasándose los cestos llenos de tierra y siguiendo la estricta cadena de brazos, de desembarazar de escombros el pasadizo.

No tardaron mucho en ver lo que querían ver. John había progresado apenas tres metros cuando observaron algo que sobresalía de la pared, algo que no era irregular, sino perfectamente labrado y alisado. Era un marco de piedra, y donde hay un marco hay una puerta.

Limpiaron el cerco todo lo que pudieron. Enseguida comprobaron que era la parte superior de una entrada cubierta por una losa de color claro, posiblemente de cuarcita dedujeron los investigadores, una roca metamórfica bastante consistente compuesta en su mayor parte de cuarzo. Había relieves tallados en ella.

Lo difícil de despejar la entrada no fue sacar los montones de arena que la cubrían, sino apuntalar el techo. Al complicado giro a la derecha que habían practicado en el corredor cuando llegaba a la pared de piedra, había que sumar ahora el par de metros que habían tenido que excavar hacia abajo para despejar completamente el acceso que acababan de descubrir.

No tenían tubos tan largos como para apuntalar las planchas de contención desde el suelo, así que las encajaron en la pared de arena, oblicuamente. Una solución todavía más inestable que la que habían seguido hasta ahora porque la tierra no estaba tan apelmazada como para resistir demasiados empujes. Pero el ansia de abrir y explorar cuanto antes la nueva cámara pudo con toda precaución de seguridad.

Una vez desalojados todos los residuos, la lápida, todavía pintada con varias pátinas de vivos colores que su contacto con la fría tierra no había podido desgastar del todo, mostraba a la diosa Hator tocando el rostro del faraón Sheshonk con una cruz ansada, el símbolo de vida del antiguo Egipto, la conocida cruz *anj* terminada en alargado óvalo. Los egiptólogos todavía no se habían puesto de acuerdo en decidir qué objeto real representaba el conocido signo, unos decían que era un cinturón, otros que un nudo de cuerda, incluso había quien aseguraba que era una tira de sandalia.

Era curioso que los cristianos coptos hubiesen adoptado "el soplo de vida" de los antiguos egipcios como símbolo de su propia religión, seguramente la gran similitud entre la cruz egipcia y la latina católica había ayudado a la extraña usurpación.

El caso es que Hator, con largos y retorcidos cuernos de vaca en la frente y un gran disco rojo entre ellos, vestida con una túnica plisada inmaculada y un gran cinturón de oro cuajado con piedras preciosas, daba a besar el mágico objeto al faraón.

Sheshonk se mostraba humilde y relajado, llevando el casco ceremonial azul que semejaba en su caída a las alas de la diosa buitres Nejbet y que tenía la cabeza de una cobra, la diosa Wadjet, como remate frontal.

Las dos figuras estaban rodeadas de lo que parecían espigas de trigo o de cebada, aunque enhiestas y anormalmente rígidas, dirigiendo su tallo al cielo sin ningún atisbo de arqueamiento, cada una de distinta longitud y formando, entre tallos, hojas y granos, un dibujo que más parecía geométrico o abstracto que inspirado en cualquier campo de cultivo del remoto Egipto.

—¿No te parece que esta Hator tiene el rostro de Nefiris? —propuso Marie después de un rato de muda contemplación.

—¿Quieres decir que se parece a la reina representada en el fresco de la sala hipóstila? —quiso precisar John.

—Sí, exacto, parecen tener los mismos puntiagudos rasgos —declaró la francesa.

—Puede ser, aunque es difícil decirlo —dijo John, incapaz de distinguir una figura de otra en la esquemática expresión artística egipcia.

—Bueno, veamos qué hay detrás —sugirió la arqueóloga.

—No deberíamos esperar a que Osama traiga las máscaras —dudó John.

Marie se quedó quieta, mirando otra vez en dirección a la lápida pero sin verla, meditando.

—No, no le esperaremos —dispuso—, se supone que antes de la trampa tendríamos que ver una imagen del dios Shu, del dios del viento. Aquí no hay nada, ni siquiera aire. Tal vez lo encontremos en cámaras posteriores. ¿Estás conmigo?

—Sí, creo que tienes razón —convino—. Abrámosla, aunque antes habría que ir a buscar a Alí, quizá quiera estar presente.

—¿Tú crees?

—Por lo menos habría que preguntarle —dijo el inglés encogiéndose de hombros.

—Está bien, díles a los trabajadores que se vayan, no quiero exponerlos, y que ellos se lo digan a Alí. Si baja el egipcio intentaremos abrir la puerta entre los tres.

Alí recibió el mensaje. La pugna entre sus temores y su curiosidad científica fue muy dura y terriblemente igualada; pero, al final, ganó su profesionalidad y su amor propio. El egipcio se obligó a bajar, no todos los días se podía ser testigo de la apertura de una tumba intacta; además, el descender solitario por los pasadizos le daba más tranquilidad que hacerlo acompañado de otras personas a las que no podía controlar y que cualquier movimiento en falso que realizasen servía para ponerle enormemente nervioso.

Alí se encontró con sus dos compañeros en el otro extremo del corredor inclinado. Ya habían apartado un poco la losa con ayuda de una palanca. La piedra, de apenas metro y medio de alta, no era muy gruesa y se manejaba con cierta facilidad.

El egipcio se intranquilizó al ver el delicado andamiaje que habían improvisado los trabajadores o sus colegas, no quería ni saberlo, al final del corredor. El conjunto desprendía una amenazadora fragilidad; pero, con un esfuerzo, trató de no pensar en ello, y de echar una mano a los dos europeos en su afanosa pugna.

Osama, mientras tanto y una vez efectuadas las compras de material, acababa de entrar en el suntuoso vestíbulo del hotel Ramsés Hilton, eran las once y cuarto de la mañana. Estaba totalmente convencido que el coronel al-Misri llegaría tarde, con el retraso que solían exhibir los poderosos frente a sus subordinados, por eso ni siquiera reparó en las personas que a esa hora deambulaban por allí. Dirigió sus pasos hacia una de las cafeterías, con la idea de beber un rápido refresco antes de volver al recibidor del establecimiento, tenía mucha sed.

Justo cuando estaba en la barra del bar, alguien se colocó a su lado, demasiado pegado a él habida cuenta de que el largo mostrador estaba casi vacío.

—Buenos días —le dirigió, alto y claro, una conocida voz.

¡Era Yusuf! Osama casi se había atragantado con la Coca-Cola, ni siquiera le había visto entrar.

—Buenos días —devolvió azorado mientras se limpiaba con una servilleta de papel.

—Coja su bebida y venga conmigo.

Le condujo a una mesa solitaria, donde había un café casi finiquitado y un par de periódicos, uno abierto de par en par. Yusuf lo cerró y se sentó.

—He llegado antes que usted, parece —observó el coronel que desde esa privilegiada posición dominaba toda la cafetería y, también, la entrada exterior del hotel.

Yusuf al-Misri levantó una mano enérgicamente y un camarero fue hasta allí al cabo de pocos segundos. El canoso funcionario, con sus gafas de pasta negra pasadas de moda y su traje azul con finas rayas blancas, tenía la rara virtud de conseguir que el normalmente indolente y displicente personal de hostelería egipcio dejase a un lado su apatía y su pereza en cuanto percibían un mínimo gesto de demanda en su maciza figura. Osama ya lo había comprobado en alguna otra ocasión, el poder que emanaba del coronel era tan fuerte que casi se podía oler.

—Dígame teniente, ¿qué tal por la excavación? Por cierto ¿dónde está situada?

Osama creyó conveniente contestar la segunda pregunta, la primera era un puro formulismo.

—Está a unos cincuenta kilómetros de El Cairo, en la ribera oeste del río, cerca de una aldea llamada Kafr Jirzah.

—¿Han encontrado el objeto que han ido a buscar? —preguntó sin reparo Yusuf mientras el camarero le servía un segundo y cargado café.

—No, todavía no, esa tumba se está mostrando terriblemente intrincada.

—Entonces, ¿por qué me ha llamado?

A pesar del tono dulce que imprimió en la última frase, el coronel Yusuf no le dejaba ninguna duda a Osama de que tendría serios problemas si el motivo por el que le molestaba no estaba suficientemente justificado. El oficial tragó saliva antes de contestar.

—Verá señor, según los arqueólogos...

Yusuf le truncó el primer amago de explicación.

—Los arqueólogos. ¡Ah sí!... ¿Qué tal se porta Khalil? —dijo acordándose de repente del sobrino de Ayman, su colaborador en el Ministerio de Cultura egipcio.

—Bien, bastante bien —contestó Osama escueto, sin saber qué decir.

—Continúe —espetó el coronel mientras intentaba menear la pasta que había formado con las cuatro cucharadas de azúcar que se había servido en el café.

—Parece... —dijo titubeante, como esperando otra interrupción que no se produjo—, que los arqueólogos piensan que el Arca esconde algún tipo de arma.

El funcionario ni se inmutó, dejó de mirar el café y estudió el semblante de Osama antes de volver a hablar.

—¿Un arma? ¿Qué clase de arma? ¿La espada de Moisés, tal vez? —dijo flemático.

—No, no, nada de eso, se trata de alguna sustancia tóxica, algún tipo de arma biológica o química que era capaz, en aquellos tiempos, de diezmar las filas de los ejércitos enemigos.

Osama se sentía como un estúpido, la historia sonaba fabulosa ahora que la expresaba en voz alta. Lo que parecía creíble y amenazador en el campamento y en su pensamiento, al pie de la tumba de Sheshonk, se volvía una puerilidad en plena ciudad de El Cairo, en la lógica y razonable civilización, rodeados de montañas de hormigón y montones de personas corriendo presurosas en todas las direcciones. El teniente empezaba a especular con que no tenía que haber molestado al ocupado Yusuf con tamaña trivialidad, esto supondría un baldón en su carrera militar y en la confianza que hasta entonces le había mostrado su jefe.

Sin embargo, Yusuf no opinaba de la misma manera, los indescifrables mecanismos de relojería de su cabeza habían empezado a moverse, al principio lentamente, luego más deprisa, hasta alcanzar una velocidad regular, como el motor de un coche bien reglado. Él también había oído referir en varias ocasiones el mito de que las tropas hebreas con el Arca al frente eran invencibles. Necesitaba más datos, el combustible que alimentaba su máquina.

—Si no han encontrado el artefacto, ¿cómo han llegado a esa conclusión?

—Por los jeroglíficos esculpidos en las paredes de la tumba, una vez traducidos los investigadores han concluido que los israelitas poseían una especie de fórmula

alquímica capaz de envenenar a sus adversarios en el combate. Quizá no tenga importancia y le he molestado por nada —añadió Osama intentando ensayar una disculpa antes de que el coronel le declarase un completo incompetente.

—No, no, ha hecho bien en contarme todo esto —le tranquilizó Yusuf mientras le daba una palmada rápida en el antebrazo.

El coronel pensaba. No creía, ni mucho menos, que un supuesto ingenio de cuando se hacía la guerra con lanzas y flechas supusiera una amenaza real para los tecnológicos tiempos actuales. No obstante, el problema no era lo que pensaba él, si no lo que pensarían los demás.

Por de pronto, la primitiva idea de enviar el Arca hacia centroeuropa para allí dormirla por un tiempo se le mostraba ahora no tan inmediatamente viable. Yusuf estaba seguro que el gobierno egipcio querría averiguar antes si había algo de cierto en ese asunto del arma. Él, desde luego, aconsejaría que no se demorase la estancia del Arca en territorio egipcio ni un minuto más de lo estrictamente necesario, pero poco más podría hacer.

Lo que más temía Yusuf era que los israelíes se enterasen de que su añorada Arca de la Alianza estaba en territorio egipcio y se decidiesen a intervenir para recuperarla, más ahora que había acaecido un cambio en la cartera de defensa. El nuevo ministro, David Leví, era un halcón sionista de los más peligrosos para la estabilidad de la zona. Los hebreos serían capaces de todo por recuperar el objeto y, si se enterasen que el arma de su dios Yahvéh podía ser recuperada del olvido... , ya no digamos. No quería ni imaginar la excitación mística que les entraría a algunos miembros del gabinete judío.

Yusuf no podía afirmar si el asunto del arma no sería más bien un duro golpe para los fundamentalistas religiosos, porque si se demostrase que el supuesto poder de Dios era en realidad una vulgar sustancia química que envenenaba a los adversarios... Aunque, bien pensado, seguro que a los iluminados les daría lo mismo, ciegos de luz dirían que era precisamente la fórmula lo revelado por Yahvéh y que ahora su dios se la volvía a dar a conocer para que la usasen contra sus nuevos enemigos, sus vecinos árabes.

A Yusuf le sacudió un escalofrío que se transmitió hasta la mano con la que agarraba el asa de la taza de café, el líquido se derramó levemente en el plato, hasta el teniente se dio cuenta.

—Escúchame Osama —empezó a decir el coronel, que pasaba del tratamiento formal al tuteo cada vez que tenía algo importante que decir—, voy a tener que informar del detalle del arma. No voy a darle mucha importancia, pero voy a tener que ponerlo en conocimiento de los de arriba, ¿comprendes? Cuando lo haga no sé lo que va a pasar.

—Entiendo —asintió el teniente muy tieso en su asiento, cuando estaba con Yusuf

era incapaz de sacudirse la rigidez que le atenazaba los miembros.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en desenterrarla? —preguntó el coronel mientras sacaba su sucio pañuelo para limpiarse las gafas.

—No lo sé, pero creo que no demasiado —aseveró Osama.

—Está bien, esto es lo que quiero que hagas...

Yusuf se interrumpió para beber otro sorbo de café o para darse tiempo para pensar en lo que iba a decir. Su mirada era todavía más penetrante sin las lentes puestas, sus pobladas cejas blancas contrastaban tanto con los ojos negros que todavía los hacía más oscuros.

—...regresa al campamento y actúa como siempre, como si nada pasase. Yo necesito un día para realizar consultas, mañana te llamaré para darte instrucciones más concretas. Sigues teniendo operativo el centro de mando del camión ¿no es así?

—Sí —contestó escuetamente Osama.

—Entonces te llamaré allí dentro de 24 horas, más o menos a las doce del mediodía —afirmó Yusuf mientras echaba un vistazo rápido a su grueso reloj de oro blanco.

—De acuerdo.

—Sí los científicos encuentran el Arca antes de ese plazo, retenlos allí junto con el objeto.

—Entendido —Osama contestaba maquinalmente, no había lugar a la réplica.

—¿Vas armado? —interpeló Yusuf cuando ponía fin a su segundo café.

La pregunta era inesperada, aunque no debería haberlo sido tanto dada la condición militar de Osama.

—Sí, tengo una pistola —respondió el teniente colocándose todavía más rígido en su asiento.

—Bien, cuando tengas que tomar el mando, hazlo con decisión, aunque procura no causar ningún trauma al sobrino de Khalil, su tío no me lo perdonaría, la suerte de los dos europeos no me importa tanto —dijo Yusuf sonriendo abiertamente, aunque su cruda afirmación no parecía ser precisamente motivo de ninguna jocosidad.

—Buenos días —se despidió el coronel.

Antes que Osama se diese cuenta ya había salido por la puerta del hotel. Iba acompañado de otro hombre, un individuo fornido que caminaba dos pasos por detrás del funcionario. No entraron en ningún coche, cogieron la calle contigua y la empezaron a recorrer andando, sin prisas. El teniente imaginó que iban bastante cerca, quizá al Ministerio de Asuntos Exteriores que quedaba escasamente a unos metros de allí.

Osama soltó el aire y desentumeció los músculos. No tenía muy claro lo que se esperaba de él, aunque suponía que mañana le darían nuevas órdenes y saldría de dudas, sólo la pregunta de la pistola le dejó un tanto escamado pero, al fin y al cabo,

era su herramienta de trabajo.

Se levantó de la mesa dispuesto a regresar al campamento. Menos mal que el todoterreno disponía de aire acondicionado porque el sol caía a plomo a esa fatídica hora medianera.

La misma hora en la que los investigadores consiguieron, por fin, descorder completamente la cortina de piedra que taponaba la siguiente cámara. Al final tuvieron que desistir en su empeño en mover la losa ellos solos, pesaba demasiado. Cualquier resbalón o mal movimiento podía dar al traste con el delicado entramado de tubos y maderas que mantenía estable el pasadizo y el complejo recodo que habían tenido que cavar para llegar hasta la entrada de la nueva cámara. Ahmed y Amir les ayudaron.

Los recios nativos, a pesar de sus 50 años, parecían mucho más fuertes y capaces que sus jóvenes sobrinos, sus movimientos eran más lentos pero mucho más fiables.

Claro que, tanta gente en tan pequeño espacio, impedía desenvolverse con facilidad; finalmente tuvieron que atar la lápida con una cuerda y tirar desde arriba, mientras desde abajo trataban de desencajarla de su marco. Allí fue el que más sudó de todos, unas gotas por el esfuerzo, otros chorros por su creciente angustia. No obstante, distraída por el trabajo físico, ésta apenas se hizo visible.

Sólo se calmó cuando entró en el nuevo corredor siguiendo los pasos de John y Marie. Dentro de las macizas paredes, el temor del egipcio por un posible derrumbe se mitigó lo suficiente como para que una tensa calma ocupase su lugar.

Únicamente entraron los arqueólogos, los dos veteranos *fellah*, despedidos por Marie para no exponerles a peligros innecesarios, se encaminaron a la superficie para tomarse un descanso más que merecido.

Los tres expedicionarios se encontraron con un pasillo casi cuadrado, de más o menos dos metros y medio de altura por unos tres metros de ancho, con las paredes totalmente decoradas, desde el suelo hasta el techo. Grandes figuras hieráticas daban su acostumbrado perfil y se mantenían en acción de caminar hacia la profundidad de la galería. Eran los principales dioses del panteón egipcio, plasmados uno por uno, hasta agotar los diez metros que podía medir el majestuoso corredor. Los arqueólogos miraban más hacia los lados que hacia la oscuridad que se abría, como una sima, delante de ellos. Los grandes señores de Egipto les empujaban.

El artista había elegido un fondo azul celeste y blanco que, supuestamente, simulaba el cielo y sus nubes, aunque éstas no estaban realmente delimitadas con contornos definidos, sino que los colores se mezclaban heterogéneamente, dando una sobresaliente sensación de profundidad y cercanía al mismo tiempo. Verdaderamente parecía que el nutrido grupo de divinidades recorría auténticos y mullidos caminos celestiales.

Los investigadores pronto se dieron cuenta que los dioses que transitaban entre las nubes del profundo y tenebroso pasillo no eran los habituales de otros yacimientos, los que más frecuentemente eran encontrados en cualquier tumba o templo. Era realmente extraño contemplar la imponente figura que ostentaban unos espíritus menores que, normalmente, se tenían que conformar con ser reproducidos en escuetos jeroglíficos, o en aparecer pintados como meras comparsas de otros dioses más potentes del panteón egipcio, por supuesto en tamaños mucho menos grandiosos que el que ahora exhibían en ese pasadizo.

En la pared izquierda se hallaban representadas exclusivamente deidades masculinas que hacían cavilar, y mucho, a los investigadores antes de atreverse a ponerles nombre, algunos de ellos eran divinidades estrictamente regionales y otros tuvieron un culto limitado a periodos históricos muy determinados que no coincidían necesariamente con los años en los que se desarrolló el Tercer Periodo Intermedio.

Allí estaba Atum, con la doble corona del Alto y Bajo Egipto, el dios anciano, manifestación del sol poniente, venerado durante las primeras dinastías egipcias; la potencia de Min, con su miembro viril enhiesto a modo de inconfundible tarjeta de presentación, promotor de la fertilidad masculina; Jnum, con cabeza de carnero y cuernos alargados y paralelos al suelo, alfarero universal que modelaba a la humanidad sobre su torno; Ptah, creador primigenio, protector de los artesanos y orfebres; y los ya conocidos Hapi, personificación del río Nilo; Shu, dios del aire y del viento; y Tatenen, dueño de la esponjosa tierra.

En el otro lado, en el derecho, se deslizaban las omnipotencias femeninas, igualmente caprichosas: Seshat, bella mujer con una gran flor que nacía de su pelo y que la cubría a modo de paraguas, simbolizaba el destino, los años de vida que a cada uno nos toca vivir y que ya están escritos de antemano en los libros de la diosa; Tueris, de cabeza de hipopótamo, embarazada, con grandes ubres repletas de leche y vencidas por la fuerza de la gravedad, protectora del parto y de la maternidad, rara de ver si no era en forma de amuleto; Nut, diosa del universo, con un vestido negro tachonado de estrellas; Mut, con cabeza y cuello de buitre, madre de todas las cosas.

Había otras dos deidades más difíciles de identificar, una con un tocado del que parecían salir innumerables y cortas plumas, y otra con testuz humillada, parecida a la de una rana. Marie había oído su difícil nombre en una ocasión, pero lo había olvidado completamente.

Después de dos o tres minutos de contemplación prosiguieron hacia dentro, hacia donde les transportaba el pasadizo, hacia una cámara mucho más alta y ancha, con toda seguridad doblaba la longitud y anchura del pasadizo que acababan de recorrer.

La comitiva de dioses no acababa en el pasillo, sino que seguía, inmutable, por los muros de la gran habitación, sólo que los dioses eran ahora bastante más conocidos y más gigantescos, casi cuatro metros, justo el doble que sus hermanos

pequeños dibujados en los frescos del pasillo.

Los arqueólogos enfocaban con sus linternas a las efigies de Horus, dios del cielo, halcón sublime que recorre las alturas; Anubis, amigo de los muertos e inventor del embalsamamiento, chacal de orejas puntiagudas; Osiris el momificado, con el cayado y el látigo en las manos, símbolos de su poder; Set, dios del caos y de lo aciago, personificación del desierto; Thot, de cabeza de pájaro ibis, dios de la luna y medidor del tiempo, escriba de los dioses, señor de la magia y la sabiduría; Sejmet, de cabeza de leona, furia de la guerra; Bastet la gata, protectora de los envenenamientos; Isis, diosa madre de Egipto, con un trono encima de la cabeza; Maat, diosa de las leyes, la verdad y la justicia, sujetando una pluma de avestruz en una de sus manos. Estaban casi todos.

El final de las dos comitivas, que quedaba justo en la pared de enfrente, presidiendo la sala, estaba dominado por Ra, dios sol, supremo hacedor de todo lo que pasa en el mundo; y Hator, diosa del cielo y la fertilidad. Uno y otro, Ra y Hator, un metro más altos que sus compañeros para destacar todavía más, quedaban cara a cara, casi hablándose, casi tocándose. Ambos estaban esculpidos en bajorrelieve desvelando el rostro de Sheshonk y el de Nefiris, regios modelos que prestaban su aspecto a los dioses con los que más se identificaban los soberanos.

—Titulares y suplentes —dijo John mientras seguía enfocando las paredes con su linterna.

—Vaya conjunto de dioses más raro —ratificó Marie.

—Quizá, como la Dinastía XXII estaba recién fundada y provenía del extranjero, tuvieron que hacerse un panteón propio en el que no atendieron a ningún prejuicio; eso o quisieron contentar a todas sus provincias —adelantó John a modo de explicación de tan heterogéneo y abigarrado conjunto de deidades.

—Para cada cosa, un dios, y un dios para cada cosa —sancionó Marie.

Aunque ni siquiera se oyó a sí misma. Ya por entonces, las ávidas miradas de los tres investigadores, alargadamente denunciadas en los haces de los focos que portaban, se posaron convulsas en dos grandes moles de piedra que descansaban al pie de las efigies de Ra y Hator.

Al principio pensaron que tan grandes volúmenes eran parte de la estructura de la habitación; pero, a medida que se acercaron a ellos, vieron, alegremente sobrecogidos, que se habían equivocado, que habían descubierto por fin la estancia más recóndita, la habitación más íntima proyectada para el descanso eterno de los titulares de la tumba.

—¡Son los sepulcros! —prorrumpió Marie logrando arrancar un tétrico eco que fue rebotando por las paredes como si de una funesta letanía se tratara.

—Dos sepulcros —especificó Alí tratando de bajar la voz porque la anterior exclamación de Marie le había traspasado los huesos y todavía la sentía instalada en

su médula espinal.

—Así que las palabras finales de Sheshonk en la segunda parte de su historia no eran una mera declaración de intenciones, su hermana-esposa se hizo enterrar con él —mencionó John pensativo mientras comprobaba que los grandes cartuchos que encerraban los nombres de los allí inhumados, y que eran bastante visibles en el frontal de los pétreos ataúdes, eran efectivamente los de Sheshonk y Nefiris, pareja real hasta la muerte.

—O al revés, primero murió Nefiris y Sheshonk se suicidó para yacer junto a su amada —le contradijo Marie—. Los dioses deben estar juntos.

Pero John no hizo caso del comentario, había visto una serie de jeroglíficos esculpidos y pintados en los grandes y rectangulares bloques de piedra. Se había puesto a examinarlos inmediatamente para traducirlos, abstrayéndose por completo de las maravillas que encerraba el resto de la habitación.

El inglés sacó un manajo de papeles de sus bolsillos, tratando de encontrar a la luz de la linterna algún hueco limpio para anotar las nuevas líneas de inscripciones que se sucedían a lo largo y ancho de los féretros. Los signos formaban marcos de palabras que encerraban los diversos relieves tallados que simulaban el accidentado peregrinaje del faraón después de muerto hasta conseguir tocar el Más Allá: primero en la barca solar, conducida por el halcón Horus, con la que surcaba un mar de olas negras de las que surgían diversos monstruos imaginarios de cabeza humana, escamoso cuerpo de pez y garras de carnicera fiera; después la misma embarcación recorría el cielo entre nubes de tormenta, pilotada por Isis, que mantenía a raya una bandada de inquietantes pájaros con rostros humanos, seguramente los muertos que no habían podido entrar en el Otro Mundo y que ahora intentaban demorar, como los leviatanes acuáticos del cuadro anterior, la travesía del nuevo aspirante a la inmortalidad; por último, otra escena esculpida en el sarcófago mostraba el barco y al faraón Sheshonk, de pie en cubierta con semblante plácido, acompañado de un pájaro ibis que simbolizaba a Thot, el dios de la sabiduría, recorriendo en esta oportunidad un firmamento estrellado y aparentemente en calma.

Eso en el macizo bloque de diorita que encerraba la momia de Sheshonk, la piedra más dura y resistente que se podía obtener en el antiguo reino de Egipto.

En el sepulcro de Nefiris, fabricado en granito rojo, se podía ver, también rodeado de jeroglíficos exquisitamente grabados y coloreados, a un gran gato sedente, enteramente áureo, sin pelo, enseñando sus colmillos y con una larga y agónica serpiente bajo una de sus zarpas. Esto en el frontal, en uno de los laterales la escena mostraba a una vaca blanca con un disco solar pintado de refulgente amarillo entre los retorcidos cuernos y de cuyas ubres manaba leche que iba a caer en un recipiente del que estaban pendientes cuatro servidores, seguramente para recogerlo antes que rebosase y regar con él unos campos de cebada cercanos. Por último, en la segunda

pared lateral, porque la parte trasera de los dos sólidos sarcófagos estaba pegada al fondo de la habitación, se podía admirar lo que parecía una pantera negra en aptitud rampante, sentada sobre sus patas traseras y con las delanteras amenazando a una decena de soldados que le daban la espalda huyendo atemorizados y dejando sus armas esparcidas por un suelo alfombrado de cadáveres.

Tan grandes eran los bloques de piedra que John no pudo evitar pensar, mientras trasladaba, frenético, los signos pictográficos a sus arrugados folios de papel, que casi los habían cortado para que pasasen justos por el pasillo de dos metros y medio de altura y tres metros de ancho que acababan de traspasar.

Ante tal tamaño, John sabía que dentro no se escondían los simples cuerpos momificados de Sheshonk y Nefiris, sino que la afortunada persona que abriese las tapas de los sarcófagos encontraría multitud de cajas mortuorias, unas dentro de otras, encajadas como muñecas rusas, elaboradas en las más delicadas y nobles maderas policromadas, esculpidas figurando la cara y el cuerpo de los dos príncipes, trabajadas con los más excelsos metales y rematadas con las más bellas piedras preciosas, porque de oro tenía que ser el material del que estaba hecho el cuerpo de los dioses.

Era el sueño de todo arqueólogo, lástima que no pudiesen acariciar, catalogar o estudiar ninguna de las maravillas que deslumbraban sus embelesados ojos. Serían otros los que lo hicieran, pero esos otros no sentirían el éxtasis contemplativo, la emoción del descubrimiento, que ahora percibía John tocando estremecido la espléndida superficie de los dos estuches funerarios.

Pero Alí y Marie no estaban pensando ahora mismo en los ricos contenidos que seguramente guardaban los dos féretros, ni siquiera en las maravillas apiladas en las paredes y rincones del salón que ahora podían ver con toda nitidez a la luz de sus linternas. Su sentimiento distaba bastante del éxtasis pseudomístico que arrebolaba el corazón de John. Desde que entraron en la cámara no habían hecho sino buscar absortos un único objeto, el que más les interesaba de entre la gran cantidad de cajas, vasijas, cofres y joyeros que almacenaban las pertenencias más preciadas que Sheshonk y Nefiris habían disfrutado durante su corto lapso en el mundo de los humanos.

Ni los ricos pectorales de oro, lapislázuli y cornalina; ni los cuatro pares de vasos canopos, hechos en alabastro, que ocultaban los pulmones, intestinos, estómago e hígado de Nefiris y Sheshonk; ni las jarras cilíndricas de fayenza azul; ni los amuletos, gargantillas, pulseras y brazaletes de oro esmaltado; ni las numerosas estatuas de los más variados materiales, motivos y dimensiones; ni los espejos de bronce y turquesa que reflejaron caras de otros tiempos; ni las maquetas de plateados barcos; ni los escudos heridos de centelleantes gemas; ni las espadas hechas para el deleite y no para la muerte; ni los abanicos decorados con escenas que nunca se

volverían a repetir; ni los numerosos escarabeos que tornasolaban la luz de las linternas; ni las diademas repujadas de amatistas; ni los ungüentarios de jaspes irisados y cristal de roca; ni las paletas de escriba de esquisto y calcita; ni los anillos de electro, ni los mil amuletos, ni los dorados brillos, ni los oscuros destellos del ébano sobre el marfil de las decenas de baúles y su rebosante contenido, consiguieron hacer olvidar a los arqueólogos la triste verdad.

En infinitas búsquedas viven inmersos los humanos, y nada de lo que encuentran puede mitigar el dolor de no hallar lo que desean, ni lo más soberbio ni lo más magnífico. Y lo que anhelaban con ansia los exploradores no estaba allí.

—¡No hay Arca entre tanto ajuar! —espetó Marie frustrada, una vez más estremeciendo las paredes de tan sagrado lugar y sacudiendo asimismo el frágil ánimo de Alí.

John paró de interpretar las inscripciones de los lechos rocosos por un momento. Se le había olvidado completamente el asunto del Arca. Miró alrededor.

Si bien los tres expedicionarios habían evitado tocar y mucho menos revolver en la basta magnificencia que se desplegaba a su alrededor, nadie debía descolocar nada hasta fotografiar y estudiar exhaustivamente la disposición de cada elemento, se veía a las claras que allí no estaba el arcón descrito en la Biblia.

La decepción era absoluta, una decepción absurda, ridícula, chocante ante tanta maravilla. Cualquiera egipólogo hubiese dado media vida por desenterrar uno solo de los centenares de adminículos que se mezclaban revueltos a lo largo de los muros de la magna cámara donde descansaban los cuerpos de los hermanos reyes.

A Marie le costaba sobreponerse a su amargor, si no había Arca significaba que no habían acabado el trabajo.

—Bueno, aquí no hay nada, así que dejaremos todo como estaba y sellaremos el lugar para que otros afortunados rescaten este tesoro de su sueño eterno.

Sus palabras sonaron raras, falsas, irreales.

—Hay jeroglíficos en los sepulcros —indicó John algo ofuscado—, deberíamos traducirlos antes de abandonar la cámara, quizá nos ofrezcan algún nuevo dato.

—Está bien, tradúcelos John —consintió la lastimera voz de Marie.

Alí no aguantaba más tiempo entre las cuatro paredes de la tumba, pero no quería salir antes que sus dos compañeros, así que distrajo la mente observando la pléyade de dioses que acechaban en el lugar y, sobre todo, la gran cantidad de piezas y objetos que protegían.

El ejercicio funcionó bastante bien, al egipcio ni le asaltaron miedos ni le embargó temor alguno, como un sordo incapaz de recordar que no puede oír mientras contempla un relajante paisaje primaveral.

Marie pensaba en su antecesor, el tatarabuelo Mariette, en cómo habría vivido él aquel momento. Seguro que habría demostrado más felicidad de la que ella era capaz

de experimentar. Siempre había anhelado encontrarse ante un yacimiento así y... ¿para qué?, para sentirse decepcionada porque no había encontrado un solitario arcón por muy único que fuese, porque un fracaso puede hacer olvidar todos nuestros méritos, porque siempre queremos más, porque nuestra ambición es infatigable.

John terminó de improvisar una primera traducción de los versos que recorrían, en complicadas filas horizontales y verticales, los sarcófagos de Sheshonk y Nefiris, pero no estaba contento con lo que esa versión inicial reflejaba. Las palabras que había encontrado grabadas en la dura piedra eran más potentes y expresivas que el pobre remedo de traslación que había ejercitado apresuradamente. Se dio más tiempo para darles una forma más poética, más acorde con su verdadero poder de revelación y evocación. Dado que Alí y Marie parecían distraídos se sentó en el suelo y trató de dar un tono más apropiada a los mensajes de los dioses.

No pasó mucho tiempo hasta que por fin se sintió satisfecho.

*Yo, Sheshonk, entono versos inmerso en un universo inmenso,
Es empresa de los humanos encerrar en palabras lo infinito.
Soy uno, soy múltiple, el más perfecto de los imperfectos,
Ahora traspaso las puertas de Otro Mundo, aquí quede escrito.
No miento, pensamiento; sé lo que soy, pero no lo que seré.
Se ha parado el tiempo por completo: ahora comienzo a vivir.*

Recitó en voz alta consiguiendo atraer la atención de Alí y Marie. Era lo que había querido Sheshonk que quedase grabado en su postrer morada.

Sin esperar a que le interrumpiesen, siguió con la inscripción que también llenaba de afirmaciones y aseveraciones el sepulcro de Nefiris.

*Yo soy Bastet,
Yo soy Hator,
Yo soy Sejmet.*

*Yo soy la arena que todo lo olvida,
El viento que arrastra todo tiempo,
El océano que se traga la memoria,
Matriz de Nut que todo lo encierra.*

*Yo soy Bastet,
Yo soy Hator,
Yo soy Sejmet.*

*Yo soy Nefiris, la de ojos de pantera.
Yo soy Nefiris, la de hojas de palmera.
Yo soy Nefiris, la mujer guerrera.*

*No debería estar aquí tu alma atrevida.
Piensa de mente y siente de cuerpo:
Oro, victorias, gloria, vana ilusión transitoria.
¿Quieres ser el dueño de toda la tierra?*

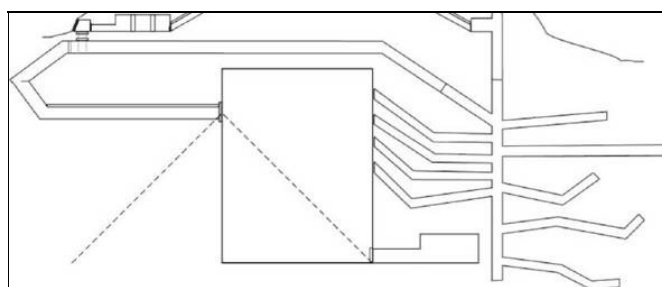
Todos quedaron en suspenso. La última estrofa de la inscripción de la tumba de Nefiris parecía dirigida a ellos, visitantes intempestivos. Demasiado tétrico era ya el panorama como para que encima echasen más gravedad sobre sus encogidos omóplatos.

—Vaya con Nefiris —dijo Marie—, no se cansa de tratar bien a sus huéspedes.

—Creo que deberíamos irnos ya, aquí no hay ninguna maldita puerta más que abrir, esto es un callejón sin salida —propuso Alí recuperando sus ya característicos estados de inquietud infundada.

—Esperad, una cosa más me queda por hacer —intervino John—, voy a medir las paredes para completar el plano de lo que ya hemos explorado.

El inglés se puso a pasearse por la estancia, intentando establecer las medidas aproximadas de los muros para trasladarlas al mapa bidimensional que había trazado del yacimiento. La nueva cámara y su pasillo anexo eran bastante simples, así que no tardó más que unos segundos en añadirlos con un lápiz a lo que ya tenía dibujado.



Después de acompañar a John recorriendo de nuevo las cuatro paredes con su linterna, Marie aceptó la sugerencia de Alí y se dirigieron con pesados y cansados pies a la abertura de entrada.

Ya estaban a punto de salir cuando la francesa avistó una irregularidad que sobresalía del techo del corredor de acceso. Se paró en seco, mirando hacia arriba.

—Un momento —soltó nerviosa—, aquí hay algo.

Marie señalaba hacia una especie de curvatura que se formaba justo después de la puerta que habían desencajado del marco. Al entrar y dirigir su atención preferentemente a los imponentes dioses que decoraban el pasillo de acceso, no

habían reparado en la anomalía.

Los tres rastrearon la cubierta de la galería con sus linternas, no había nada raro salvo la pequeña protuberancia que resaltaba justo encima del umbral, parecía llamear a la débil luz que proyectaban.

—No distingo bien lo qué es —notificó Marie bizqueando la mirada.

—Pues súbete encima de mis hombros —se le ocurrió a John.

—Está bien —consistió la francesa.

A Marie le pareció buena idea que su compañero metiese la cabeza entre sus piernas y la alzase a un estado más elevado. Allí podría escudriñar la turgencia a plena satisfacción.

—Es un cilindro —advirtió mientras con una mano manejaba la lámpara y con la otra se apoyaba en el techo para no balancearse demasiado.

—¿Un cilindro? —repitió John aferrando con fuerza las piernas de Marie aunque sin visibles esfuerzos, la doctora no pesaba demasiado, parecía incluso que había adelgazado bastante desde que habían empezado con los trabajos de la excavación.

—Sí, es una especie de rodillo bruñido, parece de oro —transmitió la científica desde las alturas.

—No toques nada —imploró suplicante un Alí que se mantenía a distancia, mucho más que prudencial, de sus dos entrometidos compañeros.

—Está encajado en una cavidad y unido a ambos lados por un eje, creo que se puede girar —declaró con algo de ansiedad la profesora.

—¡No lo gires! —chilló Alí casi cinco veces por el efecto de eco que causaban los muros.

Marie no le hizo caso, ya estaba casi acostumbrada a las salidas de tono del egipcio cada vez que tenían que explorar sitios sensibles. La pieza le recordaba a los sonajeros tibetanos que los budistas giraban sin parar mientras recitaban sus oraciones, aunque no recordaba haber visto nunca algo semejante en la religión egipcia, y mucho menos en tan excéntrica posición.

—¡Eh! Parece que tiene unos signos grabados —dijo la francesa mientras retorció su cuerpo obligando forzosamente a John a girar su cuello al mismo tiempo que ella.

—¿Puedes leerlos? —consultó el inglés.

—No si no giro un poco el cilindro, están muy altos —respondió una Marie que estaba deseando tocar la dorada pieza.

—Bueno, inténtalo poco a poco, si encuentras alguna resistencia no sigas —sugirió John.

Ése era todo el permiso que esperaba Marie para ponerse a manipular el redondo tambor. No hizo ningún caso a las nuevas protestas del histérico egipcio. Metió los dedos y empezó a mover la curvada superficie despacio, muy despacio. El cilindro giraba sobre su eje sin ninguna dificultad.

Ahora podía ver los jeroglíficos que antes permanecían semiescondidos, empezó a leerlos mientras continuaba dando la vuelta al segmento lentamente, sin apreciar ningún obstáculo que impidiese la rotación del mismo.

Los únicos... dueños... de la tierra... son... los muertos.

Leyó la francesa en voz alta.

Recordar la parecida frase que acababan de leer en la inscripción del pétreo sarcófago de Nefiris y ver cómo el cilindro caía por su propio peso, casi machacando los pies del inglés que estaba debajo, fue como una sirena de emergencia doblemente amplificadas: por una parte gritaba la mente que barruntaba la trampa; por otra, sus sentidos, accionados como tensos resortes, avisaban del evidente peligro.

Dos segundos de silencio y sintieron el estruendo.

El cilindro, al ser movido, había llegado a un punto donde el eje que lo sujetaba al techo había cedido, cayendo entonces al suelo y activando un nuevo mecanismo de defensa de la tumba. Algo pesado se había desplazado por encima del techo del pasillo. No sabían lo que era, pero enseguida comprobaron sus terribles efectos: todos los andamios que abovedaban la entrada del pasillo y que sujetaban la arena previniendo hundimientos se derrumbaron en un instante. La tierra cubría por entero la salida de la cámara mortuoria de Sheshonk y Nefiris. Estaban atrapados.

John a duras penas pudo sujetar a Marie, la tumba parecía haberse estremecido, terminaron rodando por el polvoriento suelo del corredor, hechos un ovillo, John tratando de sujetar a Marie para que no se hiciese daño en la caída, la francesa buscando desesperada agarrarse a algo mínimamente firme en momentos tan inciertos.

Las dos linternas que portaban cayeron al piso en la confusión y se apagaron por el fuerte golpe recibido. Solamente la de Alí alumbraba las honduras negruras del pánico, aunque muy débilmente porque su foco apuntaba, fijo, al empedrado suelo. El egipcio se había quedado paralizado.

Marie y John trataron de deshacer el nudo que los unía para incorporarse, asustados, sin perder la calma, tratando de palpar el pavimento para encontrar de nuevo sus linternas.

Fue entonces cuando vieron moverse la luz que llevaba Alí, iba hacia ellos muy deprisa, excitada, sacudida por la mano que la manejaba, dejando ver a trazos las desencajadas facciones del egipcio, más espantosas si cabe por la iluminación que recibían desde abajo.

—¡Malditos imbéciles! —gritó secuestrado por la cólera.

Les buscaba, enfocó directamente a Marie y, en cuanto la tuvo a un escaso metro de distancia, tiró la linterna hacia un lado y atacó a la profesora.

Las manos de Alí se cerraron sobre el delgado cuello de Marie y el egipcio empezó a apretar con todas sus fuerzas.

No era consciente de sus actos, el terror que llevaba dentro se había proyectado hacia fuera, furioso, brutal, asesino, enajenando por completo el entero ser del hasta entonces pacífico conservador del Museo de El Cairo.

—¡Os dije que no tocáis nada! —bramó de nuevo un enloquecido Alí.

Marie, que intentaba desasirse sin éxito del mortal abrazo de su compañero, estaba empezando a asfixiarse.

John se quedó estupefacto en un primer momento, lo que estaba ocurriendo era tan excesivo, tan increíble, que tardó en procesarlo.

La linterna de Alí, aunque abandonada y maltratada por su dueño no había dejado de funcionar, era el único punto de luz en la penumbra, lo único que guió a John, aparte del ruido producido por los estertores de Marie, hasta los dos bultos que forcejeaban.

Trató de separar a los desiguales contendientes, tirando de Alí, intentando que soltase a la sofocada Marie. Pero no lo consiguió, el egipcio estaba fuera de sí, ejerciendo una fuerza bruta propia de los desquiciados que se encuentran totalmente descontrolados.

John optó por una solución más drástica. Acopiando todas sus energías soltó un puñetazo seco al cuello de Alí, justo debajo de la oreja, pero no encontró el éxito esperado. El egipcio se movía bastante, tratando de evitar los lacerantes arañazos que le descargaba Marie en pleno rostro, y la escasa luz tampoco ayudaba. Tuvo que repetir el golpe un par de veces hasta que acertó de lleno en la zona que quería alcanzar. Alí cayó fulminado, inconsciente, soltando su presa.

Marie jadeaba, aún le faltaba el aire.

John trató de recuperar la linterna de Alí y se acercó a la francesa, ni siquiera tenía un poco de agua para ofrecer a su compañera. Intentó calmarla con palabras de sosiego y de acompañarla en su recuperación prestándole su mano para que la apretara, no podía hacer nada más.

Poco a poco, la respiración de Marie se normalizó, aparte de alguna magulladura y del enrojecimiento que seguramente conservaría en su cuello por algún tiempo, la arremetida no había tenido más consecuencias.

—Pero, ¿qué le ha pasado? —preguntó incrédula.

La voz de Marie sonó ronca, gutural, sus cuerdas vocales no se habían recuperado de la brutal presión a la que habían sido sometidas hacía un instante.

—Ha perdido los nervios al verse atrapado por el derrumbe —contestó John tratando de aparentar serenidad.

Marie había olvidado por completo el desmoronamiento de los andamios fruto del maldito cilindro de Nefiris. Habían vuelto a caer en otra trampa por su implacable

curiosidad. Era imperdonable, casi hasta podía comprender el acceso de ira que había tenido Alí para con su persona. Sólo casi.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? No quiero acabar haciendo compañía a faraones olvidados —dijo irguiéndose ayudada por John y sin soltar aún su mano.

—Parece que nuestro corredor se ha derrumbado, el mecanismo de Nefiris ha provocado un corrimiento de tierra en el depósito de arena que habíamos atravesado para llegar hasta aquí —explicó John.

—Con razón nos aconsejaba la malnacida que excavásemos en oblicuo en la puerta donde aparecía el dios Tatenen, seguro que para que la galería se mantuviese inestable —promulgó Marie con un tono de enfado bastante áspero.

—Sí, probablemente estaba todo pensado —convino John.

—¡Maldita zorra retorcida! —imprecó Marie haciendo que los ecos de las paredes volvieron a actuar.

—No se puede negar que esta tumba es única —dijo John pensando más en la fascinante arquitectura de los subterráneos que en su difícil situación actual.

—Hay que salir de aquí —propuso imperiosa Marie soltando su mano de la caricia del inglés y dirigiéndose, impetuosa, a examinar el montón de escombros que taponaban el acceso.

Marie estaba muy intranquila, no podía evitarlo y menos disimularlo. La francesa no comprendía como John parecía disfrutar con la inquietante situación y encima atreverse a admirar a la bruja de Nefiris. Si el no cogía las riendas lo haría ella.

—Seguramente arriba se darán cuenta de que faltamos y vendrán a buscarnos —trató de apaciguarla el inglés.

—¿Quién? ¿Los *fellah*? —replicó irónica la francesa—. Te recuerdo que Osama no está y que los obreros se podrían pasar diez horas sentados a la sombra sin echar de menos ni a sus propios pensamientos. ¿Y no querrás estar todavía aquí para cuando despierte Alí?

John empezó a pensar que quizá Marie tuviese razón. Desde luego, en la academia de policía, le habían enseñado mil formas distintas para reducir delincuentes, pero tenía la práctica bastante olvidada, no le apetecía enzarzarse en otra pelea con el egipcio.

—Está bien —otorgó—. ¿Qué sugieres?

—Que cojamos algún instrumento o herramienta del ajuar de los hermanos y los utilicemos para abrirnos paso, amontonaremos la tierra que saquemos en el pasillo.

—Bueno, me parece algo irreverente, pero dadas las circunstancias...

John no acabó la frase. Acató las órdenes de Marie y buscó entre los tesoros de Sheshonk y Nefiris hasta empuñar una espada de oro que parecía en buen estado; sería lo que usaría para escarbar un agujero por donde salir de allí. Marie, por su parte, se ocuparía de retirar los terrones desgajados usando una tabla de madera que

haría las veces de pala y que había arrancado del cofre menos decorado que había encontrado en la cámara donde reposaban los dos sarcófagos.

Todos los objetos de cobre, bronce y del, todavía raro, hierro habían acusado bastante el paso del tiempo y aparentaban un aspecto bastante quebradizo; por eso John se decidió a escoger una espada ceremonial, cuya hoja estaba fabricada de inalterable oro, para usarla como vulgar estaca.

Mirarla hacía más leve el trabajo, poseía una empuñadura que simulaba la figura del dios Horus, cuya cabeza de halcón, agrandada, hacía de extremo de la misma; la guarnición, que separaba el doble filo de la hoja de la mano que la blandía, aparentaba una alas desplegadas y en medio de las mismas había un gran escarabajo de negro azabache como adorno más vistoso.

A John le daba pena, pero era justo, Sheshonk les había metido en este lío y era de ley que el propio faraón les prestase parte de su menaje funerario para salir de semejante situación. Esperaba que sus colegas arqueólogos fuesen tan comprensivos como él lo era para consigo mismo, porque la espada iba a acabar destrozada, lo estaba viendo y sintiendo.

Marie, por su parte, seguía arrastrando la arena que sacaba John. La amontonaba a un lado del pasillo teniendo sumo cuidado para que la grava no tocase las pinturas del corredor y procurando no levantar mucho ruido para que el iracundo Alí, apoyado en la pared de enfrente, no despertase de su forzado sueño.

El inadecuado trozo de madera que estaba usando hacía muy penosa la tarea de la francesa, que no dejaba de mirar de soslayo al egipcio por si acaso volvía a embestirla.

—¿Crees que saldremos de aquí? —preguntó Marie al atareado John. —Seguro que sí, tengo todavía muchas cosas que hacer en la vida —contestó el inglés mientras se secaba el sudor que le corría por la frente y las sienes.

—¿Como cuáles? —indagó cautamente la arqueóloga.

—Ya te enterarás —emitió misterioso empezando otra vez a dar golpes con la dorada espada en la apelmazada tierra.

Marie sonrió, eso suponía que John por lo menos contaba con ella para el futuro cercano, si es que lo había.

Osama llegó al campamento cuando ya había pasado la hora de comer. Encontró a los obreros tumbados a la sombra. Por cómo se tocaban la barriga y por su perezosa apariencia, el teniente dedujo que acababan de terminar de degustar una copiosa comida de manos del joven Gamal. Ni se inmutaron cuando vieron llegar al que se suponía su inmediato jefe.

El militar recorrió con la mirada el reducto científico, no había rastro de los tres investigadores, creyendo que estarían comiendo entró en la tienda cocina, pero

tampoco halló noticia de los mismos. Preguntó a Gamal: todavía no habían aparecido para comer.

Salió y preguntó a Ahmed, el mayor de los Zarif. El trabajador informó a Osama que habían descubierto una nueva puerta y que, una vez abierta, los tres arqueólogos les dieron permiso para descansar mientras ellos exploraban en solitario las nuevas cámaras encontradas.

A Osama le pareció normal. Casi pensó en quedarse a esperar a que el trío se decidiese a salir probando la ternera asada con verduras que había preparado el cocinero, pero cambió de opinión cuando preguntó el tiempo que llevaban dentro de la tumba los científicos: casi cuatro horas le comunicó Ahmed. Quizá necesitasen las máscaras antigás que había traído de El Cairo. Decidió ver por sí mismo si todo seguía como lo había dejado. Cogió una linterna y entró en los dominios de Sheshonk.

Las oquedades estaban más silenciosas de lo habitual, o sería que producían más respeto si la persona que las recorría lo hacía completamente en solitario.

Osama llegó al principio de la trampa de tierra. Si todo había sucedido como le había contado Ahmed, ahora el corredor en pendiente estaría totalmente terminado y llevaría a una nueva estancia de la tumba. Tal vez los arqueólogos habían dado ya con el Arca, por eso tardaban tanto en salir.

Mientras se introdujo en la oquedad se le vinieron a la cabeza las palabras de su coronel, el imperturbable Yusuf. ¿Acaso tendría que pasar a la acción antes de lo esperado, antes de que mañana le llamase su superior para darle nuevas instrucciones?

Pensaba en cómo debería conducirse con los dos europeos. Aunque habían pasado poco tiempo juntos, éste había sido intenso y sentía cierto aprecio por ellos, como si fuesen dos compañeros de armas con los que hubiese compartido una batalla. No hay nada mejor para la amistad que poseer recuerdos comunes, y sólo los momentos más intensos perduran en la memoria. Osama sabía que los lazos forjados entre combatientes veteranos de la misma unidad eran más férreos que gruesas cadenas, pero éste no podía ser el caso.

Empezó a mentalizarse para lo que pudiera pasar, no debía permitirse ni un atisbo de sentimentalismo con los arqueólogos, si eso llegaba a suceder, dudaría, y si dudaba podía cometer algún error irreparable. Intentó buscar algún motivo para odiarlos, cualquier motivo. Mentirse a uno mismo es lo más fácil: solamente te pillan si tú quieres.

Mantecía estas luchas internas cuando el militar se percató de que algo iba mal. Los barrotes y las planchas que soportaban el techo parecían descolocados, algunos a punto de vencerse por el peso de lo que tenían encima. No tardó mucho hasta llegar a una zona en la que ya no se podía avanzar.

¡Se había producido un derrumbe! ¡Y, con total seguridad, los egiptólogos estaban al otro lado, atrapados o, quizá, enterrados bajo toneladas de tierra!

Una rápida idea, egoísta, como son todos los pensamientos fugaces, le cruzó de una parte a otra en su acelerada mente: si los arqueólogos habían sucumbido al fatal accidente, él no tendría que preocuparse por pensar en qué hacer con ellos si habían llegado a encontrar el Arca. Pero enseguida desechó la apresurada reflexión por inmoral, por inadecuada, lo primero era tratar de salvarlos, luego ya pensaría cómo dar el próximo paso.

Gritó para ver si podían oírle.

Nada.

A juzgar por la distancia que había recorrido, solamente se había debido derrumbar el tercio final del inclinado pasadizo.

Osama se dirigió otra vez al exterior, sin que le costase aparentar una cierta tranquilidad, la terapia que se había autoimpuesto de olvidar sus sentimientos para con los arqueólogos ya estaba dando sus frutos. Llamó a los trabajadores, todavía reposando la comida, y les puso al corriente del contratiempo: un tramo de la galería se había desmoronado y los tres científicos debían haber quedado incomunicados al otro lado.

Los obreros no tardaron mucho en ponerse en marcha, hasta Gamal abandonó sus tareas culinarias para ayudar en todo lo que pudiese.

Ahmed cogió el mando de la cuadrilla de rescate y ordenó a sus familiares las tareas que debían realizar, no cabía duda que el egipcio era un operario experimentado, parecía más un capataz que un simple trabajador.

El mayor de los Zarif se dedicó a volver a horadar el agujero, mientras los demás sacaban los capazos llenos de gravilla formando una cadena.

Osama se dedicó a enderezar y recolocar los hierros y tablones que se habían movido del almacén. Se preguntaba, desazonado, si la complicada disposición del declinante pasillo y la frágil estructura de los andamios que él había contribuido a montar habría sido la causa del derrumbe.

Ahmed tardó un par de horas en llegar a la parte donde el pasaje hacía su obligado giro a la derecha, ya había llegado a tocar la pared de piedra del depósito. Habían avanzado deprisa y la mayor dificultad era, aparte de cavar, el apartar los retorcidos postes y traviesas que habían formado parte del esqueleto del túnel.

Aunque Ahmed encontró algo más: una aguda lámina de piedra que no acertaba a comprender de dónde había salido y que partía por la mitad el trayecto del primitivo corredor. Llamó a Osama.

El militar se acercó a observar el monolito, pero él tampoco conseguía encontrar una razón lógica que explicase su presencia allí. En eso estaba cuando la losa se estremeció. Alguien la había golpeado desde el otro lado.

Osama y Ahmed dieron un paso hacía atrás, el golpe había hecho retumbar la galería y un polvillo fino empezó a caer sobre sus cabezas, escurriéndose por las juntas de la tablazón que sujetaba el techo.

—¡John! ¿Eres tú? —vociferó el teniente. Esperó unos segundos. Después gritó más fuerte.

—¡John! ¡Marie! ¡Alí!

—¡Sí, sí! ¡Estamos aquí abajo! —sonó por fin una apagada voz desde el otro lado de la lápida.

—¡Apartaos de ahí, vamos a taladrar esta piedra! —advirtió el militar.

Cuando Ahmed consiguió por fin abrir una brecha en la roca pudieron ver a unos irreconocibles Marie y John. Tenían la cara, el cuello y los brazos enteramente cubiertos de una pasta negra, tierra mezclada con sudor, que se les había pegado a la piel. Parecía que les hubiesen lanzado cemento por encima; además, sus ropas, para acompañar su aspecto, estaban absolutamente mugrientas.

Les ayudaron a salir, aunque John no se marchó hasta asegurarse que también recogían al todavía desvanecido Alí.

Cuando Osama le preguntó qué le había pasado a su compatriota, John escuetamente le contó que habían sufrido un accidente, sin especificar cuál.

Fuera era ya algo tarde y, aunque todavía quemaba el dueño del horizonte, no fue obstáculo para que los dos europeos se sentaran en su regazo, pidiéndole amparo. Ver el sol después de pasar tanto tiempo enterrados vivos era realmente agradable, el astro les devolvía las fuerzas y el resuello que les había succionado la tierra.

Alí no tardó mucho tiempo en recuperarse, ayudado por el balde de agua que le arrojaron sobre la cara.

Se acordaba perfectamente de todo lo que había pasado allí abajo y... se avergonzaba de su comportamiento. Había caído nuevamente presa del más despreciable pánico, casi se podía decir que, técnicamente, había intentado matar a Marie. Se asustó y decidió emprender un salto hacia delante, todo para intentar protegerse de cualquier acusación.

Se levantó y se dirigió decidido hacia los dos europeos, que todavía descansaban sus nervios al sol, semitumbados en el centro del recinto del campamento.

—¡Estúpidos irresponsables! —exclamó delante de todo el mundo—. ¡Por culpa de vuestra precipitación casi muero dos veces en esta maldita tumba! ¡No volveré a excavar con vosotros! ¡Por mí podéis coger el Arca y metéros la donde os quepa!

Dicho esto el egipcio dio media vuelta y se metió en su tienda, sin esperar ninguna réplica por parte de los atónitos europeos, que no hacían más que mirarse y poner gesto de no entender nada.

La jugada que Alí buscaba con sus exabruptos era simple: por una parte exonerarse de cualquier responsabilidad en el accidente; por otra, restar importancia a

su ataque de nervios para con Marie echando la culpa de lo sucedido a la propia francesa; y, lo que es más importante, evitar tener que entrar otra vez en los subterráneos con el riesgo de ponerse otra vez en evidencia.

El envite del egipcio fue eficaz. John y Marie empezaron a pensar que tal vez habían actuado con irreflexión manipulando un cilindro que al final había resultado ser el resorte que destrababa otra de las trampas de Sheshonk y Nefiris. Tenían que haber sido más cautos, máxime sabiendo ya de sobra a lo que se enfrentaban.

Explicaron a Osama que Marie, al tocar el rodillo situado sobre la puerta de entrada, éste se había soltado y había liberado una puntiaguda losa que había penetrado en el deposito de tierra como un cuchillo corta la mantequilla. Por supuesto, había destrozado el armazón de la galería que habían excavado, con el siniestro resultado de sepultarlos vivos. Si no hubiesen recibido ayuda desde fuera se hubiesen quedado sin aire y sin fuerzas antes de poder salir de allí.

No llegaron a mencionar el conato de locura de Alí, se sentían un poco responsables de la pérdida de autodomínio del egipcio; pero, sobre todo, también veían con buenos ojos el que no volviese a excavar con ellos, era un auténtico peligro trabajar con él y sus fobias. Así que dejaron las cosas como estaban.

El enfrentamiento entre Alí y los europeos le vino bien a Osama, como excusa, en su lucha interna por desembarazarse de cualquier estima y aprecio por los dos extranjeros. Desde luego, se pondría del lado de su compatriota, pero había algo que le impedía ser más diáfano y explícito en la manifestación exterior de sus nuevas actitudes: por lo que le habían contado Marie y John todavía no habían conseguido dar con el Arca.

Se imponía entonces la cautela, Osama sabía que necesitaba de la intuición y lucidez de Marie y John para encontrar el objeto lo más rápidamente posible, la confianza profesional que le inspiraba Alí era mucho menor que la de los dos occidentales.

El teniente esperó a que el detective y la doctora se lavasen, comiesen y descansasen un rato antes de dirigirse nuevamente a ellos, porque había un asunto de vital importancia que no había quedado claro en su anterior conversación.

Les encontró tomando té en la tienda cocina, charlando íntima y amigablemente, ya era casi noche cerrada y los trabajadores se habían ido a su aldea a descansar de tan ajetreada jornada hacía ya un buen rato.

—Le he llevado algo de comida a Alí —dijo el teniente nada más traspasar el umbral—, está tan enfadado que no quiere salir de su tienda.

—Espero que mañana se le hayan calmado un poco sus arrebatos —suspiró Marie.

—Sí, seguro, mañana se habrá olvidado de todo —aseguró conciliador el teniente.

—Esta excavación nos está desquiciando a todos —dijo John a modo de disculpa

del conservador del Museo de El Cairo.

—Esperemos que nos quede poco tiempo para acabar con nuestro trabajo —deseó Marie.

—Eso es lo que quería preguntaros —declaró Osama, contento de que hubiesen introducido en la conversación el único tema que le preocupaba.

—¿El qué? —preguntó John.

—¿Cuál es el próximo paso que vamos a dar? Si en esas cámaras que habéis explorado no está el Arca, ¿dónde puede estar? ¿Tenéis alguna idea?

Osama, para dar menos importancia a los trascendentales interrogantes que acababa de lanzar, se levantó de su asiento y rebuscó entre las cacerolas de Gamal para ver si podía comer algo. Estaba claro que Alí no saldría de su cubil esa noche y que Marie y John, que habían juntado forzosamente la comida con la cena por su incidente subterráneo, tampoco cenarían hoy por lo reciente de su última colación.

Marie le contestó mientras el egipcio se servía un plato de legumbres guisadas con patatas.

—Seguiremos la única pista que tenemos —difundió la francesa—, la inscripción que encontramos en la puerta de entrada del depósito de tierra. Precisamente John y yo lo estábamos discutiendo ahora mismo.

Osama dudaba, no se acordaba de las palabras exactas de la inscripción. John acudió en ayuda de su memoria.

—En esos jeroglíficos se aseguraba que la forma perfecta tenía tres puntos, como una pirámide bidimensional, y que nosotros estábamos en la cúspide de la imaginaria figura. Pues bien, hemos explorado solamente otro vértice, el inferior derecho...

—Con lo que nos queda el último —interrumpió Marie—, el de la izquierda.

John sacó el plano donde dibujaba cualquier nueva cámara que encontraba, la línea discontinua de la izquierda que formaba la pirámide ya había sido trazada hacía tiempo, Osama recordaba haberla visto antes, llevaba justo debajo de la primera entrada de la tumba.

—¿Cómo llegaremos hasta ese punto? —preguntó el militar.

—Por la trampa de tierra —decretó Marie sin ningún amago de duda en su dicción—. Cavaremos un nuevo túnel desde la entrada de la habitación donde reposan los restos de Sheshonk y Nefiris, pero en sentido contrario, horizontalmente, siguiendo la base del depósito de tierra, hasta dar con la pared opuesta, seguro que allí encontraremos una nueva puerta.

—La solución más segura sería vaciar de escombros toda la cavidad rocosa hasta encontrar cualquier atisbo de nueva cámara —observó John explicando las posibilidades a Osama con la punta de un bolígrafo sobre el dibujo—, pero eso nos llevaría muchísimo trabajo y también mucho más tiempo.

—Eso no es posible —otorgó el teniente.

—Otra solución sería cavar verticalmente un pozo siguiendo la altura del triángulo formado por las líneas discontinuas, pero será más difícil sacar la tierra — siguió explicando el inglés.

—Ya veo —dijo Osama mientras seguía comiendo, muy atento sin embargo a lo que le contaban.

—Hemos pensado también usar el pasillo que hemos descubierto hoy para apilar la tierra que desescombremos excavando el nuevo corredor horizontal —determinó Marie—. Así nos ahorraremos trabajo transportando la arena hasta el exterior y tapiaremos, de paso, la cámara de los tesoros de Sheshonk, preservándola así para futuros estudios. Lo único que necesitaremos es un buen número de sacos para que no se desparrame la arena por la cámara.

—No cogerá mucha, el pasillo apenas tiene 10 metros —añadió John—, pero por lo menos nos ahorrará algo de esfuerzo.

—Bien, estoy de acuerdo —asintió el teniente.

—Los trabajadores habían comprado también sacos, ¿verdad? —quiso saber Marie.

—Sí, hay sacos de sobra, yo se los encargué para que los emplearan en la excavación del túnel inclinado, por si hacían falta, aunque al final los obreros usaron exclusivamente los capazos para transportar la grava —le confirmó Osama a la doctora.

El teniente siguió comiendo en silencio, aunque esta vez fue él mismo quien suspendió su deglución para efectuar una pregunta de la que no esperaba respuesta cierta.

—¿Creéis que el Arca estará en ese lugar?

—No sé si encontraremos el Arca, pero algo encontraremos, eso seguro —opinó Marie con sorna.

—¿Compraste las máscaras? —interpeló de repente John, que con el comentario de la francesa acababa de caer en que posiblemente la cuarta trampa, o el cuarto principio, el del aire, les estaría esperando en ese rincón de la tumba.

—Sí, pero solamente he podido conseguir tres —respondió el militar.

—Bueno, trataremos de apañarnos —dijo Marie.

Osama terminó de cenar y se sirvió un vaso de té.

Marie estaba tan cansada que estaba perdiendo el sentido de la realidad, como si la somnolencia que habita entre la vigilia y el sueño profundo estuviese ya deformando sus percepciones, veía beber té a Osama a cámara lenta, tan despacio que parecía que el tiempo estaba a punto de detenerse. Se despidió para irse a dormir, los intensos días de excavación estaban empezando a pasar factura al derrengado cuerpo de la francesa.

John también se sentía agotado, aunque más que físicamente lo que de verdad

sentía era un auténtico colapso intelectual. Trataba por todos los medios de trazar un plan para mañana, de repasar todas las posibilidades, de imaginar cómo podrían evitar la nueva trampa de Sheshonk, pero era incapaz. Cualquier cosa servía de pretexto para que su mente se distrajese y se vaciase por completo. Observaba a Osama mientras apuraba su té porque era lo único que se movía en el habitáculo de la tienda comedor. Seguía sus movimientos distraído, como si estuviese mirando un monitor de televisión que estuviese emitiendo un programa aburridísimo y sin interés pero del que, aun así, no podía apartar la atención porque nada más llamativo ocurría a su alrededor.

El inglés no tardó en imitar a su compañera e irse a su tienda a dormir. Mañana sería otro día.

Osama, sin embargo, más fresco y sin nada de sueño, sí pensaba en lo que el destino podría depararles en las próximas horas. Creía que, a ciencia cierta, tendrían que vérselas con otro ardid de Sheshonk y Nefiris porque, a estas alturas, ya no dudaba que la trampa existiría; incluso que serían tan tontos, o tan poco listos, como para caer en ella con todo el equipo. Aunque el teniente esperaba hacerlo, por lo menos, con las caretas antigás puestas.

Decidió dar una vuelta por el campamento, así de paso controlaría un poco a los vigilantes, hacía muchos días que no lo hacía, no por dejadez sino por puro cansancio.

Salió al exterior. No se les veía por ningún sitio, ni siquiera estaban resguardados dentro de los coches. Abrió una de las cremalleras que separaban el recinto del crudo desierto, asomó la cabeza y entonces les distinguió. Los dos guardas estaban a más de 50 metros del campamento, sobre una duna, oteando el horizonte y señalando, uno de ellos, a algún desconocido lugar iluminado por la clara luz de la luna.

Osama les observó durante un buen rato y, por un momento, los envidió. No sabía por qué.

Algo deprimido, se fue, también él, a tratar de descansar.

Alí se levantó muy temprano ese jueves, y eso que poco había podido dormir durante la noche, sus pesadumbres le atormentaban como avispas enloquecidas. No quería ver a nadie y el pequeño recinto del campamento se le hacía cada vez más insufrible. Deseaba irse de allí, pero era imposible, no podía defraudar a su tío Ayman, traicionar la confianza que había puesto en él. Tenía también miedo porque su carrera se viese seriamente comprometida por el ataque que había perpetrado en el día de ayer contra la doctora francesa, incluso podía ser acusado de intento de asesinato, aunque cualquier juez le exoneraría de culpa aludiendo el eximente de locura mental transitoria, si bien eso no le consolaba lo más mínimo. Estaba en una encrucijada y todos los caminos le llevaban al abismo.

Desayunó tratando de tranquilizarse, pero era incapaz. Había perdido el dominio de sus actos y, por consiguiente, también el de su destino. Sólo le quedaba abandonarse al futuro.

De repente, Marie entró en la tienda cocina, también ella se había levantado pronto. Se encontró cara a cara con un desencajado Alí, sentado inmóvil en una silla, mirándola fijamente. Se detuvo en seco en el quicio de lona de la puerta durante unos interminables segundos; hasta que reaccionó tratando de aparentar normalidad.

—Buenos días Alí —dijo mientras se dirigía a los fogones a prepararse un café.

—Buenos días —contestó el egipcio haciendo un esfuerzo por articular las palabras sin que le temblase la voz.

Hubo otro minuto de tensa espera. Alí se obligó a romperlo con todo el coraje de su voluntad.

—Tengo que pedirte perdón por lo que pasó ayer, perdí los nervios —logró disculparse el egipcio.

—No te preocupes Alí, vamos a olvidarlo —propuso una conciliadora Marie.

Pero una cosa es que te perdonen y otra muy distinta que uno se perdone a sí mismo. A Alí no le supuso ningún alivio la declaración de la doctora, cada vez que la veía recordaba lo que había pasado. Optó por autoexcluirse del mundo, lo que suelen hacer todos los que no aguantan la omnipresente realidad.

—Creo que no debería volver a bajar al yacimiento —manifestó el egipcio con un débil hilo de voz.

—No es necesario tomar ninguna de esas medidas, como te he dicho ya lo tengo olvidado —dijo con firmeza la francesa, pero evitando mirar a los ojos a su suplicante interlocutor.

Marie trataba de levantar la moral del abatido egiptólogo, por eso le animó a continuar como si nada hubiese pasado; sin embargo, en el fondo, sabía que esa decisión era la mejor, Alí podía volver a sufrir otro ataque de histerismo en cualquier

momento y las profundidades de una tumba tan peligrosa como la de Sheshonk no era el mejor sitio para curarse los nervios.

—No, está decidido, no volveré a intervenir en la excavación —reiteró el egipcio.

Dicho esto, Alí apuró su té y salió de la tienda cabizbajo. Cuando lo hizo se cruzó con John y Osama que, recién levantados, se dirigían allí para comer algo. Apenas intercambió un mero saludo protocolario con ambos y se marchó a resguardarse a la cabina de uno de los vehículos todoterreno, tenía decidido escuchar la radio durante todo el día.

—¿Qué ha pasado? —interrogó John a su compañera cuando el conservador del Museo de El Cairo se alejó.

—Nada, me ha pedido perdón por lo de ayer y me ha comunicado que no volverá a participar en los trabajos de excavación.

—¿Qué pasó ayer? —preguntó el militar.

Marie callaba, trataba de restar importancia al incidente, de arrinconarlo en el recuerdo, para ella tampoco había sido una experiencia precisamente agradable. Pero Osama, que aún no sabía nada del suceso, mostraba una cara con tamaña perplejidad que John tuvo que aventurar una rápida explicación para paliar su ataque de extrañeza.

—Ayer, cuando se activo la trampa, Alí sufrió un ataque de nervios y se abalanzó contra Marie agarrándola por el cuello.

—¿De verdad? —emitió incrédulo el teniente.

—Sí, pero no pasó nada, vamos a dejarlo estar —espetó la doctora tajante.

Osama sabía que algo raro le pasaba a su compatriota en los sitios cerrados, ya lo había experimentado en la trampa del sol, por eso no le extrañó mucho lo que le contaban los dos arqueólogos. Sí, pensó, sería mejor echar tierra sobre el asunto. Él tampoco quería perjudicar a Alí en su carrera, además sabía que podía ser un aliado para lo que alcanzara a suceder a partir de ahora y que los enemigos, en todo caso, serían los dos europeos.

Casi inmediatamente recordó que hoy a las doce debía aguardar la llamada de Yusuf, su superior, a ciencia cierta éste le comunicaría nuevas instrucciones. Decidió no mencionarle el incidente al coronel cuando hablase con él, nadie ganaba nada sabiéndolo.

Las órdenes de Marie le sacaron de su ensimismamiento.

—Hoy excavaremos el túnel horizontal de acuerdo a los planes de ayer —dictó la francesa—. John y yo supervisaremos los trabajos, dejaremos tranquilo a Alí por ahora hasta que se le pase su...

Marie no encontraba la palabra, no quería decir locura, ni neurosis, ni trauma, ni siquiera trastorno emocional. John salió en su ayuda.

—¿Su desfallecimiento? —opinó el inglés tímidamente.

—Eso mismo —aprobó la francesa—. Bien, manos a la obra.

Fue salir de la carpa donde habían desayunado y ver aparecer los coches de los obreros con la consabida nube de polvo que arrastraban tras ellos. Marie, con ayuda de Osama, les puso al corriente rápidamente de su tarea de hoy. Como siempre, los *fellah* no emitieron ninguna objeción, observación o réplica, se limitaron a recoger las herramientas e introducirse en la tumba para pasar otra agotadora jornada de trabajo.

Osama, al que Marie no le había asignado ninguna función específica, se limitó a ayudar en el engorroso transporte de escorias hasta el pasillo que llevaba a la cámara donde descansaban Sheshonk y Nefiris. Ayer, mientras rescataba a los arqueólogos del derrumbamiento, le había dado tiempo a echar un somero vistazo a la multitud de maravillas que contenía la habitación. No quería que ningún objeto valioso desapareciese, eso también formaba parte de su responsabilidad, por ello se asignó el puesto de último eslabón en la cadena de desescombros, quería taponar el pasadizo por completo usando los sacos, antes de tener que marcharse al exterior para esperar la llamada de teléfono de las 12 horas.

El trabajo se desarrollaba a marchas forzadas. Estaban cavando un túnel horizontal, totalmente recto, que prolongaba en dirección contraria el último pasaje descubierto de la tumba. Muchas veces, cuando Ahmed percutía con el taladro en el suelo del corredor, tocaba roca desnuda, lo que significaba que la trampa de tierra no tenía más profundidad, que debajo de las toneladas de tierra sedimentaria que pendían encima de sus cabezas proseguía, inalterable, la rotundidad de la pequeña montaña donde estaba inscrito el sepulcro.

Osama había tapiado con tres hiladas de sacos repletos de cascotes el camino que conducía a los sepulcros del faraón y su reina consorte. Dada la arenosa muralla recién erigida, ambos podrían descansar un poco más sin ser molestados por nadie.

A punto de llegar el mediodía y con una banal excusa, el teniente se dirigió hacia el exterior, dejando encargado a Husayn para que le sustituyera. Marie y John, preocupados de apuntalar los andamios que daban consistencia a la nueva galería, ni siquiera le echaron de menos.

Cuando llegó al camión ya estaba sonando el teléfono. Se apresuró a descolgarlo.

—¿Sí? —dijo a modo de saludo.

—Osama ¿eres tú? —contestó desde el otro lado de la línea la inconfundible voz de Yusuf, aunque con un deje algo cansado.

—Sí, soy yo —confirmó el teniente.

—¿Hay alguna novedad?

—No, seguimos trabajando en ello.

—Bien, estupendo —dijo el coronel mientras parecía darse un instante para pensar—. Todavía no tengo órdenes para ti, aquí las cosas se han agitado bastante, necesito más tiempo para efectuar un par de diligencias.

—De acuerdo —contestó Osama aprovechando la pausa en la conversación.

—Esta tarde, a las 7, te volveré a llamar.

—De acuerdo —repitió maquinalmente el teniente.

—Hasta entonces —se despidió el coronel Yusuf.

El diálogo había dejado intranquilo a Osama, más de lo que ya estaba. Si un zorro como Yusuf necesitaba más tiempo, eso significaba que el asunto de la supuesta arma encerrada en el Arca había tenido que pulsar los resortes más altos del gobierno egipcio. El militar temía, como todos los de su gremio, las decisiones que podían tomar un atajo de políticos y burócratas más apegados a su sillón que a otra cosa en el mundo.

Tampoco contribuyó al aplacamiento de sus nervios el tono de duda que notó en la voz de su superior, el otrora firme coronel parecía no tenerlo nada claro en esta ocasión.

Poco podía hacer salvo esperar acontecimientos, volvió a enterrarse en la tumba para seguir trabajando, esa era la mejor terapia para debilitar los pensamientos incómodos.

Al mediodía pararon puntuales para comer, habían avanzado aproximadamente quince metros, casi la mitad del trabajo estaba hecho.

El almuerzo fue consistente, Gamal era plenamente consciente de que sus familiares habían quemado las suficientes calorías como para permitirse un homenaje gastronómico. Nuevamente un cordero fue sacrificado para la ocasión, el alimento máspreciado de las especialidades culinarias egipcias, y también el más caro. Como el cocinero no tenía problemas de presupuesto solía abusar del plato, aunque procuraba prepararlo de diferentes formas para no hastiar el gusto de sus comensales.

En esta ocasión ni siquiera parecía cordero, se había preocupado en deshuesar completamente la carne y cortarla en tiras, freírla y después servirla con salsa picante y una abundante guarnición de verduras hervidas. Los hambrientos trabajadores, incluidos arqueólogos y jefes de logística, no dejaron nada, aunque tampoco se quedaron con hambre.

Osama se preocupó de informarse de la situación de Alí, el arqueólogo egipcio no había aparecido para comer. Gamal le contó que hacía un rato se había pasado por allí para hacerse un bocadillo que se había llevado con él.

El teniente no preguntó nada más.

Después de darse un rato para hacer la pesada digestión, Marie decidió que era hora de reanudar la enojosa faena. Todos entraron en la madriguera de Sheshonk arrastrando los pies.

Al poco de proseguir con sus labores de zapa tuvieron que variar la organización del trabajo, el pasillo donde estaban apilando los sacos se mostraba ya rebosante de escombros. Esto comportaba que tendrían que alargar nuevamente la cadena de

transporte de materiales de desecho hasta el exterior de la tumba, con lo que esto significaba: más trabajo para todos y más lentitud en el avance de la excavación. Hasta Ahmed, en ocasiones, tenía que parar de taladrar y ponerse a ayudar a su hermano Amir a llenar los capazos porque la arena se acumulaba a sus pies.

Asimismo, Marie y John, ahora se ocupaban más de ayudar en la cadena de transporte que de asegurar el corredor con nuevos refuerzos metálicos.

Cada metro que avanzaban les costaba más y más esfuerzo.

Así dieron las siete.

Osama, que había vuelto a escabullirse del tenebroso interior de la tumba sin que los arqueólogos se percatasen, se encontraba resoplando al lado del teléfono de la cabina del camión. El duro trajín había contribuido a que el tiempo hasta esa otra llamada pasase rápido, casi sin sentir y sin preocuparse de otros cuidados, pero ahora se sentía agotado, incapaz de entablar una conversación mínimamente compleja.

El timbrazo se produjo pasados diez minutos de las siete, lo que le dio tiempo a recuperar un tanto la perdida agudeza mental. Osama cogió el auricular casi al vuelo, sin esperar un segundo aviso.

—¿Sí? —contestó.

—¿Osama?

Era, sin duda, el coronel Yusuf, con una voz más rígida y autoritaria que la que había mostrado por la mañana.

—Sí, soy yo —respondió el fatigado teniente Osman.

—¿Alguna novedad?

—No, pero debemos estar a punto de llegar, quizá dentro de una hora o dos podamos acceder al interior de otra cámara que podría ser la definitiva —reveló el militar juzgando el avanzado estado del túnel que estaban construyendo.

El interlocutor no respondió hasta pasados cinco segundos.

—Los planes han cambiado, el objeto ya no viajará a centroeuropa, será retenido durante unos días aquí en Egipto para su estudio —empezó a explicar la dominante voz de Yusuf—. Tú te encargarás de su custodia y salvaguardia. ¿Comprendes?

—Sí, perfectamente —convino Osama.

—Bien, esto es lo que quiero que hagas, presta atención —continuó Yusuf—. Retén el objeto en la tumba hasta mañana por la mañana, espera a que aparezca un destacamento militar que voy a enviar a la zona, entonces sácalo. Tú seguirás manteniendo el mando, ¿de acuerdo?

—Sí —contestó escuetamente el teniente.

—Traslada entonces el objeto hasta el cuartel que tienes asignado, allí nos veremos.

—A la orden —acató el militar casi en posición de firmes desde dentro del camión.

—¿Alguna pregunta?

—Sí, ¿qué hago con los arqueólogos?

—Retenlos allí por ahora, todavía no sé qué hacer con ellos, enciérralos en algún sitio y ponlos bajo la custodia de un par de soldados hasta que tome una decisión.

Yusuf odiaba no poder ser más específico, pero confiaba en la capacidad de iniciativa de su pupilo.

—Ten cuidado sobre todo con el inglés —añadió al cabo de un segundo—, es un agente del gobierno británico. Ya imagino que habréis vivido una semana muy intensa y quizá hasta hayáis congeniado, pero no te confíes.

—Entiendo —rezongó Osama, eso no era problema para él.

—Y no permitas, por nada del mundo, que se pongan en contacto con sus respectivos países —advirtió categórico el poderoso funcionario.

—¿Y Alí?

El coronel parecía haber olvidado al miembro egipcio de la expedición, por lo menos no aparentaba tener un plan predeterminado para él. Improvisó uno.

—¡Ah sí! ¡Alí Khalil! —dijo pronunciando su nombre completo para reparar su distracción—. Cuando tengas el objeto a salvo, ocúpate de darle mis más efusivas gracias por su trabajo, proporciónale un coche y que vuelva a su casa, que se tome unas vacaciones y que no diga nada a nadie. Prométele un ascenso para cuando se reincorpore al trabajo si quieres, ya sabes, esas cosas.

—De acuerdo —afirmó Osama.

—¿Tienes alguna duda más? —preguntó Yusuf para asegurarse que todo quedaba meridianamente claro.

—No, ninguna.

—Estupendo, dame tu posición exacta y se la haré llegar al jefe del comando que mañana se reunirá contigo.

El teniente Osman facilitó a su superior las coordenadas que dictaba el GPS de la ubicación de la tumba, hacía tiempo que se las sabía de memoria.

—Pues eso es todo, mañana nos veremos.

Osama esperaba la fulminante interrupción del diálogo, pero esta vez Yusuf se resistía a colgar. Parecía dudar entre contarle algo o no hacerle partícipe de ello. Por fin, el coronel se decidió, siempre trataba de cuidar al máximo a sus hombres y de proporcionarles toda la información disponible. Así se ganaba una confianza y lealtad inquebrantables.

Ahora había cambiado el tono dictatorial y se dirigía a su subordinado como si fuese un padre amonestando a su hijo.

—Escucha Osama, ten mucho cuidado, aquí las cosas se han desmadrado un poco, ya puedes imaginar la conmoción que ha causado la noticia que me diste ayer. No he conseguido controlar su difusión y eso me intranquiliza, puede que la

información haya caído en oídos ajenos y alguien se decida a efectuar algún movimiento extraño, ¿entiendes?

—Sí, del todo.

—Bien, suerte y hasta mañana.

Ahora sí que Osama percibió el ruido constante que indicaba el fin de la comunicación. Yusuf había colgado otra vez dejándole lleno de preocupaciones.

Lo que más le había alarmado era esa velada advertencia de que los israelíes, no podían ser otros, pudieran conocer el asunto del arma e intentar una jugada desesperada para hacerse con el Arca y sus supuestos secretos antes que nadie. Cosas más increíbles se habían atrevido a ejecutar unos competentes servicios secretos con inmunidad plena y patente de corso para actuar en otros países, amigos, neutrales o enemigos, eso les daba lo mismo.

Cuando salió del camión, Osama distinguió a Alí entrando en la tienda cocina. Seguro que había ido a buscar comida para no tener que encontrarse con ellos a la hora de la cena. Mala cosa era cuando un hombre se hace taciturno y esquivo, pensó el teniente. El trato con el resto de nuestros congéneres es lo único que nos salva de caer en la desesperación más absoluta.

Osama había sido testigo de alguna que otra neurosis de guerra y sabía que cuando una persona llega a la conclusión de que no tiene valor, de que es un cobarde, tiende a aislarse de sus semejantes pensando que todo el mundo lo desprecia y, como contrapartida, acaba despreciando a todo el mundo y escapando de la realidad.

En otra situación más relajada habría tratado de hablar con su compatriota, de calmarle, de salvarle de su incipiente locura; pero ahora mismo no estaba en posición de hacer de buen samaritano, bastantes preocupaciones tenía ya. En cuanto tuviese el Arca le mandaría para casa y se olvidaría de él.

Con paso decidido volvió a meterse en la tumba, ahora que sabía a qué atenerse estaba mucho más despejado; la adrenalina, gota a gota, empezaba a llenar sus venas y a curarle de cualquier incertidumbre; casi podía notar su ácido sabor. Dentro de poco pasaría otra vez a la acción, por eso le encantaba servir en el ejército.

Osama llegó hasta el área donde estaban Marie y John, que seguían acarreando cestos llenos de pesada arena.

—¿Qué? ¿Cómo va la cosa? —preguntó a ambos en cuanto les distinguió en la oscuridad del agujero.

—Pues, bien, debemos estar a punto de llegar si el plano de John es correcto, llevamos horadados unos 30 metros de túnel —dijo Marie mientras se secaba el sudor de la frente con la manga de su polvorienta camisa de algodón, ya de todo menos blanca.

Fue decirlo cuando la taladradora de Ahmed hizo un sonido inconfundible, había tocado en algo duro.

Fueron hasta donde estaba el egipcio y enfocaron sus linternas hasta casi deslumbrarle. Había llegado a la piedra, sin duda, del otro lado de la pared del depósito de tierra, debían estar ahora justo debajo de la entrada de la trampa de Tatenen.

—Bueno Osama —propuso Marie satisfecha—, di a los trabajadores que salgan, la jornada ha acabado por hoy para ellos, aunque nosotros seguiremos un poco más.

En cuanto los *fellah* desalojaron el corredor, limpiaron mejor la desnuda pared, trabajada y cortada tan bastamente como su paralela hermana.

—Se supone que por aquí debería haber otra puerta, ¿no es así? —preguntó Marie al inglés mientras con un pequeño pico agrandaba la superficie limpia de la base del farallón.

—Tal vez nos hemos vuelto a desviar —planteó John tratando de llenar un cesto con la multitud de partículas que desprendía su enérgica compañera.

A los diez minutos John tenía ya el pelo atestado de tierra por la acción del anárquico martilleo de Marie; pero, de pronto, dejó de caerle arena en la cabeza, la francesa había parado de golpear y ahora se dedicaba a limpiar con la mano la superficie de la roca.

—Aquí hay algo —dijo triunfante.

—¿Una puerta? —preguntó Osama desde detrás.

—Un marco de piedra —contestó la francesa—. Dejadme la taladradora.

Marie, ya sabiendo fehacientemente dónde estaba la siguiente entrada, un poco escorada a la derecha de donde terminaba forzosamente el túnel que habían escarbado, no tardó ni 15 minutos en despejar toda la tierra que tapaba el nuevo acceso de la tumba de Sheshonk y Nefiris.

John y Osama la ayudaron sacando la menuda grava que producía la francesa, pero no se molestaron en transportarla al exterior, únicamente se limitaron a desparramarla uniformemente a lo largo del suelo del nuevo corredor recién practicado.

Marie no se acercó mucho con el taladro a la puerta para no dañarla, así que luego le tocó lustrarla con un cepillo de duras cerdas. A medida que lo hacía pudo ver el inquietante bajorrelieve con el que estaba decorada la entrada al nuevo aposento del palacio subterráneo. Era una formidable silueta de Shu, el dios etéreo.

—Os presento a nuestro cuarto y último amigo —reveló Marie apartándose de la lápida y dejando hueco para que echasen un vistazo John y Osama, que esperaban expectantes a que la francesa acabase con sus tareas de limpieza.

En un bloque de granito esperaba eternamente una figura sedente, de perfil, enteramente semejante en su fábrica y hechuras a la de los otros tres dioses que habían entorpecido hasta ahora el camino: Ra, Hapi y Tatenen.

La divinidad que había levantado el cielo, y cuyos huesos y carnes eran tenidos

por la niebla y las nubes del mundo, ostentaba una fiera cabeza de león con los ojos saltones, las fauces abiertas y los colmillos exageradamente prolongados, si quisiera cerrar la boca se vería impedido de hacerlo. Las melenas del carnicero ondeaban al viento, puntiagudas, electrificadas, casi como si el dios animal reflejase en su rostro el sobresalto que producía en los que lo veían por primera vez. Era una figura que transmitía pavor.

A su alrededor, esquemáticos y simétricos remolinos tallados en la piedra simulaban el aire que salía de sus fauces y que alborotaban, en extraña circulación aérea, sus desparramados cabellos.

No había un solo jeroglífico esculpido en la losa.

Marie habló sólo después de dejar que sus colegas absorbieran la turbulenta aura que expelía la efigie.

—Vamos a abrirla, algo me dice que tras esta losa está lo que buscamos —espetó Marie presa de la excitación que produce verse tan cerca de la meta.

—Antes tendremos que ponernos las caretas antigás —opinó John de acuerdo con su antigua profesora—. Subiré a por ellas.

—No —resolvió Osama con un tono que difícilmente admitía cualquier atisbo de réplica.

Marie se quedó quieta, intentando esquivar la oscuridad para fijar la linterna y su mirada en los ojos del teniente, esperando una explicación. Era la primera vez que alguien le cuestionaba una decisión durante los diez intensos días que ya duraba la expedición.

John también se mostraba extrañado, el silencio tiraba de su piel, tensándola.

Osama trató de ser inteligente e inventarse alguna excusa, no quería descubrir sus cartas tan pronto, todavía necesitaba a los investigadores, su saber, sus premoniciones e intuiciones. Nadie sabía lo que ocultaba esa estela con el dios Shu esculpido, quizá la tumba continuaba en más pasadizos y habitaciones.

—Es mejor que lo hagamos mañana —dijo el teniente señalando su reloj—. Hoy es muy tarde y estamos cansados, podríamos incurrir en algún descuido o error.

Tras unos segundos de vacilación Marie aceptó, no quería discutir y enemistarse con Osama, no le convenía tener en contra a todos los integrantes egipcios del equipo.

Fueron saliendo ordenadamente, sin decir una palabra más.

Los trabajadores habían aprovechado para cenar antes de irse a su aldea, todavía remoloneaban por el recinto del campamento charlando con sus mayores, los vigilantes Ismail y Omar, que acababan de llegar y también aprovechaban para comer algo antes de ponerse a dar vueltas o sentarse en algún rincón.

No era tan tarde como para parar de trabajar, aunque sí para emprender una nueva ocupación. Quizá tuviese razón Osama, mañana contarían con los cinco sentidos, hoy

ya carecían de alguno, había sido una larga jornada.

Los dos europeos se sentaron un rato a la entrada de la tumba, observando la muerte del día, aunque los revueltos toldos que flanqueaban el recinto les impedían ver el sanguíneo ocaso en toda su magnificencia. Estaban tan fatigados que ni se les pasó por la cabeza franquear la barrera de lonas para gozar del espectáculo, todos los atardeceres son iguales, se decían mintiéndose.

Osama, desde la distancia, no les quitaba ojo.

—Quizá deberíamos comunicarnos hoy con nuestros contactos, allí en la lejana Europa, ¿no crees? —intervino John mientras trataba de sacudirse toda la arena que se le había metido entre los cabellos.

—¿Tú crees que se acordarán de nosotros? —preguntó Marie al tiempo que empapaba un pañuelo usando una botella de agua para limpiarse los chorretones de seco y renegrido sudor que le teñían el rostro y el cuello.

—De ti no sé, pero de mí seguro. Probablemente me degradarán en cuanto me echen la vista encima, me dijeron que me pusiese en contacto con ellos todos los días y sólo lo hago cada tres o cuatro.

—¿Tienes mucho interés por conservar un trabajo tan... ?

Marie se paró, trataba de buscar un adjetivo que no hiriese la susceptibilidad de su compañero. John la ayudó.

—¿Tan poco estimulante? —preguntó el inglés.

—Tan alejado de tu formación de egiptólogo, iba a decir.

—Bueno, raramente piso una oficina, no trabajo mucho y a veces me divierto — John trataba de enumerar alguna ventaja más, pero no pudo.

—Es una lástima, eres todo un experto en traducir jeroglíficos.

—Sí, pero leo muchos libros de magia como para que me tomen en serio — bromeó el inglés.

—Bueno, tengo que confesar que últimamente yo te tomo bastante en serio, aunque intente disimularlo.

La voz de Marie había salido dulce, casi líquida, de sus labios. John no supo por qué, pero fue ahora cuando contestó la anterior y casi olvidada pregunta de Marie.

—La verdad es que tampoco me supondría ningún trauma cambiar de trabajo.

—¿En serio? —preguntó Marie fingiendo pura inocencia.

—Sí, en serio —aseguró John mientras contemplaba cómo se lavaba su ex-profesora—. Tal vez puedas conseguirme un puesto de profesor ayudante en tu universidad, allá en París.

No sabía por qué había dicho eso, ni siquiera lo había pensado anteriormente, pero las palabras no pudieron hacer un efecto más patente en la francesa: se le escurrió la botella de agua derramándose el líquido hasta empaparle completamente la espalda y parte del pantalón, al final, pugnando por dominarla, no pudo evitar que

se le cayese al suelo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó estremecida agachándose para salvar algo de líquido.

—¿Por qué no? —dijo John tratando de imaginarse en la ciudad del Sena con Marie como única conocida, amiga y, además, compañera de trabajo, la idea de pronto le resultaba sumamente atractiva.

—Pues, sí tú quieres, yo podría ayudarte a encontrar trabajo, no tendrías ningún problema.

Marie dejaba traslucir un espontáneo entusiasmo a través de la alegría y sinceridad de sus palabras. Ver a John en otras circunstancias que no fuesen las de aquella incómoda y extenuante misión era un escenario que no podía por menos de satisfacerla enormemente.

—Bueno, ya hablaremos entonces, vamos a avisar de nuestros progresos a nuestros respectivos contactos —zanjó John levantándose del incómodo pedrusco donde estaba sentado.

—¿Qué les diremos? —preguntó Marie imitándole.

—No mucho, que vamos por el buen camino y que mañana posiblemente tengamos el Arca, a ver si nos dicen qué es exactamente lo que tenemos que hacer con ella —contestó el inglés.

Se dirigieron al camión arrastrando los pies, rumiando un razonamiento común, cada vez les importaba menos rescatar de la memoria la legendaria pieza arqueológica que habían venido a buscar y más acabar con su trabajo de una vez por todas. El cansancio no ve más allá de unos cerrados párpados.

Antes de llegar a su objetivo, Osama les cortó el paso. Tenía un porte diferente, las manos a la espalda, la barbilla alta, el bigote afilado, la mirada penetrante, parecía un guardia de tráfico observando un coche mal aparcado.

—¿Qué vais a hacer? —les paró el militar.

—Vamos a enviar un par de mensajes a nuestros superiores para informarles que mañana quizá tengamos el Arca —declaró John cándidamente.

—No, no podéis —decretó el egipcio sin apartarse de la portezuela que llevaba al centro de comunicaciones del camión.

—¿Qué? ¿Qué no podemos? —se rebeló Marie.

—¿Por qué? —preguntó John mucho más moderado que su compañera.

—Es peligroso —dijo Osama categórico.

—¿Cómo que es peligroso? ¿Es peligroso ahora y no lo era antes? Venga Osama, déjanos entrar, tenemos que contactar con nuestros países.

Marie hacía verdaderos esfuerzos por controlar sus nervios, estaba realmente enojada.

—No, hoy no —dijo el teniente sin mostrar la más mínima duda—. Mañana,

cuando tengamos el Arca, podréis mandar todos los mensajes que queráis.

—¿Desde cuándo eres tú el que dice lo que hay que hacer? —bufó Marie que no aguantaba más.

—Yo soy el responsable de velar por la seguridad de la expedición —aseveró Osama tremendamente tranquilo—. Hoy no es posible la comunicación con el exterior, mañana sí. ¿De acuerdo?

—Está bien, está bien, tú mandas —se rindió John mientras sujetaba por un brazo a una enfurecida Marie en clara actitud de fulminar al egipcio con sus ojos azul eléctrico y su rubio pelo encrespado por el agua que había usado para lavarse.

—Vamos no os enfadéis conmigo, yo también tengo mis obligaciones, mañana podréis incluso hablar por teléfono —proclamó amigablemente Osama para quitar importancia a su inflexible postura mientras el inglés arrastraba a la fuerza a su compañera hasta la tienda cocina.

Aunque Osama mentía. Sabía de sobra que los europeos tampoco mañana podrían comunicarse con nadie.

Los miró hasta que los perdió de vista y después cerró con llave el portón trasero del camión, no se fiaba de ellos. El militar era absolutamente consciente que la confianza compartida que hasta entonces habían mantenido los cuatro miembros de la aventura se había roto inexorablemente, pero no podía actuar de otra manera. Él también lo lamentaba, en el fondo los europeos siempre le habían caído bien y nunca había ocultado la admiración que sentía por su pericia profesional. Era una lástima decepcionarlos, pero prefería defraudarlos a ellos que a su coronel, no era nada personal.

Osama no intentó entrar a cenar con los occidentales, no estaban las cosas como para tensar más la cuerda. Se limitó a dar vueltas por el campamento, comprobándolo todo para distraer la mente, con un ojo vigilando el camión, con el otro la entrada de la tumba. Hoy no dormiría, vigilaría toda la noche.

Por su parte, Alí, seguía empeñado en no dar señales de vida. En su tienda estaba cerrada la cremallera, así que lo más seguro es que el egipcio no saliese de su cubil hasta mañana por la mañana.

John trataba de calmar la indignación de Marie mientras cenaban dentro de los dominios de Gamal, aunque el cocinero acababa de marcharse a su casa junto con sus parientes.

La directora de la expedición creía haber sido pisoteada y maltratada en su dignidad por el oficial del ejército egipcio.

—Nunca tenía que haber aceptado la presencia de un militar en la expedición, al final siempre sacan a relucir sus malditos galones y sus órdenes incuestionables.

Hoy tenían pescado para cenar, aunque la especiada salsa con la que estaba cocinada la receta y los mínimos trozos en los que estaba desmenuzada la pieza no

permitía distinguir la clase de pez que estaban saboreando. A John le parecía que debía ser de río por la delicadeza de su sabor.

Marie comía mecánicamente, sin prestar atención a lo que tenía encima del plato.

—Malditos funcionarios que sólo se preocupan de sus propios intereses, sin ver más allá de su nariz. No tenía que haberles dado ninguna noticia de la tumba, tenía que haber venido yo sola y haberla excavado sin ayuda de nadie —prorrumpía Marie con indignación monótona, sin acordarse que su acompañante era también un policía al servicio del gobierno del Reino Unido.

John apenas decía nada substancial, salvo dar la razón a Marie en todos los bufidos que lanzaba. Trataba de pensar en las causas del cambio de actitud de Osama, pero no lo tenía nada claro. Se decidió a compartir con Marie sus suspicacias, a ver si de una vez la francesa dejaba de vilipendiar y ultrajar a todos los burócratas, políticos, militares, y demás miembros de todos los estamentos y jerarquías sociales que se le venían a la cabeza.

John sirvió a Marie un vaso de té de un recipiente donde la bebida ya estaba preparada y lista para su consumo.

—Creo que algo ha pasado —dijo mientras derramaba la caliente infusión.

Marie le miró. La treta había tenido éxito, la francesa se calló por un momento.

—¿A qué te refieres? —preguntó la doctora después de reflexionar un rato y sin tener ni idea de qué quería decir el inglés con esa confusa afirmación.

—No estoy seguro, pero creo que Osama sabe algo que nosotros no sabemos, estoy convencido de que él si ha hablado por teléfono.

—¿Cuándo? —inquirió Marie.

—No lo sé, pero creo que si ha sobrevenido algún cambio de planes nos enteraremos mañana a más no faltar.

—¿En cuanto saquemos el Arca?

Marie, aunque nadie había alrededor, había bajado bastante el tono de voz.

—Puede ser, si el Arca ve por fin la luz del día tú y yo seremos claramente prescindibles —concluyó John imitando el susurro de la francesa.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Nos negamos a sacarla? —sugirió Marie.

—No, eso no serviría de nada, nos sustituirían o nos relegarían, casi todo el trabajo está ya hecho —dijo John—. Aparte de todo, después de pasar tantas penurias, yo quiero por lo menos verla.

—Yo también —confesó Marie.

—Bueno, entonces la sacaremos y esperaremos acontecimientos. ¿Estás de acuerdo? —propuso John levantando el vaso de té perpetrando un amago de brindis.

—Sí, estoy de acuerdo, no tenemos muchas más opciones —aceptó Marie estrellando su vaso con el de su compañero.

Saboreaban la calma antes de la tempestad.

Osama había visto morir el sol el día anterior y había sido taciturno testigo de su nuevo renacimiento; aunque el astro no parecía el mismo, era más lento, más voluminoso, más pesado, irradiando menos calor que en anteriores jornadas, como si alguna calima desconocida hiciese de pantalla y lo distorsionara, como si una densa niebla le estuviese estorbando y frenando en su trágico poder. Pero en el cielo no se veía absolutamente nada que diese cuenta del raro portentoso.

El teniente no había dormido nada, aunque la noche no se le había hecho especialmente larga. Osama había pasado gran parte de la misma hablando alrededor de una fogata con los dos Zarif vigilantes, Ismail y Omar, sobre cosas perfectamente triviales: el tiempo, las cosechas, la pesca en el río, la familia... Decididamente, el universo cognitivo de los dos nativos estaba estrictamente circunscrito a su aldea y a su vida cotidiana, no les importaba nada más porque no tenían otras necesidades que las que podían satisfacer en su reducido entorno. Los ya casi ancianos Zarif no sabían nada de política, de los conflictos internacionales o de la marcha de la economía mundial.

A Osama le relajó mucho la conversación, esa noche no había dormido su cuerpo, pero había descansado su mente.

Solamente la aparición de Alí en plena madrugada le sobresalto un poco. El egipcio salió de su tienda y, sin siquiera molestarse en saludarlos, se dirigió hasta la cocina como si fuese un androide, sin mirar hacia los lados, con los brazos pegados al cuerpo, andando despacio y torpemente. Seguramente el autómatas quería devorar o beber algo de lo que comen los humanos. Tras unos minutos volvió a su voluntario encierro con algo entre las manos, ni siquiera se paró a consumirlo cómodamente en la mesa del comedor. Se estaba alejando del mundo a pasos agigantados.

Aparte de eso, nada más pasó en el cercado espacio del campamento. Osama había dado permiso a los Zarif para que se marchasen nada más amanecer, hoy era viernes y, por lo tanto, fiesta, los trabajadores no vendrían. En teniente sólo esperaba a que se despertasen John y Marie, saboreando una taza de cargado café que se había preparado.

Aunque antes que los arqueólogos se levantaran Osama hizo algo más, fue hasta donde estaban las caretas antigás y rajó una de las tres que tenían disponibles. No entraba dentro de sus planes entrar en la tumba dejando el recinto vacío, tenía que esperar a los soldados prometidos por Yusuf, éstos podían llegar en cualquier momento a lo largo de la mañana y alguien tenía que recibirles.

Parecía que el sol se había sacudido por fin el velo que le distorsionaba, o que cubría los ojos del insomne Osama. Ahora fulguraba vigoroso encima de la colina, tanto que Marie y John tuvieron que salir de sus tiendas de mala gana, Alí parecía

decidido a aguantar el abrumador calor un poco más dentro de su escondite.

Los europeos cambiaron un cortés y frío saludo con Osama y entraron dentro de la cocina para desayunar. Cuando estaban en plena deglución, el militar, que hasta entonces había permanecido fuera, descorrió el toldo y entró intempestivamente con las tres máscaras protectoras en la mano.

—Hoy no vienen los trabajadores —informó.

Marie y John lo habían olvidado por completo, ni siquiera sabían en el día que estaban.

—Así que es viernes —advirtió el inglés, como extrañado del curioso fenómeno.

—Bueno, así no les expondremos a ningún infortunio —reaccionó Marie sabiendo que hoy tendrían que abrir la amenazante piedra esculpida con la efigie de Shu.

—Traigo las caretas, hay que comprobarlas —dijo Osama con modulación neutra e indiferente.

Alargó una máscara a Marie y otra a John, ambos las dejaron sobre la mesa, aún no habían acabado su taza de café.

Osama, sin embargo, se puso a estirar la goma del objeto, como verificando que todo estaba bien. Por supuesto, no tardó en encontrar la tara que él mismo había provocado.

—¡Vaya! —exclamó impúdicamente—. La mía está rajada.

Inmediatamente los dos europeos cogieron las suyas y las examinaron cuidadosamente, no vieron nada raro en el antifaz de plástico transparente, ni en el filtro que envolvía la nariz y la boca, tampoco en el revestimiento plástico que cubría el resto de la cabeza y el cuello.

—La mía no tiene nada —aseguró John.

—La mía tampoco —dijo Marie.

—Pues tendréis que entrar los dos y sacar el Arca vosotros solos —propuso Osama, sin dejar lugar a cualquier tipo de discrepancia que pudieran formular los todavía semidormidos investigadores.

—Pero la puerta... —empezó a decir Marie.

—Llevaros el taladro y un par de palancas —cortó Osama—, esa lápida es pequeña, no será muy pesada, además alguien debe quedar fuera por si pasa algo, Alí no está en disposición de hacer nada útil, hoy le diré que se vaya a su casa.

—De acuerdo.

La última idea le había parecido bien a Marie, por eso había contestado afirmativamente al proyecto del teniente, aunque eso suponía aceptar la primera parte de su proposición: que ella y John deberían entrar solos en la trampa del aire. Bueno, bien mirado, tampoco le parecía mal a la francesa, mejor ir con alguien del que realmente se fiaba, Osama había perdido toda su confianza desde el incidente de

ayer, cuando no les dejó ponerse en contacto con sus respectivos gobiernos.

John tampoco objetó nada al atropellado plan del militar, seguía inspeccionando concienzudamente su máscara antigás.

—Vamos —exclamó Osama para recuperar la marchita cordialidad de sus interlocutores—, seguro que el Arca está detrás de esa puerta, ya queda poco para cumplir con nuestro objetivo, no sé vosotros, pero yo estoy deseando volver a la civilización.

El detective de Scotland Yard no sabía por qué, pero no le convencía nada de lo que decía el egipcio, sus gestos no parecían naturales y se mostraba demasiado ansioso. Si estuviese buscando sospechosos, Osama encabezaría la lista sin dudarlo. Pero nada podían hacer salvo seguir sus sugerencias.

Marie y John terminaron su café, cogieron las herramientas y se introdujeron en el mausoleo del faraón perezosamente. No se dieron mucha prisa en bajar las escaleras, tampoco en recorrer el pasillo de la comitiva fluvial y atravesar los dos túneles horadados en la tierra, el inclinado y el horizontal. Parecían algo acongojados, el ambiente en el campamento estaba cada vez más enrarecido y eso afectaba a su estado de ánimo.

Sin embargo, todas las preocupaciones exteriores, ciertas o imaginarias, les desaparecieron en cuanto llegaron a enfrentarse a la escalofriante, inmediata y tangible imagen de Shu, dios de la agitación, y a las inmóviles y labradas turbulencias que le rodeaban y que parecían pregonar a los cuatro vientos el siguiente ardid de Nefiris.

Los científicos no tardaron mucho en taladrar dos pequeñas hendiduras simétricas en el marco que sujetaba la losa para poder hacer fuerza con las palancas y desencajar el bloque de granito lo suficiente como para que les permitiera pasar al otro lado. Por suerte, el grosor de la piedra parecía menos voluminoso que el de otros obstáculos precedentes.

Antes de meter los hierros en las ya dispuestas oquedades, Marie se dirigió a su compañero en la semioscuridad de las linternas.

—¿Qué tal John? ¿Preparado para lo que pueda ocurrir?

—Estoy dispuesto ¿Y tú? —preguntó a su vez el británico tratando de aparentar indiferencia.

—Yo estoy algo nerviosa, todavía estamos a tiempo de irnos, seguro que detrás de esta puerta hay algo, una trampa de Nefiris, la ira de Yahvéh o, quizá, ambas cosas — exteriorizó Marie.

—Bueno, todas las puertas se hicieron para abrirse al menos una vez —emitió impasible el inglés.

—Vaya frase lapidaria has dicho, no podía ser más adecuada para este momento. Marie rió y riendo se esfumó su miedo, su aprensión y sus recelos.

Acto seguido, los dos científicos se pusieron las caretas y respiraron con ellas durante unos segundos hasta comprobar que funcionaban; después cogieron las pesadas barras y empezaron a imprimir toda su energía sobre ellas. La puerta se desencajaba poco a poco de su marco, aunque para ello tuvieron que ejercer un considerable esfuerzo.

Tardaron casi 15 minutos en separar la piedra de su moldura, haciendo frecuentes descansos para recuperar el resuello, maldiciendo las máscaras que les multiplicaban la sensación de opresión y sofoco, esperando a cada momento que algún gas mortífero o aire maléfico apareciese por las rendijas del recio bloque lítico.

Una vez apartada la puerta que obstaculizaba el camino esperaron en vano durante eternos minutos a que algo se moviese en el interior del agujero para que así la negrura declarase sus intenciones.

Pero no pasó nada. Dentro del nicho que dejaron al descubierto la oscuridad total reinaba aún impertérrita, sin emanación, viento o pestilente corriente que saliera de allí para incomodar o asfixiar a los visitantes no deseados.

Los científicos esperaban que toda la habitación que sellaba el monolito con la efigie de Shu estuviese contaminada o corrompida con algún tipo de nube o humo ponzoñoso, pero parecía que 3.000 años de aislamiento habían contribuido a depurar o purificar el ambiente hasta desbaratar la supuesta trampa de Nefiris.

John, después de esperar un tiempo prudencial, se levantó tímidamente la máscara e inhaló el aire que salía de la abertura.

Olía mal, a cerrado, como en todos los habitáculos intactos que habían explorado anteriormente, pero, desde luego, la atmósfera era respirable.

Marie, desde la transparente protección de plexiglás de su careta, le observaba expectante. También ella, al igual que su colega, hizo ademán de quitarse el capuchón, el calor en ese microcosmos subterráneo era tan sofocante que la máscara se hacía insoportable a los pocos minutos de llevarla puesta.

Nada más ver el gesto de la francesa John se echó las manos a la garganta como si no pudiese respirar, cerró los ojos, se agitó y emitió un sonido ronco de burbujeó seco que intentaba imitar el jadeo del ahogo, pero con tan escaso afán y poca credibilidad que Marie le caló enseguida.

—¡No hagas el tonto! —vomitó la francesa desde las cavernosas profundidades de su careta mientras sacudía un fuerte golpe con su mano abierta en la nuca del bufón.

—¡Vale, vale, qué poco sentido del humor! —se quejó John mientras se palpaba la dolorida zona de su cabeza donde Marie había descargado su ira.

—¡Eres un crío! —gruñó Marie pretendiendo afectar una indignación que no podía sentir—. Ten la careta a punto y a la menor señal de alarma vuélvetela a poner sin dudarle; puede que esta trampa se active con otro resorte, procura no tocar nada.

—¿Yo? Sí eres tú la mosca que vas cayendo en todas las redes que va tejiendo la araña de Nefiris —se le ocurrió decir a John viendo el aspecto de insecto de ojos facetados y larga probóscide que tenía Marie con la mascarilla antigás puesta.

—Estás a punto de hacer el descubrimiento del siglo y todavía te quedan ganas de bromear —masculló Marie desprendiéndose completamente de su yelmo de plástico y recuperando su voz normal.

—Bueno, entremos, prometo portarme bien.

John dejó que la directora de la excavación cruzase el umbral en primer lugar, después la siguió.

El pasadizo que encontraron agrandaba la anchura y altura de la entrada. Era, en sus hechuras, muy similar a su simétrico hermano del otro lado de la trampa de tierra, más o menos dos metros y medio del suelo al techo y tres metros de pared a pared, aunque éstas estaban surcadas de grandes protuberancias que sobresalían ostensiblemente de los muros estrechando el corredor.

No pudieron ver lo qué eran hasta que se acercaron a la primera de ellas armados de sus linternas. Estaban frente a majestuosas estatuas, mitad hombre, mitad animal, de dos metros de alto. La parte humana, simulaba una figura sentada en un trono de piedra, con cuerpo quebrado y brazos agarrotados, descansando a lo largo de los muslos.

No obstante sus semblantes no podían ser menos ajenos a la especie de los homínidos. Cada cara mostraba las afiladas facciones de una serpiente cobra, con su dilatado cuello desplegado en aspecto intimidante y que, curiosamente, había sido tallado para que sobresaliese por encima de la cabeza para imitar ligeramente el tocado ceremonial en forma de casco azul que solían exhibir los faraones egipcios; sin embargo, el hocico puntiagudo, los penetrantes ojos de cristal rojo tallado, los agudos colmillos y la sibilante y hendida lengua con los que estaba concebido el amenazador rostro de la escultura no dejaban lugar a dudas de su verdadera naturaleza de reptil.

Justo enfrente de cada uno de los ofidios, Marie y John advirtieron que había hornacinas embutidas en la pared. Todos los nichos estaban ocupados por momias de gatos que se mantenían enfrentadas, cabeza con cabeza, mirada con mirada, a cada estatua de las sierpes. Los felinos, desproporcionadamente más pequeños que sus contrincantes, con sus amarillentas vendas, a veces ennegrecidas por el desigual estado de conservación, y provistos de unos brillantes ojos de cristal cortado, color verde, cosido a las vacías cuencas, parecían vigilar atentamente cualquier posible movimiento de las cobras.

Cada pareja de declarados enemigos se repetía en toda la longitud del largo pasillo pintado de liso ocre, pero variando su orden de tal manera que Marie y John tenían que caminar en zigzag esquivando las orondas figuras de las estatuas que

sobresalían casi un metro del muro e interceptaban alternativamente el cauteloso paso de los exploradores.

—Buen escenario para que los actores mueran envenenados —murmuró John cuando ya llevaban recorridos tres dúos de los temibles rivales.

—Estas momias son muy parecidas a las de la sala hipóstila —afirmó Marie obviando el macabro comentario del inglés.

—Parecen un poco más grandes, ¿no es cierto? —preguntó el observador detective después de pararse frente a uno de los embalsamados gatos de mirada esmeralda.

Marie también se detuvo y volvió sobre sus pasos para instalarse muy cerca de su compañero y examinar atentamente lo mismo que él estaba mirando.

—Sí, es cierto, debían de ser unos gatos enormes —confirmó.

—¿Seguro que son simples mininos? —preguntó el inglés.

—Por la forma exterior de la momia eso parecen al menos —declaró Marie—. Puede ser Eluros, los grandes gatos divinos que eran venerados en la ciudad de Bubastis. Los mayores ejemplares eran deificados en vida y tenidos por dioses hasta su muerte, entonces eran embalsamados y enterrados con todo fasto y fanfarria en el templo de la ciudad. Puede que estos Eluros fuesen obtenidos cruzando distintos animales o que fuese alguna especie extinguida de felino de la que no tenemos noticia.

—Pues parece que Sheshonk y Nefiris se llevaron unos cuantos para que formasen parte de su guardia personal en esta tumba —declaró John.

—Bueno, debía haber gatos embalsamados para dar y regalar en Bubastis —dijo Marie—. ¿Sabes que un colega mío de la universidad se entretuvo en calcular la cantidad de momias, solamente humanas, que debían haber sido sepultadas en Egipto a lo largo de los siglos?

—¿Sí? ¿En serio? ¿Y cuántas le salían? —inquirió John con visible interés.

—750 millones de cuerpos —reveló Marie con tono neutro.

—¡750 millones de momias! ¡No puede ser! —replicó John incrédulo mientras seguían recorriendo el corredor plagado de gatos guardianes y serpientes al acecho.

—Sí, sí —remachó la francesa—, y eso que calculó por lo bajo, solamente se podían permitir la momificación los reyes y las clases más pudientes de la sociedad egipcia. El precio de la gran cantidad de sustancias químicas, sales, hierbas, bálsamos y perfumes que se empleaban en el proceso no estaba al alcance de todos, pero más de 3.000 años de historia ininterrumpida de la fúnebre práctica dan para mucha momia.

—Pues el Más Allá debe estar superpoblado.

Así, hablando de trivialidades, como si no pasase nada, tal vez para engañar a sus soliviantados nervios, llegaron al final de la galería, sin cambio aparente en la

disposición de los gatos y esculturas. John había calculado que el pasillo tendría unos 20 metros de largo.

Una vez recorrido el pasadizo, ante ellos se abría otro agujero cuadrado que hacía de misterioso acceso a, con toda seguridad, otro de los aposentos o habitaciones de la tumba. Pero éste, sorprendentemente, ya no era tan oscuro como los otros que habían explorado con antelación, se escapaban leves reflejos ambarinos de su interior. Marie y John se agacharon ligeramente para pasar por el hueco procurando no tocar las paredes con sus cuerpos y mirando bien dónde pisaban.

Los destellos se multiplicaron al instante en una miríada de fulgurantes luminarias procedentes de las cuatro paredes de la nueva sala. De la sorpresa casi estuvieron a punto de retroceder y ponerse de nuevo las máscaras de protección.

Uno de los pulmones de Marie aspiraba fuerte, como cuando nos dan un inesperado susto, el otro pulmón trataba de expeler el soplo necesario para chillar de asombro. El resultado del choque de ambos flujos contrapuestos era el suspiro entrecortado, el grito mudo.

John, por su parte, había optado por no respirar directamente, de lo que daba fe sus carrillos hinchados como globos, sus ojos a punto de escaparse de sus órbitas, como queriendo irse por su cuenta a ver algo indescriptible, tirando con fuerza de su paralizado dueño.

Nunca habían visto nada igual.

Por fin, el inglés soltó todo el aire que había acumulado en sus mofletes.

—¡Dios! —exclamó para volver a caer en el mutismo de los atónitos.

Marie seguía atenazada por la emoción. Nada de lo que existe carece de nombre, pero no había palabra que pudiera describir las maravillas encerradas en aquella cámara.

Nadie está preparado para llegar al éxtasis inducido por la pura contemplación.

Habían pasado de la oscuridad y confusión de los lóbregos túneles a otra clase de desconcierto, la estupefacción producida por la clara luz.

Los pálidos rayos de sus linternas se habían multiplicado por mil en los bruñidos escudos de oro que cubrían completamente los cuadrados muros de una estancia de diez por diez metros de ancho y casi siete metros de altura. El áureo resplandor casi les cegaba.

No por más esperado era menos soberbio el panorama, porque estaba claro que estaban contemplando los centelleantes escudos de la guardia de Salomón, los que declaró Sheshonk en sus frescos que había cogido de Jerusalén como botín de guerra y se había traído a Egipto.

Cerca de las paredes, perfectamente ordenadas, había grandes mesas con multitud de candelabros de siete brazos, escudillas y diferentes vasijas de todos los tamaños y formas. Todos los objetos poseían el refinado brillo del más refulgente oro, pero no

eran esas nimiedades lo que hipnotizaba la mirada de los dos europeos.

Frente a ellos, con las alas desplegadas, con los brazos recogidos en aptitud de loa a su Señor, mirando hacia arriba arrebatados, estaban los ángeles de Yahvéh, los descritos en la Biblia, dos colosales figuras de madera de más de cuatro metros de altura recubiertas enteramente de pan de oro.

Los temibles ángeles de plisada túnica sin ningún tipo de adorno, custodiaban un dorado arcón con cuatro argollas por donde atravesaban dos gruesas barras de oro, igual que habían hecho hacía milenios en el malogrado Templo de Salomón.

Allí estaba el Arca.

Marie y John la veían claramente sobre un altar de piedra blanca y cobre ennegrecido, dotado de puntiagudos cuernos en cada uno de sus cuatro vértices superiores; la divisaban absortos a través de los sutiles retales y jirones de lujosos cortinajes, telas de lino púrpura y violeta cuyos mínimos restos colgaban de un áureo dosel formado por cuatro estriadas columnas con pies de plata. En origen, los otrora magníficos tejidos habrían servido a ciencia cierta para cubrir el sagrado objeto de miradas indiscretas.

El altar, el baldaquino y sus destrozadas colgaduras hendidas por el tiempo, formaban parte a todas luces del *sancta sanctorum*, el entoldado tabernáculo donde los israelitas guardaron el Arca durante su travesía por el desierto, antes que Salomón le erigiese un templo más apropiado a su santa majestad.

Los egiptólogos nada decían porque todavía no estaban en condiciones de razonar. Sólo Marie sacó fuerzas para agarrar instintivamente la mano de John y apretarla férreamente, para comunicar así su euforia a su igualmente embelesado camarada.

El Arca era tal como la describe la Biblia, una caja revestida de oro de apenas 1,20 metros de largo y 70 centímetros de ancho y alto; aunque la curvada y voluminosa tapa del cofre, el propiciatorio, culminado por dos querubines arrodillados, flexionando el torso y sus alas hasta tocarse levemente con la cabeza, la hacían solamente un poco menos alta que larga. En cada borde del rectangular receptáculo había moldeada una especie de columna decorada con ondulantes estrías cuyas prolongaciones hacía el suelo hacían la función de sustentáculo donde se apoyaba el Testimonio de Yahvéh.

John y Marie, todavía sin soltarse la mano, se acercaron tímidamente unos metros para estudiar mejor el vestigio arqueológico que les había traído tan atareados y abrumados durante los últimos días.

No se veía ni una astilla de la madera de acacia con la que tradicionalmente se suponía que estaba fabricada el Arca, láminas de oro ricamente repujadas cubrían cada centímetro cuadrado del objeto. La decoración del precioso metal que forraba toda su superficie no era figurativa, no se podía ver ninguna persona, animal o cosa

que pudiera reconocerse fácilmente, salvo los suplicantes ángeles del propiciatorio. El arcano artista que había trabajado en ella, se había limitado a esculpir con su cincel motivos abstractos: líneas quebradas en las numerosas nervaduras o molduras en forma de rectángulos concéntricos que contorneaban cada frente; curvas y espirales, parecidas a volutas de humo, que servían de relleno de estos paralelogramos; y signos, muchos signos, grabados en el centro de cada una de las dos caras laterales del arcón.

John observó atentamente las líneas caprichosas y cambiantes de caracteres formados por rayas onduladas y puntos. El conjunto de grafías parecían empezar a la derecha y terminar en la izquierda. Al inglés, consumado especialista en lenguas muertas, no le costó reconocer el idioma. Era, indudablemente, hebreo cananeo, la escritura bíblica más antigua.

El detective, hondamente intrigado por el inesperado hallazgo, soltó la mano de Marie y recorrió todo el perímetro del ara hasta ponerse debajo de las alas de los ciclópeos ángeles, examinando cuidadosamente la superficie visible del Arca.

Marie le siguió con la mirada durante un rato, luego se decidió a preguntar.

—Es hebreo, ¿verdad?

—Sí, signos del *alefbét*, puro hebreo de tiempos del Éxodo —le confirmo John con voz rara, distante, concentrada.

—Y, ¿qué pone? ¿Puedes leerlo? —urgió Marie consciente de que John era un filólogo experto.

—Es increíble —dijo por toda respuesta.

—¿Qué es tan increíble? —interpeló Marie.

Mientras hacía esta última pregunta, la doctora se había dirigido al punto donde estaba John, dando a su vez la vuelta en torno al beatífico arcón, esquivando antes las varas que sobresalían de las anilladas abrazaderas y que servían para transportarlo.

—Son los diez mandamientos —aseveró el inglés al tiempo que Marie se situaba a su lado.

—¿Los diez mandamientos? ¿De veras? —se extrañó la francesa—. ¿No estaban consignados en piedra?

—Eso creía yo también, en tablas de piedra o arcilla celosamente guardadas en el interior del Arca —respondió John arqueando las cejas—. Parece que también se decidieron a grabarlos en el preciado revestimiento que las guarnecía.

John se decidió a descifrar las dos inscripciones laterales, recuperando sus todavía impecables conocimientos de hebreo antiguo, una de las lenguas que se había decidido a dominar en sus primeros años de estudiante de filología en la Universidad de Oxford. No tuvo ningún problema en leer los complicados signos.

1. *Yo soy Yahvéh, tu único Dios, no tendrás otros dioses delante de mí.*

2. *No te harás ninguna imagen esculpida, ni figura de lo que hay arriba en los cielos, o abajo en la tierra, o en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas, ni las servirás.*
3. *No pronunciarás el nombre de Yahvéh, tu Dios, en vano.*
4. *Acuérdate del día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos; pero el día séptimo es el de descanso en honor de Yahvéh, tu Dios, y ese día no harás trabajo alguno.*
5. *Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días sobre la tierra.*
6. *No matarás.*
7. *No adulterarás.*
8. *No robarás.*
9. *No darás contra tu prójimo falso testimonio.*
10. *No codiciarás la casa de tu prójimo; ni codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada de lo que es suyo.*

Marie oía atenta, aunque no podía evitar distraer la mirada a su alrededor.

—¿Son los originales, los expuestos en la Biblia? —se atrevió a preguntar cuando John terminó de leer ambas caras del Arca.

—Sí, un poco resumidos, pero creo que concuerdan exactamente con las palabras del Éxodo —apuntó el inglés—. ¿Sabes que Dios dictó todas estas palabras a Moisés en la cima de una colina mientras los israelitas avistaban, desde la falda de la montaña, un despliegue sin precedentes de truenos, relámpagos, sonidos de cuerno y grandes columnas de humo provenientes del montículo, temerosos de que Dios pudiera matarlos sólo por atreverse a verle o escucharle?

—Yo recordaba los mandamientos un poco diferentes de cuando me los explicaron en el colegio —declaró sin embargo Marie, sin molestarse en contestar a la anterior pregunta de John por considerarla algo retórica.

—Sí, es el signo de los tiempos, todo se moderniza, incluso los mandatos del Todopoderoso necesitan alguna revisión después de ser formulados hace nada menos que 3.250 años —consideró el inglés algo académicamente para la situación excepcional que estaban viviendo en ese instante.

—¡Cuánto oro hay aquí! —soltó Marie, mucho más apegada a la materia y cambiando abruptamente de tema.

John se irguió y miró otra vez alrededor de la alta cámara. Los redondos y lisos escudos se habían aparejado sobrepuestos, imbricados, para que no dejaran ver ni una traza de la pared que les sujetaba.

—El oro de Salomón —solemnizó John con recogimiento—. Nunca creí que pudiera llegar a verlo, aunque a primera vista parece que no está todo lo que

originalmente llegó a ser, a juzgar por el número de escudos que ocupan la habitación.

—Bueno, Sheshonk tendría que fundir alguno que otro para sus gastos corrientes y para construirse su complicada morada de ultratumba, ¿no?

—Seguramente —concedió John—, de todas formas tampoco iba a tener tiempo de gastarse todo esto que ha dejado aquí en su Otra Vida.

Se dieron todavía quince minutos para regocijarse con el espectáculo del grandioso tesoro histórico que habían encontrado y para reflexionar en su cercano futuro. A partir de ahora sus nombres estarían recogidos en los libros de texto, se harían películas y escribirían innumerables artículos y reseñas sobre su hazaña, no podrían quitarse de encima a los periodistas ni aunque se escondieran en la última isla de la tierra. Marie disfrutaba con la idea de ser una celebridad, a John no le gustaba tanto.

—Bueno, ahora tendremos que sacarla —propuso Marie.

—Sí —admitió John—, pero no podremos hacerlo con los varales, son demasiado largos y no pasarán por los túneles. Ayúdame a sacarlos, con cuidado.

Cogieron un listón, cada uno por un extremo, y lo deslizaron a través de las anillas. El larguero de madera revestida de oro no ofreció ninguna resistencia. Lo depositaron en el suelo con suma delicadeza y después repitieron con su hermano gemelo la misma operación.

—¿Tú crees que podremos con ella? —expresó Marie preocupada, reparando en la maciza apariencia del cofre.

—Creo que sí —aseguró el inglés—, no está hecha de oro puro, solo es madera de acacia recubierta de una delgada plancha de metal. En la Biblia siempre era transportada por dos personas, máximo cuatro, durante largas distancias.

—Pero sin las barras nos será muy incómodo moverla —insistió la arqueóloga—, quizá deberíamos llamar a Osama.

—La agarraremos de las anillas y pararemos cada 10 metros para descansar, no tenemos ninguna prisa —solventó John—. No creo que Osama quiera bajar aquí, esta mañana estaba bastante remiso a ello.

—¿Estás seguro? —preguntó Marie con extrañeza.

—No, no estoy seguro, pero creo que lo de la máscara rota era una burda excusa, y tampoco me preguntes por qué no ha querido ayudarnos.

—La verdad es que Osama lleva un par de días bastante intolerante y rígido, tal vez se ha enfadado con nosotros por lo que le ha pasado a su compatriota Alí.

—Ya, o tal vez el lobo se ha despojado de su piel de cordero al ver tan cerca su presa —aseveró John echando un vistazo reflejo al Arca.

El detective dedicó unos minutos a asegurarse de que ningún nuevo mecanismo oculto se dispararía en cuanto alzasen el Arca del altar. No veía nada extraño.

—Marie —avisó—, voy a levantarla de un lado para calcular su peso, si pasa algo ponte la careta inmediatamente.

John agarró dos de las anillas con ambas manos y levantó ligera y cuidadosamente el Arca hasta inclinarla ostensiblemente. No paso nada. Después repitió la misma acción con las otras dos argollas.

—Debe pesar menos de 40 kilos, quizá 35 —anunció—, creo que podremos transportarla sin problemas hasta el exterior.

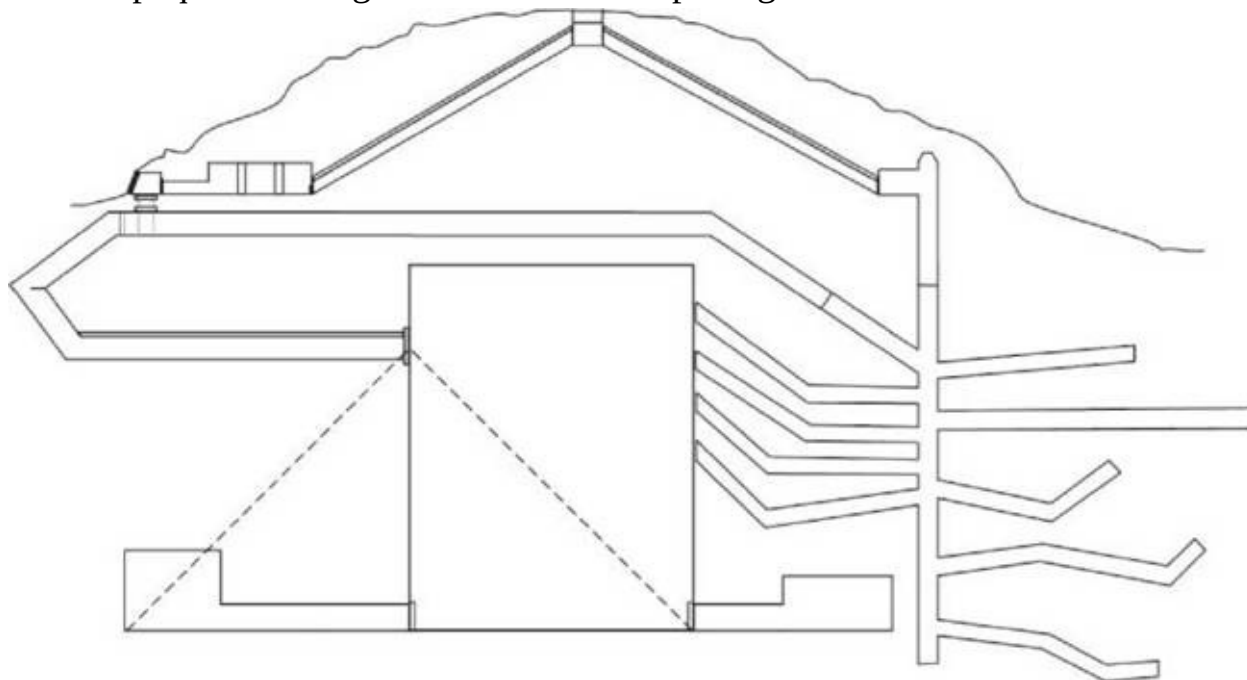
—Conforme, pues manos a la obra —dijo Marie remangándose la camisa.

Izaron el objeto del altar y lo depositaron en el suelo con gran esfuerzo. Al hacerlo, Marie tocó con su cuerpo en uno de los cuernos que sobresalían de las esquinas y empezó a dolerse por ello.

—¿Estás bien Marie? —preguntó preocupado John.

—Sí, solamente ha sido un golpe en las costillas —dijo la francesa frotándose con la palma de la mano la zona del impacto.

El inglés dejó que la arqueóloga se recuperase durante unos minutos, tiempo que aprovechó para completar el mapa del yacimiento, siempre procuraba acabar las cosas que empezaba. Sacó el manido papel de su bolsillo y trazó el esquema del último corredor y la última habitación de la tumba de Sheshonk. Contempló el resultado durante un instante a la luz de la linterna. Nunca había visto una tumba tan embrollada, aunque vista en perspectiva resultaba bastante armoniosa, incluso bella y, por momentos, magnífica. Nadie podía haber sospechado la colosal estructura que escondía la pequeña e insignificante elevación pedregosa donde estaba excavada.



Mientras John dibujaba su plano, Marie, en arqueada posición, se fijó en que en la parte superior del arcón, justo donde casi tocaban las cuatro alas extendidas de los querubines orantes, en pleno centro del propiciatorio, había un pequeño orificio.

—Aquí hay un agujero —descubrió a su compañero.

John lo observó un momento enfocando con su linterna, pero no pudo vislumbrar nada a través del mismo; aunque, por su profundidad, parecía horadar toda la tapa del Arca.

—No se ve nada y no sé cuál puede ser su utilidad, ya lo examinaremos mejor en el exterior ¿Estás lista para otro desplazamiento?

Marie asintió con la cabeza y se agacharon para atenazar de nuevo las anillas y acarrear el pesado baúl hacia el exterior de la cámara dorada. John se puso delante y Marie agarró los asideros de detrás. Contemplaron fugazmente los brillos del pasado antes que la oscuridad del pasadizo serpentino les tragara de nuevo.

A John, desde que examinó la perforación de la tapa del Arca en la que había reparado Marie, le estaban viniendo a la cabeza confusos pasajes de la Biblia donde se explicaba que a veces la voz de Dios, cuando se ponía en contacto con su pueblo elegido, parecía provenir del interior del propiciatorio. Claro que, el gran peso que aguantaba y el largo e incómodo zigzag del corredor tampoco le dejaban tener una visión clara de las imágenes que le asaltaban en ese preciso instante. Sin embargo, Marie lo estaba pasando peor que él.

—¡Para un poco! —suplicó la francesa.

—Tienes razón, hemos hecho más de quince metros en este viaje, mejor que no nos agotemos, tenemos toda la mañana para sacar el Arca.

Recorrieron lentamente el pasillo de las serpientes enfrentadas a los gatos y afrontaron el túnel horizontal de 30 metros que habían cavado en la trampa de tierra. Después salvaron el difícil recodo que les introducía en el corredor inclinado. Allí hicieron otra merecida pausa para descansar.

—Mejor que ahora me ponga yo detrás —sugirió John—, para que pueda sujetar el Arca y que no se deslice.

—Bien, intercambiaremos posiciones —consintió la fatigada francesa desde el suelo donde se había postrado para recobrar alientos y energías.

—Subiremos los escalones uno a uno —siguió proponiendo el inglés—, a golpes de riñón y parando repetidamente en cada peldaño, procurando que el Arca no tropiece en ninguna de las vigas que sostienen el andamiaje. ¿Has entendido?

—Sí, sí, uno a uno, con los riñones y parando —dijo Marie repitiendo inconexamente las palabras de su más entero compañero.

John concedió a la arqueóloga varios minutos más para que se recuperara totalmente y así afrontar con más garantías una ascensión que se barruntaba complicada. No obstante, enseguida pillaron el ritmo, sólo un par de veces el arcón hizo el amago de resbalar a través de la escalonada rampa, John tuvo que usar toda su fuerza para pararle en su caída pero, aparte del lógico cansancio, no sufrieron ningún percance digno de ser reseñado.

En cuanto llegaron a la galería de la procesión acuática y asentaron el Arca en el

piso del pasillo, Marie se derrumbó de pura debilidad. John no tardó mucho en imitarla. Así estuvieron cerca de media hora, sin decir nada, sin mirarse, cada uno tratando de recuperar el aliento por su cuenta.

John, sin ningún miramiento por el valioso objeto, para la siguiente etapa del viaje pensó en utilizar la carretilla con la que los jóvenes Ramzy y Husayn habían cargado, por los 35 metros de pintado corredor, los capazos de tierra que sacaban de la trampa de arena de Nefiris.

Pidió ayuda a Marie para subir el Arca a tan poco digno medio de transporte y el detective metido a carretillero la trasladó como si de un vulgar mueble de ocasión se tratara. Marie, que nada tuvo que objetar ante tamaño sacrilegio, le ayudó a sujetar la preciada pieza para que no resbalara de su inestable disposición.

En los dos siguientes tramos de escalera volvieron a soportarla usando las asas y, por fin, salieron al exterior con ella a través de la última escalinata que conducía a la superficie.

Osama les esperaba allí, entre los toldos que cubrían la puerta de la tumba, de pie, con las manos a la espalda en arrogante actitud, vestido con el uniforme militar egipcio de faena del ejército de tierra, ataviado con los colores amarillentos, grises y pardos especialmente diseñados para mimetizarse perfectamente con el desierto que cubría casi la totalidad de su nación.

Los arqueólogos le vieron levemente y se extrañaron de la inusual indumentaria, pero tan extenuados estaban que no quisieron pensar en lo que significaba.

—Así que lo habéis conseguido —declaró el teniente con voz seria, inapropiada para una felicitación.

—Sí, aquí está el Arca, ¿puedes darnos agua? —instó Marie muerta de sed y de fatiga.

Osama hizo un gesto con la cabeza y, al rato, les alargó una cantimplora a cada uno sin aparentemente haberlas ido a buscar, sin moverse de su sitio, todavía erguido como un poste.

Poco a poco, bajo la atenta vigilancia del militar, Marie y John recobraron el ritmo normal de su respiración.

En cuanto les vio más recuperados Osama volvió a dirigirse a ellos.

—Tengo malas noticias —expuso grave y seco—. El Arca no saldrá por ahora de Egipto, su viaje a Centroeuropa se pospone hasta que la examinemos detenidamente.

—¿Qué? —preguntó Marie aún no muy consciente del inesperado escenario que se había dibujado en su ausencia.

—Que yo me llevo el Arca y que vosotros os quedáis aquí hasta nueva orden —contestó expeditivamente el militar.

—¿Qué? —repitió Marie sin darse por enterada, aunque a medida que llegaba a procesar las duras palabras de Osama un montón de imprecaciones acudían prestas a

su garganta—. ¡No puedes hacer eso! ¡Maldito militar de mierda! ¡Tú no me das órdenes! ¿Quién te has creído que eres? ¡El Arca es un vestigio arqueológico y pertenece a la ciencia!

Osama aguantaba estoicamente el pataleo de Marie, John se limitaba a observar, sabía que poco podían hacer porque ya había entrevisto a través de las lonas, que medio tapaban desde allí la vista del campamento, a algunos soldados egipcios con el fusil ametrallador colgado en bandolera y con la mano amenazadoramente cerca del gatillo.

El teniente arrancó por completo el toldo que cubría el acceso a la tumba y ahora se distinguió claramente la decena de militares, fuertemente pertrechados y con cara de desear pasar a la acción, que aguardaban fuera cualquier nimia orden del oficial Osama Osman. Hasta Marie tuvo que darse por enterada del cambio radical en las circunstancias, de la cruda amenaza que se cernía en el ambiente. Por eso enmudeció de repente.

—Dime Osama —terció John después de un rato de afónica tensión—, el cambio de planes ha acontecido por la sospecha de que el Arca es un arma, ¿verdad?

—Bueno, ya sabes cómo funciona esto —afirmó Osama apelando a la condición de agente de seguridad del inglés.

—Lo que me faltaba por oír —refunfuñó Marie en segundo plano—, la típica camaradería masculino-castrense.

—Venga Osama —intentó convencerle John—, sabes que todas esas teorías que inventé son conjeturas arqueológicas, meras hipótesis de trabajo y, lo más seguro, de todo punto inciertas, no hemos encontrado ningún tipo de arma química allá abajo y ya nos hemos llevado el Arca.

—Ya, pues tus teorías inventadas y descabelladas parece que sí han sido tomadas en serio por algunos —desveló Osama—. No hay nada que hacer, tengo instrucciones para llevarme el Arca inmediatamente y, también, de dejaros aquí bajo vigilancia. Dado los nervios de nuestra común amiga será mejor que entréis por donde habéis salido.

—¿Qué? —volvió a la carga Marie— ¡Animal! ¿Vas a encerrarnos en la tumba? ¡Estás loco! ¡Te voy a demandar! ¡Quiero hablar inmediatamente con el embajador francés en El Cairo!

Marie no estaba dispuesta a volver a meterse de buen grado en el nicho de Sheshonk; y los expectantes soldados, por las voces y chillidos que profería la francesa contra su oficial, empezaban a mostrarse claramente nerviosos.

Osama, con talante relajado pero firme, lanzó una leve orden al infante que tenía más cerca. El joven cargó su fúsil de asalto semiautomático, apuntó al cielo y disparó una ráfaga de siete u ocho tiros que sonaron como truenos cercanos. El teniente no podía ir más en serio, hasta Marie lo tenía ahora meridianamente claro.

—¡Adentro! —repitió enérgicamente.

Esta vez los derrotados arqueólogos no opusieron ninguna pega, ningún inconveniente, Marie incluso se apresuró a bajar.

—Coged las cantimploras y esperad ahí dentro —decretó el incontestable militar—. Dejaré un pelotón de hombres aquí fuera vigilando, así que no intentéis salir.

Los arqueólogos se acomodaron dentro de las entrañas del mausoleo de Sheshonk, mirando como tapiaban sus esperanzas, enterrados en vida con la pesada losa que había ocultado el atajo que daba acceso a las catacumbas del faraón. Marie y John se resignaron y se sentaron como pudieron en el frío y polvoriento suelo del pasillo.

—Dentro de un par de horas os traerán algo de comer, hasta entonces mantenedros tranquilos, no os va a pasar nada —les consoló el teniente mientras se escapaba la luz del sol por la postrera rendija.

Fue lo último que oyeron los europeos de los ruidos del mundo.

Todo había salido bien para Osama, había cumplido con la misión y la confianza que había puesto Yusuf en él no se había visto defraudada. Mandó trasladar el Arca al centro del campamento, ordenando tajantemente a sus hombres que no la tocaran más de lo necesario.

Cuatro de los soldados se colgaron el arma a la espalda y levantaron el macizo arcón para dejarlo a apenas cinco metros del camión. El sol incidió de lleno en las doradas paredes del Arca emitiendo un brillo que parecía luchar con el mismísimo dios Ra por la posesión de ese trozo de desierto.

El teniente ni siquiera se fijó mucho en el sacro receptáculo de los judíos, no parecía gran cosa comparado con las maravillas de la civilización del Nilo que había visto en los numerosos museos que atestaban el país. Cultura, la egipcia, a la que consideraba ahora más que nunca, después de la experiencia con la tumba de Sheshonk, como parte intrínseca de su ser, casi igual de fuerte que su identidad musulmana. Si hubiese creído en las reencarnaciones, Osama sostendría que la propia alma divina del faraón, vencedor de los hebreos, se había instalado en su cuerpo mortal para hacer justicia con los extranjeros que habían intentado saquear sus propiedades.

Aunque no llegaban a tanto sus cavilaciones, su máxima urgencia estaba clara: llevar el objeto a su cuartel, en el centro de El Cairo, y recibir las felicitaciones de su coronel. La vida de un soldado es tremendamente sencilla.

Osama, aún metido en la antecámara de la tumba, pisando la piedra con la que acababa de sepultar a Marie y John, llamó al grupo de hombres a su cargo para impartirles órdenes. Todavía dudaba entre dejar a tres o a cuatro de ellos vigilando a los europeos.

Entre la maraña de cuerpos de soldados, que le tapaban la visión del campamento,

no vio a Alí hasta que fue demasiado tarde.

El sudoroso y sofocado egipcio, con la cara enrojecida e inflamada, arrastrando los pies casi al borde de la insolación, había salido del escondite de su tienda donde había pasado inmóvil toda la mañana hasta lograr que Osama se olvidase completamente de él.

El invisible Alí, el fracasado Alí, el enajenado Alí que ya no podía convivir con la realidad, se había acercado al Arca sin que nadie lo notase. Ahora estaba junto a ella, mirando la causa de su desdicha, de su deshonra profesional, observando el objeto que le había vencido, el vestigio que le convertiría en el hazmerreír del ámbito arqueológico cuando se corriese la voz de que el único científico egipcio miembro de la gloriosa expedición que lo había rescatado del olvido había sido incapaz de ayudar en su descubrimiento por su insuperable terror a los espacios cerrados.

Estaba acabado, avergonzado, ya nada tenía que hacer en el mundo. En ese momento, frente a los brillos que despedía el Arca, pensaba en la decepción que sentiría su tío Ayman cuando le contasen su fracaso. No podría enfrentarse a ello.

Transitamos por la vida para llegar todos a la misma meta, qué más da cuándo se cruza la línea. Alí, consciente de sus actos o presa de su desvarío, trató de abrir la tapa del Arca. No veía ninguna bisagra, por lo que agarró las alas de los querubines para tirar hacia arriba. El propiciatorio se movía pero encontró una resistencia.

A Osama, en cuanto distinguió a su compatriota manipulando el Arca, todos los tendones de su musculatura se le tensaron. Soltó un alarido mientras empujaba a sus aturridos soldados para abrirse paso entre ellos y llegar hasta Alí para detenerle. Los infantes, después de superado el primer desconcierto corrieron tras su jefe, aunque no sabían muy bien qué hacer.

Casi cuando los frenéticos militares llegaron a la altura del arqueólogo, éste desencajo por fin la tapa al mismo tiempo que se dejó oír un chasquido breve, como de cerámica rota.

Nadie tuvo ocasión de ver lo que había dentro del Arca. Un denso humo rojizo empezó a brotar de sus entrañas tapándolo todo, ocultando la luz del sol, llenando todos los rincones del campamento, todo el aire, todos los huecos, todas las gargantas, todas las cavidades pulmonares del hechizado Alí, aún de pie, de los atónitos soldados y de un rabioso Osama que había dado media vuelta y trataba de escapar del inminente desastre sin conseguirlo. La nube fue más rápida que él.

La muerte no fue ligera, primero sintieron un olor punzante que les llegó directo a los centros nerviosos del cerebro; después vino la desorientación, la sofocación y la asfixia, todos cayeron al suelo soltando lo que tenían en las manos; después sintieron un picor insoportable en la faringe que hizo que, instintivamente, se llevasen las manos al cuello para aliviar el dolor apretando sus gargantas; por fin, una parálisis les atenazó todos los miembros hasta extinguir todo movimiento, todo suspiro de vida.

El cárdeno y ardiente humo que había emanado del mortal incensario no tardó mucho en disiparse en la inmensidad del desierto. Después de ahogar todo lo que había a 50 metros alrededor del Arca, no quedó ni una mínima traza de su paso por allí, sólo el silencio.

Yahvéh con ayuda de Shu, o Shu con ayuda de Yahvéh, habían triunfado plenamente. O, tal vez, mejor decir que fueron Sheshonk y Nefiris quienes se mostraron como patentes vencedores del duelo de inteligencias que establecieron tácitamente los que querían entrar en una tumba prohibida y los que trataban de impedir el saqueo de lo que consideraban su postrer e íntima morada.

Al aire libre la muerte triunfaba, en la tumba seguía la vida. Marie y John no pudieron oír, desde su involuntario encierro, nada de lo que sucedió en la superficie. La gruesa piedra que tapaba la salida les comunicaba completamente de todo lo que ocurría en el mundo exterior.

Habían decidido apagar las linternas, porque tenerlas encendidas agotaría las baterías rápidamente, pero la total oscuridad era claramente insoportable.

Los dos se decidieron a doblegar la melancolía que producían las tinieblas con el sonido de sus voces. Al principio hablaron de lo que les había acontecido, de la traición de Osama, de lo que pasaría con el Arca, de lo que haría el gobierno egipcio con ellos; después de cosas triviales, de su trabajo, de su vida cotidiana.

Empezaron sentados en el suelo, uno a cada lado del pasillo, pero pronto Marie tanteó hasta encontrar el pie de John y se sirvió de él para acercarse y arrellanarse a su lado. El silencio era tan absoluto y estaban tan cerca ahora que tuvieron que hablar entre susurros para no sobresaltar aún más sus ya maltrechos nervios con los ecos que producían los ominosos corredores de la tumba.

Sus hombros se tocaban, sus brazos, sus antebrazos, sus manos y sus piernas. Musitaban palabras con la cabeza vuelta el uno al otro, tratando de adivinar, por el leve sonido, dónde estaban los labios que pronunciaban las tenues oraciones, alargando cada vez más el cuello para llegar antes a recogerlas, tratando de aspirar el aire que las empujaba, oliendo su aroma, intentando tocar la boca de donde procedían, sintiendo la lengua que les daba forma.

Toda la tensión acumulada durante los penosos días de la excavación se descargó en mil eléctricas sacudidas, John y Marie hicieron el amor como los que van a morir.

El tiempo se detuvo en la oscuridad de la tumba porque nadie se ocupó de medirlo.

Cuando quedaron agotados, Marie buscó una linterna para escrutar el rostro de John. Contempló lo que esperaba ver, la cara de un enamorado todavía algo atolondrado y confuso por lo que había sucedido. Se sintió feliz, aunque la rigurosa realidad vino a turbar su estado de completa satisfacción.

—¿John?

—¿Sí? —contestó el inglés inmóvil, abrazado a Marie, aún aturdido, con los sentidos raptados por el puro éxtasis que acababa de embestirle. —Ha pasado mucho tiempo desde que nos dejaron aquí.

Al inglés le costaba recuperar su pleno dominio, había llegado a escuchar a Marie, pero no era capaz de entender lo que decía.

—Ni siquiera nos han bajado comida —insistió la francesa tratando de incorporarse del polvoriento suelo y componerse la desbaratada ropa—. ¿Crees que van a dejarnos morir aquí?

—No, no lo creo —declaró por fin John, aunque sin ninguna convicción.

—Tenemos que salir de esta tumba —dijo la francesa segura de sí misma, no estaba dispuesta a que su recién adquirida dicha fuese sepultada en semejante catacumba.

—Pero este acceso está vigilado, nos atraparan seguro —opinó el detective.

—Pues saldremos por otro lado —arguyó Marie mientras se sacudía la suciedad acumulada en su indumentaria.

John trataba de reflexionar, aunque atravesasen la trampa de agua, el pasillo de las pinturas resquebrajadas, el pasillo descendente de los jeroglíficos y la sala hipóstila, volverían a aparecer en el mismo sitio, en la antecámara de la tumba. Aunque por otra puerta, se darían de frente con los soldados que custodiaban la salida. Pero Marie parecía decidida a irse.

—¿En qué piensas? —le preguntó John incapaz de adivinar el plan de la francesa.

—Saldremos por la trampa del fuego —dictó resuelta.

John lo pensó, la corta distancia que mediaba entre la boca del túnel del laberinto de agua y el nivel del pozo era lo suficientemente corta como para bucearla sin problemas. La única dificultad era escalar por la cuerda hasta la plataforma donde estaba la grúa, aunque se creía capacitado para hacerlo con un poco de esfuerzo. Luego, tendrían que llegar hasta la trampa de Ra, romper la losa agujereada y aparecer en la cima de la montaña. Una vez allí, los soldados no lograrían verlos si escapaban por la otra ladera del cerro. Podía funcionar porque, con un poco de suerte, el martillo neumático y parte del equipo de submarinismo estarían todavía donde los había dejado, apoyados en la piedra de granito que tuvo que romper para salvar el obstáculo de Hapi.

—Bien, es una buena idea, estoy contigo —le comunicó a su compañera.

Marie le cogió del cuello, le atrajo hasta ella y le besó largamente, con desmedida pasión.

—A partir de ahora siempre estarás conmigo —dijo cariñosa.

Las palabras de Marie consiguieron ruborizar al inglés que no pudo hacer otra cosa que devolverla un breve beso. Estaba en la cima del mundo, aunque poco era lo que podía ver en las penumbras del túmulo de Sheshonk.

No había tiempo para más ternura, se adentraron por el pasillo que les llevaba al laberinto del agua usando una sola de las linternas para no gastar las pilas de la otra.

Ya casi habían recorrido los 70 metros del largo corredor cuando tropezaron con un inesperado obstáculo. Era una de las tapias de ladrillo que habían ordenado levantar ellos mismos a los *fellah*, buscando cegar los pozos de agua para evitar que la humedad dañase otras partes de la tumba.

—¡Vaya! ¡No me acordaba de este muro! —maldijo Marie. —Yo tampoco — confesó John.

—Habrà que tirarlo.

—Sí —confirmó el inglés—. No creo que tengamos problema, son simples ladrillos, aunque necesitaremos algo para hacerlo.

—Una palanca o un tubo de hierro —sugirió Marie. —Volveré atrás a ver si encuentro algo adecuado.

—¡Espera! —dijo Marie reteniendo la mano de su compañero—. Iremos juntos. Desandaron lo andado buscando algo contundente con lo que pudieran derribar la pared, pero no tuvieron mucha suerte, en ese pasillo no había nada, tampoco en el corredor del desfile de barcos, salvo la carretilla.

—Abajo hay palancas, las que usamos para abrir la puerta de Shu —se acordó John.

—No tengo ganas de volver a meterme en la trampa de tierra, es peligroso, cojamos una de las barras de los andamios. Por quitar una no pasará nada.

Se dirigieron prestos a la entrada que había guardado la piedra con la imagen del dios Tatenen, ahora castigado de cara a la pared. John tanteó los barrotes que formaban parte del armazón que sujetaba el techo del corredor inclinado. Estaban todos sólidamente aferrados, cumpliendo su función de sostén con demasiada determinación.

John se introdujo un poco más buscando algún travesaño que estuviese más suelto, pero no encontró ninguno.

—Venga John coge cualquiera —le apremió Marie—, esta linterna está agonizando.

John hizo caso a Marie, dio un fuerte tirón de la barra que tenía más cerca, moviéndola un poco. Repitió el empujón un par de veces más hasta que el hierro cedió.

—Ya tengo una —dijo satisfecho.

Un fino polvo empezó a caer por donde había arrancado la viga, la tabla que había sujetado hasta ahora empezaba a ceder visiblemente empujada por el peso de la tierra.

John salió de allí a escape.

No hubo recién sacado los pies del agujero cuando la estructura se vino abajo con

un estruendo que les impidió oír el mutuo grito de sobresalto que emitieron.

Se apartaron de la entrada primero gateando, después corriendo, el polvo les perseguía con la clara intención de no permitirles respirar.

No se sintieron a salvo hasta que subieron los dos tramos de escalera que les llevaban al paralelo pasillo de arriba.

—Buena la he hecho —dijo John apesadumbrado de haberse cargado todos los túneles que penosamente habían conseguido horadar en la trampa de tierra.

—¡Venga, no te preocupes! —le tranquilizó Marie—. Esas galerías eran una chapuza y un peligro, ningún arqueólogo serio se hubiese introducido en ellas jamás, el próximo que explore la tumba ya se ocupará de fabricarse otras más seguras, por la cuenta que le tiene.

—Por lo menos Sheshonk y Nefiris podrán descansar tranquilos durante otra temporada —observó John sacudiéndose un polvo que se le había metido incluso en los bolsillos de la camisa y el pantalón.

—Y nosotros por lo menos tenemos la barra —observó Marie zarandeándole—. Vámonos ya.

Llegaron otra vez al lugar donde esperaban los ladrillos que iban a ser demolidos. Lo que más les costó fue abrir una primera brecha a base de bastonazos; después, agrandar el agujero hasta hacerlo suficientemente amplio como para franquear el escollo, no les supuso ningún esfuerzo.

Se toparon con la rampa que les llevaría al agua, estaba muy resbaladiza, así que se tuvieron que aferrar a las paredes con brazos y pies para no caer por el inclinado pozo.

Como sospechaba John, allí, apoyados en la pared y en lo que quedaba de la derruida lápida que había cegado el corredor, estaba parte del equipo de submarinismo que él mismo había abandonado. Los obreros, cuando levantaron el muro, no recogieron ese material porque ni siquiera lo habían visto, quedaba muy por debajo de donde se habían puesto a trabajar. Encontraron las aletas, la bombona de oxígeno casi gastada y el martillo neumático, todavía adherido a una pared lateral mediante su mecanismo de fijación, aunque a un paso de caerse.

Lo primero que hizo el inglés fue recoger el percutor para que no se perdiera en las profundidades de la sima.

—¡Vaya, parece que te has dejado utensilios de trabajo abandonados por aquí! —le reprochó Marie medio en broma.

—Sí, lo confieso, es que ya no iban a servir para nada y, en un primer momento, no tenía ganas de bajar de nuevo a recogerlos, luego los olvidé por completo —reconoció John.

—Nos vendrán bien —zanjó la directora— Bueno, ¿cómo lo hacemos?, porque yo no tengo ni idea de bucear.

—Yo llevaré el cilindro de aire a la espalda —dijo John mientras tanteaba su peso —, me calzaré las aletas y te llevaré a ti entre los brazos. Yo seré el que nade, tú quédate quieta y déjate llevar. Si te quedas sin aire te pasaré el respirador ¿De acuerdo?

—De acuerdo —confirmó Marie con un suspiro.

Aunque la arqueóloga había visto, por el plano de John, que la distancia que tendrían que recorrer sumergidos no era excesiva, ahora que se acercaba el momento estaba empezando a ponerse algo nerviosa.

—¡Ah! Se me olvidaba —añadió el inglés—. Tendrás que llevar el martillo neumático, puede que lo necesitemos para romper el techo de la trampa de las lentes.

—¿Este cacharro funciona también fuera del agua? —preguntó Marie mientras miraba el estrafalario artefacto.

—Debería funcionar —dijo John no muy seguro de la rápida afirmación que había adelantado.

El inglés se quitó las botas y se ajustó las aletas, aunque no estaba dispuesto, si es que salían de allí, a atravesar el desierto con los pies de pato. Ató su calzado a la botella de aire comprimido y se sumergió en el agua. Notó un frío que le atenazó las articulaciones, ahora no llevaba la protección del traje de goma, aunque el gélido contacto era soportable.

—Vamos, sumérgete —animó a su compañera.

—Allá voy —dijo Marie mientras se introducía en el líquido.

—¿Estás lista?

—Sí, pero está fría —evidenció tiritando la francesa.

—Ya, un poco —admitió el submarinista—. Tendremos que nadar sin ningún tipo de luz, puedes dejar aquí las linternas, no valen para el agua y si se mojan quedarán inservibles. Coge aire y, ya sabes, si quieres respirar hazme una seña con el pulgar levantado y te pasaré el respirador, aunque no creo que llegues a necesitarlo, el trayecto es corto.

Marie no tuvo tiempo de pensarlo, en cuanto se llenó los pulmones John la dio la vuelta hasta ponerla boca abajo y se la llevó arrastrando hacia los oscuros abismos del laberinto de Sheshonk y Nefiris.

Ni ella ni John cayeron en la cuenta que, en la negrura de las aguas, el activo submarinista no podría ver ningún signo visual que realizase su pasiva carga para evidenciar que se estaba asfixiando.

La francesa llegó al nivel del pozo cuando estaba a punto de soltar el martillo neumático y pellizcar a su compañero para que le proporcionase el ansiado aire que le exigían sus pulmones. Pero no hizo falta, ya habían salido otra vez al aire, aunque se encontraban dentro de un profundo y negro agujero.

—¿Estás bien? —dijo John quitándose el respirador de la boca y restregándose el

agua de los ojos, no había podido evitar abrirlos, aunque ni antes ni ahora, ni bajo el agua ni sobre ella, conseguía ver nada.

Marie jadeaba.

—Sí, sí —dijo por fin para volver a intentar acaparar todo el oxígeno que pudiera haber en la constreñida cisterna.

—Ata el martillo a la cuerda y agárrate a ella, yo trataré de subir hasta la grúa.

John parecía muy seguro de lo que decía para no alarmar en exceso a Marie; sin embargo, no sabía si sería capaz de encaramarse por el resbaladizo cordel. Si no recordaba mal debía haber diez metros hasta la parte de arriba. Aun así, quemó todas sus naves, se desprendió del pesado cilindro de aire, no sin antes recuperar sus botas, y también de las aletas, que fueron a parar a lo más profundo de la sima. Desde donde estaban ya sólo quedaba un camino, el difícil ascenso.

El inglés era plenamente consciente de que lo mejor para realizar cualquier proeza física es saber dosificar las fuerzas. Ya antes había subido por cuerdas durante su instrucción como policía, el gran problema era no escurrirse y, para ello, cada vez que usaba los brazos para ascender medio metro, enredaba sus pies en el cabo y se apoyaba en ellos para descansar los músculos de sus extremidades superiores mínimamente.

La maroma estaba algo húmeda, pero no mojada. Con mucho esfuerzo se fue acercando a la grúa, todavía reciamente fijada al pavimento de la plataforma que se abría al agujero lleno de agua. En cuanto asió la prolongación del elevador soltó la cuerda y, balanceándose, usó las piernas para encaramarse por completo a la masa de hierro. Ya apenas le costó deslizarse hasta el piso del corredor.

Marie desde abajo no veía nada, solamente escuchaba de vez en vez los estertores de John, producidos en su denodada lucha contra la gravedad.

—¿Has llegado ya? —preguntó cuando dejó de percibir los bufidos del escalador.

—Sí —contestó John con una voz algo debilitada—. Agárrate a la cuerda, voy a subirte.

El inglés manipuló los controles de la grúa para subir a Marie y, con ella, el martillo percutor y sus botas. Aunque mojadas se las puso, no estaba dispuesto a pisar el deslizante y desagradable pavimento con los pies desnudos.

Lo siguiente era derrumbar el segundo tabique que habían levantado los Zarif para evitar que la humedad dañara las ya muy descompuestas pinturas del corredor ascendente, el que les llevaría hasta la trampa de las lentes magnificadoras. Aun a tientas, con el martillo neumático no tuvieron problema en echar abajo la liviana construcción de ladrillo en apenas unos segundos.

Vieron una vaporosa claridad entrar a través del agujero que habían practicado, aunque débil les subió la moral. Estaban a un paso de recuperar la libertad que les había arrebatado arteramente el conspirador de Osama. No hay mayor traición que la

que proviene de los que confías, pero Marie y John no pensaban ahora en ningún tipo de venganza, solamente en salir de allí. Primero la vida, después todo lo demás.

De la mano subieron la pendiente, hasta la trampa del sol, aunque ya los rayos del mortecino astro que se colaban por los agujeros de la lápida del techo, muy disminuidos por lo avanzado de la tarde, no estaban en condiciones de imponer respeto a nadie.

—Me subiré a tus hombros y romperé la piedra —consideró Marie sin parecer admitir derecho de réplica—, no debe ser muy difícil, parece un queso gruyere.

—Sí, pero ten cuidado con los trozos que desprendes, me caerán todos a mí.

Marie se sentó a horcajadas sobre el cuello del detective, pero apenas llegaba a tocar la losa, estaba demasiado alta, tuvo que ponerse de rodillas y después de pie sobre los doloridos hombros de su compañero, apoyada en la pared para no caerse. John la sujetaba de los tobillos y trataba de guardar el precario equilibrio, le chorreaba agua en la cara procedente de la todavía empapada ropa de la francesa.

Provista con la pesada e incómoda herramienta, pensada para actuar y trabajar bajo ríos y mares y no sobre la superficie de la tierra, Marie se dispuso a efectuar un primer intento de acoso y derribo. La puso vertical y la sujetó, los mecanismos de sujeción que actuaban bajo el agua de nada servían ahora, así que la aferró con toda su fuerza.

La arrancó y subió el ruidoso aparato sobre su cabeza, hasta tocar en un extremo del artificial techo de la alta habitación. Saltaron trozos de piedra en todas direcciones.

Marie agachó la cabeza, cerró los ojos y aguantó el temporal de desmenuzadas partículas haciendo fuerza, con las piernas en el cuerpo de John, con los brazos en la máquina que manejaba. Esto fue lo que provocó su caída.

Al ceder un gran trozo de piedra perdió el equilibrio, cayendo la lápida, el martillo y la propia Marie alrededor del humano poste que la sujetaba.

La francesa, al notar la inestabilidad saltó de su atalaya y cayó agarrándose de la cabeza y espalda de John para amortiguar el golpe. No se hizo nada y el boquete por el que podían escapar de una vez por todas de la tumba de Sheshonk y Nefiris ya estaba practicado.

—¿Estás bien? —consultó Marie a su dolorido compañero.

—Sí, sí, me ha entrado un poco de polvo en un ojo, nada más —afirmó el inglés.

—Bien, vámonos de aquí, estoy harta de esta tumba —manifestó la arqueóloga—, nunca creí que pudiera decir esto.

—Tú saldrás si yo te levanto sobre mis hombros, pero luego no podrás conmigo —objetó John viendo lo alto que quedaba el orificio que había abierto Marie.

—Espera un momento.

Marie, sin adelantar ninguna explicación de sus intenciones, se deslizó por el

corredor descendente que llevaba a la trampa del agua. A la vuelta llevaba en las manos un trozo de cuerda que había recuperado del cabestrante de la grúa.

—Primero salgo yo —dijo cuando regresó—, ato la cuerda arriba y después sales tú, ¿de acuerdo?

—Nada que objetar.

Marie subió de nuevo a los hombros de John, ya con la práctica de una funambulista de circo. Éste, agarró por la suela de las botas a su pareja y con todo el ímpetu de sus bíceps la impulsó hacia arriba, como el forzudo que levanta unas pesas.

No tardaron mucho en estar los dos en la cima de la colina, pretendidamente a salvo de cualquier maquinación humana o divina, de militar o faraón. Solamente tenían que descender el altozano por la vertiente opuesta al recinto donde habían pasado los últimos once días y huir de allí sin mirar atrás. Claro que, una vez superada una dificultad, no tarda en surgir la siguiente, estaban a diez o doce kilómetros del lugar habitado más cercano y esa distancia por el desierto, sin ningún tipo de brújula, sin agua, sin comida y casi de noche podía convertirse en una marcha algo peligrosa y desesperada. Ambos lo sabían, por eso decidieron darse un tiempo para pensar su siguiente paso y aprovechar los últimos rayos del sol para terminar de secarse sus destrozadas ropas y restablecer sus maltratados cuerpos.

John se paseó por la cumbre de la pedregosa elevación y se asomó, cauto, a la ladera donde estaba levantado el campamento. Distinguió las lonas y los vehículos. Todavía estaban allí los todoterreno de los soldados recién llegados y, cosa sorprendente, también el Arca. La veía brillar nítida, inconfundible, en el centro del cercado perímetro. Llamó a Marie con un gesto silencioso.

La francesa se incorporó a medias y gateó hasta la roca donde estaba escondido el inglés.

—Ten cuidado, pueden verte —dijo cuando llegó hasta él. —El Arca está todavía allí —susurró John a su compañera.

Marie oteó por encima del risco, el Arca, refulgente, reflejaba los mortecinos rayos del sol hasta resucitarlos y darlos nueva vida.

—Qué raro —murmuró cuando volvió a ocultarse—. Osama dijo que se llevarían el Arca inmediatamente.

—Lo más raro es que no se ve a nadie por el campamento.

—No estarás insinuando que se han marchado todos y han dejado el Arca abandonada para que nosotros la recuperemos —expuso Marie perpleja.

—No lo sé, tal vez deberíamos acercarnos un poco más, hay algo extraño en el ambiente.

—A lo mejor están cenando tranquilamente en la tienda cocina —opinó Marie acordándose de su intenso apetito, no había comido nada desde hacía varias horas.

—En esa tienda no cabe tanta gente, voy a bajar un poco más—dijo John

decidido.

—O quizá han descubierto nuestra huida y nos están buscando por los alrededores —conjeturó la francesa.

—Bueno, nada para salir de dudas que enfrentarte directamente a la incertidumbre —alegó John—. Tú quédate aquí, no tardaré.

—De eso nada —protestó Marie—. Yo voy contigo.

—Como quieras —consintió—. Vamos hasta ese pedrusco, allí podremos acechar desde más cerca.

No pudieron evitar que algunos guijarros de gravilla se desprendiesen colina abajo mientras se desplazaban hasta el siguiente punto de vigilancia, un peñasco situado apenas unos metros de donde habían acampado.

Fue llegar y darse cuenta de que, alrededor del Arca, una decena de cuerpos humanos yacían en total inmovilidad y con estrambóticas posturas. Casi todos ellos vestían uniformes de camuflaje que les mimetizaban perfectamente con la arena del desierto, por eso no habían podido distinguirlos desde la cima del cerro.

—¿Qué ha pasado aquí? —exteriorizó John algo aturdido.

Se miraron a los ojos con estupefacción, como para asegurarse de que los dos experimentaban la misma confusión.

Sin decir nada bajaron todo el resto de la pendiente, sin preocuparse ya por hacer ruido o porque alguien notase su presencia. John se acercó al primer soldado que encontró, le dio la vuelta y no pudo evitar sobresaltarse. El joven militar tenía las facciones desencajadas, como si todavía el pánico estuviese apoderándose de un alma que hacía tiempo le había abandonado.

John le tomó el pulso para afianzarse en la segura certeza que estaba mirando a un muerto. Las manos del cadáver, agarrotadas, se cerraban en torno al cuello y a la boca abierta llena de arena, palmario síntoma de que el fallecimiento había sido por asfixia. Fue entonces cuando a John le asaltó una sospecha, dirigió una penetrante mirada al Arca, todavía brillante, y divisó como el propiciatorio había sido desencajado y movido levemente. Habían abierto la tapa.

El inglés se acercó hasta ella, alguien se encontraba justo a los pies del arcón, supo que era Alí antes de verle la cara. Había sido él, sin duda, el que había desencadenado el desastre.

Miró el contenido del Arca, pero no había nada dentro del cofre salvo restos de un par de toscos recipientes de barro rotos. Exploró el propiciatorio por debajo, levantándolo ligeramente. La parte superior de las vasijas de terracota todavía estaba adherida a la tapa.

—Parece que al fin el dios Shu hizo su aparición —observó con tristeza Marie desde la espalda del inglés, había estado acechando toda la investigación de su compañero sin decir nada.

—Eso parece —reconoció John pensando que también les podía haber pasado lo mismo a ellos—. Fue Alí quien abrió el Arca y, al hacerlo, rompió estos dos potes de terracota que seguro contenían sustancias químicas que, en combinación con el aire, ahogaron o envenenaron a todos los que se encontraban cerca del arcón.

Los dos europeos casi ponían cuidado al respirar a la vista del panorama que se les presentaba.

—Era, sin duda, una trampa preparada por la bruja de Nefiris para los desdichados que abriesen el Arca —masculló Marie.

—Sí, y creo que pidió prestado el poder de Yahvéh para montar su trampa postrera, la del aire, el cuarto y último principio —confirmó John apesadumbrado.

Todo lo que hace el ser humano es susceptible de convertirse en arte, y Nefiris se había mostrado como una maestra consumada en la ciencia de tejer intemporales artimañas que habían terminado costando muchas vidas humanas. Era curioso que un acto realizado hace 3.000 años tuviese tan nefastas consecuencias al cabo de tan extraordinario lapso de tiempo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Marie con algo de urgencia en la voz.

—No lo sé, estoy bastante confundido —confesó John.

—Yo también, no estaba preparada para esto.

—¿Están todos muertos? —preguntó el inglés aun sabiendo la respuesta de antemano.

—Sí —informó Marie vacilante.

—¿Osama también?

—También —ratificó la francesa señalando uno de los cuerpos más alejados.

—Bueno, vamos a comer algo, pensaremos mejor —propuso John para vencer el común decaimiento anímico.

Ambos se dirigieron al comedor y calentaron las primeras latas de campaña que encontraron, sin fijarse ni siquiera en lo que eran, sin mirar la comida cuando se la llevaban a la boca, sin distinguir su sabor cuando la estaban masticando.

—Tenemos que pedir ayuda —profirió de improviso Marie.

John también lo sabía, estaban en una situación bastante comprometida. No quería ni pensar en las largas, complejas e inverosímiles explicaciones que tendrían que dar a la policía egipcia sobre la causa de muerte de su nutrido grupo de compatriotas. Nadie iba a creerles.

—¿Qué tal si llamas a tus jefes de París? —propuso John tímidamente.

A Marie se le vino a la mente inmediatamente la figura de fatuo petulante de Legentil, el funcionario universal. Seguro que tendría la pretensión de que Marie rellenase un formulario antes de proponer cualquier atisbo de solución; o lo que es peor, se pondría a recorrer toda la pirámide de altos cargos de París para que le dijese qué es lo que debería hacer en una situación no establecida en ningún manual

de procedimientos previamente redactado por otros lechuguinos petimetres como él.

—No, mejor llama tú a tus contactos —opinó la doctora—. ¿Confías en ellos?

—Bueno, algo —dijo sin ninguna convicción pensando en Jeremy.

John no sabía si su jefe en el departamento de contrabando de obras de arte de Scotland Yard era precisamente la persona indicada para sacarles del apuro. Aunque, claro, bien pensado, los verdaderos cerebros del asunto eran los distinguidos contertulios que le habían puesto al corriente de la operación en la reunión mantenida en Ashford, ellos sí que parecían mucho más competentes y resolutivos.

El inglés esperó a que Marie terminase de comer y fueron juntos hasta la caja del camión, directamente al teléfono vía satélite.

Era tarde, recién anocheado, pero según el huso horario internacional serían dos horas menos en Londres, así que esperaba encontrar a alguien al otro lado de auricular. John marcó un número que se sabía de memoria.

—¿Sí? —contestaron al otro lado con aparente desgana.

—¿Jeremy?

—Vaya, si es el descubridor de otros mundos —dijo indignado—. Llevo metido en este despacho casi dos semanas, ni siquiera me dejan ir a dormir sin lanzarme una larga mirada de desaprobación, y todo para qué, para que te dignes en llamar una vez cada diez días.

John no sabía si el rapapolvo que le estaba largando su jefe era real o fingido, con Jeremy nunca sabía cómo acertar. Parecía una esposa despechada y quizá era ése el papel que estaba representando en aquel momento, pero ahora no estaba en condiciones de apreciar su desconcertante sentido del humor.

—Lo siento, no he podido llamar antes —se disculpó escuetamente.

—Sí, eso dicen todos.

Sonó un hondo suspiro al otro lado de la línea, decididamente el inspector Jeremy estaba de broma, seguro que gastaba toda una semana en pensar en su próxima gracia.

—Escucha —empezó a decir John intentando que la conversación se desarrollase por cauces más serios—, estoy en una situación muy comprometida y necesito consejo, o mejor soluciones, ¿entiendes?

—Entiendo —dijo el interlocutor con timbre un poco más grave—. Pero te advierto que por aquí anda el Támesis muy revuelto, los jefes me han pedido que si llamas te pase con ellos directamente y eso es lo que voy a tener que hacer en este preciso momento. Sir Arthur, ¿te acuerdas de él?, está a punto de quitarme el auricular de la oreja, así que ya nos veremos, hasta otra.

—Hasta luego Jeremy.

Se oyó un apreciable ruido de interferencias, de alguien que entra y de una puerta que se cierra. John creyó oír un "¿es él?" antes de que otra persona se pusiera al

teléfono.

—¿John?

—Sí, soy John.

—Voy a dar por sentado que el teléfono desde donde llama no es seguro, así que no sea muy explícito. ¿De acuerdo? —Sí, de acuerdo. —¿Han conseguido la Reliquia?

John casi había olvidado el nombre en clave que habían acordado usar para el Arca en esa lejana reunión de Ashford, el que le sonaba bastante ridículo. Ahora que lo oía de nuevo no le parecía tan inapropiado.

—Sí, pero tenemos algunas dificultades.

—¿De qué género?

—No sabemos qué hacer con ella.

—¿Y los representantes del gobierno anfitrión?

—Ahora mismo estamos solos la doctora francesa y yo.

John no quería decir que los egipcios estaban todos muertos, seguro que le preguntarían que quién los había matado, ¿y qué contestar entonces?: ¿Que los había asesinado una reina egipcia que llevaba muerta 3.000 años? ¿Que había sido Yahvéh? ... , todas las posibles respuestas sonaban extraordinariamente irracionales.

Al otro lado también parecía que estaban pensando en algo. Trató de recordar a Sir Arthur, el supuesto consejero del gobierno británico en materias culturales, pero al final mezclaba indistintamente en su memoria todos los rasgos de las facciones de los tres jefes que habían estado presentes en aquel cónclave: el Sir, el Lord y el americano.

—Escuche, no sé lo que les ha pasado concretamente, pero aquí sabemos del cambio de postura del gobierno anfitrión en cuanto a la Reliquia, no les permitirán sacarla del país.

—No... —intentó decir John, pero fue interrumpido por el Sir.

—Y, ahora más que nunca, a nosotros nos interesa que ese objeto salga de ese avispero inmediatamente y solamente le tenemos a usted para realizar esa vital operación.

—Ya, ¿y cómo lo hacemos?

—Desdichadamente tengo malas noticias, nos interesa que saque la Reliquia de allí, pero no podemos ayudarle, no podemos permitirnos una injerencia en contra de los intereses de un gobierno amigo. Tendrá que actuar por su cuenta y riesgo. ¿Lo comprende?

—No.

John estaba confundido ante las apremiantes y, al mismo tiempo, vagas indicaciones de Sir Arthur, que parecía evidentemente muy nervioso, casi le contagiaba esa intranquilidad sólo con escucharle.

—Atienda, sé que no está acostumbrado a este tipo de ajeteos, pero tiene que hacer un esfuerzo. Ni nosotros, ni nuestros aliados, incluidos los franceses, podemos intervenir oficialmente en la región; pero, si el objeto permanece en el país, hay un riesgo serio de que se desencadene incluso una guerra. Ha acontecido... , digamos, algún que otro cambio de poder y de postura en las cúpulas dirigentes de las naciones circundantes.

John pensó inmediatamente en el asesinato del ministro de defensa israelí y las siguientes palabras de Sir Arthur le confirmaron sus sospechas.

—Tengo que advertirle, además, de otro peligro que corren, hemos tenido noticia de que, en cualquier instante, un grupo de comandos de esta nación vecina podrían dirigirse hacia su posición con intención de secuestrar la Reliquia. Deben impedir por todos los medios que esto ocurra, si no pueden hacer otra cosa destruyan el objeto completamente, ¿me oye?, completamente.

—¿Destruirlo?

Marie, que estaba al lado, atendiendo a todo lo que decía John al auricular, dio un respingo al oír la fatídica palabra.

—Si no pueden llevárselo con alguna garantía de éxito tendrán que destruirlo, si cae en manos de una de las dos partes puede producirse una auténtica hecatombe, no le exagero lo más mínimo.

—Está bien, haremos lo que podamos —dijo John para calmar los ánimos, aunque todavía no tenía la más mínima idea de cómo encarar la difícil papeleta que les estaban endosado.

Sir Arthur parecía cada vez más agitado.

—Es más, yo les diría que se olviden de aspirar a sacarlo de allí y pasen a volatilarlo directamente, antes de que sea demasiado tarde.

A John la conversación le resultaba cada vez más incómoda, estaba deseando cortarla.

—Ahora mismo tenemos la posibilidad de llevarnos el objeto o, por lo menos, ocultarlo —trató de argumentar.

—Pues háganlo ya, no acudan a las autoridades nacionales y tengan extremo cuidado, como le he dicho soldados extranjeros pueden estar a punto de caer por la localización de la tumba..., donde quiera que esté.

Sir Arthur hubiera deseado no haber pronunciado la palabra "tumba", se le notó por la inflexión que le dio a la segunda sílaba del término, le salió mucho más lánguida que la primera. Tal vez consideraba que era una pista innecesaria que había proporcionado gratuitamente a posibles escuchas.

—Suerte —le desearon a John desde su país natal.

—Gracias —respondió desanimado.

Y colgaron.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te han dicho? —preguntó impaciente Marie en cuanto se cortó la comunicación.

—Que no pueden ayudarnos, pero que tratemos de sacar el Arca de Egipto... —John dudó—, o que la destruyamos.

—¿Destruirla? ¡Tú estás loco! —tronó la francesa—. Sería un sacrilegio destruir un vestigio con tanta carga histórica, es una auténtica maravilla arqueológica. ¡Ni por encima de mi cadáver! ¡No lo permitiré!

—Cálmate —dijo John levantando las manos en señal de apaciguamiento—, yo tampoco quiero hacerlo.

—Pero, ¿por qué quieren que la destruyamos? No lo comprendo.

—Por lo que he podido entender, parece que los egipcios han cambiado de opinión y ahora quieren quedarse con el Arca.

—Eso es evidente —dijo Marie lanzando un rápido gesto hacia el exterior del camión, pretendidamente hacia el grupo de retorcidos cuerpos tendidos sobre la arena.

—Quizá quieran hacer chantaje a los israelíes con el Arca; o, tal vez, al enterarse que pudiera contener el secreto de un arma química, se han puesto nerviosos y temen que el poder con el que Yahvéh ayudó en tiempos inmemoriales a su pueblo elegido, los hebreos, sea una amenaza cierta para el precario status quo político-militar actual. No lo sé, créeme.

—¡Esto es de locos! —prorrumpió Marie exasperada—. Pero si han pasado 3.000 años, ¿qué peligro puede suponer el Arca para los ejércitos actuales?

—Bueno, puede que ninguno —consideró John con fingida indiferencia—, pero por ahora es evidente que se ha cargado de un plumazo a un nutrido grupo de aguerridos combatientes egipcios.

—¡No me lo puedo creer! —farfulló Marie, aunque parecía pensar que las últimas conjeturas de su compañero podían explicar un poco la confusa cadena de acontecimientos que se estaban desarrollando en las últimas horas.

—Sí, pues no conoces lo mejor —reveló John—, me han advertido que comandos israelitas pueden caer por aquí en cualquier momento con el objetivo de llevarse el Arca a su país.

Marie puso unos ojos como platos, tanto los abrió que las pestañas parecieron tirar de su cabeza hasta alzarla ostensiblemente. El cuello se le tensó.

—¿Qué? —balbució temblorosa.

—Pues eso, que conocen la ubicación de la tumba y que tratarán de robar el Arca.

John trataba de simular frialdad, pero cada vez le resultaba más difícil, eso a pesar que el seco y helado clima nocturno estaba empezando a hacerse notar; gradualmente, la gélida atmósfera contribuía a que sus miembros temblasen cada vez más.

—¡No puede ser! —renegó Marie de nuevo, aunque sus imprecaciones de

incredulidad perdían cada vez más fuerza, parecía estar digiriendo pesadamente el nuevo e inconcebible escenario que se les presentaba.

John, por su parte, también trataba de buscar la lógica de la inextricable situación que los dos estaban viviendo en ese instante. Hay que buscar una razón para todo, hasta para lo más absurdo.

—Antes de salir yo para El Cairo asesinaron al ministro de defensa israelí, a lo mejor lo han sustituido por alguien de la línea dura y han decidido hacerse con el Arca en cuanto se han enterado que existía la posibilidad de rescatarla de su sueño de siglos.

—No me digas que quieren edificar un tercer Templo en Jerusalén para guardar el arcón —aventuró Marie algo desdeñosamente.

—Pues, si esa es su intención, ahora me explico el nerviosismo de mis superiores —penetró John teniendo la urgente certeza de que algo de verdad había en la mordaz y atrevida hipótesis formulada por Marie.

—Entonces, ¿qué hacemos? —emitió la francesa agarrando la mano de John con vigor.

—¿Tú qué propones? —devolvió el inglés.

—No pienso destruir el Arca —contestó Marie resuelta—. Vamos a meterla en un coche para irnos de aquí inmediatamente, mañana ya veremos qué es lo que hacemos.

—De acuerdo —dijo John atrayéndola hacia él y dándole un intenso y cálido abrazo—. No te preocupes, saldremos de ésta.

Entonces, de pronto, justo cuando se estaban besando, oyeron el inconfundible ruido de un motor, de unas aspas cortando el aire, surgiendo repentinamente desde detrás de la colina. Abrieron los ojos rápidamente, mirándose espantados y sobrecogidos, sin despegar todavía sus labios.

Un helicóptero sobrevolaba el campamento al filo de la medianoche.

Marie se acercó, sin asomarse totalmente, a la entreabierta puerta de la trasera del camión. Veía el fulgor de un reflector recorrer todo el perímetro del yacimiento.

Súbitamente, el aparato, a juzgar por el desplazamiento del haz de luz, se deslizó hasta quedar fuera del recinto de las lonas. Por cómo se sacudían y convulsionaban éstas no había duda que estaban aterrizando lo bastante cerca como para estremecer todo el lienzo exterior e incluso las tiendas de campaña interiores.

John se acercó a Marie por detrás y le agarró por un brazo para atraer su atención.

—¡Escúchame! —pidió excitado—. ¡Son los israelíes que vienen a por el Arca, nos matarán para no dejar testigos de su incursión! ¡Tenemos que intentar algo!

—¿El qué? —chilló Marie angustiada, no estaba preparada para morir, aún no.

—¡Voy a meterme dentro del Arca, tú ayúdame a cerrar la tapa, después escóndete dentro del camión, cierra la puerta y, si entra alguien, hazte la muerta! ¡Vamos, tenemos poco tiempo!

Fue decirlo y acto seguido el inglés empujó a la francesa al exterior. Antes cogió de una mesa la potente linterna con la que se estaban alumbrando en ese momento.

Los comandos hebreos debían estar descendiendo de su atroz máquina voladora en ese mismo momento, pero les costaría encontrar la disimulada entrada por entre el murallón de toldos que formaban el acotado semicírculo de las instalaciones.

Marie no tenía ni idea de lo que intentaba hacer John, pero le ayudó a introducirse dentro del Arca, que aún permanecía en el centro del cercado, y a cerrar la tapa; después, se escondió dentro del compartimento de carga del camión. Nunca había estado tan asustada, ni siquiera cuando había sufrido en sus carnes las trampas de Sheshonk y Nefiris.

El ruido producido por las aspas del helicóptero cesó poco a poco. Nuevamente el silencio se apoderó del lugar, esa noche no corría una brizna de viento.

Unos cinco hombres, todos uniformados en riguroso negro, accedieron cautos al interior del campamento. Enseguida se desperdigaron alrededor del Arca, inspeccionándolo todo con movimientos certeros, rápidos, como ejecutando una estudiada coreografía. Centraron su atención en el interior de las tiendas, todas vacías; y, sobre todo, en los cadáveres de soldados egipcios que alfombraban la zona, todavía revelando las muecas de agonía y terror con las que los había sorprendido la muerte. De tanto en tanto cruzaban entre ellos miradas de extrañeza y turbación, pero no rompieron su mutismo ni el sigilo con el que se deslizaban.

Gradualmente fueron levantando las manos hacia una figura que se mantenía a la expectativa y que estaba escoltada por otro hombre que se mantenían unos metros por detrás. Éste último, también de negro, era el único que no estaba armado y parecía bastante menos expeditivo y resuelto que el resto del grupo.

Cuando todos los soldados terminaron de examinar y reconocer el lugar, el oficial que los mandaba, el mismo que se había mantenido a prudente distancia, se acercó hasta el Arca y la enfocó con una linterna que estaba fijada encima de su hombro, formando indisoluble parte del acorazado uniforme que vestía.

Se giró para llamar con un gesto al tímido e inerte individuo que permanecía detrás de él. Éste se acercó curioso y reverente hacia el lugar donde descansaba el Arca, su expresión era la de alguien que no podía creer en lo que veía, inconscientemente no hacía más que parpadear y bizquear, componiendo los más extravagantes ceños de incredulidad. Era un rabino judío de mediana edad, especialista en el estudio de las Escrituras y profesor de historia antigua de la Universidad de Jerusalén. Se le notaba a kilómetros que no estaba muy familiarizado con la parafernalia militarista exhibida por sus compatriotas.

John oyó, desde su escondite, cómo el oficial, con voz queda, se dirigía a él en hebreo por su título religioso. El sacerdote debía haber sido arrastrado hasta allí para verificar la autenticidad del Arca.

El inglés no se había metido en el incierto y comprometido sitio desde donde ahora escuchaba la conversación de los dos israelíes sin tener un propósito determinado, aunque el suyo era un plan descabellado, insensato, desquiciado.

No era que su mente trabajase rápido y que, cuando escuchó el aleteo de la aeronave, pensase en un procedimiento de acción en milésimas de segundo; lo que había ocurrido es que, desde que leyó la Biblia por primera vez, siempre había estado jugando con una banal y frívola idea, una ocurrencia que prácticamente había olvidado después de tantos años, pero que le volvió a la cabeza en el preciso instante en el que Marie le descubrió el agujero que se encontraba practicado en la parte superior del propiciatorio, en la tapa que cerraba por arriba el receptáculo del Arca, la anómala abertura efectuada justo entre los dos querubines.

El Arca era tenida por los judíos como el bendito Oráculo de Yahvéh, el lugar sagrado donde los sumos sacerdotes de la religión rabínica se entrevistaban con su Dios. John iba a intentar aprovechar esa característica de altavoz divino para su propio beneficio. La medida era desesperada, pero su situación también lo era.

John advirtió como el rabino, algo deslumbrado por tan magno descubrimiento, indicaba al oficial que podía ser el Arca verdadera, que coincidía con las descripciones del Pentateuco, aunque faltaban los dos varales que servían para transportarla. También manifestó su desconcierto al descubrir los textos de los Diez Mandamientos grabados en la superficie del arcón, aunque el circunspecto soldado no parecía muy interesado en este último dato.

El militar israelí no tenía ninguna intención de ponerse a buscar las barras que le faltaban al Arca, estaban en territorio enemigo y podían ser descubiertos en cualquier momento. Si eso ocurría serían ejecutados como espías o encarcelados para el resto de su vida, no portaban documento o insignia alguna que indicase que pertenecían al ejército hebreo. Además, estaba el problema del incidente diplomático que ocasionaría su caso. El riesgo que corrían era casi insoportable.

Ordenó a cuatro de sus hombres que se acercasen para transportar el Arca hasta el ahora quieto helicóptero y poder salir de allí cuanto antes.

John notó el ajeteo desde su escondite y sintió como algunas manos ya tanteaban el peso del arcón. Fue el momento de ejecutar la que debía ser la mejor actuación de su vida.

Encendió el foco que portaba y una poderosa luz blanca atravesó el orificio practicado en la tapa del propiciatorio, ésta se reflejó con potencia inusitada en las cuatro alas de los ángeles, hasta descomponerse en brillantes rayos color oro que iluminaban el rostro del temeroso rabino y de los alucinados soldados que rodeaban el Arca. Entonces, con su mejor hebreo, usando fórmulas y construcciones verbales del idioma que se hablaba en tiempos de Moisés, el recogido en los Libros más antiguos de la Biblia, aunque procurando que fuese perfectamente entendido por los

presentes, exclamó con poderosa voz:

Yo soy Yahvéh Sebaot, vuestro Dios, el Dios de Israel, del pueblo que yo elegí para mi gloria; desde encima del propiciatorio, entre los dos querubines colocados sobre el Arca del Testimonio, os comunicaré cuanto haya de ordenar para los hijos de Israel.

Ésta es el Arca de mi fuerza, Oráculo Divino, Gloria de Yahvéh, Justicia de Dios. Venís a mí impuros, intentando tocar un objeto que os está prohibido en día prohibido. Mi ira se ha encendido, pavor y espanto caerán sobre todos vosotros. Habéis olvidado mis palabras, las leyes que di a vuestro padre Moisés: no tendréis ningún testimonio material de mí, ni siquiera este Arca de tiempos ancianos; no os postraréis ante ningún objeto fabricado por los hombres; no os realizaréis imagen tallada, ni figura alguna de cuanto hay arriba en los cielos, o abajo en la tierra, o en las aguas bajo la tierra.

Abominación de la desolación será el uso de este Arca para idolatrarla. Vosotros adorasteis el Arca en los tiempos pretéritos como si yo estuviese dentro de ella, no tendréis objeto o edificio donde yo viva en idolatría. Venerad mis Mandamientos y mi Ley, no las tablas donde están escritos o el arcón donde se guardan.

Os quité el Arca de la vista y os la volveré a quitar. El Testimonio de mi Omnipotencia quedará aquí, sepultado en el desierto de donde os saqué en los tiempos de la Alianza, donde nadie pueda mancillarlo.

¡Huid! O entregaré vuestras ciudades y pueblos al anatema, vuestras tierras a vuestros enemigos, vuestro país a los impíos. Borraré vuestro recuerdo de en medio de los hombres.

¡Huid! O azufre y fuego del cielo caerán sobre vuestras cabezas. Veis a vuestro alrededor la prueba de mi poder. La ira de Yahvéh habita en densa nube. ¡Huid! O acabaré con vosotros igual que he hecho con los que ahora os rodean y que en este momento comen el polvo de la tierra.

¡Marchad! El que no lo haga morirá sin remedio devorado por mi cólera. ¡Os lo ordena Yahvéh, vuestro Dios!

La voz de John había resultado amplificadas por el eco que producía la caja del Arca. Salía por el agujero resonante y clamorosa. El rabino reconoció los pasajes de la Escritura con los que estaba elaborado el improvisado discurso y su miedo no le hizo dudar, ni por un momento, que era el mismísimo Dios quien les hablaba. Un temor reverencial, un pánico atávico se apoderó momentáneamente de todos los presentes, también de los soldados, que entendieron perfectamente las estentóreas y amenazantes palabras.

Al primer "huid", el sacerdote agarró de un brazo al oficial hebreo y trató de arrastrarle de allí. En el segundo, el militar, no sabiendo qué hacer ante una situación tan inesperada, dio un paso atrás, acción imitada inmediatamente por sus subordinados. Al tercer "huid", el rabino ya corría alocadamente hacia el helicóptero. En la última imprecación, John aplicó un filtro rojo a la poderosa linterna que manejaba, la tonalidad ardiente, sangrienta, reflejada en las alas de los querubines acabó de sobrecoger a los vacilantes y expectantes soldados, sus ojos estaban tan dilatados como encogido tenían el estomago.

El oficial israelí sabía que tenía que reaccionar o corría el riesgo de que su pelotón se desbandase y se marchase huyendo tan deprisa como había escapado el rabí, ya alguno había retrocedido más de la cuenta. Levantó el antebrazo en una orden inequívoca de reagrupamiento. Los soldados, tras un instante de titubeo, obedecieron finalmente a su superior.

A pesar del gesto de afirmación de su mando, el militar seguía perplejo, no porque creyese realmente que el mismísimo dios se encontraba allí mismo, dentro del Arca, aquello era tan imposible que ni siquiera se lo planteó después de superado el primer momento de sorpresa. Desconfiaba porque pensaba que esa voz tan metálica e irreal que habían escuchado no podía encerrar más que una trampa, una añaqaza para hacerles creer que había alguien allí escondido, para hacerles abrir la tapa del arcón. Seguramente, discurría, la voz sería una grabación y, en cuanto moviesen el Arca, una bomba o algún veneno se dispararía y les haría morir como habían muerto los soldados egipcios que llenaban la explanada.

Todavía mantenía el puño en alto, inmóvil como una estatua. No sabía qué hacer.

De repente, algo silbó en el aire. Algo que hizo que todos los presentes miraran hacia arriba.

Una explosión, sorda, pero amplificada por la calma del desierto, sacudió los ya arrugados nervios de los soldados. Un resplandor rojizo iluminaba el cielo descendiendo pausadamente. Era una bengala.

Pronto siguieron otros dos fogonazos y un inconfundible y lejano tableteo de armas automáticas que, sin embargo, no llegaban a herir las lonas del campamento.

Fue suficiente para que el oficial tomase una decisión, su primera prioridad era no dejarse capturar, esas eran las instrucciones que le habían dado. Hizo girar su antebrazo rápidamente y todo el comando se retiró apresuradamente hacia el helicóptero.

El aparato empezó a mover sus hélices pesadamente, aunque cada vez más deprisa, levantando la arena dormida y lanzándola con rabia contra el cercado de lonas del campamento.

Marie que, aun encerrada, había escuchado toda la insensata soflama de John, no pudo resistir más tiempo dentro del camión sin hacer nada. Los nervios no la dejaban

parar, si alguien hubiese entrado en el vehículo le habría sido imposible hacerse la muerta como le había pedido John, nunca había estado más viva que en este momento.

Abrió la puerta, sólo una rendija. Al no ver a nadie asomó la cabeza y observó los postreros resplandores de las últimas bengalas, si bien pronto el cielo se iluminó de nuevo, esta vez con una brillante luz blanca. Las ráfagas de ametralladora seguían repiqueteando a lo lejos, aunque desde el entramado de telas no se podía ver quién efectuaba los disparos.

La francesa esperó a que despegase el helicóptero para salir totalmente de su escondite, no quería que la viesan. En cuanto la máquina se elevó corrió a sacar a John del Arca.

—¿Qué? ¿Ha funcionado? —preguntó el inglés nada más ver la grave y desencajada cara de Marie.

—Pero, ¿tú eres tonto? —bramó la doctora mientras ayudaba a salir a su compañero— ¿Cómo se te ocurrió tamaña estupidez? ¡Te has hecho pasar por Dios! ¿Te crees que alguien se va a creer a estas alturas que Yahvéh va a bajar a la tierra para hablar con él?

—Bueno, antes se lo creían —se defendió.

—¡Ya! ¡Antes! ¡Hace 3.000 años!

—¿Qué ha ocurrido entonces? —interrogó un John desconcertado al ver la luz de las bengalas y oír los disparos.

—¡No lo sé! ¡Debe ser el ejército egipcio, seguro que han detectado el helicóptero en sus radares o, tal vez, esos soldados ya se dirigen para acá al no tener noticias de sus compañeros!

Marie señaló y miró involuntariamente, mientras pronunciaba la última frase, al arqueado cadáver que se encontraba a sus mismos pies. Era Alí, ahora visible por la artificial iluminación. Enseguida dirigió la vista a otro sitio para evitar la náusea.

—¡Tenemos que salir de aquí! —espetó mientras ajustaba otra vez la tapa del Arca— ¡Y nos llevamos esto! ¡Trae un coche John!

El arqueólogo no trató de discutir con Marie, todavía estaba un poco mareado y confundido a causa del prolongado intervalo que había pasado enclaustrado en el Arca. Se le habían entumecido todas las articulaciones de las piernas al tenerlas tanto tiempo flexionadas en forzada postura. Por si fuera poco, se le habían clavado por diversas partes del cuerpo algunos fragmentos de los recipientes de barro en los que Nefiris había armado la trampa del aire y que todavía se encontraban en el interior del Arca. Además, las detonaciones y bengalas le aturdían.

Cogió un todoterreno, el que más cerca estaba y lo aproximó al Arca. Se bajó y ayudó a Marie a meter el objeto en el compartimento de carga del coche. Disimularon apresuradamente el Arca con unas mantas.

Mientras realizaban esta operación, un nuevo sonido les secuestró la atención. Un silbido cada vez más agudo rompió el aire, vieron al momento una luz anaranjada salir casi rectilínea desde la posición desde la que sonaban los disparos.

—¡Es un misil! —afirmó John con alarma.

Fue decirlo y una terrible explosión los sacudió. Vieron el resplandor una décima de segundo antes de sentir el estruendo, justo detrás de la colina. Sin duda el helicóptero israelita había sido alcanzado por el cohete. Los tiros cesaron de repente y fueron sustituidos por lejanos gritos de júbilo.

—¡Espera un momento! —dijo John mientras se subía al techo del coche para salvar la muralla de lonas y hacerse una idea clara de la situación.

—¿Qué es lo que ves? —le pregunto la francesa mientras seguía tapando el Arca con mantas y asegurándola con cuerdas.

—Hay unos vehículos parados a unos 500 o 600 metros al norte de aquí, no puedo distinguir más que sus luces —contestó—. Espera, parece que ahora se mueven. Van hacia el este, seguramente a inspeccionar los restos del helicóptero.

—¡Bien, pues vámonos! ¡Ya!

—Sí, vámonos, quizá tengamos una oportunidad —admitió John mientras bajaba de un salto del techo del 4x4.

Marie tomó el volante, salieron despacio, sin luces, ni siquiera de posición, por el hueco dejado en las lonas por el coche que acababan de coger.

La francesa condujo en dirección contraria a donde había caído el helicóptero, tratando de alejarse del campamento que, sin duda, no tardaría en ser también inspeccionado por el destacamento egipcio.

No se veía casi nada, la luna apenas lucía un cuarto de la claridad que mostraba en plenitud. Marie trataba de recordar el cambiante paisaje desértico para orientarse mínimamente. No obstante, cuando llevaba recorridos tres o cuatro kilómetros se encontraba ya totalmente desorientada. Escondió el coche detrás de lo que parecía una duna y apagó el motor. Fue la primera vez que respiró desde hacía una hora.

—Ha faltado poco —reconoció John.

Marie miró a su compañero largamente y después empezó reír tratando de no hacer mucho ruido.

—Pero, ¿cómo se te ha podido ocurrir ese numerito del Arca? —inquirió divertida.

—Apelar al terror divino suele ser muy eficaz para atemorizar a las personas —se justificó John.

—Venga ya, ¿de verdad pensabas que te iba a funcionar ese burdo truco? —volvió a preguntar una reanimada Marie.

—Ellos sabían que el Arca solamente la podían tocar los descendientes de la tribu de Leví, los levitas —explicó el inglés algo fastidiado por las burlas de la doctora—;

además, ya es sábado, el día en que los judíos no pueden realizar ningún tipo de trabajo; al mismo tiempo, unos cuantos pasajes de las Escrituras, bien aderezados con maldiciones bíblicas, incidiendo sobre todo en la aprensión que tienen los hebreos por evitar incurrir en cualquier clase de idolatría, tendrían que haber dado resultado.

—Sabía que creías en la magia, pero no que también intentases practicarla —se regodeó Marie.

—Sí, lástima que me hayan fallado los fieles —se resignó John vencido.

—Bueno, tenemos que alejarnos de aquí —determinó la francesa—, el problema es que no sé dónde estoy y, lo que es más grave, hacia dónde ir.

—Cojamos el plano, nos orientaremos con el GPS durante unos kilómetros y trataremos de buscar alguna carretera, no podemos conducir por el desierto durante toda la noche.

John dedicó un rato a estudiar el mapa. Le costaba porque no quería encender ninguna lámpara del coche, estaban todavía demasiado cerca del campamento. —Bien, ya sé cuál es nuestra posición —anunció el inglés.

—Ahora falta decidir la segunda cuestión —advirtió Marie algo desalentada.

Conducir hasta países vecinos e intentar traspasar su frontera era una locura: Sudán, Libia, Israel..., ninguno era una opción válida. Tampoco podían intentar escapar en un avión de línea regular, el Arca era un objeto demasiado voluminoso y llamativo para ser facturado como equipaje sin que llamase la atención en cualquier aduana.

Por de pronto decidieron dirigirse rumbo a El Cairo; allí, en una caótica ciudad de más de diecisiete millones de habitantes y un millón de turistas pasarían fácilmente desapercibidos.

John calculaba que tendrían un día o dos de plazo para desaparecer. Con un poco de suerte los egipcios pensarían que el Arca había sido robada por los israelitas y que se habría volatilizado con la explosión del helicóptero. Seguramente dedicarían bastante tiempo a recoger y analizar los restos del aparato. Asimismo, la extraña muerte de Alí, Osama y sus soldados les procuraría también más de un quebradero de cabeza.

Transitaron por medio del desierto durante un buen rato y solamente cuando estuvieron a quince kilómetros del campamento se atrevieron a usar las luces de posición del vehículo. Tardaron casi hora y media hasta conseguir llegar a la carretera general que, paralela al río Nilo, les llevaría hasta la capital.

Marie apenas podía mantener los ojos abiertos, así que le cedió a John el volante. La francesa, ya en el asiento del copiloto, ni siquiera tenía fuerzas para dar conversación a su compañero y evitar así que el sueño no le embistiese como le estaba acometiendo a ella.

No había casi tráfico a esa hora de la madrugada, aunque de vez en cuando algún

camión se cruzaba con ellos.

A John le costaba centrar la atención en la carretera, la noche es contraria a las actividades humanas, pero propicia a los que huyen. Se obligó a permanecer despierto hasta que alcanzasen alguna zona donde pudiesen aparcar el todoterreno sin levantar sospechas.

Para su consuelo, pronto llegaron a una zona de suburbios plagada de edificios de cuatro o cinco pisos, levantados como hongos irregulares en un terreno poco más o menos que sin urbanizar, con calles de tierra y multitud de coches amontonados confusamente en cualquier lugar. Sería un sitio perfecto para dormir tres o cuatro horas hasta que amaneciera.

A Marie no hacía falta preguntarle su opinión, hacía rato que se había vencido al olvido.

Se recobraron del letargo producido por el sueño con la emoción de no encontrarse en un ambiente familiar, en un sitio conocido. La hormigueante sensación de desconcierto que les acariciaba los recién restablecidos órganos sensoriales se fusionó con el bullicio y tumulto de colores, voces y olores que les rodeaban, aturdiéndolos gratamente.

El descampado donde habían aparcado la noche anterior se mostraba ahora casi completamente exento de vehículos, su lugar había sido sustituido por multitud de puestos ambulantes de fruta, verduras, muebles y abalorios; por mantas tendidas a ras de suelo que ofrecían los más variados artículos de alimentación o de menaje; por heterogéneos y tupidos cortinajes de vestidos, camisetas y trajes que se multiplicaban hasta lo incalculable colgados de enclenques tenderetes desmontables.

La confusión era total, pero no experimentaron ningún sobresalto, era incluso agradable recuperar la energía en un lugar ajeno a la rutina, extraño a la costumbre. El renacimiento del despertar era más abrupto, la regeneración más absoluta.

Justo al lado de John, sin inquietarse lo más mínimo por la visible perplejidad del inglés y su adormilado aspecto, una mujer que vendía pantalones vaqueros bajo una enorme sombrilla dotada de todos los colores del arco iris, reparando en el evidente origen extranjero del arqueólogo, le ofreció con el gesto y la palabra la mejor muestra de su género. John parecía hipnotizado.

Marie, todavía más despistada que su compañero, ya que ni siquiera sabía dónde se encontraba, miraba incrédula a un impasible viejo que intentaba vender apenas tres kilos de verdes tomates que tenía extendidos sobre una manta roja, desperdigados, como para hacer más abundante y copiosa su exigua mercancía. Estaba acompañado de una niña que miraba a la francesa con expresión curiosa desde detrás del anciano.

Los sentidos iban más deprisa que el pensamiento, de ahí la sensación de ilusión y espejismo que vivían los dos atónitos europeos ante tan extraño e inesperado paisaje vital.

—¿Dónde estamos? —emitió tierna y azucarada la voz de Marie.

—No lo sé muy bien —consideró John todavía algo confundido—, ayer aparqué en un descampado, pero por lo visto lo hice en medio de un mercado al aire libre.

—¡Qué diferencia con el despertar del desierto! ¡Me siento como nueva al ver a tanta gente! —manifestó Marie a pesar de la dura prueba que había supuesto para su espalda dormir en los rígidos asientos del todoterreno.

—Sí, yo también, y eso que apenas hemos dormido unas horas —calculó John mirando su reloj.

—Estamos en El Cairo. ¿No? —dedujo la francesa al ver los altos y parduscos bloques de viviendas que se erigían más allá de la marea humana, del ondulante

piélago de tejidos mecidos por la ligera brisa de la mañana.

—Sí, en algún barrio de la periferia —confirmó John intentando recuperar totalmente la consciencia y, a la vez, rescatando la premura del pensar en su amenazante situación, el agobio de su condición de fugitivos, de portadores de un sagrado vestigio que no les pertenecía y que todos buscaban.

El inglés lanzó una mirada instintiva a la parte de atrás del 4x4. Allí estaba el Arca, cubierta completamente por una constelación de mantas viejas y gruesas cuerdas que no dejaban adivinar lo valioso del objeto que tapaban; ni siquiera intuir lo que era, salvo su condición de mueble como inevitablemente delataban las cuatro patas sobre las que se apoyaba en el suelo.

—Voy a intentar salir de aquí —dijo John arrancando el automóvil.

—Vamos a desayunar, estoy famélica —secundó Marie llevándose la mano derecha al estómago mientras con la otra acariciaba el antebrazo de su cómplice.

Les costó maniobrar el coche entre el gentío que, incesante, se agolpaba alrededor, no dándose por enterados de la prisa o urgencia de los ocupantes del vehículo. John tuvo que pitar un par de veces para despejar el camino de perezosos peatones.

Ya libres de humanos obstáculos se dirigieron hacia el centro de la ciudad y se pararon donde fácilmente podían confundirse con dos turistas más, cerca de los hoteles que vigilaban el pacífico y reposado paso del Nilo; un río que sabía que su muerte, después de recorrer buena parte de África, estaba ya muy próxima: su curso sería desangrado en los mil riachuelos y canales que formaban la fértil región del Delta hasta hacerle poco más o menos que desaparecer antes de su postrer encuentro con el mar Mediterráneo.

Aparcaron cerca de un café que les permitía ver el todoterreno en todo momento a través de sus acristaladas paredes. Se sentaron en una mesa cerca de la salida y encargaron un exuberante almuerzo al apático camarero que les atendió.

No hablaron hasta dar por totalmente atendidas sus necesidades de alimento y bebida; pero una vez saciadas las carencias del cuerpo, tocaba alimentar las penurias del pensamiento.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó Marie mientras terminaba de reconfortarse con los últimos sorbos de su café.

—¿Francamente? —inquirió John vigilando de reojo a unos niños que se habían detenido junto al vehículo y se apoyaban en él levemente.

—Francamente —asintió Marie.

—Pues, francamente, no tengo ni idea —contestó el inglés al tiempo que se repantigaba en su silla de metal.

—No eres de mucha ayuda —le recriminó la francesa.

—No podemos acudir a nuestros gobiernos, ni a las autoridades, no conocemos a

nadie en el país, no podemos usar nuestros móviles ni nuestras tarjetas de crédito por miedo a ser localizados, se nos está acabando el dinero, llevamos un preciado y voluminoso objeto robado en un vehículo del gobierno también robado, y estamos escapando de un lugar donde hemos dejado un montón de muertos y asistido a un grave incidente diplomático. Creo que nuestra condición es bastante inquietante.

—Visto así... —reconoció la francesa.

—¿Tienes tú alguna idea?

—Se me ha ocurrido una, pero no sé si funcionará, es algo desesperado —dijo Marie algo encogida.

—Estamos desesperados —declaró John—. Habla, te escucho.

—Verás, un día antes de partir para El Cairo, en París, conocí a un curioso personaje que me aseguró que podía contar con él si me veía en un aprieto o en una situación comprometida.

—Acabas de definir escrupulosamente nuestra posición —aseguró John—. ¿Quién era?

—Era un cardenal de la Iglesia Católica —anunció Marie un poco avergonzada de lo inaudito de su propuesta—. Se llamaba Carlo María Manfredi.

John se quedó mudo, intentaba pensar en las implicaciones que supondría pedir socorro a un mandatario de una religión tan estrechamente relacionada con el Arca. Aunque, por otra parte, ¿qué confesión no lo estaba en esa parte del mundo?

—¿Bajo qué condiciones? —interrogó John para obtener de Marie más datos que le ayudasen a juzgar la nueva senda que se abría donde antes sólo había tupida selva.

—No me impuso ninguna obligación, solamente me pidió que le informase de vez en cuando de los progresos de la excavación —recordó Marie—. Aunque yo no le he llamado todavía y, confieso, ni pensaba en hacerlo.

—Bueno, hasta ayer no sabíamos si realmente el Arca estaba en esa tumba, y tampoco han pasado tantos días, ni dos semanas, no puede estar muy enfadado contigo ¿Crees que podemos acudir a él?

—Por probar no se pierde nada, aunque pienso que poco podrá hacer por sacarnos de este monumental atolladero.

—Llámale, ¿tienes su teléfono?

—Sí, me dio su número privado antes de despedirnos —aseguró Marie mientras empezó a teclear en su pequeño terminal portátil—. Lo tengo memorizado en el móvil.

—Estupendo, pero no uses tu teléfono, usa el público de la cafetería —le sugirió John señalándole el aparato del bar, clavado impertérrito y desocupado en una de las paredes del local, esperando que alguien se dignase usarlo.

Marie se levantó decidida, podía ser una oportunidad de salir de su estancamiento. Lo que más le preocupaba es que, para despertar el interés del

cardenal, tendría que decirle que tenían el Arca, cosa que no le acababa de gustar demasiado.

—Diga —sonó al otro lado de la línea.

—¿Cardenal Carlo María? —pronunció insegura la francesa—. Soy Marie Mariette, ¿se acuerda de...?

—¡Marie! —exclamó con extraordinaria cordialidad el eclesiástico, como si una vieja y querida amiga de la que no supiese en años se hubiese comunicado por fin con él.

—Hola... —articuló la doctora tímidamente, no era capaz de sacudirse el azoramiento de los que no están acostumbrados a pedir favores.

—¿Qué tal con la expedición? ¿Ha encontrado el Arca?

Al cardenal se le notaba una emoción desmedida en su quebrada voz cuando pronunció la, para él, sacrosanta palabra.

—Sí, la hemos encontrado —comunicó la francesa con neutra alocución.

—¿De veras? ¡Es increíble! ¡Una maravilla! ¡Un milagro!

La euforia del sacerdote se había desbocado patentemente, se oyó por el auricular como algunos legajos de papel caían al suelo, también el chirrido de los muelles de una butaca sometidos a tensiones excesivas.

—¿Está en buen estado de conservación? —prorrumpió el vehemente cardenal, ávido de noticias.

—Sí, está perfectamente bien —atestiguó Marie.

—Y dígame ¿es cómo la describen las Escrituras? —preguntó su eminencia Carlo María Manfredi con curiosidad teológica.

—Es parecida —dijo Marie sin saber muy bien qué contestar—, aunque básicamente tal y como la detalla la Biblia.

—¿Está segura de qué es la verdadera Arca de la Alianza? —inquirió el cardenal para fortalecer y afianzar su alegría.

—No me cabe ninguna duda —concluyó Marie.

—Y estaba en esa tumba, se la llevaron de Jerusalén a la muerte de Salomón entonces.

El eclesiástico no preguntaba, parecía divagar, como evaluando la feliz solución de un problema que le había torturado durante un tiempo incalculable, que le había mantenido ocupado con cábalas y ecuaciones que por fin se despejaban.

Marie interrumpió sus digresiones.

—Verá, le he llamado porque necesitamos su ayuda.

La desviada atención del cardenal volvió a aterrizar en la realidad de forma brusca.

—¿Mi ayuda? ¿Necesitan mi ayuda? ¿En plural? ¿Quiénes son ustedes?

—Sólo dos personas, yo y un investigador inglés que me ha acompañado en la

excavación —respondió humilde Marie.

—¿Y qué quieren que haga? —preguntó entre interesado y ladino el cardenal.

—Verá... , por explicárselo con pocas palabras, mi compañero y yo nos hemos visto obligados a secuestrar el Arca y ahora estamos abandonados en mitad de Egipto sin medio alguno para regresar a Europa.

—¿Secuestrarla? ¿Por qué?

Marie oía el rechinar del sillón del cardenal, seguro que Carlo María se había medio incorporado de su asiento al oír la estridente palabra "secuestro".

—Digamos que los árabes y los hebreos quieren adueñarse de ella con métodos y propósitos poco honestos para la dignidad del objeto, incluso hasta el punto de poner su integridad en peligro —intentó explicar la francesa con algunos adornos de su propia cosecha.

No hay nada para hacerse escuchar como decir lo que los demás necesitan oír. El cardenal saltó de su asiento a juzgar por el descomunal ruido de resortes que se produjo.

—¿Qué? —tronó—. ¡No puedo permitirlo! Les ayudaré con todos los medios de que dispongo. ¿Qué necesitan?

—Necesitamos un transporte que nos lleve a Suiza, a nosotros dos y al Arca. Allí el objeto estará a salvo y podrá ser estudiado por un equipo multidisciplinar de investigadores hasta que los gobiernos nacionales decidan qué hacer con él.

—¿Dónde están exactamente?

—En El Cairo.

Carlo María Manfredi pareció meditar durante un rato a juzgar por el silencio de los muelles de su sillón, o tal vez estaba de pie.

—Ya, y supongo que no querrán que el Arca pase por la aduana —dedujo el cardenal como hablando para sí mismo.

—Sería embarazoso, sí —confirmó Marie.

—¿Tienen medio de llegar a la ciudad de Alejandría? —consultó de improviso después de otra pausa.

—Sí, tenemos un coche.

—Bien, diríjense a Alejandría, a la iglesia de Santa Catalina y, una vez allí, pregunten por el diácono. Yo voy a pensar en algo para sacarles de Egipto y se lo transmitiré a esa persona por teléfono, cuando lleguen él ya sabrá lo que tendrán que hacer.

—Estupendo, muchas gracias Carlo —reconoció Marie francamente aliviada de recobrar una esperanza de salir con bien de aquella espinosa situación.

—No hay de qué, es un honor y un deber para mí contribuir a la recuperación de tan sagrado vestigio de nuestro Dios —respondió el sacerdote—. Una cosa más, no digan a nadie, ni siquiera al diácono la naturaleza del objeto que van a sacar del país.

—De acuerdo —contestó la francesa.

—Que Dios le bendiga, nos veremos pronto.

Marie colgó el teléfono muy lentamente, la despedida había sonado demasiado rotunda. No sabía cuándo vería otra vez al cardenal, quizá se trasladaría a Suiza para ver el Arca de primera mano, pero eso no importaba ahora. Se dirigió a la mesa desde donde John seguía vigilando con atención las evoluciones y circunvoluciones de los chiquillos alrededor del coche.

—Va a ayudarnos —adelantó en cuanto se sentó.

—¡Sí, estupendo! —celebró el inglés—. ¿Y cómo va a hacerlo?

—Tenemos que ir a Alejandría.

—¿A Alejandría? —se extrañó John—. Eso está a casi 200 kilómetros de aquí.

—Es lo que me ha dicho, allí nos ayudarán a salir del país —se explicó Marie.

—Está bien, pues vámonos cuanto antes, seguro que a estas horas los egipcios se están haciendo ya muchas preguntas.

John se acercó a la barra de la cafetería para pagar y se dirigieron al coche. Los chiquillos les pidieron dinero tímidamente alargando la mano, el detective les repartió las monedas que le habían sobrado del cambio. Marie se puso a los mandos del vehículo.

No tardaron mucho en llegar a la carretera que les llevaría directamente a Alejandría, no era mal camino y no tardarían demasiado en recorrerla.

Alejandría, a orillas del Mediterráneo, en pleno Delta del Nilo, era la segunda ciudad del país y su principal puerto comercial, todas las mercancías que entraban y salían de Egipto pasaban por allí, como atestiguaba el gran tráfico, sobre todo de camiones portacontenedores, que soportaba la vía por la que estaban transitando.

El paisaje que veían a través de las ventanillas del todoterreno era una curiosa mezcla de verde vegetal, gris desierto y marrón cemento. Los regadíos que cubrían toda la región aprovechando los últimos estertores acuáticos del Nilo hacían de la zona una de las más feraces y fecundas del planeta, llena de plantaciones de algodón, lino, trigo, maíz, cebada y arroz. Claro que, donde no llegaba el agua, el desierto sí lo hacía. Se observaban algunos claros donde el mar de arena vencía momentáneamente a la potencia fertilizadora del gran río. Entre medias, cientos de casas y pequeñas aldeas esparcidas sin tregua ni concierto por todo el horizonte alojaban a la gran cantidad de agricultores que vivían de los productos que daba la tierra y el agua. El acero de las vías del tren, que corrían paralelas a la carretera, completaba el cuadro.

Ni John ni Marie habían estado nunca en Alejandría a pesar de sus numerosos viajes a Egipto, por eso compraron un plano en un quiosco antes de salir de El Cairo. La ruta les llevaría a atravesar Banha, Tanta, Damanhur y Kafr ad Dawwar hasta llegar a la gran urbe de casi cuatro millones de habitantes que se asentaba al borde del oleaje. John ayudó a la francesa a orientarse manejando con pericia el mapa de

carreteras.

Después de conducir unas tres horas con perpetuo miedo a encontrarse con algún coche de policía o algún control de carretera, dejaron a un lado el lago Mareotis antes de entrar en la ciudad. El lago era un gran depósito de agua que está separado del Mar Mediterráneo por la loma donde se asienta la metrópoli de Alejandría, lo que le da a la ciudad su característica e inevitable forma alargada, pegada como un molusco a la orilla del mar del que se nutre.

Famosa en la antigüedad por su deslumbrante faro y por su excelsa biblioteca, Alejandría tenía toneladas de historia enterradas bajo el asfalto y sumergidas bajo las aguas que la bañaban. Fue fundada por Alejandro Magno en el año 332 antes de Cristo, cuando volvía satisfecho del oasis de Siwah, de consultar el Oráculo de Amón-Ra que le había consagrado como hijo de Júpiter y dios viviente. El mismo oasis de donde procedía la estirpe de Sheshonk, el mismo oráculo donde Nefiris había ejercido temporalmente como Suma Sacerdotisa.

Era casi mediodía. Con ayuda del mapa intentaron localizar la Iglesia de Santa Catalina. No les sería muy difícil, porque según el plano estaba situada justo en medio de donde empezaba el doble puerto de Alejandría. Este puerto tenía forma de T, dejaba al lado derecho el centro de transporte marítimo y, al izquierdo, la principal base naval de la marina de guerra Egipcia.

Un edificio de inconfundible factura neoclásica les esperaba al final de la calle que acababan de tomar, tenía que ser la iglesia, como difundía la gran cruz cristiana de piedra que remataba el templo. La estrecha fachada, dividida en dos pisos coronados por un frontón, estaba decorada por cuatro altas columnas que se duplicaban en la planta superior, lo que le daba un aspecto bastante esbelto. La construcción no parecía tener demasiados años.

Aparcaron casi en la puerta, no se veía a nadie en la calzada, era la hora de comer y el sol pegaba de firme, tanto como para desalentar a cualquier incauto que tratase de aventurarse por las tórridas arterias de la ciudad.

John pensaba que, probablemente, había sido buena idea acudir a la Iglesia Católica para escapar de allí; ellos, más que nadie, estarían interesados en preservar el Arca por razones meramente históricas, y no por las políticas y militares que habían demostrado hebreos y árabes; asimismo, sus más de 2.500 diócesis y archidiócesis repartidas por todo el mundo hacían de su organización una de las más extensas redes diplomáticas mundiales, capaz de efectuar cualquier proyecto en todos los rincones del planeta sin levantar apenas sospechas.

Entraron por la puerta principal.

Santa Catalina de Alejandría, en su estructura arquitectónica, era igual que todas las iglesias católicas del resto del orbe: una planta de cruz latina cuya bóveda estaba decorada por gruesos nervios con medallones pintados y en cuya cabeza estaba

situado el altar, bajo un enorme cuadro inclinado que lo presidía todo. El impresionante lienzo, semicircular por la parte de arriba, mostraba a una joven arengando a un grupo de barbudos y maduros hombres que la miraban con visible asombro. Un ángel sobrevolaba encima de la cabeza de la mujer, seguramente para indicar que la muchacha hablaba inspirada por Dios. Desgastados bancos de madera recorrían toda la nave, ocupados únicamente por tres o cuatro fieles, sentados solitarios en la penumbra de la meditación.

En una de las capillas laterales había una imagen tallada en madera de Santa Catalina, la virgen y mártir cristiana que había dado nombre al templo. Estaba vestida de blanco, con un velo del mismo color sujeto con una corona a la cabeza. Por su dinámico aspecto gesticulante y sus labios abiertos parecía haber sido esculpida en clara actitud de pronunciar alguna frase o razonamiento dirigido a cualquiera que la mirase.

John se paró a leer una inscripción en varios idiomas que avisaba de la vida y milagros de la santa. Según la leyenda, Santa Catalina de Alejandría, fallecida a principios del siglo IV, destacó desde niña por su elocuencia, tanto que haciendo uso de sus dotes retóricas reprochó duramente al emperador romano Majencio las persecuciones que hacía padecer a los cristianos. El monarca, aturdido por sus argumentaciones, envió a Alejandría a sus mejores filósofos para debatir con ella, pero no sólo no lograron convencerla sino que incluso algunos de los sabios se convirtieron al cristianismo. Majencio, temeroso de su poder oratorio, la condenó al tormento de la rueda, pero ésta se atascó, lo que contribuyó a su subida a los altares al tenerse este hecho como claro prodigio producido por la Santa. Al final fue decapitada y, desde entonces, es considerada como la patrona de todos los filósofos. A John le pareció paradójico que la Iglesia Católica, que tanto se había resistido al avance de las ideas en los últimos siglos, bendijese una ocupación u oficio que tan claramente había contribuido a mermar la fe de sus creyentes.

Marie reparó en la puerta abierta de la sacristía, situada al lado de la efigie de la virgen mártir, y llamó la atención de John: había alguien dentro que se movía rápido, de uno a otro lado de la pequeña habitación, con las manos en la espalda y cara compungida, como cavilando en un terrible dilema.

La francesa llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Sí? —contestó el nervioso individuo.

El enjuto y menudo hombre parecía un sacerdote por su candidez y aspecto ingenuo, había niños que parecían más desengañados y escarmentados que él, pero vestía enteramente con un traje blanco de algodón algo gastado y de corte antiguo que, evidentemente, por lo grande que le quedaba, no debía ser de su propiedad.

—Estamos buscando al diácono —declaró Marie estudiando al sujeto.

—¿Es usted Marie Mariette? —preguntó el individuo con fuerte acento pero con

menuda voz, tal vez por respeto a lo sacro del recinto.

—Sí —confirmó la francesa.

—Yo soy el diácono de Santa Catalina, Nicos Zoilos —se presentó mientras estrechaba la mano de Marie, y también la de John en cuanto salió de la sacristía y le vio detrás de su compañera—. El cardenal me ha llamado hace un rato, por lo visto necesitan salir del país de inmediato, ya lo tengo todo preparado.

El indefinible hombrecillo, vástago del cosmopolitismo de siglos de la ciudad de Alejandría, miró las manos de sus recién conocidos interlocutores, como buscando algo.

—El cardenal me ha comentado que ustedes traerían un objeto —dijo el diácono alzando exageradamente sus morenas y pobladas cejas.

—Sí —contestó Marie—. Lo tenemos en el coche.

—¿Tienen coche? —preguntó sin esperar otra confirmación—. Estupendo, iremos en él hacia un aeropuerto en el que podrán coger un avión que les llevará hasta Europa.

John y Marie se miraron a los ojos sin decir nada, no podía ser tan fácil.

Nicos Zoilos empezó a caminar velozmente hacia la salida principal de la basílica, no parecía estar muy a gusto con el papel que le había tocado desempeñar, ni siquiera parecía estar cómodo en su traje blanco, parecía querer quitárselo de encima de lo de prisa que sacudía las piernas y los brazos. Los dos arqueólogos le siguieron como pudieron.

Una vez en el automóvil, Marie conduciendo y los dos hombres compartiendo penosamente el otro asiento delantero, el diácono les guió hasta un pequeño aeródromo situado en las inmediaciones de una villa llamada Bahij. El lugar no estaba lejos de Alejandría, a unos 30 kilómetros de la punta oeste de la ciudad.

Era manifiestamente un aeropuerto privado para pequeñas avionetas o jets. Unos cuantos hangares y dos pequeñas pistas de aterrizaje y despegue lo componían, por no tener no parecía poseer ni torre de control visible. No les pusieron ninguna pega a la hora de entrar en el recinto, evidentemente el guarda conocía de sobra al pequeño clérigo.

Nicos les indicó un sitio donde aparcar, cerca de uno de los tinglados que servían para guarecer a los aviones.

—Tendremos que esperar una hora o dos —indicó bajando del coche y poniéndose a caminar alrededor del mismo—. El avión todavía no ha llegado, ¿quieren tomar algo mientras tanto? Aquí cerca hay un establecimiento donde tienen de todo, normalmente sólo sirven a los pilotos, pero a mí ya me conocen.

—Pues no hemos tenido ocasión de comer nada todavía —declaró John aprovechando la coyuntura.

—No hay problema, les traeré algo, esperen aquí.

El diácono se perdió por detrás del cobertizo de madera dejando solos a los dos europeos, que aprovecharon para acariciarse, abrazarse y besarse en cuanto tuvieron ocasión. No había nadie que pudiera verlos, aunque trataron de ser comedidos, en los países árabes no suele verse con buenos ojos las excesivas muestras de afecto en lugares públicos.

Unos hombres que parecían mecánicos aparecieron a lo lejos, por lo que Marie y John tuvieron que separarse, aunque no se soltaron las manos. —Dime John, ¿qué es exactamente un diácono?

El inglés lo pensó antes de contestar. No estaba muy seguro, pero arriesgó una respuesta.

—Creo que son como una especie de ayudantes del sacerdote titular de una iglesia o catedral, pueden hacer de todo menos dar misa y confesar.

—¿Pero son curas?

—Supongo que no del todo, éste va vestido de civil.

—Hasta los cardenales pueden vestir de civil —desveló Marie pensando en el encuentro con Carlo María Manfredi que había tenido lugar en París.

El menudo y activo Nicos Zoilos apareció por el mismo sitio por donde se había marchado. Traía una bolsa llena de latas de Coca-Cola con rótulos en árabe, además de bocadillos elaborados con el delgado y redondo pan egipcio con forma de oblea. Los emparedados estaban rellenos de carne de pollo, lechuga y tomate, todo impregnado con una salsa blanca parecida a la mayonesa. Por su profusión en los puestos callejeros y rapidez de preparación, el plato debía funcionar como una especie de hamburguesa en esta zona del globo.

El diácono repartió los dos bocadillos que había comprado, él se quedó sólo con una lata de refresco.

—Me han informado que el avión está casi a punto de llegar —avisó el clérigo sin poder estarse quieto—. Quizá sea ése.

Nicos señaló un punto en el horizonte, aunque ni John ni Marie consiguieron distinguir nada en el cielo. Pero tenía razón, al poco un avión de hélices de cuatro motores tomó tierra en una de las pistas del aeropuerto y se dirigió pausadamente al hangar donde estaban esperando.

—Bien, no tardaremos mucho —anunció el diácono—. Solamente descargar unas cuantas cajas y repostar los depósitos, entonces podrán partir.

Marie se asombró del desvencijado aspecto del cuatrimotor que ya se encontraba a punto de entrar en el hangar, no era lo que ella esperaba.

—Pero, ¿éste avión va a llevarnos a Europa? —señaló alzando la voz porque los motores producían un ruido ensordecedor.

—No se preocupe, éste es el avión con el que nos llega la ayuda humanitaria de Italia —explicó Nicos—. No nos ha fallado nunca y el piloto es muy bueno.

—De Italia, ya, pero ¿llegará a Suiza? —preguntó de nuevo Marie.

El diácono se quedó inmóvil durante unos segundos, cosa inhabitual en él, antes de atreverse a responder.

—No se preocupen, el plan de vuelo está ya establecido y el piloto sabe lo que tiene que hacer —balbuceó—. El avión puede parecer viejo, pero está en perfecto estado, créanme.

Dicho esto se escabulló a hablar con el piloto de la aeronave y con cuatro de los mozos que habían llegado al olor del recién estacionado aparato. También se había acercado un mecánico de mono rojo terriblemente manchado de coágulos de aceite.

El diácono no volvió a acercarse a ellos hasta que los estibadores vaciaron la bodega del avión y el mecánico terminó de llenar los tanques de combustible y echar un somero vistazo a los motores. El aviador, algo grueso y desastrado, como su aparato, se había ido hacía un rato, pero volvió a aparecer por detrás del hangar.

—Hay que darse prisa —manifestó el clérigo—. He tenido que sobornar a varias personas para que ustedes y su equipaje no pasen la aduana, no creo que suceda nada, pero mejor no tentar la suerte. Tienen que salir ya.

Nicos ordenó a los trabajadores que subiesen el objeto envuelto en mantas al avión y que lo asegurasen bien para que no se moviera durante el vuelo.

—Ya pueden subir —exhortó con una contorsión impaciente de su cabeza y sus manos—. Es un avión de carga, así que no irán muy cómodos, pero el trayecto no será largo.

Justo cuando pronunció la última palabra tuvo otro espasmo de inmovilidad.

—¡Entren, entren! —apremió el diácono mientras resolvía su momentánea parálisis marchándose a hablar de nuevo con el piloto que ya subía a la cabina.

La parte de atrás del avión estaba totalmente desprovista de cualquier comodidad para pasajeros humanos. El amasijo de mantas y cuerdas que ocultaban el Arca había sido férreamente fijado a los garfios que menudeaban en el techo y en el suelo empleando para ello una gruesa red. Marie y John tuvieron que conformarse con sentarse en unos asientos plegables, provistos de cinturones de seguridad, eso sí, y fijados un par de metros antes de la pared de separación que ocultaba a la vista la cabina del piloto.

Por los remaches del fuselaje, más butacas como aquellas habían recorrido en algún tiempo todo el compartimento del avión, pero los sillones, por algún motivo desconocido, habían sido retirados, salvo los cuatro que habían sobrevivido al desguace. Todo apuntaba a que era un avión militar reconvertido a comercial.

Los arqueólogos ocuparon dos de los asientos contiguos, dejando libres los que tenían enfrente, preferían viajar lo más juntos posible.

La hilera de pequeños ventanucos que recorría el carenado del avión hasta el portón de carga trasero permitía observar los cuatro motores de hélice que ya se

habían puesto en marcha con la intención de sacar el avión del hangar. El diácono ni siquiera se había despedido. A Marie le quedó la duda de si el curioso personaje era así de nervioso por propia naturaleza o la tarea que le habían encomendado había influido en su extraño comportamiento. No todo el mundo es capaz de cometer ilegalidades.

No pasaron ni cinco minutos y ya estaban elevándose, sobrevolando el mar y dejando atrás el país de las pirámides.

El piloto había cerrado la puerta que comunicaba la carlinga con el resto del avión, por lo que Marie y John dedujeron que no quería ningún tipo de conversación; si bien ellos tampoco estaban en disposición de mantener ninguna charla amistosa, estaban agotados, mental y físicamente, después de tantas emociones y tantos trabajos a marchas forzadas.

Por su experiencia en los desplazamientos aéreos, Marie calculó que el viaje duraría cinco o seis horas, Suiza estaba a más de 2.500 kilómetros de allí. La francesa había usado bastante a menudo los aviones de hélice para desplazarse a algunas remotas zonas en el transcurso de sus expediciones arqueológicas o, simplemente, para hacer turismo no convencional. Sabía de sobra que el aparato difícilmente sobrepasaría los 500 Kilómetros por hora.

La doctora miró su reloj de pulsera, apoyó su cabeza en el hombro de John y trató de dormir. El inglés la imitó. Aunque tardaron en tranquilizar su respiración lo suficiente como para relajar su cuerpo y prepararlo para el sueño: había algunas turbulencias. Eso o el piloto había resuelto volar por un trozo de cielo que no estaba suficientemente asfaltado, parecía coger todos los baches que encontraba.

La francesa, a pesar de su gran fatiga, no conseguía entrelazar los fastidiosos sueños intermitentes que al final acabaron por desvelarla, el sitio era muy incómodo como para descansar en condiciones; aunque John no parecía experimentar lo mismo, seguía dormitando con plácida expresión. Marie se deshizo del arnés del cinturón, se despegó de John cuidadosamente y se enderezó. Siempre le había gustado mirar por las ventanillas de los aviones, aunque ahora no se veía más que el mar fundiéndose con el cielo mientras la luz del sol apagaba el paisaje poco a poco; sólo unas nubes de oscuras intenciones se perfilaban en la lejanía, si bien se estaban acercando a ellas cada vez más.

Así pasó más de dos horas, mirando el azul; pero, de pronto, el avión empezó a descender ostensiblemente y a cambiar de dirección. En uno de esos giros, Marie divisó dos pequeñas islas, una bastante más grande que la otra. Sin duda se estaban dirigiendo hacia allí.

—¡John! —dijo sacudiendo a su compañero para que despertase.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó el inglés desorientado.

—Vamos a tomar tierra, pero esto no es Suiza —explicó Marie.

John se levantó y fue a mirar por los orificios de la aeronave, vio los dos pequeños islotes, pero no supo decir dónde estaban, desde luego no en el continente.

—Habrà que preguntar al piloto —propuso pensativo—. Tal vez sea una escala o una parada técnica.

Marie se dirigió a la puerta de la cabina y llamó fuertemente. El grueso aviador, con barba de cuatro días y los ojos enrojecidos, abrió desde dentro.

—¿Qué pasa? —preguntó enfadado.

—¿Vamos a tomar tierra? —le interrogó la francesa.

—Claro, hemos llegado —contestó como si eso fuese más que evidente.

—Pero esto no es Suiza —espetó Marie igualando el enojoso tono del aviador.

—¿Suiza? ¡Claro que no es Suiza! ¡Es Malta, nuestro destino! ¿Quién les ha dicho que íbamos a Suiza?

La ocurrencia de Marie pareció divertirle.

—¿Malta? No puede ser, ¿no le dijo el diácono que tenía que llevarnos a Suiza? —le interpeló Marie.

—¿El diácono?

El desaseado piloto, de indefinida nacionalidad, pareció no saber a quién se refería su interlocutora.

—¡Ah! ¡El padre! —cayó por fin—. Él me dijo que les trajese hasta aquí, no me dijo nada de Suiza; además, este avión no tiene autonomía como para llegar hasta allí, de hecho ya vamos un poco escasos de combustible.

—¡Pero no puede ser! —le increpó Marie con irritación.

—¡Escuchen! —gritó el piloto tajante—. Estoy muy cansado, he tenido que hacer este viaje extra después de ir y venir de Italia y, aunque me lo pagan bien, no estoy dispuesto a escuchar tonterías de dos pasajeros clandestinos; así que, si no les importa, déjenme aterrizar tranquilamente, yo no puedo proporcionarles ninguna explicación, llamen al padre si quieren desde tierra.

Después de la categórica exposición, cerró otra vez la mampara de un portazo.

—Parece que el diácono nos la ha jugado bien —dijo John sin mostrarse aparentemente inquietado.

—Nos ha mentado vilmente —admitió Marie resignada.

—Tal vez nos esté esperando otro avión en ese aeropuerto, mejor sentarnos y abrocharnos los cinturones.

Marie hizo caso del consejo de John, ya estaban muy cerca de la superficie de la isla más grande y se podían ver las iluminadas pistas del aeropuerto, aunque una vaga neblina estaba empezando a levantarse.

Volvieron al suelo con un fuerte golpe en los trenes de aterrizaje traseros que les hizo rebotar ligeramente; poco a poco, el aparato empezó a perder velocidad y a deslizarse sobre el pavimento. Vieron un rótulo negro sobre un alargado edificio color

crema de grandes arcos. Rezaba que estaban en el Aeropuerto Internacional de Malta, debía ser la terminal de pasajeros. Pero no se dirigieron allí. El avión, rodando plácidamente sobre las asfaltadas pistas como si las conociera de toda la vida, se dirigía a un grupo de hangares que estaban más alejados, casi en un extremo de las instalaciones.

Las estructuras parecían mucho más sólidas y grandes que los cobertizos del aeropuerto egipcio de donde habían partido. En cada una entraban varios aviones como el que ahora les llevaba.

Enfilaron directamente a una de las cubiertas y el avión se introdujo dentro. A pesar de la penumbra, Marie y John pudieron distinguir por las ventanillas que el hangar se encontraba ocupado por otra aeronave, un jet a reacción lujoso y moderno, pintado de amarillo y blanco y que presentaba en su fuselaje el inconfundible escudo del Vaticano: dos llaves entrelazadas bajo una mitra papal. Pensaron enseguida que el cardenal había previsto un cambio de avión en Malta para proseguir el viaje hasta Suiza. Ambos respiraron aliviados, ahora viajarían mucho más cómodos.

Se veía gente en el hangar, al lado del reactor. Un grupo de hombres ataviados con trajes negros, camisa gris claro, y corbata azul metálico. Se mantenían totalmente inmóviles, como esperándoles. Marie los veía desde la ventanilla del cuatrimotor, eran casi una docena y parecían uniformados; desde luego, no aparentaban ser mecánicos ni ningún otro tipo de empleado aeroportuario que pudiera recordar.

La parte trasera del avión empezó a rechinar, el portón de carga trasero se estaba abriendo lentamente. Los guardias, porque no parecían otra cosa por su compostura y apariencia, ya se habían colocado estratégicamente enfrente de la puerta.

—¿Marie Mariette? —dijo uno de ellos, aunque la francesa, en la semioscuridad del edificio, no pudo precisar cuál.

—Sí, soy yo —contestó expectante desde dentro del vientre de la aeronave.

—¿Puede acompañarme? —invitó la misma y grave voz.

John se quedó quieto, no sabía precisar por qué, pero la atmósfera no era ciertamente amistosa.

—Usted también —decretó el mismo individuo.

Enseguida los escoltaron hasta un despacho sin techo, levantado con materiales prefabricados y situado en la parte trasera del hangar. La luz se escapaba por unas ventanas acristaladas, sin persianas ni cortinas, y servía para alumbrar un poco más esa zona, lo que venía muy bien para no tropezar con las numerosas piezas de motores, garrafas, bidones y herramientas que se encontraban desperdigadas por allí sin orden ni concierto.

—Entren si son tan amables —les indicó de nuevo la voz.

Ahora pudieron ver nítidamente la cara del misterioso hombre que les dirigía hacia la habitación iluminada. No era joven como promulgaba su entrecano pelo e

hirsuto rostro, donde no había enmarañada barba había profundas arrugas; sin embargo, el sujeto parecía mantenerse en plena forma. Marie observó que en el ojal de la chaqueta llevaba una insignia blanca, una cruz católica, pero con sus cuatro apéndices hendidos, formando una simétrica aspa de ocho puntas.

El personaje entró con ellos en la pieza, a diferencia de los demás miembros de su grupo, que quedaron fuera. Dentro de la estancia había otro individuo, también de negro, delgado hasta la consunción y completamente calvo. Aguardaba sentado relajadamente en una butaca con una expresión de euforia que hacía brillar hasta la incandescencia los carbones de sus ojos.

—Buenas noches Marie —dijo levantándose y dejando ver sus casi dos metros de estatura cubiertos íntegramente por una sotana abotonada que llegaba hasta taparle los pies y de la que prendía también una blanca cruz de cuatro aspas y ocho dientes, aunque ésta sobre fondo rojo.

La francesa se quedó petrificada en un primer momento, ni siquiera respondió al saludo, solamente pudo extender su mano para estrechar la fría y huesuda que le tendía su interlocutor.

—Y usted debe ser el investigador inglés que ha participado en tan feliz expedición —indicó el imponente personaje dirigiéndose a John.

—Sí, es John Winters —se apresuró a presentar Marie saliendo de su marasmo momentáneo—. John, éste es el cardenal Carlo María Manfredi, el que nos ha ayudado a escapar de Egipto.

—Vaya, entonces debemos darle las gracias —dijo el inglés estrechándole la mano—, estábamos en una situación un tanto apurada.

A pesar de sus palabras de reconocimiento, a John no le causó buena impresión el aspecto del clérigo, su calva parecía una bombilla enroscada en un exagerado casquillo negro flotante.

—Así que han encontrado el Arca —observó el cardenal volviendo a su sillón—. Pero, por favor, siéntense, permítanme conversar un momento con ustedes, han sido protagonistas de un descubrimiento colosal, han encontrado algo que nosotros llevábamos buscando durante casi mil años.

Carlo lanzó una significativa mirada al hombre de negro que había entrado con Marie y John en el menudo despacho. Él también sonreía, pero apretando los labios, como para que no se notase demasiado su satisfacción.

—¡Ah! Perdonen mi descortesía —se excusó volviéndose a erguir levemente de su asiento—. Les presento a Humberto de Gasperi, prior de la Soberana Orden Militar del Hospital de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta.

El cardenal casi se queda sin aire al enumerar el aparatoso y resonante título.

Los dos europeos saludaron tímidamente al dignatario, que les devolvió la cortesía con un leve asentimiento de cabeza. Inmediatamente, siguiendo una

indicación del cardenal, se sentaron en sendas sillas que quedaban justo enfrente de la mesa donde se había instalado el prelado. El prior, por el contrario, no se relajó y permaneció de pie, cerrando el camino hacia la puerta. A John, cuando se sentó, casi le causaba apuro dar la espalda al recién presentado prior Humberto de Gasperi.

—A usted Marie, más que a nadie, le debería interesar tener una conversación con el prior, lástima que no tengamos mucho tiempo —certificó el clérigo.

La francesa no sabía qué quería decir Carlo con esa frase, desde luego en París le recordaba bastante más afable y cordial de lo que se mostraba ahora. Estaba empezando a pensar que el cardenal disponía de muchos filtros de colores para el faro de su calva.

Ante el silencio de la arqueóloga, el alto dignatario de la Iglesia de Roma trató de ser más explícito.

—El prior de la Orden de Malta, vamos a abreviar un poco el título, es el dirigente máximo de una congregación militar que es heredera directa de los bienes y misiones, materiales y espirituales, de la malograda Orden de los Templarios. ¿Se acuerda?, ésa que tanto le interesaba en París.

Marie se puso colorada, le azoraba que John supiese que antes de partir para Egipto había acosado al cardenal con mil y una preguntas sobre los misteriosos caballeros templarios, aquellos que habían dedicado tantos esfuerzos por recuperar el Arca. Buena parte de la conversación que sostuvo con el cardenal en París tenía que ver con el plano más místico y esotérico de los templarios, aunque no dejaban de ser meras leyendas sin sentido, sin valor experimental o teórico alguno. Marie, que tanto había reprochado a John la exposición de sus hipótesis mágicas durante el transcurso de la excavación, se mostraba ahora desnuda ante la verdad descarnada: que ella también había considerado seriamente especulaciones acientíficas en la preparación de la expedición. Estaba avergonzada, aunque su compañero no parecía darse por enterado. Más que traicionado por Marie, John parecía mostrarse vivamente interesado por lo que decía el cardenal.

—Es, sin duda, una providencia de Dios el que los herederos de los templarios colaboren en la santa tarea de recuperar para la cristiandad el sagrado receptáculo de los mandamientos de Dios, aquellos que fueron escritos por su divino dedo.

Decididamente, el cardenal se estaba mostrando tremendamente tético, sus ojos desprendían una fuerza y expresividad que sobrecogía; aunque parecía hacer esfuerzos por exteriorizar una mansedumbre que no debía haber profesado jamás pero que había simulado muchas veces a lo largo de su vida.

—Díganme, ¿están dentro del Arca las tablas de Moisés? —preguntó reverente el prelado.

—No —contestó John ante el terco silencio de Marie—. Dentro del Arca no había nada, pero los mandamientos están grabados en hebreo en el revestimiento de oro del

arcón, supongo que los antiguos egipcios no consideraron importante preservar las tablas originales y las desecharon por ser la piedra en la que seguramente estaban escritos un material tan poco noble.

—La Biblia no dice nada sobre que los mandamientos estuviesen cincelados en la parte de fuera —impugnó el clérigo—. ¿Están seguros que es la verdadera Arca de la Alianza?

John pensó para sí que la Biblia tampoco era muy explícita a la hora de revelar el secreto de cómo los hebreos utilizaban el Arca como instrumento de muerte contra sus enemigos, como arcaica y magistral arma química. Siempre existirían sucesos en la historia envueltos en el más absoluto de los misterios. No obstante se calló, no quería enfrascarse en interminables discusiones sobre el supuesto poder de Yahvéh con un desasosegante eclesiástico, tenía toda la apariencia de un fundamentalista intransigente que no encajaría adecuadamente una explicación terrenal y profana de los arcanos secretos divinos.

—Totalmente seguros —espetó el inglés sin ninguna vacilación en su voz.

—Bueno, me fío de ustedes —aceptó el cardenal—. No tengo tiempo para estudiarla ahora, lo haré en el Vaticano, en cuanto el Arca esté guardada y custodiada en el lugar que le corresponde

Evidentemente, el purpurado clérigo sabía de antemano que el Arca estaba envuelta en mantas y cuerdas, seguramente el intrigante diácono de Santa Catalina le había informado puntualmente en cuanto despegaron de Alejandría.

—¿Qué? ¿Se la va a llevar al Vaticano? —protestó Marie desgarrando con un gemido su obstinado mutismo.

La arqueóloga se revolvió, pero no había nada que pudieran hacer, el caballero de la Orden de Malta se mantenía impávido, con el torso dilatado y la mirada atenta cerrando el camino a la puerta. Tenía un porte casi medieval, poco más o menos como si siguiese la moda de esa arcana época: pelo blanco cortado a cepillo y dura barba que también sufría el embate de las canas, incluso su traje parecía una armadura de marcados que tenía los músculos. Por las ventanas también se divisaba al resto de caballeros vigilando la habitación, todos con el distintivo de la cruz de Malta bien visible en la solapa de su oscura indumentaria. Estaban atrapados y a merced del cardenal.

—Me la llevo a Roma —determinó el cardenal con rotundidad—, allí la veneraremos como una prueba de la verdadera existencia de Dios, de la incuestionable verdad de las Escrituras.

—¿A Roma? No puede hacer eso —rechazó John sin estridencias—. El Arca debe ir a Suiza, un estado neutral, así se estableció desde el principio.

—¡Sí, sí puedo! —clamó el eclesiástico poniéndose de pie con gesto amenazante—. Y ustedes no harán nada por impedirlo por la cuenta que les tiene. Aquí en Malta

tenemos la suficiente impunidad como para hacer lo que queramos, las autoridades de la isla están con nosotros y comparten íntegramente todos nuestros objetivos.

Los dos europeos estaban desolados, tantos trabajos, tantas penurias, tantas muertes, para que el Arca les fuese arrebatada casi cuando estaban a punto de entregarla en su destino, de cumplir con la misión que les fue encomendada.

—Pero, ¿por qué? —trató de entender Marie.

—¿Por qué? —estalló otra vez la voz del cardenal como si le indignase el que alguien no comprendiese sus motivos—. Porque es donde debe estar, en el seno de la religión verdadera, la católica, la única que no se ha apartado de los preceptos de Dios y de Jesús. No permitiré que otros cultos se aprovechen de la gran autoridad que conferirá el Arca al que la posea. Ganaremos montones de nuevos adeptos y fieles con ella.

—Pero, ¿qué pasa con los hebreos? —censuró John con algo más de denuedo—, ellos tienen tanto derecho como los católicos para acoger el Arca en alguno de sus templos. ¿Y los ortodoxos, los protestantes, los anglicanos...? El Arca también es moralmente suya.

El exaltado Carlo Maria Manfredi pareció apaciguarse y lo demostró volviéndose a sentar en su butaca; pero taladró a John con una mirada tan negra que no tranquilizaba a nadie.

—Siento ser tan poco espiritual, pero en estos tiempos que corremos hay que obrar decididamente, hay que actuar, hay que moverse en la esfera de lo práctico, de lo material. Es un defecto de nuestra civilización, pero es necesario contar con él para impulsarse a la misma velocidad a la que pasan estos convulsos años.

—No acabo de comprenderle —indicó John perplejo.

—La religión católica es muy vieja —continuó el cardenal con voz lánguida, melancólica—, una de las más antiguas, será por eso por lo que desde hace mucho tiempo va devaluándose cada vez más. Muchas ramas se han desgajado del árbol apostólico primordial y otras religiones más jóvenes y más pujantes impiden nuestra expansión, incluso son capaces de robarnos creyentes año tras año. Necesitamos un revulsivo que devuelva la fe a nuestros abatidos y desconcertados fieles, incluso que sea capaz de hacer que ganemos el terreno perdido en otras regiones del globo en las que apenas somos ahora un culto testimonial y marginado.

—Y el Papa, ¿piensa igual que usted? —arguyó Marie con resuelta intención de sacar al eclesiástico de sus casillas.

El clérigo rechinó los dientes, arrugó la nariz y entornó los enfurecidos ojos, la calva pareció perder parte de su tersa redondez en favor de las pequeñas estrías que empezaron a surcar toda su superficie.

—¡Con tan glorioso objeto en mi poder ganaré muchos apoyos dentro de la Curia Romana! —espetó el rabioso cardenal—. El Papa tendrá que plegarse a mis

recomendaciones, incluso podré optar al sillón de San Pedro cuando quede vacante, convirtiéndome así en el nuevo pontífice de una cristiandad reunificada y beligerante frente a las falsas religiones que envenenan el mundo. ¡Tan poderosa será el Arca para el catolicismo, obrará como un revulsivo para la fe! ¡Yo haré que lo sea! ¡Ésta es la prueba definitiva de que existe Dios!

John y Marie estaban atónitos, se encontraban ante la presencia de un loco integrista, de un visionario de la peor especie. Lo terrible es que no podían hacer absolutamente nada.

La doctora trató de ganar tiempo, de pensar, pero estaba muy cansada. Se daba cuenta que el clérigo miraba su reloj con clara impaciencia.

—Pero, ¿qué pasa con los gobiernos europeos que han patrocinado la expedición, el francés y el británico? —dijo señalando a John—. Protestarán formalmente ante tamaño latrocinio.

El cardenal empezó a reír con fuerza, con una risa espasmódica que parecía salida de las profundidades del averno.

—No soy estúpido —contestó cuando se calmó—, me he informado, ustedes no cuentan ahora mismo con el respaldo de nadie. Su excursión ha sido organizada por los servicios secretos de sus respectivos países y, créanme, negarán todo conocimiento sobre la misma a tenor de su desfavorable resultado. Aparte, la comunidad científica no tiene la más mínima noticia sobre el Arca y ustedes ninguna prueba, todo lo que cuenten a sus colegas y a los medios de comunicación sonará a invención descabellada; aunque no creo que tengan ocasión de detallar nada, seguramente sus gobiernos les ordenarán guardar un silencio total sobre este sórdido asunto.

—¿Y los egipcios? —insistió Marie recalcitrante—. El Arca les pertenece legalmente, se ha encontrado en su territorio y la reclamarán como un bien cultural que les ha sido expoliado.

—Sí, expoliado por ustedes —sonrió el artero jerarca católico—. No creo ni que protesten, el Arca no debería ser muy importante para ellos; pero si lo hacen, no importa, les daremos tantas largas que les será mucho más fácil recuperar cualquier momia que tengan secuestrada en los numerosos museos arqueológicos esparcidos por el mundo.

Marie no quiso preguntar sobre lo que opinarían los israelíes, sabía que la respuesta del cardenal también sería de desprecio hacia ellos.

De pronto se abrió la puerta y uno de los supuestos caballeros de la Orden de Malta susurró unas palabras a su superior.

—Su Eminencia, el avión está dispuesto —informó el recio prior dirigiéndose al cardenal—, se ha trasladado el Arca y ha sido asegurada, puede partir cuando guste.

Carlo Maria Manfredi, todavía más elevado de lo que prescribía su alta estatura,

se alzó de su sitial palmariamente complacido y se encaminó a la puerta del pequeño despacho, pero antes de desaparecer dirigió a los dos europeos sus últimas palabras.

—Estarán cansados de tan larga expedición, les aconsejo que vayan con el prior, les llevará a un hotel donde se quedarán durante un mes o dos, hasta que la noticia de que el Arca está en poder de sus legítimos dueños, la Iglesia Católica, sea un asunto de dominio público sin posibilidad de vuelta atrás. Tómenselo como unas vacaciones porque no podrán salir del país sin el permiso del prior, para ustedes la aventura ha terminado. Ha sido un placer conocerles.

Marie y John le miraron salir con cara de bobos, estaban tan agotados por todos los acontecimientos que habían vivido en los últimos días que ni siquiera conservaban fuerzas para protestar. Sólo les quedaba la resignación de haber hecho cuanto habían podido para cumplir con la misión que les habían encomendado sus gobiernos; además, que el Arca acabase en manos de la Iglesia Católica era un mal menor comparado con las catastróficas consecuencias que se hubiesen derivado de terminar ésta en poder de los egipcios o los israelíes.

Era curioso que tres religiones que surgieron y crecieron en la misma tierra, pero que siempre habían estado fatalmente enemistadas, deseasen tan fervientemente el mismo objeto, una reliquia de los tiempos más inciertos, de la época en la que nació el monoteísmo: la creencia en un ser divino tan poderoso que el hombre nunca podría siquiera entenderle. Sin embargo, eso no era motivo para que la humanidad no hubiese dejado de intentarlo desde entonces, de acercarse cada vez más a Dios hasta verlo cara a cara, de adueñarse de sus poderes, de usurpar su dominio sobre la naturaleza y su imperio sobre el firmamento, de imitarle en sus virtudes y defectos, que son los mismos que los nuestros. La idea de Dios no es más que el reflejo de los anhelos del hombre, por eso los seres humanos siempre han creado a los dioses según sus necesidades.

Ahora el Arca era un arma, igual que lo había sido en tiempos remotos, un arma ideológica que serviría para debilitar e intentar derrotar con ella a otras religiones, a otras filosofías, a otras culturas. Todo seguía igual bajo el reino de los cielos.

Cuando el prior de la Orden de Malta y cuatro de sus ayudantes ordenaron a Marie y John que les acompañasen a un coche cercano con el propósito de dejarlos en un hotel, el avión amarillo y blanco del cardenal era ya casi invisible para cualquier observador situado en el aeropuerto de Malta.

La noche era más impenetrable que nunca, las débiles nubes que habían menudeado en el atardecer se habían cerrado con una rapidez inusitada, cubriéndolo todo hasta la extenuación: la tierra, el mar, la luna, las estrellas y el avión donde viajaba el Arca de Yahvéh, de Moisés, de Salomón, de Sheshonk, de Nefiris. Había empezado a llover con fuerza y un viento huracanado parecía querer llevárselo todo para sumirlo en el olvido. De fragores y estallidos se cubrió el mundo enfurecido.

*Y se abrió el santuario de Dios que está en el cielo,
y apareció el Arca de su Alianza en su
santuario. Y hubo relámpagos y voces y
truenos y terremoto y una gran granizada.
(Apocalipsis 11, 19)*

Epílogo

En dulce ovillo enmarañado despertaron Marie y John en la cama del hotel donde les había abandonado el prior Humberto de Gasperi y sus acólitos. Habían pasado toda la noche entregados a la pulsión del amor, ajenos a los relámpagos y centellas que parecían querer desgajar la isla de su asiento. Pero el nuevo día apareció pacífico, con el sol queriendo secar y enmendar todos los estragos que había causado su enemiga la noche aliada con la tempestad.

Se dieron una larga y placentera ducha y pidieron el desayuno al servicio de habitaciones. Por primera vez en mucho tiempo no tenían nada urgente que hacer, habían decidido que usarían el par de meses, que por fuerza mayor tendrían que permanecer en la isla hasta que les devolviesen sus pasaportes, en recorrer todos los rincones históricos del archipiélago, todavía no hacía el calor suficiente como para disfrutar de sus playas.

John encendió la televisión de la habitación con la emoción del que lleva mucho tiempo lejos de su hogar sin haber tenido noticias de los acontecimientos que se habían producido en ese lapso, los importantes y los triviales. Pulsó todos los botones del mando a distancia hasta dar con un canal informativo y se tiró en la cama para volver a los brazos de Marie.

El locutor, con tono monótono y algo desagradable, estaba concluyendo un rápido resumen de la última hora periodística.

La confusa crisis diplomática que se produjo en el día de ayer entre Israel y Egipto por una supuesta incursión de un helicóptero del ejército hebreo en territorio nacional del país árabe, parece en vías de solución. El primer ministro israelí, Isaac Ben Wise, ha cesado a David Leví, el reciente ministro de defensa. David Leví es uno de los miembros del gabinete judío que menos tiempo ha permanecido en el ejercicio de sus funciones.

Y volviendo a nuestro país, seguimos sin tener ninguna noticia de posibles supervivientes del avión del Vaticano que se estrelló en el mar al poco de despegar del aeropuerto de Luqa. La Santa Sede ha confirmado que en él viajaba el cardenal Carlo María Manfredi de regreso a Roma. La causa del accidente, según todos los datos, ha sido la violenta tormenta eléctrica que de repente estalló ayer por la noche en la región. No se ha encontrado ningún resto de la aeronave que, con toda probabilidad, descansa en estos momentos en algún lugar de las profundidades del Mediterráneo.

John apagó el receptor de televisión cuando el presentador pasaba a referir los

últimos resultados deportivos que se habían producido en la liga italiana de fútbol. Él y Marie permanecieron mudos por el asombro durante un momento.

—Vaya, así que el avión se ha perdido en el mar —murmuró Marie parsimoniosamente.

—Con todo su contenido —completó John con igual lentitud.

—Por una parte me alegro —dijo Marie al cabo de otro rato de silenciosa meditación—. Desde que la sacamos de su escondite no ha traído más que muerte, ni musulmanes, ni judíos, ni cristianos merecían tenerla.

—¿Sabes que todavía hay algo que no te he dicho, Marie? —declaró el inglés cauteloso.

—¿El qué?

—Verás —argumentó John buscando la cercana mirada de su compañera de aventuras—, no me di cuenta en un primer momento por el apremio de la situación; pero, cuando me metí en el habitáculo del Arca para intentar engañar a los soldados israelíes, estaba mucho más encogido de lo que debería haber estado si realmente la cavidad tuviese 70 centímetros de altura.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Marie algo desorientada.

—Que en estos últimos dos días me ha rondado en la cabeza si no habría algo que pasamos por alto.

—¿Te refieres a qué el Arca podría tener un doble fondo? —entendió de pronto la francesa.

—Exacto —manifestó John algo consternado.

—Así que el Arca se ha llevado parte de sus secretos de nuevo a lo desconocido —dijo sonriendo Marie ya que la idea le hacía algo de gracia—. ¿Y qué crees que habría en ese doble fondo?

—No lo sé —confesó John taciturno—. Tal vez el cayado de Aarón que se transformaba en serpiente y que luego floreció, el maná con el que Yahvéh dio de comer a los hebreos en su travesía por el desierto, las pociones mágicas de Moisés, más vasijas con muestras de la nube venenosa de Nefiris, las Tablas de los Mandamientos... ¿qué se yo?

—Pues me temo que todos esos misterios y maravillas se han perdido en el fondo del mar irremediadamente —aseguró Marie.

—Sí, tal vez por otros 3.000 años —sentenció John mientras estrujaba cariñosamente la mano de su querida compañera de aventuras.

—Bueno —emitió cínicamente Marie devolviendo el apretón—, así lo ha querido Yahvéh.

Personajes

John Winters: arqueólogo y detective del departamento de contrabando de obras de arte de Scotland Yard.

Jeremy Cohen: inspector de Scotland Yard, superior de John.

Lord Stanley: encargado de asuntos árabes del Foreign Office.

Sir Arthur Willian: consejero del gobierno británico en materias culturales.

Patrick Allen: agregado cultural del gobierno de los Estados Unidos.

Marie Mariette: egiptóloga francesa.

Leopold Quinet: jefe del departamento de egiptología de la Sorbona.

Henri Legentil: jefe de relaciones externas de la Universidad de París.

Carlo María Manfredi: Cardenal de la Iglesia Católica.

Alí Khalil: egiptólogo egipcio, conservador del Museo de El Cairo.

Ayman Khalil: tío de Alí, funcionario del Ministerio de Cultura egipcio.

Osama Osman: militar egipcio, jefe de suministros.

Yusuf al-Misri: coronel, alto cargo plenipotenciario del gobierno egipcio.

Mohamed Galeel: director del Museo del Cairo.

Isaac Ben Wise: primer ministro israelí.

David Leví: nuevo ministro de defensa israelí.

Ahmed Zarif, Amir Zarif, Ramzy Zarif, Husayn Zarif: trabajadores.

Ismail Zarif y Omar Zarif: vigilantes.

Gamal Zarif: cocinero.

Nicos Zoilos: diácono de Santa Catalina en Alejandría.

Humberto de Gasperi: prior de la Soberana Orden Militar del Hospital de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta

Personajes históricos

Sheshonk I (Sosaq, Sisaq o Shoshenq): faraón de Egipto (reinó 951-913 a.C.)

Shiskag: padre de Sheshonk, faraón de Egipto

Nefiris (nombre ficticio): esposa de Salomón, hermana y esposa de Sheshonk

Salomón: rey de Israel (reinó 961-922 a.C.)

Roboam: Rey de Judá (reinó 922 a.C.), hijo de Salomón y Nefiris.

Yeroboam: Rey de Israel (reinó 922-902 a.C.), antiguo funcionario de Salomón.

Menelik: hijo de Salomón y la reina de Saba.